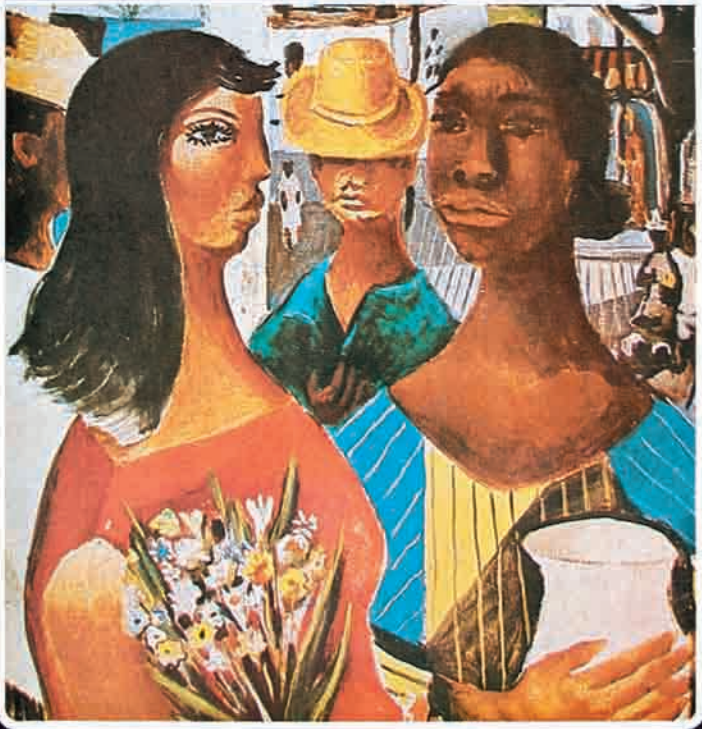
LIMA BARRETO

DOS NOVELAS

Recuerdos del escribiente Isaías Caminha
El triste fin de Policarpo Quaresma



PROLOGO

"Nadie fue más típicamente brasileño que Lima Barreto. E inclusive, más típicamente carioca. Machado de Assis y Lima Barreto, ambos cariocas genuinos y brasileños por los cuatro costados. Y por consiguiente, de los escritores más universales de nuestra literatura."

Alceu Amoroso Lima

"Para él, la literatura es una especie de pasión y de deber. Era una forma de existencia, a la cual sacrificó las demás."

Antônio Candido

1. EL TELON DE FONDO

NOVELISTA de la Primera República, Lima Barreto es la figura más representativa de la ficción brasileña de la generación que siguió a la de Machado de Assis, novelista del Segundo Reinado. Natural de Río de Janeiro, mulato, de origen humilde al igual que Machado, Afonso Henriques de Lima Barreto vino al mundo en la última década del Imperio, ya por entonces comprometido irremediablemente en su estructura social y política por la doble separación del sistema esclavócrata y el poder monárquico. Los síntomas de ese proceso comienzan a surgir al finalizar la guerra del Paraguay (1865-1870), con la disidencia de los liberales y el Manifiesto Republicano, las leyes abolicionistas, la cuestión entre los obispos, el Estado y la Masonería; agravado todo por la crisis mundial de 1875, que tuvo profunda repercusión en la vida económica y financiera del país. En la década del 80, se acelera el ritmo descendente del desmoronamiento del régimen, con la sustitución exagerada de gabinetes y las reivindicaciones de la clase militar, que antes de la guerra se había mantenido discretamente al margen.

En esa continua pérdida de vitalidad del orden civil y del parlamentarismo oligárquico, de acentuado sello liberal, Don Pedro II, avejentado y enfermo, a los sesenta y cuatro años, se iba desprendiendo de algún modo de los negocios públicos. Con la salud quebrantada, progresivamente senil, no parecía tener ánimos ni fe como para enfrentar la ola que se encrespaba, amenazante, contra el Tercer Reinado, que sería el de Isabel I y el Conde d'Eu, la beata y el extranjero según decía la oposición, sobre todo la oposición de los republicanos más radicales. La heredera del trono era señalada por los esclavistas como la principal responsable de las dos conquistas abolicionistas más importantes: la Ley de Libertad de Vientres (1871) y la Ley Aurea (1888); esta última declaró extinguida la esclavitud en el Brasil. En

resumen, la decadencia del Imperio coincide con la del propio monarca, al final de un largo reinado de casi medio siglo.

Con apenas siete años de edad, Lima Barreto asistió con su padre a los festejos populares de la Ley Aurea, sancionada el mismo día de su cumpleaños, el 13 de mayo. Retuvo en su memoria la euforia de la multitud que aplaudió en el Largo do Paço la conclusión de la campaña abolicionista. Y en los días subsiguientes, en la gloriosa semana, asistió a la misa de campaña en San Cristóbal y acompañó el desfile de las muchedumbres de escolares, entre el estallido de los cohetes, el redoble de las girándulas y el resonar de las bandas de música, con los ojos bien abiertos de niño maravillado por el espectáculo. "¡Nunca en mi vida vi tanta alegría!" Todo quedaría grabado para siempre en la retina y los oídos del pequeño, en un vértigo sensorial de colores y sonidos conmemorativos, inclusive el cortejo de la Princesa Regente bajo las aclamaciones, "aquellos enormes carros dorados, tirados por cuatro caballos, con cocheros montados y un criado en la parte trasera", además de la amable presencia de Isabel, la Redentora, "muy rubia, maternal, de mirada dulce y piadosa".

De la proclamación de la República, al año siguiente, los recuerdos son penosos. "De esa historia de la República, sólo recuerdo que las patrullas andaban por las calles armadas con carabinas, y algunos días después, mi padre fue despedido del puesto que ocupaba." La familia estuvo entonces al borde de la miseria. La vida nunca había sido fácil para los Lima Barreto. Gente pobre, con antepasados recientes que provenían del campo de esclavos y la *senzala,* criados de haciendas y sobrados fluminenses, cuya piel aceitunada traía el estigma de la esclavitud, la marca del cruzamiento entre sus ancestros africanos y los amos jóvenes de las familias blancas aburguesadas que les transmitieron los apellidos: Pereira de Carvalho (por el lado materno) y Lima Barreto (por el paterno). Aprietos económicos, deudas, privaciones, enfermedad y muerte, rondaron desde muy temprano el hogar del tipógrafo João Henriques y su mujer Amália Augusta. Ella, maestra de primeras letras, contrajo la tuberculosis y falleció siendo todavía muy joven, dejando cuatro hijos pequeños. El alcanzó a completar los exámenes preparatorios para la Facultad de Medicina, pero abandonó los estudios por falta de recursos. Como tipógrafo, trabajó en *A Reforma* y en *Tribunal Liberal*, periódicos del Partido Liberal. Conoció a Cesário Alvim y a Ouro Preto, quienes luego se volverían enemigos irreconciliables. Alvim se inclinó hacia las huestes republicanas. Ouro Preto permaneció fiel a la monarquía y a su partido. Fue el último baluarte del imperio agonizante como presidente del Consejo de Ministros derrocado por el golpe militar del Mariscal Deodoro da Fonseca.

Gracias a la influencia del Vizconde de Ouro Preto, de quien era compadre, João Henriques fue nombrado en la Imprenta Nacional donde haría carrera, en veinte años de trabajo, pasando de tipógrafo de primera clase a jefe de turno y finalmente a maestro de composición. Obrero de cultura apreciable y de base humanística por encima de la media, tradujo del francés al portugués el *Manual del aprendiz de composición* de Jules Claye, adaptando reglas e introduciendo ejemplos, un librito que durante muchos años sirvió de orientación técnica y profesional para los que se iniciaban en el oficio.

En tanto, no escondía sus convicciones monárquicas. Montó los talleres de *Tribuna Liberal,* el periódico de Ouro Preto, que siguió circulando aún después de la victoria de los republicanos, hasta que la policía lo clausuró. Formó parte de los que recibieron a Don Pedro II en su postrera visita de inspección como jefe de Estado a una repartición pública, la Imprenta Nacional, precisamente en la víspera de la mañana del 15 de noviembre de 1889.

Ouro Preto no tardaría en ser puesto preso y luego deportado, aceptando con dignidad toda la animosidad de los republicanos, concentrada en su varonil intransigencia, oponiéndose a la intervención de los militares en política, como dirá al regreso del exilio: "No es su misión en un país regularmente organizado. La fuerza armada no debe gobernar por la obvia razón de que, para resistirse a sus requerimientos, sería menester que las otras clases también se armaran, situación intolerable y absurda." João Henriques cayó en desgracia, como su protector y compadre. Viudo, con un racimo de hijos, consigue un nuevo empleo, fuera de su medio y de su profesión: el de administrador de suministros de un asilo de locos, en las Colonias de Alienados de la Isla del Gobernador, gracias a la intervención de su segundo protector, el Ministro de Justicia Cesário Alvim, conocido suyo desde los buenos tiempos de *A Reforma.* A su vez, Ouro Preto no olvidaría a su humilde compadre: se dispuso a costear la educación de su ahijado, matriculándolo como alumno interno del Liceo Popular Niteroiense, fundado y dirigido por William Henry Cauditt, escocés de origen, ex cónsul del Reino Unido en Río de Janeiro, que se había dedicado a la enseñanza con sus hijas Annie y Gracie, ambas profesoras.

Alumno interno del Liceo, el niño fue testigo ocular de la Sublevación de la Armada, que pareció al principio una simple disputa entre dos jefes militares: el Mariscal Floriano Peixoto y el Almirante Custódio de Melo. El tiroteo era fuerte. Las balas zumbaban y cruzaban a la vista de todos. "Las granadas estallan por todas partes. En Nitéroi hasta llegó a estallar una en la colina que está en los fondos del colegio", decía el niño de doce años en carta a su padre. Lo que más habría de impresionarlo, con todo, fue el episodio de la invasión de la Isla del Gobernador por un contingente de sublevados. Los soldados parecían hambrientos. Se llevaron telas, ropa y medicamentos. Mataron un buey, el "Estrella". Uno de ellos le había preguntado al padre de Lima Barreto por qué estaban luchando "esos dos hombres" (se refería a Floriano y Custódio). "Ese pequeño hecho que podría haber pasado completamente desapercibido —escribiría más tarde— me hirió inmensamente a la tierna edad que entonces tenía. No podía imaginarme que un hombre arriesgase su vida sin saber por qué ni para qué. Esto me pareció estúpido y aún más, indigno de la condición humana."

Después de rendir los exámenes preparatorios en el Gimnasio Nacional, nombre con el que la República rebautizó al Colegio Pedro II, a los quince años, Lima Barreto comenzó a asistir al curso anexo de la Escuela Politécnica. Pero no llegó a diplomarse, apartándose en tercer año, con interrupciones y aplazos previos. El Vizconde de Ouro Preto ya no ayudaba a su ahijado, que vivía constreñido entre sus colegas acaudalados, Guilherme Guinle, Miguel Calmón o Eugênio Gudin, estudiantes ricos que se vestían

en Raunier y usaban polainas blancas. En la Escuela Politécnica, Lima Barreto se enfrentó, quizá por primera vez, con la barrera del prejuicio racial, en una época en que las llamadas clases superiores atribuían a la Abolición la mala situación económica de los primeros años de la República. El nuevo orden se mostraba mucho más exigente que el monárquico, por lo menos en materia de pigmentación, al contrario del régimen anterior, tanto bajo Don Pedro I cuanto bajo Don Pedro II, que dieron dignidades nobiliarias a individuos sin linaje conocido. Bastardos y mestizos, y algunos de color bastante oscuro, fueron hechos barones y vizcondes, consejeros y senadores del Imperio. No fueron pocos los huérfanos y expósitos que se distinguieron en la política y en la sociedad, vencieron en la lucha, crecieron y gobernaron, como llegó a recordarlo Joaquim Nabuco. Muchos de ellos ejercieron la presidencia del Consejo de Ministros.

Fue por entonces (1902) que João Henriques enloqueció y debió jubilarse de su empleo público, abandonando la chacra de la Isla del Gobernador donde vivía con su familia. A los veintiún años, como hermano mayor, Lima Barreto asumió la responsabilidad de cuidar al padre demente y alimentar y vestir a ocho personas más: los tres hermanos de sangre, la compañera del padre, tres hermanos postizos y el viejo negro Manuel de Oliveira, "agregado" a la casa. Como su padre, desistía de ser doctor e ingresaba en el servicio público, en un modesto puesto burocrático, designado por concurso escribiente en el Ministerio de Guerra (1903). Tenía perfecta conciencia de lo que esa opción significaba para su vida. El título de doctor antepuesto al nombre equivalía en el Brasil al "don" en tierras de España. Entre otras cosas, pasando a pertenecer a la aristocracia doctoral, dejaría de ser un paria social. Redimiría "el pecado original del nacimiento humilde, suavizaría el suplicio oprimente, mortificante y omnímodo del color", como escribiría respecto de uno de sus personajes. No sería un brahmán, pero sí un escriba. Mantendría a la familia con un presupuesto ralo, pero sin embargo seguro, un dinero cierto con el que pudiese contar a fin de mes para los gastos domésticos. Poco dinero, no importa, producto de las migajas del pequeño sueldo de escribiente y de la magra retribución de las colaboraciones en la prensa, pero que constituiría el cimiento que habría de sustentar su actividad literaria, ésta sí, razón de su propia existencia. Alquiló entonces una casa en el suburbio de Todos los Santos, en la calle Boa Vista, en la parte superior de una ladera, casa que no tardó en ser conocida en la vecindad como "la del loco". El padre permaneció en clausura doméstica hasta su muerte, el 3 de noviembre de 1922, cuarenta y ocho horas después de la de su hijo. Ambos fueron sepultados en el mismo sepulcro con una sola inscripción: "Lima Barreto y su padre".

2. *LA MARCA DEL PRECURSOR*

Cuando Lima Barreto ingresó en el curso anexo de la Escuela Politécnica, en 1896, no había en el Brasil facultades de filosofía oficializadas. Por eso asistió al Apostolado Positivista para escuchar las disertaciones de Teixeira Mendes y Miguel Lemos. No tendría más de quince años. "Recuerdo bien

que allí adquirí un folleto con el *Discours de la Méthode* de Descartes, traducido. Lo leía con atención, sin cansancio, más bien con placer. Lo que me encantó del librito del filósofo francés fue que preconizara la duda metódica, si no sistemática, la tabla rasa preliminar para arribar a la certeza." El racionalismo cartesiano le interesó más que el positivismo tal como se lo enseñaba en el Apostolado, con todas las exageraciones dogmáticas de la Religión de la Humanidad. Su curiosidad intelectual concentróse entonces en Darwin y Spencer, Taine y Renan, autores de moda, que tanta influencia habían ejercido en la generación anterior a la suya.

El libre debate de las ideas que se desarrolló a fines del siglo XIX al influjo de la Cuestión religiosa, el Abolicionismo y la agitación republicana, fue llamado por José Veríssimo, Modernismo, reuniendo y separando prosélitos del darwinismo, del positivismo comtiano, el evolucionismo spenceriano y el intelectualismo de Taine y Renan. Este modernismo nada tiene que ver, sin embargo, con el modernismo católico de tiempos de León XIII, que no tardaría en ser condenado por Pío X, y mucho menos con el modernismo latinoamericano de aspecto simbolista. Si es exacta la tesis de Veríssimo, el primer Modernismo brasileño habría venido del cientificismo europeo y desaguaría en nuestra literatura en el naturalismo y el parnasianismo. Esas repercusiones transatlánticas llegaban siempre con un retraso de, por lo menos, veinte años, agrega Veríssimo.

En ese cuadro, la formación de Lima Barreto tenía que ser necesariamente lacunar, llena de altibajos, desprovista de toda orientación segura, como la de todo autodidacta. Por influencia de esas deficiencias, su cultura tendrá por base ingredientes diversos, que van desde el materialismo comtiano al liberalismo spenceriano, del evolucionismo de Darwin al intelectualismo de Renan. Era, por consiguiente, neo-realista, ecléctica y finalmente socializante, con un toque del anarquismo kropotkiniano. En materia de doctrina estética, no sobrepasaría las fronteras de Taine y de Brunetière. En política, además de Kropotkin, oscilaría entre Bakunin, Eltzbacher, Malato, Hamon y Benoit Malon. Son autores no coincidentes y hasta antagónicos, pero en eso reside precisamente el fondo falso del autodidactismo. En todo caso, los jóvenes que ayudaron a Lima Barreto a fundar la revista *Floreal* (1907), eran todos de tendencia libertaria. Se autodesignaban "discípulos de Tolstoi" y "seguidores de Kropotkin". Y todos se declaraban dispuestos a combatir a los mandarines de la literatura, encastillados en los grandes diarios que pontificaban en la Confitería Colombo y en la Academia, exigiendo a su alrededor "viles genuflexiones" e "iniciaciones humillantes". Este es el tema de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha* cuyos primeros capítulos se publican en *Floreal*.

La revista no pasa del cuarto número. Pero Lima Barreto ya era entonces un hombre marcado, o al menos incompatibilizado, con gran número de periodistas y escritores. Procura en vano integrarse al medio literario, en movimientos como la Academia de los Nuevos (1911) y la Sociedad de los Hombres de Letras (1914). En la organización de ésta, litigó por obtener el cargo de bibliotecario, pero no se lo dieron. Siempre habrá de quedar en la retaguardia, aun después de ser un escritor hecho, con libros publicados y

de valor reconocido por la crítica. En medio de un clima de hostilidad disfrazada, esas resistencias no lo harían recular de una posición, afirmada desde *Floreal,* en contra del dilettantismo y el mundanismo que dominaban el Brasil intelectual de la *belle époque.*

Sus preferencias literarias se hallan casi todas enumeradas en el catálogo de su pequeña biblioteca, a la que denominó, amorosa y posesivamente, colección "Limana". Comienzan por Cervantes, tal vez en primer lugar, seguido por los pícaros españoles. Allí están el Guzmán de Alfarache y el Lazarillo de Tormes. Siguen los franceses: Balzac, Anatole France, Maupassant, Daudet y muchos otros. Y finalmente los rusos: Tolstoi, Dostoievski, Chéjov, Turguenieff, éste en mayor medida que los demás. Al final de su existencia, recomendó la lectura de Gorki a un joven escritor. Aunque no le gustaba que lo compararan con Machado de Assis, la "Limana" registra las obras más importantes del maestro brasileño. Swift no figura en el inventario, pero está fuera de toda duda que leyó sus obras con avidez, seguramente en la Biblioteca Nacional. Sin embargo, sus lecturas de juventud son predominantemente francesas. Es de esa época su convivencia fraternal con Antonio Noronha Santos, educado en París, que no había perdido del todo el acento de la lengua asimilada en la infancia. Además de Anatole France, Taine y Brunetière fueron los autores que más lo fascinaron. No conseguirá nunca desprenderse de esas influencias, aun después de enrolado en el anarquismo. En la conferencia que no llegaría a pronunciar, pero que puede considerarse una especie de testamento del escritor, llamará a Taine y Brunetière "mis maestros". El título de esa conferencia es francamente tainiano: "El destino de la literatura". Y su contenido nada tiene de revolucionario. Envuelto en un profundo misticismo, con la idea de la creación de una Patria Estética, contrapesa las reminiscencias del debate suscitado por Taine entre Ciencia, Arte y Literatura con el pesado evolucionismo darwiniano típico de Brunetière. Otros libros que marcaron su fase de iniciación: *L'Art au point de vue sociologique* de M. Guyau y *Le Bovarysme* de Jules Gaultier, posiblemente a través de Santos, además de *Le Crime et la folie* de Maudsley, regalo del psiquiatra que atendía al padre enfermo.

Para Lima Barreto —y esta convicción se delinea desde su primera juventud— la Literatura era la expresión de un momento de la sociedad y no podría permanecer desligada de ella. "La importancia de la obra literaria que se pretende bella, sin despreciar los atributos externos de la perfección de la forma, el estilo, la corrección gramatical, el ritmo de los vocablos, el juego de equilibrio de las partes en procura de un fin, el obtener unidad en la variedad, esa importancia, decía, debe residir en la exteriorización de un cierto y determinado pensamiento de interés humano, que hable del problema angustioso de nuestro destino, frente al infinito y a la miseria que nos cercan y que aluda a las preguntas de nuestra conducta en la vida." En consecuencia, define así la posición del escritor: "Me parece que nuestro deber de escritores sinceros y honestos es dejar de lado todas las viejas reglas, toda la disciplina externa de los géneros y aprovechar de cada uno de ellos lo que se pueda, e intentar, conforme a la propia imaginación, modificar ciertas costumbres, sugerir dudas, erguir juicios adormecidos, difundir

nuestras grandes y altas emociones frente al mundo y al sufrimiento de los hombres, para soldar, unir a la humanidad en otra mayor en la que quepan todas, por la revelación de las almas individuales y de lo que ellas tienen de común y dependiente entre sí".

Quería, en resumen, practicar una literatura militante siguiendo el ejemplo de Anatole France, cuyos libros no tenían nada de "contemplativo"; "casi todas sus obras, si no apuntan a propagandear un credo social, tienen por mira un enfoque sociológico. Militan". Fue igualmente decisiva la influencia de Guyau, filósofo del arte interesado, cuyo objetivo sería, a su entender, "revelar unas almas a las otras", cuando no "reestablecer entre ellas una conexión necesaria al mutuo entendimiento entre los hombres". A Anatole France y Guyau añadiría la lección de Taine, según la cual "la obra de arte tiene por fin decir lo que los simples hechos no dicen".

Lima Barreto explicitaba: "El término *militante* del que he usado y abusado, no fue empleado por mí por primera vez. Eça, por quien no termino de proclamar mi admiración, lo utilizó, creo que en *Prosas Bárbaras*, cuando comparó el espíritu de la literatura francesa con el de la portuguesa. [...] El mostró que desde hacía mucho tiempo las letras francesas se habían preocupado por el debate de las cuestiones de la época, en tanto los portugueses se limitaban a las preocupaciones por la forma, por los casos sentimentales y amorosos y por la idealización de la naturaleza. Aquéllas eran militantes, en tanto éstas eran contemplativas y de pasión". Aunque no fuese el creador de la palabra, nunca dejaría de ser militante. Y advierte: "No querría tratar semejante asunto, pero mi obligación como escritor me lleva a decir algo al respecto a fin de que no parezca que tengo miedo de dar una opinión sobre el tema". El compromiso que había asumido como escritor es siempre lo que predomina en las ideas de Lima Barreto, para quien la cobardía y la deshonestidad intelectuales eran crímenes: "Si la ley castiga diferentes deshonestidades, debe castigar también aquella que mancha, viola, desmoraliza la más noble de las facultades: el pensamiento". Ejerciendo su actividad de escritor militante, como novelista y periodista, en una época en que el purismo gramatical constituía la principal preocupación de orden literario, el rechazo de Lima Barreto al verbalismo retórico y estéril, tenía que provocar reacciones. Y una de ellas sería precisamente la que se produce contra su estilo descuidado. João Ribeiro en vida del escritor y póstumamente M. C. Proença y Antonio Houaiss demostraron cuánto hay de bizantinismo en esa apreciación. Quedémonos por ahora con João Ribeiro, que en pocas líneas trazó el perfil del autor de *El triste fin de Policarpo Quaresma*: "Combatía a la gramática, a los clásicos y a los pedantes de todas las castas. Y bien lo demostraba con la amplia libertad de la escritura que era su norma. La cosa hubiera sido grave tratándose de un escritor mediocre, pero su talento exculpaba esas paradojas de poca cuantía". Filólogo y erudito, uno de los más grandes (y raros) humanistas de nuestras letras, el mismo João Ribeiro decía sonriendo: "La cuestión gramatical es en el Brasil tan importante como la cuestión del café".

De hecho, todo se detenía frente a la gramática. ¡Hasta el Código Civil! El Código Civil atravesó cinco gobiernos, catorce años de discusión alrede-

dor de cuestiones de portugués. De la invitación formulada por Epitácio Pessoa, entonces ministro de Justicia, a Clovis Beviláqua, que data de enero de 1899, todavía bajo el gobierno de Campos Salles, a la llegada del proyecto votado por la Cámara de Diputados al Senado, lo que ocurre en 1902 cuando Rui Barbosa escribió su célebre dictamen, hasta la sanción de la ley por el presidente Venceslau Brás, en 1916, se totalizarían diecisiete años. Apenas tres años para la elaboración del proyecto por el Poder Ejecutivo, la discusión y la votación en la Cámara. Y catorce años para el debate sobre los errores gramaticales, con una caudalosa bibliografía, inclusive la larga y áspera polémica entre Rui Barbosa y Ernesto Carneiro Ribeiro. Uno de los personajes de Lima Barreto, Gomensoro, en la primera versión de *Clara de los Angeles,* da muy buena idea del terror gramatical, en sus angustias por hablar y escribir correctamente el portugués, en esta confidencia a su mujer: "Hablo, escribo, Genica. Pero la lengua que hablo no es el portugués, no es nada. Es un vaciadero de basura, lleno de galicismos, anglicismos, africanismos, indigenismos, cacofonías, faltas de sintaxis, errores de subordinación, el diablo hija mía. La obra imperecedera debe ser escrita en el portugués de Barros, de Vieira. ¿Cómo podrá ser?".

Otro personaje, éste de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha,* el gramático Lobo, termina volviéndose loco. Se tapaba los oídos para no escuchar los errores de portugués. Un tercero, de *El triste fin de Policarpo Quaresma,* Armando, que ambicionaba obtener un título universitario, traducía al "clásico" sus trabajos, seguro de que así conquistaría la admiración de sus colegas y el respeto de los profesores. Los ejemplos son numerosos en toda la obra de Lima Barreto, desdoblándose en una serie interminable de disparates que reflejan la alienación mental de toda una época, la que precedió al Modernismo. Ese terror gramatical se está usando para explicar, aunque no siempre se justifique, la ola de barbarización de la lengua que le siguió y el consiguiente desprestigio de la enseñanza del portugués, sobre todo en las escuelas de nivel medio. Sin embargo la posición de Lima Barreto, casi aislada, contra los puristas, está bien definida en el combate contra el escapismo decorativo y aristocrático de los que entendían que la cultura debía ser privilegio de unos pocos elegidos y no un bien común de todo el pueblo. Y los intelectuales debían luchar para alcanzar ese objetivo.

Era una época de formalismos. En ocasión de la muerte de Machado de Assis (1908), Joaquim Nabuco escribió desde Washington a José Veríssimo para protestar porque se hubiese llamado mulato al gran escritor. El embajador brasileño en los Estados Unidos, que había sido el paladín de la lucha por la liberación de los esclavos, llamaba la atención de su colega de la Academia hacia ese hecho que reputaba muy significativo: "La palabra no es literaria, es peyorativa; basta ver su etimología. Por lo demás, el ser mulato no afectaba en nada su característica caucásica.[1] Yo por lo menos, vi en él

[1] Caucásico era una palabra más noble o más elegante que mulato. José de Patrocínio, mulato oscuro, en un artículo contra Campos Salles (1900) por el motivo antes mencionado, se refirió a la "expresión caucásica" del Presidente de la República. Lima Barreto siempre llamó a Coelho Neto "el caucásico Coelho Neto", como para advertirle que ambos tenían el mismo origen.

lo griego". Veríssimo diría poco después de Machado de Assis "un griego de la edad de oro". Ni siquiera el petulante mulato Tobías Barreto asumiría su condición racial: "Soy griego, pequeño y fuerte" (1862). "Nosotros, los latinos", así comenzó el tribuno negro José do Patrocínio uno de sus discursos. El Brasil quería ser, por lo menos para uso externo, un país latino y no una república mestiza, como lo observó Gilberto Amado en uno de sus primeros ensayos. Al retribuir la visita del Presidente Roca, el Presidente Campos Salles recomendaría que en la tripulación del barco de guerra que lo llevaría a la Argentina no hubiera marinos negros (1900).

Lima Barreto no admitiría semejante discriminación. Su ojeriza hacia el fútbol tiene en el fondo la misma justificación. Lo que le indignaba era verificar que los clubes de gente rica, apoyados con subvenciones y otros favores oficiales, pretendieran transformar el fútbol en un deporte de élite, promoviendo el disenso entre las clases sociales. De esto surge la Liga contra el Fútbol, iniciada en 1919, con cierta repercusión en la prensa pero que no parecía llevar a nada mucho más serio esa quijotada de escritor rebelde, persistente sin embargo en su campaña. El fútbol iba ganando importancia. Poco tiempo después, pasará a convertirse en problema nacional. El Presidente de la República (se pregonó en la época) llegaría a intervenir en la organización del equipo brasileño que se preparaba en 1921 para disputar un partido con los argentinos en Buenos Aires, recomendando que no se incluyeran negros ni mulatos en la delegación. Es verdad que hubo una excepción: la de Friendreich, el mayor "crack" de la época, hijo de un inmigrante alemán y una negra, salvado tal vez por el apellido germánico que le confería un diploma de blancura.[1]

El fútbol ya no se limitaba a promover el disenso entre las clases. Se convertía ahora en un nuevo factor de discriminación racial. Y no era sólo eso. En el Brasil se oía esta queja: "No hay incentivos para las letras; para los deportes los hay de sobra". No sería sólo esa conclusión lo que lo llevaría a pensar en la fundación de una Liga contra el Fútbol, sino también su horror por todo lo que fuera imitación de lo extranjero. "El fútbol —decía— es cosa inglesa y nos llegó por mediación de los arrogantes y rubicundos cajeros de los bancos ingleses, ésos, los de la calle de la Candelaria y sus alrededores, en quienes todos nos obstinamos en ver lords y pares del Reino." Lima Barreto era jacobino a su modo. O, si se quiere, al modo de Policarpo Quaresma. Ejemplo típico de ese radicalismo está en la crítica feroz a los primeros rascacielos construidos en Río de Janeiro inmediatamente después de la primera guerra mundial. Entonces se los llamaba *sky-scrapers* como para que nadie tuviese dudas acerca de su origen norteamericano. Lima Barreto los consideraba un verdadero insulto al paisaje carioca. Tomando a Nueva York como punto de referencia, escribió en un artículo periodístico: "Por mera imitación de aquella aglomeración humana, llenamos Río de Janeiro

[1] Friendreich pasaba bastante fijador por su cabello para alisarlo de modo de suavizar la mezcla de su origen teuto-brasileño. Otro "oscurito", Carlos Alberto, se empolvaba para camuflar su carácter de mulato. De esto surgió la expresión "polvo-de-arroz", con que hasta hoy se apoda al Fluminense, uno de los clubes de fútbol más antiguo de Río de Janeiro. Cf.: Mário Filho, *O Negro no futebol brasileiro.*

de descabellados edificios de altos, de cinco o seis pisos, con una base relativamente insignificante, verdaderas torres para aplastar los pequeños edificios de altos de tiempos del Imperio, con sus dos pisos apocados y decentes. Una ciudad como la nuestra, sembrada de colinas pintorescas, arboladas o no, que forman su verdadero encanto, si se continúa con esas construcciones, en breve perderá sus horizontes originales y quedará como cualquier otra".

La desenfrenada especulación inmobiliaria que acompañó al crecimiento urbano, se encargó de demostrar que Lima Barreto tenía razón en ese llamado a la defensa del patrimonio ambiental de una de las ciudades más bellas del mundo. Con celos de nativo, estaba contra las distorsiones urbanísticas de lo que en la época se llamó "mejoras" de Río de Janeiro, con la tala de árboles, la destrucción de los bosques circundantes, el rellenamiento de parte de la bahía de Guanabara, el arrasamiento de las colinas. "¡Remodelar Río! ¿Pero cómo?", preguntaba alarmado. Y él mismo respondía con tristeza: "Arrasando las colinas... Pero no será ya Río de Janeiro; será otra ciudad cualquiera, pero no ella", el Río de su infancia y de su juventud. Vivíamos entonces en plena marea de "mejoras" desde comienzos de siglo con la gestión de Pereira Passos en la Prefectura del Distrito Federal, con la demolición del caserío colonial; marea que, después de la guerra, tomaría nuevo aliento con Paulo de Frontin y Carlos Sampaio. El escritor encontraba absurdo todo aquel sueño de grandeza que venía a acentuar, todavía más, el desequilibrio entre el litoral y el *sertão,* el área metropolitana siempre beneficiada y el interior desamparado, el crecimiento desmedido de los centros urbanos y el abandono sistemático de las poblaciones rurales. Atacó sin disimulo en sus artículos, como si fuera un científico social, la "megalomanía de las mejoras apresuradas, de los palacios y las avenidas", señalando sus consecuencias inevitables que ya se tornaban evidentes con las migraciones internas y el desplazamiento en masa de campesinos en busca de trabajo. "Nuestra administración —dirá en un artículo de 1921— se guía por la estética urbana de los rajaes asiáticos", donde una minoría "tiene derecho a todo, y los restantes, como máximo, a la vida, y están obligados a pagar impuestos para ventaja de aquellos otros". Y concluía: "La megalomanía de las mejoras atrae a las ciudades millares y millares de trabajadores rurales. Y con el aumento de la población, otros problemas se acrecientan: el del agua, las cloacas, los transportes".

Auque no pretendiese innovar en materia literaria, sin desprenderse de Taine y Brunetière, con su comportamiento de escritor militante, casi guerrillero, Lima Barreto está siempre desfasado de los escritores de su tiempo. Por eso mismo inicia, con su literatura militante, la ruptura con la actitud contemplativa de los intelectuales sin compromiso que se declaraban no interesados por la política. Además de eso, anticipó el debate de cuestiones que sólo mucho más tarde van a entrar en la orden del día, tras la Revolución de 1930. Levantábase al mismo tiempo contra el convencionalismo y todas las formas de hipocresía, ostensibles o disfrazadas. Para él, el escritor no podía dejar de participar de la vida de su país: omitirse, esconderse, rehuir el compromiso. Así entendía la literatura militante. En su estilo directo y simple, distendido, con sus novelas donde hay mucho de documento o repor-

taje, el mulato brasileño pertenece a la misma familia de ciertos norteamericanos, Upton Sinclair y Jack London entre otros, que se rebelaron en las décadas de 1910 y 1920 contra lo que se llamó en los Estados Unidos la *genteel tradition,* claro que con las debidas reservas, inclusive porque sería imposible comparar la Chicago de principios de siglo con una ciudad todavía semicolonial, como Río de Janeiro. Eso es lo que sugiere Otto María Carpeaux en su monumental *História da Literatura Ocidental,* seguro de que Lima Barreto desconocía por completo la obra de esos novelistas. Pero a pesar del parentesco, señala el gran crítico, ninguno de ellos realizaría "obra tan espiritual y tan humana como *El triste fin de Policarpo Quaresma*".

Fue esa intuición lo que convertiría a Lima Barreto en un precursor no sólo del Modernismo, sino también de la novela social que surgiría en el Brasil con la Revolución de 1930. De la "novela social sin doctrinarismo dogmático", diría Monteiro Lobato, como para separar bien separados a Lima Barreto de Graça Aranha. Del Graça Aranha de *Canaã* (1902), nótese, pues el vaticinio es bastante anterior al Graça Aranha de *A Viagem Maravilhosa* (1930), que, por lo demás, en nada acrecentaría la obra de ese inquieto último mohicano de la Escuela de Recife, salido del primer Modernismo (el de José Veríssimo), cuyo liderazgo en el segundo Modernismo (el de Mario de Andrade) sería siempre discutido desde la Semana de Arte Moderno, por los vanguardistas de Sao Paulo. Lobato tuvo la videncia de que el autor de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha* sería el pionero de la novela moderna, cerrando la fase en la que se trabajó por la literatura como pasatiempo mundano, la literatura que Afrânio Peixoto quería que fuera "la sonrisa de la sociedad". Esa misma literatura que Lima Barreto satirizó, tachándola de "escuela samoyeda, vuelta hacia las apariencias literarias y la banal simulación de la notoriedad".

De la opinión de Lobato participa Sérgio Milliet, que formó parte de los vanguardistas de Sao Paulo: "Lima Barreto fue el gran novelista de la generación postmachadiana y el pionero de la novela brasileña moderna. Los revolucionarios del 22 lo admiraban por su estilo directo y limpio, en contraste con el alambicado de Coelho Neto o el dulce y flojo de Afrânio Peixoto, como así por la verdad algo caricaturesca de sus héroes y por la mordacidad de su crítica social. Por otra parte, veían en él la primer rebelión declarada contra el prejuicio de color, considerado hasta entonces como inexistente entre nosotros, a causa de la necesidad de los blancos de tranquilizarse moralmente. Lima Barreto trasciende el realismo muy convencional que dominaba las letras nacionales desde los naturalistas (excepto Aloísio Azevedo), pues, abandonando la preocupación por describir con minucias las exterioridades de la vida carioca o por pintar con colores vivos el paisaje regionalista, intentó penetrar en la médula de sus personajes y hacerlos vivir una vida verdadera".

3. *PINTURA DE UNA EPOCA*

ESCRITOR EMINENTEMENTE moralista, al punto de tornarse difícil, si no imposible, delimitar en la mayoría de sus novelas y cuentos las fronteras entre ficción y realidad, anotó, registró, fijó, comentó y criticó los principales acontecimientos de la vida republicana, o, mejor dicho, de la Primera República, desde el pronunciamiento del Quince de Noviembre (1889) hasta el comienzo de su desintegración, la primera contorsión de su agonía, con la sublevación del Fuerte de Copacabana (1922). Lima Barreto murió ese mismo año, terminada la campaña de la Reacción Republicana, en pleno dominio de la oligarquía política que se instala en el poder casi automáticamente con hombres de Sao Paulo y Minas Gerais, inventores y beneficiarios de las elecciones de apuro, indiferentes en su mayoría a cualquier tentativa de modificación en la economía latifundista y monocultora (de café y caña) que había sido el sustentáculo de la Monarquía, como lo será de la República.

Con el advenimiento de la República, luego de la estupefacción general, no tardaron en surgir los desentendimientos entre los que detentaban el poder. Bajo el lema comtiano Orden y Progreso, los actos iniciales del nuevo régimen habían sido hechos en nombre del Ejército, la Marina y el Pueblo, a pesar del testimonio de un republicano histórico en el sentido de que el pueblo presenció todo "bestializado". Promulgada la Constitución y restablecida la legalidad, no demoraría en producirse la renuncia del Mariscal Deodoro da Fonseca, por su incompatibilidad para gobernar democráticamente con el Congreso. Luego vino la disputa entre el Mariscal Floriano Peixoto y el Almirante Custódio de Melo, vale decir, entre el Ejército y la Marina. La Sublevación de la Armada (1893) pareció al principio una mera disputa entre dos generales desavenidos. Pero de pronto la lucha en la bahía de Guanabara se extendió hacia el Sur y desde allí creció la llamarada de la Revolución Federalista (1893-1894) que pronto se transformaría en guerra civil, al final de la cual, apagado el incendio tras once meses de lucha fratricida, de Río Grande do Sul a Paraná, la victoria de Floriano Peixoto tendría el saldo negativo de diez mil muertos entre los combatientes de ambos bandos. Consolidada la República, tocaría al primer presidente civil, Prudente de Morais, la pacificación. La Guerra de Canudos (1896-1897) al norte de Bahía, con la concentración de toda una enorme horda de habitantes del *sertão* bajo la jefatura de un beato, Antonio Conselheiro o Santo Conselheiro, constituiría sin embargo un segundo desafío al orden republicano. Tres expediciones militares fueron diezmadas por los *cangaceiros* de Conselheiro. La cuarta expedición, con cinco mil hombres y gran poder de fuego organizada por el Ministro de Guerra, Mariscal Carlos Machado Bittencourt, destruiría por completo el campamento de cinco mil doscientas barracas. La carnicería fue total. Canudos no dejaría vencidos. No es posible evaluar el número de muertos en todas esas expediciones.

La brutalidad de la lucha en el *sertão* sensibilizó al país. Al regreso de las tropas legalistas se produjo el atentado contra el Presidente de la República que ocasionó la muerte del Ministro de Guerra. La situación política

parecía insegura, con el Partido Republicano Federal dispuesto a enfrentar la autoridad del Presidente de Morais. Francisco Glicério, líder del P.R.F., desafiante, se titulaba "el general de las veintiuna brigadas" aludiendo a las bancadas estaduales de que se componía la Cámara de Diputados. El partido fue clausurado y detenidos muchos de sus dirigentes, entre otros Glicério y Pinheiro Machado, este último senador por Rio Grande do Sul, que había luchado en la Revolución Federalista del lado de la facción leal al gobierno (los "picamaderos") contra los rebeldes ("maragatos"). El sucesor del Presidente de Morais, también de Sao Paulo, Campos Salles, adoptaría una estrategia diferente. No habría más partidos de ámbito nacional sino estaduales, dirigidos por los propios gobernadores de las veinte unidades federadas y del Distrito Federal, quienes a su vez darían ayoyo incondicional al Presidente de la República.

¡Basta de cámaras agitadoras! —diría Campos Salles al implantar la política de los gobernadores. El pacto tenía el apoyo de Sao Paulo y Minas Gerais, los dos estados más grandes, aunque Rio Grande do Sul y Bahía se apartaron discretamente. Bajo el férreo comando de Júlio de Castilhos (fallecido en 1902) y de su heredero político, Borges de Medeiros, Rio Grande do Sul rechazó siempre desempeñar un rol secundario en el juego político. Nunca estaría de acuerdo en aceptar la vicepresidencia durante toda la Primera República. En un intento de revivir el antiguo P.R.F., Pinheiro Machado formaría el Partido Republicano Conservador, con la esperanza de ser elegido candidato a la Presidencia de la República, en un momento en que la política de los gobernadores había entrado en crisis (1909). Sao Paulo y Minas Gerais firmarían entonces el pacto "café con leche" por el cual se turnarían en el poder central mineiros y paulistas. Desembarazados de Pinheiro Machado, fue elegido Venceslau Brás (1914). Al año siguiente desaparecía de la arena política el líder gaúcho [1] asesinado por un fanático que veía encarnados en él todos los males de la República (1915).

Nada de antagonismos. Los patriarcas republicanos mostráronse siempre celosos por mantener la hegemonía de Sao Paulo y Minas Gerais, más preocupados por el orden, en defensa de su propia supervivencia, que por el progreso, objetivo más difícil de alcanzar. "El orden es condición del progreso", decía Inácio Costa, personaje de *Numa y la Ninfa,* espíritu conservador, refutando las jactancias anarquistas del doctor Bogóloff que osaba afirmar lo contrario: "Todo el progreso se hizo con desórdenes". Con el consenso entre los políticos de los Estados, "en una cooperación espontánea, sin antagonismos", debería gobernarse la República, en opinión de Campos Salles, "por encima de las muchedumbres tumultuosas, agitadas, en las calles de la capital de la Unión". "Lo que piensan los Estados, lo piensa la Unión", agregaba Campos Salles. Esos Estados, está claro, serían básicamente Sao Paulo y Minas Gerais, ya que Rio Grande do Sul y Bahía no participaban de ese esquema de la política de los gobernadores. Rui Barbosa contó con el apoyo de Sao Paulo en 1909-1910 en la campaña civilista, apenas como

[1] Dícese de los nativos de Rio Grande do Sul.

bandera de una protesta contra la candidatura del Ministro de Guerra.[1] En 1919, los paulistas preferirían la solución Epitácio Pessoa, eliminando la última oportunidad de Rui Barbosa. En 1913, Pinheiro Machado sería igualmente excluido. Nadie presentaba entonces mayores títulos para ocupar la jefatura de la Nación. Como presidente del P.R.C., primer dignatario del Senado, de él dependía el reconocimiento de la elección del propio Presidente de la República. De las maquinaciones políticas del "café con leche" habría de nacer, sin embargo, la candidatura del "mineirito" (la pintoresca expresión es de Pinheiro Machado), Venceslau Brás.

Lima Barreto atacó con violencia a la oligarquía política mineiro-paulista, que promovía la "valorización del café" y las suntuosas obras públicas del área metropolitana del Centro-Sur, en tanto el trabajador agrícola permanecía "casi siempre errante de hacienda en hacienda, de las que era expulsado por un quítame allá esas pajas, sin garantías de ninguna especie, situación agravada por su ignorancia, por la naturaleza de los cultivos, por la politiquería destructora y por la incapacidad y codicia de los propietarios". Este era el tono de los artículos de crítica política de Lima Barreto, publicados en la prensa libertaria e inclusive en la llamada gran prensa, cuando se adormecía la censura interna, como si fuera un eco de las denuncias del libro reivindicador de Euclides da Cunha, *Os Sertões* (1902), y aun después, en los escritos sobre la Amazonia y la triste condición del *seringueiro* (recolector de caucho), "Judas Asvero", vagando por la inmensidad de la selva tropical. La situación del trabajador en el Centro-Sur —el *Jeca-tatu*[2]— era bastante mejor. Pero Lima Barreto seguía martillando: "El paria agrícola (colono o caboclo), cuando se establece en sus propiedades tiene todas las promesas y garantías verbales. Construye su rancho, que es una cabaña de tabique de barro cubierta con lo que llamamos sapé, y comienza a trabajar para el barón de éste o aquel modo. [...]. Pero puedo asegurar que el trabajador agrícola —esté el café en alza o en baja, suba o baje el azúcar— hace treinta años que gana el mismo salario" —anotaba en 1918 Lima Barreto—, "salario irrisorio como salta a la vista, y aun así 'en seco', es decir, sin derecho a alimentación".

Esta compulsiva explosión contra los poderosos señores de la política es la que hace de Lima Barreto una figura singular en la historia intelectual de la Primera República, como si desempeñase la misión casi heroica de no callar

[1] La derrota de Rui Barbosa en la campaña civilista sacudiría las esperanzas de muchos jóvenes en la democracia liberal, especialmente en las elecciones como se practicaban en el Brasil. Astrojildo Pereira se enroló pronto en el anarquismo, y en seguida en el comunismo. Alceu Amoroso Lima prefirió el camino del dilettantismo intelectual. Llegó a manifestar sus simpatías por la izquierda, después de la guerra, pero tomó el camino de la cruz, con su conversión al catolicismo en la década de 1920. Lima Barreto se mantuvo al lado de Rui Barbosa. Después de la elección de 1910, sucedió el episodio de la Primavera Sangrienta: la represión contra un desfile estudiantil de la que resultó la muerte de dos jóvenes. El teniente Wanderley, comandante del pelotón, considerado responsable de la masacre, fue juzgado por un *jury* (del cual formó parte Lima Barreto) que lo condenó. Terminó siendo absuelto por un segundo *jury* bastante más benevolente.

[2] Nombre y símbolo del hombre cobrizo, a veces mestizo de blanco e indio, de esa parte del interior del Brasil.

sobre su tiempo, como lo destacaría más tarde Osman Lins en uno de los ensayos más lucidos que se hayan escrito sobre el humilde y hasta cierto punto marginalizado novelista de los suburbios: "Estuvo siempre, invariablemente, del mismo lado. Sobrio, oscuro escribiente en la Secretaría de Guerra, en posesión de su sano juicio, cayéndose de borracho por las calles, arrojado en el hospicio, jubilado, con cuatro níqueles en el bolsillo, sin un céntimo, con el padre aquejado en su casa, sano, enfermo, debiendo dinero, con alguna esperanza o totalmente desesperado, siempre estuvo del lado de la justicia, de la paz, la libertad, la verdad, los oprimidos, los violentados y nunca, ni un solo minuto de su vida, puso su pluma al servicio de ninguna causa inicua".

La obra de Lima Barreto no se limita a sus novelas y cuentos. En el campo de la novela, dejó por lo menos tres señales definitivas: *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha, El triste fin de Policarpo Quaresma* y *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá.* Entre sus cuentos, que son numerosos y la mayor parte de ellos de la mejor calidad literaria, como "La Nueva California" y "El hombre que sabía javanés", la selección sería difícil. No es posible olvidar, por ejemplo, "Su Excelencia", preferida por Graciliano Ramos. El "Diario íntimo" y "El cementerio de los vivos", ambos publicados póstumamente, son del mayor interés humano y en muchos pasajes alcanzan la misma altura de los mejores momentos del escritor. Y todavía queda la vasta cosecha de artículos publicados en la prensa, la grande y la pequeña, especialmente la de los periódicos libertarios y casi clandestinos, reunidos en los volúmenes *Bagatelas, Vida urbana, Marginalia* e *Impresiones de lectura. Los Bruzundangas* y *Cosas del Reino de Jamón* forman un tercer grupo: la sátira social propiamente dicha, aunque la ficción de Lima Barreto refleja casi siempre su permanente inclinación por la denuncia contra las injusticias y llagas del sistema político y de la organización de la sociedad, sea con disfrazada ironía o bien con ostensible escarnecimiento, sin que sea raro que el panfletario interfiera a veces con el novelista, llegando a perjudicarlo.

De cualquier modo, novelas y artículos periodísticos constituyen un vasto panel que se extiende en sucesivos cuadros de la Primera República. Allí están los episodios culminantes de la insurrección contra Floriano Peixoto, la reurbanización de Río de Janeiro, la campaña contra la fiebre amarilla, el endeudamiento externo, la acción de Rio Branco en Itamaraty, la política de valorización del café, la pequeña llamarada militarista del gobierno del Mariscal Hermes Rodrigues da Fonseca, la participación del Brasil en la Primera Guerra Mundial, las primeras manifestaciones del feminismo, las grandes huelgas obreras de 1917 y 1918, la Conferencia de Versalles, la Semana de Arte Moderno. De todo eso se ocupó, además de advertir sobre la complacencia brasileña frente a las amenazas de un nuevo imperialismo económico, que sería fruto de la debilidad del tratado de paz y de la propia Liga de las Naciones, el imperialismo que se levantaría de los escombros de la guerra. Todo eso y además el carnaval, el fútbol, la quiniela, nuestros ridículos y nuestras miserias, sin olvidar la grandeza y la dulzura de nuestro pueblo, al igual que Lima Barreto, personaje marginalizado en la vida política brasileña.

El espectro de la obra del autor de ficciones y del periodista es amplio, en verdad un documento impresionante de los cambios sociales y políticos de la transición de la sociedad esclavista, pero sin embargo bastante más liberal, a un sistema de falsa democracia en el cual despunta una oligarquía de carácter mucho más aristocrático que la del parlamentarismo imperial. Puede parecer una paradoja, pero no lo es. Lima Barreto llamó plutocracia (tal vez con algo de exageración, pero sin faltar a la verdad) a esa curiosa forma de gobierno de cafetaleros, capitalistas y bachilleres, muchos de los cuales eran abogados de los intereses de aquellos grupos privilegiados. El observador llegaba lejos, quizá demasiado lejos, en su crítica áspera y contundente a los políticos y a los dueños de la vida en general, a la manía de ostentación, al vacío intelectual, la corrupción y la incompetencia propios de la "democracia relativa" de la República Vieja.

Vio y registró todo lo avieso del régimen, su fondo podrido, con ojos que nada tenían de falsamente brasileño como los de la mayoría de los escritores que le fueron contemporáneos. Y lo hizo siempre con sinceridad y coraje y no pocas veces con grandeza. Retrató a ciertos políticos y ciertos escritores como en realidad lo eran: caricaturas de líderes y caricaturas de escritores. A través de esos personajes-símbolos resurge, sin retoques ni distorsiones, toda la mentalidad burguesa, con sus flaquezas y alienaciones, que predominó en el Brasil durante los primeros treinta años de nuestra vida republicana.

Publicada al año siguiente de la muerte de Machado de Assis, *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha* es la historia de un joven de condición humilde que lucha por conquistar un lugar, aunque modesto, en la sociedad cuyos engranajes lo oprimen hasta casi aplastarlo. Es un libro doloroso y verdadero donde hay mucho del propio drama personal de Lima Barreto. Sin embargo, al contrario de su creador, Isaías Caminha termina cediendo en la confrontación desigual contra todo y contra todos. Y a costa de transacciones, de concesión en concesión, obtiene una media victoria, amarga y dolorosa, con el sacrificio de su dignidad. El prejuicio racial está presente en la trama novelesca del angustiado e indefenso antihéroe, conserje de un diario, el más prestigioso del país, ciudadela de la oposición, cuya bandera era precisamente la defensa de los principios de la democracia liberal, el respeto a la Constitución y a las leyes, la garantía de los derechos humanos. Al final de sus recuerdos, Isaías Caminha reconoce su derrota por no haber sacado de su experiencia "nada grande ni fuerte". En el fondo, es una conclusión moralista: "La mala voluntad general, la excomunión de los otros, me tenían amedrentado, atemorizado, habían hecho adormecer en mí el orgullo, con su cortejo de grandeza y de fuerza".

El triste fin de Policarpo Quaresma es también la novela de un fracaso. Antihéroe como Isaías Caminha, Policarpo Quaresma no se rebaja ni desiste de la lucha. Sólo que no podrá proseguirla pues acaba en prisión como traidor y bandido, enemigo de las instituciones republicanas. Es un patriota ingenuo y puro que deseaba ardientemente salvar al país de las garras de los políticos corruptos. Quería que el Brasil volviera a sus orígenes más auténticos. Llega inclusive a proponer al Congreso Nacional la adopción del tupí-guaraní como

lengua oficial y nacional del pueblo brasileño en lugar del portugués. Tomaría también otras iniciativas, como la rehabilitación del violón, el estudio del folklore y el incremento de la agricultura, o sea, del pequeño cultivo diversificado en contraposición al latifundio y al monocultivo del café, males crónicos de la economía brasileña. Con relación al violón, contó con el apoyo entusiasta del especialista en serenatas Ricardo Coraçao dos Outros. Esperaba recibir la solidaridad con su campaña patriótica del Presidente de la República, el Mariscal Floriano Peixoto, campeón del nacionalismo, pero ese apoyo no se produciría. "Usted, Quaresma, es un visionario..." *El triste fin de Policarpo Quaresma* será tal vez la más perfecta de las novelas de Lima Barreto por su arquitectura y acabado. Con toda certeza es una de las creaciones más felices del *humour* del escritor, *humour* que tiene su nota de patetismo. En el protagonista, admirablemente delineado, el gran historiador Manuel de Oliveira Lima, vio algo parecido a un Don Quijote nacional.

En *Numa y la Ninfa,* inspirado en la trama política que llevaría a la Presidencia de la República al Mariscal Hermes Rodrigues da Fonseca, el novelista pintó una galería tragicómica de figurones civiles y militares, todos sedientos de poder y dinero. Entre ellos aparece el prototipo de buen-mocismo, el yerno feliz, mezcla de cinismo y necedad, que es el diputado Numa Pompílio de Castro. La galería es extensa y en ella resaltan el cabo electoral Lucrécio Barba de Bode, tipo característico de la República Vieja, además del simpático aventurero llamado doctor Bogóloff, alias Grigori Petrovich Bogóloff. Ruso de nacimiento, diplomado en lenguas orientales en la Universidad de Kazan, se convertiría en pieza importante de la burocracia como Director Nacional de Ganadería. Por su nombre podría identificársele como rufián o anarquista. Pero, sabiendo sacar partido de su título universitario, llegaría a funcionario prominente. Y eso es lo que sucedió. Rubio, doctor y extranjero, reunía todos los requisitos para merecer la consideración y el respeto de la clase dominante. El senador Sofonias y el ministro Xandu tanto se impresionaron con la extraordinaria cultura del doctor Bogóloff que le dieron la jefatura de una de las más importantes dependencias del Ministerio de Agricultura. Bogóloff presentó entonces un programa para el fomento de la ganadería según el cual, mediante un tratamiento especial, los cerdos quedarían del tamaño de bueyes y los bueyes más grandes que los elefantes.

La sátira en Lima Barreto no ha sido todavía debidamente estudiada. El pícaro en su obra, reminiscencia de las lecturas de un *Guzmán de Alfarache,* un *Lazarillo de Tormes* o un *Gil Blas,* que habían sido en cierta época libros estimados por él, reaparece no sólo en *Numa y la Ninfa,* sino también en el volumen *Los Bruzundangas,* una serie de caricaturas sobre un país inexistente que se parecía mucho al Brasil de su tiempo. *Bruzundanga* es una palabra derivada de *burundanga,* lo mismo que morondanga en castellano. Significa palabrerío confuso, algarabía, mescolanza, comida mal hecha, sucia o repugnante, enredo. En la acepción de Lima Barreto la República de los Bruzundangas sería, por consiguiente, el país de los enredos. O el "país de las dificultades" como también lo bautizó. Lector de Swift, frecuentemente evocado en esas caricaturas, concebirá la extraña república cuya constitución copió de la de Brobdingnag, el país de los gigantes, aunque teniendo en cuenta

igual las de Houyhnhnms y Liliput. La nación bruzundanguense se dividía en numerosas provincias o estados: de los Bueyes (Minas Gerais), de los Ríos (Río de Janeiro), de la Caña (Pernambuco), del Kafet (Sao Paulo), en aquella época el gran centro productor de café, razón por la cual se lo considera "el más rico y adelantado de todos".

Pequeñas crónicas, sin mayor pulimento pero resplandecientes de burla y sarcasmo, constituyen la materia no sólo de *Los Bruzundangas,* sino también la de *Cosas del Reino de Jamón.* Siempre es el Brasil, o mejor dicho, la República Vieja, el tema de la caricatura. "El reino de Jamón —explica el cronista-historiador— se llama así porque tiene más o menos la forma de un jamón. Hasta ahora no ha sido comido, pero sí roído. Lo roen los de afuera. Lo roen los de adentro. Pero no hay forma, quiéranlo unos u otros, de deglutirlo completamente. Ese demonio de pierna de cerdo resiste la voracidad externa e interna de un modo completamente milagroso." La clase política y el pueblo, tanto en *Los Bruzundangas* como en el reino de Jamón, se hallan en polos opuestos: "No hay allí hombre influyente que no tenga, por lo menos, treinta parientes ocupando puestos estatales. No hay allí político influyente que no se juzgue con derecho a dejar a sus hijos, nietos, sobrinos, primos, suculentas pensiones que paga el Tesoro de la República. Sin embargo, el país vive en la pobreza: los latifundios abandonados e indivisos; la población rural que es la base de todas las naciones, oprimida por caciques políticos inútiles e incapaces. La población rural vive explotada, hambrienta, andrajosa, macilenta, amarilla, para que en su capital algunos centenares de idiotas, con títulos altisonantes, doctores en esto y aquello, disfruten emolumentos, subsidios, duplicados y triplicados, además de rentas que vienen de otros y de cualquier origen, empleando la gran palabrería de quien va a hacer milagros".

Bastante diferente es la sátira en *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá,* novela en la que se transparentan, tras un velo de ironía, Itamaraty (la Secretaría de Cultos) y el Barón de Rio Branco. Es una historia de funcionarios públicos con dos personajes antagónicos: el venerable Gonzaga de Sá y el mediocre Xisto Beldroegas. El primero enamorado de su ciudad, comprensivo y tranquilo y sin temores, no se inclina ante los poderosos. De allí su aversión al Barón de Rio Branco, gloria nacional en vida, pero que no pasaba para él de ser un autócrata, un bajá, que ponía su voluntad por encima de la Constitución y de las leyes. Beldroegas es el reverso de la medalla. Sumiso y rastrero adulador de los que estaban por encima de él, no perdonaba a los humildes y a los indefensos, preocupado únicamente con las filigranas de la burocracia, decretos, avisos, edictos. Pero lo circunstancial no prevalece en *Vida y muerte...* que es, en verdad, el más bello poema en prosa que se haya escrito sobre Río de Janeiro, en la descripción de su vida urbana y suburbana, en la defensa de su fisonomía original, entre el mar y la montaña, amenazada, desde entonces, por la mala administración, por la especulación inmobiliaria, por la incompetencia de sus prefectos.

Queda por decir algo sobre sus dos últimas novelas: *Clara de los Angeles* y *El cementerio de los vivos.* En la primera, Lima Barreto retomó el tema de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha,* el del prejuicio racial, trans-

firiéndolo sin embargo a la historia de una joven, hija de un cartero, ilusionada, seducida y finalmente despreciada por un muchacho de condición superior a la suya. El argumento es pobre, la fabulación casi no existe. En su juventud, el autor había pensado escribir una gran novela sobre la esclavitud de la que llegó a esbozar algunos capítulos. No puede hacerlo en la declinación de su vida: había entrado en visible decadencia como escritor, ya no tenía la fuerza de los primeros tiempos, el ímpetu de que están impregnados, por ejemplo, las páginas vibrantes de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha.* No se dirá lo mismo de *El cementerio de los vivos.* Comenzará a escribirla en la misma época, con la salud minada por el alcohol, desencantado de la vida y de los hombres, paseando por la calle de Ouvidor su propia miseria, vestido con ropas viejas y harapientas, pero los dos capítulos que dejó más o menos completos, son fragmentos que señalan una obra de gran envergadura; posiblemente la mejor del novelista de haberse concluido, si fuera lícito formular pronósticos sobre cosas que no llegaron a suceder.

4. *UN ESCRITOR SOLITARIO*

El memorialismo en el caso de Lima Barreto debe considerarse tal, menos por el obsesivo autoanálisis de sus problemas individuales, ansias y frustraciones que por un sentimiento más amplio y más noble: el de rebelión contra la mediocridad y la impostura o, más que eso, contra la injusticia. El se convertiría en portavoz de las amarguras y los sueños de una capa social sufrida y marginalizada de la población brasileña. Por eso el principal personaje de sus novelas es el mismo Lima Barreto, aunque disfrazado con las máscaras de Isaías Caminha, Policarpo Quaresma, Gonzaga de Sá, Leonardo Flores *(Clara de los Angeles)* o Vicente Mascarenhas *(El cementerio de los vivos).* De todos ellos, uno solo flaquea moralmente: Isaías Caminha. Sin embargo, la intención de su creador era precisamente mostrar "un caso de 'desmoralización', de debilitamiento del individuo por la sociedad, de terror frente a sus prejuicios". En carta a un amigo (1911), sería todavía más claro: "Mi fin fue hacer ver que un muchacho en las condiciones de Isaías, con todas las calificaciones, puede fracasar no en virtud de sus cualidades intrínsecas, sino batido, derrotado, aplastado por el prejuicio y su séquito, un séquito que, creo, está fuera de él. [...] Si puse allí ciertas figuras y el diario, fue para escandalizar y llamar la atención sobre mi folleto. No sé si el procedimiento es decente, pero fue el que se me ocurrió para luchar contra la indiferencia y mala voluntad de nuestros críticos literarios".[1]

[1] El periódico al que se refiere la carta es el *Correio da Manhá* donde Lima Barreto trabajó algún tiempo como reportero. Luego de la publicación de *Recuerdos del escribiente Isaías Caminha,* el autor ingresó al índex: su nombre no sería nunca más publicado con dos excepciones: la primera en ocasión del *jury* de la Primavera Sangrienta; la segunda cuando se informó de la muerte del novelista, en pocas líneas, al pie de una página interior, sin destacarla para nada como si se tratara de alguien sin ninguna im-

El reconocimiento póstumo, consolidado al poco tiempo, en la suerte crítica de la obra de Lima Barreto, parece diluir (transcurridos más de cincuenta años desde su muerte) el aspecto circunstancial. Ya nadie se preocupa hoy por saber quién está escondido detrás de este o aquel personaje de *Recuerdos...* como a nadie le pasa por la cabeza identificar a tal o cual patrón de Vila Rica en los verdugos, hombres crueles y centuriones modelados por el Aleijadinho en los Pasos de la Pasión de Cristo en Congonhas do Campo, o en los altorrelieves de los púlpitos de Nuestra Señora de O en Sabará. Esos personajes insignificantes, de quienes el Aleijadinho se vengó al retratarlos como monstruos humanos, desaparecieron en el polvo de la historia. El gran novelista de la Primera República, pobre, negro, desarmado y solo, no hizo más que repetir en las dos primeras décadas del siglo, al escultor de genio del barroco brasileño, mulato y pobre como Lima Barreto, en una explosión rebelde contra el medio social, en el furor casi ciego con que se lanzó contra los poderosos, los mandarines de las letras y los señores de la política. Hay mucho de común en los dos, comenzando por lo grotesco en el retrato de los villanos, para terminar con el trágico destino de ambos: la enfermedad repugnante de uno y el alcoholismo crónico del otro, conduciéndolos al abismo, haciéndolos vivir segregados de la sociedad como réprobos.

Lima Barreto iba a estar condenado al aislamiento desde muy joven, prácticamente desde *Floreal*. En la vida literaria como en la particular, estaría siempre solo. Soltero, no se conoce en toda su existencia de cuarenta y un años ningún asunto amoroso que perdurara, limitándose sus contactos con las mujeres a la convivencia con su hermana, también soltera, y a los encuentros ocasionales con prostitutas. Gran solitario, sus personajes también lo son por lo general, desde el inquieto adolescente Isaías Caminha al hierático cincuentón Gonzaga de Sá. Es cierto que Isaías Caminha, luego de la novela, acabaría viudo sin hijos y candidato a diputado, según dirá el autor en el prólogo a la segunda edición. Entre los personajes femeninos, Clara de los Angeles sería rechazada y condenada al abandono, camina quizá de la prostitución después de un amor infeliz.

¿Estaba Lima Barreto contra la institución del casamiento? ¿O simple-

portancia. Refiriéndose a la primera vez, *Careta* publicó el siguiente comentario: "En setiembre, relatando los trabajos del Tribunal del *Jury*, el *Correio da Manhã* escribió con el mayor respeto el nombre de Lima Barreto y, en un artículo de fondo, refiriéndose a la condena al teniente Wanderley, declaró que había sido dictada por doce hombres honrados. Uno de esos doce hombres que el *Correio da Manhã* consideró honrados es el autor de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha*. El señor Edmundo Bittencourt está ausente, en Europa; el señor Leão Veloso, el Ayres da Silva de la novela, es el actual director del *Correio*. Heitor Melo, pariente protegido del señor Edmundo y secretario del diario, debió haber revisado el artículo al que aludimos. Contéstenos pues, Heitor Melo: Si los *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha* son obra de un hombre honrado y, por consiguiente, una obra honesta, ¿qué juicio debemos tener de los personajes que figuran en ella?". *Careta* (Río de Janeiro, 8-10-1910). Esta nota de redacción, escrita al año siguiente de la publicación de la novela que comenzó a ser vendida en librerías en diciembre de 1909, vale como indicador de las intrigas periodísticas de la época. La herida inferida por el libro todavía estaba abierta.

mente era misógino? Esas preguntas se les ocurrieron por lo menos a dos escritores que examinaron su obra: Luis Martins y Carlos Nelson Coutinho, por extensión de actitudes del periodista contra el feminismo y en el tratamiento por el novelista de sus personajes femeninos: mujeres discretas, sumisas, altivas y dignas, aunque muy marcadas por la condición de inferioridad del sexo en la sociedad de su tiempo, ya fueran blancas o negras. Es el caso, por ejemplo, de Olga, la ahijada de Policarpo Quaresma, que no se deja abatir por la desgracia del padrino, y va en persona a pleitear ante el dictador por su libertad. No fue atendida "y tuvo vergüenza de haber ido a pedir, de haber descendido de su orgullo y haber afrentado la grandeza moral del padrino con su pedido. Con gente así, era mejor dejarlo morir solo y heroicamente en un islote cualquiera, pero llevando a la tumba completamente intacto su orgullo, su dulzura, su personalidad moral, sin la mancha de una gestión que disminuyera la injusticia de su muerte, que de algún modo hiciera creer a sus verdugos que tenían derecho a matarlo".

Así era Olga, para más datos, casada. Según Lima Barreto, "en general en nuestra sociedad burguesa todo casamiento es una decepción, especialmente para la mujer". Edgarda, casada con el diputado de *Numa y la Ninfa,* era bastante superior a su marido en cultura e inteligencia y hasta en carácter. Había sido educada en colegios de hermanas de caridad —probablemente el Sión o el Sacré Cœur, instalados a comienzos de la República—. Pero Edgarda pertenecía a la clase rica. Las jóvenes que no podían pagar su educación, no tenían dónde estudiar. En 1918, Lima Barreto denunciaba: "Verdaderamente no hay establecimientos destinados a la enseñanza secundaria para muchachas. El gobierno federal no tiene ninguno a pesar de que la Constitución le impone el deber de proveer ese tipo de enseñanza en el Distrito Federal. Juzga, sin embargo, que son sólo los hombres los que necesitan instrucción; y aun para los varones, hay establecimientos cerrados, donde se ingresa a costa de muchas peticiones". Si querían trabajar, las muchachitas pobres tenían pocas alternativas: el empleo en casas de familias ricas, como domésticas, o en las fábricas, como obreras. Las más favorecidas llegarían a maestras o profesoras de piano si no conseguían un casamiento lucrativo (lo que era casi imposible), o bien resbalaban en la prostitución (lo que era la norma casi general). Maestra había sido la madre del escritor. Profesora de piano su única hermana, Evangelina.

La situación de inferioridad de la mujer en la sociedad brasileña fue tema constante en toda la actuación periodística de Lima Barreto, como lo demostró Luís Martins al recordar la campaña que llevó a cabo contra la sistemática tolerancia con que los jurados absolvían a los maridos y los amantes uxoricidas. Al manifestarse en cambio en sentido desfavorable respecto de la designación de la primera mujer en la administración pública y en contra del movimiento feminista, no dejaba de guardar coherencia con antiguos puntos de vista. En cuanto al feminismo, no lo perdonó desde los desfiles promovidos por doña Deolinda Daltro durante el gobierno del mariscal Hermes da Fonseca (1910-1914), y aun después, en la época de la Legión de la Mujer Brasileña (1920). La esencia de su pensamiento sobre este tema puede

extraerse de uno de sus artículos de 1919 en defensa de las mujeres adúlteras, víctimas de crímenes pasionales, como surge de la cita que sigue, extensa pero necesaria: "Contra un innoble estado de espíritu de ese orden, que tiende a perpetuarse entre nosotros, envileciendo a la mujer, rebajándola al estado social propio de la barbarie medieval, casi de esclava, sin voluntad, sin derecho a sus sentimientos profundos, tan profundos que para satisfacerlos juega su propia vida; degradándola a la condición de objeto, de animal doméstico, de propiedad en manos de los maridos, con derecho de vida y muerte sobre ellas; no respetando su conciencia y su libertad de amar a quien mejor les parezca, cuando y donde quisieren; contra tan desgraciada situación de nuestra mujer casada, construida con la estupidez burguesa y la superstición religiosa, no se rebelan las insignificantes feministas que andan por ahí. Ellas tratan solamente de arrancar con astucia empleos públicos, sin ley vigente que lo permita. El feminismo es un partido de 'acomodos' como cualquier otro masculino".

En una crónica más antigua (1911), en la que comenta las *Memorias* de Mme. d'Epinay, Lima Barreto concluye que en el Brasil de su tiempo no sería posible el "florecimiento de mujeres superiores como las de aquel extraordinario siglo XVIII francés", ni tampoco siquiera, agrega, la existencia de mujeres, esposas, madres, hermanas o amantes, que pudieran ejercer un fuerte ascendiente sobre los hombres, sea en política o en literatura. "No hay en un Raul Pompéia —argumenta—, influencia de mujer; y cito sólo ese ejemplo, que vale por legión. Si la hubiera tenido, quién sabe, con sus cualidades intrínsecas de pensador y artista, ¿no podría habernos dado una obra más humana, más amplia, menos atormentada, fluyendo más suavemente por entre las bellezas de la vida?" El ejemplo de Pompéia, el gran escritor suicida, tiene algo de revelador, como si Lima Barreto pretendiese establecer una comparación con su propio drama personal. Según el testimonio de su hermana Evangelina, iba a serle muy difícil encontrar alguien de su casta que pudiese comprenderlo. Las mulatitas suburbanas, como la Clara de los Angeles de la novela que escribiría en la última etapa de su vida, criaturas de "naturaleza amorfa", además de analfabetas, no bastarían para la sensibilidad del mulato letrado, consciente de su valor y orgulloso de su inteligencia.

De una escritora fallecida siendo muy joven, Carmen Dolores, dejaría en su *Diario íntimo* (1908) un registro casi amoroso: "Es una joven esbelta, de menos de veinticinco años, reservada, vestida siempre con discretas *toilettes*, que casi nunca es vista en los lugares en que nos exhibimos. Sus grandes ojos redondos están poblados de sueños íntimos y toda ella, con su cuerpo delgado y alto y su perfil espiritualizado, parece vivir absorta en el arte, oyendo la música de las esferas y las armonías de los arcángeles. Muy joven, las cosas triviales de la elegancia no la fascinan, ni son motivo de su constante preocupación. Desprecia los vestidos, las telas caras, los encajes, las modas, los sombreros. Frecuenta poco las salas y salones: no encuentra allí atractivo alguno, de ninguna especie; los juzga fútiles, desprovistos de atmósfera intelectual propicia a la vida de su espíritu y de su alma". Y sigue así por dos

o tres párrafos más de elogios para aquella que tal vez había sido para él el prototipo de la mujer ideal.[1]

Ni Carmen Dolores ni ninguna otra mujer habrían sido el amor de Lima Barreto, que, en verdad, no existió. Como bien lo observó Antônio Candido, toda la capacidad afectiva de ese humillado y ofendido se concentraría en la Literatura. Y él mismo se encargaría de participar, no sin orgullo, su casamiento... con la Literatura: "Más que cualquier otra actividad en nuestra especie, el Arte y particularmente la Literatura, a la que me dediqué y con la que me casé; ningún otro medio de comunicación entre los hombres, tuvo, tiene y tendrá, un destino mayor que ella en nuestra triste Humanidad, en virtud de su poder de contagio".

La dipsomanía, sin embargo, volvería tumultuoso y dramático el casamiento con la Literatura. Hasta la publicación de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha* (1909), si bien no era enteramente abstemio no se dejaba todavía dominar por la bebida, que va a consumir todas sus energías vitales y perjudicar su creatividad, como ya se dijo, después de los treinta años. El joven circunspecto, vestido decentemente, que aparece en la fotografía que le tomaron a los veinticinco años, comienza su descenso al abismo. ¿Habrá sido la soledad, la ausencia de amor, el origen de la catástrofe que, habiéndose desencadenado en su juventud, repercutiría en una sucesión de desastres durante toda la vida del novelista? Había vivido sin amor, "huérfano de amor, de cariño de mujer". Sin el amor de su madre, a la que había perdido a los seis años. Sin el amor de una mujer, amante o esposa. El padre se había enfermado, sin remedio, en el momento en que él más lo necesitaba, apenas salido de la adolescencia. Todos esos recuerdos amargos refluyen en el patético soliloquio del *Diario íntimo,* en ocasión de su segundo período en el Hospicio: "Esa cuestión del alcohol que me alcanza, pues bebí mucho y, como todos, tengo que atribuirle mis crisis de locura (aun sabiendo perfectamente que no es el factor principal) se me ocurre reflexionar por qué razón los médicos no encuentran en el amor, desde el más bajo, el más carnal, hasta su forma más elevada, extendiéndose en verdadero misticismo, en una

[1] A propósito de Carmen Dolores, escribió Brito Broca en *A Vida literária no Brasil - 1900*: "Se llamaba en la vida civil Emília Moncorvo Bandeira de Melo y había iniciado su carrera literaria en una *enquète* hecha por los redactores del Almanaque de *O País*. Había escrito al principio por dilettantismo, y luego, forzada por necesidades económicas, se vio obligada a extenderse en colaboraciones permanentes en diarios y revistas. Con el seudónimo de Júlia de Castro, publicó en primer lugar una serie de cuentos en *O País*. En *Tribuna* apareció como Leonel Sampaio, firmando artículos literarios; finalmente adoptó el seudónimo de Carmen Dolores, con el que se la conoció en la columna 'La semana' de *O País*. Espíritu combativo, defendió el divorcio y varias reivindicaciones femeninas. Las contingencias económicas la llevaron a intensificar su producción literaria y periodística, en una labor incesante con la que trató estoicamente de resistir la enfermedad. Poco antes de su fallecimiento, el 13 de agosto de 1911, reapareció todavía con su crónica semanal de *O País*. Gilberto Amado, que la sustituyó en la referida columna, le dedicó su primera crónica, el 21 de agosto del mismo año, considerando como el rasgo más simpático de la personalidad de Carmen Dolores la pasión por la vida, el coraje de los entusiasmos, la violencia de las sensaciones, [...] esa exaltación deslumbrada, esa robusta felicidad de vivir, gracias a la cual se reconoce que este mundo malo es un mundo excelente".

divinización del objeto amado, ¿por qué —me pregunto— no es ese también un factor de locura?"

Y en otro paso de la misma confesión, verdadero examen de conciencia, retomaría la pregunta pero no ya como tesis sino tratando su propio caso personal: "Me indago si acaso no es el amor lo que me corroe. Pero bien veo que no. Pasé la edad de tenerlo huyéndole, para que no me produjese sufrimientos y no perjudicara mi ambición de gloria". De gloria literaria, se ve claro. Había pensado compensar en su juventud su carencia afectiva por un sentimiento más amplio, dirigido a todos los sufrientes y miserables. Avido de afecto y de ternura, necesitaba algo más que lo hiciera olvidar todo lo que lo acorralaba, transportándose a otro mundo que él mismo no sabía bien cuál era. Un mundo de sueños, quizás. De allí la desesperación en que vivió a partir de los treinta años, oscilando de uno a otro extremo, refocilándose en borracheras que se encadenaban una tras otra o entregándose por entero al trabajo intelectual, encerrado durante semanas y semanas en la sala del frente de su casa suburbana, sala que le servía de dormitorio y biblioteca. Con el alcohol intentaba anularse por completo, ser olvidado, desaparecer. En la creación de su obra de escritor, por lo contrario, intentaba afirmarse, ser alguien, en suma, dejar la marca de su paso por la tierra.

Al mismo tiempo lucha para liberarse del vicio que le desagrada y se aferra a la literatura como a un resto de naufragio. Era un sentimiento muy fuerte, casi religioso, capaz de superar su agnosticismo, que lo compelía a escribir. Si creía en algo, era en la Literatura como la única fuerza que podía llevar la comprensión a todos los seres humanos, creando la Patria Estética. Con sus propias palabras: "El hombre, por intermedio del Arte, no queda adscripto a los prejuicios y preceptos de su tiempo, de su nacimiento, de su patria, de su raza; va más allá de eso, más lejos de lo que puede, para alcanzar la vida total del Universo e incorporar su vida en la del mundo".

En sus últimos años, con su "derrengado vestuario", apestando a *cachaça,* hacía cuestión de aparecer en la calle do Ouvidor, mezclando sus andrajos con la ropa a la última moda de petimetres y melindrosas. Ya estaba incluido entonces entre la parte proscripta de la población. Quería con eso personificar su protesta en vivo contra los dueños de la vida. "Siento —llegó a decir— una gran voluptuosidad en comparar los primores del perfeccionamiento de la indumentaria... con mi absoluto relajamiento." Había en ese exhibicionismo masoquista algo muy parecido al del Vagabundo, la genial creación de Charles Chaplin. Pero no fue ciertamente sólo por eso que Alceu Amoroso Lima llamó a Lima Barreto el Carlitos brasileño. "La obra y no la vida de Lima Barreto es lo que se aproxima a Charles Chaplin. Ambos se rebelaron contra el burguesismo, el conformismo, la falsa euforia de vivir, el mundanismo triunfalista, contra todos los seudovalores del fariseísmo moderno. Uno por la imagen, el otro por la palabra."

5. *LA SUERTE CRITICA*

DEFORMADO EN VIDA o después de muerto en ediciones desgraciadas, muchas de ellas tan lamentables cuando el "derrengado vestuario" del autor en el trágico final de su existencia, Lima Barreto ya dejó de constituir sólo un tema biográfico. A los primeros grandes estudios literarios —los de Lucio Miguel Pereira y Astrojildo Pereira, los de Antonio Houaiss y M. Cavalcanti Proença— siguieron multiplicados análisis en profundidad de la obra del escritor, las tesis universitarias, no sólo desde el punto de vista del estilo, sino también el del lenguaje y la técnica del novelista.

No se trata de que haya sido "despreciado en vida" como lo destacó muy bien Otto Maria Carpeaux en su *Pequena Bibliográfia Crítica da Literatura Brasileira* (1.ª edición, 1949; 4.ª edición, 1968). No fueron pocos los que le reconocieron su valor: João Ribeiro, Medeiros de Albuquerque, Oliveira Lima, Vitor Viana, Nestor Victor, Jackson de Figueiredo, Monteiro Lobato, Tristão de Ataíde, Agripino Grieco, ¿cuántos más? Hasta Coelho Neto, a quien tanto atacó, le dedicó un sentido artículo en ocasión de su fallecimiento, calificándolo de "uno de los mayores novelistas que haya tenido el Brasil...".[1]

La suerte crítica del escritor tuvo altibajos. Lima Barreto sólo pasaría a figurar en las historias de la literatura y los manuales escolares en la década de los 30. Creo que el primero en incluirlo fue Agripino Grieco, *Evolução da Prosa Brasileira* (1933). Vino después Souza da Silveira en los *Trechos Seletos,* no en la primera edición pero sí a partir de la segunda (1934), según se dice, por sugerencia de Manuel Bandeira.

El tercero fue quizás Nelson Werneck Sodré, que le dedicó algunas líneas en la *História da Literatura Brasileira, seus fundamentos econômicos* (1938), líneas ampliadas y desarrolladas en las ediciones posteriores. Tras esto, dos ensayos importantes: el de Olívio Montenegro, en *O Romance Brasileiro* (1938) y el de Astrojildo Pereira, publicado originalmente en la *Revista do Brasil* e incluido después en *Interpretações* (1944). Lúcia Miguel Pereira se explayó en uno de los capítulos de su *Prosa de Ficçao (de 1870 a 1920),* 1.ª edición, 1950; 3.ª, 1973, titulado "Preanuncios modernistas", tratando con entusiasmo la obra de nuestro autor. Menos extenso y menos entusiasta en el estudio de Eugênio Gomes, incluido en *A Literatura no Brasil,* 1.ª edi-

[1] "Uno de los mayores novelistas que haya tenido el Brasil, observando con el poder y la precisión de una lente, escribiendo con magistral seguridad, describiendo el medio popular como ningún otro, Lima Barreto, así como se descuidaba a sí mismo, descuidó la obra que construyó, sin tratar de corregirle vicios de lenguaje, entregándola como le salía de la pluma fácil, sin la revisión necesaria, el esmero indispensable, el toque definitivo de remate que requería la obra de arte. A pesar de todo, lo que nos quedó de un hombre tal vale tanto como observación de la vida y pintura de caracteres que las asperezas no consiguen destruir su belleza; la comprometen a veces, aquí, allí, como las rayaduras y grietas de una pared pueden perjudicar la armonía de un fresco sin quitarle grandiosidad. La terrible sirena debe estar contenta porque la presa que esta vez llevó no era una figura común, de las que desaparecen con la muerte, sino una de esas obstinaciones que abultan y se imponen por encima del sepulcro, como un pedestal, y quedan eternas representando el espíritu de una era y la gloria de un pueblo." "La Sirena". En *Jornal do Brasil,* Río de Janeiro, 5-11-1922.

ción, 1955, 2.ª, 1969, obra colectiva bajo la dirección de Afrânio Coutinho.

Y así, Lima Barreto ingresaba en el área universitaria. En la *História da Literatura Brasileira* (1955), de Antônio Soares Amora, y sobre todo en la *História Concisa da Literatura Brasileira* (1960) de Alfredo Bosi, las recensiones son cuidadosas y están acompañadas de noticias bibliográficas. Para orientación de los estudiantes, Tristão de Ataíde, siempre leal a la memoria del escritor, había publicado ya el *Quadro Sintético da Literatura Brasileira* (1956) dando la debida importancia a Lima Barreto. Lo mismo sucede con *Presença da Literatura Brasileira - História e Antologia* (1964) de Antônio Candido y José Aderaldo Castello, en el tomo que se ocupa del Romanticismo, el Realismo, el Parnasianismo y el Simbolismo.

Se inicia desde entonces una serie de investigaciones y estudios universitarios, primero en el extranjero, luego en el Brasil. En Gran Bretaña, el pionero fue Robert L. Scott Buccleuch, de la Universidad de Saint Andrew, ex profesor asociado de la Universidad Nacional de Brasilia (1962), autor de una versión inglesa de *El triste fin de Policarpo Quaresma (The Patriot)* que espera ser editada. En la actualidad, Robert A. Oakley, de la Universidad de Birmingham, donde es profesor de portugués y español, trabaja en un estudio "Realidad y ficción en Lima Barreto". En Italia, Luciana Stegagno Picchio, en *La Literatura Brasileña* (1972), obra verdaderamente notable, reconoce la garra del novelista y destaca el significado social y humano del mensaje del intérprete de los suburbios cariosas. En Checoslovaquia, por iniciativa de Zdenek Hampl, eminente romanista y sincero amigo del Brasil, apareció en 1974 la traducción de *El triste fin de Policarpo Quaresma (Mutny Konec Snazivého Policarpa)* con un prólogo de Jarmila Vojtisková.

En los Estados Unidos de Norteamérica, en el Coloquio de Estudios Luso-Brasileños reunido en Washington D.C. en 1950, dos *scholars* norteamericanos, Raymond Sayers y Ralph E. Dimmick, presentaron comunicaciones sobre Lima Barreto. Gregory Rabassa, de la Universidad de Columbia, continuó los estudios iniciados por Sayers en *El negro en la Literatura brasileña* (traducido al portugués y con notas de Antônio Houaiss, 1958), libro del mayor interés, al publicar *El negro en la ficción brasileña* (traducción al portugués de Ana María Martins, 1965), con un capítulo sobre Lima Barreto. Debe señalarse todavía la tesis de doctorado defendida en 1968 en la Universidad de Wisconsin, Madison, por Robert D. Herron, *El individuo, la sociedad y la naturaleza en las novelas de Lima Barreto.* Hay muchas otras tesis sobre el autor presentadas en diferentes universidades de los Estados Unidos.

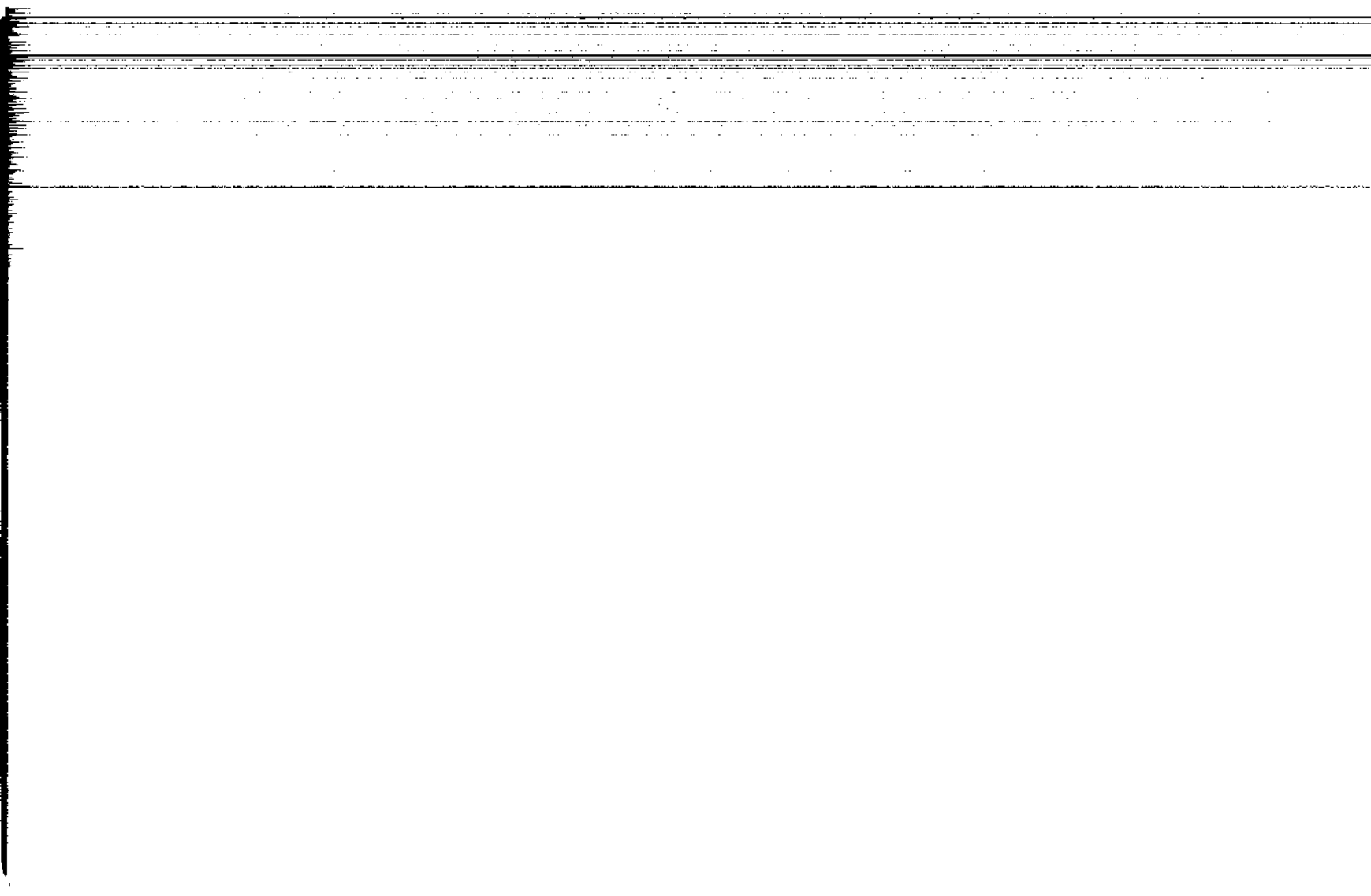
Muchos son los estudios aparecidos en el Brasil en los últimos años, y entre ellos hay dos que poseen la más elevada calidad ensayística: el de Osman Lins, *O Espaço romanesco en Lima Barreto* (1974) y el de Carlos Nelson Coutinho, "El significado de Lima Barreto en la literatura brasileña" incluido en *Realismo e anti-realismo na literatura brasileira* (1974) de varios autores. En Río de Janeiro, Sónia Brayner está interesándose en la técnica de la novela, como profesora de la Facultad de Letras de la Universidad Federal, y ya publicó un artículo promisorio de futuras investigaciones: "La mitología urbana de Lima Barreto" (en *Tempo brasileiro,* 1974, núms. 33/34).

Debe mencionarse también el excelente: *Lima Barreto, o crítico e a crise* (1976) de Antonio Arnoni Prado. A esta altura se vuelve imposible enumerar todas las tesis sobre Lima Barreto que se presentan en los grandes centros universitarios brasileños: Río de Janeiro, Sao Paulo, Brasilia, Rio Grande do Sul, Pernambuco, Bahía, Minas Gerais, Goiás...

En cuanto a la reedición de los libros de Lima Barreto, hubo en realidad hiatos más o menos largos. Era difícil encontrar editor, las ediciones fueron casi siempre poco cuidadas, hasta que la Editora Brasiliense adquirió de la família los derechos de autor y comenzó a divulgar con regularidad las *Obras de Lima Barreto* en 17 tomos, a partir de 1957. No se trataba de toda la colección, sino de volúmenes sueltos, especialmente las novelas. Algunos de los prólogos son de la mayor calidad: los de Houaiss, Proença, Osmar Pimentel, Sérgio Buarque de Holanda. En esas ediciones sueltas, es lamentable constatar que se suprimieron las notas al texto y se alteró la ortografía, en perjuicio de la intención del autor, tan celosa y pacientemente investigada por los que prepararon la monumental edición de 1956. De todos modos, Lima Barreto fue imponiéndose definitivamente como creador de un estilo brasileño, anticipándose a Monteiro Lobato, a los modernistas de Sao Paulo (1922) y al grupo nordestino, escuela de la novela moderna en el Brasil iniciada con *A Bagaceira* (1928) de José Américo de Almeida. Precursor, sí. Y cuya acción fue tanto más relevante por haber sido el sucesor inmediato de Machado de Assis, con el contrapeso de su contemporáneo Coelho Neto, contemporáneo también de Lima Barreto —ambos, Machado y Neto, lusocanónicos, uno con genio, el otro sin él— y que fueron los principales responsables por el desvío de una manera de ver, sentir y escribir brasileñamente, en el camino abierto por nuestro romanticismo. Este es el papel de Lima Barreto: el de ser un escritor auténticamente brasileño, como lo fueron Manuel Antonio de Almeida y José de Alençar, liberados del complejo colonialista y hasta inclusive rebeldes a las imposiciones del estilo y de la gramática de la ex metrópoli portuguesa.

En resumen, el escritor permanece; está más vivo que nunca. En eso reside, por irónica decisión de la posteridad, la gloria de Lima Barreto, que fue en vida un modesto escribiente de la Secretaría de Guerra. Para él vale el mismo epitafio que sugirió para la tumba de Vera Zasulitch, en el bello artículo que dedicó al sacrificio de la revolucionaria rusa: el epitafio de un antiguo navegante griego, encargado por él mismo, para el caso de morir en un naufragio: "El marinero que aquí yace te dice ¡hazte a la vela! El golpe de viento que aquí nos perdió, hacía navegar al largo a toda una flotilla de barcos alegres". Lima Barreto: Hazte a la vela. El golpe de viento que te mató, hará singlar al largo a toda una flotilla de hombres y mujeres a la búsqueda de la libertad.

FRANCISCO DE ASSIS BARBOSA



RECUERDOS DEL ESCRIBIENTE
ISAIAS CAMINHA

I

A Benedito de Souza,
mi compadre y mi amigo.

La tristeza, la comprensión y la desigualdad de nivel mental de mi medio familiar, actuaron sobre mí de un modo curioso: me dieron ansias de inteligencia. Mi padre, que era sumamente inteligente e ilustrado, en el comienzo, durante mi primera infancia, me estimuló con la oscuridad de sus exhortaciones. Yo aún no había entrado al colegio cuando en una oportunidad me dijo: "¿Sabes que naciste cuando Napoleón ganó la batalla de Marengo?". Mis ojos se desorbitaron y pregunté: "¿Quién era Napoleón?". "Un gran hombre, un gran general..." Y no dijo nada más. Se recostó en su sillón y continuó leyendo el libro; sin embargo, la entonación de la voz, el gesto y la mirada me quedaron grabados eternamente. ¡Un gran hombre...!

El espectáculo de la sabiduría de mi padre, realzado por la ignorancia de mi madre y de otros parientes de ella, surgió ante mis ojos de niño como un deslumbramiento.

Entonces me pareció que aquella facultad suya de explicar todo, aquella soltura de lenguaje, su capacidad de leer idiomas diversos y comprenderlos, constituían no sólo una razón de felicidad, de abundancia y de riqueza, sino también un título para el superior respeto de los hombres y para la superior consideración de todos.

Sabiendo, de alguna manera quedábamos consagrados, deificados... Si mi madre me parecía triste y humilde —pensaba yo en aquel tiempo— era porque no sabía, como mi padre, decir los nombres de las estrellas del cielo y explicar la naturaleza de la lluvia...

Fue con estos sentimientos que ingresé a la escuela primaria. Me dediqué esforzadamente al estudio. Brillé, y con el tiempo se fueron extendiendo mis primitivas nociones sobre el saber.

Esas tendencias se acentuaron en mí: me puse a vislumbrar glorias extraordinarias sin evaluar, con certeza, su significación y utilidad. Hubo en

mi alma un tumulto de deseos, de aspiraciones indefinidas. Para mí, era como si todo el mundo me estuviera esperando para continuar su evolución...

Escuchaba a una tentadora sibila hablarme, a toda hora y a todo instante, de mi gloria futura. Actuaba desordenadamente y sentía la incoherencia de mis actos, pero esperaba que la consecución final de mi destino me explicase cabalmente. Vino la hora de la *pose,* la necesidad de ser diferente. Me abandoné en la vestimenta, y era preciso que mi madre me reprendiera para que fuera más cuidadoso. Huía de los juegos, evitaba los grandes grupos, me reunía aparte solamente con uno o dos, en el recreo del colegio; y de pronto un día entraba a jugar como enloquecido, apasionadamente. Con lo que causaba la sorpresa de mis camaradas. ¡Oh! ¡Isaías jugando! Va a llover... Mi energía en el estudio no disminuyó con los años, como era de esperar; por el contrario, siempre creció progresivamente. Mi maestra, luego de su admiración comenzó a simpatizar conmigo. Para mis adentros (sospecho hoy), ella imaginó que le pasaba por las manos un genio. Yo correspondía a su afecto con todas las fuerzas de mi alma, hasta tal punto que tuve celos de ella, de sus ojos azules y de sus cabellos castaños, cuando se casó. Por entonces yo tenía dos años de escuela y doce de edad. Un año después salí del colegio, y ella me regaló como recuerdo un ejemplar del "Poder de la Voluntad", lujosamente encuadernado, con una dedicatoria afectuosa y lisonjera. Fue mi libro de cabecera. Lo leí siempre en horas diurnas y nocturnas durante mis estudios secundarios, de cuyos profesores pocos recuerdos importantes conservo. ¡Eran banales! Ninguno de ellos tenía los ojos azules de la señorita Ester, ¡tan amistosos y trascendentes que parecían leer mi destino, besando las páginas en las que estaba escrito!...

Cuando finalicé el curso secundario gozaba de una buena reputación de estudiante, cuatro "aprobados", una distinción y muchas *sabatinas* [1] óptimas. Aún permanecí dos años en mi ciudad natal, dos años que pasé fuera de mí, excitado por las excelentes notas y por los pronósticos de mi maestra, a quien siempre visitaba y escuchaba. Todas las mañanas, al despertarme, todavía con el espíritu acariciado por los neblinosos sueños de buen agüero, la sibila me decía al oído: "¡Ve, Isaías, ve!... Esto solo no te basta... ¡Ve a Río de Janeiro!".

Entonces, durante horas, a través de mis ocupaciones cotidianas, me ponía a meditar y a medir las dificultades, a considerar que Río era una ciudad grande, llena de riquezas, abarrotada de egoísmo, donde yo no tenía conocidos, relaciones o protectores que me pudiesen valer...

¿Qué haría allí, solo, contando apenas con mis propias fuerzas? Nada... Sería como una paja en el remolino de la vida, llevado aquí, empujado allá, finalmente tragado por el abismo... ladrón... borracho... tísico, y quién sabe qué más. Dudaba. Por la mañana mi resolución era casi definitiva, pero ya por la tarde, me acobardaba frente a los peligros que preveía.

Un día, sin embargo, leí en el *Diario de...*, que Felício, mi antiguo condiscípulo, se había graduado en Farmacia y por tal motivo —decía el *Diario*— había recibido una estruendosa manifestación de sus colegas.

[1] *Sabatina:* repetición de las lecciones de la semana, los días sábados.

¡Caramba, Felício!, pensé para mis adentros. ¡Felício! ¡Tan burro, y con éxitos en Río! ¿Por qué no los habría de tener también yo, yo, que le había enseñado en la clase de portugués, y de una vez para siempre, la diferencia entre el adjetivo atributivo y el adverbial? ¿Por qué?

Leí esa noticia el viernes. Durante todo el sábado ordené en mi espíritu las ventajas y las desventajas de una partida. Hoy, ya no recuerdo bien las fases de esa batalla; sin embargo, una circunstancia se me aparece de entre todas las que me movieron a partir. En la tarde del sábado salí a caminar. Hacía mal tiempo. Una lluvia intermitente caía desde dos días atrás.

Salí sin destino, al azar, aprovechando melancólicamente un momento de calma del tiempo.

Pasaba por un ancho descampado y miré el cielo. Nubes grisáceas galopaban y, a lo lejos, una pequeña mancha más oscura parecía correr prendida a ellas. La mancha se aproximaba y poco a poco la vi subdividirse, multiplicarse; por fin una bandada de patos negros pasó por sobre mi cabeza, bifurcada en dos ramas, con un pato que volaba al frente, formando una "V". Era la inicial de "Vete". Tomé eso como una señal animadora, como buen augurio para mi propósito audaz. El domingo por la mañana le dije a mi madre, de golpe:

—Mamá, mañana me voy a Río.

Mi madre no respondió nada, se limitó a mirarme enigmáticamente, sin aprobación ni reprobación; pero mi tía, que cosía en una punta de la mesa, levantó un tanto la cabeza, descansó la costura sobre las rodillas, y habló persuasivamente:

—¡Mira bien lo que vas a hacer, muchacho! Creo que te deberías hacer aconsejar por Valentín.

—¡Qué esperanza! —dije con enfado—. ¿Para qué necesito a Valentín? ¿No soy un muchacho ilustrado? ¿No tengo hecho todo el curso preparatorio? ¿Para qué necesito consejos?

—Mira, Isaías, tú eres una criatura aún... No tienes práctica... Valentín conoce la vida más que tú. Tanto más cuanto que ya estuvo en Río...

Mi tía, hermana mayor de mi madre, no había acabado de decir la última palabra, cuando entró Valentín envuelto en un largo capote de tela gruesa.

Depositó algunos paquetes de diarios manchados de estampillas y sellos, arrojó la gorra con el emblema del Correo, y pidió café.

—Llegaste en buen momento, Valentín. Isaías quiere ir a Río y yo acabo de recomendarle que se aconseje contigo.

—¿Cuándo pretendes ir, Isaías? —indagó mi tío sin sorprenderse, e inmediatamente.

—Mañana —dije lleno de resolución.

El no dijo nada más. Nos callamos, y mi tía salió de la sala llevándose el capote mojado, para volver luego trayendo el café.

—Quieres *parati*,[1] Valentín.

—Bueno.

Revolviendo lentamente el azúcar en el fondo del pocillo, mi tío per-

[1] *Parati:* aguardiente de caña; lo mismo que cachaça.

maneció aún callado por mucho tiempo. Tomó un trago de café, después otro de aguardiente, mantuvo la copa levantada algunos instantes, la apoyó automáticamente en la mesa, y de a poco su fisonomía de anchos trazos osados, fue revelando un gran trabajo de concentración interior. Mi madre nada había dicho hasta el momento.

En un momento dado, pretextando cualquier cosa, se levantó y fue hasta los fondos de la casa. Al salir le hizo a mi tía una pregunta insignificante sobre el arreglo doméstico, sin aludir a mi resolución y sin despertar a mi tío de la profunda reflexión en que se había engolfado.

Ansioso, me dejé estar a la espera de una respuesta de él, notándole las menores contracciones del rostro y descifrando los más tenues relampagueos de la mirada. Hubo un segundo en que me pareció que él había suspendido todo el movimiento exterior de su persona. La respiración parecía haberse detenido; el ceño estaba fruncido, las arrugas de la ancha frente cuadrada aparecían fijadas, como si hubiesen sido talladas en bronce, y los ojos inmóviles, orientados hacia una grieta de la mesa, brillaban, brillaban extraordinariamente, como si saltaran de las órbitas para rastrear la huella probable de mi vida en la intrincada floresta de los acontecimientos. Mi tío me gustaba. Era un hombre leal, valeroso, de poca instrucción pero de corazón abierto y generoso. Contaban de él hazañas, bravatas portentosas llevadas a cabo en los tiempos en que había sido, durante las elecciones, *esteio* [1] del partido liberal. Por las puertas de los negocios, cuando pasaba cabalgando sobre su simpático caballo flaco, con una bolsa de cartas en la grupa, murmuraba: "¡Qué *songamonga*! [2] Ya liquidó a dos...".

Yo conocía el caso, estaba convencido de su exactitud; sin embargo, a pesar de mis idiotas exigencias de moral inflexible, no me avergonzaba de estimarlo, hasta de quererlo, sin mezcla de terror, por la decisión de su carácter, por el apoyo seguro que nos había dado a mí y a mi madre, cuando murió mi padre, vicario de la parroquia de... Me había animado a proseguir mis estudios, había hecho sacrificios para proporcionarme vestimenta y libros, desarrollando así una actividad por encima de sus recursos y fuerzas.

Durante los dos años que pasé después de haber concluido el curso de Humanidades, su carácter emprendedor conseguía de cuando en cuando encontrarme uno u otro trabajo. De ese modo, yo iba viviendo una dulce y mediocre vida campesina, siempre perturbada, sin embargo, por el propósito de irme a Río que me tenía atontado. ¡Ve, Isaías! ¡Ve!

Mi tío levantó la cabeza, posó su mirada morosamente sobre mí y dijo:

—¡Haces bien!

Acabó de beber su café, pidió el capote y me invitó:

—Ven conmigo. Vamos a ver al *Coronel*.[3] Quiero pedirle que te recomiende al doctor Castro, el diputado.

Mi tía trajo el capote, y cuando íbamos saliendo apareció también mi madre, recomendando:

[1] *Esteio:* amparo, protección, resguardo.
[2] *Songamonga:* individuo tonto.
[3] *Coronel:* además del grado militar, significa hombre rico; jefe o caudillo.

—¡Abrígate bien, Isaías! ¿Llevas el sombrero de lluvia?

—Sí, señora —respondí.

Durante cuarenta minutos patinamos en el barro del camino hasta la casa del coronel Belmiro. Mal habíamos empujado el portón que daba hacia el camino, cuando la figura grandota del *fazendeiro*[1] asomó en el portal de la casa, redondo, envuelto en un amplio capote y cubierto por un ancho sombrero de fieltro negro. Nos aproximamos...

—¡Oh, Valentín! —dijo perezosamente el Coronel—. ¿Trae cartas? Deben ser de Trajano, ¿lo conoce? Socio de Martins, el de la calle de los Pescadores...

—No, señor —lo interrumpió mi tío.

—Ah, es su sobrino... Ni lo conocí... ¿Cómo te va, muchacho?

No esperó mi respuesta; continuó en seguida:

—Entonces, ¿cuándo vas para Río? No te quedes aquí... Ve... Mire, ¿conoce usted a Azevedo?

—De eso mismo veníamos a hablar. Isaías quiere ir a Río, y yo le vine a pedir a usted...

—¿Qué cosa? —interrumpió asustado el Coronel.

—Yo querría que usted, Coronel —tartamudeó tío Valentín—, recomendara al muchacho al doctor Castro.

El Coronel se detuvo a pensar. Me miró de arriba abajo, y finalmente habló:

—Usted tiene derecho, don Valentín... Sí... Usted trabajó por Castro... aquí, entre nosotros: si él fue elegido me lo debe a mí y a los difuntos, y a usted, que desenterró a algunos.

Rió largamente, lleno de satisfacción por haber repetido chiste tan antiguo, y en seguida preguntó amablemente:

—¿Qué quiere que le pida?

—Usted podría decir en la carta que Isaías va a Río a estudiar, que tiene hechos todos los preparatorios, y que por ser pobre necesita que el doctor le consiga un empleo.

El Coronel no se detuvo, nos hizo sentar, mandó traer café y fue a otra habitación a escribir la carta.

No se demoró mucho; sus nociones gramaticales no eran lo suficientemente fuertes como para retardar la redacción de una carta. Nos demoramos todavía un poco, y cuando nos despedíamos el Coronel me abrazó, diciéndome:

—Haces bien, muchacho. Ve, trabaja, estudia, que ésta es una tierra a la buena de Dios, con perdón de la palabra una tierra de m... Castro debe hacer algo por ti. El también fue así... El padre, ¿usted lo conoce, don Valentín?

—Sí, Coronel —dijo mi tío.

—...era pobre, realmente muy pobre. Castro, nuestro Hermenegildo, quiso estudiar. Nosotros... nosotros no, yo principalmente, que era presidente, le conseguí una subvención de la Cámara... Y así fue. Hoy —agregó

[1] *Fazendeiro:* propietario de una fazenda, establecimiento rural.

el Coronel inmediatamente— esto ya no es necesario porque Río de Janeiro es muy grande, hay muchos recursos... ¡Ve, muchacho!

Ya no llovía más. Las nubes se habían corrido a un lado del horizonte dejando ver una franja de cielo azul.

Un poco de sol bañaba aquellas colinas tristes y fatigadas, por entre las cuales caminábamos.

Las cigarras se pusieron a cantar y fui caminando con la cabeza baja, sin aprensiones, lleno de esperanzas, exuberante de vida.

Mi situación en Río estaba garantizada. Obtendría un empleo. Un día que otro iría a clase, y todos los fines de año, durante seis, daría los exámenes, ¡al final de los cuales sería doctor!

¡Ah! ¡Sería doctor! Redimiría el pecado original de mi nacimiento humilde, suavizaría el suplicio afligente, oprimente y omnímodo de mi color... En los dobleces del pergamino de mi título apresaría la consideración de todos. Seguro del respeto a mi majestad de hombre, con ella caminaría más firmemente por la vida. No titubearía, no dudaría, podría hablar libremente, expresaría en voz bien alta los pensamientos que se retorcían en mi cerebro.

El flanco que mi persona ofrecía en la batalla de la vida a los ataques de los buenos y de los malos, quedaría disimulado, disfrazado...

¡Ah! ¡Doctor! ¡Doctor!... El título era mágico, tenía poderes y alcances múltiples, variados, polimórficos... Era un *palium*, era algo así como clámide sagrada, tejida con un hilo tenue y casi imponderable, pero a cuyo encuentro se quebraban los elementos, las miradas malas, los exorcismos. En posesión de ella, las gotas de la lluvia se alejarían transidas de mi cuerpo, no se animarían a tocarme la ropa, ni el calzado siquiera. El invisible distribuidor de los rayos solares escogería los más amistosos para calentarme, y gastaría los fuertes, los inexorables, con los hombres comunes, los que no son doctores. ¡Oh! Graduarme, tener en mi dedo el anillo de graduación, con levita y galera, inflado y gordo como un *sapo-entanha*[1] antes de herir el pasto a orillas del pantano; andar por las calles, por las plazas, por las salas, recibiendo los saludos: "Doctor, ¿cómo le va?". "¿Cómo está, doctor?" ¡Era sobrehumano!...

Casi estábamos llegando...

Por el camino veníamos los dos, en silencio. Yo, totalmente entregado a mis reflexiones que mi tío, una y otra vez, venía a perturbar con una pregunta cualquiera. Le respondía sin voluntad de continuar la conversación; después de la tercera tentativa para entablarla, no insistió más. El sol huía paulatinamente, las cigarras dejaron de cantar, y cuando llegamos a casa la lluvia caía nuevamente.

Almorcé, salí hasta la ciudad próxima para despedirme, cené, siempre con aquella visión doctoral que no me dejaba. Se me aparecía una fase de ella, después otra más brillante; ésta, provocaba una consideración; aquélla, una propiedad más de la carta omnipotente. Por la noche, en el techo de mi sala baja, por los portales, por las paredes, yo veía escrito por la luz del farol de petróleo: !Doctor! ¡Doctor!

[1] *Sapo-entanha:* variedad de sapo.

¡Cuántas prerrogativas, cuántos derechos especiales, cuántos privilegios daba ese título! Podía tener dos o más empleos, a pesar de la Constitución; tendría derecho a prisión especial y no precisaba saber nada. Bastaba el diploma. Me puse a considerar que eso debía venir de antiguo... ¡Newton, César, Platón y Miguel Angel debían haber sido doctores!

Fueron los primeros legisladores que dieron al diploma ese prestigio extraterrestre... Naturalmente, habrían escrito en sus códigos: "todo lo que hay en el mundo es propiedad del doctor, y si de alguna cosa gozan otros hombres, lo deben a la generosidad del doctor". Era otra casta, a la que yo entraría, y una vez que entrara en ella tendría huesos, sangre y carne diferentes de los otros; y todo eso de una calidad trascendente, fuera de las leyes generales del Universo y por encima de las fatalidades de la vida común.

—¿Llevas toda la ropa, Isaías? —interrumpió mi madre.

Yo estaba acostado en un viejo sofá amplio. Allá afuera caía la lluvia con redoblado rigor y soplaba fuertemente el viento. Nuestra frágil casa parecía que sería arrasada de un momento a otro. Mi madre iba y venía de una habitación próxima; removía baúles, arcas; cosía, importunaba. Yo devaneaba, mientras observaba su perfil escuálido, el cuerpo magro, agotado por los trabajos, las mejillas enflaquecidas y con los molares salientes, con manchas oscuras en la piel parda, como si fuesen de humo profundo. De cuando en cuando, ella me lanzaba la mirada de sus ojos aterciopelados, redondos, pasivamente buenos, en los que brillaban rayos de temor al encararme. Supuse que adivinaba los peligros que yo habría de pasar; sufrimientos y dolores que la educación y la inteligencia, cualidades superiores en mi frágil consistencia social, habrían de atraerme fatalmente. No sé qué de raro, excepcional y delicado, y al mismo tiempo peligroso, veía ella en mí, para lanzarme aquellas miradas de amor y de susto, de piedad y de orgullo. A sus ojos —muchas veces me pareció eso—, yo era como una mozuela, de nacimiento y condición como los míos, extraordinariamente bonita, vivaz y perturbadora... Todo sería demasiado; pronto la cercaría el ambiente de seducción y corrupción y habría de acabar por ahí, por esas calles...

Otras veces pensé que nada quería expresar con ellos; que sentía por mí la indiferencia de la máquina por su propio producto. ¿Qué les importa a los telares de Valenciennes el destino de sus encajes?

Entonces la creía resignada a quedarse allí, en las proximidades de una ciudad de tercer orden, teniendo de tanto en tanto noticias mías desde aquella gran ciudad que su imaginación, a mucho costo, podría representarle. Y quién sabe si las noticias serían de tal envergadura como para provocarle dudas sobre su maternidad. ¡Pobrecita! ¡Pobre mi madre!

—Escúchame, mamá, tan pronto consiga ubicarme te mandaré buscar. ¿Me estás escuchando?

—Sí —respondió ella con fingida indiferencia.

—Alquilaremos una casa. Todos los días, cuando yo vaya a trabajar, tomaré tu bendición; cuando tenga que estudiar hasta bien alta la noche, tú me darás café para espantar al sueño... ¿Sí, mamá?

Y me puse a abrazarla efusivamente.

—¡Bueno, está bien! Estudia, Isaías —dijo ella, deshaciéndose de mí muy blandamente. No te preocupes por mí... ¡Estudia, hijo mío! Yo ya estoy demasiado vieja...

—Mamá, tú no crees en mí.

—Creo, hijo; pero... pero no quiero salir de aquí.

Al día siguiente, cuando me despedí, me dio un fuerte abrazo, se alejó un poco y me miró largamente, con aquella mirada que me lanzaba siempre; en cualquier circunstancia, en la que se mezclaban el terror, la pena, la admiración y el amor.

—Ve, hijo mío —dijo ella, finalmente—. ¡Adiós!... Y no te muestres mucho, porque nosotros...

Y no terminó. El llanto se hizo convulsivo y yo también me alejé llorando.

II

EL VIAJE en tren fue muy fastidioso. No sé si debido a la falta de comodidades del asiento, no sé si por las grandes emociones por las que había pasado, lo cierto es que me invadió durante todo el viaje un letargo, un sopor que debilitó mi cuerpo y tornó mi inteligencia casi impenetrable. Recostado en el respaldar del banco, viajaba entre despierto y dormido; de cuando en cuando un balanceo del vagón me abría violentamente los ojos obligándome a considerar más detenidamente el paisaje que huía por la portezuela.

Eran las mismas arideces húmedas al pie de los *morros* [1] de mediana altura, revestidos de un bosque ralo, anémico, verde oscuro, donde a veces un árbol más grande se erguía soberbiamente, como si lo consiguiera por el esfuerzo de una voluntad propia.

El sol se colaba con dificultad por entre gruesos ovillos de nubes errantes, distribuyendo sobre las cosas que iba viendo una luz amarilla y desigual.

Por el declive suave de una ladera, la alfombra oscura del bosque aparecía salpicada por manchas redondeadas, claras y oscuras, salpicadas con relativa regularidad. Por aquí, por allá, trechos opacos y sin vida contrastaban con brotes vivos, profusamente iluminados, como irrupciones de vida en una piel enferma...

El tren se había detenido y yo me abstenía de bajar. Una vez, sin embargo, lo hice; no sé en qué estación. Tuve hambre y me dirigí al pequeño mostrador donde había café y pasteles. Se encontraban allí muchos pasajeros. Me serví, y entregué un billete chico para pagar. Como demoraran en traerme el cambio, reclamé: "¡Caramba! —dijo el mozo, indignado, y en

[1] *Morros:* montes de poca elevación.

tono desabrido—, ¿qué apuro tienes? ¡Aquí nadie roba, para que te enteres!". Al mismo tiempo, a mi lado, un muchachote rubión reclamaba su vuelto, que le fue entregado complacientemente. El contraste me hirió aún más por las miradas que me lanzaron los presentes, haciendo crecer mi indignación. Incubé durante segundos una rabia muda, que por poco no estalló en llanto. A los tropezones, y atontado, volví al tren e intenté descifrar la razón de la diferencia de los dos tratamientos. No atiné a encontrar la razón; en vano pasé revista a mi ropa y a mi persona... Mis diecinueve años eran sanos y fuertes, y mi cuerpo regularmente tallado. Tenía los hombros anchos y los miembros ágiles y elásticos. Mis manos, con dedos afilados y esbeltos, eran herencia de mi madre, que las tenía tan airosamente bonitas que así se mantuvieron a pesar del trabajo manual a que su condición la obligaba. Aun mi rostro, si bien mis rasgos no eran extraordinariamente regulares, no resultaba desagradable ni repugnante. Lo tenía perfectamente oval, y la tez de color pronunciadamente aceitunado.

Además, yo sentía que mi fisonomía estaba animada por mis ojos castaños, que brillaban dulces y tiernos bajo los arcos superciliares profundos, trazo de la sagacidad heredada de mi padre. Y por otra parte, lo que emanaba de mi persona, lo que se desprendía de mi alma, debía ser manso, tímido y bondadoso... ¿Por qué sería entonces, mi Dios?

Los esfuerzos que hice tornaron más espeso el casco plúmbeo que me oprimía el cerebro. El sopor se hizo aún más fuerte y por fin me dormí, dormí no sé cuántas horas, ni sé cuántos minutos, ya que al despertar estábamos en la boca de la noche, y ya el crepúsculo cubría las cosas con una capa de melancolía tangible, por así decirlo. Me acariciaba, rozaba mis mejillas, tocaba mis manos levemente como si fuera una felpa... Por entre naranjales dorados de frutos maduros, la locomotora corría velozmente... Llegamos a la estación terminal, pero ahí no acabó el viaje. Pasamos a una barca que atravesó lentamente por entre islotes hasta alcanzar la parte ancha de la bahía.

El espectáculo me chocó. Repentinamente me sentí otro. Mis sentidos se agudizaron; mi inteligencia, entorpecida durante el viaje, despertó con fuerza, alegre y cantarina... Veía nítidamente las cosas y ellas penetraron en mí hasta la esencia. Hice converger todo mi aparato de examen hacia el espectáculo que me sorprendía. Por instantes estuve espasmódicamente arrebatado hacia otro mundo, adivinado más allá de las cosas sensibles y materiales. Voluptuosamente cerré los ojos; después, de a poco, abrí los párpados para mirar hacia abajo el mar como un espejo, misterioso. La barca navegaba, las aguas negras se abrían, fingiendo resistencia, calculando el rechazo.

El caserío, enfrente —el de la orla de la playa, envuelto ya en las brumas de la noche, y el de las alturas quemándose en la púrpura del poniente—, surgía revuelto ante mis ojos, bizarramente dispuesto sin un orden geométrico definido pero guardando con las montañas que apretaban a la ciudad, con las ondulaciones caprichosas de las colinas y la hondura de los valles, un acuerdo oculto, sutilmente lógico.

Surgía del ambiente un perfume, una poesía, algo unificador que abrazaba el mar, las casas, las montañas y el cielo; parecían erguidas por un solo pensamiento, alejadas y aproximadas por una inteligencia coordinadora que

había calculado la división de los planos, abierto valles, recortado curvas, a fin de agitar viva y armoniosamente aquel montón de cosas diferentes... El abrigo, la calidez de la hora, la solemnidad del lugar, lo cremoso de las montañas incrementadas en el cielo cóncavo, me dieron impresiones distintas, fantásticas, discordantes y huidizas...

Existía un blando aire de sueño, y quedé penetrado por él. Anduvimos. Ahora la barca se movía a lo largo de una ancha isla llena de edificios. Más cerca, más lejos, pequeñas lanchas corrían levantando hacia la pureza del cielo sus irreverentes penachos de humo; en la línea del horizonte había una tierra baja, al fondo, donde dolientemente agitado por la brisa crecía solitario un airoso cocotero, firme y orgulloso; grandes cascos oscuros de *saveiros* [1] y *galeras* [2] se deslizaban plácidamente, y veloces botes cruzando las respectivas derrotas, jugueteaban sobre las olas como criaturas traviesas...

Una canoa se aproximó a la barca, bien cerca; la rubicunda tripulación entonaba una canción, un himno, pero se alejó en seguida, desdeñosa y superior.

Antes de atracar, la noche descendió totalmente.

En la ciudad, anchos trazos de fuego brillaron, juntos y espaciados, rectos y curvos, paralelos y enmarañados... Llegamos.

Cuando descendí y pisé en plena ciudad, en la plaza hacia la que daba la estación, sufrí una decepción. Aquella plaza inesperadamente fea, cerrada al frente por un edificio sin gusto, me ofendió como si recibiera una bofetada. Me habían engañado los que me presentaran a la ciudad como bella y majestuosa. En las calles había muy poca gente y desde el tranvía en que las iba atravesando, me parecían feas, estrechas, barrosas, flanqueadas por casas sucias y sin belleza alguna.

La calle de Ouvidor, que vi desde lejos, iluminada y transitada, en poco disminuyó la mala impresión que me hizo la ciudad. Poco antes de partir, me había informado sobre los hoteles y en esa ocasión me recomendaron el hotel "Jenikalé", en la Plaza de la República, de módica tarifa diaria, hacia donde me dirigí con el propósito de demorarme allí los pocos días exigidos para obtener la colocación que me daría el diputado Castro. Fui a comer, y me senté a la mesa redonda, en la que ya había mucha gente hablando de todo y de todas las cosas. Evité trabar conversación con ninguno de los circunstantes. Comí callado, con los ojos desconfiados, bajos, levantándolos de vez en cuando del plato hacia los grabados que adornaban la sala, sin animarme a posarlos en la fisonomía de ninguno de los comensales. No obstante eso, alguien, allá por el final de la comida, venció mi obstinación:

—Creo que vinimos juntos...

—No recuerdo —dije con cortesía.

—¡Perfectamente! Usted dormía cuando yo embarqué.

—Puede ser... Viajé casi siempre en ese estado... —alargué mi respuesta a mucho costo y con mucho miedo; pero, arrepentido, comencé a pesarla bien y vi que por ella mi interlocutor no me podría robar el flaco peculio.

[1] *Saveiros:* embarcación fluvial, chata.
[2] *Galeras:* embarcación de vela y remo.

—Vine por negocios... Usted sabe —continuó el desconocido—; usted sabe: quien quiere, va, quien no quiere, manda... ¡Si me limito a encargar la harina, es una desgracia! Llega ácida y de pésima calidad; ¡entonces es un infierno! Los clientes protestan, y con ese pretexto no pagan. Para evitar ése y otros inconvenientes, vengo cada dos meses a comprarla yo mismo... Vea usted, es un gasto, pero, ¿qué se ha de hacer?...

—¿Usted está establecido?

—En Itaporanga, sí señor; tengo una panadería, pequeña sí, pero que rinde. Usted sabe: el pobre no la pasa sin pan.

Aproveché un instante en que se volvía hacia el vecino, para analizar al panadero de Itaporanga.

Era un hombre bajo, de miembros fuertes, que respiraba con fuerza y libremente. Mientras hablaba, se retorcía con la mano áspera, de antiguo trabajador, el espeso bigote. Se descubría que en su mocedad se había entregado a trabajos groseros, pero que de un tiempo a esta parte gozaba de una vida más fácil y aliviada. Su mirada, inquieta y huidiza, pero viva, cuando se fijaba era la de un bellaco mercader, en paz con el código y las leyes.

—¿Usted vino de paseo? —me preguntó.

—No, señor —le dije de inmediato—. Vine a estudiar.

—¿Estudiar?

—¿De qué se admira?

—De nada.

En seguida, suavizando la expresión del rostro quemado y tornando amiga la voz, en la que lejanamente aparecía el acento portugués, dijo:

—Venga conmigo, doctor; vamos a dar una vuelta.

No tuve tiempo de optar por una respuesta. El panadero se volvió hacia los fondos de la sala y le gritó al cajero:

—¡José! Cigarros...

Aquel hombre iba depositándome una singular inquietud. Su admiración tan explosiva a mi proyecto de estudio, sus maneras ambiguas y al mismo tiempo desembarazadas, su mirada cautelosa, escrutadora y sagaz, junto a su aire bonachón y simplote, me provocaban desencontrados sentimientos de confianza y desconfianza. Había en él tantas cosas opuestas a la profesión que decía tener, que me puse a desconfiar. ¡Quién sabe! Sin embargo, su afabilidad, sus manos gruesas...

—¡José! ¿Y los cigarros? —dijo, impaciente, el negociante.

El cajero vino trotando sobre unas amplias botinas, y nos extendió una caja llena de cigarros claros, rozagantes, cuyo aroma se esparcía tentando a fumarlos.

—¡Sírvase, doctor! ¡Son magníficos! Machado los recibe directamente.

Y con el fruncimiento de los ojos me dio a entender el origen semidelictivo de los cigarros. Cortó la punta con los dientes y, no sin una cierta elegancia, llevó el fósforo encendido hacia el suyo y, después de esperar que también yo encendiera mi cigarro, me habló:

—¿Usted conoce Río, doctor?

—No —dije yo complacido, ya que el tratamiento me agradaba. Era la primera vez que lo recibía; y, naturalmente, me lisonjeaba.

—Entonces venga conmigo. No salgo nunca, pero puedo acompañarlo en su primera visita. Podemos ir al teatro, son las ocho y media. En dos minutos voy a la confitería da Estrada, y antes de las nueve estamos en el Recreio...

—Pero, mi querido señor...

—Lage da Silva, servidor.

—Pero, mi querido señor Lage da Silva —continué—, estoy cansado. Sería mejor...

—¡Oh! ¡Usted! ¡Un niño! Déjese de eso... Vamos, doctor.

Eso de "doctor", era mágico. Accedí, y el señor Lage da Silva, negociante con panadería en Itaporanga, extendió muy orgullosamente la pierna izquierda, y de las profundidades de su bolsillo del pantalón respectivo sacó un fajo de billetes, escogió uno, y pagó los cigarros que fumábamos.

III

"Los ANTIGUOS bebían perlas disueltas en vinagre. No tenían gusto muy refinado, y la extravagancia nada significaba. Yo bebo la verde esmeralda saludable, emblema de la *mater* Naturaleza, en una copa de jerez. En vez de la perla mórbida, enfermedad de un marisco, en el ácido vinagre, bebo el verde de los prados, la magnífica copa de las palmeras, el perfume de las flores, ¡todo lo que el verde recuerda de la gran madre augusta!"

Recordé al día siguiente esa frase que Raúl Gusmão, un joven periodista, persona de la amistad de Lage da Silva, pronunció solemnemente y muy despacio en el bar del teatro, mientras nos servíamos bebidas. La dijo con su voz gangosa, sin acento de sexo y emitida con un gran esfuerzo doloroso. Para su naturaleza, hablar era una obra difícil. Toda su persona se ponía en movimiento, se esforzaba extraordinariamente; todos sus músculos entraban en acción; toda la energía de su vida se aplicaba a articular los sonidos y siempre, cuando conseguía hablar, era como si lo hiciera por primera vez, como individuo y como especie. Esa voz suya de parto difícil, ese espumar de sonidos o gritos de un antropoide que hubiera adquirido hacía muy poco tiempo la palabra articulada, me dio no sé qué malestar, y fue así que no volví a hablar hasta su despedida. Tuve miedo de que me fuera preciso emplear el mismo esfuerzo, que también mi palabra me costara el mismo gran dolor ya olvidado y vencido por nuestra especie; y quedé escuchándolo respetuosamente, tanto más cuanto que nos trató, a mí y al panadero, con tal desdén, con tal superioridad, que quedé entibiado, golpeado frente al retrato que de él hice íntimamente, de un gran literato, universal y aclamado, una especie de Balzac o de Dickens, a pesar de sus aullidos de "pithecanthropus".

Hablaba casi sin mirarnos; erraban sus ojos —ojos pequeñitos dentro de unas órbitas casi circulares que recordaban vagamente a alguna raza de por-

cino—, erraba los ojos, decía, por el patio del teatro, y cuando nos miraba era con una expresión de escarnio que mantenía con un razonable gasto de energía muscular. Vino a nuestra mesa a instancias de Lage da Silva. Iba caminando, un poco alejado, cuando mi compañero corrió a su encuentro y, con muchos ruegos, lo trajo a nuestra mesa. Nos presentó, y después preguntó:

—¿Qué toma, doctor?

—Nada.

—¡Oh! Alguna cosa. Un licor. ¿Un cognac?

—Vino. ¡Venga un vino! Hoy ya no hay más vinos... Usted —agregó volviéndose a mí con su aire fingidamente insolente—, usted, por ventura, ¿me dará noticias de los vinos de Esmirna y de Chios?

Desvió el rostro sin esperar la respuesta, sacó un humo perezoso del cigarro y se puso a mirar pausadamente el teatro, alzando la vista a veces hasta la baranda; y, por fin, lleno de insolencia y con aquella voz de parto difícil llamó al mozo y le encomendó media copa de *pippermint* y una dosis de jerez. Simulando no percibir nuestro espanto, hizo algunas consideraciones sobre los vinos antiguos, confrontándolos con los modernos en el sabor, en el color y en la preparación, con un exacto conocimiento de ambos. Vinieron las botellas y el periodista, tomando la cucharita con dos dedos y extendiendo los otros de su mano pulposa, abacial, como me la calificó más tarde, mezcló ritualmente el verde *pippermint* en el jerez, y fue entonces que dijo aquello de "Los antiguos...".

Delante de él, de sus gestos, de sus palabras, la impresión de las mujeres, la agitación del teatro, se me borró completamente. El resumía para mí el teatro, y este encuentro me quedó tan indeleblemente grabado que aún ahora, al trazar estas líneas, estoy viéndolo erguirse de la silla con visible esfuerzo, permanecer un instante de pie junto a nosotros, con el alentado corpachón apoyado en el bastón, diciendo lleno de fastidio, "¡qué feo es esto!", para finalmente alejarse, lentamente...

Apenas salió, pedí detalladas informaciones a Lage da Silva. En los confines de mi aldea natal, yo no podía adivinar que Río de Janeiro contuviera ejemplares del género humano tan curiosos, una desencontrada mezcla del cerdo y del mono evolucionado, por encima de esto aun, periodista o cosa parecida, exhuberante de gestos inéditos y frases imprevistas. Lage da Silva, sin embargo, sólo sabía que él tenía a su disposición a *Aurora,* un periódico muy leído y antiguo, respetado, y que en tiempos del Imperio había derribado a más de un ministerio. Escribía en los periódicos; era suficiente. Y esa admiración suya, si de hecho ése era el sentimiento del panadero, por los hombres del periodismo, lo llevaba a respetarlos a todos desde el de mayor jerarquía, el jefe de redacción, el polemista de talento, hasta al reportero de policía, al modesto corrector y al empleado del mostrador. Para él todos ellos eran sagrados, seres superiores o necesarios para sus negocios, pues vivían en aquel taller de Cíclopes donde se forjaban los temidos rayos capaces de herir a dioses y a mortales, y los escudos también capaces de proteger los tráficos de los mortales y de los dioses. Lage no conocía sus obras, ni siquiera sus artículos, y se quedó satisfecho cuando otro conocido suyo

vino a sentarse, sin ninguna ceremonia, a nuestra mesa, obligándome a no hacerle más preguntas sobre el *pithecanthropus* literato. Era Oliveira; "¿no me conoce? ¡Oliveira, de *O Globo*!...;[1] ¡tan conocido!... ¡Oh!".

El panadero lo convidó a servirse algo y preguntó amablemente qué había de nuevo.

—Una inundación en el norte.

—¿Dónde?

—En el Fuerte S. Joaquim, en Purus.

—¡Perdón! —dije muy escolar—. El Fuerte S. Joaquim no queda en Purus...

Oliveira me miró con un poco de rabia y yo tuve que reprimir mi alegría de colegial. Pero su rabia fue breve; el reporter Oliveira buscó una salida conveniente para su ignorancia en una crítica amplia y patriótica:

—Esta geografía nuestra anda tan barajada... El gobierno no se ocupa de estas cosas. Sólo de política y de coimas... Traga todo... ¡Una vergüenza! De lo que el país necesita, no se ocupan... Usted, seguramente, conoce el río de las Capivaras.

—No, señor —dije; satisfecho por mostrar, a mi turno, mi ignorancia.

—¡Pues es un río muy importante y ningún libro de geografía lo menciona! Yo lo conozco porque nací cerca, si no... Nosotros no tenemos gobierno...

Por la mañana me puse a recapacitar sobre todos estos episodios; sobre todos ellos flotaba la figura inflada, mezcla de porcino y de simio, del célebre periodista Raúl Gusmão. El propio Oliveira, tan necio y tan bestia, tenía algo de él, de su fingida superioridad, de sus gestos fabricados, de su búsqueda de frases de efecto, de su galope hacia el espanto y hacia la sorpresa. Era ya el genial, con quien trabaría conocimiento más tarde, que me asombraba con su maquinaria de *pose* y me cogía en las trampas de apresar a los simples. Y sentí, también, que el espantoso Gusmão y el tonto Oliveira me habían desviado de la observación detallada a que venía sometiendo al panadero de Itaporanga. Me parecía extraordinario que un comerciante al por menor de un pueblito lejano, cultivara y mantuviera amistades tan fuera de su círculo; no quedaba bien explicado ese vuelco hacia los periodistas, la especial admiración de que los rodeaba, y el cariño con que trataba a todos.

En el teatro y en la calle, saludó a más de una docena de ellos y me señaló, aunque sin hablarles, a una docena de otros. "Es de tal periódico", me decía; "es de tal semanario"; *hace guerra, hace marina*... Conocía minuciosamente toda la vida periodística. Me informaba los nombres de los redactores, de los propietarios, de los colaboradores; conocía el tiraje de cada uno de los grandes diarios, como así también de cada semanario de caricaturas... Había en eso una manía pueril, ¿o qué era? No se manifestaba hombre de lecturas, político, o dado a las letras; no le percibí ni la más elemental preocupación intelectual; todo él me pareció volcado a los negocios, hacia las cosas de dinero, a las especulaciones... Por eso, su jovialidad y su

[1] *O Globo:* diario importante de Río de Janeiro que aún subsiste.

sociabilidad impidieron que, aquí y allí, repuntasen en mí algunos escrúpulos sobre su honestidad.

Hubo un hecho que tornó un poco más conscientes las fluidas sospechas que alimentaba.

Acabando de cenar, al pagar la cuenta, el panadero examinó con el cuidado especial de un entendido el papel, el sello y la numeración de los billetes del vuelto. Notando que yo reparaba con insistencia en su examen pericial, con la más tranquila de las voces, y lleno de una agradable ingenuidad, me pidió:

—Hágame el favor, doctor; vea qué sello es éste... No puedo leer bien.

Y me pasaba el viejo billete, todavía en buen estado, en el que leí "emisión 9.º", perfectamente legible.

—Muchas gracias. Es preciso tener mucho cuidado, mi querido doctor. La Casa de la Moneda tiene muchas filiales por allí...

Con su gesto habitual extendió la pierna, acomodó los billetes en un paquete, y lo guardó en el fondo del bolsillo.

De ahí en adelante, no sé si con justicia, pero seguramente con una gran seguridad íntima, consideré afectadas su simplicidad y su bonhomía, y juzgué que ellas escondían algo grave que se desarrollaba en su vida y que aún no había llegado a su término.

Durante el almuerzo, a una pregunta mía, el despensero me avisó que el panadero había ido a los suburbios y que no volvería sino a la tarde. Almorcé despaciosamente, tranquilo. El día estaba fresco y azul. Por la ventana veía los grandes espacios verdes del jardín, muy verdes y suaves, con una suavidad de alfombra y un verde que acariciaba la mirada. Daban las once cuando salí del hotel y fui caminando hasta las calles centrales de la ciudad. Era temprano; no fui en seguida a la Cámara. Me quedé vagando por las calles, a la espera de la hora apropiada. Cansado de andar por el centro, me aventuré a tomar uno de aquellos tranvías pequeños; llegando al término del viaje, bebí un refresco en un bar sórdido de las proximidades y tomé otro tranvía que, me informaron, llevaba a la Cámara. No reparé en que a mi lado se había sentado un hombre de tez cobriza, de cabello liso pero de barba rala y crespa, aire decidido y tórax fuerte; pero había notado que algunos asientos más adelante, un señor de galera, frac y pantalón blanco había tomado ubicación a la derecha de una señora, todavía joven, cuyo pasaje pagó, sin que ella cambiara con él ni siquiera una mirada. Los observé intrigado; en mitad del viaje el vecino me secreteó:

—¿Ve usted qué poca vergüenza? ¡Un senador en flirteos!

No entendí. En flirteos... Senador... ¿Qué era eso? El hombre, mientras tanto, insistió:

—Todos los días lo mismo... ¡Qué vergüenza! Si fuese otro... ¡pero un senador!

En ese momento la pareja descendió, esto es, el senador un poco antes, con el vehículo en movimiento, y la señora bajó en seguida; y ambos, siempre como desconocidos, tomaron una calle transversal. Mi vecino no hizo ninguna otra observación, pero sin por eso dejar de mirarme durante todo el viaje,

y cuando descendí, apenas había pisado la calle cuando me cortó el paso, interpelándome:

—Mira, muchacho, déjate de eso porque si no...

—Pero, ¿qué cosa?

—Entonces, ¿no sabes? Caramba, no te hagas el tonto —continuó, llevando su sombrero hacia lo alto de la cabeza.

—Pero...

—Solamente esto te digo: no te metas en la vida de *don* Carvalho... Es un poderoso, puede tener *sus arreglos* y sin obligación de ofrecer satisfacciones a nadie. ¡Quedas enterado!

—¡Yo!

—Sí, tú.

Me miró durante algunos instantes lleno de desafío, y me preguntó con redoblado atrevimiento:

—¿Tú no eres reportero de *O Azeite,* un periodicucho que anda por ahí?

Mucho después supe que *O Azeite* era un pequeño semanario en el que se denunciaban los amoríos y también, con groseros circunloquios, los escándalos familiares y los adulterios de la ciudad.

La policía siempre perseguía tales publicaciones; pero, cambiando de título y tal vez de propietarios, de tanto en tanto resurgían con nombres más o menos sugestivos e inmorales.

Hubo uno que se tornó célebre y duró bastante tiempo, *O Carbonário.* Cuando desapareció, de ahí en adelante los que vieron la luz no duraron mucho.

No conocía esa clase de prensa, y sólo más tarde supe que *azeite* en el carioca es amorío. Inocente de todo, respondí con la mayor candidez:

—Yo, no; señor.

Y con la humildad que dictaba mi certeza le expliqué al notable *Chico Nove-dedos* [1] que había venido del interior, que no conocía al senador Carvalho, que nada sabía de *sus arreglos,* y que iba a entregar una carta (se la mostré) a un diputado en la Cámara, etc., etc.

El *capanga* [2] me creyó, se disculpó, me dijo su nombre y me ofreció su casa. Me dirigí a la Cámara. Mi simplicidad había juzgado que era fácil hablar a un diputado en la Cámara. Estaba prohibido; solamente podría hacerlo si tenía permiso de entrada; sin embargo, el portero me dijo que sería mejor si buscaba al doctor Castro en su domicilio, cuya dirección me dio; y yo asistí a la sesión para pasar el tiempo y trabar conocimiento con el misterioso trabajo de hacer leyes para un país. De hecho, subí pensando en el oficio de legislador que yo iba a ver ejercer por primera vez, en plena Cámara de Diputados —augustos y dignísimos representantes de la nación brasileña—. No fue sin espanto que descubrí en mí un gran respeto por ese alto y venerable oficio. Recordé a aquellos viejos legisladores de la leyenda y de la historia: los Manus, los Licurgos, los Moisés, los Solón, los Numas, todos

[1] *Chico Nove-Dedos:* Francisquito Nueve-Dedos.

[2] *Capanga:* valentón; asesino a sueldo.

esos nombres que los pueblos agradecidos por la fecundidad y la sabiduría de sus leyes reverenciaron por dilatados años, irguiéndolos a la altura de los dioses, consagrándoles templos magníficos.

Aun sin tener ya la vieja creencia de que ellos habían sido inspirados por los dioses, mi respeto se basaba en motivos más modernos, acordes con la manera de pensar de nuestro tiempo. Los imaginaba con una redoblada fuerza de sentidos e inteligencia, pudiendo prever, adivinar, sintiendo aun antes de expresados los deseos, las necesidades de cada uno de los millones de seres que sufrían y vivían, que pensaban y amaban por la vasta extensión de la patria. Fue con enorme sorpresa que no sentí en aquel doctor Castro, cierta vez que estuve junto a él, nada que denunciada tan poderosas facultades. Lo vi mirar todo durante una hora, sin interés, y sólo hubo un movimiento vivo y propio, profundo y diferencial en su persona, cuando pasó cerca una robusta muchacha de grandes ancas, rebosante de sensualidad. Nada en él manifestaba que tuviese un poder de pensamiento y una fuerza de imaginación capaces de analizar las condiciones de vida de gentes que vivían bajo cielos tan diferentes y de resumir después lo que era preciso para su felicidad y para su bienestar en leyes bastante generales, para satisfacer al mismo tiempo al *jagunco* y al cauchero, al camarada y al baqueano, al elegante de la calle de Ouvidor y al salvaje de los confines de Mato-Grosso. ¿Dónde estaba en él el poder de observación y la simpatía necesarios para entrar en el misterio de aquellas rudas almas que lo cercaban y elegían? Nada transpiraba en su perezosa y fofa personalidad.

Entrando en la Cámara, verifiqué que la grandiosa representación que yo hacía del legislador no había disminuido con el examen de la opaca figura del doctor Castro. Era una excepción, pero ciertamente los otros deberían ser casi semidioses, más que hombres, pues yo los quería con fuerza y con facultades capaces de atender y de pesar tan variados hechos, tan desencontradas consideraciones, tantas y tan sutiles condiciones de la existencia de cada uno y de todos. Para sacar reglas seguras para la vida total, de todo ese choque de pasiones, de deseos, de ideas y de voluntades, el legislador debía tener la ciencia de la tierra y la clarividencia del cielo, y sentir bien claro el blanco incierto hacia el que marchamos en la bruma del futuro fugitivo. ¡Cuánta penetración! ¡Cuánto amor! ¡Qué estudio y saber no le eran exigidos! ¡Era preciso todo, todo! La quiromancia y la matemática, la grafología y la química, la teología y la física, ¡la alquimia!... ¡Era preciso saberlo todo, y sentirlo todo! ¡En verdad, era un vasto y elevado oficio!

Pensando, subía la escalera de la Cámara de Diputados de la República de los Estados Unidos del Brasil. Al trasponer la puerta que daba a la galería, me vino el recuerdo de los grandes nombres que aquella institución había visto. Primero, las grandes figuras de los Andradas, orgullosos y soberbios, en medio de aquella agitación de nuestros primeros años de vida política. Fue una rápida evocación: me facultaban los datos históricos, y los de la tradición no lo eran; yo, en aquel momento, sólo recordé la clara figura del patriarca que los retratos de los manuales nos dan, y la elocuencia tumultuosa de Antonio Carlos a la que frecuentemente se alude.

Con más insistencia, en seguida las conversaciones caseras me hicieron ver allí figuras más próximas a mis días. De ellos me hablaba mi padre, en raras ocasiones, cuando dejaba la reserva eclesiástica y le contaba paternalmente a mi infancia curiosa escenas y hechos de la vida política del Imperio. Fue con palabras suyas que me acordé de Cotegipe, ágil y diestro de espíritu; del impetuoso Silveira Martins, lleno de vigor, pero difuso en la aplicación de su fuerza; de José Bonifacio, el joven, con su grandiosa solemnidad y sus amplios períodos de gran estilo; pero, sobre todo, lo que más recordé en aquel instante, fue la gracia, la elegancia, la sutileza y la medida, de ese aticismo que me pintaron en Francisco Otaviano de Almeida Rosa...

Me senté en el último escalón de una bancada ordinaria, junto a la balaustrada debajo de la cual se extendía el vacío de la sala de sesiones. Llamaban a sesión. Escuché repetir un montón de nombres anodinos y oscuros. Yo tenía en la cabeza gran número de nombres de reyes asirios, de faraones, de filósofos griegos, de generales romanos, de novelistas franceses, de poetas nacionales, de navegantes portugueses; sin embargo, de los legisladores de la patria sólo uno tenía en la memoria: ¡era el del doctor Castro, casi mi vecino!

Hecha la llamada, las bancadas comenzaron a poblarse. Junto al Presidente —a su lado, a sus espaldas, junto a los secretarios— se fue reuniendo una imprevista aglomeración. En el espacio desguarnecido, entre el escritorio del presidente y la primera de las bancadas, existía el tránsito de la calle frecuentada; en una puerta, al fondo, el amontonamiento de *guichet* de teatro llenándose.

Un gran diputado de anteojos y barba cuadrada tronó: *Pido la palabra para una explicación personal.* El Presidente se volvió hacia un ayudante que estaba de pie, atrás y a la derecha, lo escuchó, y después de haberlo oído retrucó: *Tiene la palabra el señor Carlos Barromeu.* Seguramente, pensé, ese hombre fue ofendido y va a defenderse. *Señor Presidente,* comenzó, *existe una patología social como hay una individual...*

En resumen: su discurso afirmaba que el jefe de policía de Santa Catarina era un hombre honesto y el periodista que lo había insultado era un gusano asqueroso y un reptil repugnante.

El diputado tomó asiento; el desorden aumentó. Recostado en la primera bancada, un muchacho leía un folleto; a lo largo de la mesa presidencial, al frente, atrás, a los costados, había un vaivén continuado. En un momento dado, por entre aquel nudo de gente, surgió toda de blanco la híbrida figura de Raúl Gusmão, con su fisonomía de cerdo de Yorkshire y su corpachón de elefante hindú, teniendo siempre en los labios aquella sonrisa afectada, un horroroso rictus, seguramente la manera de sonreír del *pithecanthropus erectus.*

Un timbre sonó, fuerte y ronco; se hizo un poco de silencio. El Presidente dijo algunas palabras, las últimas de las cuales se la concedían al diputado Jerônimo Fagot. El pequeño diputado subió a la tribuna, se secó la transpiración, arregló los libros a su lado y se preparó para hablar. Se hizo silencio, después de una infernal contradanza en el recinto. Fagot comenzó: *Es sabido que la moneda buena rechaza a la mala. Desde 1842, por la ley nú-*

mero 1.425 del 30 de setiembre de ese año, que el medio circulante nacional...

Durante cinco minutos, la Cámara lo escuchó atentamente; pero poco después el murmullo recomenzó. No era el ruido del comienzo, pero la desatención era general. A la mesa de la presidencia acudía la multitud, como un enjambre; el presidente ya no era el mismo; era un joven rubio y delgado.

Parecía que las palabras de Fagot le morían en los labios: movía la boca y gesticulaba como un loco furioso. Los colegas, despegados de su elocuencia, se dividían en grupos. A la izquierda, allá a lo lejos, casi frente a mí, algunos miraban tarjetas postales; otro, bajo mis pies, aislado en ese torbellino, escribía febrilmente levantando de vez en cuando la lapicera para pensar; una rueda de tres, a la izquierda y al fondo, conversaba muy sonriente; al fondo aún, pero un poco más a la derecha, un diputado gordo, con el calor que con el correr del día se había tornado fuerte, roncaba perceptiblemente, olvidado en el sueño, por detrás de un par de anteojos azules. Fagot habló cerca de media hora; y cuando dejó la tribuna el presidente ya era un tercer diputado, un viejo con lentes de aros de oro.

Me preparé para salir y cuando volví las espaldas hacia el recinto, vi apoyado en una ventana del piso del mismo la figura maliciosa del señor Lage da Silva. Salimos yo y otro particular, a quien le pregunté: "¿Qué hace esta gente hoy, aquí?". Y me respondió: "Qué hacen... qué sé yo... Esto es —me explicó luego— lo que hacen siempre: leyes". Estábamos en la calle. El día había amanecido lindo y relativamente fresco, pero había subido la temperatura y a esa hora el calor era fuerte como si estuviésemos en pleno verano.

Crucé el *Largo do Paço*.[1] La fachada del viejo convento do Carmo presentaba una gran calma; los años ya le habían dado la suficiente resignación como para soportar el sol terrible de los trópicos; el caballo de la estatua, sin embargo, parecía tener un movimiento de impaciencia como para huir de los ardores implacables.

El aire se había enrarecido y se notaba la polvareda que fluctuaba en su masa. Las montañas de Niterói se recortaban nítidamente sobre el cielo azul y fino, que comenzaba a ser salpicado, allá en el fondo de la bahía, por encima del caserío de la Aduana y del Mercado, por grandes manchas de nubes blancas. Todavía poco familiarizado con el tránsito pesado de la calle, crucé la calle Direita lleno de miedo, rodeándome de mil precauciones, mirando hacia aquí y allá, admirado de que toda esa gente trabajara bajo un sol tan ardiente, sin examinar qué valor tenían sus Cámaras y su gobierno. Y la facilidad con que lo aceptaban me pareció un sentimiento más profundo, más espontáneo, más natural que la punta de crítica mía, que ya comenzaba a dudar de ellos. Me aventuré por la calle de Ouvidor, preso ya de otros pensamientos. Ahora, tenía rápidos recuerdos de mi casa. Por momentos, frente a aquellas damas que arrastraban *toilettes* de baile por el polvo de la calle, recordé los tristes vestidos de mi madre, su eterna muselina, su estameña ordinaria y su lienzo... Pero no pude continuar con mis

[1] *Largo do Paço:* plaza del palacio.

pensamientos. Del interior de un café, Lage me llamó. No estaba solo; lo acompañaba el doctor Iván Gregorovitch Rostoloff, periodista brasileño a quien fui presentado.

—¿Del *Jornal do Brasil*? —pregunté.

—No, señor. Trabajé en *O Combate*, de Belém; en la *Gazeta de Leopoldina*; en el *Deutsches Tageblatt*, de Blumenau; en el *Al-Barid*, de Sao Paulo, y aquí, en Río, en el *Harum-al-Raschid*, órgano de la colonia siria. Sin embargo —agregó—, pretendo entrar pronto en *O Globo*, donde voy a hacer el artículo de fondo, y me ocuparé de la política exterior.

—¿Escribe en muchos idiomas?

—En diez.

—¡Qué extraordinario! —dije yo, sin poder contener mi admiración.

—Siempre tuve mucha facilidad... De niño, en seguida de las primeras lecciones de francés, comencé a escribir... Después, siempre hubo en mí el deseo de ver otros pueblos, de andar a la aventura. Tan pronto salí de la universidad partí para la India. Fui a la China, para ver si entraba como instructor del ejército del Virrey de Cantón. No lo conseguí. Partí hacia el Japón, donde fui jefe de una fábrica de pólvora... He viajado mucho.

—¿Estuviste en París, Gregorovitch? —indagó el panadero.

—¡Bueno! —exclamó el periodista—. ¡Quién ya no ha estado allá! Estuve en la India, en Calcuta, donde trabajé al lado del gran Rai Kisto; ¿lo conoce usted?

—No.

—¿Quién? —preguntó Lage.

—Rai Kisto Das Pal Beader, un gran periodista hindú... Me admira que no lo conozca usted; en Europa ya se está hablando de él. El profesor Bouglé, de Toulouse, cita su nombre en una de sus últimas obras...

—¿Está vivo? —pregunté.

—No. Murió hace algunos años.

El mozo vino a servirnos café y el periodista, después de sorber un trago, me preguntó:

—¿Ya se ha graduado?

—Recién voy a inscribirme —le respondí, bajo la mirada de censura de Lage da Silva.

—¿Derecho?

—No, medicina...

—No está mal. Todas las carreras sirven, pero...

—¿Usted se graduó en Derecho? —pregunté, a mi vez.

—No. Me gradué en lenguas orientales e interpretación bíblica en la Universidad de Sofía, habiendo comenzado el curso en El Cairo.

Disfracé el deseo que tuve de reír, escuchando tan extravagante título escolástico. Había algo de opereta en él, pero el hombre era tan simpático, había sido tan amable, y parecía tan ilustrado, que me esforcé por sujetar mi ímpetu de reír, soltando una frase banal:

—En Europa el hombre de estudio tiene campo, sabe adónde llegar; aquí...

—¡Qué va, doctor! ¡No hay como su tierra! El asunto está en colgar, cuando se entra, la chaqueta de caballero en el Pan de Azúcar; después, ¡todo va a las mil maravillas!

El panadero quedó atónito con la cínica franqueza de juicio del periodista. Tuvo un asomo de virtud y objetó, púdicamente:

—¡No tanto, doctor! ¡No tanto! ¡Mire que aún quedan hombres honestos en esta tierra y en altas posiciones, lo que es más raro, aún!

El doctor Gregorovitch le lanzó una breve mirada sarcástica y expeliendo una larga bocanada de humo llena de duda y de burla, dijo lentamente:

—Puede ser, Lage! ¿Quién sabe?

Solo, subiendo por la calle en movimiento, comencé a interrogarme sobre el tal Gregorovitch. ¿De qué nacionalidad era? ¿Qué clase de moral sería la suya? Con aquel título burlesco de doctor en lenguas orientales e interpretación bíblica, ¿quién sería, en realidad? ¿Un bandido? ¿Un aventurero, simplemente? ¿O un hombre honesto, de sensibilidad pronta a fatigarse con el espectáculo diario, y que por eso recorría el mundo? ¿Quién sería? ¡Y periodista! ¡Periodista en cien lenguas diferentes! Pero era simpático el tipo y su fisonomía inteligente...

Subía la calle. Evitando los grupos detenidos en el centro y en las veredas, yo caminaba como quien navega entre escollos, recogiendo frases sueltas, dichos, bromas y también palabrotas. Me cruzaba con mujeres bonitas y feas, grandes y pequeñas, de plumas y moños, rumorosas de sedas; eran como grandes y pequeñas embarcaciones movidas por un viento blando que les hinchara el velamen. Si una de ellas me rozaba yo quedaba atontado, agradablemente atontado dentro de la atmósfera de perfumes que exhalaba. Era un placer mirarlas, a ellas y a la calle, con sombra protectora, bordeada de altas vitrinas alfombradas de joyas y tejidos suaves.

Me detenía frente a unas y otras, fascinado por aquellas cosas frágiles y caras. Las botinas, los sombreros petulantes, el hilo de las ropas blancas, las corbatas ligeras, parecían decirme: "¡Vísteme, idiota! Nosotras somos la civilización, la honestidad, la consideración, la belleza y el saber. Sin nosotras no existe nada de eso; ¡nosotras somos, además de todo eso, la majestad y el dominio!".

El ruido de una fanfarria militar, llenando la calle, vino a agitar a la multitud que pasaba. Las ventanas se poblaron de gente y los grupos se arrimaban a las paredes y a las puertas de los negocios. "Son los fusileros", dijo alguien a quien oí. El batallón comenzó a pasar: al frente, los pequeños muchachitos; después la música estallando a todo pulmón en una marcha miserable. Inmediatamente el comandante, mal disimulando el fastidio que le causaba aquella inocente exhibición militar. Por fin vino el batallón. Los oficiales henchidos de vanidad, arrogantes, agotando su elegancia militar; y los soldados flojos, blandos, sin equilibrio, arrastrando el paso sin amor, sin convicción, indiferentes, pasivamente, con las carabinas mortíferas y las bayonetas caladas sobre los hombros, como un instrumento de castigo. Los oficiales me parecieron de un país y los soldados de otro. Era como si constituyesen un batallón de cipayos o de tiradores senegaleses.

Quizá era la primera vez que veía a la fuerza armada de mi país. De ella, hasta entonces sólo había tenido vagas noticias. Una, cuando encontré en el portal de un bar, semi-embriagado, escandalosamente vestido de una manera híbridamente civil y militar, a un viejo soldado; la otra, cuando vi a la viuda del general Bernardes recibir en la Caja de Jubilaciones un *conto* [1] y tanto de pensiones en diversos conceptos, que le dejara el marido, un plácido general que había envejecido en varias comisiones pacíficas y bien retribuidas...

El batallón pasó en su totalidad; y hasta la propia bandera que había pasado, me dejó perfectamente indiferente...

[1] *Conto:* antigua unidad monetaria, equivalente a mil *reis*; implica una suma grande.

IV

Si ustedes algún día quieren encontrar a un representante de la gran nación brasileña, nunca lo busquen en su residencia. Sea la hora que fuere, de mañana, aun al amanecer, o a la hora de cenar, en fin, cuando quieran buscarlo, el criado ha de decirles secamente: "no está". Les hablo por propia experiencia, ya que durante las innumerables veces, a toda hora del día, en que fui al Hotel Términus a buscar al diputado Castro, palpando la carta del Coronel, tuve el disgusto de escuchar esas mismas dos palabras del portero indiferente. Las últimas veces, antes aun de finalizar la pregunta, ya el hombrecito respondía invariablemente de la misma desesperante forma negativa.

Es bien fácil imaginar con qué suerte de vacilaciones yo iba pasando esos días. Mi dinero, en breve, luego de pagado el hotel, quedaría reducido a algunos miles de *réis* [1] insignificantes. No conocía a nadie, no tenía ninguna relación que me pudiera socorrer, darme algo, por lo menos alojamiento hasta que me acomodara. Había salido de mis feudos lleno de entusiasmo, seguro de que aquella carta, ni bien fuera presentada, me proporcionaría alguna situación. Esa era mi convicción, la de los míos y la del propio Coronel. Por aquel entonces se tenía en gran cuenta la fuerza del doctor Castro en las decisiones de los gobernantes y la influencia del viejo *fazendeiro* sobre el ánimo del diputado.

¿No era él su gran elector? ¿No era él su banquero a los efectos electorales? Nosotros, allá en el campo, casi teníamos la convicción de que el verdadero diputado era el Coronel, y el doctor Castro un simple personero. Mis idas y venidas al hotel se repetían sin que lo encontrara. Entonces me

[1] *Réis:* plural de *real,* moneda de poco valor.

acometían los sombríos terrores de la falta de dinero, de la falta absoluta. Volvía al hotel taciturno, preocupado, atravesado de angustias. Me sentía solo, solo en aquel grande y rumoroso hormiguero humano, solo, sin parientes, sin amigos, sin conocidos a los que una desgracia pudiera transformar en amigos. Mis únicos amigos eran esos sucios billetes; ellos eran mi único apoyo; eran ellos los que me evitaban las humillaciones, los sufrimientos, los insultos de toda suerte; y cuando gastaba uno de ellos, cuando lo daba al conductor del tranvía, al hombre del café, era como si perdiese un amigo, era como si me separara de una persona bien amada... Nunca comprendí tanto la avaricia como en aquellos días en que di alma al dinero, y lo sentí tan fuerte para los elementos de nuestra felicidad externa o interna.

Mi ignorancia de la vida y la falta de experiencia dejaban transparentar la naturaleza de mis preocupaciones. El gerente del hotel me pareció que las olfateaba. De cuando en cuando, en alguna conversación, intentaba amedrentarme con su poderío, proveniente de las estrechas relaciones que mantenía con las autoridades. Ese era el sentido que di a las anécdotas que contaba. Una vez —me contó—, después de largo hospedaje, un huésped había querido hurtarle el pago. Sin dudar un instante, fue al subcomisario, amigo suyo, el doctor Felicio, contándole el caso, y el hombre tuvo que pagar antes de poder retirar su equipaje. Con él sucedía así: era hombre que no se dormía. Nada de justicia, ni de tribunales... ¡Qué esperanza! Con la policía la cosa es más rápida, la cuestión es tener amigos buenos, y él los tenía excelentes; y, en seguida, interrogándome directamente: "¿Usted no vio, ayer, a ese hombre gordo que comió en la cabecera? Era el escribano de la 'X'. Los escribanos, váyalo usted sabiendo, son las verdaderas autoridades. Los comisarios no hacen sino lo que ellos quieren; tejen sus hilitos y...". El italiano remató con una mirada canallesca aquella información sobre la omnipotencia de los escribanos.

Mis primeros días en Río de Janeiro fueron de tremenda angustia. Yo era como un árbol cuya raíz no encuentra más tierra en donde apoyarse y de donde arrancar la vida; era como un molusco que ha perdido la concha protectora y que se ve a todas horas golpeado por la menor presión.

Oprimido con una premonición de miserias por pasar, de humillaciones a tragar, mi espíritu deformaba todo lo que veía. Los menores hechos que caían a mi alcance eran aumentados por un lado, disminuidos por el otro; se tornaban cosa muy diversa para mi sensibilidad enfermiza, guiada por la imaginación para sentir todos los terrores y amenazas. Perdía de vista la realidad y vivía subdelirante en un mundo de cosas grotescas, absurdas e inexistentes. Apelaba al Acaso, como si tuviese predilecciones. Esperaba encontrar fortunas perdidas, imaginaba imposibles combinaciones de acontecimientos que me favorecieran y hasta llegué, por instantes, a suponer que actos de generosidad de mi parte bien podían traerme el favor de genios bienhechores. Pero con el correr del día, después del almuerzo, cuando me invadía el pensamiento sobre mi situación, entraba en el parque, ya promediando el día tibio. Gozando aquí y allá la prolijidad de los canteros, encontraba fisonomías fatigadas, tristes, con la irreparable derrota en la vida estampada en la comisura de los labios, sin fuerzas. Al sol del mediodía, dormitaban por los bancos, bajo la

sombra de árboles vigorosos. Me sentaba, a mi vez, soñaba algunos minutos, y en seguida observaba el suelo, lo escudriñaba bien. Era entonces que con el corazón palpitante me bajaba al césped para levantar del suelo una vieja caja de fósforos, lavada y descolorida por las lluvias, ya sin rótulo, humilde objeto que tenazmente había resistido a los escobazos y a las intemperies para atraer mi mirada maravillada. Como si fuese un hurto, un crimen, la tomaba con miedo y después de inspeccionar con cuidado los alrededores, la abría con respeto, conmovido, trémulo, esperando —¡oh, mi Dios! — que dentro de ella hubiera un billete de quinientos *mil-réis*.

¡Oh! ¡Cuántas veces no apelé al Acaso, para el Milagro! ¡Cuántas! Los dioses me venían al pensamiento con su indispensable cortejo de hadas y de ángeles... Una noche en que deambulaba yo por una de las calles desiertas del interior de la ciudad, fuí a dar no sé a qué plaza, donde había una gran casa al fondo; iba distraído, completamente entregado a mis preocupaciones, cabizbajo, cuando alguien me siguió los pasos y me habló con una voz que inspiraba piedad. Era una mujer andrajosa; me detuve a escucharla. Balbuceante, me contó miserias, el hambre de los hijos, sus enfermedades, y por fin ya no pudo hablar estallando en lágrimas... Evoqué en seguida aquellas historias de hadas y gnomos, aquellas historias morales en que los genios misterioros venían por la tierra, disfrazados, para probar los corazones de los mortales y yo... y yo le di un billete de limosna, un billete grande que me desangró fuertemente el bolsillo linfático. Aun después que salí de aquella plaza yerma, y que se fue de mí la conmoción de la sorpresa, esperé la recompensa; la recompensa de los cielos para mi acto generoso. Alternativamente apelaba al Misterio y a las potencias terrenas. Me aferraba a dos amarras, una en el Misterio y la otra en las cosas de este mundo. Todos los días iba al hotel, lleno de energía, figurándome el encuentro con el diputado, imaginaba la bondad de su recepción, la piedad y la simpatía por mi estado y por mis deseos. Imaginábame, unos días después, empleado, en un lugar modesto, de renta segura, yendo un mes después a la Facultad, las tribulaciones de las novatadas, los aprietos del examen, los años siguiéndose uno tras otro, las notas, los catedráticos, la tesis, la graduación...

Iba así, risueño, lleno de mí, contento de vivir, llegaba al hotel; hablaba con el portero y volvía amargado sobre mis pasos felices. De tarde, repetía la visita, y una vez más volvía desalentado, instalándome en la ventana del hotel, desanimado, oprimido de nostalgias del sosiego, de la quietud, de la seguridad de mi hogar originario. Era cuando me encontraba con los otros huéspedes. Lage da Silva siempre había salido, pero los otros allí se encontraban después de la comida. Al ponerme en la ventana, allá venía el viejo coronel Figueira, un *fazendeiro,* sin bigote, con la barba espesa, a la antigua moda portuguesa, lleno de mansedumbre en la voz y orgullo en el trato.

—Estás mirando la tarde, ¿eh muchacho?

—Así es.

—¡Cómo está de cambiado esto! Lo conocí cuando todavía era un terreno inculto, un depósito de basura... Había barrancos, cuevas, yuyaje... Las lavanderas hacían de esto su tendedero... Allá (señaló) estaba el teatro, el provisorio... ¡Oh! el teatro... Yo recuerdo que... (yo era muy jovencito

aún) vine con mi padre para asistir al espectáculo de la "Sonámbula"... Nunca vi una sala tan linda... Cantaba la Stoltz... ¿Nunca escuchaste hablar de ella?

—¡No, señor! —y pregunté en seguida—: ¿Usted es de Río?

—No, pero venía casi siempre aquí. Mi padre tenía *fazenda* en Raiz da Serra... Hoy, aquello no vale nada, pero en su época el camino aún no la había matado y era un lugar rico... Conozco Río muy bien... Cuando fui para el sur, en el 65, pasé por aquí... El Emperador vino a ver desfilar el batallón... Yo iba triste, pensaba que moriría... No morí, volví, estoy aquí... Todo está cambiado: abolición, república... ¡Cómo cambió todo! De un tiempo a esta parte parece que la gente está loca; tiran abajo, demuelen casas, levantan otras, tapan unas calles, abren otras... ¡Están locos!

—¿Cuánto tiempo hace que no venía a Río, Coronel?

—Desde mil ochocientos ochenta y dos.

Semivacíos, los tranvías pasaban al trote de los animales. Por las veredas un vaivén de gente animaba la plaza. A la derecha, la grande y agazapada fachada del cuartel-general comenzaba a recogerse en las sombras. Mujeres andrajosas, en grupos, negras, mulatas, blancas, bamboleando las ancas, eran seguidas por soldados que se balanceaban. Sus pantalones parecían más rojos y las mujeres más sucias. Un coche fúnebre arrancaba respetuosamente los sombreros de los transeúntes; un camión, atestado de fardos, por momentos interceptaba la marcha de los tranvías al desviarse de un camión de mudanzas que vomitaba muebles mal suspendidos por cuerdas a su parte trasera. Todo esto pasaba bajo mis ojos tristes y desalentados.

El Coronel se había ido y me quedé mirando y meditando en la solución del problema de mi vida. Miraba de abajo hacia lo alto, donde copos de nubes blancuzcas, deshilachadas, fluctuaban y se teñían de oro, de púrpura, de naranja, en rápidas mutaciones teatrales. Poco a poco llegaba la noche y yo continuaba pensando, acariciando devaneos, excitando recuerdos, rememorando mi infancia, las fisonomías que ella vio y los hechos que había presenciado. Mi padre, su cuerpo anguloso, seco, su dolor contenido que se le escapaba por la mirada y la fisonomía transformada. Lo veía en las tardes, en los días de buen humor, cambiarla de pronto, volverse risueño, venir hacia mí, sentarse a la mesa y, a la luz del farol o kerosene, explicarme pintorescamente las lecciones del día siguiente. O si no, desde el sillón-hamaca contarme cosas maravillosas sobre el movimiento de la tierra, los antípodas, la gravitación universal y, ligado a mi pregunta sobre si Dios podía detener la tierra, responder con cierta vacilación: "Puede, sí...".

A las ocho, después de esas efusiones, esas ratas manifestaciones de su paternidad, mi madre ponía en el comedor el té que él tomaba generalmente solo en el dormitorio.

—¿Puedo retirar el té, *don* Padre?

—Puede, hija mía.

Así era como se trataban. Siempre me pareció distante ese tratamiento entre ellos. Me pareció que su encuentro había sido rápido, lo suficiente como para originar mi nacimiento. Una crisis violenta del sexo había hecho olvidar los votos de su sacerdocio, venciendo su voluntad, pero pasada la

crisis, con el arrepentimiento de la quiebra de su voto, había venido el dolor incalificable de no poder confesar su paternidad.

El me quiso siempre, quizá me quisiera más por las condiciones que envolvían mi nacimiento. En público me miraba de soslayo, medía las caricias, se esforzaba por hacerlas banales; en casa, sin embargo, cuando no había testigos, me besaba y acariciaba, transportado. El temía a las murmuraciones, temía darles fuerza con actos o palabras públicas; sin embargo, a pesar de todo eso, bien que sería capaz de certificar en papel sellado mi filiación...

Llegaba el té, nosotros nos quedábamos a tomarlo, pero al menor ruido mi madre venía del interior de la casa para saber si mi padre quería algo. Finalizado el té, yo todavía escuchaba "historias" de tía Benedita, una negra vieja, antigua esclava de mi reverendo padre. Eran cándidas historias de Europa, cosas delicadas de pasiones de príncipes y pastoras hermosas que su imaginación salvaje transformaba o adornaba con combates de genios malignos, con maleficios de hechiceras, toda una ronda de fuerzas poderosas y enemigas de la vida feliz de los hombres. Esa había sido mi infancia, que en alas de la nostalgia en aquella tarde cargada de vacilaciones y dudas vitales para mí, me venía a la memoria con una nitidez asombrosa. Cansado de mirar y pensar, bajé a la planta baja, al comedor donde el coronel Figueira y el señor Lage da Silva conversaban. Apenas entré, éste, placenteramente, exclamó: "¡Oh, doctor!".

Así era como él me hablaba, cada vez que nos encontrábamos. Siempre tenía atenciones, pequeñas delicadezas; me trataba como si yo fuera un *doctor,* de verdad, con influencia, inquiriendo sobre mis amigos, y mis relaciones. Si me encontraba en la calle, me obsequiaba el talento del que él no tenía la menor noticia. Casi siempre en las conversaciones, indagaba sobre mis amistades y mis relaciones; si yo era colega de F., si me daba con Beltrano, si estudiaba esto o aquello. Yo le respondía simple e ingenuamente, que no, que no conocía a nadie con excepción del doctor Castro, el diputado. El no dejaba transparentar nada, ni una contracción, ni una arruga que permitiera descubrir cómo recibía esas respuestas mías; pero en nada modificaba el tratamiento; continuaba siendo el mismo Lage da Silva mesurado, afable, informado y locuaz a su manera. No sé qué esperaba de mí, lo cierto es que, durante mis primeros días en Río, recibí de él los más respetuosos homenajes, las mayores consideraciones. Aunque ensoberbeciera mi vanidad de colegial, continuaba sintiendo en el panadero algo deshonesto, engañoso, que me impedía unirme enteramente a él. Lo evitaba, le huía, pero no tenía coraje para darle a entender francamente que no quería su amistad. Aceptaba sus homenajes, los refrescos, conversaba, pero siempre con un poco de miedo de que él me metiera en alguna complicación con la policía.

Fue con gran sorpresa que lo vi; lo suponía fuera, y no pude reprimir el susto que eso me causó. El no se alteró; me respondió, bonachonamente:

—Es verdad, doctor... sí, no hay nada que hacer... todo por ahí está explotado... ¡Una miseria! ¿Ya se empleó?

La pregunta me desagradaba, y él siempre me la hacía. Ensayé diversas respuestas y por fin le respondí capciosamente:

—Todavía no; pero en breve creo que...

El coronel Figueira, que hablaba cuando entré, deseoso de continuar la charla interrumpida, en seguida que percibió que habían finalizado los cumplidos, se dirigió a mí de sopetón:

—Doctor, ¿puede haber robo en la lotería?

Pensé un momento, pero sin encontrar base para una respuesta segura, respondí dubitativamente:

—Puede ser.

De inmediato el viejo coronel, con su voz nasal y gruesa, en la que despuntaba en ese momento una gran satisfacción, dijo:

—¿No decía yo?... Claro... ¿Cómo no va a haber robo?

—Pero, ¿por qué, coronel?

Entonces me explicó que discutía eso con Lage, y como él me sabía un joven preparado, había apelado a mí.

—Pero cómo va a haber robo... Es imposible... Todo es examinado... las ruedas están levantadas del suelo... Si hubiese algún hilo, en seguida se daría con él, ¿no le parece?

—Pero entonces, don Lage, ¿cómo explica que el *Gato*[1] pueda quedar *preso* tres meses?

—Es la suerte —objetó Lage.

—Nada de suerte —dijo el coronel, furioso—. Es un truco; es electricidad... Nadie me quita esa idea de la cabeza... Mire, hace veinte años que sigo a la Mariposa... Siempre salía, ahora no sale más... Veo los diarios, *Joaninha, Chapinha,* compro *Pálpito,* la *Mascota,* la *Ronda,* todos dan como favorito a la Mariposa. Juego... la Mariposa no sale. Haga el favor, doctor, mire aquí, el *Journal do Brasil.*

Desdobló con cuidado la hoja popular y me presentó el lugar en la posición conveniente. Yo no dudaba que aquel asunto pudiera apasionar tan intensamente al viejo coronel que parecía ser un hombre rico; aunque no entendía eso, me quedaba admirado, y aunque fuera de tema, me presté graciosamente:

—Busque —dice él— a la izquierda el número ciento cincuenta y cuatro... ¿Vio?

—Sí, señor.

—Junte el Pavo... ¿No es el Pavo el que está pintado?

—Sí... Pero ¿cómo?

—Junte el Pavo.

—¿Cómo?

—Muy fácil, sume al Pavo el grupo veinte.

—¡Ahá! Ciento setenta y cuatro.

—Invierta.

—Cuatrocientos setenta y uno.

—¡Nada! Setecientos catorce, Mariposa, ¿no es así? —y sin esperar respuesta, continuó—: ahí está, lo da el *Jornal,* lo da la *Gazeta,* y el bicho no sale desde hace veinte días... ¿Usted no juega, doctor?

—No, señor.

[1] *Gato:* figura de *jôgo do bicho,* una especie de quiniela con figuras de animales.

—¿Por qué?

—No me gusta; además está prohibido.

—¡Prohibido! ¡La policía! —exclamó Lage.

—No es eso —dije avergonzado por mi confesión—. Temo perder dinero.

—¡Ah, bueno! ¡Diga eso! Por la policía no; ella vive protegiendo a los quinieleros... No sirve para nada, esté seguro.

—Yo pensaba que...

—¡Nada! Para lo que fue hecha, no sirve. Sirve para perseguir, ejecutar venganzas, como yo ya fui...

—¡Usted! —dijimos los dos a un mismo tiempo.

—¡Exacto! ¡Yo! —exclamó un tanto exaltado.

—¿Cómo así?

—¡Caramba, cómo! Una celada... Venía en el tren y en un determinado lugar sentóse un sujeto, a mi lado, y puso su sombrero para el sol junto a la ventana. Yo viajaba de ese lado. Bajó y se llevó el mío, dejando el suyo. Cuando llegamos entró al tren un grupo de policías que me prendieron, me revisaron, y fueron a dar con el tal sombrero lleno de billetes falsos de cien *mil-réis*.

—¿Fue preso?

—¿Preso, solamente? Fui apaleado, metido en una cárcel inmunda, gasté dinero... ¡El diablo! ¿Y sabe por qué todo eso? ¿Quiere saberlo?

—No.

—Porque yo apoyaba a la oposición allá en mi municipio... Esto es la policía, aquí en el Brasil... Yo puedo hablar: soy brasileño... La policía en el Brasil sólo sirve para ejercer venganzas, nada más.

—¿Por qué no procesó a las autoridades, don Lage? —le pregunté.

—¡Qué va, muchacho! Usted es muy ingenuo... ¡Cree en la justicia, vaya!

El coronel Figueira continuó con sus quejas contra las loterías y yo aproveché una pausa en la conversación para retirarme. Conforme a mi hábito campesino, me dormía temprano. Fui de inmediato a mi cuarto. Mi situación me obsesionaba. ¿Qué haría si no encontraba empleo? Siempre me acuciaba esa pregunta, y después me parecía imposible el fracaso. ¿No poseía la carta de una persona influyente? ¿Por qué no habría de obtener empleo? Si hasta entonces no había logrado hablar con el diputado, la culpa era mía: no había averiguado sus costumbres; no sabía con certeza a qué horas se recogía o salía. Debía haberlo hecho con mucho cuidado y no limitarme a ir allá todos los días, a la misma hora, como estaba haciendo desde hacía ya bastantes días. Y en seguida concluí: "Mañana, al despertar, voy a apostarme a la puerta del hotel; me quedaré allí el día entero hasta verlo salir o entrar, y entonces, lleno de decisión, lo abordaré como mi estado lo exige". Me admiró que un recurso tan simple se me hubiera ocurrido recién después de tantos días. Acostado, tuve la inmensa alegría de quien acaba de descubrir la solución de un problema que preocupa la atención de cuatro generaciones de sabios. Dormí satisfecho, profundamente y sin sueños. Por la mañana prescindí del café y me puse en camino.

El Hotel Términus todavía estaba cerrado. Esperé junto a un café abierto. Pocos instantes después se aproximó a la puerta el carretón que va al mercado. De su interior saltó un muchachito vivaz, simpático y ligero. Cambió unas palabras con el cochero y vino en dirección al café. Le seguí los pasos y preguntó por el doctor Castro.

—¿El diputado?

—¡Sí! El diputado...

—Aquí vive, sin duda, pero casi nunca duerme en el hotel. Esa es su residencia oficial; pero, de hecho, donde él vive, es en la calle de los Irmãos Araújo, veintisiete, en Vila Isabel.

—¡Vaya! ¿Por qué?

—¿Usted es de Río? —dijo, sin responderme directamente.

—No.

—Se ve, de lo contrario no se admiraría tanto. Usted sabe, estos hombres tienen sus arreglos y no quieren que nadie lo sepa. Es por eso. Ahora, no vayan a decir que yo... ¡Usted vea!

Yo no conocía bien los barrios de la ciudad. No conocía su importancia, el valor, ni sus vías de comunicación con el centro, desde donde nunca me había alejado hasta entonces, sino para hacer un paseo de pragmática a Botafogo, que no me gustó. Tuve que preguntar por el camino y el tranvía, y después corrí a la parada respectiva. Viajé llenó de ansiedad, con la sangre corriendo aceleradamente por las arterias, repitiendo mentalmente el nombre de la calle y el número de la casa del doctor Castro. ¡En una oportunidad me saltaron de la boca, con gran susto de mi vecino de la izquierda! Las calles estaban animadas, había un intenso tránsito de vehículos, criadas con cestos, vendedores ambulantes, vendedores de pescado. Aquí y allá, con los cestos arriados, a la puerta de una u otra casa, discutían la venta de sus mercaderías con las dueñas de casa, todavía en traje de dormir. Por las esquinas, los negocios estaban llenos. El conductor me enseñó la calle y yo seguí a pie en la dirección indicada. No serían todavía las nueve cuando yo golpeaba en el número veintisiete, una casa alejada de la calle, un palacete en el centro del terreno, entrada por el costado y terraza, jardín al frente, y panzonas compoteras en el tejado. La casa se erguía del suelo sobre una especie de tarima de buena altura, con escalones graduales y las ventanas con tejados que miraban hacia pequeños canteros del jardín, a esa hora poblados de flores que se abrían, pero ya marchitas por aquella mañana caliente. Golpeé. "¿Quién es?" —preguntó una señora desde lo alto de la escalera, en el umbral de la puerta de entrada—. ¿Qué podía responder? ¿Quién era yo? No sé... ¿decir mi nombre?... ¿Cómo responder?... Finalmente, dije como un idiota: "Soy yo". Ella me respondió, "Suba". Entré y subí. "¿Qué desea?" Era una muchacha joven, entre veinticinco y treinta años, de grandes muslos y senos altos; estaba envuelta en una bata rosada y tenía el cabello, corto y poco abundante, desparramándose sobre una toalla blancuzca. Toda ella me dio la impresión de terciopelo, de "pelouche". de algo suave y acariciador. En cuanto me aproximé, de nuevo me preguntó lánguidamente, dejando ver los dientes inmaculados: "¿Qué desea?". Le expliqué rápidamente que venía del distrito del diputado y quería hablarle. Me hizo entrar en la sala,

descansó el periódico que hasta entonces había conservado en la mano izquierda, y me explicó bondadosamente:

—El doctor aún no se levantó; pero no tardará... Estuvo trabajando hasta tarde... Usted sabe: son opiniones sobre opiniones... Habrá que esperarlo un poco, ¿sí?

—¡Cómo no, señora!

La respuesta no salió con naturalidad, me esforcé por hacerla pulida y amable, y por eso mismo me salió completamente desarticulada. Siempre fui así ante las señoras, cualquiera fuera su condición; desde el momento en que las veía en el ambiente de una sala, todas para mí eran marquesas y grandes damas. Es un sentimiento perfectamente imbécil, del que hasta hoy no pude liberarme. En cierta ocasión esto me cubrió de verdadero ridículo. Gregorovitch cenaba conmigo en un restaurante de moda. Faltaba una hora para la medianoche; la sala estaba llena de mujercitas de vida airada. Habiendo tropezado mi silla en la de una de ellas, pedí con gran humildad cortesana: "Discúlpeme, mi señora". La mujer, una española grandota llena de arrugas y de polvo de arroz, me miró con rabia y me cubrió de insultos creyendo que me burlaba de ella. Gregorovitch, sin embargo, intervino dándole explicaciones cabales en su lengua de origen. Ella se rió mucho, le contó el caso a su compañera y poco después toda la sala me miraba con la risa en los labios.

Frente a aquella mujer, en la casa *particular* del diputado, cuya situación en ella era fácil de descubrir, quedé en la actitud del niño tímido que siempre era en presencia de mujeres, en una sala cualquiera. No le hablé; no pude provocar la conversación; ella se fatigó de mirar, se levantó disculpándose: "Le ruego que me excuse... Tengo qué hacer, voy adentro, el doctor no ha de tardar".

Aún hoy, después de tantos años de disgusto, de esa relación continua a causa de mi lucha íntima, precozmente viejo por el entrechocar de fuerzas de mi imaginación desencontrada, desproporcionada y monstruosa, recuerdo —¡con qué nostalgia! ¡con qué frenesí!— la embriaguez que esa mujer causó en mis sentidos con su perfume violentamente sexual, acre y atontador, algo como un requemar de especies de la India... Se incorporó y lentamente se fue por el corredor; yo seguí con la mirada su nuca tentadora con tonalidades de bronce nuevo.

Yo conocía a la legítima esposa de Castro. ¡Qué diferencia! Era casi una vieja arrugada, llena de colgajos de carne fláccida y de fatuidad...

Cuando perdí de vista a la mujer reparé en la sala, en unos oleograbados sentimentales y unos *bibelots* de pacotilla. Así estuve durante media hora; por fin llegó el hombre. Le entregué la carta. La leyó en un instante, con una arruga de fastidio en la frente; después me preguntó:

—¿Se trata de usted?

—Sí, señor.

—Tú (en seguida cambió el tratamiento) sabes perfectamente cómo están las cosas: el país en crisis, en aprietos financieros, con reparticiones que se están exigiendo; es difícil conseguir algo; sin embargo...

—Pero, doctor, yo no quería nada importante... Con cien mil *réis* por mes me basta... Todos por ahí lo consiguen y yo...

—Sí... Sí... Pero tienen grandes recomendaciones, poderosos padrinos... ¿yo, qué valgo? ¡Nada! Todavía el Ministro del Interior no ha nombrado a mi candidato para juez del Tribunal...

—Si usted quisiera, señor...

—¿Por qué no te presentas a concurso?

—No puedo, no ha sido anunciado ninguno, y yo preciso cualquier cosa ya...

Y así continuamos conversando: él, falsamente paternal y yo, a medida que el diálogo se prolongaba, caluroso y obsecuente. En una oportunidad él desaprobó esa manía nuestra de empleos y doctorados, citando a los ingleses y a los norteamericanos: "Todo el mundo quiere ser doctor...". Enrojecí de indignación y respondía con alguna lógica que me era imposible romper con ellas; si los fuertes y emparentados, los relacionados para la graduación apelaban a eso, ¿cómo yo, mezquino, semi-aceptado, habría de ser la excepción? Me recomendó que lo buscara en la oficina, que vería...

Si bien me había acogido por delicadeza, sentí que el Coronel no pesaba en el ánimo del diputado. Juzgué que el recibimiento había sido dictado, más que por la carta, por una cierta flojera de carácter, por cierta pereza de voluntad y el deseo de mentirse a sí mismo. Su fisonomía empastada, su mirada muerta y su economía de movimientos me dieron esa impresión. Además, aquella arruga en la frente cuando me vio...

En el tranvía, compré un periódico. El vehículo se iba llenando: niñas de la Escuela Normal llenas de libros, lápices y reglas; empleados con la ropa arrugada; militares de poca graduación con uniformes desabotonados...

Conversaban; discutían los casos políticos y los de policía, mientras yo leía. En un momento dado, en la segunda página, encontré esta noticia: "Parte hoy para Sao Paulo, para estudiar el cultivo del café, el Dr. H. de Castro Pedreira, diputado federal. S. Exc. permanecerá en...".

¡Canalla! ¡Hipócrita! Mi indignación encontró a los conversadores en el máximo entusiasmo. Mi odio, brotando en aquel medio de satisfacción, ganó más fuerza. En un relámpago me pasaron por los ojos todas las miserias que me esperaban, mi irremediable derrota, mi caída de a poco, ¿adónde? ¿hasta dónde? Y me asombraba que aquella gente no sintiera mi angustia... ¡Imbéciles!, pensé. ¡Idiotas que van por la vida sin ver, viviendo casi por obligación, encadenados a sus miserias como esclavos a las galeras! ¡Gente miserable que elige diputados, que los respeta y prestigia! ¿Por qué no examinan sus acciones, lo que hacen y para qué sirven? Si lo hicieran... ¡Ah, si lo hicieran! ¡Qué sorpresa! Ríen del sudor, de la resignación de ustedes, de las privaciones de todos sacan sus ocios de nababs y una vida de sultán... Me vino un estremecimiento de odio, de rabia mala, asesina y destructora; un bajo deseo de matar a mucha gente para así tener, de hecho, el criterio de mi existencia. Después de esa violenta sensación en mi naturaleza, me invadió una gran cobardía y un terror sin nombre; quedé asustado frente a las cuerdas, las roldanas, los contrapesos de la sociedad; los sentía por todas partes, graduando mis actos, anulando mis esfuerzos; los sentí insuperables

y destinados a destruirme, a reducirme al mínimo, a achatarme completamente... Continué la lectura. Las letras danzaban bajo mis ojos, me faltaba la comprensión... Había saltado de mis deseos heroicos a imaginar recursos que me sacaran de la miseria en perspectiva. Aceptaría cualquier cosa, cualquier empleo. Recordé mis lecturas, aquel *Poder de la Voluntad*, las biografías heroicas: Palissy, Watt, Franklin... Sonreí satisfecho, orgulloso; haría como ellos. De nuevo volví a la lectura del periódico. Al final de una columna había un nombre conocido. Sr. Manoel Lage da Silva, capitalista e industrial... ¿Qué había sucedido? Había recibido la bendición papal hasta la décima quinta generación. La noticia venía llena de elogios a su actividad y honestidad...

Un sujeto entró en el tranvía, maltratándome a propósito me hizo caer el periódico en las rodillas y ni siquiera se disculpó. Ese incidente me hizo volver nuevamente a mis pensamientos amargos, al odio ya masticado, al sentimiento de opresión de la sociedad entera... Hasta hoy no olvidé ese episodio insignificante que reencendió en mi alma el deseo feroz de la reivindicación. Me sentí humillado, aplastado, debilitado por una vida de estudio, sirviendo de juguete, de irrisión a todos esos poderosos de por ahí. Hoy que soy un tanto letrado sé que Stendhal había dicho que ésos son los momentos que hacen a los Robespierres. El nombre no me vino a la memoria, pero fue eso lo que yo deseé llegar a ser algún día.

Escribiendo estas líneas, ¡con qué nostalgia recuerdo ese heroico anhelo de mis dieciocho años aplastados y pisoteados! ¡Hoy!... Es de noche. Descanso a pierna suelta. En el interior de la casa mi mujer acuna a mi único hijo. Su canción me llena de un gran acento de resignación. Me levantó, voy al balcón. La luna creciente me baña con ternura, a mí y a mi humilde casa campesina. Por momentos me dejo estar sin pensamientos, envuelto en la fría luz de la luna, acunado por la ingenua cantinela de mi mujer. Corren algunos instantes; ella deja de cantar y el brillo lunar es empañado por una nube pasajera. Vuelvo a mis reminiscencias: veo el tranvía, la gente que lo llenaba, los sufrimientos que me agitaban, la calle transitada...

Mis deseos de venganza ahora me hacen sonreír y no sé por qué, del fondo de mi memoria, con todas esas recordaciones también me llega la imagen de un pesado carro, con una gran losa suspendida por fuertes cadenas de hierro, lentamente arrastrado sobre la calzada de granito por una yunta de bueyes enormes, a los que el carretero hacía andar con gritos y golpes despiadados...

V

—Su CITACIÓN es para las siete.

—No me fue posible venir a esa hora. Recién la recibí a las dos... Había salido...

—Sin embargo, según dijeron en el hotel, usted acostumbra almorzar allí, y sale poco antes de las once, ¿no es así?

—Es verdad; pero hoy, excepcionalmente, salí muy temprano, almorcé con un amigo y...

—Bién. Siéntese y espere al comisario...

Hablaba con verdad. De hecho, yo tenía el hábito de salir del hotel poco antes de las once, para ir a rondar las proximidades de la Cámara. Ese día, sin embargo, había tenido la súbita inspiración de ir a buscar al diputado de madrugada, quebrando así mi costumbre. Sucedió que al volver encontré al doctor Gregorovitch. Estuvimos conversando algunos instantes y él me invitó a almorzar. No era la primera vez que lo hacía; mi orgullo me obligaba siempre a rechazar la invitación. Esa vez accedí. Estaba deprimido, desalentado; mi voluntad era débil; mis sentimientos se habían debilitado durante aquel largo viaje en tranvía, pensando en la vida, curtiendo odios, arquitecturando venganzas y olfateando la miseria próxima. Fui deseoso de encontrar un afecto, una simpatía en ese extranjero, un aventurero, un ser cuyos antecedentes no conocía, cuya llaneza de trato, especial comunicatividad y generosidad, sin embargo, me atraían y solicitaban fuertemente. Fue un almuerzo de camaradas, rico en confidencias, cambiamos ideas, me contó un poco de su vida y yo le conté de la mía. Era de Rumania. Su padre era un emigrado ruso; su madre, griega. Había estudiado en El Cairo y finalizado su curso en Sofía había corrido a Europa, Asia y América. Tenía cincuenta años y sentíase absolutamente sin patria, libre de todas las tiranías morales

y psicológicas que esa noción tiene en sí. Era capaz de aprender todos los idiomas, y escribirlos, en tres o cuatro meses. En cada país se demoraba un poco, cinco o seis años; buscaba los diarios, defendía éste o aquél asunto, ganaba dinero y vivía. Me contaba eso bebiendo y a medida que bebía vinos franceses sus ojos, como cuentas azules con reflejos metálicos, se ponían más brillantes y más penetrantes. Me habló de poetas, de filósofos; trazó a grandes rasgos el destino de la humanidad, me provocó grandes y consoladoras visiones patrióticas, y recién lo pude dejar, nostálgico, cerca de las dos de la tarde, cuando me dirigí al hotel. Allí recibí la intimación del comisario y corrí a la comisaría obediente, después de ese delicioso almuerzo que casi me hizo olvidar los dolorosos momentos de la mañana.

Cambié las necesarias explicaciones con el oficial de guardia. Su autoritarismo no me amedrentó. Su persona carecía de fuerza, era débil, desanimado, muy pálido, con unos lindos cabellos negros y una miseria física que daba pena. Transpiraba disgusto, resignación y un poco de bondad en su mirada semi-abierta y en sus labios flojos.

Obedeciendo su orden me senté entre otras personas en cuyas fisonomías no reparé mayormente en ellas. Me puse a mirar por la ventana abierta un pedazo de cielo. Las nubes pardas que cuando venía había visto subir por detrás de la cortina de montañas, ahora sólo dejaban ver un rasgón irregular en el cielo.

Hasta entonces, no sabía con certeza qué había venido a hacer a esa comisaría. El empleado del hotel que me había transmitido la orden de la autoridad me dijo casi por encima que había ocurrido un robo en el hotel la noche anterior. Al coronel Figueira le habían robado cerca de seis *contos* en dinero, además de objetos de valor.

—¿Qué voy a hacer allá? —pregunté al empleado del hotel.

—Declarar, naturalmente.

Sentado en la comisaría recordé que él había subrayado la respuesta con un guiño de ojos canallesco... ¿Sería posible? ¡Qué va! Yo era un estudiante, un joven premiado... ¡Qué! ¡Ni por asomo! ...

La comisaría continuaba silenciosa y las personas sentadas en las sillas no osaban mirarse. Menos de dos horas antes yo, en el restaurante, me había puesto a imaginar grandes cosas. Gregorovitch me había incitado a trabajar por la grandeza del Brasil; me hizo notar que era necesario difundir en la conciencia colectiva un ideal de fuerza, de vigor, aun de violencia, destinado a corregir la dulzura natural de todos nosotros. Por primera vez escuché de labios humanos hablar mal de la piedad y de la caridad: sentimientos antisociales, debilitadores de los individuos y de las naciones... Virtudes de los débiles y de los cobardes, resumía él.

Estalló en mí un gran estupor; tenía, por naturaleza, un gran respeto por esas virtudes, y mi educación aislada, comprimida, huérfana de afectos, sólo había estimulado y aumentado al respecto. No sé cómo la conversación derivó hacia la belleza. El se rió de nuestra habitual opinión sobre ella, de la insignificancia del criterio de nuestros escritores. Gente, decía él, que vive perturbada, deseosa de realizar ideales de pueblos muertos, ideales ya agotados; prisionera de la arqueología, y muy segura de que la verdad está

ahí, como si existiera una belleza absoluta fuera de nosotros e independiente de nosotros. Por ahí él hizo un formidable *charge* a nuestros intelectuales. Siento no poder reproducirla aquí. Estábamos en medio del almuerzo y el vino prestaba alas a sus palabras y tornaba más lúcido mi espíritu. Refiriéndose a Lage, lo llamó águila, hombre de presa, superhombre, y por más que yo quisiera extraerle informaciones sobre el panadero, él se limitó siempre a dichos sibilinos que más aumentaban las viejas sospechas.

Mi conocimiento con el doctor Iván, si bien reciente, se estaba manteniendo y fortaleciendo con frecuentes encuentros en la calle de Ouvidor. Mi provincianismo y timidez se entendían perfectamente con el tumulto que la anima. Allí combinaba mis necesidades de sociabilidad con mi temperamento delicado y desconfiado, al que una sociabilidad más perfecta exponía a ofensas y a indelicadezas dolorosas. Después, miraba, miraba hasta hartarme: hombres, jóvenes y viejos, mujeres, señoras. Cuando me encontraba con el periodista internacional cambiábamos saludos con los sombreros, con mucha etiqueta, atentamente. El genio comunicativo del ruso y el hábito del viajero de adquirir rápidamente relaciones y camaradas, fueron venciendo de a poco mi reserva y mi desconfianza. Invitaciones como ésta ya me habían sido hechas varias veces, y rechazadas por mí con delicadeza y dignidad. Entrando al hotel, en seguida de sentarme, tuve impulsos de confesar mis disgustos al periodista; mi orgullo irracional me llevó a callarme...

En aquel momentos, fuertes pasos en la escalera vinieron a perturbar mis pensamientos. Todos nos volvimos hacia la puerta de entrada. Entró en la sala aquel señor de galera y pantalones blancos del que me habían dicho en un tranvía de Barcas que era senador. Se sacó la galera con repugnancia, mientras el oficial se levantaba respetuosamente.

—¿Excelencia?

—Buenas tardes. ¿Barros no está?

—No, señor. Salió y recién volverá para la audiencia de las seis.

—¡Qué diablos! —dijo el senador, fastidiado.

—Si Su Excelencia quiere alguna cosa urgente, puede buscar ahora a Pascoal... El me dijo que iba para allá...

El alto dignatario de la nación hizo ademán de retirarse y el oficial ya se había sentado, cuando súbitamente el senador se volvió, diciendo:

—Es algo urgente... usted quizá podría informarme...

Miró alrededor cautelosamente, y después continuó hablando naturalmente:

—¿Podría usted decirme si *Nueve Dedos* está preso aquí?

—Aquí no, señor senador. Hasta ahora sólo tenemos en el calabozo a un borracho...

—Pero... me dijeron que había cometido un robo... ¡Ese muchacho es loco!

—¿Dónde fue, Excelencia?

—En el Largo de São Francisco.

—¡Ah! Eso no nos corresponde a nosotros; pertenece a la jurisdicción novena.

—Gracias.

Apretó la mano del muchacho, lleno de gratitud, y salió murmurando de manera que todos nosotros lo escucháramos: "¡Ese loco sólo sirve para molestarme!".

La sala de la comisaría volvió nuevamente a su silencio primitivo. Un soldado vino a presentarse, cambiando rápidas palabras con el inspector. Un reloj próximo dio las cuatro. De los compartimentos del fondo llegó un personaje barrigón, de estatura mediana, de piernas cortas, de color cambiante, con un eslabón de oro cruzado sobre el pecho, del que pendía una inmensa medalla claveteada de brillantes. Se dirigió al inspector:

—Raposo, voy a salir; ¿hay algo?

—Nada, capitán Viveiros.

—¿Y el caso de Jenikalé? ¿Ya apareció aquel famoso *mulatito*?

No tengo vergüenza en confesar hoy que cuando me oí tratar así las lágrimas me vinieron a los ojos. Yo había salido del colegio, viviendo siempre en un ambiente artificial de consideración, de respeto, de atenciones para conmigo; mi sensibilidad, por lo tanto, estaba cultivada y tenía una delicadeza extrema que se juntaba a mi orgullo de inteligente y estudioso, para darme no sé qué exaltada representación de mí mismo, especie de hombre diferente del que era en realidad, un ente superior y digno a quien un epíteto de esos hería como una bofetada. Hoy, ahora, después de no sé cuántos puntapiés de esos y otros más brutales, soy otro, insensible y cínico, más fuerte quizá; a mis ojos, sin embargo, muy disminuido yo mismo, mi primitivo ideal, caído de mis sueños, sucio, imperfecto, deformado, mutilado y embarrado. No sé a quién compararme, no sé siquiera si podría haber sido un hombre entero hasta el fin de la vida; pero lloro ahora, lloro hoy cuando recuerdo que una palabra despreciable de esas no vuelve a hacerme llorar. No obstante, todo eso es una cuestión de semántica: mañana, dentro de un siglo, no tendrá significación injuriosa. Ese rehacerme, empero, no me reconfortaba en aquel tiempo, porque sentí en la bajeza del tratamiento todo el desconocimiento de mis cualidades, el juicio anterior de mi personalidad que no querían oír, escuchar ni examinar. Lo que más me hirió fue que eso partiera de un funcionario, de un representante del gobierno, de la administración que debía tener, tan perfectamente como yo, la conciencia jurídica de mis derechos al Brasil, y de quien merecía un tratamiento respetuoso.

Las lágrimas se secaron en mis ojos antes que el oficial me presentara al escribiente Viveiros. Me miró con ojos de entendido. Creo que sondeaba mis bolsillos detenidamente, antes de formularme esta pregunta:

—¿Usted es el joven del hotel Jenikalé?

—Soy uno de ellos.

—¿Cuál es su profesión ?

—Estudiante.

Hubo algo de susto en su fisonomía insulsa. Se contuvo y continuó preguntándome:

—¿Tiene documentos?

—Algunos.

—¡Ah! Puede justificarse perfectamente.

—¿Cómo?

—Con testigos y documentación.
—Pero no conozco a nadie aquí en Río...
—Yo le consigo.
—Acepto, y muchas gracias.
—Pero le cuesta treinta mil *réis*.
—No puedo pagar, capitán. No tengo dinero.
—¿Y su corresponsal?
—No tengo.
—Entonces, mi querido...

Se encogió de hombros y se alejó con indiferencia, sin mirar siquiera a los circunstantes. El oficial continuaba escribiendo su interminable libro. De tanto en tanto, discretamente, paseaba la mirada disimuladamente sobre cada uno de nosotros. Nubes plúmbeas ya habían cubierto totalmente el trozo de cielo que se veía por la ventana. Había algo negruzco en la atmósfera y la luz del sol se había tornado de un amarillo pardo y fúnebre. La temperatura continuaba elevada y el aire sofocante de la sala me molestaba. La especial resonancia de las calles subía hasta nosotros cada vez más nítidamente. El tañir de las campanillas era más agudo, el rodar de los vehículos más redondo y, más distante, el rechinar de los tranvías, el estallido de los látigos y los silbatos caprichosos de los cocheros. Entre todo ese barullo percibimos en la comisaría que se aproximaba un vocero. El oficial levantó la pluma y esperó. Una verdadera manifestación invadía la sala. Los soldados corrieron a contenerla. Al frente venían dos mujeres del pueblo, desgreñadas, rotosas, que dos soldados mantenían separadas con gran esfuerzo. Uno de ellos, sin soltar a la mujer, le explicó al oficial:

—Estaban peleando y por el camino todavía se enredaron; nosotros...

En seguida ambas quisieron justificarse, hablando al mismo tiempo. El oficial las reprendió severamente. El soldado expuso lo suyo. Vivían en un inquilinato próximo, eran lavanderas, una casada y la otra tenía *su hombre*.

—¿Por qué fue la pelea? —preguntó el oficial.

Nuevamente quisieron narrar al mismo tiempo el motivo de tan apasionado pugilato.

—Así no puede ser —dijo el oficial de guardia—. Habla una o habla la otra... Veamos, hable usted, señora —acabó designando a una de ellas.

—Usted sabe: soy pobre... Tengo una gallina. Más de una; pero fue la bataraza. Y no es de hoy, hace mucho tiempo, sí señor. Uno no puede, es verdad... pero ¿qué se ha de hacer? Siempre un bicho es algo bueno, *don* oficial: da alegría y ayuda a la gente... Es por eso que la comadre...

—Diga por fin lo que sucedió... ¡Vamos! —intimó el oficial.

—Ya le digo, sí señor. Hace mucho tiempo que mi gallina ponía, y yo no veía los huevos. Buscaba aquí, buscaba allá... ¡y no encontraba nada! Hoy, yo había salido para llevar la comida de Manduca y cuando volví la gallina estaba saliendo de la casa de esta mujer, con la cara de quien ya puso sus huevos... ¡Ah! ¡*Don* oficial! me dieron unas ganas... una cosa que ni yo misma sé qué era... La insulté, me fui a las manos; y por eso...

Acabó la narración humildemente, con una modulación de llanto en la voz.

—Y usted, señora, ¿qué dice de esto? —preguntó la autoridad a la otra mujer.

—No fue así, no señor... Esta mujer siempre peleaba conmigo... No sé por qué, siempre andaba con rezongos... Un día era por esto, otro día por aquello... Si el viento arrojaba su ropa al suelo, era yo la que lo hacía; si...

—Pero, finalmente, la gallina, ¿salió o no de su casa?

—Salió, sí señor; pero fue por casualidad...

—¿Por casualidad qué? ¡Ladrona, p...!

—¿Qué es eso? —reprimió severamente el oficial?. ¿Esto es un inquilinato? ¡Cuidado que la meto en el calabozo! ¿Escuchó?

La mujer dejó caer la cabeza, que había levantado en un solo movimiento lleno de arrogancia, y con voz entrecortada por el llanto se disculpó:

—¡Perdóneme, *don* oficial! Una es pobre... Fue la patrona la que me regaló el animalito... Una piensa: vamos a tener una *gemada,*[1] una fritada, un dulce, alguna que otra cosa... Una compra maíz y espera... y espera... Y al final una viene a enterarse que son otros los que se comen los huevos... ¡Ah! Dios mío... ¡Es duro! ¡Es duro! Es el destino de una...

La muchacha hablaba en forma desigual: por momentos alargaba las sílabas, por momentos hacía desaparecer otras; pero siempre en posesión de las palabras, con un fuerte acento de pasión, sobreponiéndose al llanto. Las palabras le salían animadas, llenas de un gran dolor, bien distante de la pueril querella que las había provocado. Venían de las profundidades de su ser, de las lejanas partes que guardan la inconsciente memoria del pasado, para manifestar la desesperación de aquella vida, los sufrimientos milenarios que la naturaleza le hacía sufrir y los hombres habían conseguido aumentar. Me sentía comunicado con su inmensa emoción; ella me penetraba tan hondamente que despertaba en mis células ya olvidadas la memoria debilitada de esos sufrimientos continuos que me parecían eternos; y encontrándolos por debajo de las nociones librescas, por debajo de la palabra articulada, en el fondo de mi estructura, me espanté, aterrado, me acometió la desesperación y cristalicé una angustia que andaba suelta en mí.

El oficial procuró calmarla; la otra, muy popularmente, se puso a llorar explicando que no había hurtado los huevos, que no los había comido sino que había guardado solamente el primero, temiendo que fuese *mandinga,*[2] *coisa feita,*[3] y luego, con la continuación de las puestas, no los había restituido por vergüenza pero que lo haría tan pronto llegara a su casa. Calmadas y reprendidas, se fueron y en breve la comisaría retornó a su atmósfera enervante. A ella y a mi caída moral se unían la tonalidad amarillenta de la tarde y el ambiente de forja para ocasionarme un malestar nunca sentido. Esperaba al comisario, en pleno devaneo, procurando soñar, analizarme, pero era en vano: la inteligencia no me obedecía. Existía en mí un gran vacío mental, y la imagen que venía a mis ojos era la de la pobre mujer imprecando, sin ninguna grandeza, contra el destino implacable, dentro de aquella

[1] *Gemada:* plato de yemas de huevo batidas con azúcar y un líquido caliente.
[2] *Mandinga:* hechicería, brujería, sortilegio.
[3] *Coisa feita:* brujería, hechizo.

fea y triste sala. De repente la oscuridad se hizo más espesa. En la sala de la comisaría se encendieron las luces, al tiempo que un relámpago vino a iluminarla instantáneamente. Se escuchó un agudo estallido, un trueno ronco, y estremeciéndonos sentimos todos que un rayo había caído en las proximidades. La lluvia comenzó a caer débilmente, sin la violencia que el rigor del cielo amenazaba, cuando la poderosa autoridad entró. Eran más de las seis; la opresión de la atmósfera había disminuido, y el calor cedido razonablemente.

Llegó, y aún esperé unos momentos. Finalmente fui llevado a su presencia. Al lado, en una mesa más baja, estaba el capitán Viveiros, el tal escribiente, muy solemne, con la pluma detrás de la oreja, su mirada ávida y su gran papada. El comisario me pareció un mediocre bachiller, un ser vulgar con deseos de llegar a altas posiciones; sin embargo, había en su fisonomía una irradiación de poder y fuerza que asustaba. Tal vez sentíase tan ungido de la gracia especial de mandar, que al ver en la calle a tanta gente moviéndose libremente, consideraría que eso pasaba porque él lo permitía. Me interrogó con malhumor, impaciente, distraído, a los sacudones. Volvía sobre una misma pregunta; repetía mis respuestas. Su impaciencia lo llevaba a perder tiempo. No prestaba gran atención al interrogatorio; miraba insistentemente la calle, los tranvías que pasaban con las cortinas levantadas. En un momento dado, como queriendo llevar la cosa a su final, preguntó por tercera vez:

—¿Cuál es su profesión?

—Estudiante.

—¿Estudiante?

—Sí, señor; estudiante —repetí con firmeza.

—¡Qué estudiante ni qué nada!

Su sorpresa me dejó atónito. ¿Qué había en eso de extraordinario, de imposible? Si había tanta gente bestia que lo era, ¿por qué no podía serlo yo? ¿De dónde le venía la admiración dudosa? Quise darle una respuesta pero los interrogatorios me ponían fuera de mí. El, a su vez, tomó mi embarazo como prueba de que mentía.

Con aire de escarnio, preguntó:

—Entonces, ¿es estudiante?

Esta vez lo había comprendido, lleno de odio, poseído de un santo odio que llegaba a mí como nunca lo sufriera. Era una variante más de aquellas tontas humillaciones que ya había experimentado; era el sentimiento general de mi inferioridad decretada "a priori", lo que yo adiviné en su pregunta. Y afirmé entonces con la voz conmovida:

—Lo soy, sí, señor.

—Pues entonces, dígame de quién es este verso: *Estaba mudo y solo en la roca de granito...*

—No sé, señor; no leo versos habitualmente...

—Pero un estudiante siempre los conoce —dijo él con falsa bonhomía—. Me admira que usted no los conozca. ¿Sabe de quién es este otro?: *Es el triunfo inmortal de la carne y de la belleza...*

—No sé absolutamente nada, y es inútil preguntármelo porque nunca leí poetas.

—Pero usted, un estudiante, ¿no sabe de quién son esos versos? ¡Me sorprende!

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra, doctor? —dije sin poder reprimir una sonrisa.

—¡Se está riendo, atrevido! —dijo mudando repentinamente de tono—. ¡Qué coincidencia! Sucede que usted no es estudiante ni nada parecido; ¡no pasa de ser un grandísimo bandido!

—¡Perdón! Usted no puede insultarme...

—¿Que no? —continuó el comisario en lo más alto de su cólera—. No hay sinvergüenza, bandido y malandrín por ahí, que no se diga estudiante...

También yo comenzaba a exaltarme, a sentirme injustamente ofendido, agredido sin causa y sin motivo; sin embargo, me contuve.

—Pero yo lo soy, se lo aseguro...

—¡Que nada! ¿Piensa que me va a envolver?... usted lo que es, es un ladronzuelo, ¿sabe?

Ahí sucedió en mí lo que un autor ruso llamó la convulsión de la personalidad. Todo yo me agité, todo yo me indigné. En un segundo sentí todas las injusticias que venía sufriendo; me rebelé contra todos los sufrimientos que venía soportando. Injusticias, sufrimientos, humillaciones, miserias, se juntaron dentro de mí, subieron hasta mi conciencia, pasaron por mis ojos, y entonces escupí sacudiendo las sílabas:

—¡Imbécil!

—¿Qué dice? —preguntó él autoritariamente.

—Que usted es un imbécil, ¿escuchó?

No me dijo nada más; ni se acordó de hacer que el escribiente labrara un acta. Se levantó lleno de furia, yo lo esperé listo para lanzarle unas buenas trompadas; pero el terrible comisario iba solamente a la puerta para ordenar que me metieran en el calabozo.

Y fui al calabozo, convenientemente escoltado. Por el camino, todo aquello me pareció una pesadilla. Me costaba creer que en el espacio de unas horas yo pudiera tener los entusiasmos patrióticos del almuerzo y poco después fuera detenido como un delincuente vagabundo en una celda degradante. Entré a los impujones; innecesarios, por otra parte, porque yo no opuse la menor resistencia. Las lágrimas corrieron, y yo pensé para mí: ¡la patria!

VI

HOY DESPERTÉ lleno de un malestar que no sé de dónde me vino. Nada sucedió que lo determinara. Ayer viví un día igual a todos. No tuve ni siquiera una cuestión con el cobrador de impuestos. ¿Por qué no estoy satisfecho? No sé. ¡Y quién podría saberlo! Hay en nosotros tantas cosas misteriosas, tantos sentimientos cuyos orígenes se nos escapan, que me esfuerzo en vano por explicar éste, mi actual estado de ánimo. De un tiempo a esta parte muchas veces me sucede esto. Todo corre normalmente; los días con el mismo enfado de siempre, y las noches serenas y plácidas; sin embargo, ésta o aquella mañana, me levanto y miro por la ventana abierta el río que se desliza allá abajo, ensombrecido de melancolía, lleno de lasitud, con malos deseos pasándome por la cabeza. Pienso —no sé por qué— que es este libro mío el que me está haciendo mal... Y quién sabe si excitar recuerdos del sufrimiento, avivar las imágenes que los hicieron nacer no es provocar que oscura y confusamente me vengan aquellas dolorosas sensaciones ya casi semimuertas. Quizá sea la angustia del escritor, porque vivo lleno de dudas, y dudo más cada día en continuar escribiéndolas. No es su valor literario lo que me preocupa; es su utilidad para el fin que anhelo.

Quién sabe si no me va saliendo como pura charla. Yo no soy literato, detesto con toda pasión a esa especie animal. Lo que observé de ellos, en el tiempo en que estuve en la redacción de *O Globo,* fue lo suficiente como para no amarlos, ni imitarlos. En general son de una lastimosa imitación de ideas, llenos de fórmulas y recetas, capaces solamente de tomar hechos detallados e impotentes para generalizar, inclinados ante los fuertes y las ideas triunfantes, antiguas, adscriptos a un infantil fetichismo del estilo y guiados por conceptos absoletos y un pueril y erróneo criterio de belleza. Si me esfuerzo por hacerlo literario es para que pueda ser leído, pues quiero hablar de mis

dolores y de mis sufrimientos al espíritu general, y en su interés, con el lenguaje que le sea accesible. Este es mi propósito, mi único propósito. No niego que para eso he buscado modelos y normas. Los procuré, lo confieso: y ahora mismo, al alcance de mis manos, tengo a los autores que más amo. Allí están *Crimen y castigo* de Dostoievski, un volumen de los *Cuentos*, de Voltaire, *La guerra y la paz* de Tolstoi, el *Rojo y negro* de Stendhal, la *Prima Bette* de Balzac, la *Educación sentimental* de Flaubert, el *Anticristo* de Renan, Eça de Queiroz; en el estante, bajo mi mirada, tengo a Taine, Bouglé, Ribot y otros autores de literatura propiamente, o no. Confieso que los leo, que los estudio, que procuro descubrir en los grandes novelistas su secreto para serlo. Pero no es la ambición literaria lo que me mueve a procurar ese don misterioso para animar y hacer vivir estos pálidos *Recuerdos*. Con ellos querría modificar la opinión de mis conciudadanos, obligarlos a pensar de otro modo, a no llenarse de hostilidad y mala voluntad cuando encuentren en la vida a un joven como yo y con los deseos que tenía hace diez años. Intento mostrar que ellos son legítimos y, si no merecedores de apoyo, por lo menos indignos de la indiferencia.

No obstante, ¡cuántos dolores, cuántas angustias! Vivo aquí solo, esto es, sin relaciones intelectuales de ningún orden. Me rodean dos o tres bachilleres idiotas y un médico curandero, repletos de orgullo por sus papeles que sabe Dios cómo fueron hechos. Claudican en la ortografía y hubo uno, un Juez Municipal, que acaba de publicar un artículo en el *Diario de Cachambi*, sobre "La sociedad actual frente a la ciencia", en donde habla de rayos hertzianos. No obstante, si yo mañana les fuera a hablar de este libro, ¡qué espanto! ¡qué sarcasmo! ¡qué crítica demoledora no le harían! Después de la partida del doctor Graciliano, excepcionalmente simple y olvidado de su papel apergaminado, nada digo de mis lecturas, nada hablo de mis elucubraciones intelectuales a nadie, y mi mujer, cuando me demoro escribiendo por la noche hasta tarde, me grita desde el dormitorio:

—¡Ven a dormir, Isaías! ¡Deja ese informe para mañana!

De manera que no tengo por dónde advertir si mis *Recuerdos* llenan la finalidad a que los destino; si mi inhabilidad literaria está perjudicando completamente su pensamiento. ¡Qué tortura! Y no es sólo eso: me avergüenzo por éste o aquel pasaje en que me encuentro, en que me desnudo frente a los desconocidos, como una mujer pública... De tal manera sufro de distintas formas por causa de esta obra, que juzgo que ese malestar con que a veces me despierto viene de ella, únicamente de ella. Quiero abandonarla; pero, absolutamente, no puedo. De mañana, en el almuerzo, en la oficina de impuestos, en la farmacia, comiendo, bañándome, sólo pienso en ella. Por la noche, cuando todos en casa se van recogiendo, insensiblemente me aproximo a la mesa y escribo furiosamente. Estoy en el sexto capítulo y aún no me preocupé por hacerla pública, anunciarla y conseguir un buen recibimiento por parte de los detentadores de la opinión nacional. Que tenga la suerte que merezca, pero que también pueda, mañana o dentro de siglos, despertar a un escritor más hábil para que la rehaga y diga lo que no pude ni supe.

Este pasaje del calabozo es el que convoca estos pensamientos amargos. Imagino cómo sabría decir un escritor hábil lo que yo sentí allí adentro. Yo,

que sufrí y pensé lo que no sé narrar. Por dos veces intenté escribir; pero releyendo la página la encontré incolora, común, y sobre todo poco expresiva de lo que realmente había sentido. Estuve en el calabozo más de tres horas, después fui nuevamente llevado a la presencia del comisario. Lo encontré convertido en otro hombre, más blando y dispuesto a la simpatía, tratándome de *muchacho,* y de *hijo mío.*

—Usted, muchacho, debe abandonar ese carácter. Mire que la vida así no se puede llevar adelante... ¿Usted sabe lo qué podría hacerle? Un proceso por falta de respeto a la autoridad... No haga nunca más eso, hijo mío; hoy, es conmigo, que, en fin... pero mañana... ¡quién sabe!

Al comienzo mantuve el mismo humor agresivo, respondiéndole secamente a las preguntas que hacía sobre mis antecedentes; finalmente, rindiéndome a su blandura, me disculpé, satisfaciéndolas con respeto, acatándolas con toda la dulzura de que es capaz mi naturaleza, tierna y sensible al buen tratamiento.

Hay mucha bondad en nuestro carácter, pero también mucha arrogancia, mucha exageración en el mandar y un enfermizo impudor en el desobedecer. Esos arrepentimientos, esos retrocesos son frecuentes y fatales en el modo de accionar de nuestras autoridades. Yo no sé hasta qué punto me excedí, hasta dónde fui inconveniente; no habiendo aún observado esa faz del carácter nacional me asusté ante la delicadeza con que me trató la autoridad la segunda vez que fui a su presencia. La juzgaba transformada por la intervención de algún protector desconocido, pero estuve seguro de que no era ese el motivo, ya que en seguida me preguntó:

—¿Usted no tiene relaciones aquí en Río, muchacho?

—Ninguna.

Se admiró mucho, extraordinariamente, al punto de repetir de otra manera la pregunta:

—Pero, ¿nadie? ¿Ninguno?

—Mi conocimiento más íntimo es el doctor Iván Gregorovitch Rostoloff, ¿lo conoce?

—¡Oh, cómo no! Un periodista de *O Globo,* ¿no?

—Eso mismo.

—¿Por qué no me lo dijo inmediatamente? Cuando se está en presencia de la policía nuestra obligación es decir toda nuestra vida, buscar comprobantes de nuestra conducta, decir quiénes son nuestros amigos, la profesión, lo que se hace, lo que no se hace...

—No sabía que él era un hombre importante, por eso...

—¡Cómo no! Un periodista siempre es un hombre importante, respetado, y nosotros, la policía, lo tenemos siempre muy en cuenta... Váyase ya —me dijo finalmente—, y es preciso que se mude de aquel hotel cuanto antes... Es muy conocido... Los hurtos se suceden y los ladrones nunca aparecen... Múdese cuanto antes, ese es mi consejo. Y ahora ¡váyase!

Yo iba saliendo cuando, antes de transponer la puerta, el comisario vino a mi encuentro y me recomendó en voz baja:

—No le diga nada al doctor Rostoloff, ¿sabe? El podría publicar esto, y los dos tendríamos algo que perder...

Me dirigí al hotel, indiferente a la lluvia que continuaba cayendo. Iba profundamente humillado y firmemente decidido a dejarlo cuanto antes. Presintiendo que el hotelero era quien había insinuado a la policía que bien podría yo ser el autor del hurto, reflexionaba sobre la decisión a tomar. Mi primer pensamiento fue insultarlo, darle de golpes; pero sería recomenzar las humillaciones de la comisaría... Andando, llegué a Campo de Santána. Para entonces ya había tomado mi decisión. Entraría naturalmente y no diría nada al respecto, esperando que él hablara. Entré; estaban todos en el comedor, les di las buenas noches y cambié con los circunstantes algunas explicaciones sobre el hecho. Ninguno de ellos se animó a la más leve insinuación, y subí a mi cuarto aparentando la mayor calma. No concilié en seguida el sueño. Encaré la eventualidad de volver a mi casa familiar. El camino en la vida se me aparecía cerrado completamente, por manos más fuertes que las de los hombres. No eran ellos los que no me querían dejar pasar, era mi sangre cobarde, era mi dulzura, eran los defectos de mi carácter que no sabían abrirse paso. Yo mismo amontonaba obstáculos a mi carrera; no ellos... ¿No sería una tontería, una escondida pusilanimidad el hacer reposar mi felicidad en la presteza con que cualquier diputado atendiera un pedido de empleo? ¿Era posible tenerlos siempre a mano para darlos al primero que apareciera? Las condiciones de mi felicidad no debían reposar sino en mí mismo, concluí... Pero no era solamente eso lo que yo veía. Lo que me debilitaba, lo que me desanimaba eran los tejidos de desdén, las mallas de escarnio, de condenación en que me sentía preso.

En el viaje las había visto manifestarse; en Lage da Silva, en la comisaría, en la actitud del comisario, en una frase medio dicha, en una mirada, yo sentía que la gente que me rodeaba me tenía en menos. Como también percibía que yo estaba como imposibilitado de vivir, y que fuera cual fuese el fin de mi vida los esfuerzos habrían de ser titánicos. Quizá fue ese el objetivo que me hizo pensar de otro modo. Pasó por mi memoria la anécdota mitológica que evoco. Se me representó la lucha de aquellos héroes con los dioses, su obstinación en escalar el cielo, la energía que pusieron en tan insensata empresa... Vi el cuadro con todos los colores y todas las figuras... La emoción me conmovió; encontré en esa actitud una extraña grandeza, no sé qué fulgurante belleza que me puso en seguida alegre por dentro, ¡tan cierto es aquello de que la belleza es una promesa de felicidad! Abandoné el regreso cobarde a la casa materna y me decidí a luchar, a luchar para llegar —¿adónde?— no sabía bien; pero llegar, fuera como fuese. Trabajaría —¿en qué?— en todo. Y mientras consideraba la delicadeza de mis manos y la fragilidad de mis músculos, me adormecí plácidamente, satisfecho conmigo y con mi coraje, y firme en la resolución de buscar al día siguiente cualquier ocupación, por más humilde que fuera. La noche pasó rápidamente y cuando descendí a la calle, todavía brillaba frente a la Prefectura un farol a gas. El ambiente no era de luz ni de tinieblas, era una penumbra de algodón y neblinosa, esa con la que comienzan ciertas mañanas en Río de Janeiro. Los raros transeúntes se movían desdibujados en aquel clima indeciso. Caminé. Al llegar a la calle de Ouvidor, la calle de los lentos paseos elegantes, existía una agitación de mercado. Cestos de verduras, de pescado, de carnes, pa-

saban sobre la cabeza de mujeres y de hombres; los vendedores ambulantes corrían por ella a todo lo largo; pequeños carromatos, pertenecientes a hoteles caros, se daban el lujo de cruzarla en toda su extensión; y en los portales inmensas moles de periódicos eran subdivididas por los vendedores de todos los puestos de la ciudad. Las polémicas maleducadas de unos contra otros se sobreponían, se abrazaban fraternalmente a los impulsos del italiano indiferente: *¡Gazeta!, ¡País!, ¡Jornal do Comércio!*

Los cafés ya estaban abiertos y todavía iluminados. Compré un diario y entré en uno de ellos. A esa hora tienen una clientela apresurada, muy especial. Noctívagos, vagabundos, obreros, jugadores, empleados en los periódicos, gente un tanto heterodoxa que allá va y se sirve rápidamente.

Raramente aparece una mujer; ese día, por casualidad, había dos muchachas acompañadas por una señora y un joven. Tomaban chocolate y, naturalmente, venían de un baile.

La anciana dormitaba y las dos muchachas tenían los ojos cansados y el rostro macerado por la larga y fatigante vigilia.

Saturadas de notas musicales, una de ellas todavía balanceaba la cabeza como si estuviera escuchando un doliente compás de vals. Estaban descoloridas, ojerosas, y por el rostro, en éste o aquél punto, una parte de la pintura había resistido, permaneciendo. Se veían los huesos de la cara y los rostros aparecían cadavéricos. El joven, mientras tanto, continuaba conversando tiernamente embelesado... Las observé mucho tiempo aún, considerando qué difícil era para aquellas dos personas encontrar el fin natural de su vida... ¡Cuántos tropiezos ponían aquellas prácticas! ¡A cuántos trabajos eran obligadas!

¡Bailar noches y noches!... Llevado por tales consideraciones iba olvidando mis propios intereses. Me puse a leer el diario, los anuncios de *se necesita*. De entre todos ellos, uno me pareció aceptable. Se trataba de un joven de conducta afianzada para acompañar un cesto de pan. Era en el barrio de Laranjeiras. Estaba resuelto a aceptar; trabajaría un año o más; guardaría dinero suficiente que me diera tiempo para luego conseguir un lugar mejor. Nada había que me lo impidiera: yo era desconocido, sin familia, sin orígenes... ¿Qué mal había? Más tarde, si llegaba a algo, no me avergonzaría, por cierto. Fui contento hasta allí. Hablé con el gordo propietario del establecimiento. No recuerdo sus facciones, pero tengo en la memoria sus grandes manos con un enorme "solitario", y su vigoroso cuerpo de varias arrobas.

—Fue usted que pidió un muchacho para...

—Sí, fui yo. ¿Es usted? —me respondió en seguida, sin darme tiempo a terminar.

—Sí, soy yo.

El gordo propietario estuvo un instante considerándome, agitó los pequeños ojos perdidos en el rostro grandote, me examinó convenientemente y por fin dijo volviéndome la espalda con mal humor:

—No me sirve.

—¿Por qué? —me atreví yo.

—Porque no me sirve.

Y caminó lentamente hasta una de las puertas de la calle, mientras yo salía literalmente golpeado. En aquel rechazo del panadero en admitirme, yo descubrí una especie de sitio puesto a mi vida. Estando obligado a trabajar, me era negado el trabajo en nombre de sentimientos injustificables. Fácilmente generalicé y me convencí de que ése sería el proceder general. Imaginé las largas marchas que tendría que hacer para conseguir cualquier cosa que me permitiera vivir; las humillaciones que tendría que tragar; y, de nuevo, me vino aquel odio del tranvía, cuando regresaba de la casa del diputado Castro. Me rebelaba verme obligado a gastar tanta fuerza de voluntad, tanta energía con cosas en que los otros gastaban poca. Era una desigualdad absurda, estúpida, contra la cual se iban a quebrar mi pensamiento angustiado y mis sentimientos liberales que no podían acusar particularmente al panadero. ¡Qué diablos! ¡Yo me ofrecía, él no quería! ¿Qué había en todo eso?

Era una simple manifestación de un sentimiento general, y era contra ese sentimiento, recientemente descubierto por mí, que me rebelaba. Vine descendiendo la calle, y perdiéndome paulatinamente en mi propio raciocinio. Preliminarmente le descubría absurdos, volvía a las ideas anteriores, mezclaba todo, me envolvía. En el Largo do Machado contemplé durante algunos momentos aquella iglesia de frente griego y columnas dóricas, y tuve la sensación de estar en un país extranjero.

El alcohol no entraba en mis hábitos. En mi casa, raramente lo bebía. En aquella ocasión, sin embargo, tuve deseos de beber, quería un narcótico que hiciese descansar los nervios tensos por los constantes golpes de aquellos últimos días. Entré al café, pero sentí asco. Me limité a beber un pocillo de café y caminé tristemente en dirección al mar, mirando con envidia a un changador que bebía un gran vaso de aguardiente. Sentía una inmensa lasitud y una gran debilidad en mi energía mental. Quise descansar, me recliné sobre la muralla del muelle y miré el mar. Estaba calmo; la limpidez del cielo y la luz suave de la mañana lo había aterciopelado. Las últimas señales de la tempestad de la víspera habían desaparecido. En el aire había satisfacción y felicidad, una gran ternura parecía respirar en todo; y eso me pareció hostil. Continué mirando el mar fijamente, de espaldas a los tranvías que pasaban. Poco después él me hipnotizó, me atrajo, parecía que me invitaba a ir a vivir en él, a disolverme en sus aguas infinitas, sin voluntad ni pensamiento; a ir a probar en sus olas todos los climas de la tierra, a gozar de todos los paisajes, fuera del dominio de los hombres, completamente libre, completamente a cubierto de sus reglas y de sus caprichos... Tuve impulsos de descender la escalera, de caminar valientemente aguas adentro, seguro de que pasaría a otra vida mejor, acariciado y besado constantemente por ese monstruo que era tan triste como yo. Los tranvías subían vacíos y bajaban llenos. Ingleses de sombreros de paja con cintas multicolores, con pretensiones de originalidad, los llenaban. Fumaban desdeñosamente e iban convencidos en su asombrosa ignorancia de que la lengua incomprensible nos escondía cosas, que ofrecían espectáculo a esa gente más o menos negra, de una energía sobrehumana y una inteligencia sin medida. Los tranvías continuaban pasando muy llenos, tintineando y danzando sobre las vías. Si por casualidad

alguno de los viajeros daba conmigo, en seguida apartaba la mirada con disgusto. Yo no despertaba ni la simpatía con que se miran los árboles; y mi sufrimiento y mis dolores no encontraban el menor eco fuera de mí. Las plumas de los sombreros de las señoras y los bastones de los hombres me parecían adornos y armas de salvajes, a cuya tierra yo hubiese sido arrojado por un naufragio. Nosotros no nos entendíamos; sus alegrías no eran las mías; mis dolores no eran ni siquiera percibidos... Por fuerza, pensé, debería haber gente buena por allí... Quizá hubiese sido destronada, puesta presa y perseguida; pero debía haberla... En aquella que yo veía observé tanto rechazo en sus ojos, tanta pasión baja, tanta ferocidad que yo me creí entre *yahus* y tuve impulsos de huir antes de ser devorado... Sólo el mar me contemplaba con piedad, sugestionándome y prometiéndome grandes satisfacciones en medio de su inmensa masa líquida...

—Ven —me decía—, ven conmigo y en mi seno vivirás olvidado, libre e independiente... Aquí yo te abriré perspectivas infinitas para tu vida limitada y los conceptos, las nociones y las ideas nada valdrán. Te burlarás de ellos, no los sentirás, no tendrás conciencia, ni pensamiento, ni voluntad...

Debían ser las ocho y comencé a descender por la orilla del muelle. Pensaba en una decisión a tomar. Precisaba salir del hotel. Estaba sin dinero; después de pagar la pensión me restarían apenas unos seis mil y tantos. Tenía que abandonarlo en breve, fuera como fuese. Aquella sociedad con personas que me habían sospechado ladrón, me pesaba, me abatía. La esperanza de un empleo humilde se había desvanecido. El rechazo sistemático del panadero me había hecho suponer que sería así en todas las profesiones. Así serían los hoteleros, los dueños de cafés, de confiterías, de cocheras... No sabía por dónde salir; mi vida estaba verdaderamente sitiada, esa era la sensación que yo tenía. Durante todo el día esos pensamientos no me abandonaban. Almorcé en el hotel silenciosamente, sintiendo la irritante observación del mozo. Salí de inmediato, al encuentro de la ciudad. Había entrado en la calle do Rosário, cuando alguien me golpeó el hombro:

—¿Usted no es Isaías Caminha?

—Sí.

—¿No se acuerda de mí? Yo soy Agostinho... Agostinho Marques... ¿No recuerda?

—Me acuerdo, sí. ¿Te sentabas junto a Felício da Costa, no?

—Es verdad. ¿Hace mucho que llegaste, Isaías?

—Hace un mes, ¿tú qué estás haciendo?

—Estoy empleado en el escritorio del doctor Leitão Fróis; ¿y tú?

—¡Yo!... Busco la vida...

Mi antiguo colega no se demoró mucho, tenía prisa y prometí que lo buscaría para conversar, tanto más cuanto que él tenía trabajo para darme. Pasé el resto del día vagando. Llegó la tarde, una tarde dulce y azul, y no tuve fuerzas para presentarme en el hotel. Fui al Paseo Público. Entré y me senté en un banco alejado, fuera del camino habitual de los visitantes. Estuve algunos instantes pensando mientras miraba el lago a mi frente y los árboles que me rodeaban. Los patos y los gansos nadaban satisfechos y las garzas pensativas perfiladas en las márgenes miraban con asombro tanta alegría. La

tarde ponía un brillo particular en las cosas, de dulzura y satisfacción. Aquel descanso en el jardín, me recordaba no sé qué pasaje de mi libro de cabecera, de este perverso libro del que quise hacer la brújula de mi vida. Lo abrí, y deseoso de encontrar el pasaje, no reparé que una persona había venido a sentarse en el mismo banco que yo. En un momento dado me di vuelta y encontré a una muchacha de color, de ojos tristes y facciones agradables. Tenía una carterita en la mano, un sombrero de alpaca para el sol, y su vestimenta era pobre. La consideré durante un instante y continué leyendo el libro, lleno de una natural indiferencia por la vecina. La mujercita comenzó a murmurar, me preguntó alguna cosa que respondí sin volverme. Súbitamente, después de hacer un gesto de desprecio, me dijo a quemarropa:

—¡Qué tipo! Piensa que es un doctor...

Cerré el libro, me levanté y, ya alejado, aún oí de ella algunos insultos. Llegué al portón. Los tranvías pasaban, había gran movimiento de automóviles y peatones. Consideré la calle, las casas, la fisonomía de los transeúntes. Miré una, dos, mil veces a los pobres y a los ricos.

Yo estaba solo.

VII

HABÍA DÍAS en que notaba con sorpresa la indiferencia que entonces sentía por mi destino. Aquel primer fervor mío había sido sustituido por una apatía que me superaba. Todo me parecía por encima de mis fuerzas, todo me parecía imposible; y no se trataba de que yo propiamente no pudiera hacer esto o aquello, sino que eran todos los otros los que no querían, y contra su voluntad la mía era insuficiente y débil. Mi individualidad no reaccionaba; se portaba en presencia del querer de los otros como un cuerpo neutro; se había adormecido, encogiéndose tímidamente acobardada.

Hubo dos o tres crisis de voluntad que me obligaron a buscar empleo. En las dos primeras retrocedí pasado el primer impulso; en la tercera, lo hice de tal manera, tan trastornado, tan suplicante y flojo que fui derrotado. Vendí mis libros para conseguir algún dinero. Pagado el hotel, quedé reducido al último extremo, con un corto plazo para retirar de allí mi insignificante equipaje. Esperaba respuesta de una carta en la que había pedido algún dinero a mi madre. No demoró en responder, mandándome cincuenta mil *réis*. Alquilé una habitación y los primeros días que pasé allí fueron del más absoluto aburrimiento.

Salía, pero evitaba la calle de Ouvidor y a Lage da Silva, que había pasado a tratarme de otra manera. Me dio por pasear en tranvía, saltando de uno a otro, aventurándome por callejuelas apartadas, para buscar el vehículo en otros barrios. De Tijuca iba a Andaraí, y de allí a Vila Isabel; así, pasando de un barrio a otro, buscando calles despobladas y sin empedrar, conocí la ciudad tal como los tranvías la hicieron, alternativamente poblada y despoblada, con grandes hiatos entre calles de población condensada y toda ella, agitada, dividida, convulsionada por las colinas y contrafuertes de la montaña en cuyas vertientes había crecido. Comía unos días; otros, solamente almor-

zaba; y hubo muchos en que no hice ni una cosa ni la otra. Descubrí la Biblioteca Nacional, adonde fui muchas veces, lleno de hambre, a leer a Maupassant y Daudet. Estaba en la pensión desde hacía cerca de quince días. Una noche, acababa de llegar y me desvestía, cuando golpearon a mi puerta. Abrí. "Buenas noches", me dijo un joven, desde afuera. "¿Podría permitirme encender mi vela en la suya? Llegué sin fósforos y viendo que en su habitación había luz vine a pedirle ese favor." Nos presentamos, y en breve nos sentimos próximos, entablando relaciones más estrechas. Abelardo Leyva, mi reciente conocido, era poeta y revolucionario. Como poeta, tenía la más sincera admiración por la belleza de las niñas y señoras de Botafogo. No faltaba a las regatas, a las kermesses, a las tómbolas, a todos los lugares en que ellas aparecían en masa; y su musa —una pálida musa, decentemente abotonada en el Castilho y peinada delante de los espejos de B. Lopes y Macedo Papança— casi diariamente le cantaba a la belleza *olímpica y lirial*. Como revolucionario, se decía socialista adelantado, apoyándose en las prédicas y folletos del señor Teixeira Mendes, y leyendo también formidables folletos de tapa roja, y era secretario del Centro de Resistencia de los Barrenderos de la Calle. Vivía pobremente, padeciendo miserias y leyendo, entre dos comidas alejadas, sus obras predilectas y llenando la ciudad con sus anchos pasos de hombre de grandes piernas.

Después de nuestras relaciones, era frecuente que paseáramos juntos. Salíamos a las diez, tomábamos café y caminábamos hasta las tres o cuatro de la tarde. A esa hora nos separábamos obedeciendo a una convención tácita. Se trataba de cenar, y cada uno de nosotros se las arreglaba como podía. Por la tarde nos encontrábamos, yendo a conversar a un café con algunos otros amigos de él, en su mayoría desprovistos de dinero, con magros y humildes empleos, pretendiendo dar vuelta la cara del mundo para poder tener almuerzo y cena diariamente. Leyva era el jefe, era la inteligencia del grupo, pues además de poeta había hecho todo el preparatorio para el curso de dentista. A mí me gustaba notar la adoración por la violencia que sus almas pacíficas tenían, y la facilidad con que explicaban todo y presentaban soluciones. Aunque menor que él, varias veces llegué a sonreír de sus entusiasmos. Creo que no les faltaba inteligencia, y tampoco sinceridad; lo que no encontraban era una suma de necesidades a las que respondieran y sobre las que apoyasen sus furiosas declamaciones. Reaccionaban contra su estado particular, tal vez originado más en sus cualidades de carácter que en fallas de temperamento. Todos eran honestos, orgullosos, independientes, y eso no lleva a nadie a la riqueza y a la prosperidad. Leyva era quien más exageraba en los rasgos de carácter común y se encargaba de pintar los sufrimientos de la masa humana. Era un grupo de protestatarios que, detestando la política, se daban aires de trabajar para una obra más significativa, a la cual las periódicas *revoluciones* no servían. Uno u otro acontecimiento venía a darles la ilusión de que eran guías de la opinión. Leyva se jactaba de haber hecho dos *huelgas* y de haber modificado las opiniones del proletariado de Bangú con sus dos conferencias aplaudidas. Los otros, sin su fibra, sus aristas de atrevimiento y su oculta ambición, tal vez más sinceros por eso, se limitaban a hablar y a manifestar sus terribles opiniones en publicaciones poco leídas.

Sin embargo, Leyva me parecía más sincero en su poesía palaciega y de modista que en sus ideas revolucionarias. No lo juzgaba completamente hipócrita; era su situación la que determinaba aquellas opiniones; su fondo era escéptico y enamorado de las comodidades que la riqueza da. Tan pronto cesaran sus dificultades, esas opiniones desaparecerían y entonces surgiría el verdadero Leyva, indiferente a los destinos de la turba, dando una limosna en día de mal humor y preocupado con la arruga nueva en el frac que acababa de venir del sastre.

En el café, en ciertos momentos, casi sin transición, pasaba de las censuras más terribles a recitar versos, llenos de detalles de moda y ardiendo de admiración por las cosas de lujo. Había en eso mucho de su fuerte juventud, para que yo recordara a George Onet. Bien parecido, de rostro bien hecho y nariz clásica y unos bigotes y unos cabellos negros tratados con especial cariño por la mañana y por la tarde, tenía la insignificante belleza de los hombres, tan del agrado de nuestras mujeres. Era un enamorado terrible. En su cuarto, además de la mesa y de algunos volúmenes con que preparaba sus arengas revolucionarias, tenía una cama modernísima, desnuda y huérfana de sábanas y almohadas con fundas, una gran valija llena de camisas, cuellos, puños, corbatas y perfumes. Ganaba noventa mil *réis* en el Centro de Barrenderos, gastaba veinticinco en la habitación y lo que sobraba era más para las cosas de *toilette* que para su alimentación. Frecuentaba los lugares elegantes, o tenidos por tales, y una noche me llevó al Parque Fluminense, adonde encontré a Agostinho Marques, el elegante Agostinho lleno de anillos y alfileres, que no quise reconocer. Desde que nos habíamos encontrado, hacía de eso aproximadamente un mes, nunca más lo había visto; él, sin embargo, me llamó amigablemente. Era el procurador del doctor Leitão Fróis, ganaba un *conto* y tanto por mes y pretendía graduarse en Derecho, necesitando de mí para que le explicara unos trabajos preparatorios. Me dijo eso en el momento en que Leyva se había dejado absorber por una dama elegante de nuestra vecindad. Estábamos sentados a una mesa del bar, y nos servíamos cerveza, invitados por Marques. Cuando Leyva regresó de su preocupación extrarevolucionaria, Agostinho se quejó de los callos:

—No hay zapatero que sirva en Río de Janeiro... Me mandé hacer estas botinas en lo de Martinelli, le pagué cuarenta y cinco mil *réis* ¡y me entregó esta desgracia! Me aprietan como el diablo...

Abelardo tenía opinión un poco diferente sobre los zapateros de la ciudad. Antiguamente, mandaba hacer sus botinas de encargo; sin embargo, últimamente las compraba hechas. Eran extranjeras y mejores...

—¡Pero Martinelli, don Abelardo! —objetó medio indignado el procurador—.El empeine, la horma, todo viene de Europa; aquí solamente son cortadas y armadas...

—Qué va —continuaba Leyva— yo ya tuve botinas de él y conozco todo eso; pero no vale la pena, es un engaño... Mire, usted da treinta y cinco mil *réis* por una Walk-Over o Clark, y queda mejor servido que con él. Y son bonitas... ¡Mírelas!

Mostró el pie durante algunos minutos y los dos continuaron debatiendo el punto, procurando toda suerte de argumentos para defender sus firmes

opiniones sobre la distinción, la comodidad, del calzado comprado hecho o el mandado hacer.

Agostinho Marques, *procurador en los auditorios de esta capital,* llegó a emplear argumentos de naturaleza jurídica; Abelardo Leyva, apóstol del socialismo revolucionario, enemigo de la execrable burguesía, buscó justificativos en los elegantes del mundo *chic* parisiense. Mi reserva sólo les hacía prolongar la discusión; estaban frente a un juez, a quien exponían sus razones con delicadeza y urbanidad.

—Allá va Raúl Gusmão —exclamó Marques.

Me volví un poco. De hecho, él era, e iba del brazo de Oliveira. Vestía un gran frac a cuadros; tenía botinas de charol con los costados de paño y marchaba conversando con el compañero, apretando los ojos y procurando los más sorprendentes gestos que vinieran a aumentar su reputación periodística.

—Es un joven de talento —dijo Marques.

El *carroussel* molía una música banal, perezosa e irritante. Leyva estuvo pensando un instante y dijo:

—Sí, y parece que hace prosperar su talento con prácticas sospechosas.

—¿Es verdad lo que se dice por ahí de él? —indagó a media voz el procurador.

—No sé, nunca vi nada, pero, el domingo, aquí entre nosotros... ¿no es cierto, Caminha?

Hice una señal afirmativa y mi amigo continuó:

—...el domingo lo vimos entrar en un albergue de la calle de Quitanda, con un fusilero naval.

—No lo creo —dijo Leyva—. El hizo constar eso para sacar mejor partido de su talento. El público quiere que todo el talento artístico tenga un poco de vicio; a sus ojos, eso lo aumenta extraordinariamente, le da más valor y hace que el escritor gane más dinero.

—¿Cómo, entonces, entró en aquel albergue? —preguntó Marques.

—Nos había visto, y mediante una propina obligó al soldado a prestarse al papel... Aquello es el genio mismo de la *reclame*...

Alrededor de nosotros, bajo la lluvia menuda del vapor condensado del motor de iluminación, grupos de paseantes se movían de un lado a otro, isócronamente, lentamente, tristemente, como si obedeciesen a una ley inflexible a cuyo imperio no se pudiese huir. Solamente el carnaval quita esa triste gravedad a nuestros paseos. Los jóvenes se exceden, se salen del molde, y las jóvenes y las señoras se abandonan a los impulsos del temperamento. Recuerdo que en uno de los últimos carnavales a que asistí, a las ocho y media de la noche, vi a dos muchachas alejarse un poco hacia el interior de la oficina de *Gazeta de Noticias,* donde asistían al paso de los *cordones,*[1] y desde allá adentro contornearse lascivamente con las exigencias de una *maxixa* tocada por una banda de música que pasaba. Fuera del carnaval, siempre sentí esa misma tristeza en nuestros paseos públicos, teniendo siempre presente la tiranía doméstica y la preocupación por el día siguiente.

[1] *Cordones:* grupos carnavalescos que desfilan en esa fecha.

Los dos continuaban conversando, cuando volví a escucharlos. Habían pasado imprevistamente hacia la reforma social que Leyva anunciaba. Agostinho, que se sentía llegar a hombre rico y considerado, hacía inmensos esfuerzos para contestar a las teorías subversivas de Leyva:

—Pero lo que usted quiere es el desorden, la anarquía, la extinción del orden social...

Y Leyva sonreía un instante, satisfecho de que él viniera al encuentro de su respuesta predilecta.

—¡Pero sí es eso mismo, no quiero otra cosa! ¿A usted le parece justo que esos señores gordos, que andan por ahí gasten en una hora con sus mujeres, con las hijas y con las amantes lo que bastaría para que vivieran familias enteras? ¿Usted no ve que la patria ya no es otra cosa que la explotación por una minoría, ligada entre sí, estrechamente ligada, en virtud de esa misma explotación, y que domina haciendo creer a la masa que trabaja para la felicidad de ella? El público aún no penetró en los misterios de la religión de la patria... ¡Ah! ¡Cuando penetre esos misterios!

Llevado por el calor de la frase Leyva continuó hablando lleno de fuerza, de entusiasmo: "No hay en la naturaleza nada que se parezca a nuestra sociedad gobernada por el Estado... Observe usted que todas las sociedades animales se gobiernan por leyes para las cuales ellas no colaboran, o les son como preexistentes, independientes de su voluntad; y solamente nosotros inventamos ese absurdo de hacer leyes para nosotros mismos; leyes que, en último análisis, no son más que la expresión de la voluntad, de los caprichos, de los intereses de una minoría insignificante... En nuestro cuerpo hay una multitud de organismos, todos ellos interdependientes, pero que viven autónomos sin ser propiamente gobernados por ninguno, y el equilibrio se hace por eso mismo... El sistema solar... En la naturaleza, todo el equilibrio se obtiene por la acción libre de cada una de las fuerzas particulares...".

Agostinho necesitaba conseguir hacer una objeción, pero el conocimiento de las nociones que Leyva ponía en juego estaba completamente fuera de su actividad mental. El apóstol-poeta, sintiendo la debilidad del adversario, exultó y lanzando una mirada en torno, exclamó victoriosamente:

—¡Yo quiero la confusión general, para que el orden natural surja triunfante y victorioso!

Lanzó una larga y tierna mirada hacia la linda burguesa de la vecindad y bebió voluptuosamente un gran trago de cerveza. Yo creo que si la nueva era dependiese de su brazo, él no arrojaría la bomba para no asustar a las niñas lindas y delicadas.

Leyva fue mi iniciador en Río de Janeiro. Me dio relaciones, me enseñó las maneras, el caló de la bohemia, me llevó a los lugares curiosos y consagrados. Con él fui al Apostolado Positivista a escuchar a Teixeira Mendes. Un gran matemático, me dijo; la primera cabeza del Brasil, una inteligencia enciclopédica, una erudición segura y, sobre todo, ¡un gran carácter y todo un corazón!

Un domingo, en el que habíamos salido del Apostolado, veníamos descendiendo pachorrientamente el muelle de la Gloria, conversando.

Leyva había venido por la calle Benjamin Constant abajo, alabando la

elocuencia del venerable Mendes, su virtud, su sobriedad, contándome con lujo de detalles la paliza que él le había dado a Bertrand, de la Academia Francesa, en un tema de matemáticas. Yo lo escuchaba sin coraje para contestar, aunque no compartía sus creencias. No era la primera vez que iba al Apostolado, pero cuando veía al vice-director salir rápidamente por detrás de un retablo, en el oratorio de la capilla, al son de una campanilla ronca, ajustándose la batina y con aquel lazo verde en el brazo, sentía deseos de reír a carcajadas. Por otra parte, me asombraba la firmeza con que él anunciaba la felicidad contenida en el positivismo y la simplicidad de los medios necesarios para su victoria: bastaba tal medida, bastaba tal otra, y todo aquel rígido sistema de reglas, abarcando todas las manifestaciones de la vida colectiva e individual, pasaría a gobernar, a modificar costumbres, hábitos y tradiciones. Explicaba el catecismo. Abría el libro, leía un trecho y procuraba el camino para alusiones a cuestiones actuales, repitiendo fórmulas para obtener un buen gobierno que tendiese a preparar la era normal, el advenimiento final de la Religión de la Humanidad. A mí me parecía toda esa disertación tan intelectual, tan vacía de comunicación, tan incapaz de levantar dentro de mí la devoción, el altruismo, el *esfuerzo sobre mí mismo a favor de los otros,* como decía el apóstol, que me quedaba a indagar hasta qué punto el auditorio respetuoso estaba convencido, y hasta qué punto fingía convicción.

Había trechos en que él insistía con particular agrado. Veíase que en ello reposaba la conversión de los espíritus. Nunca olvidé que él amaba repetir que la física, la química, la biología, la sociología, todas las ciencias y todo el esfuerzo humano de cualquier orden se habían preparado lentamente y tendían a la religión de la humanidad; ella era como la coronación, la cúpula del edificio del pensamiento y de los grandes sentimientos de la humanidad. Citaba trechos de grandes poetas en ese sentido, y procuraba datos históricos. Cuando se ofrecía la ocasión, esbozaba el orden futuro, cotejándolo con el presente. El médico, el profesor y el sacerdote estarían juntos en un mismo hombre, cuyos servicios serían gratuitos; todos ejercerían un oficio manual y los capitales, acumulados en pocas manos, serían empleados en beneficio social. ¿A cuántas necesidades presentes de aquel auditorio no daría remedio la promesa de aquella sociedad por venir? Los hombres sienten amor por la utopía cuando está condensada en fórmulas de felicidad; y aquellos militares, funcionarios, estudiantes, encontraban en aquellas afirmaciones repetidas con tanta seguridad, y cuya verdad no trataban de examinar, un alimento para su hambre de felicidad de la especie y un consuelo para sus malos días presentes.

Por el camino escuché repetir las palabras del Maestro y apoyarse en ellas para criticar actos de gobierno, proyectos de la Cámara; ese vivero de bachilleres ignorantes que no saben matemáticas.

Observé que mi propio amigo Leyva partía también de esa creencia pitagórica de las virtudes de la matemática para condenar y criticar al gobierno y a los gobernantes; sin embargo, más allá de aquellas explicaciones filosóficas de Teixeira Mendes, él sabía muy poco más de las cuatro operaciones en la ciencia divina.

—Mira tú —me decía— ¿quién en el Brasil tiene conocimientos más seguros que Teixeira Mendes? —y agregaba—: ¿Cómo se puede creer que en nuestra época científico-industrial un hombre que no conoce cómo se fabrican las tuberías del agua, las propiedades del hierro y su tratamiento industrial, las teorías hidráulicas, podrá aquilatar y dirigir los servicios de una ciudad moderna, cuya primera necesidad es un seguro y vasto abastecimiento de agua?

A Leyva le gustaba hablar; y cuando la materia le agradaba, el cansancio difícilmente venía. A mí me gustaba mucho escucharlo pues tenía una bella voz, acariciante y de agradable timbre, que vibraba musicalmente al apasionarse. Continuó:

—Antiguamente, todos los gobernantes tenían un conocimiento del saber de su época, o por lo menos estaban enterados; solamente con la necesidad del establecimiento de nuevas ciencias —lo que trajo la especialización en ellas— abandonaron tan saludable regla. Hoy, empero, gracias al sobrehumano cerebro de Comte —el mayor, quizá, después de Aristóteles— el saber volvió a la unidad útil y moral de los otros tiempos. La síntesis fue hecha y los estadistas verdaderamente dignos, servidores prácticos de la humanidad, podrán encontrar en ella un seguro faro para guiarlos.

No me animé a preguntarle si la síntesis de que hablaba también contenía el tema del abastecimiento del agua. Sentí la sinceridad momentánea de sus palabras, dichas hasta con cierto entusiasmo; y cuando alguien me habla de ese modo, me siento henchido de respeto y de amistad. Veníamos bajando por la calle y así continuamos un instante, en silencio. Hubo un momento en que, casi sin reflexionar, le pregunté a Leyva:

—¿Cómo eres tú al mismo tiempo anarquista y positivista, una doctrina de orden, de sumisión, y esperas la victoria por el resultado fatal de las leyes sociológicas?

—¡Caramba! Lo que yo quiero es una confusión general, la destrucción completa de este orden inicuo, para entonces... Mendes es simple, es bueno, piensa que esto va como él quiere; pero es necesario... Mira, el cristianismo...

Miré por un instante la seda azul del mar levemente arrugada y sorbí un poco de la brisa que soplaba del puerto; después la perdimos de vista y la brisa dejó de azotarnos con fuerza, y fuimos descendiendo por la calle da Lapa, transitada, flanqueada de edificios, de donde se colgaban mujeres públicas en *peignoir*, como descoloridas orquídeas de millonario europeo, cuyo brillo natural les ha sido quitado por el ambiente de estufa, o nunca lo tuvieron. Nosotros las miramos con un poco de nuestra juventud y con un poco de las preocupaciones que traíamos; y caminamos hacia el Paseo Público, adonde iríamos a olvidar que no cenábamos, mirando los grupos humanos resignados que aprovechaban el domingo.

Una banda de música llenaba el jardín con sus estridentes compases. En las proximidades del coro, Leyva había encontrado a un conocido con quien se quedó conversando. Yo no me detuve; avancé lentamente hacia la terraza que se recuesta sobre el mar. Mi compañero vino a conversar conmigo media hora después, acompañado por otro muchacho. Nos presentó. Por un ins-

tante contemplé la angustiada cabeza del desconocido, su aire orgulloso, todo él erguido y alto, ligeramente inclinado como una obstinada caña que no puede erguirse completamente después de muchas tempestades soportadas.

—Plínio, amigo Caminha —me dijo Leyva—, me venía contando lo siguiente: hace días, Florencio ¿lo conoces? —Hice señal de que no, y él insistió—: Florencio, el que redacta la sección de *O Jornal do Rio*; lo conoces, ¿no? Pues bien, Florencio entró en la "Portier" y se puso a leer un libro. De cuando en cuando cambiaba de lugar, aproximándose a la puerta. Así pasó más de una hora. Sin embargo, él no había reparado en que los empleados lo vigilaban. En un momento dado, metió el folleto debajo del saco y se encaminó hacia la puerta. Los empleados le cortaron el paso intimándole a entregar la obra. Florencio se atragantó, y dispuesto a pagar, el dinero cae y...

—¿Pagó? —le pregunté.

—Pagó, sí —se apresuró a responder Plínio de Andrade—; pero uno de los empleados de la librería le dijo insolentemente: "Usted paga este libro sobre Grecia, que quería llevarse ahora, y también la novela francesa que se llevó anteayer...". ¡La prensa! ¡Qué banda! Sepan ustedes que si Barbarroja resucitara, ahora, con nuestros veloces cruceros y formidables acorazados, sólo podría dar plena expansión a su actividad si se hiciera periodista. Nada hay tan parecido a un pirata antiguo como un periodista moderno: la misma debilidad de medios, servida por un coraje de salteador; conocimientos elementales del instrumento de que echan mano y una mirada segura, una adivinación, un faro para encontrar la presa y una insensibilidad, una ausencia de sentido moral a toda prueba... Y así dominan todo, aterran, hacen que todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva dependa de su asentimiento y de su aprobación... Todos nosotros tenemos que someternos a ellos, adulándolos, llamándolos genios, aunque íntimamente los sintamos ignorantes, tontos, inmorales y bestias... Solamente se es geómetra con su *placet,* sólo se es pedicuro con su información, y si el sol nace, es porque ellos afirman tal cosa... ¡Y cómo aprovechan ellos ese poder que les da la fatal estupidez de las multitudes! Hacen de imbéciles genios, y de genios imbéciles; trabajan para la selección de las mediocridades, de modo que...

—Tú exageras —objetó Leyva—. El periódico ha prestado servicios.

—Ciertamente... no lo niego... pero cuando era manifestación individual, cuando no era algo que daba ganancias; hoy, es la más tiránica manifestación del capitalismo y la más terrible también... Es un poder vago, sutil, impersonal, solamente pocas inteligencias pueden pesar su fuerza ¡y la esencial ausencia de la más elemental moralidad, de los más rudimentarios sentimientos de justicia y honestidad! Son grandes empresas, propiedad de venturosos dueños, destinadas a darles dominio sobre las masas cuyo lenguaje hablan, y a cuya inferioridad mental van al encuentro, conduciendo a los gobiernos, los caracteres, hacia sus deseos inferiores, sus atroces lucros burgueses... No es fácil para un individuo cualquiera, pobre, lleno de grandes ideas, fundar uno que los combata... Se necesita dinero; por lo tanto, son necesarios capitalistas que determinen e impongan lo que se debe hacer en un periódico... Vean

ustedes: antiguamente, entre nosotros, un diario era de Ferreira de Araújo, de José Patrocínio, de Fulano, de Mengano... Hoy, ¿de quiénes son? *La Gazeta* es de Gaffrée, *El País* del Vizconde de Morais o de Sampaio, y así en todos los casos. Y por detrás de ella están los extranjeros, si no enemigos nuestros, por lo menos casi siempre indiferentes a nuestras aspiraciones...

Andrade acabó de hablar y se sacó el sombrero un momento. Le vi el cabello crespo, lanudo y revuelto, y toda su cabeza, grande, angustiada e inteligente asomó ante mis ojos con una gran expresión de rebeldía. Colándose a través de los árboles, un chorro de luz vino a caer de lleno, y me pareció más bella al quedar inundada por aquella luz de oro. Sentándose, su aire ya era otro, manso, pasivo, y su voz, antes tan enérgica, pasó a ser suave, perezosa, y tomó un aire distraído hasta despedirse. Fuimos a cenar con el dinero que él le dio a Leyva, y por éste supe algunas cosas de su vida pasada. Había sido estudiante de medicina en Bahía, y frecuentaba el segundo año cuando un estudiante más antiguo le dijo: "¡Toma esto, novato!". Andrade lo miró lentamente y le volvió la espalda. El veterano se exacerbó con su mirada, quiso obligarlo a obedecer, empleando la fuerza; y, como era más fuerte, Plínio bruscamente tomó de encima de la mesa un raspador, clavándolo varias veces en el colega, hasta matarlo. Actualmente, vivía enseñando Historia Natural en los colegios y publicando panfletos en los que su irritación congestionaba la indignada frase. Era odiado, y le gustaba serlo.

Ese domingo fue uno de los últimos que pasé con relativa satisfacción. Me invadía una indiferencia, una atonía, que me hacía vivir sin decidirme a intentar el menor paso para salir de la situación en que me encontraba. Medía las dificultades, los óbices, los tropiezos, y me parecían inicuos pero superiores a mis fuerzas. Me había abandonado a una miseria que la protección de Agostinho Marques impedía llegase a ser declarada. Me había convertido en su profesor y secretario; pero le era difícil darme el sueldo que me había prometido. Hacía para él solicitudes, cartas de amor, le enseñaba los prolegómenos de algunos preparatorios; pero su pobreza intelectual y su bellaquería resistían particularmente la entrada en su cabeza de la menor noción. Nunca llegó a comprender los teoremas de divisibilidad y su memoria no guardaba las reglas del plural francés. Poco después, desistió de las lecciones y me disminuyó el sueldo, que anteriormente era de cuarenta mil *réis*, dado a los tirones. Sin embargo, cada día se preocupaba más por su vestimenta, hacía amigos entre la gente importante, los rodeaba, tenía un halago y una sonrisa para cada uno de ellos.

En un día de abandono en que llegué de mañana a su casa, pidiéndole diez tostones,[1] me contó que la víspera había estado en una gran *esbornia*. Sus compañeros habían sido el diputado S., líder del gobierno, y el doctor H.; el primero fue más tarde ministro, y el segundo aún es *desembargador*[2] de la Corte de Apelaciones.

Marques prefería que yo le pidiera dinero antes que poner a prueba su

[1] *Tostones:* centavos.

[2] *Desembargador:* antigua designación del juez de apelación; magistrado del Tribunal Superior de Justicia.

prestigio ante sus poderosos amigos, solicitando un puesto para mí. Una vez que le hablé al respecto, se esforzó por mostrarme que era imposible mientras sus amigos estuviesen por debajo. Mientras él estuvo en Río, me dio ropa; tuve con qué pagar la habitación, y dinero para comer con intervalos de cuarenta y ocho horas. Cierto día, sin embargo, me dijo que se iba a un estado del Norte, para tratar ciertos negocios, demorándose por allá dos o tres meses. Fue una gran época de hambre y de sufrimientos en mi vida. Leyva era incapaz del menor obsequio; nada le hacía retirar un centavo del dinero destinado a sus perfumes y sus ropas. Vendí las mejores que poseía, vendí todo lo que tenía algún valor, y cuando ya no tenía nada más para vender, pasé días enteros sin tomar ni un café. Por ahí llegaba una ocasión en que alguien, un casi desconocido, una fisonomía encontrada momentáneamente, me invitaba a cenar; y si no hubiese sido por ellos, quizá habría muerto de inanición, o robado masas en las confiterías. Esperaba respuesta a una carta mía que no tardó en venir. La recibí en "Poste Restante", y apoyado en una columna me puse a leerla. Tío Valentim me decía que allá atravesaban una gran crisis. Mi madre estaba en cama, muy mal, desengañada...

No continué la lectura; dejé caer la mano a lo largo del cuerpo y estuve mirando la calle, sin ver nada. ¡Mi madre se moría! La veía muerta, muy delgada, veía los cirios, el crucifijo, el llanto... Me pasó por los ojos su triste vida, humilde y humillada, siempre arrojada a un rincón como un mueble viejo, sin alegría, sin fortuna, sin amistad y sin amor...

Durante aquellos meses de ausencia yo me había detenido poco en su recuerdo; pero ahora era frecuente, y su figura fluctuaba ante mis ojos: delgada, escuálida, con el cuerpo vencido por los trabajos y teniendo en las mejillas aquellas manchas que parecían de humo enterrado bajo la piel... Yo quise envolver esas recordaciones con lo que había en mí de tierno y también las otras que me vinieron: el regreso del colegio, el abrazo que yo le daba; mi enfermedad, la forma en que ella me daba los remedios... Todo venía apresuradamente desde el fondo de mí mismo, subía un recuerdo expulsando a otro; finalmente todo se entremezcló, se tornó confuso y mis ojos se abrieron en llanto.

—¡Oh, Caminha! ¿Por dónde has andado, muchacho?

Era Gregorovitch Rostoloff. Hablé, le conté mi vida. Sus ojos como cuentas se redondearon de desconfianza; pero después de dos o tres preguntas, de examinar mi ropa, me dijo algunas palabras de consuelo y al despedirme me invitó:

—A la tarde ve a verme a la redacción de *O Globo*.

VIII

ERA UNA SALA pequeña, más larga que ancha, con dos filas paralelas de minúsculas mesas, en las que se sentaban los redactores y reporteros, escribiendo en mangas de camisa. Flotaba en el aire un fuerte olor a tabaco; los picos de gas quemaban bajo y eran muchos.

El espacio era diminuto, corto, y bastaba que un redactor arrastrase un poco la silla para tropezar con la mesa de atrás, o la del vecino. Un tabique separaba el gabinete del director, donde trabajaban el secretario y el jefe de redacción; también de superficie diminuta, pero dos ventanas sobre la calle le daban aire, la desahogaban mucho. Estaba en la redacción de *O Globo*, periódico de gran circulación, diario y matutino, recientemente fundado y que ya tenía gran ascendiente sobre la opinión pública. Hablé a Oliveira, preguntándole por el doctor Gregorovitch. El eminente periodista levantó un poco la mirada sobre el importante escrito (relación de los decretos firmados en el último despacho), y al tropezar con mi fisonomía conocida y humilde, en seguida la bajó mientras entre dientes, trascendentalmente superior, me contestaba: "Todavía no vino". Yo ya no tenía dónde dormir, hacía dos días que no comía, sentía la máxima necesidad de hablar con el ruso. Intimidado con la sequedad de Oliveira, permanecí de pie, dudando si hacerle una segunda pregunta. Medroso y hambriento, me dejé estar así por algunos momentos debajo de aquel techo que abrigaba la falange sagrada que venía combatiendo por los débiles y los oprimidos.

Felizmente, hubo alguien que me hizo sentar y me invitó a esperar. Debajo de las plumas, algunas nerviosas y rápidas, otras calmas y vigorosas, el papel parecía sonar bajo el mayor silencio. Eran poco más de las siete; las personas importantes del diario aún no habían llegado. Lage da Silva, siempre con sus maneras atentas, con aquel aire indescifrable, entró en la redac-

ción, ni siquiera me miró y fue directamente hacia Oliveira. Estuvieron algunos momentos hablando en voz baja, después salió saludando aquí y allá, dejando en el ambiente una gran dosis de simpatía y seducción. Hubo quien dijo cuando salió:

—¿Qué quería esta "águila", Oliveira?

—Nada... Buscaba a Rabelo... —y agregó—: Ustedes son injustos, no es un "águila"... "Aguila" es un realizador de negociados, de arreglos deshonestos; él no. No puede decirse que sea una bribonada en lo que él se metió...

—¿Y los billetes falsos?

—¡Bueno! Nadie está libre de que un canalla pague una deuda con billetes falsos, y que alguien, con entera buena fe, realice pagos con ellos...

—¡Pobre! —se burló otro con un airecito canallesco.

—Finalmente —objetó Oliveira, indignado—, ¿quién es honesto para ti, Menezes? Todos son ladrones, prevaricadores... Líbreme Dios, qué lengua...

La conversación había cesado cuando el director entró en la sala. Era el doctor Ricardo Loberant, un hombre muy alto y muy delgado, anguloso, con un gran bigote de amplias guías, rubio, de un rubio sucio tirando a castaño, y una mirada errante, llena de desconfianza. Era un hombre temido, temido por los fuertes, por la gente más poderosa de Brasil, ministros, senadores, capitalistas; pero en quien, con gran sorpresa, noté una falta de firmeza y de esa seguridad de gestos y miradas que es propia de los vencedores. Había sido una inesperada irrupción la suya. Nadie lo sabía periodista, ni siquiera durante su curso mal preparado había sacrificado a las letras: siempre había sido tenido como *viveur,* gustándole gastar y frecuentar la sociedad de las grandes *cocottes.* Un día, el público de la ciudad escuchó a los italianos gritar *¡O Globo! ¡O Globo!* Los curiosos lo compraron y con indiferencia leyeron arriba el nombre del director: Ricardo Loberant. ¿Quién es? Nadie lo sabía. Pero el diario atraía, tenía gran claridad de lenguaje, un gran atrevimiento, una valiente crítica a los asuntos gubernamentales que, sin saberse si justa, era acerba y parecía severa. A éste le gustó el estilo, el otro lo apreció, y a los ocho días había creado en la multitud focos de contagio para el prestigio de su diario. Comenzaron a venir las informaciones a su respecto. Algunas personas del foro informaron que el doctor Ricardo Loberant era un abogado violento, osado, que tenía por hábito discutir por las solicitadas del *Jornal do Comércio,* con más acidez que lógica, las causas intrincadas que le eran confiadas. Y el diario se impuso. Traía algunas innovaciones: además de la dureza del lenguaje y un franco ataque a los poderosos, afectaba absoluta austeridad e independencia, colaboración con los nombres amados por el público, recordando en este aspecto a los antiguos diarios que nuestra generación no había conocido. Río de Janeiro tenía entonces pocos periódicos, cuatro o cinco, de manera que le era fácil al gobierno y a los poderosos comprarles una opinión favorable. Así subvencionados, la crítica en sus manos era insuficiente y cobarde. Se limitaban a los actos de los pequeños y débiles subalternos de la administración; la aparición de *O Globo* levantó la crítica, la elevó hasta los importantes, al Presidente, a los ministros, a los capita-

listas, a los jueces; y nunca los hubo tan cínicos y tan ladrones. Fue un éxito; los amigos del gobierno al comienzo quedaron estupefactos, atontados, sin saber cómo reaccionar. Respondían débilmente y hubo quien quiso armar el brazo del sicario. La opinión lo salvó, y la ciudad, agitada por la palabra del diario, realizó manifestaciones, pequeños motines y obligó al gobierno a hacer renunciar a ésta o aquella autoridad. Y *O Globo* se vendió, se vendió, se vendió...

Aquel diario, que era su propiedad, también recibía su inspiración. Ninguno de sus redactores tenía una personalidad suficientemente fuerte como para resistir el ascendiente de la suya. Mediocres de carácter y de inteligencia, aunque algunos fueran más ilustrados que él, la acción de ellos en el diario recibía el impulso del doctor Ricardo Loberant, el sello de su pasión dominante, su característica; y ésta era, a despecho de su débil capacidad intelectual, la resistencia que su cerebro ofrecía al trabajo mental continuo, de manera que no le permitía llegar a las altas posiciones por el prestigio del talento y del estudio, de la misma manera que no le dejaba su gran orgullo llegar de otra manera más general y más fácil. Con una gran sed de dominio y grandes apetitos de mujeres y placeres, pero sin talento, sin pertinacia ni paciencia, para alcanzar la fortuna y los grandes cargos, consciente de esas faltas, el doctor Loberant tenía ahí un depósito inagotable de emociones siempre espoleándolo, excitándolo lo bastante fuerte como para marcar su persona y sus actos. Por otra parte, su disgusto y su falta de respeto podían cebarse en la mediocridad de la inteligencia y la general deshonestidad de los que gobernaban y dominaban; bastaba cerrar los ojos y extender la mano. Decían que los primeros artículos no habían sido escritos por él, pero seguramente debieron ser inspirados por él; fue su pasión contagiosa la que los dictó al amigo complaciente que los escribió. Durante los cinco años que estuve en la redacción, sentí que su estado de alma *pesaba*, se extendía a los amigos y subalternos, tanto, que en sus ausencias el diario no perdía el tono y los artículos parecían haber sido revisados por él en la víspera, y haber salido de la fuente inagotable de disgustos, despecho y rencor. Sin embargo, fuera del momento, fuera del minuto en que se ponían a escribir y sentían la presencia de *O Globo* frente a los ojos, aquellos redactores eran la gente más satisfecha de esta vida, satisfecha consigo, con la posición que tenían y con la sociedad que los rodeaba.

El doctor Ricardo Loberant entró fumando con fuerza, seguido por Pacheco Rabelo (Aires d'Avila), jefe de redacción del diario, la segunda cabeza de la casa. Era un hombre gordo que se movía por la sala con la dificultad de un buey que arrastra la reja enterrada del arado. Había en su marcha un gran esfuerzo de tracción y un monóculo petulante en el rostro inmóvil no le disminuía el peso de la figura. Los dos penetraron en la redacción poniendo en la sala una inexplicable atmósfera de terror. Por los largos años que estuve en la redacción de *O Globo,* pude verificar que el respeto, la sumisión, de los subalternos al director de un diario sólo debe tener equivalente en la administración turca. Es de santo lo que él hace, y es de sabio lo que él dice. Nadie más sabio y más poderoso que él sobre la tierra. Todos sienten por él un santo terror y miedo de perder su gracia, lo que se da desde el orde-

nanza hasta el redactor más competente en literatura y asuntos internacionales.

Pasando por entre las mesas, tal era la concentración de los rostros y el aire aterrado de aquellos hombres tan arrogantes allá afuera, tan sublimes en la calle, que yo pensé que se iban a arrojar al suelo para ser pisados por aquel nuevo dios, ofreciéndome allí un espectáculo de la India mítica.

Ricardo Loberant y Aires d'Avila entraron en el gabinete donde estaba Leporace. El director arrojó el sombrero, descansó el bastón en un rincón, se sentó al *bureau-ministre* y gritó bien alto:

—Señor Leporace, ¿cómo es que ha dejado publicar esta porquería (señaló el diario) en la primera página?

Leporace era el secretario, arrogante como todo periodista, a pesar de ser pura creación de Loberant. Graduado, sin empleo, sin fortuna, sin *pistolões*[1] vino a encontrarse con el doctor Ricardo. A Laborant le gustó su sumisión, el aire respetuoso con que era tratado por el joven, aquella especie de admiración muda por su genio que nadie sentía, y comenzó a interesarse por él, dándole sociedad en la banca, consiguiéndole el interés. Con él comenzó precisamente para apoyar su persona, después tuvo pena de su cobardía, de su ineptitud para trepar, y acabó queriéndolo enteramente. Cuando fundó el diario lo trajo como redactor. Leporace fue aprendiendo con los otros el oficio y acabó siendo secretario, cúspide en literatura y periodismo, árbitro del mérito, distribuidor de genios y talentos; ¡él, que nunca había tenido el más mínimo gusto, la menor inclinación por esas cosas, y que había pasado su infancia y sus dos mocedades luchando con compendios y dando exámenes como todo el mundo! Hoy, es casi una celebridad y pasea en automóvil por las calles asfaltadas de Río de Janeiro, llevando a su lado a la mujer y a los pimpollos.

El grito de Loberant hizo estremecer la naturaleza gelatinosa de Leporace. Se levantó, fue hasta la mesa del director, le habló ceceando, disculpándose y dando explicaciones. En la sala, escuchamos todos, y el autor de la *porquería,* Adelermo Caxias, recibió aquella injuria sin el más leve movimiento de rebelión, resignadamente, con una resignación difícil de esperar en un escritor de su talento, una gran esperanza de las generaciones nuevas.

Yo estaba allí hacía más de media hora. Después de la brusca reprimenda del director, el silencio se hizo de nuevo, y los redactores continuaron escribiendo, yendo alguno, de vez en cuando, a consultar a otro tímidamente y en voz baja, o a buscar una colección de diarios distante.

La presencia del director en la sala contigua era sentida por el ruido constante del papel rasgado; parecía que escribía tiras para rasgarlas en seguida de estar escritas por la mitad. Desde mi lugar, veía la punta de los hombros, y el cuerpo entero de Aires d'Avila. El juego de luces proyectaba fantásticamente a este último en la pared de enfrente. Su rostro alargábase desmedidamente y el cráneo disminuía; el maxilar inferior avanzaba mucho, la nariz quedaba pegada al superior y venía a terminar con él; todo tomaba una posición oblicua, como si fuese una inmensa cabeza de cerdo. Escribía, ora con

[1] *Pistolões:* cuña; persona poderosa que protege y recomienda.

monóculo, ora sin él; y fumaba con la satisfacción de un turco que reposa de la comida para fatigarse luego en el harén. En un momento dado, el doctor Ricardo se irguió impetuosamente y surgió en la sala como un vendaval. Gritó:

—Ya les dije a ustedes que esto no es una escalera para que nadie suba... ¡Es un escándalo! ¡Todo el día elogios, adjetivos llenando el... de esos indecentes! Ya dije que *eminente* aquí es solamente *José Bonifácio*. ¡Ea! ¿Y quién es ese tal Ruskin que murió?

Nadie se animó a responder y él continuó en su primer tono:

—Un literato cualquiera, un contador de patrañas... No quiero que se llame a nadie más "eminente" en las columnas de mi diario, sino a José Bonifácio. ¡Sépanlo de una vez por todas!

El doctor Gregorovitch no había llegado y también yo comencé a ser invadido por aquella atmósfera de terror. El director había vuelto a su gabinete y continuó rompiendo papeles. Cierta vez se levantó, fue hasta la ventana y, al regresar, pude ver su maxilar prominente y cuadrado y el aire terrible que tenía su fisonomía bañada por la torva luz que se desprendía de su mirada. Entonces, me admiré de que aquel hombre, bajo cuyo nombre aparecían tan formidables ataques a nuestros problemáticos tiranos fuese él mismo, en la administración de su diario, un tirano mal educado y feroz. El parecía no encontrar sosiego: se sentaba, levantándose, iba hasta la ventana; por fin salió estrepitosamente. Al llegar a la puerta que daba al corredor, volvió y gritó al azar:

—¿Gregorovitch ya vino?

A un mismo tiempo casi, todos respondieron prestamente:

—Todavía no, doctor.

—Bien —contestó el doctor Ricardo—. Cuando él llegue díganle que escriba un artículo sobre el empréstito de la Prefectura... ¡Es necesario no dar descanso a esos inescrupulosos! Allá, encima de mi mesa —agrego luego—, está el comienzo de mi artículo, que él lo continúe...

Leporace vino hasta la puerta a recibir las recomendaciones, aunque Loberant no se había dirigido a él en particular. En cuanto el director salió, corrió hasta su escritorio para tomar los preciosos escritos. Los vi. Eran tres delgadas tiras de papel llenas de enmiendas y con algunas frases en grandes letras. Sintiéndolo lejos, sus auxiliares volvieron a conversar.

—Está con los pájaros volados —dijo Menezes—. Todavía no habías visto esto, ¿eh, Adelermo? Aquí es así...

—Me admira que recién ahora haya visto que era una porquería... Por la mañana no dijo nada.

—No es de admirar —dijo otro—. La mujer sólo le habla de las cosas del diario a la hora de cenar, y él se guía mucho por la opinión de ella.

Adelermo encendió un cigarrillo, lanzó una bocanada callado; después, impregnado de tristeza, dijo lentamente que era triste que sus trabajos tuviesen que estar sujetos al *veredictum* de una niña de las Hermanas de Caridad. Los otros no le dijeron nada y él encendió de nuevo el cigarrillo, se puso a mirar a lo lejos con tristeza, pero cuando volvió a trabajar su fisonomía sonreía de orgullo interior. Oliveira intervino:

—Eres injusto con doña Inés, Adelermo... No es, como tú dices, una simple niña de las Hermanas... Es una señora ilustrada; habla francés, monta a caballo y... El otro día vi una carta de ella... ¡Qué letra y qué ortografía! Imagina que eran solamente términos de medicina... terapéutica... psicología... botánica..., agapanto... ¡No es juego! ¡Y todos correctos! Yo fui a ver el diccionario...

En el escritorio, el gordo jefe de redacción continuaba escribiendo, fingiendo no prestar atención a la conversación. Su cigarro estaba por la mitad y era aspirado con el vigor de una bomba poderosa. Al terminar de escribir, leyó el artículo lentamente, se levantó y vino hasta el umbral del tabique.

—¿Estás enojado con el doctor Ricardo, Adelermo?

—No, doctor, pero...

—Ustedes son irascibles... Es la edad... Si no se pasa por ciertas cosas, no se progresa, no... Miren: yo, en seguida de salir de la Academia (!), fui a trabajar con mi padre en el *Diario Fluminense*. Una noche escribí un artículo que juzgaba pasable. Pues bien: el viejo era testarudo, vino hasta la sala de redacción y lo rompió todito en mi cara y a la vista de un montón de gente...

Dejó de hablar, lanzó humo de su cigarro y después de fruncir la cara para mantener el monóculo en su lugar, preguntó victoriosamente:

—Y ahora ¿no estoy aquí?

—Ya sé, doctor —dijo Adelermo—; pero...

—Ustedes no encontrarán otro patrón como el doctor Ricardo —continuó Aires d'Avila, sin molestarse con Adelermo—. Vean (por ahí lanzó un eructo, producto de la sabrosa comida). ¡Vean lo que hizo con Sánchez! Es eso... Hay pocos con su generosidad y grandeza de alma... ¡Es un hidalgo, un manoabierta!

Oliveira confirmó las aseveraciones del pachorriento redactor, agregando:

—Además, vean quiénes son los que hablan mal de él... Son esos ladrones, esos rufianes, gente sin moral que quiere hacer carrera...

—Yo digo eso siempre de los que juzgan mal —dijo alguien—. Todavía ayer, conversando con Andrade, tuve ocasión de...

—¿Tú tienes relaciones con Andrade? —indagó Oliveira.

—Sí. Es un buen muchacho, medio...

—¡Qué va! —exclamó Oliveira—. ¡Es una bestia!

—No es así, Oliveira; es un joven que escribe...

—¡Qué va! Quiero ver a esos literatos escribir dos columnas sobre un incendio, aquí, duro... El propio Rui...

Aires d'Avila, prudentemente interrumpió la crítica de Oliveira. No era tanto en obediencia a su admiración por el *famoso abogado*;[1] con certeza era por el respeto que le inspiraba su posición política. Interrumpió, preguntando:

—¿Quién es ese Andrade?

La amistad subalterna de Oliveira esperaba esa pregunta para estallar en aras de su dedicación al doctor Loberant.

[1] Se refiere a Rui Barbosa, famoso abogado, prócer civil, escritor y gran orador.

—¡Es un tarado, una bestia!

El paquidermo se colocó el monóculo y dijo con toda gravedad:

—¡Ah, ya sé! ¡Un *hableur*! Gente que confunde el brillo con la inteligencia... Débiles inteligencias... Débiles inteligencias a las que la mocedad da un brillo fugaz...

Y el monstruoso redactor desandó su camino diciendo burradas. Yo estaba allí, con el cuello sucio de mi camisa, hambriento, pero tuve un impulso de discutir y partirles la cara a los idiotas que lo escuchaban. Entre ellos, había algunos a los que les cabía bien la censura, pero que se callaron cobardemente. Quería preguntarle si aquellos artículos suyos *acacianos*,[1] oliendo todavía mucho a encuadernación francesa de dos mil quinientos se podían poner a la par de los trabajos de Tito Livio, de *Tobías Barreto* ¡quería preguntarle si su genialidad en los articuletes sería capaz de aparecer si hubiese nacido en las condiciones desfavorables de *Caldas, Barbosa,* de *José Maurício,* de *Silva Alvarenga* y otros!

Y no sé qué movimiento hice en la silla, tragando la voluntad de hablar, que el *megatherium* notó, preguntándome:

—¿Qué desea usted?

—Hablar con el doctor Gregorovitch.

—Oliveira, ¿cuándo viene Gregorovitch?

—A las ocho.

—Va a tener mucho que esperar, hijo —me dijo con dulzura—. Recién son las siete y cuarto

—Esperaré —dije yo.

Ellos volvieron a conversar sobre otro asunto, cesando inmediatamente cuando se escucharon pasos en la escalera. Se esperaba que fuera el doctor Loberant, pero entró el fino, el elegante, el diplomático, el suave Frederico Lourenço do Couto, con su linda barba perfumada y su gran mentón erguido y arrojado hacia adelante como una trompa de acorazado. Venía todo perfumado, la mirada brillante, despidiendo esencias, con la pechera de la camisa luciendo inmaculada y un gran botón de coral en el centro, rodeado de brillantes. Traía el sobretodo debajo del brazo y entró pisando fuerte, dando amables buenas-noches. Llegué a conocerlo mejor y mi antipatía no disminuyó; sin embargo, hoy, al recordar con qué sombría energía puso fin a su desesperación, al ver delante de mis ojos la imagen de su cadáver con aquella débil cabecita destrozada por una bala, siento una gran, inmensa pena y lamento que mi total ignorancia de las cosas de la Iglesia no me permita rezar una oración en favor de su alma. Era "Floc", el pseudónimo con que firmaba sus artículos, artículos de tres cuartillas, ligeros y originales, en los que en su mayor parte contaba una linda anécdota literaria donde asentaba sus sustanciosas opiniones.

En la redacción era conocido y respetado como entendido en literatura y cosas internacionales. El y Lôbo, el consultor gramatical, eran las dos altas cumbres de la intelectualidad de *O Globo*. Eran los intelectuales, los desin-

[1] *Acaciano:* relativo al consejero Acacio, personaje creado por el escritor portugués Eça de Queiroz.

teresados, quedaban fuera de la acción ordinaria de aquel ejército. Nunca se metían en las polémicas, no buscaban escándalos, no escribían alusiones. Eran los estandartes; las águilas... Gregorovitch era la artillería. Con su estilo desordenado y su violencia injuriosa, abría brechas en las líneas adversarias y las destruía de lejos. Extranjero, sin saber nada de nuestra historia, ni por el estudio ni por sentirla por la educación y por la sangre, su crítica y su ataque tenían una violencia desmedida. No ahorraba, no disculpaba, no sentía hasta qué punto el hombre era culpable, hasta qué punto la marcha de las cosas hacía al hombre culpado. Ligeramente envuelto en las causas de la política del momento, sólo veía delante de sí un aspecto del hecho, no sentía inconscientemente aquellos otros que se ligaban con el pasado que él no conocía, ni esos otros que el futuro presentido condicionaba. Un brasileño, educado y criado en medio de las tradiciones, de los usos, de los hábitos, de las cualidades, de los defectos de su medio, no tendría la violencia de su lenguaje, su fuerza de crítica, la brutalidad de su ataque.

El encontraría en su educación y en sus costumbres disculpas para las faltas de los otros, que sentía también ser suyas. Gregorovitch, que además de extranjero no tenía patria seguramente, era incapaz de establecer relaciones, explicaciones, sólo veía faltas, errores, donde había simplemente efectos, resultados, y arrojábase con toda la violencia de su temperamento de aventurero y *condottiero* de la pluma contra aquel reino de incas, de aztecas, que él no comprendía. Además de él, estaban Losque y Lara, hombres de espíritu, humoristas, especie de caballería viva en el ataque y capaz todavía de dejar flechas mortales en la retirada. El resto de la infantería, el grueso del ejército, del cual hacían parte Oliveira, admirando al director como a un dios y suponiéndose extraordinario en su oficio de reportero; el resignado Menezes, indulgente criatura que en aquel ambiente de fatuidad e ignorancia, era el único simple y el único que estudiaba; Rolim, el elegante Rolim, vigorosamente analfabeto, pero lindo como Narciso; Costa Barros, el agente de anuncios que, no contando con tragar abultadas comisiones por la publicación de ellos, aún tenía una vanidad que pedía la ilusión de pasar por "hombre de pluma" en las *partidas* de clubes danzantes y en otras festividades, donde iba siempre a representar al diario y a ejercer la elocuencia, respondiendo a los brindis hechos por el diario, asoserado por el "Orador Popular"; y, además, de éstos, ¿cuántos más?

Muchos. Pero hay dos colaboradores que, en todo el diario, deben merecer observaciones especiales y estudio aparte. Son ellos: el charadista y el cronista deportivo.

De estos dos auxiliares de los diarios no sé cuál es más interesante y curioso, aunque distintos. El charadista vive siempre pobre y mal vestido; el entendido en cosas de caballos, atildado en el vestir, siempre con dinero, joyas, anillos, a pesar de los exiguos pagos que recibe.

Los reporteros y redactores tienen por este último un desprecio mal disimulado, y no lo consideran periodista. Lo admiten como un aficionado, un curioso, un adorno inútil, así como una filigrana en vaso destinado a menesteres útiles o un remate caprichoso en un mueble indispensable.

Ellos mismos así se consideran y admiten tácitamente la opinión de los

periodistas, pues forman sociedades aparte y prefieren la convivencia de los colegas de los diarios, el comercio de propietarios de animales de carreras, de pasadores de juego, de entrenadores, de jockeys, de sujetos de *book-maker,* en fin, de esos hombres de *stud* y adyacencias que, con un poco más de ferocidad y sangre recuerdan, por su insignificancia e inutilidad, y al mismo tiempo por la importancia que se adjudican y la estima en que son tenidos, los retiarios, los mirmilones, los bestiarios y otras especies de gladiadores antiguos y su necesario cortejo.

No hay nada más molesto que la crónica de una carrera de caballos. Quien lee una, lee todas. Exceptuando los datos del momento, son escritas con los mismos verbos, los mismos adjetivos, los mismos adverbios.

Hasta el tono homérico con que son escritas contribuye a esa monotonía.

En su soplo épico siempre existe la apelación para "la contra", que se repite siempre que se habla de tal o cual caballo.

Los cronistas siempre los tienen listos en la memoria, y no se olvidan de colocarla en seguida que se refieren a determinado y cierto caballo.

Si tratan de "Rayon d'Or", por ejemplo, inmediatamente el analista de los prados deja gotear la pluma y encaja, entre comas, bien al lado del nombre del caballo: *el valiente hijo de "Bayard" y "Nenive"*; si va a decir algo de una yegua llamada "Maracanã", no olvida nunca de escribir como refuerzo al nombre de la bestia: *la victoriosa pensionista del stud S. Francisco.*

El énfasis les es imprescindible para vaciar la emoción que traen de los prados y cantar las pugnas caballares.

Para ellos, no son potros y yeguas las que se baten; son héroes de Homero. Son Agamenón, Príamo, Héctor, Aquiles, que están por pelear frente a los muros de Troya, con los dioses y diosas en las tribunas.

Menos considerado que el cronista de cosas equinas en los diarios, es el charadista.

El no tiene una clasificación justa y cierta; y todos los hombres de prensa tienen escrúpulos en clasificarlo de colaborador.

En general es un muchacho, empleado aquí o allá, que no figura con ningún sueldo en el presupuesto, es melancólico, curvado, pareciéndonos siempre que vive inclinado sobre diccionarios y, no sabemos por qué, con una potente lupa, como si fuese un grabador de miniaturas.

Viene al diario, busca la correspondencia, entrega con timidez la "sección" al secretario, y nadie nota su presencia resignada y paciente de tenaz fabricante de rompecabezas.

Al de mi diario, aunque fuese poco asiduo a la redacción, como sus semejantes, pude conocerlo más de cerca.

Era un viejo de cerca de sesenta años, empleado del Ministerio de Marina, en el Arsenal o en una fábrica de pólvora.

Usaba patillas siempre armadas a tijeras, tenía un color terroso, pálido, lentes, no abandonaba nunca la boquilla de coco con un cigarrillo modesto y pisaba como si quisiera dar pequeños saltos. Tenía un cierto arte de gallináceo de agua.

Además de charadista, se juzgaba poeta por el simple hecho de componer unos monólogos insípidos y recitarlos en las salas.

Me di mucho con él y puedo garantizar que no conocí nunca a persona tan llena de cándido orgullo como este maniático de las charadas.

Se imaginaba una gran cosa, un intelectual, un escritor, y era rara la vez que, conversando conmigo, no se quejara de su situación en la administración pública, de la poca importancia que daban a sus talentos.

—Vea usted: estoy hace casi cuarenta años en el ministerio y no hacen nada por mí. He tenido varias comisiones importantes. Organicé el catálogo de la Biblioteca de la Escuela de Aprendices, y hace pocos días recité un monólogo mío —"Los Barbudos"— en la casa del Contralmirante Esteves. A las muchachas les gustó mucho, y la hija del almirante hasta me dijo: "Voy a hablar con papá para aprovechar su inteligencia".

Supe más tarde que, en verdad, no había fiesta en casa de cualquier magnate de la Marina en la que él no fuera invitado. Se enorgullecía mucho por esto, y al día siguiente les contaba a sus compañeros las atenciones que había recibido, como para provocar la envidia de ellos.

La verdad es, sin embargo, que allá figuraba como un músico de banda, un catador de *modinhas*,[1] o un saltimbanqui que allá fuera para distraer a las jóvenes, sin por eso estar en pie de igualdad con los otros invitados. Aun así, su vanidad de poeta doméstico quedaba satisfecha.

La promesa de la hija de Esteves le dio muchas esperanzas; y después de algún tiempo le pregunté:

—¿Y, ya consiguió algo?

—¡Qué va! No hicieron nada. Pasa así: cuando quieren versos me piden, me ruegan; cuando quieren recitados, llegan casi hasta a llorar; pero...

—¿Qué es lo que usted quería?

—Deseaba ir a la Secretaría.

—¿Por qué no lo nombran?

—Hay esa historia del concurso... Una indignidad... Hacen, pero no saben nada. Un día de estos, conversando con Chaves, segundo oficial de la Secretaría, descubrí que él no sabía lo que era crematística... ¡Y así es todo!

Esa era su obsesión, además de las charadas, ser amanuense de la Secretaría de Estado de su Ministerio.

¡Pobre viejo! ¡Quería, al llegar al final de su vida, ocupar un lugar de niño!

Antônio Calo, ese era su nombre, no dejaba los diccionarios y almanaques de recuerdos, y decía que en la repartición, por su vicio en el manejo de vocabularios y diccionarios, había sustituido el hábito de leer diarios en los funcionarios públicos.

Así estaba compuesta aquella pieza periodística que había irrumpido en la vida política y administrativa del Brasil con la violencia y lo inesperado de un fenómeno volcánico.

Al frente, estaba el doctor Ricardo Loberant, bachiller en Derecho, de inteligencia dudosa y saber inconsciente, con su estado mayor formado por Aires d'Avila, un monstruo geológico con prematuros instintos de zorra; y

[1] *Modinha:* canción y música popular que se apoya en el violín.

Leporace, un secretario mecánico, automático, un ser sin alma, sin defectos ni cualidades, que recibía sus movimientos del exterior y los comunicaba a las otras piezas de la máquina; aparte, un tanto alejado, como aquellos traficantes que acompañan a los ejércitos, estaba Alberto Pranzini, el gerente, un italiano de mirada torva, que abarcaba un gran arco de círculo en el horizonte, calculador de níqueles, que estimaba los gastos y traía a los cajones del diario los centavos de la población y un poco de los lucros del comercio portugués en Río de Janeiro, esto es, de todo el comercio de la ciudad, pues todo él es portugués, tiene su espíritu, su alma, y sus reglas.

Floc, sin embargo, tenía sobre todos el gran prestigio de haber estado en París y haber sido secretario de nuestra legación en Quito. Por eso, él mismo se juzgaba más depuradamente artista que el resto de los jóvenes que hacían literatura por todo el Brasil; su período diplomático en Quito le daba también un infalible juicio en las cosas de alta elegancia y un saber inenarrable en las maneras de tratar a duquesas y princesas. Hacía la crónica literaria, las crónicas teatrales de los espectáculos de todas las celebridades, las informaciones sobre literatura y pintura, además de la guardia semanal en que adornaba con frases lindamente literarias y datos de psicología *chic* a las noticias de asesinatos perpetrados por soldados ebrios en la calle de S. Jorge, no olvidando nunca decir que *el criminal es el tipo acabado del criminal nato descrito por el genial criminalista italiano Lombroso*. Iba a un banquete diplomático. Su entrada no perturbó la conversación.

—... ¡un tarado! —golpeó Oliveira.

—¿De quién hablas, Oliveira? —indagó el recién llegado.

—De un mulato, un tal Andrade...

—¿Te molesta lo que él escribe?

—Ciertamente, ya que llama al doctor Ricardo pirata, Barbarroja...

—¡Caramba contigo! Esa gente está condenada a desaparecer; la ciencia ya les labró la sentencia...

El de ciencia conocía solamente el nombre, e ignoraba cómo dividir. Se calló un instante y agregó:

—¡Es preciso fulminar a los nulos!

Lôbo se había mantenido en silencio. Durante toda la conversación había dicho una que otra frase ligera. Releía, absorto en la tarea, un artículo y no quería distraerse a fin de no perder la menor regla gramatical con que pudiese enmendar el original.

Como Floc y Oliveira habían dejado de hablar, alguien le preguntó:

—Doctor Lôbo, cómo se dice más correctamente: ¿un vaso de agua o un vaso con agua?

El gramático dejó descansar la pluma, se sacó los anteojos con aros de oro, cruzó los brazos encima de la mesa y dijo, con pachorra y solemnidad:

—Según: si se trata de un vaso lleno, es un vaso de agua; si no estuviera perfectamente lleno, un vaso con agua. —Se explayó en ejemplos, pero no pudo llegar a la decena ya que alguien apareció en la puerta, lo que mereció una exclamación de Aires d'Avila: "¡Veiga!".

Todos se dieron la vuelta e inmediatamente tomaron en el aire una fisonomía sonriente traspasada de admiración. También me volví. Descubrí en

seguida quién era. Los retratos, desparramados por los cuatro rincones del Brasil, habían tornado familiar aquella fisonomía; pero, de cerca, allí a dos pasos de mí, su mirada fija detrás de gruesos lentes, la frente baja y huidiza, casi me hizo dudar que aquél fuese el Veiga Filho, gran novelista de lujoso vocabulario, el fecundo *conteur,* el enfático escritor a quien yo me había habituado a admirar desde los catorce años... ¿Era aquél el hombre extraordinario que la gente tenía que leer con un diccionario en la mano? ¿Era aquél el fuerte cerebro literario que escribía dos o tres volúmenes por año, y cuya gloria reposaba sobre una biblioteca entera? Quedé pasmado. Con aquella frente estrecha, con aquella mirada errabunda, con aquella fisonomía cerrada, vacía de simpatía, me pareció carente de movilidad, sin ductilidad, rígido, siniestro y limitado. Agregado todo ello a que el blanco de su piel sonaba a falso, y sobre su espíritu juzgué en seguida, viendo el esfuerzo que ponía el cepillo en las sienes para ganar diariamente terreno al cabello. Fue una mala impresión, que más tarde se deshizo.

—Veiga —dijo Floc después de los saludos—, me gustó mucho tu conferencia. ¡Fue una epopeya, una oda triunfal al gran Corso!

—Hubo fragmentos lindos —se entrometió Oliveira—. Por ejemplo, cuando usted habló de aquel inglés que en la isla había hecho sufrir "al último gran hombre de nuestra especie"; fue como si yo hubiese visto al propio Napoleón: grande, alto, con aquella barba en punta.

—Napoleón era bajo y no tenía barba —dijo alguien.

—Es un modo de decir, quiero hablar en forma figurada, en... ¡Era realmente extraordinario! ¡Y uno se admira —continuó Oliveira—, se admira de que un hombre de éstos haya sido cercado, detenido en Sedán!

—En Waterloo, es lo que quiere usted decir...

—¡En Waterloo! ¿No fue en Sedán? Zola, en *Derrumbe*... ¡Yo lo leí!

—Ah, pero ese es Napoleón III —dijo Floc.

—¡Es verdad! —exclamó Oliveira—. ¡Qué confusión!

Veiga Filho paseaba su mirada por la sala, distraído, sin prestar gran atención a Oliveira. Digirió su triunfo, y solamente salió de esa digestión difícil cuando Floc le dijo:

—¡Y cuánta gente! Muchas señoras... jóvenes... gente distinguida... Estaban las Wallesteins, las Bostocks, las Clarks Walkovers... Puedes enorgullecerte de tener el mejor auditoiro femenino de la ciudad... Ni Bilac.

Por ahí sus ojos se abrieron en una grande y fuerte expresión de triunfo. La disfrazó con un movimiento de modestia y preguntó:

—¿Ya diste la noticia?

—Todavía no; no tengo tiempo... Voy al banquete del ministro y...

—¿Cuándo la vas a hacer?

—Hoy no puedo, voy al banquete; pero Leporace podría darla... ¡Leporace (gritó hacia el secretario), escribe la noticia de la conferencia de Veiga!

—No tengo tiempo —objetó el famoso secretario, aproximándose al grupo.

Durante algunos minutos estuvieron discutiendo quién debía o no dar

la noticia, sin llegar a un acuerdo. Leporace, entonces, recordó que el propio Veiga Filho podía hacerla:

—¡Estás loco! —objetó el novelista—. ¿No viste lo que sucedió la otra vez? ¿Qué dirían?

—¡Tonterías! Como si hubiese alguien que creyera en murmuraciones de esos literatos... Unas bestias, unos vagos; ¡escribe, anda!

Su naturaleza de buena fuente y complaciente lo hizo acceder.

Yo me demoré aún mucho y pude oírlo leer la noticia. Comenzó diciendo que era imposible resumir una conferencia de un artista como Veiga Filho. Para él las palabras eran la propia sustancia de su arte. Decir en algunos párrafos lo que él había dicho en hora y media, era querer mostrar la belleza del fondo del mar con una gota de agua traída de allí (no citó al autor). De inmediato, la gran gloria de las letras patrias mostró cómo había comenzado: citó a Nietzsche, de quien hoy, entre nosotros, Veiga Filho es uno de los más profundos conocedores, y a cuya filosofía obedece su inspiración. Comenzó con Zaratustra: el hombre es un puente entre el animal y el superhombre. De ahí partió siguiendo al gran Corso en el pasaje de ese puente. Se sirvió de los historiadores más modernos: Masson, Albert Sorel, Lord Roseberry. Describió la batalla de Austerlitz, contó la campaña de Rusia y el paso de Beresina fue motivo para una descripción de las más artísticas que hasta hoy se hizo en nuestra lengua. Cuando mostró a aquellos millares de hombres cayendo al río helado, amontonándose unos sobre otros, debatiéndose, luchando bajo una lluvia de metralla, por el auditorio corrió un *frisson* de horror. Respondió a las teorías de Tolstoi, puso finas anotaciones a los ataques hechos a Napoleón y al estudio de su genio por Lombroso. Demostró una gran erudición y conocimientos insospechados; y cuando su palabra colorida describió los suplicios de ese titán roído por el disgusto, algo así como un sollozo quedó prendido en la sala.

Fue un doble triunfo, terminaba así la noticia, de Veiga Filho y de Napoleón, el último gran hombre que nuestra especie vio, cuya grandeza y cuyos triunfos aquel gran artista supo pintar y describir, jugando con las palabras como un malabarista hábil lo hace con sus bolas multicolores. Raro y fugaz gozo fue esa conferencia del eminente cultor de las letras patrias.

Veiga Filho acabó de leer la noticia en mitad de la sala, rodeado de redactores y reporteros. Mientras él leía lleno de pasión, olvidado de que había sido él mismo el autor de tan lindos elogios, también yo quedé olvidado y convencido de su malabarismo verbal, del soplo heroico de su palabra, de su erudición y de su saber...

Al cesar, recordé que mañana todo aquello iba a ser leído por el Brasil boquiabierto de emoción, como un elogio valioso, esto es, nacido del entusiasmo sin dependencia con la persona, ¡como algo hecho por un admirador mal conocido! ¡La gloria! ¡La gloria! Y de repente, repuntaron mis dudas: ¿todos los que pasaron, no habrían sido así?, y los extranjeros, ¿no habrían sido así también?...

Pero la indiferencia de nuestra gente por las cosas del espíritu tal vez justifique tales manejos, pienso ahora.

En aquel momento, presenciando todo aquello, sentí que había trabado conocimiento con un ingenioso aparato de apariciones y eclipses, especie complicada de tablado mágico y espejo de prestidigitador, provocando ilusiones, fantasmagorías, resurgimientos, glorificaciones y apoteosis con pedacitos de plomo, una máquina Marinoni y la estupidez de las multitudes.

¡Era la Prensa, la Omnipotente Prensa, el cuarto poder fuera de la Constitución!

IX

Poco a poco me olvidé de los días de hambre pasados deambulando por las calles de la ciudad. Ya tenía una habitación, cama y un lavatorio de hierro, pensión de almuerzo y cena; y, además de sueldo, siempre me sobraban algunos *mil réis* para comprar, de vez en cuando, unas botinas de abotonarse o un sombrero de paja de lo más elegante. Gregorovitch me había dado un traje, y durante todo el tiempo que fui ordenanza, conocí a varios sastres de los más caros por intermedio del cuerpo de los otros.

Al comienzo me costó conformarme con la posición de ordenanza, pero en seguida me consolé al recordar a mis héroes del *Poder de la Voluntad*; y fue no sin disgusto que acepté los trapos de aquellos desconocidos. Me costó mucho inclinarme ante tan vil necesidad; con el tiempo, sin embargo, me conformé, y de tal manera me habitué que más tarde, cuando mi situación cambió, me fue preciso un gran esfuerzo para habituarme a comprar ropa de primera mano. Me parecía cara, y el dinero gastado en ella como si fuera derrochado inútilmente, como si lo gastara en orgías y borracheras. Mis entradas eran aumentadas por las propinas. Las había de doscientos *réis*, pero, en general, eran de quinientos *réis* para arriba. La gente de los diarios es pródiga como los jugadores y gusta aparentar desprecio por el dinero, y generosidad. Una vez, recuerdo bien, un reportero, entrando ya bien avanzada la noche en la redacción, con la mirada brillante y el paso un tanto bamboleante, me dijo lleno de efusión:

—Caminha, ¿tienes dinero?

—Tengo, sí señor: dos mil *réis*... Usted...

El no entendió bien mi respuesta y continuó diciendo con voz pastosa:

—¿Sabes de dónde vengo? Del Aplomb-Club. Gané ochocientos mil *réis* en el *baccarat*... Arre... Esta vez sobrepasé a Lage... ¿Sabes quién bancaba? Demóstenes, el doctor Demóstenes Brandão, juez, primo de un ministro.

El reportero hablaba bamboleando la cabeza y agitando los brazos suavemente. Estuvo algunos instantes callado, revirando los ojos, y después sacó del bolsillo un billete de veinte mil *réis*, diciéndome:

—¡Toma! Ve a procurarte un buen final de noche...

Yo ganaba cien mil *réis* por mes. Vivía satisfecho y mis ambiciones parecían resueltas; no había sido sólo la miseria pasada lo que así me había hecho, sino también el ambiente hostil, la certeza de que un paso adelante me costaba grandes dolores, fuertes humillaciones, ofensas terribles. Recordaba mi vida anterior; sentía todavía muy abiertas las heridas que aquel choque con la vida me había causado. No hallándolos justos, en conciencia, me acobardaba ante la perspectiva de nuevos dolores, y me aterrorizaba ante la imagen de nuevas torturas. Me consideraba feliz en el puesto de ordenanza de la redacción de *O Globo*. Había cruzado un gran brazo de mar, me había agarrado a un islote y no tenía coraje para nadar de nuevo hacia la tierra firme que impedía ver el horizonte a algunas centenas de metros. Los mariscos me bastaban y los insectos ya habían tornado gruesa mi piel...

De tal manera es fuerte el poder de ilusionarnos, que un año después llegué hasta a sentir orgullo de mi posición. Me sentía mucho más que un ordenanza cualquiera, mucho más que un ordenanza de ministro. Las conversaciones de la redacción me habían dado la convicción de que el doctor Loberant era el hombre más poderoso del Brasil; hacía y deshacía ministros, despedía directores, juzgaba a jueces, y el Presidente, no bien amanecía, leía su diario para saber si tal o cual acto suyo había tenido el *placet* deseado del doctor Ricardo. Participar de la redacción de un diario era algo extraordinario, superior, por encima de las fuerzas comunes de los mortales; y yo tuve la confirmación de eso cuando cierta vez, en la casa de pensión en que vivía, al decirle al encargado que trabajaba en *O Globo*, vi al hombre desorbitar los ojos, mirarme de arriba abajo, asustarse grandemente como si estuviese frente a un ser extraordinario. Las jóvenes que vivían junto a mí, criadas de servicio, me pusieron de sobrenombre *el periodista*, y aun cuando llegaran a tener exacto conocimiento de mi real situación en el diario, continué siendo conocido por ese apodo, respetado y licencioso.

Me sentí henchido de un orgullo pueril, tratando a toda la gente con desdén y soberbia, sintiéndome tocado, alcanzado por un poco de la grandeza que cabía al doctor Loberant, a Losque y al inimitable Floc.

Después de sentirme acobardado, me sentí superior y enervado, no intenté ya más cambiar de situación, juzgando que no había en Río de Janeiro lugar más digno para el genial alumno de doña Ester, que el de ordenanza de una redacción sagrada. No estudié más, no abrí más un libro. Sólo la lectura de *O Globo* me agradaba, me proporcionaba placer. Comencé a admirar las sentencias literarias de Floc, las bromas de Losque, a aprender de memoria la gramática homeopática de Lôbo y a no soportar una lectura más difícil, más densa de ideas, más lógicamente arquitectada, aun cuando viniera en un diario. Era pesado y...

En los diarios de Río, sus sacerdotes consumados entienden por artículo pesado a los extensos o a aquellos que no desarrollan, hasta la tontería minuciosa, noticias de crímenes sensacionales "et reliquia". Nada influye para

modificarles el juicio la atracción del artículo, ya por el tema, ya por el modo de tratarlo, ya por el estilo del escritor. Cuando no se trate de crímenes espantosos, de idiotas intrigas políticas, una crónica más pensada o un artículo más estudiado será reputado de pesado. La gente de los diarios de Río sólo tiene ideas hechas y *clichês* de opiniones de toda naturaleza incrustados en el cerebro.

A no ser el *Jornal de Comércio,* se puede decir que los diarios de Río nada tienen para leer, todos ellos se parecen pues todos tienen la preocupación de informar sobre crímenes, escándalos domésticos y públicos, curiosidades banales y, en general, son ilustrados con cinco grabados que nada tienen que ver con el caso, cuando no son repugnantes o inmorales, como sucedió con *O Globo* que, cierta vez, publicó el de un cadáver exhumado, enteramente desnudo.

La prensa popular de cualquier país, por ejemplo *Matin, Journal* (hablo de los que conozco), no es tan indigente de lectura, de otros atractivos que no sean el vulgar noticiario, como los diarios de Río en los que casi no existe colaboración de ninguna naturaleza.

Guiados por las mismas leyes, obedeciendo casi a un único criterio, todos ellos se parecen; y leído uno, están leídos todos.

Continuemos, sin embargo, la narración de mi vida de casi periodista.

En poco más de un año, ya había construido una pequeña conciencia periodística para mi uso. Me juzgué superior al resto de la humanidad que no pisa familiarmente el interior de las redacciones, y lleno de inteligencia y talento sólo porque llevaba tinta a los tinteros de los reporteros y redactores y así participaba de un diario, donde todos tienen genio. Los ordenanzas, los correctores, los empleados de oficina, el gerente, los redactores, los hombres de las máquinas, los tipógrafos, los agentes de publicidad, todos tienen genio, realmente mucho genio, cuando de sobra no tienen también mucho espíritu, ¡mucho, de verdad! Aquella casa, como todas las de su clase, en las que se fabrican novedades para el público, era una colmena de genio. Colmena es realmente el término porque era pequeña y estrecha. Los redactores escribían unos encima de los otros; en la sección de corrección, que estaba mezclada con la composición, no se podía caminar; y por la noche las luces de gas, sin vidrios, iluminaban lúgubremente todo aquello con grandes intervalos de sombras como la bodega de un barco. Por la sala en que funcionaban estos dos departamentos, fluctuaba un fuerte olor a orina, desprendido de un mingitorio que existía entre dos cajas de tipografía. El día en que noté eso, no hacía siquiera ocho desde que un artículo furioso atacaba al gobierno por las malas condiciones higiénicas del Hospicio Nacional de Alienados.

Cuando se trataba personalmente con cualquiera de los empleados del diario, uno quedaba admirado de que éste se imprimiera y se escribiera diariamente. Floc tomaba en poca cuenta a Losque: un bufón, según él; Bandeira despreciaba a Floc: un eunuco; y todos parecían querer devorarse hasta los huesos. Sin embargo, cuando uno de ellos cumplía años, la respectiva sección gemía y los adjetivos más tiernos y más cordiales eran propinados sin ahorro. De sección a sección la guerra era terrible. La de corrección decía

que la redacción era analfabeta; la tipografía acusaba a ambas de incompetencia; y hasta la impresión, que no leía ni veía originales, tenía una opinión desfavorable sobre las otras tres.

La redacción no perdonaba la menor falla de la corrección. A veces, eran los originales los defectuosos; en otras, había descuido, o la pretensión hacía enmendar lo que estaba correcto; pero siempre las reclamaciones llovían por parte de los redactores, de los colaboradores y de los reporteros.

Un caso curioso sucedió con un artículo de Aires d'Avila. En su diaria cantilena, el paquidérmico plumífero había escrito *pesados 200$000 impuestos por el Congreso,* pero, pasando de una línea a otra, había cortado la cantidad por el signo pesos, sin el cual la corrección y la tipografía entendieron: *200 ovos puestos por el Congreso.** A las nueve de la mañana Avila llegó furioso al diario, con sus mofletes agitados, todo él nervioso hasta asustar, pues siempre me había parecido un sujeto sin nervios. Lo que había sido una simple obra del acaso, él la atribuía a una canallada de la corrección, una broma de mal gusto.

Por la tarde el jefe de redacción fue llamado, quiso explicar el error pero no se atendió a nada y hubo algunas cesantías. No eran raras, por otra parte. En el diario las había todos los meses; por un "quítame allá esas pajas", el director o el secretario cesanteaban, despedían o imponían multas sobre los sueldos. De ahí venía el terror de los subalternos, la lisonja, el respeto religioso de que eran rodeados los jefes. Y, sin embargo, cuántas veces no se leían acres censuras al ministro que había dejado cesante a éste o aquel funcionario, generalmente por motivos más plausibles.

El único que no cargaba sobre la corrección era Gregorovitch. A él, tanto le daba que saliera *nosotros fuimos,* como *nosotros fue.* No tenía ningún amor por los escritos, eran como cuchilladas, tanto hacía matar hiriendo en el cuello, como partiendo la cabeza por la mitad. Lo que él quería era matar, herir, golpear: la manera de conseguirlo, poco importaba. Y era una felicidad para la corrección que él pensara así. En el diario, solamente el ruso tenía prestigio e iniciativa. Los otros se inclinaban servilmente ante el director. ¡Qué no hubiese pasado si el doctor en exégesis bíblica hubiese tenido los cuidados puristas de Oliveira, que reclamaba un *propositalmente* por *propositadamente*! Toda su gramática estaba ahí. El había conseguido saber que *propositalmente* no era aconsejado por Rui, y ¡ay del corrector que dejara escapar una de esas formas en su sección! El propio Loberant, tan ignorante como Oliveira, pésimo escritor, tenía furias extraordinarias cuando le cambiaban una palabra en el luminoso artículo. Diariamente, aun cuando no escribía, recorría el diario de mañana, del principio al fin, auxiliado por su mujer, para descubrir errores según la gramática de Lôbo. Gracias a las lecturas de los *sorites* del escuálido gramático, Loberant se juzgaba un purista; por otra parte, él siempre había rendido culto al diccionario, por el purismo. Era un gusto ver surgir en sus artículos insultos, términos extractados de Morais y de Domingos Vieira. Y esa su creencia de purista y cultor de la

* Para que mejor se comprenda, "200 ovos" —que significa "200 huevos"— ha sido puesto como en el original portugués. *(N. del T.)*

lengua, con el tiempo se había unido a la de ser también un gran hombre, un mesías, un hombre providencial. Con cuidado y atildamiento, había alejado del diario a toda persona que poseyera más talento que él. Propietario del periódico, lo había absorbido todo para sí: los artículos, la creación de las secciones, las referencias elogiosas, las acciones para encumbrarse y sacar partido, todo se hacía con su audiencia y aprobación. El pesaba sobre el diario como un sátrapa desconociendo completamente cualquier especie de ley, ya fuese jurídica, moral o religiosa. No había reglamentos ni reglas; el diario era él, y la coherencia de sus opiniones venía de los impulsos desordenados de su alma, que el despecho agitaba en todos los sentidos. En el corto plazo de una semana, su diario atacó, elogió y calificó de héroe al ministro de Guerra; y ninguno de los tres artículos salió de su pluma; fueron escritos por su orden por Adelermo Caxias, que se vanagloriaba de su honestidad intelectual. En la redacción era así: se escribía mediante orden del director, hoy en contra, mañana a favor. Floc, sin embargo, se jactaba de tener autonomía en sus artículos. Eran puramente literarios, o tenían ese propósito, y a la luz de la inteligencia de Loberant, le era perfectamente indiferente que el naturalismo fuese elogiado y el "nefelibatismo" detractado; que la Academia de Letras tuviese referencias elogiosas o recibiera epigramas acerados. Floc estaba contra la Academia, contra los nuevos, contra los poetas, contra los prosistas; sólo admitía además de él, con su obra subyacente, que se "poetizaran" o que hicieran versos ciertos jóvenes de su amistad, bien nacidos, limpitos, y candidatos a la diplomacia. Confundía arte, literatura, pensamiento, con distracciones de salón; no sentía su gran fondo natural, lo que puede haber de grandioso en la función del Arte. Para él, arte era recitar versos en las salas, requebrar actrices y pintar unas acuarelas lamidas, falsamente melancólicas.

En la crítica, tenía la convicción de ser un hacedor de poetas, un consagrador de reputaciones; con el endoso de su firma burlesca —Floc— el autor que recibiera sus elogios pasaba inmediatamente al Larousse. Ignorante e inconsciente, con una lectura de pacotilla, no se animaba a desarrollar ninguna teoría, a tener algún punto de vista; bordaba unas banalidades tales como: *unos deliciosos momentos de gozo estético nos dio,* etc.; *su alma vibra y palpita,* etc.

Todavía tengo entre mis papeles la información que dio acerca de una *plaquette* de versos del poeta Almeida Lopes. Comenzaba así, portentosamente, la noticia: *He aquí un caso singular, y que contraría los principios generalmente admitidos sobre la hereditariedad. El señor Almeida Lopes, hijo de escritores, nació también poeta y escritor.*

No sabía Floc que, como gran número de sabios, el pueblo sentencia: *hijo de pez sabe nadar; quien sale a los suyos no degenera;* etc., etc.

Ciertamente él poseía, sobre herencia psicológica, nociones mucho más elegantes, blanquitas y limpitas, que las generalmente admitidas.

Con eso, y repetidos elogios a otros periodistas, adquirió una buena reputación y un gran prestigio de talento y de artista. Cuando se suicidó (¡oh, qué triste es recordar esto!), cuando se suicidó fui a ver sus libros; allí estaban *Gran Marnière,* de Onet, *Je suis belle,* de Victorien de Saussay;

unos volúmenes de Bourget, algunos de Maupassant, ningún historiador, ningún filósofo, ningún estudio de crítica literaria, pero sí diez de anécdotas literarias de autores de todos los tiempos y de todos los países. Su crítica no obedecía a ningún sistema; no seguía a ninguna escuela. Sus reglas estéticas eran sus relaciones con el autor, las recomendaciones recibidas, los títulos universitarios, el nacimiento y la condición social. Elogiaba nefelibatas, si eran de su amistad, si eran *limpios*; los detractaba si no lo eran. Tenía, además de eso, dos principios: la aristocracia del arte y la fulminación de los nulos. Entendía a su modo la aristocracia del arte, esto es, el arte hecho por los aristócratas como él, cuyo padre había tenido en la primera mocedad una taberna en Barra-Mansa.

Una tarde llegó a la redacción con una *plaquette*, impresa en Portugal, teniendo por título "Corazón herido". Al encontrar a Leporace le mostró el ejemplar:

—¿Lo conoces?

—No. Déjame verlo.

Leporace quiso dar a su fisonomía fláccida, a los músculos inexpresivos de su rostro, una expresión de finura, de atildamiento particular de entendido. Leyó el título, el nombre del autor, hojeó el libro y preguntó:

—¿Quién es Odalina?

—Una poetisa portuguesa de mucho talento... Está de paso y viene a tratar sobre una revista, *El Bandolín*... Son versos líricos, pero de una gran pureza de sentimientos, y llenos de un acento personal que encanta... A mí no me gusta el arte personal; el arte (tomó otra actitud) debe reflejar al mundo y al hombre, y no a la persona... Pienso como Flaubert... Escucha esto:

Meu coração por desgraça
Entrou no meu pensamento
E como crime de faca
*Que nunca tem livramento.**

—¿Notaste —agregó al terminar la lectura— qué bien aprovechada está la debida cadencia de la trova popular para expresar un alto concepto filosófico? Ella quiere decir que el juicio, la lucidez de su inteligencia es perturbada por el Amor, por el sentimiento... ¡Y qué bien compara con un dicho popular esa cosa alta y trascendente! El libro es notable... Ve solamente esta estrofa, ¡qué perfección! ¡Cuánta emoción hay en ella! Escucha:

Quem tem amores vai dormir
Na porta do seu amor
Das pedras faz cabeceira
*Das estrelas cobertor.***

* "Mi corazón por desgracia / Entró en mi pensamiento / Es como crimen a cuchillo / Que nunca tiene liberación."

** "Quien tiene amores va a dormir / A la puerta de su amor / De las piedras hace cabecera / De las estrellas cobertor."

Leporace le pidió nuevamente el libro y se puso a hojearlo, leyendo aquí y allá. No tuvo qué decir, dejó el libro y preguntó:

—¿Quién te presentó?

—Raúl de Gusmão.

—¡Raúl! ¡Con mujeres! ¿Es casada?

—Sí, con el Vizconde de Varennes, un hidalgo francés.

—¡Olé! Debe ser una gran familia, nobleza antigua... El nombre es histórico —remató Leporace, satisfecho por haber encontrado una observación para hacer.

—No lo sé.

—¿El marido vino con ella?

—No. Ella vive separada del marido...

—¡Ah! Vas a escribir sobre ella, ¿no?

—Naturalmente.

Los dos sonreían: Floc lleno de satisfacción, recordando vagamente las mujeres ya gozadas; Leporace con un evidente trazo de amargura en los labios. El crítico se preparaba para ubicarse en su escritorio cuando entraban el doctor Loberant y Gregorovitch. El director venía con el rostro alegre. Floc y Leporace, éste más que aquél, los recibieron con las grandes muestras de respeto con que siempre acogían la presencia del doctor Ricardo Loberant. El descolorido secretario dio cuenta de las recomendaciones del día siguiente. Había puesto un "grano" contra el Prefecto y había hecho escribir un suelto combatiendo el empréstito de la Prefectura; y no había salido la tunda sobre la gente de Paraná solamente porque había venido a conversarlo Chavantes.

—¡Caramba, señor Leporace! —exclamó el director—. ¡Qué es eso! El diario es una cosa y yo soy otra...

—Pensé...

—Bien... Estuvo bien... Pero no deje de golpear sobre la Prefectura... ¡Es un escándalo! ¡Una vergüenza! Machado solamente va a ganar mil *contos*... Duro con ese Machado... Un delincuente que no me saluda... ¡Si fuese otro, todavía! Y no es solamente eso; es un nulo, un título desventajoso, y ¡qué beneficio!... No lo dejen, no lo dejen; vamos a ver si *O Globo* vale o no vale...

Y el director remató sus recomendaciones con una palabrota insultante dicha en voz baja. Floc y Leporace se habían quedado a oír al venerable director; Gregorovitch, sentado, fumando, había estado leyendo el libro de la poetisa portuguesa.

—¿De quién es esto? —preguntó.

—Es mío.

—El autor, pregunto.

—¡Autor! Es una hidalga portuguesa...

—¡Líbreme Dios! Son versos de revistilla...

—¡De revistilla!

—De revistilla, sí. ¡Este, aquí, "Quien tiene amores va a dormir", es de la contratapa de hoy!

—¡No es posible! ¡No es posible! —protestó el crítico literario.

—¿Quieres verlo? Caminha —gritó el ruso hacia mí—, tráeme la contratapa del diario de hoy.

Lo busqué entre unos papeles en el cesto, y se lo entregué al redactor poliglota. El extranjero pasó los ojos por el papelucho y se lo entregó a Floc. El oráculo artístico del diario, recorrió rápidamente los versos y confesó: "es verdad", agregando, "¡qué cinismo!", pero sin convicción ni indignación.

El director había entrado a su escritorio seguido de Leporace y ninguno de los dos había escuchado el breve diálogo, cambiado entre los dos redactores, en la sala. De repente, con aquella vivacidad que le era peculiar, y que él ponía en los actos, en los afectos y en sus mediocres artículos, llegó hasta la puerta y preguntó a Floc:

—Vi a ese Andrade en la calle... ¿El diariucho de él todavía continúa saliendo?

—Pienso que sí.

—¿Lo leyó?

—A veces.

—¿Continúa insultándome?

—Siempre —y agregó—: ¿Usted se molesta por lo que dice ese vagabundo?

—No... ¡Qué va! Pero... Déjelo estar que él ya va a necesitar de mí, ya va a caer en alguna; entonces veremos... No se olviden de él, cuando llegue la ocasión, castiguen... ¡Sinvergüenza!

Y pasó ante mí todavía con los dientes apretados, lleno de rabia, desabrochándose la bragueta, con prisa por llegar al mingitorio. Mirando hacia el lado donde yo estaba, como queriendo dar a entender que él era fuerte, muy fuerte, y que algún día de esos aplastaría a ese pigmeo que osaba ponerse delante de su camino triunfal, tirándole alfilerazos con cómica violencia liliputiense. Lo aplastaría, lo inutilizaría para siempre, lo haría sufrir eternamente por haber cometido la grave falta de no suponerlo Dios en el *Domingo*, a él, el doctor Ricardo Loberant, director propietario de *O Globo*, diario independiente, órgano del pueblo y de los sufrientes, pesadilla de los ministros, espada de Damocles suspendida sobre la tríada política y administrativa de la República. Y él tenía razón.

El terror que inspiraba dentro del diario se irradiaba hacia afuera. Aquel hombre delgadito, débil de cuerpo y de inteligencia, sin cultura, amedrentaba a la ciudad y al país. Todos lo cortejaban; los colegas que lo combatían evitaban herirlo de frente. Uno u otro, en un momento de desesperación, tenía el coraje de enfrentarlo; pero era solamente en un momento de desesperación. Armados, cercados por todos lados, tenían una convulsión y se arrojaban lanzando golpes a derecha e izquierda. Si por ventura alguno era más certero y parecía golpear más duramente al doctor Loberant, quedaba pasmado porque sucedía lo contrario. Lejos de perder prestigio, esas heridas lo hacían crecer. El pueblo no quería ver su ignorancia, su ineptitud al escribir; era valiente y decía la verdad. Hubo una polémica sobre un tratado de límites en que su desconocimiento de la geografía patria fue evidente; el periódico resultó más leído. Otra vez, dio como cierto que hubieran sido hechos

ofrecimientos a conventos del Brasil, por parte de reyes de la dinastía de Borgoña; recibió una ovación. Día a día el periódico crecía en ventas. Todos lo leían; era el diario de los disgustados, de los pequeños empleados, de los *ratés* de todas las profesiones, y también de los ricos que no podían ganar más, y de los destronados de las posiciones y los honores. En la venta aislada, ninguno lo excedía, ni siquiera el propio *Correio da Manha*. Solamente *Jornal do Brasil* se mantenía a la par de él, y la rivalidad era encendida. Juzgando que la prosperidad del otro se debía a las historietas, Loberant ponía historietas en su diario. Por parecerle que eso no era suficiente, buscaba anuncios fraguados, los de *"precísase"*, *"alquílase"*, pequeños avisos, en suma, que por su abundancia parecían ser el índice de la prosperidad de un diario. Pero no contento con esos ardides, un día el doctor Loberant, suponiendo que la prosperidad del rival obedecía a la falta de gramática en los artículos, llegó a la redacción furioso y, con su manera habitual, gritó:

—¡No quiero más gramática ni literatura aquí!... ¡Nada! ¡Nada! Hay que dejar de lado todas esas porquerías... ¡Cosas para el pueblo, eso es lo que yo quiero!

Lôbo, que estaba en la sala, lanzó al comienzo una gran mirada de tristeza con la que envolvió toda la sala y las colecciones de diarios colgadas en las paredes. Después de un momento de indecisión, cobró coraje y observó:

—Pero, doctor...

—¡Caramba Lôbo! Ya viene usted...

—Pero, doctor, el idioma es una cosa sagrada. El culto de la lengua es un poco el culto de la patria. Ahora, si usted quiere que su diario contribuya a la corrupción de este hermoso idioma de Barros y Vieira...

—¡Qué Barros, ni qué Vieira! ¡Esto es brasileño, cosa muy diferente!

—¡Brasileño, doctor! —dijo mansamente el gramático—. Esto que se habla aquí no es idioma ni es nada: es un vaciadero de inmundicias. Si fray Luiz de Sousa resucitara, no reconocería su bella lengua en esta amalgama, en esta mezcla diabólica de galicismos, africanismos, indigenismos, anglicismos, cacofonías, cacotecnias, hiatos, colisiones... ¡Un infierno! ¡Ah, doctor! No se olvide de esto: los romanos desaparecieron, pero su idioma todavía es estudiado...

Loberant no se sintió avasallado por la exhortación del gramático. Mantuvo la orden que le parecía necesaria para el aumento de algunos millares de ejemplares en la venta de su diario. Aunque afectara ese desprecio por la literatura él no dejaba de tener pretensiones de intelectual. Con la prosperidad del periódico, su pretensión aumentaba. Se juzgaba un *Patrocínio*, un *Ferreira de Araújo*, un *Bocaiúva*; aunque no escribiera en forma lúcida, él iba a buscar su parentesco espiritual en Rochefort, Luiz Veuillot y otros nombres de periodistas extranjeros de los que tenía informaciones.

Su gabinete de trabajo era el blanco de una verdadera peregrinación. Durante el día y en las primeras horas de la noche, entraba toda clase de gente; militares, funcionarios, profesores, médicos, geómetras, filósofos. Unos venían en busca de elogios, de homenajes a sus talentos y servicios. Grandes sabios y activos parlamentarios he visto allí, escribiendo sus propios elogios. El

leader del gobierno enviaba notas, ya redactadas, denunciando los empleos políticos, las combinaciones, los juegos de intereses que se discutían en el receso de las antecámaras ministeriales. Siempre fue cosa que me sorprendió ver que amigos, hombres que se abrazaban efusivamente con las mayores muestras de amistad, venían al diario para denunciarse unos a otros. En eso se apoyó y sostuvo *O Globo*; fue en esa división infinitesimal de intereses, en una fuerte disminución de todos los lazos morales.

Cada cual quería más, nadie se quería someter ni esperar; todos luchaban desesperadamente como si estuviesen en un naufragio. Nada de ceremonias, nada de piedad; hacia adelante, hacia las posiciones rendidoras y hacia los privilegios y concesiones. Era un golpe hacia la riqueza en el que se atropellaba a todos, amigos y enemigos, parientes y extraños. La república soltó del interior de todas estas almas una gran presión de apetitos de lujos, de mujeres, de brillo social. Nuestro imperio decorativo tenía virtudes de grifo. El enjaezamiento con aquellas fortunas de "las mil y una noches", nos dio el gusto por el esplendor, por los millones, por la elegancia, y nos arrojamos a la industria de las indemnizaciones. Después, agotado, vinieron los arreglos, los gordos negociados bajo todos los disfraces, los desfalcos, sobre todo la industria política, la más segura y la más honesta. Sin la gran industria, sin la gran agricultura, con el gran comercio en manos de los extranjeros, cada uno de nosotros, sintiéndose solicitado por un hervidero de deseos caros y satisfacciones opulentas, comenzó a imaginar medios de hacer dinero al margen del código y a detestar a los detentadores del poder, que poseían la mágica vara legal capaz de abastecerlo a chorros. De ahí la receptividad del diario por el público, con insultos diarios, derribando a un poderoso por día, abriendo camino, dando esperanzas cotidianas a los deseosos, a los descontentos, a los disgustados. ¿Y los otros periódicos? En los otros el soborno era patente; la protección a los negociados de la gente de gobierno no sufría ataques; no demolían, conservaban, apoyaban a los que dominaban.

Loberant sabía el secreto de su éxito y velaba por su diario con cuidados especiales. Diariamente le venían informaciones sobre la venta en la calle, sobre el movimiento de los avisos. Si decaían un poco, en seguida buscaba un escándalo, una denuncia, un barullo, con un artículo violento y fuese contra quien fuere. Había en la redacción constructores de escándalos; uno, para los escándalos públicos; otro, para los particulares. Este era el más interesante. Tenía una imaginación enfermiza; forjaba cosas terribles, inventaba, creaba crímenes. Imaginaba cárceles privadas, entierros clandestinos, incestos, tutores dolosos, etc.

Sin embargo, los grandes escándalos, los gruesos, los robos públicos eran denunciados por los propios funcionarios disgustados y por los propios subordinados. La venta creció siempre, pero con todos esos consejos hubo un momento en que pareció detenerse. Loberant se llenó de temor, cargó más los insultos, comenzó a intensificar los ataques al jefe de policía; pero ni así subía la venta. Una frase equívoca que había salido de su pluma determinó la aparición de una solicitada en el *Jornal do Comércio,* denunciándolo como enemigo de la colonia portuguesa, tanto más cuanto que no había ni un solo portugués en la redacción de su diario. Fue Aires d'Ávila quien leyó la soli-

citada y se la mostró al director. Era una costumbre de hacía muchísimos años que después de ver los pronósticos del *jôgo do bicho,* él recorriera las solicitadas de los diarios, leyéndolas atentamente. Allí buscaba camino para las riñas, se informaba de las reputaciones y preparaba las coimas. Loberant, cuando tuvo noticias de la mala suerte, consideró bien la falla señalada y pidió la opinión de Floc.

—¿Conoces algún muchacho?

—No, ¡qué esperanza!

—¿Cómo podríamos conseguir un portugués para redactor?

Años más tarde, no tendría dificultades. El jefe del gabinete de la monarquía lusitana se encargaría de conseguirle uno. Floc recordó una posibilidad:

—Se puede mandar venir uno de Portugal.

Yo fui el encargado de llevar el telegrama. Ya no se trataba de un redactor; se pedía a una librería de Lisboa un redactor y dos corresponsales literarios. Los días siguientes, su primer cuidado era preguntar si ya había llegado respuesta. Que finalmente llegó. Los corresponsales ya habían sido encontrados, pero no había quien quisiera venir. Iban a ver. Días después, al abrir la correspondencia, Leporace encontró la respuesta de Lisboa y corrió alborozado a ver al director.

—Aquí está él... Está todo solucionado...

—¿Qué cosa?

—El redactor portugués.

—¡Ah!

Yo leí el telegrama. Se embarcaría en el primer paquebote. Era espiritual, entendido en cosas portuguesas y pretendía *setecientos mil réis* débiles. El director aceptó y en ese sentido telegrafió a Lisboa. Cuando volví de la "Western", Pranzini, el gerente, entraba en la redacción. Llegaba con el entrecejo fruncido y los ojos refulgiendo de indignación. Pranzini era el perro de caza del director. La caja y la economía del diario estaban enteramente en sus manos. El pagaba y cobraba, depositaba dinero, arbitraba los precios del material pago. Todos estaban bajo su tiranía; necesitaban adularlo, animarlo, y él abusaba extraordinariamente de los grandes poderes de que estaba investido. Le quedaba bien la función. Era avaro, metódico, organizado. En el diario vivía siempre en mangas de camisa y la hilera de los botones de su chaleco no se alejaba nunca del eje de su pecho. La fisonomía era ancha y dura; grandes mejillas asimétricas, mentón fuerte y cuadrado, poco diferente del maxilar, una gran dificultad para sonreír. Aquella inteligencia rudimentaria de aldeano italiano tenía finuras de doctor en escolástica. Cierta vez se escapó de pagar una comisión del aviso de una casa bajo el pretexto de que la autorización hablaba de "Bal Masqué", y el nombre del establecimiento era "Au Bal Masqué". En el diario se murmuraba que él desviaba un poco las rentas del director, pero también se decía que a él esto no le importaba porque así pagaba indirectamente las dulces intimidades con la amante del italiano, una pequeña mujer cubierta por un pelo fino y abundante, de carnes duras y grandes ancas provocadoras.

—¿Sabe, Pranzini? Ya tenemos el hombre... Nos llegó de Lisboa la respuesta.

—Está bien... Ustedes saben, sin portugués, nada aquí va para adelante. Los compatriotas exigen, es justo: ellos son tal vez trescientos mil, pagan ríos de dinero en avisos, ¡es justo!

Después, tomando otro tono de voz, le dijo al director:

—Aquí tengo este vale para que usted lo vise.

—Ya le dije que no es necesario...

—No es eso. Con éste tuve dudas. Se trata de un artículo que no salió firmado. No parecía ser una colaboración y yo...

—¿De quién es el vale?

—De Veiga Filho.

—¿Qué artículo?

—Uno sobre Teixeira de Almeida.

—¡Pero, cómo! —exclamó el director—. Si fue él mismo quien pidió escribirlo, diciéndome que había sido compañero de escuela del hombre; ¿cómo ahora le cobra? En fin, déjeme verlo.

El doctor consideró cuidadosamente el papel que tenía en la mano, y movió la cabeza diciendo:

—¡Estos literatos! ¡Líbreme Dios! Hasta las lágrimas cobran.

Floc no había dicho nada. Evitaba hacer cualquier crítica al maestro incomparable de nuestra lengua. Losque, habiendo dejado de escribir, terció en la palestra. Tenía la manía del *espíritu*; pero no era propiamente espíritu lo que él quería tener. Su manía era la de ser un ironista a la moda inglesa, un humorista. Hacía de sí mismo un retrato de Sterne, de Lamb, de Swift; aunque no supiese una línea de inglés quería derivar su gracia, su manera de reír, del genio británico. Y no era eso, ciertamente, lo que había en él, le faltaba lo imprevisto en su ironía, el alcance moral y filosófico, aquella meditación por el absurdo que Taine encontró en Swift. El tenía la gracia fácil de los pequeños autores y muchas de sus *boutades* tenían origen en los autores portugueses y franceses de segundo orden. No era una actitud de pensamiento, un estado constante del alma, un juicio sobre los hombres y las cosas; era una profesión, un ganapán que él ejecutaba automáticamente.

Adaptable, sin rebeldía ni independencia de carácter, escribía bromas como un amanuense copia documentos. Nunca había escrito obras de aliento, a no ser una novela de *calembours*, en que explotaba ese viejo filón del campesino tímido. Combinaba su virtuosidad de bromista con la del escritor de estirados artículos sobre la crisis del azúcar y la vigilancia de la ciudad. Era autor de varias revistas, con algunas bromas nuevas y bien recibidas. Sin ser joven, no era viejo, e iba haciendo su carrera en los diarios con lentitud y sumisión, teniendo ya una vaga reputación en el seno del público. Sabiendo de la vida de todo el mundo, inventando cuando le faltaban datos, ponía un gran esfuerzo, una nota de arte en el cultivo de la maledicencia, del *treparse*. Diariamente estudiaba temas, organizaba chistes y en cuanto aparecía el momento, lo aprovechaba. Ese día había venido dispuesto a ello. Al entrar, mientras Leporace conversaba en la sala, se había puesto a escribir su celebrada sección "Pulgas y granos", constantemente llenas de alusiones, de dichos, de versos a los políticos, en que él gastaba cierta dosis de talento, ya un tanto disminuido por el automatismo adquirido. Al acabar de escribir

la sección, buscó un rodeo y dirigió la conversación hacia el punto que él quería:

—Realmente, este Río tiene cosas singulares. ¿Ustedes conocen a la viuda Pais Brandão?

No todos respondieron, pero Leporace, que se vanagloriaba de conocer a toda la ciudad —las calles, las cortadas, los secretos— acudió prontamente:

—¡Claro, cómo no! ¿Una rubia de fuerte nariz romana, que anda siempre de negro? ¡Mucho!

—Esa misma. Vive en un palacio en la rua das Laranjeiras...

—¿Y qué pasa con ella? —preguntó Floc.

—Es un caso curioso.

Leyva vino a interrumpir la conversación. Hacía días que él estaba en el diario, haciendo policiales. Sabiendo que yo estaba empleado como ordenanza, comenzó a buscarme y por ahí fue trabando relaciones, *engordando* hábilmente, hasta que un día entró de reportero y comenzó a gritarme para que le trajera plumas. Losque continuó:

—Pasa por seria, por un pozo de virtudes. Nadie se anima a cortejarla. Tiene el rostro de Mesalina, y el alma de Cornelia; sin embargo...

Se detuvo por un momento, suspendió al auditorio hasta obtener el efecto deseado.

—Pero, es curioso —continuó lentamente—; es curioso que su egoísmo familiar la haya llevado tan lejos.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

—¿Por qué? Porque vive en mancebía con el sobrino y con el hijo.

Los circunstantes no se sorprendieron; incrédulamente, sonrieron.

—¡No, hombre, qué va! —dijo uno.

—¡Qué gracioso! —adujo sin ir al encuentro de la duda general—, ¡porque no puede soportar a uno solo por separado! Tienen que ser los dos, juntos, uno del lado izquierdo y otro del lado derecho... Me dijo Fulgencia, que fue criada allí, que una noche en que uno de ellos no vino, se pasó todo el tiempo en el comedor llorando y arrancándose los cabellos.

—Es un caso curioso de psicopatía sexual —dijo Loberant—. En Londres hay casas especiales casi dedicadas solamente a ese género; pero, por el contrario, se trata de un hombre para dos mujeres, parientas próximas, hermanas, o madre e hija; pero caso como éste no conocía... ¿Quién le informó de eso, Losque?

—Una muchacha que es mi sirvienta, y antes lo fue de la viuda. ¡Es maravilloso! ¡Qué convulsión en el alma! ¿Qué móviles íntimos la llevaron a eso? ¿Qué fuerte ideal amoroso no encontrado la obligó a reunir a dos jóvenes para satisfacerlo?

Entonces Leporace observó:

—Esta sociedad está muy corrompida.

Gregorovitch, que había entrado, alcanzó a escuchar las palabras del secretario. Se detuvo un momento, se acomodó los anteojos de aros de oro, y exclamó maliciosamente:

—¡Oh, Catón!

—No soy Catón, pero lo que hay por ahí, entre bastidores, espanta. Por lo que parece, la sociedad se despeña...

—Siempre hubo quien dijera eso —objetó el ruso—. Si examinas a los satíricos de todos los tiempos, ellos te revelarán la sociedad, siempre corrupta y desenfrenada... ¡Para mí, la moral es imposible!

—¿Por qué?

—Porque está hecha para disminuir en nosotros lo que es más estructural y profundo: ¡la individualidad, el placer y los instintos!

—Pero la sociedad necesita reposar en ella; si no... —dijo Leporace.

—¡No hay duda!

—Entonces estás de acuerdo que, frente a la propia sociedad nosotros debemos esforzarnos por justificar las reglas morales, mantener siempre en pie sus preceptos.

—Pero si han sido inútiles todos los esfuerzos de las religiones, que son la fuerza más poderosa para una entera modificación del individuo, ¿cómo habremos de conseguirlo? Además... además, ¿para qué?

—¡Para la eternidad de la especie! —dijo con énfasis Leporace.

—¿Valdrá la pena? —retrucó Gregorovitch.

Y todos se callaron sin encontrar, de pronto, una respuesta cabal.

X

MIS PRIMEROS conocidos, paulatinamente se fueron alejando de mí. Lage da Silva, desde que me viera con las botas rotas y hambriento, había pasado a saludarme fríamente, con airecillo de superioridad; Leyva todavía me trataba bien, pero marcando las distancias desde que se hiciera reportero; y el propio Gregorovitch había olvidado la manera en que nos conocíramos y ahora me trataba con la blandura que usaba para con todos los inferiores. Sólo Plínio de Andrade, más por sistema que por cualquier otra causa, continuaba dispensándome la consideración debida a un igual. El había sido quien me explicó la cuestión del préstamo de la Prefectura. Era cierto que el título no era bueno; pero el asunto no giraba solamente en torno a esto. La manzana de la discordia residía en la comisión del lanzamiento del empréstito que siendo abultado, cerca de mil y tantos *contos,* permitía gruesas "propinas" a los periodistas y políticos. El gobierno quería al agente Machado, pero se había organizado un sindicato con la intención de obtener las ventajas para el banquero Rodrigues. Aires d'Avila, ocultamente, formaba parte del partido de Rodrigues y el doctor Ricardo, que desde hacía ya mucho sentía antipatía por Machado, fue convencido por él de que debía combatir con todas las fuerzas la operación proyectada. Raro era el día en que no salieran en el diario algunas líneas tendientes a contrariar el lanzamiento del gran empréstito interno. Todos colaboraron para ese fin. Aires d'Avila, siempre dispuesto a discutir públicamente, desovaba argumentos en su artículo diario, escrito en un estilo de ejercicio de clase; Gregorovitch escribía sus *sueltos,* cortos, breves, pero fuertes, injuriosos y atrevidos; Floc, en sus esforzadas crónicas literarias o teatrales, daba alfilerazos; pero quien iba desmoronando la operación era Losque, con las estrofas satíricas de los "Brotoejas" (nombre de una erupción cutánea). La ciudad entera las sabía

de memoria y en los tranvías, en las confiterías, en los cafés, en las escuelas, en los garitos, en las casas de mala fama, por cualquier cosa se decía el estribillo con que ellas acababan: *y el dinero no vendrá.* Si alguien perdía en el juego y era jocoso, al apostar por segunda vez, decía: *y el dinero no vendrá.* En conversaciones de familia, si cualquier persona quería referirse al dorado casamiento rico de un *desembargador* que había partido para París, a la caza de una heredera, comentaba: él se va... *y el dinero no vendrá.* Era suficiente que en cualquier momento, fuese como fuese, se ubicara el estribillo, para obtenerse un decidido triunfo de risas.

La actitud del gobierno era curiosa. A veces se manifestaba fuerte, mandaba decir a través de sus periodistas que el lanzamiento se haría por el agente que a él se le ocurriera. Los artículos rompían fuego, mostrando las ventajas de la operación, pero Loberant, o alguien lo hacía por él, arrojaba al día siguiente un artículo virulento, plagado de insultos, que enfriaba a los adversarios. En ellos no se razonaba, no se discutían los argumentos del adversario. Se afirmaba e insultaba al contendor con algunas palabrotas de la jerga del quinientos o del seiscientos. Y esas palabras, resucitadas, eran de seguro efecto. La multitud las aprendía de memoria buscándoles el significado y el sentido.

En las solicitadas del *Jornal do Comércio,* el combate era interesante. Había sesudos artículos, llenos de citas, Léon Say, Leroy-Beaulieu, versos de Racine; había epigramas ligeros y ágiles, más aún que un torpedero, y más venenosos que una serpiente de cascabel.

En medio de todo ese enmarañado mundillo de cosas graves, de esa espesa complejidad de las pasiones, de vilezas y ambiciones, por allá aparecía, en la famosa subdivisión del viejo cotidiano, una claridad de desinterés, de alejamiento del mundo, de las cosas viles y bajas. Era la solicitada de un loco que en su locura parecía sonreír de nuestras brutales preocupaciones de cada día. Flotaba alto, muy lejos.

Era un antiguo funcionario de Hacienda, que se decía gran poeta épico y se proponía cantar a la inmortalidad de un *sertanejo* [1] que había guiado valientemente no recuerdo a qué viajero extranjero, por allá por los *igapós* [2] de la Amazonia.

El poema comenzaba así:

Rapaz! Tu gloria quiero cantar
Imortal como se fosse Waterloo
Neste poema que é todo meu
*E que de ninguém fui copiar.**

[1] *Sertanejo:* persona que explora o vive en los *sertões,* lugares apartados, desérticos, del nordeste del Brasil.

[2] *Igapós:* trechos de matas invadidas por las crecidas de los ríos.

* "¡Muchacho! Tu gloria quiero cantar / Inmortal como si fuera Waterloo / En este poema que es todo mío / Y que a nadie fui a copiar."

Y continuaba:

30 por uma tinha
40 por uma migalha
60 por uma cara
*70 por um borralho.**

Continuaba así tosco, delirando; pero desdeñoso de las contiendas entabladas junto a él.

Los viejos recordaban *Mal das Vinhas,* "Príncipe Ubá", y otros dementes, clientes constantes de la sección paga del viejo *Jornal do Comércio.*

Los jóvenes, como yo, sentían un gran placer en ver qué brillantemente, con qué altas virtudes, lucía la locura en aquel sombrío cuadro de bajos intereses, de injurias y de sordidez monetaria.

Lo más notable, sin embargo, eran las violentas censuras, las alusiones a vicios y malos hábitos de los adversarios. Causaba espanto el esfuerzo de imaginación malgastado en obtener circunloquios bastante claros como para ser comprendidos en su verdadero sentido por toda la gente, y bastante velados como para que no hubiera impedimentos para su publicación. El director era atacado con encarnizamiento; no se molestaba, pero en los artículos se fingía herido, disgustado. Aires d'Avila recibía también su buena parte en la andanada. Hasta se publicó un epitafio para él, en verso, terriblemente sarcástico, que era atribuido a un poeta famoso por la perfección de sus versos, por su buen humor bohemio y su vena satírica. Decía así:

P. R.
(A.A.)

Quando êle se viu sòzinho
Da cova na escuridão,
Surripiou de mansinho
*Os bordados do caixão.***

A pesar de todo eso, ambos se mantenían inalterables y calmos. Aquello era como un torneo de ajedrez, y estaban jugando con toda calma mientras fumaban un cigarro. La población, sí, vivía inquieta, pendiente ora para aquí, ora para allá, pero siempre teniendo en cuenta la opinión de *O Globo.* Sin embargo, había en ese torneo un premio, un gran premio de mil y tantos *contos,* de los cuales algunas decenas irían a parar a los bolsillos de Aires d'Avila y de Lage da Silva, cuyas visitas al barrigudo periodista eran asiduas y prolongadas. El antiguo panadero de Itaporanga continuaba en su semiministerio, pero siempre solícito, bien relacionado, buscando a unos y a otros. Ultimamente explotaba una casa de diversiones en Lapa, "Folies Bergères", donde se decía que había juego oculto. No había estreno de cantante alguno para el que no mandara invitaciones individuales al personal de todos los

* "30 por una tiña / 40 por una migaja / 60 por una cara / 70 por una lumbre."
** "Cuando él se vio solito / en la oscuridad de la tumba / zamarreó despacito / los bordados del cajón."

periódicos. El sabía los nombres de todos, uno por uno, desde la redacción hasta la administración, pasando por las oficinas, corrección y expedición.

La batalla, no obstante, no se decidía. Las dos huestes en lucha no ganaban terreno. Un día era de la gente del prefecto; otro día, era de los adversarios. Venía un asesinato, un incendio: se abría una tregua. El gobierno temía un fracaso, y lo esperaba. Surgió, sin embargo, la cuestión de los zapatos obligatorios, que fue lo que precipitó los acontecimientos. No hace mucho de ese motín, y aún muchos de mis lectores recuerdan perfectamente los acontecimientos. Escribiendo ahora estas páginas, siento escrúpulos. Me parece que voy a acusar al doctor Loberant de haber desatado esta sangrienta batalla, siendo culpable de la muerte de algunas decenas de ciudadanos en las barricadas improvisadas. No es ese mi intento, pues estoy seguro de que ni él, ni nadie, es capaz de medir y evaluar las múltiples reacciones que nuestras palabras pueden operar en los otros cuando son transmitidas. Sería innoble que lo quisiera acusar. El fue, por así decir, un benefactor mío, y cualquiera puede hacerlo, menos yo, teniendo ese derecho que a mí se me escapa. A pesar de ello, aunque mis palabras puedan ser tomadas en ese sentido dirán fielmente lo que vi y lo que sentí.

El asunto de los zapatos obligatorios nació de un proyecto del Concejo Municipal, que fue aprobado y sancionado, determinando que todos los transeúntes de la ciudad, todos los que salieran a la calle, serían obligados a andar calzados. Estábamos pasando entonces por una de esas crisis de elegancia que de cuando en cuando nos visita. Estábamos fatigados de nuestra medianía, de nuestra desprolijidad; la visión de Buenos Aires, muy limpia, cuidada, elegante, nos provocaba, llenándonos de locos deseos de igualarla. Había en eso una gran dosis de amor propio nacional, y un obstinado deseo de no permitir que los extranjeros, al regresar, llenaran de críticas a nuestra ciudad y a nuestra civilización. Nosotros envidiábamos a Buenos Aires tontamente. Era como si un literato tuviese envidia de los carros y los caballos de un banquero. Era el argumento presentado en seguida contra los adversarios de las leyes voluptuosas que con el tiempo aparecen: "La Argentina no nos debía vencer; Río de Janeiro no podía continuar siendo un puerto para cargar carbón, mientras Buenos Aires era una verdadera capital europea. ¿Cómo es que no teníamos anchas avenidas, paseos de carruajes, hoteles de lujo, clubes de juego?".

Lage da Silva, olfateando lo que había de negociados en los proyectos de mejoras, los propugnaba ardorosamente. En sus conversaciones en la redacción, decía constantemente:

—¿Qué son diez o veinte mil *contos* que gaste el Estado? En menos de cinco años, sólo con las visitas de los extranjeros, ese capital es recuperado... ¿Hay otra ciudad en el mundo con tantas bellezas naturales como ésta? ¿Cuál?

Aires d'Avila hasta llegó a escribir un artículo, mostrando la necesidad de calles anchas para disminuir la prostitución y el crimen, y desarrollar la inteligencia nacional.

Y los del frente, los cinco mil de encima, se esforzaban por obtener las medidas legislativas favorables a la transformación de la ciudad y al enri-

quecimiento de los patrimonios respectivos con indemnizaciones fabulosas y especulaciones sobre terrenos. Los Haussmanns pululaban. Se proyectaban avenidas; abríanse *squares* en los planos, se delineaban palacios y, como complemento, también querían una población coqueta, limpia, elegante y blanca: cocheros irreprochables, lustrabotas de librea, criadas rubias, de ojos azules, con el uniforme como se veía en los diarios de moda en Inglaterra. Fue ese estado de espíritu que dictó el famoso proyecto de los zapatos.

Al ser presentado nadie le dio importancia porque días antes se había producido un crimen sensacional que monopolizaba la atención de la ciudad.

Yo había terminado el trabajo del día e iba a salir. Faltarían cinco minutos para las seis, cuando Lemos, reportero de policía, entró jadeante y deslumbrado. Llegó y habló al secretario, nervioso de alegría, con la palabra entrecortada, oprimido de felicidad:

—¡Un crimen! ¡Un gran crimen!

—¿Dónde?

—En Santa Cruz, en los campos de San Marcos... Una mujer y un hombre fueron encontrados muertos a cuchilladas y decapitados... Vestían lujosamente... Parecen personas distinguidas... ¡Un misterio!

Todos los circunscritos escucharon estupefactos la breve narración, del reportero. Después de un corto silencio, llovieron las preguntas. Lemos no sabía nada; había recibido la noticia de Teixeira, que había estado en la policía, donde no sabían mucho más que eso. La noticia había venido de Santa Cruz por telégrafo... Leporace, que raramente salía de su naturaleza de celenterado, se puso nervioso y comenzó a tomar medidas para explotar el caso:

—¡Ya mismo un boletín... Ya!

Y en seguida, rápidamente, Adelermo comenzó a trazar en letras garrafales la noticia que Lemos trajera. Yo fui a pegarla a la puerta; desde una saliente del tejado, Leporace evaluaba el efecto. El primer curioso que pasó, se detuvo quedándose a leer. Vinieron otros, y en breve una multitud estaba estacionada frente al diario. La noticia se difundió rápidamente, con velocidad de telégrafo, con esa rapidez peculiar a las noticias sensacionales que en las grandes ciudades se transmiten de hombre a hombre, casi con la velocidad espantosa de la electricidad. El doctor Loberant entró, cruzando dificultosamente por entre la multitud. Había escuchado algo, y corrió al diario.

—¿Qué pasó? —preguntó. Le contaron. Su fisonomía se abrió en una sonrisa, feliz. Iba a vender más de mil o dos mil ejemplares. Llegó a la ventana y vio a la muchedumbre crecer continuamente. Vino a la sala de redacción y preguntó imperiosamente:

—¿Quién está haciendo la *cabeza*?

En los diarios se llama *cabeza* a las consideraciones que preceden a una noticia. Hecha con la moral de Simón de Nantua y la lectura de los folletines policiales, la *cabeza* es la piedra de toque de la inteligencia de los pequeños reporteros y de los redactores anónimos.

Para dar un ejemplo, voy a reproducir aquí trechos de una *cabeza*.

Se trataba de una pelea entre amantes y el reportero, después de titular

la noticia LOS ETERNOS CELOS, comenzó a filosofar con mucha lógica e inédita psicología:

"Los celos, ese sentimiento dañino que embrutece la imaginación humana y la arrastra a la concepción de crímenes, cada cual más trágico y horripilante, no cesa de producir sus efectos maléficos."

Continuaba, luego de un período intermedio:

"En el caso de que vamos a ocuparnos, se trata de la pelea entre dos amantes, motivada por una parte por los celos, y por la otra por la repulsión natural de quien se siente ofendido y maltratado."

Así son, con pocas variantes, las *cabezas*.

En el *Despacho* había un especialista en ese género periodístico que era tenido por un genio.

—¡No hay como Matoso! ¡Qué facilidad! ¡Qué rapidez! ¡Escribe treinta tiras en una hora! —decían los colegas.

Eso le valía una fama y un concepto, entre los suyos, superiores a los que el consejero Rui Barbosa tenía en todo el Brasil. Es preciso saber que las tiras en el diario son menores y llevan menos palabras que las redactadas por cualquier persona no afecta al oficio. Se escriben con grandes intervalos entre las líneas y grandes espacios entre las palabras, para facilitar la composición.

Lo demás eran las banalidades, los conceptos familiares sobre el crimen y los criminales, que él desarrollaba con la convicción de quien estuviese haciendo un estudio profundamente psicológico y social. ¡Oh! ¡La vanidad de los desconocidos de la prensa es inmensa! Todos ellos se juzgan con funciones excepcionales, propietarios del arte de escribir, por encima de todo el mundo. No reconocen que son como un empleado cualquiera, funcionando automáticamente, burocráticamente, y que una noticia se hace con moldes, y con moldes tan evidentes como los de la redacción oficial. Casi todos los reporteros y burócratas de los diarios desprecian la literatura y a los literatos. No los grandes nombres victoriosos a los que veneran y colman de elogios; sino los pequeños, los que comienzan. Extraña ignorancia de quien, por intermedio de los artículos de los que saben, copia los procedimientos de los novelistas, las frases de los poetas y desvirtúa los conceptos de los historiadores, imitándoles el estilo con una habilidad simiesca...

Leporace, tomado en falta, respondió tímidamente al director:

—Nadie.

—Pues ya debían haber pensado en eso... Vaya, don Adelermo, haga la *cabeza*; y usted, don Lemos, ¡ya mismo para Santa Cruz!

—Sólo hay un tren dentro de una hora y con seguridad no podré tomar el de regreso a las siete y cuarenta y cinco...

—No importa. Vaya, duerma, telegrafíe... Pase por caja y dígale a Pranzini que le dé doscientos mil *réis*.

El director se retiró y Adelermo comenzó a escribir.

—¿Cuál será el título? —dijo, suspendiendo la pluma.

—Crimen en la Pampa —gritó Oliveira.

Oliveira, Carlos Oliveira, era de Bahía. Mañoso, maniobrador, había captado la amistad y el compadrazgo del director, de Aires d'Avila y de Losque; había conseguido gran influencia en el diario, en el que ya había colocado a

dos redactores, Adelermo y Losque, y muchos reporteros. Ganaba como un redactor importante; pero su servicio era traer noticias de la Estación de Ferrocarril y de los Telégrafos. En la redacción, se limitaba a escribir: *Se concedieron pases a los telegrafistas F. y S.; la línea de Vista Alegre, 9.º distrito, está interrumpida debido a...*, etc.; en la calle, sin embargo, entre los auxiliares escribientes y los directores, hacía constar que escribía artículos y crónicas. Vendía su pomada...

Adelermo Caxias no comprendió bien el título de Oliveira y preguntó:

—¿Por qué "Pampa"?

—¿Pampa no es campo?

Caxias, a pesar de la explicación, no la aceptó y preguntó a otro:

—¿Cuál debería ser, Floc?

—"Bucolismo y tragedia".

—No. Demasiado erudito...

—"Celos y crimen".

—¿Por qué celos?

Por fin llegó Leporace y recordó un título rocambolesco de novela popular: *Descampado de la muerte*. ¡Buena idea!, gritaron todos; y Adelermo se puso a escribir.

La calma volvió por un instante a la redacción, pero en seguida fue interrumpida por el sonido del teléfono. Lemos, que estaba en la policía, mandaba decir que se había encontrado un sombrero de paja junto a los cadáveres. La multitud, frente al diario, continuaba aumentando. Muchos subían pidiendo informaciones. La curiosidad era general; el crimen había impresionado a la población. Por esa extraña y misteriosa facultad de las multitudes, aquel caso, vulgar un mes antes o después, aquel día tomó las proporciones de un acontecimiento, de un hecho poco común. Para atender a la impaciencia de la masa, constantemente se telefoneaba a la policía. La respuesta era la misma: no había noticias. El director, por detrás de la persiana semicerrada, observaba al pueblo allá abajo. Los reporteros llegaban trayendo a la redacción la ansiedad de las calles, la emoción de los cafés, toda la imprevista vibración de la ciudad frente a ese hecho policial casi banal.

Acá, del otro lado de la sala de redacción, sentíamos que *el doctor* escuchaba todas aquellas noticias con interés. La silla provocaba estallidos, tenues ruidos de movimientos de atención. Hubo un momento en que no se contuvo. Vino a la sala general inquiriendo esto, preguntando aquello; y seguro de la super excitación del público, de la extensión que la noticia había alcanzado en la ciudad, de la intensa curiosidad que dominaba a toda la gente, y además porque el *Jornal do Brasil* ponía, de vez en cuando, un boletín, determinó que Adelermo inventara cualquier cosa, indicios, testimonios, cualquier información. E hizo eso en alta voz, congestionado, entre enojado y contento, escupiendo injurias contra el rival.

Adelermo era la imaginación del diario. Había nacido en Maranhão y escribía regularmente. A pesar de que nunca se había hecho notar por una asociación más original de ideas, en el diario se lo tenía por imaginativo porque había nacido en el Norte y tenía una buena dosis de sangre negra en las venas. Las generalizaciones de los diarios son infalibles...

Pero... Adelermo era la imaginación del diario, y sobre sus hombros recaía todo el peso de la necesidad de informaciones inmediatas al público cuando los documentos faltaban o eran incompletos.

Si había un atentado anarquista o un terremoto en Europa, el telegrama era por demás conciso. Adelermo tenía el encargo de desarrollarlo, de explicarlo, de reconstruir la escena para el gusto público. A veces le pedían más detalles; el director quería la descripción del *complot*, la escena de la *suerte*, la lúgubre luz de un humoso farol, en una buhardilla. Adelermo era obediente y todo lo hacía. Intimamente le disgustaba ese papel de mentiroso; pero temía ser despedido, puesto de patitas en la calle. Ese era el gran terror de todos. No eran los sueldos, no era la miseria lo que los aterraba; temían no encontrar otro lugar en los diarios y por eso perder la importancia, el honor supremo de pertenecer al periodismo. Ellos no valían por sí mismos; era el diario lo que les daba brillo.

En las invenciones de Adelermo, casi siempre pasaban cosas fantásticas y curiosas.

Entonces había complicaciones de topografía, calles metidas unas en las otras; pero el terremoto que la potente imaginación de Adelermo llevaba a las grandes ciudades de Europa, pasaba completamente desapercibido para el público y nadie, días después, se acordaba de cotejar las noticias dadas por *O Globo* con las que venían en los diarios de Europa.

Caxias no se detuvo; en seguida se puso a escribir. El no conocía la región, nunca había pasado de S. Francisco Xavier, y una vez había acompañado a un figurón argentino a Belo Horizonte, en servicio de reportaje, en un rápido. Nunca había ido hacia los lados de Santa Cruz, no sabía nada de la situación de la localidad, de su posición con relación a las otras estaciones. Habiendo tenido noticia de que los empleados del Ferrocarril recordaban haber visto desembarcar en la estación a una pareja de las condiciones de la del asesinato, concluyó que la pareja había ido a pie desde Cascadura, estación que le parecía ser muy próxima al tradicional edificio parroquial.

El boletín ya iba a emitirse cuando alguien, mejor informado, objetó:

—¡Cascadura! ¡No es posible, Adelermo! Dista varias leguas de Santa Cruz.

—Entonces, ¿dónde podría ser? Ellos fueron a pie desde la estación más próxima... ¡De eso no hay duda! ¿Cuál es la estación más próxima que conoces?

El otro hizo un gran esfuerzo de memoria, estuvo pensando unos instantes y por fin dijo:

—Está Realengo... ¡Después... Después...! ¡Campo Grande! ¡Debía ser Campo Grande!

Inmediatamente, sin que se hubiera borrado del todo la palabra Cascadura, Caxias enmendó el texto y se puso en exhibición el nuevo boletín.

La calle se llenó aún más. Había gente de todo tipo: viejos, jóvenes, burgueses, obreros, señoras, personas de todas las clases y condiciones. Los que quedaban más distantes, en el paseo fronterizo, para ver mejor, se ponían en puntas de pie, llenos de ansiedad. Cuando subí la escalera, me volví un instante y vi a ese centenar de personas, con los ojos desorbitados, el cuello

levantado, esforzándose por leer aquella mentira formidable, producida en aquella fábrica de fraudes que se llama periódico.

La dirección había recibido una visita. Era la Vizcondesa de Varennes, que conversaba con Floc. Los dos estaban en el período del enamoramiento; ella, retirando el mayor provecho en noticias, pésimos sonetos publicados en la primera página; él, untuoso, gastando sus mejores sonrisas y algunos mil *réis* de su económico bolsillo.

—¡Oh, doctor Couto! —decía ella—. ¡Qué cosa! ¡Cómo está todo! ¡Qué maldad! Yo venía riéndome cuando vi... ¡Quedé asustadísima! ... No sé. ¡Mi Dios! Cuando veo estas cosas hasta tengo miedo de vivir...

Leporace pasó y dejó sobre la poetisa una mirada llena de deseos. Los enormes ojos de buey de la poetisa volvieron un instante hacia el secretario, que se deshizo en cortesías. La vizcondesa tenía buenas relaciones con todos los redactores y reporteros, y todos ellos esperaban, más tarde o más temprano, tenerla una noche en sus brazos.

Con su finura de profesional del Amor, ella bien que percibía el hambre que todos aquellos hombres tenían de su cuerpo fatigado. No desanimaba a ninguno, recibía los homenajes, sonreía con su ancha sonrisa, contrayendo las grandes manzanas encarminadas, abanicándose un instante se arreglaba la falda de seda de manera que le dibujara mejor las piernas, y pedía favores: una referencia, una noticia, la publicación de un soneto, de un cuento. Así se valorizaba. Los únicos del diario que no la querían en absoluto, eran el director y Gregorovitch. Este, cuando la escuchó tan temerosa, prorrumpió bruscamente con su voz metálica:

—¡Caramba, señora mía! Todos nosotros somos criminales... ¡Usted también lo es!

—¿Yo, doctor?

—¡Sí! Usted, para vivir, arrebató la vida a mucha gente; para tener ese vestido, esos grandes y vistosos lazos, quita la de muchos otros... Nuestra vida sólo se desarrolla con grandes violencias sobre las cosas, sobre los animales y sobre los semejantes...

—¡Pero no las conocemos!

—Tal vez no sea tanto así...

La vizcondesa extendió la mano al floreciente Floc, abarcó con su mirada a toda la sala y salió arrastrando el cuerpo pequeño y pesado.

Caxias continuaba en su trabajo de los boletines periódicos. Algunos diarios de la tarde dieron una segunda edición. *O Globo,* sin embargo, con sus continuos carteles, distraía a los compradores. En los portones ya no había más lugar. Los boletines iban de arriba hacia abajo; algunos ya cubrían a los otros. La gente continuaba aglomerada. Oscurecía. Alguien encendió un fósforo para leer mejor. El doctor Ricardo, que había regresado de cenar, viendo el gesto del pueblo amontonado, mandó que fuera encendido el foco eléctrico de la fachada.

Los otros diarios, que también habían fijado boletines, en seguida lo imitaron; y la calle de Ouvidor, a esa hora de la tarde excepcionalmente transitada e iluminada, surgió como en un día de fiesta. Todo el diario convergía hacia el crimen. Se mandó retirar una gran parte del material, sacar el lindo

artículo de la festejada colaboradora Pilar de Giralda, una vieja señora de los salones burgueses de Botafogo y Petrópolis, que después de ser abuela había comenzado a escribir unos cuentos colegialmente eróticos o unos artículos con pretensiones propagadoras de la emancipación de la mujer y el divorcio. Salió también el folletín del joven Deodoro Ramalho, un discípulo de Veiga Filho, autor de unos cuentos pastosos, plagados de frases redondas, redondillas, que escapaban casi diariamente por las columnas de *O Globo,* con la blanda resistencia de la masa de tinta que sale de un pomo de aguas aromáticas.

Su folletín siempre tenía pretensiones de gracia, de cosa ligera y leve, sin dejar de ser intelectual. Además del folletín semanal, también escribía un cuento los domingos, historias juveniles de amoríos burgueses y casamientos de bachilleres y doctores. Era de una fecundidad de párvulo. No había tontería que le pasara por la cabeza que dejara de escribirla. Pero tenía admiradores: su novia, sus futuros suegros, algunos compañeros de escuela y media docena de muchachitas de la calle de Voluntários.

El doctor Ricardo respetaba su literatura por saberlo con distinción en materia médica, en lo que él encontraba gran competencia para el valor literario de las producciones del joven. Además, sus relaciones, el rigor colegial de su vida, sus ojos azules, le habían valido el respeto y consideración de todos los reporteros, redactores y colaboradores.

Raúl Gusmão, con aquella cobardía moral que lo caracterizaba, tan pronto se enteró de que estaba muy bien relacionado en Laranjeiras, con influencia entre los colegas, hablando familiarmente con diputados y senadores —gente influyente para la gloria y todo lo demás— comenzó a elogiarlo a través de su diario. *El Binóculo* no cesaba de señalar su paso por la calle de Ouvidor: el doctor Deodoro Ramalho, el fino *conteur* de *O Globo.* Y él, a su vez, producía su eco en el diario de Loberant: "*nuestro amigo Florêncio Silva, cuyo temperamento tumultuoso fue un bello espectáculo para la generación actual, acaba, etc., etc.*".

Y así se fue transformando en una celebridad, hombre notable, admirado en los salones, y hubo (él lo dijo una vez en la redacción) una muchacha que lo encontró algo parecido a Pierre Veber, en el estilo y en la fisonomía. El preguntó entonces a Floc quién era ese tal Veber.

—Oh, ¿no lo conoces? Es una celebridad ultraparisina, *parisinísima...* Solamente allá las puede haber de esa clase... Nada de figurones sin calidad, de cosas grotescas y solemnes; ligerezas, *gauloiseries,* un casi todo y un casi nada, como alguien dijo... Es uno de los cinco reyes del espíritu francés actual: él, Tristán Bernard, Courteline, Alphonse Allais... ¿Nunca leíste *Vous m'en direz tant,* de él y Tristán Bernard?

—Nunca.

—Pues es necesario que lo leas... ustedes se vuelven hacia los carentes de talento, tienen la manía libresca, y no conocen la verdadera literatura francesa. Papá Flaubert y abuelo Hugo...

Y durante todo su curso el joven Deodoro Ramalho, desovó cuentos, artículos, folletines y sacó decenas de distinciones en la Facultad de Medicina. En la escuela, las distinciones le venían de su prestigio de periodista; en el diario, su superioridad partía de sus distinciones en la escuela.

El día del crimen el director no salvó a su graciosísimo folletín. Ordenó que no saliera, porque quería una página y media sobre el crimen; que se inventara, que se dieran los menores detalles, las sospechas más irracionales; que se hiciera la historia de Santa Cruz y del Ferrocarril Central del Brasil. Fuera como fuese, él quería página y media, y veinticinco mil ejemplares para la venta en la calle.

Dividido el trabajo, cada uno de los reporteros y redactores quedó encargado de una parte de las muchas en que se escindió la noticia del crimen sensacional. La primera página, es decir la sagrada página de los sesudos consejos del austero Aires d'Avila, de la alta literatura de Veiga Filho, del ronroneo amoroso de la vieja Pilar, fue literalmente llenada con todo lo histórico de Santa Cruz (columna y media), la *cabeza* de Caxias, los retratos de Don João VI, de la reina Doña Carlota, de Don Pedro I, de José Bonifácio, del Vizconde de Cayrú. Los cadáveres, además de su fotografía, venían descritos con mucha minucia y amplia fantasía, y tampoco fue olvidada la información de que, junto a ellos, había fragmentos de "grés", granito en descomposición, pero "grés" según la petrografía periodística.

Los diccionarios, los manuales, los indicadores de toda clase, andaban de mano en mano. La redacción trabajaba esforzadamente, cuando vino a interrumpir su afán el joven doctor Franco de Andrade, gran premio de la Facultad de Bahía, literato, alienista y clínico al mismo tiempo. Había venido en la comitiva de un ministro bahiano y ya poseía cuatro empleos. Además de profesor sustituto, era médico del Hospicio, médico legista de la policía y subdirector de Salud Pública. Había escrito un volumen de poesías místicas y esparcía en las aulas el más vulgar materialismo. Era idealista en verso; en prosa, positivista. Con eso, era dueño de unos modales delicados, de una amabilidad que cautivaba a las redacciones en masa. Penetró en la sala sonriente, diciendo una broma a uno, haciendo una pregunta a otro. Alguien pidió su valiosa opinión sobre el crimen; el sabio no se hizo rogar:

—Pienso que el examen médico-legal no se debe limitar a una simple autopsia... Convenía que se lo hiciera más amplio... Como sucede en la India, donde la confusión de razas es inmensa y, por lo tanto, la raza es un buen dato para identificar, aquí sería bueno que también se hicieran mensuras antropológicas...

—Sin la cabeza, ¿es eso posible, doctor? —preguntó Losque.

—Perfectamente.

Y el gran premio de Bahía, alternativamente Maeterlinck, Charcot y Legrand du Saule, tomó los aires doctorales que convenían, y continuó:

—El profesor Broca indicaba treinta y cuatro mensuras de primer orden; Topinard era de opinión que dieciocho eran necesarias y quince optativas; pero Quételet, en su *Anthropométrica* exige cuarenta y dos.

La redacción estaba embobada. Todos dejaron de escribir para escuchar al joven sabio. El "medallado" paseó un instante por la sala su inmensa mirada llena de apetitos y ambiciones, y enmendó:

—De ésas, muchas son tomadas en los miembros y en el tronco: el talle, la pelvis, el fémur, etc. Por otra parte, también se tienen otros datos auxiliares: la sección de los cabellos, el examen microscópico del pigmento... Un

operador hábil con tales medios puede indicar perfectamente la raza y la subraza del invidiuo...

Al día siguiente, el diario desarrollaba los consejos del joven y notable doctor Franco de Andrade; y la medida era tan sabia que, en el mismo día, el jefe de policía lo requería para hacer el trabajo médico-legal, exigiéndole el estudio antropológico de los cadáveres.

No le fue difícil hacerlo. Veinticuatro horas después los resultados estaban publicados y *O Globo* se deshacía en elogios al notable trabajo científico del doctor Franco de Andrade, *un joven de esta nuestra fuerte generación moderna, que sabe aliar el saber a la simplicidad.*

Y como si el valiente órgano hubiese hablado en el interior de una bóveda todos los otros diarios, neutrales, gubernamentales, opositores, repitieron sus frases y los elogios al talento del doctor Franco.

El crimen continuó siendo la gran preocupación pública durante los siete días que siguieron. El informe del doctor Franco concluía que el hombre era mulato, cierto que muy claro, pero aun con grandes señales antropológicas de la raza negra. Sin embargo los testigos, entre ellos el jefe y los conductores de los trenes, no recordaban haber transportado a ninguna pareja de tales condiciones. Solamente un dentista, político en la localidad, había declarado haberse cruzado en el camino con una pareja en las condiciones indicadas por el informe del doctor Franco. Las indagaciones continuaban y el crimen sacudía a la ciudad. Su brutalidad y su misterio continuaban como amenazas para todos; además, estaba envuelto en una atmósfera de amor, de amor prohibido, embalsamado de lujo, de elegancia y juventud que sacudía y preocupaba todas las imaginaciones.

Durante la semana el doctor Ricardo no se olvidó un solo día de indagar cómo iba la venta. La tensión de la opinión era grande y aumentaba. No se hablaba de otra cosa en las casas, en los tranvías, en las reparticiones. Los diarios la superexcitaban más, inventando detalles, haciendo suposiciones, indicando pistas. Adelermo no cesaba de imaginar: fue el rey del diario en aquellos días, con gran envidia de Floc.

—Caramba, ¡qué imaginación tienes! —decía con amargura.

A veces, fuera de todo propósito, fingía desdeñar la facultad primordial de Adelermo, tildándola de calidad inferior. No bastando eso, también vino con sus burilados Veiga Filho, que ganó algunos centenares de *mil réis*.

Pasaron ocho días y nada se adelantaba. Una casualidad permitió la identificación de los asesinados. Un dueño de hotel, teniendo una de sus habitaciones ocupada por una pareja que no aparecía, desconfió que el hombre hubiese sido el asesinado. Fue a la policía, las autoridades derribaron las puertas y abrieron las valijas. En una de ellas encontraron una cédula de identidad, otorgada por la policía de Buenos Aires. Un sargento tuvo la idea de confrontar la ficha dactiloscópica con la del cadáver del hombre; y descubrió que el muerto era el ciudadano italiano Pascual Martinelli, establecido con fábrica de pastas en la capital porteña, que había partido con la mujer con la intención de quedarse algunos días en Río de Janeiro. Un día antes de ese descubrimiento, el doctor Franco de Andrade era nombrado director del servicio médico-legal de la policía de la ciudad de Río de Janeiro.

XI

DURANTE TODO ese tiempo, residía en una casa de pensión, a la altura de Rio Comprido. Era lejos; pero la había elegido porque el alquiler era barato. La casa estaba situada a una cierta altura, cabalgando sobre la calle Malvino Reis y, actualmente, los dos pisos del antiguo palacete que había sido, estaban divididos en dos o tres decenas de habitaciones, en las que vivían más de cincuenta personas.

El jardín, del que aún restaban algunas partes de césped amarillento, servía de tendedero. De toda la chacra sólo quedaban algunos altos árboles, testigos de la pasada grandeza y que sin ninguna fatiga ni simpatía daban sombra a las lavanderas, cocheros y criados, como antes lo hicieran a los potentados que allí habían habitado. Guardaban el portón dos erguidas palmeras que marcaban el ritmo del rincón de nostalgias que la vieja casa suspiraba; y era de ver, en el estío, la resignación de una vieja y nudosa *mangueira,*[1] furiosamente atacada por la nutrida chiquillería que le disputaba los grandes frutos, que algunos años atrás bastaban y sobraban para los antiguos propietarios.

Hubo noches en que creía escuchar que esas paredes hablaban, recordando el sosegado fasto que habían presenciado, los cuidados que habían merecido, y los cuadros y retratos venerables que habían soportado durante tantos años. Seguramente recordarían los lindos días de fiesta, los casamientos, los cumpleaños, los bautismos, en que parejas bien presentadas danzaban entre ellas "lanceros" y un veloz vals a la francesa.

Por la noche, cuando entraban aquellos cocheros de grandes pies, aquellos cargadores transpirados, el suelo gemía, gemía particularmente, doloro-

[1] *Mangueira:* planta que produce la *manga.*

samente, angustiosamente... ¡Qué nostalgias habría en esos gemidos, de los breves piesecitos de las niñas quebradizas que por tanto tiempo lo habían pisado!

La casa quizá había pertenecido a un oficial de marina, un jefe de escuadra. En el techo del salón aún había un Neptuno con todos los atributos. Ese salón, el principal, estaba dividido en el medio por un tabique; los caballos marinos y una parte de la concha marina habían quedado en una parte, y el dios en la otra, con un pedazo del tridente, cercado de tritones y de nereidas.

En un cuarto (en algunos), a veces vivían familias enteras, y allí tuve yo ocasión de observar de qué fuerte manera la miseria une sólidamente a los hombres.

De lejos, parece que toda esa gente pobre que vemos por ahí, vive separada, alejada por nacionalidades o por el color; en el palacete, todos se mezclaban y se confundían. Quizá no se amasen, pero vivían juntos, intercambiando regalos, protegiéndose, prestándose mutuos servicios. Sin embargo, bastaba que surgiera una desinteligencia para que los tratamientos despreciables estallaran de parte a parte.

Es cierto que cuando asistía a tales escenas no quedaba contento, pero tampoco sabía reflejar por aquel tiempo que, cualesquiera sean los hombres, en cuanto surgen desinteligencias se rompen de inmediato los buenos modales y el trato se vuelve despreciable.

Vi ahí, en la casa de Rio Comprido, los casos más disparatados; y los domingos por la mañana, cuando me asomaba a la ventana miraba jugar en el patio a un grupo de niños en los que se mezclaba la sangre de muchas partes del mundo. En ninguno de ellos había el parloteo y la inocencia de los niños ricos; cuando no eran humildes y tristes, eran irritables. Fácilmente surgía una riña entre ellos y el llanto pasaba del contendor vencido a ser general para todos, con los castigos infligidos por las madres a los culpados y a los culpables.

Me admiraba que esa gente pudiera vivir, luchando contra el hambre, contra las incomodidades y contra la civilización; que tuviese energía para vivir rodeada de tantos males, de tantas privaciones y dificultades. No sé qué extraña tenacidad la lleva a vivir, y por qué esa tenacidad es tanto más fuerte cuanto más humilde y miserable es. Vivía en la casa una muchacha negra que soportaba días enteros de hambre, viviendo mal de lo que le daba una miserable prostitución; sin embargo, al menor dolor de dientes lloraba, temiendo que la muerte estuviera próxima.

Cuando reflexionaba así era de tarde, y desde la ventana de mi cuarto veía bien la cortina de montañas desde Santa Teresa al Andaraí. El sol había resbalado ya del todo y la garganta de Tijuca estaba llena de nubes doradas. Un pedazo de cielo era violeta, otro azul, y hasta había una parte en que el matiz era solamente verde.

Miré aquellas laderas cubiertas de árboles, de florestas que casi descendían por ellas abajo, hasta las calles de la ciudad cortadas por los tranvías eléctricos. ¡Cuántas formas ya las habían cubierto, cuántas vidas ya no las habrían pisado! Después de venida la civilización, ¿cuántas veces no habrían

sido despobladas, viendo perdida su alfombra de verde? Y a través de los siglos, a pesar de los cataclismos, de las evoluciones geológicas, de la acción del hombre, ¡ni una sola vez aquella tierra había dejado de hacer surgir plenamente, en las ramas de los árboles y en los plumajes de los pájaros, la energía vital que había en sus entrañas!

Mi vida, en aquel gran caserón, transcurría un poco aparte. Saludaba a todos, pero hablaba poco. Solamente mi lavandera mantenía relaciones conmigo, y era por ella que yo sabía de la vida de aquel vasto conventillo.

Era una vieja mulata, ya muy fea y de fisonomía deshecha. De genio alegre y comunicativo, le gustaba conversar, considerando con escepticismo especial las cosas de la vida, sus variaciones.

—Ya supo ser gente —me decía—, hoy...

Así era la vida, continuaba, la noche viene después del día, esto para unos que son como yo. Para otros, es lo contrario, el día viene después de la noche. No vio a María —ejemplificaba con su voz perezosa mientras yo controlaba la ropa—. ¿No la conoció?

Respondía que no; ella entonces explicaba...

—...aquella muchacha clara, casada, que vivía en un cuarto de allá abajo.

Yo insistía que no, y la vieja continuaba.

—No viene al caso —y seguía—: El marido había comenzado a beber y a maltratarla. Una noche, volviendo muy borracho de la calle, la golpeó. Fue a la Misericordia y allá encontró a alguien, un doctor, no sé, que se entusiasmó con ella... Hoy, muchacho, ¡tiene un estado! ¡Uff! Así es: para unos, la noche viene después del día; para los otros es lo contrario...

Y finalmente agregaba con disgusto:

—Yo también tuve hombre para mí; pero no supe aprovechar... Cuando él murió, las hijas por poco no me quitaron la ropa del cuerpo... ¡Ah! ¡Esta vida!... ¿Están bien los cuellos?

Por ahí se callaba, y quedaba mirando el suelo, absorta en recuerdos y en nostalgias. Entonces yo preguntaba:

—¿No tuvo hijos, doña Felismina?

—Tuve dos; una muchacha y un muchacho.

—Están bien, ¿no?

—Uno, el joven, murió; y la chica...

—¿Está casada?

—No... Vive con un hombre... Se llevó muchos tropiezos... No fue por culpa de ella... Usted sabe: nosotros, cuando no tenemos a nadie, es así...

Y se levantó, sacudiendo la cabeza como queriendo azotar la amargura que quería invadirla...

Aquella mañana me había levantado muy temprano para ir al diario. Aquel día no me correspondía el servicio diurno; pero el redactor portugués llegaba a las diez y yo había recibido orden de ir a esperarlo al muelle. En el diario, el director es una especie de señor feudal a quien todos rinden vasallaje y juramento de entera dependencia: son sus hombres. Sus fiestas, son fiestas del feudo a las que todos tienen obligación de asociarse; sus odios son odios de señores feudales, que deben ser compartidos por todos los vasallos, villanos o no. La recepción del redactor portugués era una fiesta suya

y él exigía ese aparato para que tuviese una repercusión favorable en la gran colonia portuguesa. Todos tenían que ir. Y aunque simple ordenanza, el director exigía terminantemente mi presencia para mostrar a los otros periódicos rivales que en el suyo no había distinciones vanas, *era una tienda de trabajo donde todos se esforzaban como hermanos.*

Es otra mentira de los diarios, que luego sentí.

No hay oficina ni casa de negocio en que la jerarquía sea más ferozmente tiránica. El redactor desprecia al reportero; el reportero al corrector; éste, a su vez, al tipógrafo, al impresor, a los empleados administrativos. La separación es lo más nítida posible y el sentimiento de superioridad, de unos hacia otros, es palpable, perfectamente palpable. El director es un dios inaccesible, caprichoso, una especie de *Tupã* [1] o de Júpiter Tonante, cuyo menor gesto hace temblar a todo el diario. Para ciencia de los pueblos, empero, aquello es *una tienda de trabajo donde todos se esfuerzan como hermanos;* y por ser así tuve que levantarme temprano y pedir en la víspera un par de puños limpios a doña Felismina. Ella me los entregó, preguntando:

—Dígame una cosa, don Caminha, ¿existe alguna ley que obliga a todos a ir calzados?

—Hay una reglamentación municipal.

—Pero ¿es verdad eso? Entonces ¿todos, pero todos?

—En la calle, sí. ¿Por qué se asusta?

—Dicen que los diarios hablan de eso, y hasta cuentan por ahí que quien tenga pie grande tiene que sufrir una operación para disminuir de tamaño los pies, como los chinos... ¿Es verdad?

—¡Qué va! ¡Es charlatanería pura! ¿Quién le contó eso?

Al salir todavía escuché que por los corredores se discutía el asunto con calor, girando siempre la conversación en torno a esa operación china que el gobierno quería imponer a la población.

En la oficina encontré a Floc, perfectamente preparado para la noticia de la llegada del nuevo redactor. Leía un párrafo en voz alta y escuché que describía el estado del mar y la agitación de las pequeñas embarcaciones en torno del transatlántico. En los diarios, los artículos impresionistas siempre son hechos antes de las impresiones.

En cierta ocasión se planeó una carrera de automóviles que fue más tarde prohibida por la policía, por tener que efectuarse en las calles centrales.

El hijo de Aires d'Avila, que por ese tiempo hacía un mañoso curso de Derecho y escribía en el gran diario unas insipideces, compuso con anticipación una elocuente descripción de la carrera. Llegó la prohibición; ¡pero el artículo salió bajo el pretexto de que tenía raros méritos literarios! Así es...

Floc escribía nerviosamente las impresiones que iba a sentir en el desembarco. Estaba de espaldas, y de vez en cuando rasgaba una o dos de las tiras escritas. En un momento dado, se irguió bruscamente, dejó escapar una exclamación desesperada, arrugó todo el papel que tenía escrito y lo arrojó rabiosamente al cesto. Después de haber ido a la ventana, volvió a escribir

[1] *Tupã:* nombre que los indios brasileños daban al trueno, al que posteriormente se identificó como una deidad.

con los mismos esfuerzos, con las mismas muestras de desesperación, que sólo desaparecieron y se ocultaron con la entrada del viejo y escuálido gramático Lôbo.

Aquel tozudo conservador venía de mal humor. No raramente sucedía eso, pero aquella mañana la tempestad interior parecía ser amedrentadora. Vestíase de negro como lo hacía habitualmente: una vieja levita corta, ya fuera de uso, con los faldones arrugados y grandes manchas brillosas en la espalda. Tenía un cuello de ave saliendo de unos cuellos muy bajos que la corbata cubría enteramente. Usaba cabello corto, anteojos sin aros y poseía una frente corta con una arruga horizontal, grande y permanente. Tenía curiosas manías. Si estaba de buen humor, traducía de una lengua a otra los proverbios y los refranes que surgiesen en la conversación. Basta que alguien dijera: *de grano en grano la gallina llena el buche,* para que él retrucase desde su mesa, abandonando la revisión gramatical:

—En francés: *petit à petit l'oiseau fait son nid*; los ingleses, en cambio, dicen...

Esa mañana no parecía dispuesto a su deporte favorito. Entró enfurruñado, con la arruga más acentuada que nunca, saludó ligeramente a Floc y, ya sentado, le preguntó por encima de los anteojos:

—¿Quién es este Sanches que escribió el artículo sobre "Bancos emisores"?

—No sé bien —dijo Floc—. Creo que es un abogado.

—¡Qué ignorante! ¡Pues el muy bestia no escribió "uno de los que fueron"! ¿Cómo puede admitirse esto? ¿Cómo salen cosas así? Estoy desmoralizado... Todos saben que tengo aquí la responsabilidad del idioma... ¿Qué dirá João Ribeiro? ¿Said-Alí? ¿Fausto? Rui, ¿qué dirá? Naturalmente van a acusarme de ignorante... Voy a decirle a Ricardo que preciso ver todos los originales, si no declaro públicamente que no tengo ninguna responsabilidad con la gramática de *O Globo*. ¡Esto no es posible!

Su irritación —lo supe más tarde— provenía verdaderamente del ataque que un profesor de la Normal hiciera a su gran obra, *Colocación de los pronombres; teoría y práctica,* un fascículo de treinta y seis páginas tan enredado de reglas que hacía equivocarse antes que acertar al que lo leyera.

Lôbo gozaba de gran ascendencia sobre el ánimo del director. Le enmendaba los artículos y había sido impuesto en el diario por su mujer, doña Inés, a quien el padre Bos, de las Hermanas, lo había recomendado como sabio. En *O Globo* todos le temían a su malhumor, por saberlo influyente y prestigiado como sabihondo en gramática, en geografía y en idiomas. Loberant no escondía su respeto. Para él, la más alta expresión de la cultura era hablar inglés y Lôbo sabía pedir agua en la lengua del gran imperio.

La gramática del viejo profesor era de una exagerada miopía.

No admitía equivalencias, variantes; era un código tiránico, una especie de chaleco de fuerza con el que había vestido a sus pobres ideas y con el que quería vestir las de los demás. Hay tres o cinco gramáticos portugueses, porque hay tres o cinco opiniones sobre una misma materia. Lôbo había organizado una serie de ellas sobre las innumerables dudas en las reglas de nuestra redacción y de nuestra habla, y ¡ay de quien discrepara en el diario!

La primera vez era enmendado, la segunda reprendido, y la tercera hasta podía ser despedido, en el caso de que él estuviera de mal humor.

En sus buenos días tenía la mansedumbre y los modales convincentes de un profesor de primeras letras y recitaba muchas veces a los oídos del reportero recalcitrante todas las reglas de Sotero sobre el empleo del infinitivo personal, diciéndole hijo, y repitiendo ejemplos. No admitía que se escribiese "viniéronle a llamar", y si alguien lo hacía en días de mal humor, ciertamente tendría que rehacer desde el comienzo al fin todo su trabajo.

Sin embargo, no todos se sujetaban a su inspección gramatical; Floc, Leporace, y Caxias, entre ellos, y Gregorovitch lo había asustado con algunos gritos y palabrotas, cuando el fiel gramático del diario quiso corregir su original.

El ruso entraba en ese momento en la redacción. El navío llegaba a las once y ya faltaba poco. Viéndolo entrar, Floc preguntó:

—¿Tú no vas, Gregorovitch?

—¿Adónde?

—Al desembarco de nuestro redactor.

El ruso no le respondió en seguida. Se sentó, encogió la cabeza dentro del cuerpo como una tortuga, frunció su boca grande, y después respondió:

—¡Yo! Ir yo a esos espectáculos... Esa es una baja "operación de adobo"...

El director entraba en ese momento y el doctor Iván no disimuló la respuesta. Loberant, siempre autoritario con todos, era de una delicadeza excepcional con él, por El Cairo y por Sofía.

—Usted es un exquisito, Gregorovitch —fue lo único que dijo.

Y salimos. Eramos una banda al frente de la cual marchaba el doctor Ricardo, apresurado, con los bigotes desplegados al viento y los faldones de la levita grisáceos volando como las alas de un enorme buitre. Llevaba erguido el bastón y con todos nosotros detrás, caminando rápidamente, parecía un comisario en operaciones o un jefe electoral que va a perturbar con sus guardaespaldas a la parroquia que no le era favorable.

Hacía un sol inclemente, sol de diciembre por la mañana. En el muelle ya estaba la familia del director, mujer e hijas pequeñas, las hijas de Aires d'Avila, cuya belleza recibía especiales elogios en las conversaciones de los cafés y confiterías, la *claque* entera de *O Globo*, el núcleo que generaba y transmitía por la ciudad el talento de Aires d'Avila, las cualidades cívicas del doctor Ricardo y las dotes literarias del joven Deodoro Ramalho, que estaba allí con su novia y su pasito de valseador impenitente. Otros fueron llegando después. Floc se quedó entre las señoras. Sus mejillas, sus ojos, la frente breve y hasta los largos bigotes negros adquirieron una irradiación especial; el propio mentón se aproximó de plano al pecho y vine a conocer a otro Floc, simpático, interesante, todo él cautivante y natural.

Inútil es decir que me quedé alejado, solo, como siempre me quedé en esas cosas y como parece ser mi destino. Doña Inés, la mujer del doctor Ricardo, a pesar de eso me saludó y musitó algo así como un "¿cómo andas, Isaías?" bondadoso y superior. Se tenía por ilustrada y noble. Era el oráculo literario e intelectual del marido. Se juzgaba ilustrada porque había apren-

dido a recitar unas cosas de las monjitas de Botafogo, y a pintar flores; noble, porque tenía un hermano diputado y su padre había chicaneado por el interior del Brasil.

El muelle estaba agitado y concurrido. El Congreso estaba por cerrar, partía un transatlántico hacia el norte y los congresistas comenzaban a huir. Los magnates: ministros, jueces, coroneles, ricachos, más sus mujeres e hijos, se encontraban en conmovedoras despedidas de los amigos de las dos Cámaras. La Vizcondesa de Varennes, la famosa Odalina, poetisa de mérito y tan del gusto de Floc, también estaba allí. El doctor Ricardo se alejó en seguida de ella con la señora; pero la hidalga se había insinuado en el grupo de las hijas de Avila y allí se había quedado dejando reposar sus grandes ojos de Juno sobre la masa masculina, brillante y rica, que se apiñaba en el muelle. Por último llegó Aires d'Avila, con su caminar difícil, agitando la cabeza y balanceando los brazos con la intención de impulsar de prisa su cuerpo de plomo.

Llegaban en coches, *coupés,* y se desparramaban por el jardín, disputando la sombra de los árboles en grupos de hombres y señoras. El grupo masculino era soberbio: la flor y nata —Senado, Cámara de Diputados, autoridades de Tribunales, grandes jefes del Ejército y la Marina—, galeras relucientes y negras levitas encuadrando el dorado de los uniformes. Todo debajo del sol indiferente y fuerte. Las señoras sentíanse mal, envueltas en aquellas grandes olas de luz y calor. Los bosquecillos de arbustos tenían una divina despreocupación y los grandes árboles nudosos daban una escasa y compasiva sombra. Las lanchas de alquiler, con banderas en las que se leía el nombre del diario, no habían llegado aún. Yo esperaba, alejado del grueso de la *claque,* tímido frente a tanta grandeza indestructible. Llegó un ministro. Un movimiento igual hizo que todos se volvieran hacia el lado desde el que venía. La actitud fue instantánea en cada hombre y en cada mujer; era como si al centro de una porción de limadura de hierro desparramada hubiese llegado un pequeño imán.

El doctor Ricardo saludó a la alta autoridad y, a su llamado, fue a hablarle. Además del ministro, se introdujo un nuevo personaje: un negro viejo, casi centenario, de fisonomía simiesca y medio ciego.

En la mano izquierda traía una caña delgada que tensaba un alambre de pesca; con la derecha, auxiliado por una varilla, hacía vibrar dolientemente la cuerda, mientras balbuceaba alguna cosa. Iba de grupo en grupo, tañendo su sonido extraño, monocorde y extravagante. Quizá cantaba un aria de una extraña belleza, ciertamente sólo percibida por él y hecha por su alma para su alma... Tocaba y esperaba la limosna. En todas las fisonomías seguramente había algo de piedad, de conmiseración, y alguna otra cosa que no me fue dado percibir. Era incomodidad, no sé bien de qué...

El negro tenía los pies aplanados, y con los parásitos y la vejez, caminaba suavemente, sin tocar casi el suelo, deslizábase, era como una sombra...

Bajo aquel sol muy fuerte, a la refulgente luz de aquella mañana de verano, por entre tanta gente rica y fuerte, aquel instrumento infantil suyo, la puerilidad de la música, su aspecto de sombra, se juntaban para darle un

marco cortante a su miseria y a su fragilidad... El, con su resignación y miseria, y el sol con su fuerza e indiferencia, tenían cierto oculto acuerdo, una relación entre sí casi perfecta. El negro se iba... se iba tocando ya sin fuerzas la sollozante música de los recuerdos del adusto suelo del Africa, de la vida fácil de su *aringa* [1] y del cautiverio semisecular.

Las lanchas aproximáronse y embarcamos. El navío aún lanzaba vapor rodeado de lanchas y pequeñas embarcaciones de remos. En cuanto subimos encontramos al nuevo redactor. Las hijas de Aires d'Avila lo rodearon. Ellas eran las figuras decorativas del diario. Bonitas, como toda niña que sabe disponer de sus atavíos y vestidos, no faltaban a ninguna fiesta de *O Globo*. En los banquetes, en los pic-nics, en las *soirées* del director, en los embarques y desembarcos, en los entierros, allá estaban ellas con sus lindas *toilettes*, irreprochablemente calzadas y enguantadas. Tenían una emanación lujuriosa y unos grandes ojos inquietos, bañados de mucha luz; las narices móviles aspiraban con ansia todos los perfumes y todas las exhalaciones, y una de ellas tenía el tic de morderse los labios. Era un placer verlas entre los hombres, animadas, con gran satisfacción en los ojos, sonriéndoles, atendiendo a aquél, flirteando. Amaban las grandes fiestas, en lugares alejados, adonde va mucha gente...

Rodearon en seguida al nuevo redactor, establecieron la cordialidad entre él y el personal del diario, y se quedaron a su lado cuando fuimos a la mesa a beber champaña. El doctor Ricardo juzgó su deber hacer un brindis; el nuevo redactor respondió:

—Ma falta competencia para hablar de mí —comenzó.

Lôbo, que continuaba de mal humor, no se contuvo y exclamó de costado:

—¡Uff! ¡Cuántas tonterías!

El recién llegado no se inmutó y todos se quedaron espantados frente a la grosería del viejo gramático. Loberant lo miró severamente, y Lôbo soportó su mirada con coraje. El nuevo redactor continuó, insistiendo en la primera frase, sin mirar siquiera al pedagogo.

De regreso, aún tuvo lugar un incidente desagradable en el muelle. Doña Inés y las hijas del director ya estaban lejos, cuando él se aproximó a un señor de galera. Recordé que había sido aquel señor a quien habían llamado ministro para el embarque, mientras el doctor Ricardo conversaba con el potentado. Era diputado y el doctor Ricardo discutía con él:

—¡Bribón! ¡Canalla! ¿Así que usted piensa que yo necesito de empleo?... Soy independiente, tengo mi diario...

El otro respondía:

—¡Apulcro de Castro! ¡Canalla! ¡Borracho!

No demoraron mucho; en pocos momentos se trenzaron en una riña rodando por la arena del jardín. Ricardo salió de la lucha echando sangre por la boca y fue llevado a un hotel próximo. Vino el médico y yo me quedé a su lado, dándole su poción cada hora.

[1] *Aringa:* campamento fortificado de los jefes africanos.

Se calmó y pareció dormir. Lo dejé solo, pero en seguida regresé. Había despertado, y de bruces en el borde de la cama, con la boca semicerrada, miraba obstinadamente el suelo. Cavilaba sobre la vida y reflexionaba en la tierra. Me animé:

—¿Precisa algo, doctor?

—Sí.

—¿Qué cosa, doctor?

Se dio vuelta hacia un costado sin responderme...

XII

—¿Usted es de la redacción?

—Sí, señor.

—Traigo este volumen de versos, *Anhelos*, para ofrecérselo al diario...

—Puede dejarlo.

El poeta me hablaba de pie, desconfiado y con amplias interrogaciones en la mirada. En la sala no había nadie de la redacción, propiamente, y cuando me preguntó si yo lo era, le respondí afirmativamente por pura vanidad.

El joven no me entregó el libro en seguida. Lo mantuvo en las manos, mirando muchas veces las colecciones de diarios, los retratos de las paredes, toda la sala, como si tratara de guardar de memoria aquel aspecto y familiarizarse enteramente con él.

—¿Usted es el autor de la obra? —pregunté.

—Sí, así es. Sabe: nadie puede nunca estar seguro de tener o no habilidades. Se escribe, a los amigos les gusta; pero si uno no tiene coraje para someter su libro a la crítica siempre queda en la duda si es la simple amistad de los compañeros la que elogia nuestras producciones, o si de hecho hay algún mérito en ellas... Soy muy joven, tengo veintidós años, hago versos desde los dieciocho; ahora hice una selección y publiqué este volumen... Quería que ustedes dijeran algo, que notasen sus defectos, para corregirme en el caso de que fuese posible...

—Eso le corresponde al crítico literario.

—¿Quién es?

—Floc, ¿lo conoce?

—¡Mucho! Lo leo siempre. Hasta tengo aquí un juicio de él que me pareció muy acertado. Creo que es del suplemento literario de la semana pasada...

El joven poeta depositó el sombrero sobre una mesa, tomó la cartera y buscó entre numerosos papeles el recorte de Floc, siempre perseguido por un mechón de cabellos rubios que se obstinaba en cubrirle el ojo derecho. El mechón caía, él lo retiraba con la mano; se obstinaba en volver, él sacudía la cabeza para llevarlo hacia arriba y por todo eso demoró en encontrar el pequeño rectángulo de papel, perdido entre una porción de cartas, tarjetas y versos de que estaba repleta la cartera.

Al encontrarlo, no tardó en leerlo; tenía la secreta intención de convencerme del gran aprecio en que tenía el talento del exuberante Floc. Leyó: "Para mí, el verdadero Arte es el que asocia lo ideal con lo real; es aquél que no desprecia los elementos representativos de la realidad, sabe arrebatar a través del ideal a las almas, transportándolas hacia los páramos de lo incognoscible".

Guardó la cartera con la valiosa opinión del esteta; y continuó, ya un tanto más suelto:

—Estoy plenamente de acuerdo con él. En *Anhelos,* si usted llega a leerlo, verá que siempre traté de no alejarme de ese punto de vista... Y pienso que así debe ser, la realidad y el ideal juntos es verdad, pero éste espiritualizando a aquélla, dominándola y venciéndola... Me gusta muchísimo el señor Floc; lo creo un crítico sagaz, ilustrado, cuyo juicio sobre mis versos yo recibiría con especial agrado... Le hablará usted, ¿verdad?

Se lo prometí, y el cándido poeta Félix da Costa salió satisfecho, apretándome largamente la mano, ofreciéndome su casa y sus servicios. Miré un instante el libro; era una *plaquette* de ciento y tantas páginas, pobladas de sonetos y otras poesías sueltas. Lo deposité sobre el escritorio del secretario. De antemano sabía que Floc no se detendría en su lectura. Los libros tienen en las redacciones la más desdichada suerte si no son recomendados y convenientemente apadrinados. Cuando se recibe uno, se lee el título y el nombre del autor. Si éste es un escritor consagrado y de la línea del diario, el crítico se apresura a repetir aquellas frases vagas, muy bordadas, aquellos elogios en *cliché* que nada dicen de la obra y de sus intenciones; si el autor es también un consagrado, pero cuenta con la antipatía de la redacción, el *cliché* es otro, elogioso siempre pero no afectuoso ni entusiasta. Hay casos en los que no se dice absolutamente una palabra del libro. Esto sucedía con tres o cuatro grandes escritores. Uno de éstos era Raúl Gusmão, a quien el director envidiaba el talento para escribir; además de él había un gran poeta, respetado en todo Brasil, y otro joven que se había rebelado contra la dictadura del diario. Con los nuevos nombres no había dudas; se callaba, o dábase una noticia anodina, *recibimos,* etc., cuando no se le maltrataba.

A los ojos de los hombres de prensa, publicar un libro es una osadía sin límites, una temeridad y una pretensión incalificable y digna de castigo.

—¿Cómo es —dijo cierta vez Oliveira— que este sujeto publicó un libro?... ¡Un desconocido! ¡Un idiota mayúsculo! Un tipo que nunca escribió nada...

El quería dar a entender que no habiendo escrito cosa alguna, por el hecho de que el joven no hubiera publicado artículos en los diarios, ni siquiera hecho reportajes de Telégrafos, no podía ser escritor. El pensamiento común

de los empleados en diarios es que ellos constituyen, forman el pensamiento de nuestro país, y no solamente lo forman sino que "son la más alta representación de él". Fuera de ellos, nadie puede tener talento y escribir, y por pensar así, hostilizan a todos cuantos no quieren adherir a su grey, impiden con su crítica hostil el advenimiento de talentos y obras, acaparan las librerías, los teatros y las revistas, desacreditando nuestra probable capacidad de hacer algo digno con sus obras ligeras y mercantiles.

Si por casualidad el trabajo consigue vencer la hostilidad de semejante gente, siempre llena de prejuicios, ellos se ponen a meditar, ya que no admiten esfuerzo y honestidad intelectual en nadie, sobre quien ha sido copiado por el autor.

Los más hábiles de los que están afuera, sin embargo, cuando premeditan la infame osadía de publicar, previamente "arreglan" relaciones de amistad en los diarios, a fin de obtener una buena acogida para su trabajo. Eso sucede con los de modesto nacimiento, con los que vienen del interior; pero autor que nació en Río, perteneciente a cierta camada que tenga títulos y empleos, puede estar seguro de que la crítica anónima de los diarios le será unánime en elogios y animación.

En *O Globo,* las cosas sucedían así. El secretario recibía el volumen y se lo daba a Floc; por ejemplo: *Quimera,* novela de Abílio Gonçalves —leía Floc—, y luego la pregunta:

—¿Quién es este Abílio Gonçalves, de Sao Paulo?

Floc miraba nuevamente el libro y preguntaba:

—¿Es graduado en algo?

—Sí —decía Leporace—; es ingeniero en minas.

—Humm —decía Floc con seguridad, mudando la primera antipatía que se leía en la contracción de los labios, y esbozando una breve sonrisa de benevolencia. El día consagrado, el suplemento aparecía lleno de blanduras, de elogios, fuera el libro bueno o malo; fuera el padre senador de la oposición o del gobierno.

Hubo una ocasión en que Floc, para levantar más al objeto de la crítica, forjó el elogio de un autor francés como si hubiera sido hecho a un libro aparecido hacía dos semanas en Río de Janeiro.

Si el nombre del autor era oscuro, si las informaciones recogidas no le daban de pronto un estado civil decente, Floc adelantaba la noticia y esperaba que los grandes nombres de la crítica se pronunciaran. Si eran favorables al libro, él repetía los elogios, ampliaba las observaciones; si eran desfavorables, el elegante y floreciente crítico daba curso a su natural hostilidad a los nombres nuevos que no surgían en los diarios. Sin embargo, había una casta de autores a la que él siempre elogiaba: eran los diplomáticos. Uno de esto señores publicó cierta vez una compilación de temas naturalistas y recetas agrícolas, con pretensiones de Maeterlinck, sobre las frutas nacionales. Floc no se contuvo: elaboró un suplemento entero sobre el libro, elogiando su virtuosidad artística, su estilo límpido y sereno, mostró el pensamiento panteísta que lo animaba, solamente porque aquel primer secretario de la Legación de Caracas había dicho que el mamón era tierno y resignado.

Dado que el libro trataba de un tema que él desconocía enteramente, el

proceso era otro. El hacía como el abisinio hace con el buey en que viaja montado: arrojaba pedazos de la propia obra y criticaba.

Yo no quise decirle estas cosas al poeta de *Anhelos*. Era mejor mantenerlo en la ilusión de que pudiese existir alguna independencia y espontaneidad en el juicio de los periodistas; y cuando Floc llegó con su gran mentón arrojado hacia adelante como una máquina de guerra, y sus bigotes de azabache, le entregué el libro. Después de manosearlo un instante, dijo agriamente:

—¡Qué nombre! ¡Félix da Costa! ¡Parece el de un chico abandonado! ¿Es algún mulatito?

—No. Es más blanco que usted. Es rubio y de ojos azules.

—Hombre, hoy pareces estar enojado...

El no comprendía que también yo sentía y sufría.

Arrojó el libro hacia una punta del escritorio y se puso a escribir. Era su tortura; era su pesadilla. Casi siempre las crónicas literarias, las fantasías, las noticias de teatro, las traía escritas de su casa; pero el trabajo normal estaba obligado a hacerlo en la propia redacción. Preferiría quedarse solo y cuando estaba en el diario escribía para adelantar trabajo. Su oclusión mental no había sido capaz de juzgarme y no me suponía lo suficientemente despierto como para observar su dificultad. Entonces, en mi presencia se mordisqueaba el bigote, suspiraba, hablaba en voz alta; pero en cuanto llegaba algún colega se contenía, procuraba disminuir la contracción del entrecejo y el fruncimiento de la frente que denunciaba su desesperación y su esfuerzo. Floc no tenía capacidad para improvisar el artículo, no poseía ese talento especial de rapidez de pensamiento, esa facilidad en trasladarlo en seguida al papel, con el que se hicieran conocidos José do Patrocínio y Justiniano José da Rocha. En la redacción, había algunos que escribían con facilidad y rapidez, pero sin brillo ni relieve. Menezes era quien más se destacaba, quien más fuerza poseía en su palabra, pero su persona resistía mucho, no se quería transmitir al artículo, temía, y por eso perdía mucho.

Alguien que tuviese perfectamente el don de inventar, de planear instantáneamente el artículo y escribirlo con sabor literario, movimiento brillante, vigoroso, orgánico, no lo había. Losque, mucho más débil que Menezes, fingía poseer ese don sagrado. Le faltaba novedad, invención, fuerza en el decir; tenía ciertos párrafos, un constante arreglo de frases que él adaptaba al tema del momento, con las variantes necesarias. Gregorovitch escribía rápidamente, desarrollaba el artículo con mucha fuerza y pasión, pero era tumultuoso hasta lo enmarañado, y la falta de sentido del idioma no le permitía mayor arquitectura a sus párrafos. La música del idioma le faltaba por completo. Por lo demás, escribían todos con timidez, sin naturalidad; las palabras les huían en el momento de escribir. Eso que en un temperamento literario puede transformar en gran escritor, en un periodista no lleva a nada. Por otra parte, ninguno de ellos tenía conciencia de su defecto. Unicamente Floc, seguramente debido a sus grandes deseos literarios y artísticos, sentía bien esa inferioridad y sufría con ella. No procuraba corregirse, adquirir la plasticidad necesaria; el oficio no se lo permitía y fuera de él no intentaba nada, con temor al desastre y al fracaso, aunque en la tentativa

mucho habría podido ganar su voluntad y el escritor que hubiera en él. Sufría...

En los días siguientes a las fiestas de lujo, cuando era encargado de los *comptes-rendus,* era de ver su acidez contra Raul Gusmão, que también los hacía para el *Despacho.* Por lo general salían antes que los suyos, por la tarde, de modo que él llegaba a la redacción destacando sus invenciones y exageraciones. Siempre sentí sin embargo, en su crítica, la impotencia y el despecho de no ver citada por las señoras, sus conocidas, una imagen más brillante, como hacían con las de su rival. Sin embargo, eran amigos y se elogiaban siempre que podían.

Floc, en ese momento había recibido una ráfaga de inspiración. Escribía con soltura en el momento en que Losque entró. El recién llegado dejó el paquete de diarios que siempre traía, limpió su *pince-nez,* encendió el cigarrillo y preguntó amistosamente:

—¿Qué escribes?

—La noticia del baile de Palacio...

—¿Y Rolim?

—Escribe la *cabeza*... Tú ya sabes que él no escribe nada que sirva...

Este Rolim era el cronista en el Palacio. Tenía más de cuarenta años, unos grandes pies aplastados y el mentón erguido hacia arriba como queriendo tocar los bigotes amplios y negros. Se tenía por elegante, por fino y descendiente de un virrey del Brasil, don Antônio Rolim de Moura, conde de Azambuja. De un tiempo a esta parte todos los brasileños se van ennobleciendo por casualidad... Deberían verificar eso.

Su trabajo en el diario era ir diariamente al palacio presidencial, tomar nota de los nombres de los visitantes o, en ocasiones excepcionales, representar al diario en las fiestas de buen tono, en que la distinción de modales fuese exigida y un aire seductor no quedara mal. De regreso, traía los nombres de los asistentes, la hora exacta en que había comenzado el baile, buscaba la noticia anterior y *mutatis mutandis* la copiaba.

—¡Este Rolim!... Es periodista para uso externo —dijo Losque, agregando de inmediato—: ¿Leíste el *Jornal do Comércio*?

—No. ¿Por qué?

—Teixeira Mendes ataca la ley de los zapatos obligatorios. Dice que eso de andar calzado, la corrección del traje, en último análisis entra en el campo de la estética así como en el espiritual, en donde el poder temporal no puede intervenir en absoluto... ¿Entonces es con el Papa?

Los dos sonrieron y Floc reflexionó lentamente:

—Yo creo que las cosas van mal. Hay mucha irritación, mucha amargura por ahí...

—Yo también pienso que eso no va a acabar bien. Hoy, cuando venía en el tranvía, vi comentarios al artículo de Ricardo...

—Era bueno. ¿No te parece?

—Así me pareció —dijo el otro con seguridad—. El atacó bien la cuestión; hasta podía ir por el lado de la higiene...

En ese momento entraba Leyva, que hacía policiales y "Vida Obrera". Al escuchar que se hablaba del asunto de los zapatos, intervino en la charla:

—Ustedes no se imaginan... ¡Las cosas están feas! Estuve en la Gamboa y en Salud Pública... Los estibadores dicen que no se calzarán ni a fuerza de espada. No hablan de otra cosa. Vi a un carrero decirle a otro que iba adelante guiando pachorrientamente: "¡Hola, eh! ¡Andas bien como para estar mejor calzado que un doctor!". Por ahí pueden ustedes darse cuenta... ¡Creo que hay un lío!

—Ahora, aquí entre nosotros —adujo Floc—, la cosa es necesaria... Causa mala impresión ver a esa gente descalza... ¡Eso es sólo para los países atrasados! Yo nunca lo vi en Europa...

—¡Caramba, déjate de eso Floc! —observó Gregorovitch, que acababa de entrar. En el norte es cierto, por el clima, la nieve; pero en el sur, en Nápoles, en Grecia, eso se ve mucho...

—Eso no es Europa.

—¡Gracioso! Con qué libertad modificas la geografía...

—¿Y en Londres?

—¡Qué tiene! No hay ciudad en el mundo donde la multitud sea más andrajosa, más repugnante...

—¡Andan con saco y zapatos! —gritó triunfalmente Floc.

—¡Qué saco! ¡Qué zapatos! Naturalmente que han de buscar protección para el frío, pero ¿dónde van a buscarla? A la basura, ¡y eso es un disparate! Si quieres una multitud agradable consigue los medios para que todos estén protegidos. Ustedes quieren hacer de esto un París a donde se llegue sin gastar el importe del pasaje al mismo tiempo que ganando dinero, y olvidan que el desierto rodea a la ciudad, que no hay cultivos, que no hay trabajo, en fin...

Casi todos preveían un motín; lo juzgaban seguro por las observaciones que habían hecho.

El doctor Ricardo entró seguido de Aires d'Avila. El director venía satisfecho. Saludó sonriendo y fue al gabinete a escribir. Aires d'Avila hizo algunas consideraciones sobre el proyecto y pidió a Floc noticias de una cantante nueva. Loberant entonces gritó:

—¡Isaías, ven! Lleva esta carta al senador F. Mira —me recomendó al salir—, entrégala en sus manos, ¿escuchas?

En el momento en que comenzaba a descender la escalera oí que decía en voz alta:

—Esos h... van a ver si valgo o no. ¡Bandidos!

Abajo el gerente, en chaleco, sentado frente a un gran escritorio, contaba harpagonescamente una pila de níqueles que iba dividiendo en columnas, alineándolas después en la izquierda a medida que contaba.

El mes de mayo aquel año había comenzado con particular dulzura. Yo, que ya tenía más de doce años en Río de Janeiro, nunca lo había visto tan hermoso, tan primaveral, y nunca había visto mañanas tan lindas y azules. Hacía una temperatura cariñosa y yo miraba las nubes, las montañas y los árboles bajo una luz aterciopelada. Toda la tierra era un estuche suave y cálido, hecho especialmente para que en él viviera nuestro cuerpo. Las noticias de la redacción y la tempestad que yo mismo sentía prepararse, en nada disminuían mi sensación de bienestar físico. Aquel comienzo de mes fue para

mí de gran sosiego y mucho egoísmo. Aunque finalmente mi madre hubiese muerto hacía algunos meses, yo no había sentido sino un leve y ligero dolor. Después de haberme empleado en el diario, poco le había escrito. La sabía muy enferma, arrastrando la vida con esfuerzo. No me preocupaba... Los dichos de Floc, las bromas de Losque, las sentencias del sabio Oliveira, habían creado en mí una especie de vergüenza por mi nacimiento y esa humillación disminuyó en mucho la amistad y la ternura con que siempre rodeé su recuerdo. Sentíame separado de ella. Aunque no estaba de acuerdo en que ella fuera la especie de bestia de carga y máquina de placer que las sentencias de aquellos idiotas le construían en su pensamiento de seres groseros, a mis propios ojos yo me juzgaba muy diferente de ella, salido de otra estirpe, de otra sangre y de otra carne. Aún no había coordinado todos los elementos que más tarde me llenarían de profundo disgusto, y mi inteligencia tanto cuanto mi sensibilidad aún no habían sido bien organizadas ni dispuesto convenientemente el gran stock de observaciones y emociones que yo venía haciendo y sintiendo día a día. Venían una a una, invadiéndome insidiosamente la personalidad para más tarde saturarme hasta el aburrimiento y el disgusto de vivir. Entonces vivía satisfecho, gozando la temperatura, con almuerzo y cena garantizados, innoblemente olvidado de cuanto había soñado y deseado. Hasta hubo un día en que quise evaluar lo que aún sabía. Intenté repetir la lista de los Césares: no la sabía; quise evaluar un problema de regla de tres compuesta, no lo sabía; intenté escribir la fórmula del área de la esfera, no la sabía. Y con entera indiferencia noté esa ruina de mis primeros estudios, sin disgusto, recordando todo aquello como impresiones de una fiesta a la que había ido y a la que no debía volver más. Nada me alejaba de la delicia de almorzar y cenar por sesenta *mil réis* mensuales.

La irritación del espíritu popular que había observado en mi propia casa no me hizo pensar ni temer. La juzgué particular de aquellos a quienes rozaba, sin pensar que aquellas observaciones ingenuas se hubiesen transformado en grito de guerra, en amuleto excitante para toda la multitud. Sin embargo, más tarde verifiqué que la creencia de que el gobierno pretendía operar violentamente a hombres y mujeres de pies grandes, como a los chinos, es lo que había impresionado tan fuertemente los espíritus, llevándolos al sangriento motín que estalló.

Me había recogido temprano, después de haber ido al Club a buscar pruebas para Aires d'Avila. Era un hábito suyo ir al Club, allá por las cinco de la tarde, para arriesgar en la ruleta algo antes de cenar, y cuando pretendía quedarse más tiempo se llevaba las pruebas, yendo luego alguno de los ordenazas a buscarlas, ya revisadas. En ciertas ocasiones, cuando en el correr del día no había tiempo para escribir, era tan fuerte su hábito que, llegada la hora, corría al Club y volvía a eso de las diez o las once, para escribir el artículo. Había noches en que el sueño y la fatiga eran tan fuertes, que entre una tira y otra, el gordo y pesado periodista cabeceaba, y a veces hasta se dormía. Entonces, con la delicadeza precisa, cualquier persona de la redacción lo despertaba, y Aires continuaba escribiendo el artículo sin siquiera releer lo escrito anteriormente. Algunos días el sueño lo obligaba a interrumpir el artículo más de una vez.

Esa noche me recogí temprano, y dormí profundamente sin despertarme. No vi la destrucción de los faroles callejeros que había hecho el pueblo. Lo noté solamente por la mañana, allá por las ocho, descendiendo la pendiente. En la calle el tránsito era escaso y el tráfico de los tranvías parecía haber cesado completamente. En las esquinas había patrullas de infantería y caballería, y cada cierta distancia, a la puerta de las pensiones, alejados de la policía, había grupos compactos de gente del pueblo. Se acercó un tranvía, y, aunque lleno, me colgué dificultosamente de uno de sus costados. La fisonomía de las calles era de expectativa. Las patrullas subían y descendían; en las ventanas había mucha gente espiando y esperando algo. Habíamos dejado la estación del Mangue cuando de todos lados, de las esquinas, de las puertas y del propio tranvía partieron gritos de: "¡A darlo vuelta! ¡A darlo vuelta! ¡A saltar! ¡A saltar! ¡A quemar! ¡A quemar!".

El cochero se detuvo. Los pasajeros saltaron. En un momento el tranvía quedó cercado por una turba al frente de la cual se movía un grupo multicolor de muchachones, especie de polvareda humana que los motines levantan en alto dándole un toque de heroicidad. En un segundo el vehículo fue retirado de los rieles, untado de kerosene, y comenzó a arder. Continué a pie. Por el camino la misma atmósfera de terror y expectativa. Una fuerza de caballería de la policía, con el sable desenvainado, corría en dirección al tranvía incendiado. En seguida que se alejó un poco, de un grupo partió una tremenda rechifla. Los silbidos eran largos y estridentes; había mucho de la fuerza y de la debilidad del populacho en aquella ingenua arma. Por todo el camino la escena se repetía.

Pasaba una fuerza, y era silbada; se cargaba sobre el pueblo, y éste se dispersaba, se fragmentaba, se pulverizaba, quedando uno que otro recibiendo tundas en un rincón o en un portal cerrado. El Largo de San Francisco era una plaza de guerra. Por detrás de la Escuela Politécnica había una fuerza y los toques de ordenanza sucedíanse conforme a las reglas y preceptos militares. Me detuve. Un oficial a caballo recorría la plaza intimando al pueblo a retirarse. Obedecí, y antes de entrar en la calle de Ouvidor, la caballería, con grandes sables relucientes al sol, barríalo todo con estrépito. Los curiosos se apoyaban en los portales de las casas cerradas, pero ahí mismo los soldados iban a golpearlos con ganas y sin pena. Era el motín.

Las vociferaciones de mi diario habían producido el resultado necesario. Aquel diario repetir en largos artículos solemnes que el gobierno era deshonesto y deseaba oprimir al pueblo, que aquel proyecto buscaba enriquecer a un sindicato de fabricantes de calzado, que atentaba contra la libertad individual, que se debía correr a chicotazos a tales administradores, todo eso se había incrustado en los espíritus y la irritación arrastraba con la violencia de una epidemia.

Durante tres días la agitación se mantuvo. Casi no había iluminación. En la calle de Ouvidor se armaban barricadas, se cubría el pavimento de tapones que impidieran las cargas de caballería. Las fuerzas eran recibidas a bala, y respondían. Plínio de Andrade, con quien hacía mucho no me encontraba, murió en uno de esos combates. Desde el balcón del diario pude ver a los

amotinados. Allí estaba la polvareda de chicos y muchachones; el vagabundo, el pendenciero profesional, el pequeño burgués, empleado, cajero y estudiante; emisarios de políticos descontentos. Todos se mezclaban, afrontaban las balas unidos por la misma irritación y por el mismo odio a la policía, donde unos veían en ella a su enemigo natural y otros al Estado, que no daba la felicidad, la riqueza ni la abundancia.

El motín no tiene rostro ni forma, es una improvisación. Se propaga, se esparce, pero no se une. El grupo que opera aquí no tiene vínculos con el que tirotea allá. Son independientes; no hay un jefe general ni un plan establecido. En una esquina, en una cortada, se forma un grupo, seis, diez, veinte personas diferentes, de profesión, de inteligencia y moral. Se comienza a discutir, se ataca al gobierno; pasa el tranvía y alguien recuerda: "vamos a quemarlo". Los otros no reflexionan, no objetan nada y corren a incendiar el tranvía.

El momentáneo apagón de la honestidad y la rebelión contra personas inaccesibles llevan a los mejores a esos atentados brutales contra la propiedad particular y pública. También se une a nuestra perversidad natural, a nuestro deseo de destruir que, adormecido en el fondo de nosotros mismos, surge en esos momentos, cuando la ley ha sido olvidada y la opinión no nos vigila.

En el diario se deliraba. Las victorias del pueblo sonaban a himnos de victoria de la patria. Se exageraba, mentíase, para exaltar a la población. En tal lugar la policía fue repelida; en tal otro, se negó a disparar sobre el pueblo. Yo no volví a casa, dormí por los rincones de la redacción y asistí al tiraje del diario: había aumentado cinco mil ejemplares. Parecía que la multitud lo buscaba como un estimulante para su actitud belicosa. El servicio normal del diario se cumplía con actividad. Los reporteros iban a los lugares peligrosos, a los puntos más castigados por la policía, recorrían la ciudad en tílburis. Ni los correctores ni sus suplentes faltaban al llamado; otro tanto sucedía con los tipógrafos y los otros obreros.

Toda esa abnegación servía para garantizar sus mezquinos empleos. Un pobre tipógrafo, que vivía por donde el tráfico se cumplía con los mayores peligros, se quedó tres días en el diario. Temía ser muerto por una bala perdida. Hubo muchas muertes así, pero los diarios no informaban sobre ello. Todos procuraban lisonjear a la multitud, mantenerla en aquellas refriegas sangrientas que aumentaban sus ventas. No querían abatir el coraje del pueblo con la imagen aterradora de la muerte. La policía tiraba y no mataba; el pueblo disparaba y no mataba. Parecía un torneo... Sin embargo, yo vi morir casi frente al diario a un hombre del pueblo. Era de tarde. El pequeño italiano, en la esquina, pregonaba los diarios de la tarde: "*¡Noticia! ¡Tribuna! ¡Despacho!*

Desde hacía mucho la calle parecía retomar su vida normal. Durante todo el día los paseos se hicieron como en los días comunes; repentinamente, sin embargo, los grupos que se detenían en el rincón del Largo de San Francisco, silbaron a la policía. El escuadrón, con el alférez al frente, partió como una flecha y fue bajando la calle de Ouvidor, distribuyendo cuchilladas hacia to-

dos lados. El pequeño vendedor de diarios no tuvo tiempo de huir y fue derribado por los primeros caballos y envuelto en las patas de los siguientes, que lo arrojaron a un lado y luego a otro, como si fuese un trozo de barro.

Cuando suspendieron la carga, algunos ciudadanos trajeron al muerto hacia la oficina del diario. El cadáver estaba en un estado indecente: tenía casi todos los huesos partidos, el cráneo golpeado y el vientre roto. Entonces recordé aquellas palabras de Loberant:

—Esos h... van a ver si valgo o no valgo nada. ¡Bandidos!

XIII

"EL HOMBRE que acaba de morir, no era un hombre vulgar. En el dominio de su difícil arte, era una notabilidad respetada. Para nosotros, era mucho más: era un amigo, un dedicado y leal amigo a quien mucho debíamos y apreciábamos. Todos los que se esfuerzan en este lugar de trabajo, ciertamente no han de olvidarlo, y no hay ninguno que no haya recibido un favor, una alegría, una satisfacción de sus manos.

El público que nos lee, no sabe cuánto esta vida de periodista tiene de agotadora e ingrata; no sabe qué suma de energía exige y cómo nos quita los mejores momentos de ocio y los mejores minutos de placer. Vivimos para los demás, por así decirlo; y quien vive para los otros es claro que muy poco puede vivir para sí.

Charles de Foustangel atravesaba nuestra vida como un ángel protector; de él sacábamos algunos raros momentos de alegría en medio de las durezas que nos rodean. Era de ver cómo sabía desarrollar un *menú*, cómo imaginaba un manjar inédito, un plato sabroso, qué *verve* especial ponía en los nombres con que los bautizaba y qué raros gozos traían ellos a nuestros paladares fatigados por esos hoteles detestables que nos atiborran de suelas durísimas en vez de bifes a la parrilla. ¡Cuántas veces fuimos de mal humor a la mesa, enervados, sin deseos de trabajar, con el pedido del artículo, del reportaje, de la crónica para el día siguiente y sin valor para hacerlos, y nos levantábamos gracias a la suavidad de su condimento y a la armoniosa combinación de sus salsas, satisfechos, animados, llenos de nuevas energías!

Su muerte es una gran desgracia que nos agobia; y desde que este diario existe es el primero que la maldita Parca se lleva. Muchos, es verdad, ya se fueron; pero no se los llevó la Parca. ¿Son felices? ¿Son desdichados? Ellos lo sabrán... éste quedó en su puesto hasta la última hora y aún en

vísperas de morir, cuando el tumulto hacía cesar todo el movimiento, en un solo día hizo cuatro mesas completas para el personal de este diario.

Era un héroe, un héroe como nuestro tiempo sabe comprender, esto es, un hombre que pone todo lo que hay en sí de fuerza, de coraje, de inteligencia y de dedicación para un único y determinado fin útil a sus semejantes.

Nada de grandeza le faltaba. El carácter, la inteligencia y el corazón, en él llegaban a la misma altura y actuaban al unísono. Hablaba tres idiomas: portugués, inglés y francés. Nacido en Areis-sur-Aube, patria de Danton, en 1864, y oriundo de una familia noble, al poco tiempo emigró a Inglaterra, donde abrazó la profesión en la que murió. Luego de ejercerla allí con pasión, vino al Brasil ese excelente representante de la gran raza de Vatel. Era muy orgulloso y se cuenta que no entró al célebre Savoy de Londres porque no habían permitido que firmase el *menú*. Recuerdos."

Un poco debajo del retrato seguía ese artículo de Losque, y el diario venía cruzado con una señal de luto. Se trataba del cocinero particular del director, pero la estética de la necrológica exigía que se lo transformara en auxiliar del diario. La muerte de ese oscuro servidor de la domesticidad del doctor Loberant, le trajo los mejores testimonios de su victoria.

Todos los diarios se refirieron al desdichado Charles de Foustangel, y algunos abrieron suscripciones para socorrer a la familia del cocinero. Fuera de la convivencia periodística, las manifestaciones de pesar no fueron menores: el Centro de Estudiantes envió un telegrama de pésame al Presidente de la República Francesa y al cortejo del entierro asistieron más de cincuenta coches, llevando cerca de una centena de personas, entre ellas altas figuras del Ejército y la Marina, directores de reparticiones, hombres de la Bolsa, escritores consagrados, revolucionarios temidos y un capitán del Estado Mayor, representando al Presidente de la República.

La Vizcondesa de Varennes no faltó. Pasó frente a mí, en el carro, mirando a uno y otro lado con sus grandes ojos de Juno, las ojeras violáceas, mordisqueándose los labios muy pintados, echándose aire con su gran abanico rococó, y toda envuelta en un pesado vestido de *taffetas*, de seda negra.

Antes de embarcar, Floc fue hasta el cortejo y ella se despidió de él, extendiéndole la mano por la portezuela del *coupé*, con la mitad del rostro apareciendo, sonriente, muy graciosa, muy lenta, en una actitud de hidalga del siglo XVIII. Y el negro cortejo desfiló por la calle como un triunfo "sui generis" para la victoria del director. Al frente, iba el coche fúnebre, adornado de dorados, clavado de guirnaldas con flores violáceas y blancas de paño y las cintas votivas llenas de inscripciones agitándose lentamente como si fuesen todos los adioses que el muerto quisiera dar en aquel momento, a las cosas y a las personas. Le seguían las calesas, las victorias y *coupés*, transportando a la alta administración civil y militar, las finanzas, las letras y la revolución profesional, en tocante homenaje al gran hombre que fuera el cocinero del doctor Ricardo Loberant, director-propietario de *O Globo*.

El motín había obligado al Presidente a hacer renunciar a la mayoría de los ministros, esto es, a los ministros atacados por *O Globo*; el prefecto y el jefe de policía también salieron. La ley de los zapatos fue a engrosar las colecciones legislativas y el préstamo fue prometido a Rodrigues. El diario

de Loberant quedó convertido en la séptima Secretaría de Estado. Los nombramientos salían de allí y las cesantías también. Bastaba una señal suya para que un jefe fuera alejado, y bastaba que cualquiera de sus empleados abriera la boca para obtener los más rendidores puestos. Leporace fue nombrado director de antigüedades egipcias del Museo Nacional; y Rolim, el Rolim de los grandes pies, subdirector de la Oficina Cartográfica de la República. Leyva fue modesto: pidió y obtuvo el lugar de cuarto escribiente del Tribunal de Cuentas, independientemente del concurso. Los empleos fueron satisfaciendo así la natural voracidad de los auxiliares de Loberant. Todos ellos vivían ahora tranquilos, sonrientes, satisfechos, convencidos de que habían moralizado a la República. Todo iba bien y la administración se hacía con la moralidad y la limpieza de una pequeña casa burguesa. Se tenían cincuenta *mil réis,* se compraba; no se los tenía, se disminuía la cuenta del almacén. El diario pasó del más formal pesimismo al optimismo más idiota. El propio Loberant había perdido la *atrabilis,* fumaba con más calma, sonreía con afabilidad y disponía de paciencia. Daba gusto verlo dando audiencia a los necesitados de empleos. Aparecían diariamente a las veinte. A unos los atendía; a otros respondía con gravedad ministerial: "venga mañana".

Floc sufría algo; había momentos en que se sentía claramente la lucha íntima que se trababa en él. Se quedaba minutos enteros callado, inmóvil, la mirada perdida en las cosas... Nada había querido, pues estaba a la espera de una reorganización en la diplomacia para obtener el lugar de primer secretario de embajada. La diplomacia era su sueño, el paraíso, su felicidad. En todos momentos se lo registraba en sus hábitos, en sus costumbres, en la manera de redactar notas. Una vez, les contaba a los colegas, en la recepción del Ministro de Alemania, la hija del Ministro de Guerra... Esto había sido en Quito, y llenaba de pasmo ver de qué manera, en los labios de Floc, la vida de Quito era elegante y soberbia. Y remataba la narración líricamente:

—¡Oh, la diplomacia! ¡Ustedes no imaginan lo que es! La más deliciosa vida que existe. Entrase a todas partes, se tienen los mejores lugares; se es rodeado, mimado... ¡Una delicia! Se puede ser burro o inteligente, ¡es lo mismo! El Secretario de Inglaterra, Mr. Lodge, era una bestia, pero una bestia perfecta... Alto y más rojo que un tomate, desarticulado, incapaz de dar un paso de vals o de marcar con *cotillon*; sin embargo, parecía un rey en los salones... Pero era la Inglaterra, rica y opulenta, lo que estaba detrás de él, y era también el prestigio de la profesión que lo aureolaba...

Rolim escuchaba todo eso con los labios entreabiertos, la fisonomía detenida en una gran expresión de estupefacción y espanto en toda ella. Cuando Floc finalizaba, él preguntaba:

—¿Y las mujeres?

—Uff, por docenas... Una vez, en el baile del Ministro de los Extranjeros, en el palacio de la Plaza de la Concepción...

Y Rolim volvía a soñar con aquel paraíso diplomático, lleno de mesura y saludos, de complicadas etiquetas, pero también lleno de huríes de lujo.

Al comienzo, inmediatamente después del cambio en el diario, el lindo reportero había pedido un lugar en la diplomacia o en el cuerpo consular; pero el ministro había convencido al director de que el pedido era excesivo.

El ministro le había prometido un lugar de amanuense en la Secretaría de Estado, para su reportero; y después, con el tiempo, quizá fuese posible trasladarlo al cuerpo consular. Rolim no había querido. Temía que su ignorancia fuese puesta en descubierto en la redacción de las notas oficiales. Para él sólo servían los lugares de jefe, de director, en los que solamente se tiene que tener presencia y firmar papeles... Fue entonces que quedó libre el cargo de subdirector de la Repartición Cartográfica y fue nombrado para supervisar los respectivos trabajos geodésicos, que desde hace mucho estaban en sus comienzos.

Menezes, tímido siempre, no se animaba a pedir nada. Continuaba oscuramente, pacientemente, estudiando, leyendo, contribuyendo a la gloria y a la fortuna del doctor Loberant. Sordo, hablaba con dificultad, muy feo, poco conversaba en la redacción; pero eran constantes las preguntas de unos y de otros sobre esto y sobre aquello. El respondía con su voz gangosa y retomaba el trabajo con resignación, automáticamente; así llenaba sus días y los años.

Aires d'Avila y Oliveira no habían querido empleos. Al primero, a no ser de Presidente de la República o de director del Banco do Brasil, no había ocupación que pudiera costear sus gastos. Lo que ganaba en los diarios era insuficiente para los pasajes y los cigarros; el resto él lo conseguía. Debía a todo el mundo, y los acreedores formaban cola en la redacción. Era una manía. A unos les decía: *búsqueme en casa*; a otros los regañaba: *aquí no lo puedo atender, estoy escribiendo... Búsqueme en el escritorio.* A lo que el cobrador retrucaba: *pero es que usted ya me dijo que solamente aquí debo venir. Sí* —respondía—, *mas... Bien... Es mejor que venga la semana próxima...*

Y continuaba fumando serenamente mientras el cobrador descendía cabizbajo, masticando maldiciones. No había medio de que no echara mano para conseguir dinero. Todos le servían, desde los honestos hasta los semihonestos. Para sus transacciones tenía cajeros y escribientes. Lage da Silva era uno de ellos. En la transacción de los cuadros, que fue célebre, también otros entraron y ganaron una buena tajada. No sé si recuerdan el caso. Yo sí lo recuerdo. Cierto día, un diario de Pernambuco dio la noticia de que se había descubierto en una ciudad del interior dos grandes telas que bien podían ser de célebres maestros holandeses o flamencos. Y venía la historia de la dominación bátava en el norte, de Mauricio de Nassau, etc. En breve, tales cuadros eran expuestos en Río de Janeiro y comenzaron a hablar los entendidos, elogiando la belleza extraordinaria de los trabajos. No había día en que este o aquel diario, esta o aquella revista no se refiriera encomiosamente a los cuadros. Los entendidos los dieron como de autoría de Rembrandt o J. Van Dyck. En la tela que se le atribuía a éste, había cierta belleza comunicativa, independiente de cualquier examen o cultura. Representaba a una gran dama adorando a un Niño Jesús, y el fondo era un paisaje de montañas cubiertas de nieve, tratado con ese dibujo correcto, firme, y esa sabia perspectiva aérea que tanto le alababan los artículos. Raul Gusmão escribió un ditirámbico artículo; Veiga Filho descuidó el diccionario y escribió un macizo trabajo. Los escritos llovían, pero lo que causó sorpresa fue que el

asunto también mereciera la pluma dedicada a la política de Aires d'Avila, a través de un entusiasta artículo, confesando no entender de arte, pero elogiando las impresiones y las opiniones de las personas competentes, en las que se apoyaba. Terminaba pidiendo al gobierno que adquiriese las telas. Su idea fue inmediatamente bien recibida y los tambores periodísticos comenzaron a retumbar. El ministro del Interior consultó a la Escuela de Bellas Artes, que se expidió diciendo que eran obras maestras dignas de ser adquiridas. El Congreso votó el crédito y las telas fueron compradas por cerca de mil *contos*. Sin embargo, no alcanzaron a pasar tres meses cuando un diario de París las denunció como falsificadas, señalando al falsificador. Otro diario de Río fue mucho más allá: denunció al grupo que había preparado todo y hecho la campaña para que el Estado adquiriese los cuadros. El diario, entre otras personas, señaló a Aires d'Avila como la persona que habiendo entrado en el negocio recibiera treinta *contos* en el Banco Inglés, con el cheque núm. 5.327.

El entusiasta esteta dejó pasar la tempestad, y una vez amainó echó a decir tranquilamente que, en verdad, sí había recibido el dinero, pero solamente como abogado, para hacer oficios, dar consejos y otros pequeños trabajos de la profesión.

Quien ganaba tanto con "oficios", ciertamente no precisaba sujetarse a un empleo.

Casi todos sus artículos eran más o menos pagos, por el director o por los interesados; así también procedía Veiga Filho. Su literatura era a dos puntas. En cierta ocasión escribió un cuento, de una columna y media, que pasaba en Teresópolis, elogiando con insistencia las comodidades de un hotel. A fin de mes, el hotelero, al recibir la cuenta de los avisos corrió furioso a la redacción:

—¡Pero si ya pagué!

—¿Cómo? —se admiró el gerente.

—Sí. Le di al señor Veiga Filho doscientos *mil réis* por el cuento. ...

—Pero ¿quién le habló del cuento, señor Lebrindo? Eso es cosa de ustedes... ¿Y quiere saber una cosa? Nosotros también le pagamos.

Nadie se sorprendió en el diario. Todos andaban preocupados con la obtención de posiciones, y aunque así no fuese, aquello era casi admitido. Oliveira estaba indignado con los colegas por el enloquecido asalto a las posiciones públicas de que daban muestra:

—Claro —decía—, ustedes no aprecian al periodismo, ustedes lo transforman en un gancho; no lo dignifican, no lo honran. Quieren empleos públicos, como si un vulgar burgués valiese más que un periodista...

—No es eso —objetaba Leyva—. Es más seguro...

—¡Seguro! Entonces ustedes piensan que de ahí la gente no es despedida... Es preciso ser obsecuente, halagar, hacer demostraciones de adhesión... Yo no quiero. De la prensa a la sepultura, ¡y no hay profesión más brillante que la nuestra!

El nunca había sido obsecuente y era un gran periodista. Losque tampoco quiso empleos; su pretensión era ser diputado. Sus títulos consistían en ser redactor anónimo de un gran diario. Nunca se había hecho notar por nada, no tenía la menor influencia, no se distinguía como portador de

ninguna idea útil y fecunda; pero quería ser diputado, designado por un Presidente de Estado como convenía a uno de los auxiliares del doctor Ricardo Loberant, el moralizador de la República.

En medio de aquel hervir de pequeñas ambiciones, de intrigas, de hipocresía, de ignorancia y amor propio, todas las cosas majestuosas, todas las grandes cosas que yo había amado, habían quedado disminuidas y desmoralizadas. Más allá del mecanismo periodístico, que veía funcionar tan de cerca, la política, la literatura, las artes, el saber, todo lo que hasta allí había supuesto grande y elevado, quedaba empequeñecido y abaratado.

Veía a Floc inventar reputaciones literarias, y a él mismo crearse una reputación; veía a Losque, tomado del brazo con el mediocre Ricardo Loberant, elevar hasta la Cámara y el Senado a quien él quería; veía a Aires d'Avila, con sus escritos que daban sueño y su erudición de vitrina, influir en las decisiones del Parlamento; veía a médicos milagreros y tenidos por sabios pedir elogios para sus grotescas obras a redactores ignorantes; y también veía a doña Inés la esposa del director, ciertamente una respetable señora, tornarse juez de los cuentos y de las poesías de los concursos, con su rara competencia de alumna laureada por las Hermanas de la Caridad.

A la vista de todo eso, a la vista de esa incompetencia general para juzgar, de la ligereza y de los extraordinarios resultados que obtenían con tan débiles medios, imponiendo a sus protegidos, a sus favoritos, cobré un inmenso desprecio, una gran repugnancia por todo cuanto tocaba a la literatura, a la política, a la ciencia, creyendo que todas nuestras admiraciones y respetos no son más que sugestiones, embustes e ilusiones, fabricadas por media docena de incompetentes que se apoyan, o se impusieron a la credulidad pública y a la insondable estupidez de la naturaleza humana.

Pero si mi desprecio y mi disgusto no se hicieron totales por todo esto, fue porque a veces sentí en ellos, en aquellos redactores y reporteros que tenían el cofre de las gracias, grandes dudas, grandes desesperaciones y fuertes vacilaciones de conciencia sobre su propio valor.

Hubo un caso que, por trágico, me quedó eternamente grabado y fue como la demostración de que aún había en el fondo de algunos de ellos una creencia en lo Serio, en lo Verdadero, en lo Perfecto.

Regresaba yo esa tarde de la casa de Veiga Filho, adonde había ido a llevar unas pruebas. Volvía admirado de que sus amigos, siempre que a él se referían, recordaban la gran miseria en que vivía. No lo había visto así. Habitaba una casa que era casi un palacete, en una calle del barrio de Laranjeiras, de altos y bajos, de dos pisos. Esperé las pruebas en la sala de visitas, transformada en gabinete de trabajo, amueblada con relativa opulencia. Había bronces, divanes, mesas con incrustaciones de laca y barnices lacados, vasos de porcelana, estantes con guarniciones de bronce... ¿Dónde estaba la miseria? Artur siempre se refería a ella, y Bilac, en su "Registro", quejábase indicando el atraso de nuestra civilización.

Llegué a las ocho a la redacción. Floc, con levita, daba el último retoque a la tradución del suplemento literario. Iba al Teatro Lírico. Estaba rodeado de diccionarios y exhalaba perfumes. Poco después salió, y la redacción paulatinamente se fue vaciando. A la medianoche estaba solamente el redactor

de guardia; el reportero de servicio había enfermado y los otros, ante la falta de novedades habían desaparecido por los cafés y cervecerías. Poco después de medianoche retornó Floc. Venía alegre. Su fisonomía irradiaba satisfacción y en su mirada bailaban cosas brillantes y dulces. Adelermo, que hacía la guardia, le preguntó por lo suyo.

—¡Maravilloso! Nunca vi un conjunto tan armonioso... ¡Qué voces! El cuarteto fue excelente. No hay una cantante destacada, es verdad, pero todas afinan bien ¡y el conjunto es extraordinario!

—¿Y el vals?

—¡Magnífico! ¡Qué orquesta! ¡Qué Museta! ¡Imagina que fue bisada cuatro veces!

—¡Entonces, fue un delirio!

—Un delirio... Nunca vi tanto entusiasmo... Toda la sala vibraba...

—¿Y las galerías? ¿Silbidos?

—No. Se portaron bien... Felizmente estamos abandonando ese hábito de atrasados.

—¿Mucha gente?

—A montones. ¡Y qué mujeres, Adelermo! ¡Qué mujeres! La Lôbo tenía un escote maravilloso. Todo el cuello, muy blanco, blanco de jaspe, quedaba afuera y el cuello nacía del busto, muy largo y muy blanco... La Santos Carvalho también estaba allí, con aquellos ojos de hambre, ojos de insatisfacción, de curiosidad, de deseo de probar todos los *frutos del jardín del mundo*... La Carneiro de Sousa... ¡Yo no sé qué mal me hace esta mujer con el dibujo a lo Boticelli de su rostro! Tiene no sé qué mezcla de candidez y perversidad que me dan ganas de gritarle: ¡habla, demonio! ¿Qué es: santa o serpiente? ¡Por la sala flotaban no sé cuántas esencias caras, no sé cuántos perfumes de flores de cuántos climas diferentes! ¡Se llegaba a olvidar, delante de esas mujeres, de aquellas luces, de aquella música, de aquellos olores, que se estaba dentro de un barracón infame, muy infame!

Floc habló con calor, gesticulando, tratando de completar la frase con el gesto y la mirada. Sentíase bien que aquellas cosas deliciosas lo habían impresionado en todos sus sentidos, envolviéndolo todo.

Sus ojos, al hablar de las mujeres, tenían reflejos dorados y fumaba nerviosamente durante la conversación. Adelermo se había mantenido calmo, sonriendo de cuando en cuando; a veces, escuchando una u otra frase, parecía perderse en su propio pensamiento, desprenderse de sí mismo, e irse lejos, lejos...

—¿Vas a dar la crónica hoy? —preguntó Caxias.

—Naturalmente... Raul también la dará en el *Diario*... Yo no quería; pretendía hacer una cosa más cuidada, pero *noblesse oblige*... ¿No te parece?

—Entonces, mientras escribes yo voy a salir, como algo y regreso.

—Sin duda —dijo Floc mientras se quitaba la levita—. Puedes ir que yo espero.

Adelermo Caxias se colocó el cuello, hizo el nudo de su corbata, vistió

el saco y salió apresurado por el corredor y hacia afuera. En la redacción quedamos Floc y yo.

En la calle reinaba el más profundo silencio. De vez en cuando los pasos de alguien retrasado venían a quebrarlo con desusado vigor.

Floc se puso ante el escritorio, en actitud de escribir. Le llevé papel y tinta, y el crítico, preparada lentamente la lapicera, arreglado el papel, encendió un cigarro y por algunos instantes se abismó en una gran e interminable reflexión... Tenía miedo de comenzar. Había visto tantas cosas bellas, tanta carne joven y buena, que quería lanzar el artículo como un chorro hacia lo alto, hacia las distintas regiones del arte y la belleza, no perdiendo una sola idea huidiza, transmitiendo las emociones sentidas en aquellas deliciosas horas en que contempló las más bellas y caras mujeres de la ciudad, escuchando aquella música lánguida de Italia, llena de sol, de historia y de amor. Sentí que él intentaba poner en su crónica un poco de los sueños soñados a la vista de aquellos cuellos desnudos y bien cuidados, de aquellas miradas chispeantes, y también la sensación casi irregistrable de la música, el rozar de las sedas, la fragancia de los perfumes flotando en aquel ambiente cerrado, una impresión juntábase a otra, bailando sin ser vistas en los aires punteados de luz, de la luz azul de la electricidad. Todos sus sentidos habían vivido; la sensación particular de uno provocando las sensaciones de los otros, y todas ellas sacudiendo su personalidad con aquel hercúleo esfuerzo para recogerlas todas. Pensaba...

Se quedó así algunos minutos, tres o cinco, y en seguida se puso al trabajo. Las dos primeras páginas fueran escritas rápidamente; al comienzo de la tercera se detuvo, escribió, enmendó, volvió a escribir, enmendó, se detuvo, levantó la lapicera y se quedó mirando como perdido la pared de enfrente. Volvió, rasgó... Recomenzó... Leyó dos veces. No le gustó lo escrito, lo rasgó... Recomenzó. Su fisonomía estaba trastornada. No tenía ya la impresión de satisfacción, de deslumbramiento interior. La frente se había contraído, arrugándose; los ojos estaban fijos y la boca cerrada nerviosamente, costábale abrirse para aspirar rápidamente el cigarro. Toda su fisonomía revelaba una extraordinaria contención, fuera del poder habitual de su voluntad. Escribió de nuevo, y gritó:

—¡Caminha! Ve a buscar *cachaça*. ¡Anda!

Cuando regresé, discutía con el compaginador. El obrero venía a apresurarlo. Esperaban su artículo. Floc, aparentando calma, prometió que lo entregaría dentro de media hora. Cuando el obrero hubo salido, tomó la botella y la empinó bebiendo un largo trago. Aproximó la lapicera al papel y escribió algunas palabras que tachó inmediatamente. Suspendió el trabajo, tomó otro trago y su fisonomía comenzó a adquirir una expresión de desesperación indescriptible. Yo estaba inquieto, presintiendo vagamente un drama. Ahora fumaba un cigarrillo detrás de otro; no los concluía, sino que los arrojaba por la mitad al suelo, y encendía otro. Bebió, fue a la ventana y se reclinó en ella cuando el compaginador volvió.

—¡Don Couto!

—¡Hombre! ¡Ya va! ¿Usted piensa que esto es como una máquina?

Volvió a escribir. La pluma estaba encaprichada y no quería deslizarse

sobre el papel. Floc fumaba, se mordía el bigote y la pluma continuaba resistiéndose. Después de varios minutos, el obrero regresó:

—Espere un poco —dijo el crítico.

El obrero salió. Floc estuvo un instante con la cabeza entre las manos, parado, trágicamente silencioso; después, se levantó firmemente, se dirigió muy duro y muy alto hacia una habitación próxima. Se escuchó un estampido y el ruido de un cuerpo que cae. Cuando penetramos en el cuarto, el compaginador, otros dos obreros y yo, aún respiraba. Casi en seguida murió. Había un hilo de sangre desde el oído, y los ojos semicerrados tenían una larga y dulce expresión de sufrimiento y perdón. Caído hacia un lado estaba el revólver, muy claro y brillante en su envoltura niquelada, estúpidamente indiferente a los destinos y a las ambiciones.

Adelermo entró, antes de que hubiésemos tomado ninguna providencia. Corrió al teléfono para avisarle al director. El doctor Loberant no estaba; había salido a las diez para el diario. La policía fue avisada, y era necesario que también él lo fuera. ¿Dónde estaría? Vino Rolim. Adelermo y él cuchichearon. El redactor de guardia me llamó.

—¡Caminha! Vas a ir a un lugar, y de lo que veas nunca dirás nada a nadie. ¿Lo juras?

—Lo juro.

—Ve a la casa de Rosalinda, y buscas al doctor Loberant... Es necesario discreción, ¿eh? Rolim no puede ir, tiene que quedarse aquí, para lo que fuere necesario... ¡Ve! ¡Y no digas nunca nada!

—Entra, cueste lo que cueste —me recomendó Adelermo al salir, y me dió algún dinero. En breve estuve frente a aquel gran edificio, con los fuertes portales de granito, terminados en cariátides, que en todo me parecía una casa burguesa. Golpeé, y vino el portero. Le dije a lo que venía, le di el dinero y entré. Subí, acompañado por él.

Entré con tristeza en aquella casa famosa entre los jóvenes ricos de la ciudad, por sus orgías y por las mujeres que la habitaban. Allí vivían las cantantes de *café-concert* húngaras, españolas, francesas, inglesas, turcas, cubanas; allí vivían también las Laís de la ciudad, las devoradores de patrimonio y de los grandes desfalcos. Subí la gran escalera del palacio y tomé por un corredor. De las habitaciones venía un ruido sofocado de crujir de camas, un murmullo de besos, pero el Pecado flotaba sobre ella con su silencio constreñido al recato que simulaba tener.

Al fondo del corredor, casi al tomar una pequeña escalera para el segundo piso, me di con una vieja prostituta en camisa, polaca por el acento, de senos blandos y casi sin pintura; a esa hora su vejez surgía hedionda y cadavérica, con un hálito de tumba. Se asustó. El portero la calmó. Subimos ella y yo. Cuando sintió que estábamos solos, me raspó con su piel, apoyándose mucho en mí, pasando su brazo por sobre mi hombro. Ya en el corredor, bajo la luz de un farol de gas medio encendido, consideró mejor mi fisonomía, mi juventud, mi falta de mujer, que ella olfateó en el aire de inmediato; tomó cariñosamente mi rostro con las dos manos y quiso besarme...

Y ella tenía razón. Mi temperamento siempre me hizo huir de aquellos lugares que la Biblia denomina tan rigurosamente para nuestros oídos mo-

dernos, pues no podía comprender que hombres de buen gusto, de corazón e inteligencia, viviesen esclavizados a lo que San Pablo, en la I Epístola a los Corintios, calificó tan duramente, para aconsejar el casamiento.

Además de desear que existiera entre esa mujer y yo algo más delicado, más espiritual, una comunión que no se tiene con la primera recién venida, había en mí no sé qué pensamiento evangélico que me prohibía proceder como todos, ya que si lo hacía contribuiría a mantener la desgracia y a hacer desgraciadas.

Recuerdo muy bien que cierta vez, no sé qué tontería me dio y me dejé arrastrar por los sentidos.

La entrada fue fácil; pero después me apabullé hasta el punto de tener delicadezas, escrúpulos, que eran ciertamente de novio.

Cuando puse el pie en la calle, las orejas me ardían, las mejillas me quemaban y parecía que los transeúntes me señalaban como a un irremisible pecador. Tuve la visión del Infierno... Fue en aquel tiempo... Bien, adelante.

Me separé de la ramera con miedo de su vejez y corrí a la sala donde estaba el doctor Loberant. Me acerqué a la puerta semiabierta. En un rincón había un piano; al centro una mesa llena de botellas y copas. Por los divanes, fumando, tres parejas; las mujeres en camisa y los hombres también, pero más descompuestos en su aspecto. En torno a la mesa, una mujer cabalgaba una especie de tapir o de anta. Era Aires d'Avila, cuyas pieles del vasto vientre le caían como ubres de vaca. La mujer lo montaba con el garbo de una *ecuyère* y él rodaba alrededor de la mesa como si fuese un animal de circo. Los dichos llovían, pero no los pude escuchar. Una de las mujeres me vio y sin miedo ni sorpresa me preguntó, con acento extranjero:

—¿Qué quieres aquí?

Loberant se volvió y en seguida me reconoció:

—¿Qué pasa, Isaías?

—El señor Floc se mató en la redacción.

Aires d'Avila volvió a la humanidad, y en plena orgía, por entre aquellos hombres y mujeres despreocupados, pasó la augusta sombra de la Muerte, misteriosa y severa...

XIV

En el gabinete del ministro había pocas personas. Al frente, en una mesa nueva, estaba el secretario, un capitán de fragata, pálido y alto, con un lindo *cavaignac* a lo Napoleón III, que le daba un aire de veterano del 70, a pesar de sus cincuenta y dos años. Por la ventana se contemplaba un pedazo de la bahía y de la ciudad. Era la isla Fiscal con su edificio apoyado firmemente sobre las olas; la Boa Viagem cismática y allá, en un fondo de infinito, de ilimitado, las altas murallas de Santa Cruz. Un gran barco entraba lentamente... Abajo, estaba el barullo de los carros; los juramentos de los cocheros, los estallidos de los látigos y el pesado rodar de los camiones... La Aduana estaba cerca.

En el gabinete, además del secretario estaba sentado a la derecha del ministro el vice-almirante inspector de las construcciones navales; a la izquierda, yo.

El ministro vestía chaqueta militar blanca y su gran cabeza autoritaria y cubierta de unos bellos cabellos blancos iba de mí hacia el inspector, hablando siempre y explicando el asunto de los arreglos:

—Con estas providencias el gobierno hizo una economía de cerca de seiscientos *contos*. Usted sabe: la industria oficial es muy cara. El "República" (está aquí el presupuesto) tenía los arreglos avaluados en cuatrocientos ochenta *contos*, ¿no era así, Almirante?

—Cuatrocientos ochenta y siete —respondió el inspector.

—Cuatrocientos ochenta y siete *contos* —repitió el ministro—. Sabe usted en cuánto quedó, en los talleres de las "Forjas"?

—No.

—En trescientos noventa y siete. Solamente ahí hubo una economía de noventa *contos*. Ahora imagine con el "Sete de Setembro", el "Paraíba", tres torpederos y los remolcadores... En fin: seiscientos *contos* de economía.

—Entonces Su Excelencia ¿cree innecesario el Arsenal de la Marina?

—No, absolutamente no. Primero porque es preciso que haya un campo práctico en manos del Estado para nuestros ingenieros navales, y segundo porque él puede prestar servicios, siempre que tenga la emulación del trabajo particular.

—Si Su Excelencia —dije yo, yendo al encuentro de sus deseos— me quisiera dar algunas notas, yo podría dar una noticia bastante interesante...

Y Su Excelencia, con su voz casi providencial, auxiliado por la memoria del vicealmirante inspector, comenzó a dictarme las notas, para que todo Brasil tuviese noticia de su capacidad de administrador, y de uno de los resultados más fecundos de su fecunda administración.

Me ofreció un habano, y en seguida que el inspector salió, comenzamos a conversar sobre los encantos de la nueva *chanteuse* que había debutado en el *Moulin-Rouge*.

Así hacía mi reportaje en el Ministerio de Marina. Desde los ministros hasta los ordenanzas, todos me llenaban de mimos y de fiestas. Raro era el oficial que no me pedía una noticia, un elogio, un halago al informe de su última comisión. Los jefes vivían abrazándose conmigo y me abastecían de informaciones para mi noticiero. Me asombraba que la *morgue* militar de toda aquella gente fuese así deshecha, naturalmente, en presencia de un reportero. Verdad es que ya había visto a muchos, de mar y de tierra, subir a la redacción e insinuar alusiones elogiosas; pero suponía que existían excepciones, y ahora verificaba que la inclinación era general.

Cuando se presentaban, reclamaban por la omisión de la noticia...

En mis primeros meses de reportero fue cuando más activamente amé la vida. No porque me viera adulado por los almirantes y capitanes de mar y guerra, sino porque sentí bien la variedad omnímoda de la existencia, la debilidad de los grandes, la inestabilidad de las cosas y su fácil deslizarse por los extremos más opuestos. Dos meses antes era un simple ordenanza, limpiaba mesas, hacía los mandados para todos; ahora, poderosas autoridades querían mis relaciones y mi buena voluntad.

Y toda esa modificación tan imprevista en mi existencia, provenía del suicidio de Floc. Habiendo sorprendido en la casa de Rosalina, en plena orgía, al terrible director, lo desprecié. En los primeros días él nada me dijo; pero ya me miraba más, me consideraba, preocupaba su pensamiento. Poco después me hizo preguntas de buena amistad: de dónde era yo, qué edad tenía, si era casado, etc. Las respuestas eran dadas de acuerdo a las preguntas; sin embargo, tempranamente, y merced a la bondad con que me trataba, las amplié hasta la confidencia.

Percibí que lo había sorprendido mucho al decirle que había tenido madre, que nací en un ambiente familiar, y había recibido instrucción. Eso, para él, era extraordinario. Lo que a mí me parecía extraordinario en mis aventuras, él lo encontraba natural; pero que yo hubiese tenido madre que me enseñara a comer con cubiertos, eso era excepcional. Sólo más tarde atiné con su íntimo pensamiento. Para él, como para más o menos toda la gente letrada del Brasil, los hombres y las mujeres de mi cuna son todos iguales, más iguales aun que los perros de sus chacras. Los hombres son malandrines,

pianistas, fanfarrones cuando aprenden algo, instrumentos de los politicones; y las mujeres (la noción ahí es más simple) son, naturalmente, hembras.

La indolencia mental los lleva a eso, y así también pensaba el doctor Loberant. No tuve que esforzarme mucho para hacerle modificar el juicio en la parte que me correspondía. Pero no me di por satisfecho. Percibí que me veían como una excepción; y habiendo sentido que mi instrucción era más sólida y más cuidada que la de la mayoría de ellos, a pesar de todos sus diplomas y títulos, me animé, como aún lo estoy, a contradecir tan malignas e infames opiniones, sea en el terreno que fuere, con obras sentidas y pensadas, que imagino tener fuerza para realizar, no por el talento, que juzgo no ha de ser mucho en mí, sino por la sinceridad de mi rebelión, que me viene del Amor y no del Odio, como pueden suponer.

Cinco capítulos de mi *Clara* están en el cajón; el libro ha de salir...

Ahora, pienso de esta manera; pero durante el resto del tiempo que estuve en *O Globo,* casi me conformé, tanto más cuanto que el interés que el director mostró por mí no fue platónico.

Cierto día el gerente, sorprendido y codicioso, me notificó que yo iba a trabajar en expedición, y que mi sueldo había sido aumentado en cincuenta *mil réis.*

Dos semanas después, al encontrarme en la escalera, Loberant me dijo:

—Caminha, ¿tú eres capaz de tomar notas en una oficina y redactarlas?

No esperaba semejante propuesta. Quedé deslumbrado: ¡ser reportero, como Oliveira! ¡Oh! ¡Era asombroso!... En seguida respondí, modestamente:

—Puede ser, doctor. Pruebe; si está bien, usted me dirá...

—Entonces vas a encargarte de Marina y Aduana.

En los primeros días luché con alguna dificultad. Mis colegas me recibieron mal. Me ocultaban las notas, trataban de desmoralizarme, me ridiculizaban delante de los empleados. Existe en ellos, por lo general, esa hostilidad por los nuevos. Sienten que el oficio es fácil y si ellos todavía lo facilitan, acabará por perder el prestigio. Tuve algunos tropiezos, pero también algunos aciertos, gracias a las relaciones que trabé con un sargento protocolista del Estado Mayor. Leporace quiso destituirme, pero Loberant no lo permitió.

Al quinto día en que yo hacía reportajes, otro reportero me arrebató de las manos unas notas que yo copiaba. *In-continenti* fui a ver al director, que lo obligó a restituírmelas. Cuando lo hizo, gritó en la portería:

—¡Toma, sirviente! Saliste de la cocina de Loberant para hacer reportajes...

Me contuve con sorpresa de los circunstantes, pero nunca imaginé que un insulto pudiese ir tan lejos en nuestra naturaleza. Me sentí otro, mucho más fuerte, trastornado y deseoso de matar. Sin embargo me contuve y nada le dije al colega que, si no había salido de una cocina, era casi analfabeto y mediante una propina, para protegerlo de una acción legal, figuraba como presidente de un club de tramposos. Hice mis notas, las dejé en el diario y regresé. Encontré al tal reportero en la calle 1.° de Março y antes de que él hiciera el menor movimiento me arrojé sobre su enorme corpachón, lo arrojé por tierra y lo golpeé con toda la fuerza que tenía.

En la comisaría, mi deseo era reírme de satisfacción, de orgullo, por haber sentido por fin que en el mundo es necesario emplear la violencia, dar golpes y trompadas, para impedir que los malos y los cobardes nos destruyan del todo.

Hasta entonces yo había sido la dulzura en persona, la bondad, la timidez, y me di cuenta que no podía, no debía y no quería ser más así por el resto de mis días.

Me reí, pues había tenido deseos de reírme por haber descubierto una cosa que nadie ignoraba. Felizmente no fue tarde...

La naturaleza desabrida y defectuosa de Loberant había simpatizado con mi debilidad y la humildad de mis comienzos. A fuerza de hablar de injusticias por especulación periodística, había adquirido un poco del sentimiento de reparación que exteriorizaba en fuertes gritos. Viendo en mí la necesidad de una, no quiso que ella continuase sin producirse; me protegió, me estimó y me convirtió en su defendido.

Si no hubiese sido por él, en mi primer día de reportero yo habría sido despedido. En la misma redacción todos me eran hostiles. Oliveira y Menezes, que sólo salía de su mutismo para decir un sarcasmo, fueron la excepción y me apoyaron.

Conté la pelea a Loberant; se la conté emocionado, con pasión. Escuchó en silencio y por fin me preguntó:

—Pero ¿realmente le pegaste?

—Le golpeé tanto cuanto pude.

—Bien —dijo él después de una pausa—, ve a escribir tu sección, y cuando la termines, vuelve para hablar conmigo.

No me demoré mucho. Pocos minutos después de las siete la entregué a Leporace y fui a conversar con Loberant.

—¿Terminaste? Vamos a comer —me dijo.

Desde ese día en adelante las dificultades desaparecieron. Toda la redacción me llenó de consideración y mi intimidad con el doctor Loberant aumentó. Yo mismo, hasta entonces reservado y tímido, comencé a animarme a ensayar un dicho, a exteriorizar una opinión. Un día, hasta osé escribir: hice un artículo. Comencé a tener enemigos. Leporace, en quien siempre encontré la más completa mala voluntad, la redobló; Caxias, criticó mi condición y acabó mezclándome en las intrigas de la redacción. El artículo, sin embargo, salió con las enmiendas de Leporace y las escorias gramaticales de Lôbo. No había en él ningún defecto de proporciones, pero la autoridad de Leporace se vería conmovida si no tuviera que enmendar algo en el artículo de un novato.

Con el andar del tiempo aprendí los procedimientos, me hice eximio y casi tan fecundo como Deodoro Ramalho. Aprendí con Losque a servirme de los otros diarios, a recibir inspiración de ellos, a calcar mis artículos de los que publicaban. Como Losque, enderecé hacia las revistas oscuras, esas que nadie lee, ni los diarios informan sobre ellas. Había en las mismas una pequeña idea, la desarrollaba y le injertaba algunas consideraciones mías. No fue Losque quien me lo enseñó, fue mi sagacidad que descubrió esto y del descubrimiento saqué las enseñanzas provechosas. Cuando dejaba en la mesa

su biblioteca ambulante, yo recorría uno y otro diario y cotejaba sus artículos, sus chistes, con los que encontraba en los diarios que siempre llevaba debajo del brazo. El no leía sino diarios. Aprendía finanzas, economía política, estadística en los periódicos de Francia, de Portugal y de la Argentina; en ellos, cogía citas de los autores célebres, poetas, filósofos y sociólogos.

Leporace aún leía algo, y recordaba algunos libros que había leído cuando estudiante. Una vez, habiendo muerto no sé qué rey, escribió un artículo —Dolor de la Reina Viuda— en que insertaba un pasaje de Daudet. ¿Recuerdan aquel pasaje de los "Reyes en el exilio", en que Colette de Rosen, cabalgando al lado de la reina Federica, le arroja indirectas referentes a su silencio frente a las infidelidades del marido? ¿Recuerdan que la reina, acusando el golpe, responde a la dama de honor que las reinas no pueden ser desgraciadas o felices como cualquier otra mujer? Ellas deben ocultar todos sus dolores y todas sus alegrías en virtud de la majestad de su grandeza. Pues bien. Leporace no tuvo dudas: tomó la frase del diálogo y la desarrolló en su estilo barroco, durante casi una columna, del siguiente modo:

"Ella (la reina) es la representación viva del dolor, no del dolor que sentimos nosotros, sino del dolor injusto, del dolor único, como preparado por la adversidad también injusta y ciega para determinadas almas que las circunstancias del nacimiento, y solamente ellas, hacen distintas de las otras almas para no tener el derecho de llorar.

Las lágrimas de la realeza son así más dolorosas y más sofocantes, porque los ojos reales las deben ocultar a la luz en que todas las amarguras y dolores resplandecen con la grandeza del sufrimiento, en virtud de su propia majestad real."

Y siguió disfrazando la frase breve y rápida del novelista francés.

En el diario se comprende el escribir de un modo diferente del que se entiende literariamente. No es un pensamiento, una emoción, un sentimiento que se comunica a los otros por el escritor; no es el pensamiento, la emoción y el sentimiento que dictan la extensión de lo que se escribe. En periodismo, la extensión lo es todo y evalúase la importancia del escrito por su tamaño; la cuestión no es comunicar pensamientos, es convencer al público con repeticiones inútiles e impresionarlo con el desarrollo del artículo. Para otorgar extensión a los artículos se echa mano de todos los recursos. Se acumulan incidentes y aprestos, se organizan consideraciones, se emplean viejos chistes. La Rochefoucauld no tendría talento si fuera redactor de un diario, y en *O Globo* sería menos considerado que Lemos, cuya reputación aumentó con el famoso crimen de Santa Cruz.

Ahora escribía con independencia y autonomía sus noticias. Ponía en ellas toda su ignorancia con mucha libertad, haciendo hasta alusiones históricas. En los alrededores de la ciudad, en cierta ocasión, un marido celoso, habiendo encontrado a la mujer en flagrante adulterio, amarró a su cómplice a la cola de un caballo, que lo arrastró por la carretera.

Lemos, que ciertamente no había leído a Tácito ni a Berquó, interpretó tal cosa como un suplicio semejante al impuesto a su madre por Nerón y escribió, aludiendo al castigo:

—Bien. Ahora yo soy Nerón. Tú no eres mi madre, pero sirves para la cola del caballo.

Lemos era uno de los pocos que habían quedado en el diario. El tiempo había traído a la redacción inevitables modificaciones. Lôbo había enloquecido y estaba recogido en un hospicio. Su manía era no hablar ni oír. Se tapaba los oídos y se mantenía callado por semanas enteras, pidiendo todo por señas. Al médico que le preguntó por qué procedía así, le explicó dificultosamente:

—Esto no es idioma... No lo puedo escuchar... Todo está equivocado... ¡Qué va a ser idioma!

—¿Y por qué no habla?

—Los errores son tantos, y están en tantas bocas que temo que ellos me hayan invadido y yo hable esa jerga indecente...

Y vivía silencioso, por los corredores, leyendo la *Ensynança de Bem Cavalgar,* de El-Rei Don Duarte. A veces se entusiasmaba y leía en voz alta: *Ca som algũs boos caualgadores duhãs sellas que o nom son doutras.*

Un compañero del manicomio, al escuchar cosa tan linda le preguntó al gramático:

—¿Qué lengua es esa?

Viendo de qué manera insólita era tratada tan interesante obra, Lôbo arrojó el libro al suelo y llenó de golpes la cara del compañero de infortunio. Fue metido en chaleco de fuerza, en celda protegida.

El doctor Gregorovitch, disgustado con el color gubernamental del diario, no supo escribir más. Un día le mandaron hacer el elogio de un acto ministerial, y casi le dio un ataque. No sabiendo elogiar, buscó a quien atacar sin comprometer al diario. Descubrió a la República Argentina; pero en breve el asunto se agotó, y se quedó sin enemigos. Consiguió algunos *contos* con un ministro y partió a Caracas en busca de nuevas aventuras y oposiciones.

El joven Deodoro Ramalho se había graduado abandonando la literatura sin pesar, sin nostalgias, tal como un cojo abandona la muleta vieja. Había hecho literatura como aviso para la futura clínica y la abandonó tan pronto comprendió que ella podría comprometer la gravedad de su profesión y la respetabilidad de los cargos que ocuparía.

Leporace había abrazado con ardor su puesto en Antigüedades Egipcias; ahora leía a Maspero. Abandonó el diario y Losque pasó a ocupar su lugar. Vinieron otros, pero a esos apenas los conocí. Inmutables eran Oliveira y Menezes, éste siempre tímido, escribiendo los artículos difíciles, pero sin mejoras en el sueldo. Mientras tanto Aires d'Avila ganaba dos *contos* por escribir algunas banalidades fatigantes.

Siempre que veía al resignado Menezes, muy feo, marchito, escribiendo las mejores cosas del diario, me ponía a pensar por qué el equilibrio del periódico exigía que aquel hombre quedara tan bajo mientras en lo alto encontrábase Loberant junto a Leporace y Aires d'Avila. Su timidez y su modestia no le daban el charlatanismo indispensable para llevarlo adelante. El sabía lo que ignoraba y no se atrevía a juzgar sobre todo. Gregorovitch no se cansaba de decirlo:

—¡Eres una bestia! ¡Vas a someterte a ser un burro de carga! ¡De esta manera no te impondrás!

Y él, después de escucharlo con su atención de sordo, quedábase mirando al ruso, haciendo rodar los ojos en las órbitas, como preguntándole cuáles eran las maneras de imponernos. Había visto sin asombro y sin envidia mi brusco ascenso, y el crecimiento acelerado de mi amistad con el director.

El y yo éramos ahora amigos íntimos, compañeros de farras y trasnochadas. Sintiéndome realmente educado y sufriblemente culto, el doctor Loberant santía algo así como remordimientos por no haber adivinado eso, permitiendo que yo quedara durante tanto tiempo como ordenanza de su redacción. Me llenaba de atenciones y de dinero. Me llevaba a todas partes, alababa mi talento y mi carácter. Cuando le hablé de abandonar Río y le pedí que se interesara para obtener el lugar que hoy ocupo, se asombró:

—Pero, ¿por qué, Isaías? ¿Cuales son tus disgustos? ¿Qué te hace falta?

No le quise decir nada. Percibía muy bien que él no entendía las ansias de mi temperamento ni las angustias de mi inteligencia.

—Quiero casarme, tener sosiego para criar y educar a mis hijos.

No conseguí realizar todo esto. Me casé, es verdad; pero el único hijo que tuve, acaba de morir en tierna edad. El doctor, después de mi respuesta objetó:

—Pero para eso no necesitas salir de Río... ¡A tu edad, ir a enterrarte a la selva, es una tontería!

Y mucho tuve que intervenir para resolverlo a intervenir ante el ministro; el día de la partida, después de haber obtenido de él mismo la fianza necesaria, sentí que se quedaba con nostalgias de mí. Vivimos dos o tres años juntos, bebiendo y de farra continua. El prohijaba mis consideraciones y luego las repetía por su cuenta; yo daba expansión a mi buen humor sombrío, a mi tristeza interna, a mis vagos deseos que no cobraban proporciones.

Me quería un hombre de mundo, que supiera jugar, vestir bien, beber, hablar a las mujeres; pero las sombras y las nubes comenzaban a invadirme el alma, a pesar de aquella vida brillante. Yo sentía bien lo falso de mi posición, mi estado de excepción en aquel mundo; también sentía que no me parecía a nadie más y que no era capaz de apegarme a nadie; que, sin arte para adaptarme, era incapaz de tomar posición, importancia y nombre. Sufría con esa *consideración* especial que tanto irritaba al poeta cubano Plácido. Sin embargo, continuaba yendo con él a los teatros, a las juergas. Salíamos con prostitutas, cenábamos en los arrabales pintorescos. Yo iba contento pero mi contentamiento duraba poco. No sé qué es lo que sentía de innoble en mí mismo y en todo aquello, que al final me dejaba sombrío, callado y lleno de remordimientos. Me desesperaba el mal empleo de mis días, mi pasividad, el abandono de los grandes ideales que había alimentado. No; yo no había sabido arrancar de mi naturaleza al gran hombre que había deseado ser; me había abatido frente a la sociedad; no había sabido rebelarme con fuerza, con voluntad y con grandeza... Sentía bien la desproporción entre mi destino y mis primeros deseos; pero seguía adelante.

En los días en que intentaba llevarme de paseo, Loberant me preguntaba.

—Isaías, ¿estás con dinero?

—Algo.

Y sin que nadie lo viese, me pasaba un billete de cincuenta o cien *mil réis*. Nunca vi dar dinero como lo hacía aquel hombre. A mí, y a muchos más. Es verdad que el diario daba más de cien *contos* líquidos por año, solamente a él.

Ese día, como era habitual, me preguntó si tenía dinero, y me dio doscientos *mil réis*.

—Vamos a Tijuca —me dijo—. Allí cenaremos con Leda, ¿la conoces?

—No.

—Hace poco que está acá... ¡Es un golpe!

Fuimos a buscarla a la casa. Vivía en una calle transversal del Catete, y llegamos allá un poco después de las tres, cuando la italiana aún estaba vistiéndose. Pude ver sus anchas espaldas de estatua, muy blancas y rosadas, y el hermoso cuello bien torneado, modelado, encajado en el cuerpo en una curva suave y vaporosa que venía a morir en los hombros sin transición alguna. La italiana tenía una marca grande y antigua, ya en el rigor de la fisonomía, ya en el matiz de la piel; y si no tenía también la vulgaridad exhaustiva de las estatuas clásicas ello se debía a sus ojos negros, donde había mucho de nuestra inquietud moderna, una gran languidez profesional.

Loberant le dijo de nuestra intención de ir a Tijuca:

—¡Oh, no! —exclamó la mujer—. Ya fui. No me gusta... A otro lugar, ¿no te parece?

—Entonces ¿adónde quieres ir? ¿A Leme? ¿Al Silvestre? —preguntó Loberant.

—Por el mar, allá al fondo... Allá donde están esas montañas, esas islas... Cuando llegué tuve deseos de ir en seguida allá.

Me gustó el capricho de la mujer, empero no me animé a aprobarlo. Loberant parecía aprobar también, y preguntó:

—¿Dónde puede ser? ¿Paquetá?

—Puede ser... —dije yo.

—No, no es buen lugar. Hay mucha gente conocida... Vamos a la Ilha do Governador.

Leda ya estaba completamente vestida y no olvidó los contoneos que agitaban su cintura. La barca viajaba semi-vacía y los viajeros habituales vieron asustados nuestra llegada. La elegancia extrarrural de Leda escandalizó a todos. Ella parecía no notarlo, se movía por toda la barcaza naturalmente, dando pequeños gritos de admiración frente al paisaje que se desarrollaba ante ella. No cesaba de mirar, de aspirar con fuerza toda la exhalación de poesía y de grandeza de la bahía incomparable. El sol, hacia el poniente, aún dominaba todo y las aguas estaban azules. Un pasajero nos informó de la demora de la barca en cada estación. Primero iría al Zambi, después a las otras localidades de la isla, y regresaría al primer punto en el espacio de una hora.

Bajamos. La aldea tenía un aire risueño y se extendía por la playa blanca, cuya curva marcaba obedientemente. Las canoas dormían en las playas y las

redes secábanse al sol, extendidas sobre varas. La italiana propuso un paseo. Había tiempo, podíamos hacerlo. Comenzamos a caminar. Desde las casas nos observaban. Ya quedaban atrás, tomamos por un atajo, luego por otro, y cuando volvimos al camino ancho, habíamos tomado uno diferente. No nos dimos cuenta en seguida, y sólo vinimos a encontrar el rumbo después de haber andado un cuarto de hora sin encontrar la playa. Leda apreció particularmente la situación. Cuando se enteró, lanzó una carcajada.

—¡Qué hermoso!

En aquel momento caminábamos por un sendero desierto, pero que parecía trillado. Dos huellas parelalas, de carros, marcaban sus límites con la floresta. A una hora de Río, estábamos en el desierto. Caminábamos casi sin hablar. La italiana era la única que parecía contenta.

A veces era un arenal; otras, un bosque denso, casi una floresta. Y todo triste, desolado, abatido. Leda observó:

—¡Cuando no hay muchos árboles y agua, la tierra de ustedes es fea! Es necesario que haya mucha, mucha agua, ¡que sea linda!

Hubo un momento en que supusimos no tener salida. Los árboles se cruzaban sobre el camino; los bejucos cruzaban de uno a otro lado, los "araña-gatos" perseguían nuestras ropas, se agarraban a ellas tenazmente como si nos quisieran desnudar. Un *sabiá* se puso a cantar y todo el dolor de aquella tierra calcinada, exhausta y pobre, vibró en los aires. Llegamos a una campiña. Había bandadas de *coleiros* trinando entre las espigas de los pastos y los *anûs* [1] se enredaban en los abanicos de las cañas-bravas.

Después de la primera caminata, nos pusimos a conversar. El doctor estaba aprensivo; yo, resignado, y Leda contenta, recordando tal vez su infancia de campesina.

—¿Adónde iremos a dar? —preguntó el director.

—Al mar, naturalmente. ¿Esto no es una isla? Sí; por lo tanto no hay forma de ir a dar a Sao Paulo.

Nos sentamos, cansados. El débil organismo de Loberant resistía muy mal la fatiga.

La italiana me preguntaba el nombre de las plantas. Era el *monjolo* lleno de apófisis escamosas; era la *embaúba* como un adorno egipcio; la *tinguaciba,* la *pindaíba,* las tacuaras, los bejucos... Después se interesó por las pequeñas plantas, por el *gravatá*, por el melón de San Cayetano, por el *carrapicho*, y la *guaxima*...

Era yo quien informaba; el director, en medio de todas aquellas vidas, no les conocía el nombre ni los servicios que prestaban, ni su importancia...

Una bandada de *tiés* voló sobre nosotros, y la italiana preguntó:

—Pero ¿los hay así?

Y se quedó un momento sorprendida de que aún hubiera de esos pájaros en las proximidades de tantas modistas. La noche había llegado llena de opresiones y deseos. El doctor marchaba al frente, en silencio, preocupado; y yo, al lado de la italiana, escogía mejor el camino y aspiraba su perfume.

[1] *Anûs:* ave trepadora.

Finalmente llegamos a una casa. Recordé mi casa paterna. Tenía el mismo aspecto, baja, encalada, con una parte de ladrillos y otra de paredes de barras entrecruzadas y barro; alrededor, una plantación de *aipins* [1] y batatas. Nos dieron agua, nos ofrecieron café, y proseguimos hacia el *Galeão*, que está cerca. Al llegar a la playa, el día agonizaba del todo. Fuimos a una especie de almacén, y pedimos algunas latas de sardinas, pan y vino. Fuimos servidos en viejos platos azules con unos dibujos chinos, y con cuchillos que todavía tenían cabo de cuerno, como en otras épocas. La vista de esos platos y esos cuchillos me recordó aún más a mi casa, y a mi infancia. ¿Qué había hecho yo? ¿Qué empleo había dado a la inteligencia y a mi actividad? Esas preguntas me angustiaban.

Volvimos en bote hasta la punta de Caju. Durante el viaje la angustia se me agrandó. Las palas de los remos, cayendo en las aguas oscuras, abrían anchos surcos luminosos de minúsculas estrellas agrupadas, y todo el barco bogaba envuelto en aquel mar de estrellas, dejando una ancha estela fosforescente.

Recordé la vida de mi madre, su miseria, su pobreza, aquella casa tosca; y me parecía que yo también estaba condenado a acabar así, todos nosotros condenados a nunca sobresalir.

La italiana conversaba con el remero sobre la pesca. Ella conocía la vida y hacía preguntas claras.

Bajamos del tranvía, en el campo de Santána, Leda y yo tomamos un coche; el director continuó hacia el diario.

En vano ella me hacía hablar. Le respondía por complacerla. Recordaba... Recordaba que había dejado toda mi vida al azar y que no la había dedicado al estudio ni al trabajo con la fuerza de que yo era capaz. Me sentía repelente, repelente de debilidad, de decisión, más debilitado ahora por el alcohol y los placeres... Me sentía un parásito, adulando al director para obtener dinero...

Mis aspiraciones, aquellos poderosos sueños de mi infancia no habían recibido de mi parte las debidas satisfacciones.

La mala voluntad general, la excomunión de los otros me habían amedrentado, atemorizado, hecho adormecer en mí el orgullo, con su cortejo de grandeza y de fuerza. Me había rebajado, teniendo miedo de los fantasmas, y no había obedecido a su imperio.

El coche había cruzado el Largo da Lapa y su camino fue interrumpido por una aglomeración popular. Desde la calesa pude ver qué sucedía. Era una mujer de las muchas que pueblan el lugar y sus proximidades, que iba entre dos soldados. Recordé que ya había visto esa fisonomía. Me esforcé por recordar, recordé que era la amante del diputado Castro.

Entonces me pregunté a mí mismo por qué no se había casado aquella muchacha, por qué no había vivido dentro de las normas que eran tenidas por buenas. No encontré respuesta, pero me juzgué, no sé por qué, un poco culpable por su desgracia.

[1] *Aipins:* planta brasileña, especie de mandioca dulce.

El coche llegó a destino y yo bajé para ayudar a Leda a apoyarse. Pagué al cochero y, ya en la vereda, ella me preguntó:

—¿No entras?

—No, muchas gracias.

Insistió varias veces, pero siempre me negué. Caminé vagamente hasta el Largo da Carioca, sin seguir fijamente un pensamiento. Venía triste, y con la inteligencia funcionando para todos lados. Me sentía siempre disgustado por no haber sacado de mí nada de grande, de fuerte, y por haber consentido en ser vulgar secuaz, un mantenido de otro cualquiera. Tenía otros disgustos, pero éste era el principal. ¿Por qué había condescendido a ser eso? Un poco por causa de los otros, y un poco debido a mí mismo. Encontré a Loberant:

—¿Entonces? —me preguntó maliciosamente.

—La dejé en su casa.

—Pero si yo me había separado de ustedes a propósito... ¡Tonto! Vamos a tomar cerveza...

Antes de entrar, todavía miré el cielo muy negro, muy estrellado, olvidado de que nuestra humanidad ya no sabe leer en los astros los destinos y los acontecimientos. Las meditaciones no se me pasaron... Loberant, sonriendo y mirándome con complacencia, aún repitió:

—¡Tonto!

Día de Todos los Santos, Río de Janeiro, 1908.

EL TRISTE FIN DE POLICARPO QUARESMA

Le grand inconvénient de la vie réelle et ce qui la rend insupportable à l'homme supérieur, c'est que, si l'on y transporte les principes de l'idéal, les qualités deviennent des défauts, si bien que fort souvent l'homme accompli y réussit moins bien que celui qui a pour mobiles l'égoïsme ou la routine vulgaire.

Renan, *Marco-Aurelio*

PRIMERA PARTE

A João Luis Ferreira,
Ingeniero civil.

I

LA LECCION DE VIOLON

Como era su hábito, Policarpo Quaresma, más conocido por Mayor Quaresma, golpeó en la casa a las cuatro y quince de la tarde. Hacía más de veinte años que esto sucedía. Saliendo del Arsenal de Guerra, donde era subsecretario, picoteaba por las confiterías algunas frutas, compraba un queso, a veces, y siempre, el pan de la panadería francesa.

No gastaba en esos paseos ni media hora, de manera que a las tres y cuarenta, por así decir, tomaba el tranvía sin errar ni un minuto, e iba a pisar el umbral de su casa, en una calle alejada de São Januário, exactamente a las cuatro y quince, como si fuese la aparición de un astro, un eclipse, en fin, un fenómeno matemáticamente determinado, previsto y predicho.

La vecindad ya le conocía los hábitos, y mucho más en la casa del capitán Claudio, donde era costumbre comer más o menos a las cuatro y media, en seguida que lo veían pasar, cuando la señora de la casa le gritaba a la criada: "Alice, mira que ya es la hora; el mayor Quaresma ya pasó".

Y así era todos los días, desde hacía treinta años. Viviendo en casa propia y teniendo otras entradas además de su sueldo, el mayor Quaresma podía llevar un tren de vida superior a sus recursos burocráticos, gozando de consideración y respeto de hombre pudiente por parte de la vecindad.

No recibía a nadie, vivía en un aislamiento monacal, aunque era cortés con los vecinos que lo juzgaban raro y misántropo. Si no tenía amigos por los alrededores, tampoco tenía enemigos, y la única antipatía que mereció había sido la del doctor Segadas, un afamado clínico en el lugar, que no podía admitir que Quaresma tuviese libros: "Si no es diplomado en nada, ¿para qué? ¡Pedantería nomás!".

El subsecretario no mostraba los libros a nadie, pero sucedía que cuando se abrían las ventanas de la sala de su biblioteca, desde la calle podían verse los estantes repletos de arriba abajo.

Esos eran sus hábitos; últimamente, sin embargo, habían cambiado un poco; y eso provocaba comentarios en el barrio. Además del compadre y de la hija, las únicas personas que lo visitaban hasta entonces, en los últimos días era visto entrar en su casa, tres veces por semana y en días marcados, un señor bajo, delgado, pálido, con un violón envuelto en una bolsa de gamuza. ¡Un violón en casa tan respetable! ¿Qué sería eso?

Esa misma tarde una de las más lindas vecinas del mayor invitó a una amiga suya, y ambas pasaron bastante tiempo perdido de aquí para allá, paseando, estirando la cabeza cuando pasaban frente a la ventana abierta del raro subsecretario.

El espionaje no fue inútil. Sentado en el sofá, teniendo a su lado al sujeto en cuestión, empuñando el instrumento en posición de tocar, el mayor escuchaba atentamente: "Mire, mayor, así". Y las cuerdas vibraban perezosamente en la nota herida; en seguida, el maestro aducía: "Es *re,* ¿aprendió?".

Pero no fue necesario publicar la noticia; la vecindad entendió en seguida que el mayor estaba aprendiendo a tocar el violón. ¡Qué cosa! ¡Un hombre tan serio metido en cosas tan poco serias!

Una tarde de sol —sol de marzo, fuerte e implacable— cerca de las cuatro, las ventanas de una desierta calle de São Januário, se poblaron rápida y repentinamente, de uno y otro lado. ¡Hasta en la casa del general vinieron jovencitas a la ventana! ¿Qué era? ¿Un batallón? ¿Un incendio? Nada de eso: el mayor Quaresma, con la cabeza baja, con pequeños pasos de buey de carro, subía la calle, llevando debajo del brazo un impúdico violón.

Es verdad que la guitarra venía decentemente envuelta en papel, pero el vestuario no escondía enteramente sus formas. A la vista de hecho tan escandaloso, la consideración y el respeto que el mayor Policarpo Quaresma merecía en los alrededores de su casa, disminuyeron un poco. Estaba perdido, loco, decían. El, sin embargo, continuó serenamente sus estudios, inclusive porque ni percibió esa disminución.

Quaresma era un hombre pequeño, delgado, que usaba *pince-nez,* miraba siempre para abajo, pero que cuando miraba a alguien o algo, sus ojos tomaban detrás de los lentes un fuerte brillo penetrante; era como si él quisiera ir hasta el alma de la persona o de la cosa que miraba.

Pero a pesar de eso casi siempre los traía bajos, como si se guiara por la punta de la barbita aguzada que le adornaba el mentón. Siempre vestía de frac negro, azul o gris, de paño a rayas; pero casi siempre de frac, y era raro que no se cubriera con una galera de alas cortas y muy alta, hecha según un figurín antiguo cuya época conocía con precisión.

Aquella mañana, cuando entró en la casa, fue la hermana quien le abrió la puerta preguntando:

—¿Ya comiste?

—Todavía no. Espera un poco, que Ricardo viene a cenar con nosotros hoy.

—Policarpo, debes tener más juicio. Un hombre de edad, de posición, respetable como tú, no puede andar mezclado a ese serenatero, casi un tonto, ¡eso no está bien!

El mayor dejó la sombrilla —una antigua sombrilla con el asta enteramente de madera y el cabo con adornos de madreperla— y respondió:

—Estás muy engañada, hermana. Es un prejuicio suponer que todos los que tocan el violón son unos desubicados. La *modinha* es la más genuina expresión de la poesía nacional, y el violón es el instrumento que requiere. Somos nosotros los que hemos abandonado el género, pero él ya tuvo sus honores en Lisboa, el siglo pasado, cuando el padre Caldas la interpretaba ante un auditorio de hidalgas. Beckford, un inglés notable, lo elogia mucho.

—Pero eso fue en otro tiempo; ahora...

—¿Qué tiene eso de malo, Adelaide? Conviene que nosotros no dejemos morir nuestras tradiciones, las costumbres genuinamente nacionales...

—Bien, Policarpo, yo no quiero contrariarte; continúa nomás con tus manías.

El mayor penetró en un aposento cercano, mientras su hermana seguía al interior de la casa. Quaresma se desvistió, se lavó, se puso la ropa de entrecasa, fue hasta la biblioteca y allí sentóse en un sillón-hamaca, descansando.

Era una vasta sala, con ventanas hacia un calle lateral, toda cubierta por estantes de hierro.

Había cerca de diez, con cuatro anaqueles, además de los más pequeños con los libros de mayor valor. Quien examinara detenidamente aquella gran colección de libros se asustaría al percibir el espíritu que pretendía su reunión allí.

De ficción, solamente había autores nacionales o tenidos como tales: Bento de Teixeira, el de *Prosopopéia*; Gregorio de Matos, Basilio da Gama, Santa Rita Durão, todo José de Alencar, Macedo, todo Gonçalves Dias, además de muchos otros. Se podía garantizar que no faltaba en los estantes del mayor ningún autor nacional o nacionalizado, desde el ochenta para acá.

En Historia del Brasil, estaba bien surtida: los cronistas, Gabriel Soares; Gandavo; Rocha Pita, Fray Vicente do Salvador, Armitage, Aires do Casal, Pereira da Silva, Handelmann *(Geschichte von Brasilien)*, Melo Morais, Capistrano de Abreu Southey, Varnhagen, además de otros más raros o menos famosos. En cuanto a lo tocante a viajes y exploraciones, ¡qué riqueza! Allá estaban Hans Staden, Jean de Léry, Saint-Hilaire, Martius, el Príncipe de Neuwied, John Mawe, von Easchwege, Agassiz, Couto de Magalhães, y si se encontraban Darwin, Freycinet, Cook, Bougainville y hasta el famoso Pigafetta, cronista del viaje de Magallanes, es porque todos esos últimos viajeros habían tocado el Brasil, resumida o ampliamente.

Además de éstos, libros subsidiarios tales como: diccionarios, manuales, enciclopedias, compendios, en varios idiomas.

Veíase así que su predilección por la poesía de Pôrto Alegre y Magalhães no le venía de una irremediable ignorancia de las lenguas literarias en Europa; por el contrario, el mayor conocía más que pasablemente el francés, inglés y alemán, y si no hablaba estos idiomas, los leía y traducía correctamente. La razón tenía que ser buscada en una particular disposición de su espíritu, en el fuerte sentimiento que guiaba su vida. Policarpo era un patriota. Desde joven, allá por los veinte años, el amor a la patria lo había dominado por entero. No el sentimiento común, insustancial y vacío; sino un

amor serio, grave y absorbente. Nada de ambiciones políticas ni administrativas; lo que Quaresma pensó, o mejor dicho, lo que el patriotismo le hizo pensar, fue un conocimiento entero del Brasil, llevándolo a las meditaciones sobre sus recursos para recién después señalar los remedios, las medidas progresistas, con pleno conocimiento de causa.

No se sabía bien dónde había nacido, pero seguramente no había sido en San Pablo, en Rio Grande do Sul, ni en Pará. Se equivocaba quien quisiera rastrear en él algún regionalismo; Quaresma era por encima de todo brasileño. No tenía predilección por ésta o aquella parte de su país, tanto es así que lo que lo hacía vibrar de pasión no eran las pampas del sur con su ganado, ni era el café de San Pablo, ni tampoco el oro y los diamantes de Minas Gerais, ni era la belleza de la bahía de Guanabara, tampoco las alturas de Paulo Alfonso, ni el estro de Gonçalves Dias o el ímpetu de Andrade Neves; era todo esto junto, fundido, reunido bajo la bandera estrellada de la Cruz.

Al llegar a los dieciocho años quiso ser militar; pero la Junta de Salud lo juzgó incapaz. Se disgustó mucho, sufrió, pero nunca maldijo a la patria. El ministerio era liberal, entonces él se hizo conservador y continuó amando más que nunca a "la tierra que lo viera nacer". Imposibilitado de evolucionar bajo los entorchados del ejército, buscó el lado administrativo, y de entre todas sus ramas escogió la militar.

Allí era donde estaba bien. En medio de soldados, de cañones, de veteranos, de papeles oliendo a pólvora, de nombres de fusiles y términos técnicos de artillería, aspiraba diariamente aquel hálito de guerra, de bravura, de victoria, de triunfo, que es el mismo hálito de la patria.

Durante los ocios burocráticos estudió, pero estudió a la patria, en sus riquezas naturales y en su historia, en su geografía, en su literatura y en su política. Quaresma sabía las especies de minerales, vegetales y animales que el Brasil poseía; conocía el valor del oro, de los diamantes exportados desde Minas Gerais, las guerras holandesas, las batallas del Paraguay, las nacientes y los cursos de todos los ríos. Defendía ácidamente y con pasión la preeminencia del Amazonas sobre todos los demás ríos del mundo. Para eso, iba hasta el crimen de amputar algunos kilómetros al Nilo, y era con este rival de "su" río con el que más se molestaba. ¡Ay de quien lo citara en su presencia! En general calmo y delicado, el mayor se ponía agitado y desconsiderado cuando se discutía la extensión del Amazonas frente a la del Nilo.

Desde hacía un año a esta parte se dedicaba al tupí-guaraní. Todas las mañanas, antes que la "Aurora", con sus dedos rosados, abriera camino al rubio "Febo", él se atragantaba hasta la hora del almuerzo con el *Arte y diccionario de la lengua guaraní o más bien tupí,* de Montoya, y estudiaba la jerga mestiza con ahínco y pasión. En la oficina, los pequeños empleados, amanuenses y escribientes, enterados de sus estudios del idioma tupiniquim, comenzaron a llamarlo Ubirajara. Cierta vez, el escribiente Azevedo, al firmar su horario de entrada, distraído, sin reparar en quién estaba a sus espaldas, dijo en tono chacotero: "¿Viste que hoy el Ubirajara está demorado?".

Quaresma estaba bien considerado en el arsenal: su edad, su ilustración, la modestia y honestidad de su vivir, le ganaban el respeto de todos. Sintiendo que el apodo le estaba dirigido, no por eso perdió la dignidad, ni prorrumpió

en denuestos e insultos. Se irguió, se acomodó el *pince-nez*, levantó el dedo índice en el aire, y respondió:

—Señor Azevedo, no sea imprudente. No quiera llevar al ridículo a aquellos que trabajan en silencio, por la grandeza y la emancipación de la patria.

Ese día el mayor conversó poco. Era costumbre suya, a la hora del café, cuando los empleados dejaban sus lugares, transmitir a los compañeros el fruto de sus estudios, los descubrimientos que hacía en su gabinete de trabajo, sobre las riquezas nacionales. Un día era el petróleo, que en alguna parte había leído se había encontrado en Bahía; otra vez, era un ejemplar raro de un árbol de caucho que crecía en el río Pardo, en Mato Grosso; otra, era un sabio, una notabilidad, cuya bisabuela era brasileña; y cuando no había descubrimientos para traer, se dedicaba a contar el curso de los ríos, su extensión navegable, las mejoras insignificantes de que carecían para prestarse a un franco recorrido desde su desembocadura hasta las nacientes. El amaba sobre todo los ríos; las montañas le eran indiferentes. Pequeñas, quizá...

Los colegas lo escuchaban respetuosamente y nadie, a no ser ese tal Azevedo, se animaba frente a él a hacerle la menor objeción, decir una broma. Al volverle las espaldas, sin embargo, se vengaban del aburrimiento cubriéndolo de burlas: "¡Este Quaresma! ¡Qué aburrido! Piensa que somos chicos de calesita... ¡Vaya! No tiene otro tema de conversación".

Y de ese modo él iba llevando su vida, mitad en la oficina, sin ser comprendido, y la otra mitad en casa, también sin ser comprendido. El día en que lo llamaron Ubirajara, Quaresma estuvo reservado, taciturno, mudo, y sólo habló cuando lavándose las manos en una habitación próxima a la secretaría, preparándose a salir, alguien dijo: "¡Ay, Dios mío! ¡Cuándo podré ir a Europa!". El mayor no se contuvo: levantó la mirada, se arregló los anteojos, y dijo fraternal y persuasivamente: "¡Ingrato! ¡Tienes una tierra tan bella, tan rica, y quieres visitar la de los otros! Yo, si algún día pudiera, recorrería la mía desde el principio al fin".

El otro objetó que por estos lados sólo había fiebres y mosquitos; el mayor le contestó con estadísticas y hasta probó exuberantemente que el Amazonas tenía uno de los mejores climas de la tierra. Era un clima calumniado por los viciosos, que de allí venían enfermos...

Así era el mayor Policarpo Quaresma que acababa de llegar a su casa, a las cuatro y quince de la tarde, sin errar ni un minuto, como todas las tardes excepto los domingos, exactamente, a la manera de la aparición de un astro o de un eclipse.

Por lo demás era un hombre como todos los otros, a no ser aquellos que tienen ambiciones políticas o de fortuna, que Quaresma no poseía ni en el más ínfimo grado.

Sentado en el sillón-hamaca, bien en el centro de su biblioteca, el mayor abrió un libro y se puso a leerlo mientras esperaba a su invitado. Era del viejo Rocha Pita, el entusiasta y gongorino Rocha Pita de la *Historia de la América Portuguesa*. Quaresma estaba leyendo aquel famoso párrafo: "En ninguna otra región se muestra el cielo más sereno, ni madruga más bella la aurora; el sol en ningún otro hemisferio tiene los rayos más dorados...",

pero no pudo llegar al final. Golpeaban a la puerta. Fue a abrirla personalmente.

—¿Me retrasé, mayor? —preguntó el visitante.

—No. Llegaste a horario.

Acababa de entrar en casa del mayor Quaresma el señor *Ricardo Coração dos Outros,*[1] hombre célebre por su habilidad para cantar *modinhas* y tocar el violón. Al comienzo, su fama había estado limitada a un pequeño suburbio de la ciudad, en cuyos saraos él y su violón figuraban como Paganini y su instrumento en fiestas de duques; pero de a poco, con el tiempo, fue tomando todos los suburbios creciendo, solidificándose hasta ser considerado como cosa propia de ellos. No se juzgue, sin embargo, que Ricardo era un cantor de *modinhas* cualquiera, un simple. No; Ricardo Coração dos Outros era un artista que frecuentaba y honraba a las mejores familias de los barrios de Méier, Piedade y Riachuelo. Era rara la noche en que no recibiera una invitación. Ya fuera en la casa del teniente Marques, del doctor Bulhões o de don Castro, su presencia era siempre requerida, instada y apreciada. El doctor Bulhões tenía una admiración especial, casi un delirio, por Ricardo, y cuando el trovador cantaba quedaba en éxtasis. "Me gusta mucho el canto", dijo en cierta oportunidad, "pero solamente dos personas me satisfacen: Tamagno y Ricardo". Ese doctor tenía gran reputación en los suburbios, no como médico, ya que no recetaba ni siquiera aceite de ricino, sino como entendido en legislación telegráfica, ya que era jefe de la sección correspondiente de la Secretaría de Telégrafos.

De esa manera, Ricardo Coração dos Outros gozaba de la estima general de la sociedad suburbana. Es una alta sociedad, muy especial, y que es elevada sólo en los suburbios. En general se compone de funcionarios públicos, de pequeños negociantes, de médicos con alguna buena clientela, de tenientes de diferentes milicias, clase que llena las calles agujereadas de aquellas distantes regiones, así como en las fiestas y los bailes, con más fuerza que la burguesía de Petrópolis y Botafogo. Esto pasa solamente allá, en los bailes, en las fiestas y en las calles, donde si alguno de sus representantes ve a un tipo más o menos, lo mira de la cabeza a los pies, demoradamente, como quien dice: "aparécete por casa, que te daré un plato de comida". Porque el orgullo de la aristocracia suburbana está en tener todo el día almuerzo y cena, mucho *feijão,*[2] mucho charque, mucho guiso con caldo; ahí, juzga ella, está la piedra de toque de la nobleza, de la gran línea, de la distinción.

Fuera de los suburbios, en la calle de Ouvidor, en los teatros, en las grandes fiestas centrales, esta gente pequeña se apaga, desaparece, llegando sus mujeres y sus hijas hasta a perder la belleza con que deslumbran casi diariamente a los lindos caballeros de los interminables bailes diarios de aquellos alrededores.

Ricardo, después de ser poeta y cantor de esa curiosa aristocracia, se desbordó, pasó la ciudad propiamente dicha. Su fama ya llegaba a São Cristóvão

[1] *Ricardo Coraçao dos Outros:* Ricardo Corazón de los Otros.

[2] *Feijão:* poroto negro, muy usado en la cocina brasileña.

y en breve (él así lo esperaba) Botafogo lo invitaría, pues ya los diarios publicaban su nombre y discutían el alcance de su obra y de su poesía...

Pero ¿qué venía a hacer él allí, a la casa de una persona de tan altos propósitos y de tan severos hábitos? No es difícil atinar. Seguramente no venía a auxiliar al mayor en sus estudios de geología, de poética, de mineralogía e historia brasileñas.

Como bien supuso el vecindario, Coração dos Outros venía allí tan solamente a enseñar al mayor a cantar *modinhas,* y a tocar el violón. Nada más, y todo así de simple.

De acuerdo con su pasión dominante, Quaresma estuvo largo tiempo meditando cuál sería la expresión poético-musical característica del alma nacional. Consultó a historiadores, cronistas y filósofos, y adquirió la certeza de que era la *modinha* acompañada por el violón. Seguro de esa verdad, no tuvo dudas: trató de aprender el instrumento genuinamente brasileño y entrar en los secretos de la *modinha.* Estaba en eso, convencido, pero trató de saber quién era el primer ejecutante y cantor de la ciudad, y comenzó a tomar lecciones con él. Su fin era disciplinar la *modinha* y extraer de ella un fuerte, original, motivo artístico.

Ricardo venía justamente a darle su lección, pero antes de eso, y por especial invitación del alumno, iba a compartir su cena; fue por eso que el famoso trovador llegó más temprano a la casa del subsecretario.

—¿Ya sabe dar el *re* sostenido, mayor? —le preguntó en seguida de sentarse.

—Sí.

—Vamos a ver.

Diciendo esto fue a desencapotar a su sagrado violón; pero no hubo tiempo. Doña Adelaide, hermana de Quaresma, entró y los invitó a la cena. La sopa ya se estaba enfriando en la mesa, ¡que fueran ya mismo!

—El señor Ricardo ha de disculpar —dijo la vieja señora— la pobreza de nuestra cena. Yo le quise hacer un pollo con *petit-pois,* pero Policarpo no me dejó. Me dijo que el *petit-pois* es extranjero, y que yo lo sustituyera por *guando.* ¿Dónde se ha visto pollo con *guando*? [1]

Coração dos Outros aventuró que a lo mejor era agradable, que sería una novedad y que no era malo probarlo.

—Es una manía de su amigo, señor Ricardo, esa de querer cosas nacionales; ¡hay que ingerir cada cosa horrible!

—¡Qué esperanza, Adelaide, lo que pasa es que tú tienes tus ojerizas! Nuestra tierra, que tiene todos los climas del mundo, es capaz de producir todo lo que es necesario para el estómago más exigente. Sólo que a ti te ha dado por rechazarlas.

—Ejemplo: la manteca, que en seguida se pone rancia.

—Porque es de leche, si fuera como esas extranjeras, fabricadas con grasa de cañerías, quizá no se arruinaría... ¡Esto esto, Ricardo! No quieren nada de nuestra tierra...

—En general es así —dijo aquél.

[1] *Guando* o *andu:* fruto del árbol de igual nombre de la familia de las leguminosas.

—Pero es un error... No protegen las industrias nacionales... Eso no es para mí: yo uso todo nacional, nada extranjero. Me visto con tela nacional, calzo botas nacionales, y todo así.

Sentáronse a la mesa. Quaresma tomó una pequeña botella de cristal y sirvió dos copitas de aguardiente.

—Esto forma parte del programa nacional —dijo la hermana, sonriendo.

—Seguramente, y es un magnífico aperitivo. Esos "vermouths" que hay por ahí son verdaderas drogas. Esto es alcohol puro, bueno, de caña, no de papas o de maíz...

Ricardo tomó la copa con delicadeza y respeto, la llevó a los labios y fue como si todo él bebiera el licor nacional.

—Está bueno, ¿no? —indagó el mayor.

—Magnífico —dijo Ricardo, haciendo restallar los labios.

—Es de Angra. Ahora vas a ver qué magnífico vino de Rio Grande tenemos... ¡Qué Borgoña! ¡Qué Burdeos! En el sur tenemos mucho mejores...

Y la cena corrió así, en ese tono. Quaresma exaltando a los productos nacionales: la grasa, el tocino y el arroz; la hermana haciendo pequeñas objeciones, y Ricardo diciendo: "así es, sin duda", haciendo rodar en las órbitas los ojos pequeños, frunciendo la frente diminuta que desaparecía entre el pelo áspero, forzando mucho su fisonomía menuda y dura para que adquiriera una expresión sincera de delicadeza y satisfacción.

Al acabar la cena fueron a ver el jardín. Era una maravilla; no tenía ni una flor... Porque no se podía tomar por tales a unos miserables "besos-de-fraile", "palmas-de-santa-rita", "quaresmas" barrosas, "manacás" melancólicos, y otros bellos ejemplares de nuestros campos y prados. Como en todo lo demás, el mayor era en jardinería esencialmente nacional. Nada de rosas, de crisantemos, de magnolias, que eran flores exóticas: nuestra tierra tiene otras más bellas, más expresivas, más olorosas, como aquellas que él tenía allí.

Ricardo una vez estuvo de acuerdo y los dos entraron en la sala, cuando el crepúsculo venía lentamente, muy perezoso y lento, como si fuera un largo adiós nostálgico del sol a la tierra, poniendo en las cosas su poesía doliente y su poder de absorción.

Apenas se encendió el gas, el maestro de violón empuñó el instrumento, apretó las clavijas, recorrió la escala y se inclinó hacia él como si quisiera besarlo. Hizo algunos acordes, como para probar; se dirigió hacia su discípulo, que ya estaba en posición:

—Vamos a ver. Haga la escala, mayor.

Quaresma preparó los dedos, afinó el violón, pero no había en su ejecución ni la firmeza ni la galanura con que el maestro hacía lo mismo.

—Mire, mayor, así es mejor.

Y mostraba la posición del instrumento, yendo del pecho al brazo izquierdo extendido, suavemente asegurado por el brazo derecho; y en seguida agregó:

—Mayor, el violón es el instrumento de la pasión. Precisa de un pecho para hablar... Es necesario acercarlo más pero apretarlo con suavidad y amor, como si fuese la amada, la novia, para que diga lo que sentimos...

Delante del violón, Ricardo se volvió locuaz, lleno de sentencias, todo él temblando de pasión por el instrumento despreciado.

La lección duró unos cincuenta minutos. El mayor sentíase cansado y pidió que el maestro cantara. Era la primera vez que Quaresma le hacía ese pedido; aunque lisonjeado, quiso su vanidad profesional que él al principio se negara:

—¡Oh! No tengo nada nuevo, ninguna composición mía.

Doña Adelaide entonces solicitó:

—Cante una de otro autor.

—¡Oh, por Dios, señora mía! Yo solamente canto las mías. Bilac, ¿lo conocen?, quiso hacerme una *modinha,* que no acepté, diciéndole, "usted no entiende de violón, Bilac. El asunto no es escribir unos versos buenos que digan cosas lindas; lo esencial es encontrar las palabras que el violón pide y desea. Por ejemplo: si yo dijera, como en un comienzo quise, en "El pie", una *modinha* mía: "tu pie es una hoja de trébol", eso no iba con el violón. ¿Quieren ustedes verlo?

Y ensayó en voz baja, acompañado por el instrumento: "tu - pie - es - una - hoja - de - trébol".

—Vean —continuó él— cómo no va. Y en cambio reparen ahora: "tu - pie - es - una - rosa - de - mirra". Es otra cosa, ¿no les parece?

—No hay duda —dijo la hermana de Quaresma.

—Canta esa —lo invitó el mayor.

—No —objetó Ricardo—. Es antigua, voy a cantar "Promesa", ¿la conocen?

—No —dijeron los dos hermanos.

—Oh, anda por ahí como las "Palomas", de Raimundo.

—Cántela, señor Ricardo —pidió doña Adelaide.

Ricardo Coração dos Outros afinó por fin una vez más el violón y comenzó con voz débil:

Prometo pelo Santíssimo Sacramento
*que serei tua paixão...**

—Vayan viendo —dijo en un intervalo—, ¡cuánta imagen, cuánta poesía!

Y continuó. Las ventanas estaban abiertas. Muchachas y jóvenes comenzaron a amontonarse en la vereda para escuchar al trovador. Al sentir que la calle se interesaba, Coração dos Outros fue perfeccionando su dicción, tomando un aire feroz que él suponía ser de ternura y entusiasmo; y cuando terminó, los aplausos resonaron afuera y una niña entró buscando a doña Adelaide.

—Siéntate, Ismênia —dijo ella.

—La demora es poca.

Ricardo se desplomó en la silla, miró un poco a la muchacha y continuó

* "Prometo por el Santísimo Sacramento / que seré tu pasión..."

disertando sobre la *modinha*. Aprovechando una pausa, la hermana de Quaresma preguntó a la muchacha:

—Entonces, ¿cuándo te casas?

Era la pregunta que siempre se le hacía. Ella entonces doblaba del lado derecho su triste cabecita coronada de magníficos cabellos castaños, con totonos de oro, y respondía:

—No sé... Cavalcânti se gradúa a fin de año y entonces fijaremos fecha.

Esto era dicho en forma arrastrada, con una pereza que impresionaba.

No era fea la jovencita, hija del general y vecina de Quaresma. Hasta era muy simpática, con su fisonomía de pequeños trazos mal dibujados y cubiertos de tintes de bondad.

Su noviazgo duraba desde hacía años; el novio, ese tal Cavalcânti, estudiaba para dentista, un curso de dos años pero que él arrastraba desde hacía cuatro, e Ismênia tenía siempre que responder a la famosa pregunta: "Entonces, ¿cuándo te casas", diciendo: "No sé... Cavalcânti se gradúa a fin de año y...".

Intimamente ella no se incomodaba por eso. Para ella, en la vida sólo había una cosa importante: casarse; pero no tenía prisa, ella no pedía nada. Ya había conseguido un novio y el resto era cuestión de tiempo...

Después de responder a doña Adelaide, explicó el motivo de la visita.

Había venido, en nombre del padre, a invitar a Ricardo Coração dos Outros a cantar en la casa de ella.

—Papá —dijo Ismênia— gusta mucho de las *modinhas*... Es del Norte; usted sabe, doña Adelaide, que la gente del Norte las aprecia mucho. Vengan.

Y todos fueron para allá.

II

RADICALES REFORMAS

HACÍA COMO DIEZ días que el mayor Quaresma no salía de casa. En su cordial y sosegada casa de São Cristovão, llenaba sus días de la forma más útil y agradable a las necesidades de su espíritu y de su temperamento. De mañana, después de la *toilette* y del café, sentábase en el diván de la sala principal y leía los diarios. Leía varios, porque siempre esperaba encontrar en uno o en otro una noticia curiosa, la sugerencia de una idea útil a su querida patria. Sus hábitos burocráticos lo hacían almorzar temprano; y aunque estuviera de vacaciones, para no perderlos, continuaba tomando la primera comida a las nueve y media de la mañana.

Acabado el almuerzo, daba unas vueltas por la chacra, en la que predominaban los frutos nacionales, recibiendo la *pitanga* y el *cambuin* los más cuidadosos tratamientos aconsejados por la pomología, como si fuesen cerezas o higos.

El paseo era lento y filosófico. Conversando con el negro Anastácio, que le servía desde hacía treinta años, sobre cosas antiguas —el casamiento de las princesas, la quiebra de Souto y otras—, el mayor continuaba con el pensamiento preso a los problemas que lo preocupaban últimamente. Después de una hora más o menos, volvía a la biblioteca y se sumergía en las revistas del Instituto Histórico, en Fernão Cardim, en las cartas de Nóbrega, en los anales de la Biblioteca, en von den Stein, y tomaba notas sobre notas, guardándolas en una pequeña carpeta al lado. Estudiaba a los indios. No está bien decir que estudiaba, porque ya lo había hecho en otros tiempos, no solamente en lo tocante a la lengua, que ya casi hablaba, como también los simples aspectos etnográficos y antropológicos. Recordaba (es mejor decir así), afirmaba ciertas nociones de sus estudios anteriores, ya que estaba organizando un sistema de ceremonias y fiestas que se basaban en las costumbres

de nuestros indígenas, y que intentaban cubrir todas las relaciones sociales.

Para mejor comprender el motivo de eso, es necesario no olvidar que el mayor, después de treinta años de meditación patriótica, de estudios y reflexiones, llegaba ahora al período de la fructificación. La convicción que siempre había tenido de que el Brasil era el primer país del mundo, y su gran amor a la patria, eran ahora activos y lo impelían a grandes empresas. Sentía dentro de sí imperiosos impulsos de actuar, de obrar y de concentrar sus ideas. Eran pequeñas mejoras, simples toques, porque en sí misma (esa era su opinión), la gran patria de la Cruz del Sur sólo necesitaba de tiempo para ser superior a Inglaterra.

Tenía todos los climas, todos los frutos, todos los minerales y animales útiles, las mejores tierras de cultivo, la gente más valiente, la más hospitalaria, la más inteligente y dulce del mundo, entonces, ¿qué más precisaba? Tiempo y un poco de originalidad. Por lo tanto, ya no fluctuaban dudas en su espíritu, pero en lo que se refería a originalidad de costumbres y usos, ellas no se habían disipado, sino que se habían transformado seguramente después de tomar parte en la locura de "Tangolomango", una fiesta que el general había dado en su casa.

Lo cierto es que la visita de Ricardo y de su violón al bravo militar vino a despertar en el general y en la familia un gusto por los festejos, cantigas y hábitos genuinamente nacionales, como se dice por ahí. Hubo en todos el deseo de sentir, de soñar, de hacer poesía a la manera popular de los viejos tiempos. Albernaz, el general, recordaba haber visto tales ceremonias en su infancia; Doña Maricota, su mujer, aún recordaba unos versos de Reyes; y sus hijos, cinco muchachas y un joven, vieron en la causa un pretexto para fiestas, y por lo tanto aplaudieron el entusiasmo de sus progenitores. La *modinha* era poca cosa; sus espíritus pedían cosas más plebeyas, más características y extravagantes.

Quaresma quedó encantado cuando Albernaz habló de organizar una *chegança,*[1] a la moda del Norte, en ocasión del aniversario de su alistamiento militar. En casa del general era así: cualquier aniversario tenía su fiesta, de manera que había unas treinta por año, no contando los domingos, días feriados y santificados en que también se bailaba.

Hasta entonces el mayor había pensado poco en eso de fiestas y danzas tradicionales, sin embargo en seguida vio la significación altamente patriótica del intento. Aprobó, y animó al vecino. Pero ¿quién habría de ensayar, de dar los versos y la música? Alguien recordó a la tía María Rita, una negra vieja que vivía en Benfica, antigua lavandera de la familia Albernaz. Allá fueron los dos, el general Albernaz y el mayor Quaresma, alegres, presurosos, en una linda y cristalina tarde de abril.

El general no tenía nada de marcial, ni siquiera el uniforme que quizá ni poseyera. Durante toda su carrera militar no vio una sola batalla, no había tenido un comando, no había hecho nada que tuviese relación con su profesión y su curso de artillero. Siempre había sido ayudante de órdenes, asis-

[1] *Chegança:* festejo popular que en ciertas regiones del Brasil se realiza cerca de Navidad.

tente, encargado de esto o aquello, escribiente, administrador de materiales, y era secretario del Consejo Supremo Militar cuando llegó a general. Sus hábitos eran los de un buen jefe de sección y su inteligencia no era muy diferente a sus hábitos. Nada entendía de guerras, de estrategias, de táctica o de historia militar; su sabiduría al respecto estaba reducida a las batallas del Paraguay, para él la mayor y la más extraordinaria guerra de todos los tiempos.

El altisonante título de general, que evocaba hazañas sobrehumanas de los Césares, los Turennes y los Gustavos Adolfos, sentaba mal a aquel hombre plácido, mediocre, bonachón, cuya única preocupación era casar a sus cinco hijos y conseguir influencias para que su hijo aprobara los exámenes del Colegio Militar. Sin embargo, no era conveniente que se dudara de sus aptitudes guerreras. El mismo, dándose cuenta de su aire muy civil, de tanto en tanto contaba un episodio de guerra, una anécdota militar. "Fue en Lomas Valentinas", decía... Si alguien preguntaba: "Usted, general, ¿asistió a la batalla?", él respondía en seguida: "No pude. Me enfermé y regresé al Brasil en las vísperas. Pero supe por Camisão, por Venâncio, que la cosa estuvo negra".

El tranvía que los llevaba hasta lo de la vieja María Rita, recorría uno de los trechos más interesantes de la ciudad. Iba por el Pedregulho, una vieja puerta de la ciudad, antiguo término de un gran pasaje abierto en el bosque y que iba hasta Minas, se abría hacia San Pablo y entraba en comunicación con la parroquia de Santa Cruz.

Por ahí y sobre el lomo de las bestias llegaban a Río el oro y los diamantes de Minas, y últimamente los llamados productos del país. No habían pasado aún cien años de cuando los carruajes del rey Don João VI, pesados como barcos, se balanceaban sobre las cuatro ruedas muy separadas, pasando por allí para llegar a la lejana Santa Cruz. No puede creerse que la cosa fuera muy imponente; la Corte andaba en apuros de dinero y el rey era muy descuidado. No obstante los soldados remendados, tristemente montados en desanimados "pangarés", aquello debe haber tenido su grandeza, no por el rey, sino por las humillantes marcas de respeto que todos tenían que dar a su lamentable majestad.

Entre nosotros todo es inconsistente, provisorio, no dura. No había allí nada que recordara ese pasado. Las casas viejas, con grandes ventanas casi cuadradas, y vidrieras de pequeños vidrios, eran de hacía pocos años, menos de cincuenta.

Quaresma y Albernaz cruzaron todo eso sin reminiscencias y fueron hasta el punto de descenso. Pero antes recorrieron la zona del turf, una pequeña porción de la ciudad donde se amontonan cocheras y studs de animales de carrera, con grandes herraduras, cabezas de caballos, panoplias de látigos y otros emblemas hípicos en los pilares de los portones, en las puertas, por todas partes donde tales distintivos queden bien y se ofrezcan a la vista.

La casa de la vieja negra estaba más allá de la parada, para el lado del ferrocarril Leopoldina. Para allí fueron. Pasaron por la estación. Sobre un ancho terraplén, negro de carbón de piedra, los montones de leña y las inmensas pilas de bolsas de carbón vegetal se acumulaban; más adelante

había un depósito de locomotoras, y sobre los rieles maniobraban algunas y otras resoplaban bajo presión.

Finalmente tomaron el sendero que conducía a la casa de María Rita. El tiempo había estado seco y por eso se podía andar por él. Más allá del camino, se extendía la vasta región de los terrenos pantanosos, una zona inmensa, triste y fea, que va hasta el fondo de la bahía y, en el horizonte, muere al pie de las montañas azules de Petrópolis. Llegaron a la casa de la vieja. Era baja, pintada a la cal y cubierta con pesadas tejas portuguesas. Estaba un poco alejada del camino. A la derecha había un basural: restos de comida, trapos, conchas de mariscos, pedazos de loza casera, un material como para hacer el placer de un arqueólogo del futuro remoto; a la izquierda crecía un árbol de mamón, y bien junto a la cerca, del mismo lado, había una planta de ruda. Una negrita joven apareció en la ventana abierta.

—¿Qué desean?

Dijeron lo que deseaban y se aproximaron. La muchacha gritó hacia el interior de la casa:

—Abuela, aquí hay dos "mozos" que quieren hablar con usted. Entren, por favor —dijo ella después, dirigiéndose al general y a su compañero.

La sala era pequeña y de tejas sin argamasa. Por las paredes, viejos cromos de hojitas, estampitas de santos, recortes de ilustraciones de diarios, se mezclaban y subían por ellas hasta dos tercios de altura. Al lado de una Virgen de la Penha, había un retrato de Vítor Emanuel con enormes bigotes en desorden; desde una hoja impresa, una cabeza de mujer en posición de soñar, parecía mirar a un San Juan Bautista a su lado. En lo alto de la puerta que llevaba al interior de la casa, una luminaria, en una rinconera, llenaba de luces a una Concepción de loza.

La vieja no tardó en venir. Entró en camisa adornada con puntillas, mostrando el pecho descarnado sobre el que se apoyaba un collar de dos vueltas. Rengueaba de un pie y parecía querer ayudar la marcha apoyándose la mano izquierda en la pierna correspondiente.

—Buenas tardes, tía María Rita —dijo el general.

Ella respondió, pero sin dar muestras de haber reconocido a quien le hablaba. El general insistió:

—¿Ya no me conoce? Soy el general, el coronel Albernaz.

—¡Ah! ¡Señor coronel!... ¡Hace tanto tiempo! ¿Cómo está doña Maricota?

—Anda bien. Mi vieja, nosotros queríamos que usted nos enseñara unas cantigas.

—¡Quién soy yo para eso, *ioiô*! [1]

—Vamos, vamos, tía María Rita... usted no pierde nada... no sabe el "Bumbameu-boi"? [2]

—Qué va, *ioiô*, ya me olvidé.

—¿Y el "Boi Espácio"?

[1] *Ioiô:* tratamiento que los esclavos daban a los señores.

[2] "*Bumba-meu-boi*": diversión popular de origen folklórico y significación dramática propia del Nordeste del país.

—Cosa vieja, del tiempo de la esclavitud... ¿Para qué usted quiere saber de todo eso?

Ella hablaba arrastrando las sílabas, con una dulce sonrisa y una mirada vaga.

—Es para una fiesta... ¿Cuál es la que usted sabe?

La nieta, que hasta entonces había escuchado en silencio la conversación, se animó a decir algo, dejando aparecer rápidamente la hilera reluciente de sus dientes inmaculados:

—Abuela ya no se acuerda.

El general, al que la vieja llamaba coronel por haberlo conocido cuando tenía ese grado, no atendió a la observación de la muchacha e insistió:

—¡Qué va a olvidarse! Debe acordarse de alguna todavía, ¿no es cierto, tía?

—Sólo sé "Bicho Tutu" —dijo la vieja.

—¡Cántela!

—¡Pero, *ioiô* la sabe! Sí que la sabe.

—No la sé, cántela. Si la supiera no habría venido hasta aquí. Pregúntele a mi amigo, el mayor Policarpo, si la sé.

Quaresma hizo una señal afirmativa con la cabeza y la negra vieja, tal vez con muchas nostalgias por el tiempo en que era esclava y ama de leche de alguna gran casa, importante y rica, levantó la cabeza como para recordar mejor, y entonó:

E vêm tutu
Por detrás do murundu
Pra cume sinhozinho
*Cum bucado de angu.**

—¡Caramba! —dijo el general con enfado— eso es algo antiguo, para acunar niños. ¿No sabe otra?

—No, *sinhô*.[1] Ya me olvidé.

Los dos salieron tristes. Quaresma venía desanimado. ¿Cómo el pueblo no guardaba las tradiciones de treinta años atrás? ¡Con qué rapidez morían en su recuerdo sus alegrías y sus canciones! ¡Era claramente una señal de debilidad, una demostración de inferioridad frente a esos pueblos tenaces que los guardan durante siglos! Era necesario reaccionar, desarrollar el culto de las tradiciones, mantenerlas siempre vivaces en las memorias y en las costumbres...

Albernaz venía contrariado. Contaba conseguir un número bueno para la fiesta que iba a dar, y éste se le escapaba. Era casi la esperanza de casamiento de una de las cuatro hijas que seguían, porque una de ellas ya lo tenía garantizado, ¡gracias a Dios!

* "Ahí viene el coco / por detrás del montecito / para comer al señorito / como a bocado de puré."

[1] *Sinhô:* lo mismo que "señor" entre los esclavos.

El crepúsculo llegaba y entraron en la casa sumergidos en la melancolía de la hora.

La decepción, sin embargo, duró sólo unos días. Cavalcânti, el novio de Ismênia, informó que en las inmediaciones vivía un literato, obstinado cultivador de cuentos y canciones populares del Brasil. Fueron hasta él. Era un viejo poeta que tuvo su fama allá por los setenta y tantos, hombre dulce e ingenuo que se dejaba olvidar en vida, como poeta, y ahora se entretenía en publicar colecciones de cuentos, canciones, adagios y dichos populares que nadie leía.

Fue grande su alegría cuando supo el objeto de la visita de aquellos señores. Quaresma estaba animado y habló con calor; y Albernaz también, porque veía en su fiesta, con un número de folklore, un medio de llamar la atención sobre su casa, atraer gente y... casar a las hijas.

La sala en que fueron recibidos era amplia; pero estaba tan llena de mesas, estantes repletos de libros, carpetas y latas, que mal podía uno moverse en ella. En una lata leíase: Santa Ana dos Tocos; en una carpeta, São Bonifácio do Cabresto.

—Ustedes no saben, señores —dijo el viejo poeta—, ¡qué tesoro es nuestra poesía popular! ¡Qué sorpresas reserva!... Hace pocos días recibí una carta de Urubu-de-Baixo, con una linda canción. ¿Quieren verla?

El coleccionista revolvió carpetas y finalmente trajo un papel en el que leyó:

Se Deus enxergasse pobre
Não me deixaria assim:
Dava no coração dela
Um lugarzinho pra mim.
O amor que tenho por ela
Já não cabe no meu peito;
Sai-me pelos olhos afora
*Voa às nuvens direito.**

—¿No es hermoso?... ¡Mucho! Y si ustedes conocieran el ciclo del macaco, la colección de historias que el pueblo tiene sobre el simio... ¡Oh! ¡Una verdadera epopeya cómica!

Quaresma miraba al viejo poeta con el asombro satisfecho de alguien que encontró a un semejante en el desierto; y Albernaz, contagiado por un momento de la pasión del folklorista, tenía más inteligencia en la mirada con que lo encaraba.

El viejo poeta guardó la canción de Urubu-de-Baixo en una carpeta; y en seguida fue hasta otra, de la que extrajo varias hojas de papel. Volvió hacia donde estaban sus visitantes y les dijo:

* Si Dios mirara a los pobres / no me dejaría así: / Haría en el corazón de ella / un lugarcito para mí. / El amor que siento por ella/ ya no me cabe en el pecho; / me sale ojos afuera / vuela a las nubes derecho."

—Voy a leerles a ustedes una pequeña historia del macaco, de las muchas que nuestro pueblo cuenta... Yo mismo tengo cerca de cuarenta y pretendo publicarlas bajo el título de *Historias del Maestre Simão.*

Y sin preguntar si los molestaba o si estaban dispuestos a escuchar, comenzó:

"El macaco frente al juez lettrado. Una banda de macacos andaba jugando, saltando de árbol en árbol, cerca de una gruta. He ahí que uno de ellos vio en el fondo a una onza que había caído allí. Los macacos se enternecieron y resolvieron salvarla. Para eso arrancaron yuyos, los trenzaron bien e hicieron una cuerda que ciñeron a la cintura de cada uno de ellos, arrojando una de las cuerdas a la onza. Con el esfuerzo reunido de todos, consiguieron izarla y en seguida se desataron y huyeron. Uno de ellos, sin embargo, no lo pudo hacer a tiempo y la onza de inmediato lo prendió:

"—Compadre Macaco —le dijo—, tenga paciencia. Estoy con hambre y usted va a hacerme el favor de dejarse comer.

"El macaco rogó, instó, lloró; pero la onza parecía inflexible. Simão entonces recordó que la demanda debía ser resuelta por el juez. Fueron a él, con el macaco siempre sujeto por la onza. Entre los animales, el juez es el *jabuti*,[1] cuyas audiencias tienen lugar a orillas de los ríos, colocándose él encima de una piedra. Llegaron los dos y el macaco expuso sus razones.

"El *jabuti* escuchó, y finalmente ordenó:

"—Aplauda.

"Aunque cogido por la onza el macaco pudo aplaudir. Llegó el turno de la onza, que también expuso sus razones y motivos. El juez, como anteriormente, intimó al felino.

"—Aplauda.

"La onza no tuvo más remedio que soltar al macaco que se escapó, lo mismo que el juez, que se arrojó al agua."

Terminada la lectura el viejo se dirigió a sus visitantes:

—¿No les parece interesante? Hay en nuestro pueblo mucha inventiva, mucha creación, verdadero material para *fabliaux* interesantes... El día que aparezca un literato de genio que lo fije en forma inmortal. ¡Ah! ¡Entonces!

Diciendo esto jugueteaba en sus mejillas una sonrisa de satisfacción y en sus ojos aparecían lágrimas furtivas.

—Ahora —continuó él, luego de pasada la emoción—, vamos a lo que debemos ir. El *Boi espácio* o el *Bumba-meu-boi,* es mucho para ustedes... Mejor es ir lentamente, comenzar por lo más fácil... Tenemos así el *Tangolomango,* ¿lo conocen?

—No —dijeron los dos.

—Es divertido. Consigan diez niños, una máscara de viejo, una ropa estrambótica para uno de ustedes, que yo los adiestro.

Llegó el día. La casa del general estaba llena. Cavalcânti había venido, y él y la novia, asomados a una ventana, parecían ser los únicos que no tenían interés por el espectáculo. El, hablando mucho, lleno de visajes en la mirada;

[1] *Jabuti:* especie de tortuga comestible que abunda en el Amazonas.

ella, medio fría, lanzando de vez en cuando al novio una mirada de gratitud.

Quaresma hizo de *Tangolomango,* esto es, vistió una vieja levita del general, se puso una inmensa máscara de anciano, se apoyó en un bastón curvo, con forma de báculo, y entró en la sala. Los diez niños cantaron a coro:

Uma mãe teve dez filhos
Todos os dez dentro de um pote:
Deu o Tangolomango nêle
*Não ficaram senão nove.**

Ahí avanzaba el mayor, golpeaba el suelo con el báculo y hacía: "¡hu! ¡hu! ¡hu!"; los niños huían; y finalmente él cogía a uno y lo llevaba para adentro. Así iba siguiendo la trama con gran alegría de la sala, cuando a la quinta vez le faltó el aire, se le oscureció la visión, y cayó. Le quitaron la máscara, le dieron algunas sacudidas y Quaresma volvió en sí.

El accidente, sin embargo, no le trajo ningún disgusto por el folklore. Compró libros, leyó todas las publicaciones al respecto, pero la decepción le llegó al final de algunas semanas de estudio.

Casi todas las tradiciones y canciones eran extranjeras; el propio *Tangolomango* también lo era. Por lo tanto tornábase preciso conseguir algo propio, original, una creación de nuestra tierra y de nuestros aires.

Esa idea lo llevó a estudiar las costumbres *tupinambás*;[1] y como una idea trae a las otras, en seguida amplió sus propósitos, y he ahí la razón por la que estaba organizando un código de relaciones, de saludos, de ceremonias domésticas y fiestas, calcado de los preceptos *tupís*.

Desde hacía diez años que se entregaba a esa ardua tarea cuando, un domingo, golpearon a su puerta, en medio de su trabajo. Abrió, pero no estrechó la mano de los que llegaban. Se lanzó a llorar, a gritar, a arrancarse los cabellos, como si hubiese perdido a la mujer o a un hijo. La hermana corrió desde adentro. Anastácio también, y el compadre y la hija, pues de ellos se trataba, se quedaron estupefactos en la puerta de entrada.

—Pero, ¿qué es eso, compadre?

—¿Qué pasa, Policarpo?

—Pero, padrino...

El aún lloró un poco. Enjugó las lágrimas y, después, explicó con la mayor naturalidad:

—¡Es eso! Ustedes no tienen la más mínima noción de las cosas de nuestra tierra. Querían que yo les estrechara la mano... Eso no es nuestro. Nuestra salutación es llorar cuando encontramos a los amigos, era así como hacían los *tupinambás*.

* "Una madre tuvo diez hijos / Todos ellos dentro de una vasija: / Golpeó el Tangolomango en ella / No quedaron sino nueve."

[1] *Tupinambás:* denominación genérica de varias tribus tupís del litoral brasileño en el siglo XVI.

Su compadre Vicente, la hija, y doña Adelaide se miraron sin saber qué decir. ¿Estaría loco el hombre? ¡Qué extravagancia!

—Pero, señor Policarpo —le dijo el compadre—, es posible que esto sea muy brasileño, pero es bastante triste, compadre.

—Seguramente, padrino —agregó la muchacha, con vivacidad—; hasta parece de mal agüero...

Su compadre era italiano de nacimiento. Vale la pena contar la historia de sus relaciones. Vendedor ambulante, había sido proveedor de la casa de Quaresma, hacía veintitantos años. El mayor ya tenía sus ideas patrióticas, pero no desdeñaba conversar con su proveedor y hasta le gustaba verlo, transpirado, curvado bajo el peso de los cestos, con dos rosas rojas en las mejillas muy blancas de europeo recién llegado. Pero un buen día, iba Quaresma por el Largo do Paço, muy distraído, pensando en las maravillas arquitectónicas de la fuente pública del Maestro Valentim, cuando súbitamente se encontró con el vendedor ambulante. Le habló con esa simplicidad del alma que era bien suya, y notó que el joven tenía alguna preocupación seria. No solamente soltaba de vez en cuando exclamaciones sin ninguna vinculación con la conversación del momento, sino que también cerraba los labios, hacía rechinar los dientes y crispaba furiosamente los puños. Lo interrogó, y así vino a saber que tenía un asunto de dinero con un colega suyo, y estaba dispuesto a matarlo, pues había perdido el crédito y en breve estaría en la miseria. Había en su afirmación tal energía, y tan grande y extraño acento de ferocidad, que el mayor empleó toda su dulzura y persuasión para disuadirlo del propósito. Y no quedó en eso: también le prestó dinero. Vicente Coleoni puso una tienda de comestibles, ganó algunos *contos* de *réis,* se hizo luego contratista, enriqueció, se casó, y tuvo esa hija que fue llevada a la pila bautismal por su benefactor. Inútil es decir que Quaresma no observó la contradicción entre sus ideas patrióticas y su acto.

Es verdad que aún no las tenía muy firmes, pero ya fluctuaban en su cabeza y actuaban en su conciencia como tenues deseos, veleidades de hombre de poco más de veinte años, veleidades que no tardarían en tomar consistencia y que sólo esperaban los años para cuajar en actos.

Fue, pues, a su compadre Vicente y a su ahijada Olga, a quienes recibió con el más legítimo ceremonial *guaitacás,* y si no había vestido el traje de etiqueta de tan interesante pueblo, el motivo no fue carecer de él. Hasta lo tenía a mano, pero la faltó tiempo para cambiarse.

—¿Lee mucho, padrino? —preguntó la ahijada, posando sobre él sus luminosos ojos.

Había entre los dos un gran afecto. Quaresma era un tanto reservado y el pudor de mostrar sus sentimientos lo hacía económico en las demostraciones afectuosas. Sin embargo, se adivinaba que la joven ocupaba en su corazón el lugar de los hijos que no había tenido ni tendría jamás. La niña vivaz, habituada a hablar en voz alta y sin embarazo, no escondía su afecto, tanto más que sentía confusamente en él algo de superior, un ansia de ideal, la tenacidad en la persecución de un sueño, una idea, un vuelo en fin hacia las altas regiones del espíritu que ella no estaba habituada a ver en nadie en el mundo que frecuentaba. Esa admiración no le venía de la educación.

Había recibido la que era común a las muchachas de su clase. Venía de un don propio, quizá de las proximidades europeas de su nacimiento, que la habían hecho un poco diferente a las demás jóvenes.

Con una mirada luminosa y escrutadora preguntó a su padrino:

—Entonces, padrino, ¿lee mucho?

—Mucho, hija. Imagínate que estoy meditando grandes obras, una reforma, la emancipación de un pueblo.

Vicente había ido con doña Adelaide hacia el interior de la casa, y los dos conversaban a solas en la biblioteca. La ahijada notó que Quaresma tenía algo no común. Hablaba ahora con tanta seguridad, él que antiguamente era tan modesto, casi dudando al hablar ¡qué diablos! No, no era posible... Pero, ¿quién sabe? ¡Y qué singular alegría había en sus ojos, la alegría de un matemático que resolvió un problema, la de un inventor feliz!

—No vaya a meterse en ninguna conspiración —dijo la joven, bromeando.

—No te asustes por eso. La cosa va naturalmente, no es necesario usar la violencia...

En esto entró Ricardo Coração dos Outros, con su largo y coludo frac de sarga y su violón envuelto en gamuza. El mayor hizo las presentaciones.

—Ya lo conocía de nombre, señor Ricardo —dijo Olga.

Coração dos Outros se llenó de un auspicioso contento. Su fisonomía disminuida se dilató al brillo de su mirada satisfecha; y su cutis reseco y de un tono de mármol viejo, quedó como suave y joven. Aquella muchacha parecía rica, era fina y bonita, y lo conocía, ¡qué satisfacción! El, que siempre era un tanto parco y tímido cuando se encontraba ante muchachas, fueran de la condición que fuesen, se animaba, soltaba la lengua, suavizaba la voz y se volvía elocuente.

—¿Entonces leyó mis versos, señora?

—No tuve ese placer, pero hace algunos meses leí un juicio sobre un trabajo suyo.

—¿En *Tempo,* verdad?

—Así es.

—¡Muy injusto! —agregó Ricardo—. Todos los críticos se atienen a ese asunto de la métrica. Dicen que mis versos no son versos... Lo son, sí; pero son versos para violón. Usted sabe que los versos para música tienen algo diferente a los comunes, ¿no es verdad? Por lo tanto, no es de extrañar que mis versos, hechos para violón, sigan otra métrica y otro sistema, ¿no le parece?

—Seguramente —dijo la joven—. Pero me parece que usted hace versos para la música, y no música para los versos.

Y ella sonrió lenta, enigmáticamente, deteniendo su mirada luminosa, mientras Ricardo, desconfiado, sondeaba su intención con sus ojitos vivos y menudos de ratón.

Quaresma, que hasta entonces se había mantenido callado, intervino:

—Ricardo es un artista, Olga... Intenta elevar al violón y trabaja para eso.

—Lo sé, padrino. Yo sé...

—Entre nosotros, señora mía —dijo Coração dos Outros—, estas ten-

tativas nacionales no son tomadas en serio, pero en Europa todos las respetan y las auxilian... ¿Cómo se llama, mayor, aquel poeta que escribió en francés popular?

—Mistral —acudió Quaresma—, pero no es francés popular, es provenzal, una verdadera lengua.

—Sí, eso es —confirmó Ricardo—. ¿Acaso Mistral no es considerado, respetado? Yo, en lo que respecta al violón, estoy haciendo lo mismo.

Miró triunfalmente a un lado y otro, a sus interlocutores; Olga, dirigiéndose a él, dijo:

—Continúe en su intento, señor Ricardo, que es digno de alabar.

—Muchas gracias. Esté segura, señora mía, que el violón es un bello instrumento y tiene grandes dificultades. Por ejemplo...

—¡Qué va! —interrumpió Quaresma abruptamente—. Hay otros más difíciles.

—¿El piano? —preguntó Ricardo.

—¡Nada de piano! La maraca, la *inúbia*.[1]

—No los conozco.

—¿No los conoces? ¡Eso sí que está bueno! Los instrumentos más nacionales posibles, los únicos que lo son verdaderamente; instrumentos de nuestros antepasados, de aquella valiente gente que se batió por nosotros y aún se bate por la posesión de esta tierra. ¡Los *caboclos*![2]

—¡Instrumentos de *caboclo,* vaya!

—¡De *caboclo*! ¿Y eso qué tiene? Léry dice que son muy sonoros y agradables de escuchar... Si es por ser de *caboclo,* el violón tampoco vale nada; es un instrumento de simples.

—¡De simples, mayor! No diga eso...

Y los dos aún discutieron acaloradamente frente a la joven, sorprendida, escandalizada, sin atinar a nada, que no se explicaba aquella inopinada transformación del genio de su padrino, hasta allí tan sosegado y tan calmo.

[1] *Inúbia:* trompeta de guerra de los indios tupís-guaranís.
[2] *Caboclo:* mestizo de blanco con indio.

III

LA NOTICIA DE GENELICIO

—Entonces, ¿cuándo se casa, doña Ismênia?

—En marzo. Cavalcânti ya se graduó y...

Finalmente la hija del general podía responder con seguridad a la pregunta que se le venía haciendo desde hacía cuatro años. Finalmente el novio había llegado a la finalización del curso de dentista y había fijado el casamiento para dentro de tres meses. La alegría de la familia fue grande; y como en tal caso una alegría no podía pasar sin un baile, se anunció una fiesta para el sábado que seguía al pedido de práctica.

Las hermanas de la novia, Quinota, Zizi, Lalá y Vivi, estaban más contentas que la interesada. Les parecía que les iba a dejar el camino desembarazado, como si ella hubiese sido la que hasta ese momento les había impedido que se casaran.

Novia desde hacía cinco años, Ismênia ya se sentía medio casada. Ese sentimiento junto a su naturaleza pobre no le hizo sentir más alegría. Estuvo como siempre. Casarse, para ella, no era un asunto de pasión, ni se relacionaba con los sentimientos o los sentidos: era una idea, simplemente una idea. Aquella inteligencia rudimentaria había separado la idea del casamiento de las del amor, o el placer de los sentidos, tal o cual libertad, la maternidad, hasta del novio. Desde niña escuchaba a la madre decir: "Aprende a hacer esto, porque cuando te cases...", o si no: "Debes aprender a pegar botones, porque cuando te cases...".

A todo instante y a toda hora, veía aquel, "porque cuando te cases...", y la muchacha se fue convenciendo de que toda la existencia tendía al casamiento. La instrucción, las satisfacciones íntimas, la alegría, todo eso era inútil; la vida se resumía en una cosa: casarse.

Por otra parte, no era solamente dentro de la familia que encontraba

aquella preocupación. En el colegio, en la calle, en casa de las familias conocidas, sólo se hablaba de casamiento. "Sabe, doña Maricota, se casó Lilí; no hizo gran negocio, pues parece que el novio no vale mucho"; o "Zezé está loca por casarse, pero es tan fea, ¡Dios mío!".

La vida, el mundo, la variedad intensa de los sentimientos, de las ideas, nuestro propio derecho a la felicidad, fueron pareciendo niñerías para aquel pequeño cerebro; de tal manera que casarse representó para ella lo más importante, una especie de deber: no casarse, quedar soltera, ser "tía", le parecía un crimen, una vergüenza.

De naturaleza muy pobre, sin capacidad para sentir nada profunda e intensamente, sin cantidad emocional para la pasión o para un gran afecto, en su inteligencia la idea de "casarse" se incrustó obstinadamente como una obsesión.

No era fea; morena, con trazos tímidos, una naricita mal hecha pero graciosa, no muy baja ni muy delgada y con su apariencia de bondad pasiva, de indolencia de cuerpo, de ideas y de sentidos; hasta era un buen modelo de lo que los festejantes llaman "bonitilla". El rasgo dominante de su belleza eran sus cabellos; espesos cabellos castaños, con tonalidades doradas, sedosos hasta a la mirada.

A los diecinueve años consiguió un novio, Cavalcânti, y no fue extraña a la debilidad de su voluntad y al temor de no encontrar marido la facilidad con que el futuro dentista la conquistó.

El padre puso mala cara. El siempre estaba enterado de los amores de las hijas: "Cuéntamelo todo, Maricota —decía—, quiero saber quiénes son. ¡Mucho ojo!... Es mejor prevenir que curar... Puede ser un holgazán y...". Sabiendo que el pretendiente de Ismênia era un dentista, no quedó muy satisfecho. Qué es un dentista, se preguntaba. Un ciudadano graduado a medias, una especie de barbero. Prefería un oficial, que tenía derechos para dejar a su viuda; pero la mujer lo convenció de que los dentistas ganan mucho, y él accedió.

Comenzó entonces Cavalcânti a frecuentar la casa en calidad de novio "paisano", es decir el que no ha hecho aún el pedido oficial.

Al final del primer año, teniendo noticias de las dificultades con que el futuro yerno luchaba para terminar los estudios, el general fue generosamente en su socorro. Le pagó derechos de matrícula, libros y otras cosas. No era raro que luego de una larga conversación con la hija, doña Maricota le dijera al marido: "consíguele veinte *mil réis* que Cavalcânti necesita una Anatomía".

El general era leal, bueno y generoso; a no ser por su pretensión marcial, en su carácter no había la más mínima falla. Además, esa necesidad de casar a las hijas lo hacía aún mejor cuando se trataba de los intereses de ellas.

Escuchaba a su mujer, se rascaba la cabeza y le daba el dinero; y para evitar gastos al futuro yerno lo invitaba a cenar en su casa todos los días; así el noviazgo fue corriendo hasta allí.

"En fin —decía Albernaz a la mujer, la noche del pedido de mano, cuan-

do ya se habían recogido— la cosa va a acabar." "Felizmente —le respondía doña Maricota— vamos a descontar este pagaré."

Sin embargo, la satisfacción resignada del general era falsa; por el contrario estaba radiante. En la calle si se encontraba con un camarada de armas, en el primer momento posible ya le decía:

—¡Es un infierno esta vida! ¡Imagínate, Castro, que encima de todo tengo el casamiento de mi hija!

A lo que Castro interrogaba:

—¿Cuál de ellas?

—Ismênia, la segunda —respondía Albernaz, y en seguida agregaba—; tú sí que eres feliz, sólo tuviste hijos.

—¡Ah, mi amigo! —decía el otro, lleno de malicia—. Aprendí la receta. ¿Por qué no hiciste lo mismo?

Despidiéndose, el viejo Albernaz corría a los almacenes, a las tiendas de loza, compraba más platos, más compoteras, un centro de mesa, porque la fiesta debía ser imponente y tener un aire de abundancia y de riqueza que tradujera su gran alegría.

La mañana del día en que se festejaba el pedido de mano, doña Maricota amaneció cantando. Era raro que lo hiciera; pero en los días de grandes alegrías, canturreaba una vieja aria, algo del tiempo de su juventud, y las hijas, que sentían en eso una señal cierta de alegría, corrían a ella, pidiéndole esto o aquello.

Muy activa, muy diligente, no había ama de casa más económica y que hiciera rendir más el dinero del marido y el servicio de las criadas. En cuanto despertó, puso todo en actividad, a las criadas y a las hijas. Vivi y Quinota a los dulces; Lalá y Zizi a auxiliar a las mucamas en el arreglo de las salas y los cuartos, mientras ella e Ismênia iban a arreglar la mesa, a disponerla con mucho gusto y esplendor. Todo quedaría así de elegante desde las primeras horas del día. La alegría de doña Maricota era grande; ella no comprendía que una mujer pudiese vivir sin estar casada. No eran sólo los peligros a que se encontraba expuesta, la falta de compañía; le parecía feo y deshonroso para la familia. Su satisfacción no venía del simple hecho de haber descontado un pagaré, como decía. Venía más profundamente, de sus sentimientos maternos y familiares.

Ella arreglaba la mesa, nerviosa y alegre; y la hija fría e indiferente.

—Pero hija —decía ella—, ¡parece que no fueras tú quien se casa! ¡Qué cara! Pareces una mosca moribunda.

—Mamá, ¿qué quieres que haga?

—No es lindo reírse mucho, andar como una alocada, ¡pero tampoco lo es estar así como tú! Nunca vi una novia igual.

Durante una hora la joven se esforzó por parecer muy alegre, pero luego le volvía toda la pobreza de su naturaleza, incapaz de vibración sentimental, y lo natural de su temperamento la vencía, no tardando en caer en aquella enfermiza indiferencia que le era propia.

Vino mucha gente. Además de las muchachas y las respetables madres, acudieron a la invitación del general, el contraalmirante Caldas, el doctor Florencio, ingeniero de aguas, el mayor honorario Inocêncio Bustamante, el

señor Bastos, tenedor de libros y pariente de doña Maricota, y otras personas importantes. Ricardo no había sido invitado porque el general temía la opinión pública sobre la presencia de él en una fiesta seria; Quaresma sí estaba invitado, pero no fue; y Cavalcânti cenó con los futuros suegros.

A las seis de la tarde, la casa estaba llena. Las jóvenes cercaban a Ismênia, felicitándola no sin cierta envidia en la mirada.

Irene, una rubia alta, aconsejaba:

—Yo, si fuese tú, compraba todo en el Parque.

Se hablaba del ajuar. Todas ellas, aunque solteras, daban consejos, sabían cuáles eran las casas baratas, las piezas más importantes y las que podían ser dejadas de lado. Estaban enteradas de todo.

Armanda indicaba con un requiebro hechicero en los ojos:

—Anteayer vi en la calle de Constituição, un dormitorio matrimonial muy bonito, ¿por qué no lo vas a ver Ismênia? Parece barato.

Ismênia era la menos entusiasmada, casi no respondía a las preguntas; y si las respondía era con monosílabos. Hubo un momento en que sonrió casi con alegría y abandono. Estefânia, la doctora, normalista, que tenía un anillo con tantas piedras que parecía una joyería, en un momento dado llevó la boca carnosa hasta los oídos de la novia y le hizo una confidencia. Cuando dejó de secretear, así como si quisiera confirmar lo dicho, dilató mucho los ojos maliciosos y ardientes, y dijo en voz alta:

—Quiero ver eso... Todas dicen que no... Yo sé...

Ella aludía a la respuesta que Ismênia había dado parsimoniosamente a su confidencia: ¿qué cosa?

Todas ellas, conversando, tenían los ojos puestos en el piano. Los jóvenes y una parte de los viejos rodeaban a Cavalcânti, muy solemne dentro de un frac negro.

—Entonces, doctor, terminó ¿eh? —decía éste, a manera de cumplido.

—Es verdad. Trabajé. Ustedes no se imaginan los tropiezos, los esfuerzos, ¡fui verdaderamente heroico!

—¿Conoce a Chavantes? —preguntaba otro.

—Lo conozco. Un estudiante crónico, un farrista...

—¿Fue compañero suyo?

—Sí, es decir, él es del curso de medicina. Nos inscribimos el mismo año.

Cavalcânti aún no había tenido tiempo de atender a éste cuando ya era obligado a escuchar la observación de otro.

—Es muy hermoso graduarse. Si yo hubiera escuchado a mi padre, ahora no estaría quebrándome la cabeza con el "debe" y el "haber". Hoy, me tuerzo la oreja y no sale sangre.

—Actualmente no vale nada, querido señor —decía modestamente Cavalcânti—. Con esas academias libres... ¡Imaginen que ya se habla de una Academia Libre de Odontología! ¡Es el colmo! Un curso difícil y caro, que exige cadáveres, aparatos, buenos profesores, ¿cómo podrán mantenerlo los particulares? Si el gobierno lo mantiene mal...

—Pues doctor —intervino otro— lo felicito. Le digo lo que le dije a mi sobrino cuando se graduó: ¡adelante!

—Ah, ¿su sobrino se recibió ya? —inquiría delicadamente Cavalcânti.

—En ingeniería. Está en Maranhão, en el camino de Caxias.

—Buena carrera.

En los intervalos de la conversación, todos miraban al joven dentista como si fuese un ser sobrenatural.

Para toda aquella gente, Cavalcânti no era ya un simple hombre, era un hombre y algo más, algo sagrado y de esencia superior; y no unían la imagen que tenían de él actualmente a las cosas que por ventura pudiese saber o haber aprendido. Esto no entraba de ningún modo en ella; aquel individuo, para algunos, continuaba siendo vulgar, común en apariencia, pero su sustancia había cambiado, era diferente de la de ellos y estaba ungido por no se sabe qué cosa vagamente fuera de la naturaleza terrestre, casi divina.

Hacia el lado de Cavalcânti, que se encontraba en la sala de visitas, vinieron los menos importantes. El general se había quedado en el comedor, fumando, rodeado de los de mayor jerarquía y de los más viejos. Estaban con él el contraalmirante Caldas, el mayor Inocêncio, el doctor Florêncio y el capitán de bomberos Segismundo.

Inocêncio aprovechó la ocasión para consultar a Caldas sobre un asunto de legislación militar. El contraalmirante era interesantísimo. En la Marina, por poco no hacía *pendant* con Albernaz en el Ejército. Nunca se había embarcado, a no ser en la guerra del Paraguay, y aun así por muy poco tiempo. La culpa, sin embargo, no era de él. En seguida que se vio teniente primero, Caldas fue aislándose, abandonando la rueda de los camaradas, de modo que, sin empeños y sin amigos en las altas posiciones, se olvidaban de él y no le daban comisiones de embarque. Es curioso ese asunto de las administraciones militares: las comisiones se basan en merecimientos, pero sólo se dan a los protegidos.

Cierta vez, cuando ya era capitán, le dieron un embarque en el Mato Grosso. Lo designaron comandante del acorazado "Lima Barros". Partió para allí, pero cuando se presentó al comandante de la flotilla, tuvo noticia de que no existía en el río Paraguay semejante barco. Preguntó aquí y allá, y hubo quien aventuró que podía ser que el tal "Lima Barros" formara parte de la escuadrilla del alto Uruguay. Consultó al comandante.

—Yo, en su caso —le dijo el superior—, partiría inmediatamente hacia la flotilla de Río Grande.

Hizo las valijas, y cuando por fin llegó al alto Uruguay, después de un penoso y fatigante viaje, tampoco allí estaba el tal "Lima Barros". ¿Dónde estaría, entonces? Quiso telegrafiar a Río de Janeiro, pero tuvo miedo de ser censurado, tanto más cuanto no andaba en olor de santidad. Estuvo así un mes en Itaqui, dudando, sin recibir sueldo y sin saber qué destino tomar. Un día le vino la idea de que el navío bien pudiera estar en el Amazonas. Embarcó con la intención de ir al extremo norte y cuando pasó por Río, conforme es de práctica, se presentó a las altas autoridades de la Marina. Lo pusieron preso y lo sometieron a consejo de guerra.

El "Lima Barros" se había ido a pique durante la guerra del Paraguay.

Aunque absuelto, nunca más entró en gracia de los ministros y de sus generales. Todos lo tenían por tonto, por un comandante de opereta que

andaba a la caza de su barco por los cuatro puntos cardinales. Lo dejaron "arrinconado", como se dice en la jerga militar, y tardó casi cuarenta años para llegar de guardiamarina a capitán de fragata. Jubilado en la situación inmediata, con el grado siguiente, toda su acidez contra la Marina se concentró en un largo trabajo de estudiar leyes, decretos, edictos, avisos, consultas, que se refiriesen a la promoción de oficiales. Compraba verdaderos repertorios de legislación, almacenaba colecciones de leyes e informes, y llenó la casa con toda esa molesta y fatigante literatura administrativa. Los requerimientos, pidiendo la modificación de su jubilación, llovían sobre los ministros de Marina. Corrían meses por el infinito rosario de reparticiones, y siempre eran prorrogados para consultas del Consejo Naval o del Supremo Tribunal Militar. Ultimamente había puesto abogado ante la justicia federal y allá andaba de notariado en notariado, acodándose con escribientes, escribanos, jueces y abogados, esa escoria del foro que parece haber contraído todas las miserias que le pasan por las manos y por los ojos.

Inocêncio Bustamante también tenía la misma manía demandadora. Era terco, obstinado, pero servil y humilde. Antiguo voluntario de la patria, poseyendo honras de mayor, no había día en que no fuera al cuartel general para ver cómo andaba su solicitud y las de otros. En una pedía se lo incluyera en el Asilo de Inválidos, en otra honores de teniente-coronel, en otra tal o cual medalla; y cuando no tenía ninguna, iba a ver las de los otros.

No se privó siquiera de tratar el pedido de un maniático que, por ser teniente-honorario y también de la Guardia Nacional, requería el grado de mayor, ya que dos galones más otros dos hacen cuatro: lo que quiere decir, ¡mayor!

Conocedor de los estudios meticulosos del almirante, Bustamante hizo su consulta.

—Así, de pronto, no sé. El Ejército no es mi especialidad, pero voy a ver. ¡Esto también anda bastante confuso!

Acabando de responder empinaba uno de sus bigotes blancos, que le daban un aire de "comodoro" o de chacarero portugués, pues en él era fuerte el tipo lusitano.

—¡Ah, mis tiempos! —observó Albernaz—. ¡Cuánto orden, cuánta disciplina!

—Ya no hay gente que sirva —dijo Bustamante.

Segismundo aventuró también su opinión, diciendo:

—Yo no soy militar, pero...

—¿Cómo que no es militar? —dijo Albernaz, con ímpetu—. Ustedes son los verdaderos; están siempre con el enemigo al frente, ¿no le parece, Caldas?

—Seguramente, seguramente —dijo el almirante, atusándose los bigotes.

—Como iba diciendo —continuó Segismundo—, a pesar de no ser militar, yo me animo a decir que nuestra fuerza está muy por debajo. ¿Dónde hay un Pôrto Alegre, un Caxias?

—Ya no hay más, querido amigo —confirmó con voz muy fina el doctor Florêncio.

—No sé por qué, ¿acaso hoy no va todo por los caminos de la ciencia?

Era Caldas quien había hablado, intentando la ironía. Albernaz se indignó y le retrucó con calor:

—Yo querría ver a esos niños bonitos, llenos de "xx" y "yy", en Curupaití, ¿eh Caldas? ¿Eh, Inocêncio?

El doctor Florêncio era el único civil de la rueda. Ingeniero y empleado público, los años y el sosiego de la vida le habían hecho perder todo el saber que por ventura pudiera haber tenido al salir de la escuela. Era más un guardián de canalizaciones que un ingeniero. Viviendo cerca de Albernaz, era raro que no viniera por las tardes a jugar al *solo* [1] con el general. El doctor Florêncio preguntó:

—Usted estuvo allí, ¿no, general?

El general no se detuvo, no se confundió, no tartamudeó, y dijo con la mayor naturalidad:

—No estuve. Me enfermé y vine al Brasil en las vísperas. Pero tuve muchos amigos allá: Camisão, Venâncio...

Todos callaron y miraron la noche que llegaba. Desde la ventana de la sala donde estaban, no se veía ni un monte. El horizonte estaba circunscrito a los fondos de las chacras, de las casas vecinas con sus cuerdas de ropa lavada, sus chimeneas y el piar de los pájaros. Un tamarindo sin hojas recordaba tristemente el aire libre, las distancias sin fin. El sol ya había desaparecido del horizonte y las tenues luces de los picos de gas y de los faroles familiares comenzaban a encenderse por detrás de los vidrios.

Bustamante quebró el silencio:

—Este país ya no vale nada. Imaginen que mi solicitud, pidiendo honores de teniente-coronel está en el ministerio desde hace seis meses.

—Un desorden —exclamaron todos.

Ya era de noche. Doña Maricota llegó hasta donde ellos estaban, muy activa, muy diligente y con el rostro abierto de alegría.

—¿Están rezando? —y añadió—: ¿Me dan permiso para que le diga una cosa a Chico?

Albernaz salió de la rueda de los amigos y fue hasta un rincón de la sala, donde la mujer le dijo algo en voz baja. La escuchó, después volvió a los amigos y, en mitad del camino, dijo en voz alta:

—Si no bailan es porque no quieren. ¿Estoy impidiéndoselo a alguien?

Doña Maricota se acercó a los amigos del marido y explicó:

—Ustedes saben: si uno no los anima, nadie saca a su pareja, nadie comienza. ¡Y hay tantas muchachas, tantos jóvenes, que es una pena!

—Bien, allá voy —dijo Albernaz.

Dejó a los amigos y fue a la sala de visitas para dar comienzo al baile.

—¡Vamos, niñas! Entonces, ¿qué es eso? ¡Zizi, un vals!

Y él mismo, en persona, iba juntando a las parejas: "No, general, ya tengo compañero", decía una joven. "No importa —retrucaba él—, baile con Raimundinho; el otro espera."

Después de haber iniciado el baile, regresó a la rueda de los amigos, transpirado pero contento.

[1] *Solo:* juego de cartas.

—¡Esto de la familia! ¡Uno hasta parece volverse bobo! Usted sí que hizo bien, Caldas; no se quiso casar.

—Pero tengo más hijos que usted. Solamente sobrinos, son ocho; ¿y los primos?

—Vamos a jugar al *solo* —invitó Albernaz.

—Somos cinco, ¿cómo vamos a hacer? —observó Florêncio.

—No, yo no juego —dijo Bustamante.

—¿Entonces jugamos los cuatro de *garrancho*?[1] —recordó Albernaz.

Las cartas vinieron, y también vino una pequeña mesa de tres patas. Los jugadores sentáronse y tiraron la suerte para ver quién daba cartas. Correspondió a Florêncio darlas. Comenzaron. Albernaz tenía un aire atento cuando jugaba: la cabeza le caía sobre la espalda y los ojos tomaban una expresión de profunda reflexión. Caldas levantaba el busto en la silla y jugaba con la serenidad de un lord del Almirantazgo en una partida de *whist*. Segismundo jugaba con todo cuidado, con el cigarrillo en un costado de la boca y la cabeza ladeada para escapar del humo. Bustamante había ido a la sala para ver los bailes.

Habían comenzado la partida cuando doña Quinota, una de las hijas del general, cruzó la sala y fue a beber agua. Caldas, rascándose los bigotes, le preguntó:

—¿Y, doña Quinota, qué es de la vida de Genelício?

La joven volvió el rostro con picardía, hizo una pequeña mueca y respondió con falso mal humor:

—¡Caramba! ¡Qué sé yo! ¿Acaso ando detrás de él?

—No precisa enojarse, doña Quinota; es una simple pregunta —advirtió Caldas.

El general, que observaba atentamente los naipes recibidos, interrumpió la conversación con voz grave.

—Yo paso.

Doña Quinota se retiró. Este Genelício era su festejante. Pariente de Caldas, dábase por descontado el casamiento en la familia. Su candidatura era favorecida por todos. Doña Maricota y el marido lo llenaban de fiestas. Empleado en el Tesoro, ya en mitad de la carrera, joven de menos de treinta años, amenazaba con tener un gran futuro. No había nadie más obsecuente y sumiso que él. No tenía ningún pudor, ¡ninguna vergüenza! Llenaba a los jefes y superiores con todo el incienso que podía. Cuando salía, holgazaneaba, se lavaba tres o cuatro veces las manos, hasta poder encontrar al director en la puerta. Lo acompañaba, conversaba con él sobre el trabajo, daba sus opiniones, criticaba a este o aquel compañero, y lo dejaba en el tranvía si el hombre iba para su casa. Cuando entraba un ministro, se hacía escoger como intérprete de los compañeros y echaba su discurso; en los cumpleaños era recitador de un soneto que siempre comenzaba con un: "Salve", y que también acababa por un "¡Salve! ¡Tres veces Salve!".

El modelo era siempre el mismo; cambiaba solamente el nombre del ministro y ponía la fecha.

[1] *Garrancho:* jugador que en el juego de *solo* distribuye las cartas y queda sin jugar.

Al día siguiente los diarios publicaban su nombre y el soneto.

En cuatro años había tenido dos ascensos y ahora trabajaba para ser empleado en el Tribunal de Cuentas y, si era posible, con una categoría superior.

En las obsecuencias y en las maniobras para ascender, tenía verdaderamente genio. No se limitaba al soneto, al discurso; buscaba otros medios, otros procesos. Uno de los que se servía era las publicaciones en los diarios. En su anhelo de anunciar a los ministros y directores que tenía una erudición superior, de cuando en cuando descargaba en los periódicos largos artículos sobre contabilidad pública. Eran simples compilaciones de mohosos decretos, salpicadas aquí y allá con citas de autores franceses o portugueses.

Lo interesante es que los compañeros lo respetaban, tenían en gran cuenta su saber, y él vivía en su sección rodeado del respeto debido a un genio, un genio del papeleo y las informaciones. Genelício agregaba a su segura posición administrativa un curso de derecho que aún estaba por terminar; y tantos títulos juntos no podían dejar de impresionar favorablemente a las preocupaciones casamenteras del matrimonio Albernaz.

Fuera de la repartición, tenía una soberbia que su pobre físico tornaba cómica, pero a la cual la convicción del alto servicio que prestaba al Estado, mantenía y sustentaba. ¡Un empleado modelo!...

El juego continuaba silenciosamente y la noche avanzaba. Al final de cada mano se hacía un breve comentario, y al comienzo se escuchaban únicamente las voces fundamentales del juego: "solo, *bolo*, mejoro, paso". Luego de ellas reinaba el silencio; de la sala, sin embargo, venía el ruido festivo de los bailes y de las conversaciones.

—¡Miren quién está ahí!

—Genelício —dijo Caldas—. ¿Dónde estuviste, muchacho?

Dejó el sombrero y el bastón en una silla, y saludó. Pequeño, ya un tanto curvado, chupado de rostro, con lentes azulados, todo él traía estampada la profesión, sus gustos y hábitos. Era un escribiente.

—¡Nada, amigos míos! Estoy ocupado en mis negocios.

—¿Van bien? —preguntó Florêncio.

—Casi garantizados. El ministro prometió... ¡No pasa nada, estoy bien apadrinado!

—Me alegra mucho —dijo el general.

—Gracias. ¿Sabe una cosa, general?

—¿Qué?

—Quaresma está loco.

—Pero... ¿qué? ¿Quién te lo dijo?

—Aquel hombre del violón. Ya está internado en una casa de salud...

—Ya bien lo había visto yo —dijo Albernaz—, aquella solicitud era de loco.

—Pero no es solamente eso, general —agregó Genelício—. Hizo una nota en lengua *tupí* y la mandó al ministro.

—¡Que decía yo! —dijo Albernaz.

—¿Quién es? —preguntó Florêncio.

—Aquel vecino, empleado del arsenal; ¿no lo conoce?
—¿Uno bajo, de lentes?
—Ese mismo —confirmó Caldas.
—No se podía esperar otra cosa —dijo el doctor Florêncio—. Aquellos libros, aquella manía de lectura...
—¿Para qué leía tanto? —preguntó Caldas.
—Una manía —dijo Florêncio.
Genelício atajó con autoridad:
—El no era graduado en nada, ¿para qué meterse con libros?
—Es verdad —dijo Florêncio.
—Esas cosas de los libros son buenas para los sabios, y para los doctores —observó Segismundo.
—Hasta debiera prohibirse tener libros —dijo Genelício— a quien no tuviera título académico. Así se evitarían estas desgracias. ¿No les parece?
—Ciertamente —dijo Albernaz.
—Por cierto —dijo Caldas.
—Así es —dijo también Segismundo.
Se callaron por un instante, y las atenciones convergieron en el juego.
—¿Ya salieron todos los triunfos?
—Hubiera contado, mi amigo.
Albernaz perdió, y en la sala se hizo el silencio. Cavalcânti iba a recitar. Cruzó la sala triunfalmente, con una ancha sonrisa en el rostro, y se fue a apostar al lado del piano. Zizi lo acompañaba. Tosió, y con voz metálica, remarcando muy bien las "s" finales, comenzó:

A vida é uma comédia sem sentido,
Uma história de sangue e de poeira
*Un deserto sem luz...**

Y el piano gemía.

* "La vida es una comedia sin sentido, / Una historia de sangre y de polvo / Un desierto sin luz..."

IV

DESASTROSAS CONSECUENCIAS DE UNA SOLICITUD

Los acontecimientos a que aludían los graves personajes reunidos en torno a la mesa de *solo* en la tarde memorable del festejo del compromiso matrimonial de Ismênia, se habían desarrollado con rapidez fulminante. La fuerza de ideas y sentimientos contenidos en Quaresma, se había revelado en actos imprevistos con una secuencia brusca y una velocidad de torbellino. El primer hecho sorprendió, pero vinieron otros más, en forma tal que lo que pareció al comienzo una extravagancia, una pequeña manía, se presentó en seguida como una insania declarada.

Justamente algunas semanas antes del pedido de mano, al abrirse la sesión de la Cámara, el secretario tuvo que proceder a la lectura de una singular solicitud que vino a tener la fortuna de la publicidad y el comentario poco usual en documentos de tal naturaleza.

El torbellino y el desorden que caracterizan el recogimiento indispensable al elevado trabajo de legislar, no permitían que los diputados lo escucharan; los periodistas, sin embargo, que estaban próximos a la mesa, al escucharlo, prorrumpieron en carcajadas, ciertamente inconvenientes a la majestad del lugar. La risa era contagiosa. El secretario, en medio de la lectura, se reía discretamente; por al final, ya se reía el presidente, se reía el secretario de actas, y reíase el ordenanza: en suma, toda aquella mesa y aquella gente que le rodeaba, se rieron de la petición, largamente, queriendo siempre contener la risa, pero habiendo algunos que de tan franca alegría llegaron a las lágrimas.

Quien supiera lo que tal hoja de papel representaba de esfuerzo, de trabajo, de sueño generoso y desinteresado, habría de sentir una penosa tristeza escuchando aquella risa inofensiva frente a ella. Merecía rabia, odio, el estallido de burla del enemigo quizá, aquel documento llegado a la Cámara,

pero no aquel recibimiento hilarante, de una hilaridad inocente, sin fondo alguno, así como si se estuviesen riendo de una payasada, de una suerte de circo, o de la careta de un *clown*.

Los que reían, sin embargo, no sabían la causa y sólo veían en eso un motivo para la risa franca y sin maldad. La sesión de aquel día había sido fría; y por serlo así, las secciones de los diarios referentes a la Cámara, al día siguiente publicaron la siguiente solicitud, comentándola en todos los tonos.

Así estaba concebida la petición:

> "Policarpo Quaresma, ciudadano brasileño, funcionario público, seguro de que la lengua portuguesa está prestada al Brasil; seguro también de que por ese hecho, el hablar y el escribir en general, sobre todo en el campo de las letras, se ven en la humillante contingencia de sufrir continuamente censuras ásperas de los propietarios de la lengua; sabiendo, además, que dentro de nuestro país, los autores y los escritores, especialmente los gramáticos, no se entienden en lo referente a la corrección gramatical, viéndose diariamente surgir ásperas discusiones entre los más profundos estudiosos de nuestro idioma, usando del derecho que le confiere la Constitución, viene a solicitar que el Congreso Nacional decrete el *tupi-guarani* como idioma oficial y nacional del pueblo brasileño.
>
> El peticionante, dejando de lado los argumentos históricos que militan en favor de su idea, pide permiso para recordar que el idioma es la más alta manifestación de la inteligencia de un pueblo, es su creación más viva y original; y, por lo tanto, la emancipación política del país requiere como complemento y consecuencia su emancipación idiomática.
>
> Por otra parte, señores congresistas, el *tupi-guarani*, lengua originalísima, aglutinante, es verdad, mas a la que el polisintetismo da múltiples aspectos de riqueza, es la única capaz de traducir nuestras bellezas, de ponernos en relación con nuestra naturaleza y adaptarse perfectamente a nuestros órganos vocales y cerebrales, por ser creación de pueblos que aquí vivieron y aún viven, poseedores por lo tanto de la organización fisiológica y psicológica a la que tendemos, evitándose de esa forma las estériles controversias gramaticales, oriundas de una difícil adaptación de una lengua de otra región a nuestra organización cerebral y a nuestro aparato vocal; controversias que tanto dificultan el progreso de nuestra cultura literaria, científica y filosófica.
>
> Seguro de que la sabiduría de los legisladores sabrá encontrar los medios para realizar semejante medida, y consciente de que la Cámara y el Senado pesarán su alcance y utilidad, saluda respetuosamente."

Firmado y debidamente estampillado, esta solicitud del mayor fue durante días motivo de todas las conversaciones. Publicada en todos los diarios, con sus correspondientes comentarios anexos, no había quien no hiciera una broma sobre ella, quien no ensayara algo gracioso a costa del recuerdo de Quaresma. No quedaron en eso; la curiosidad malsana quiso saber más. Indagó quién era, de qué vivía, si era casado o soltero. Una revista semanal publicó su caricatura, y el mayor comenzó a ser señalado en la calle.

Los pequeños diarios alegres, esos semanarios cómicos y de chistes, ¡qué decir!, se encarnizaban atrozmente con el pobre mayor. Con una abundancia que marcaba la felicidad de los redactores por haber encontrado un asunto fácil, el texto venía lleno de él: el mayor Quaresma dijo eso; el mayor Quaresma dijo aquello.

Uno de ellos, además de otras referencias, ocupó una página entera con el tema de la semana. Se titulaba: "El Matadero de Santa Cruz, según el mayor Quaresma", y el dibujo representaba una fila de hombres y mujeres marchando hacia el matadero que se veía a la izquierda. Otro, se refería al caso pintando una carnicería: "La Carnicería Quaresma", con una leyenda en la que la cocinera le preguntaba al carnicero: "—¿Tiene lengua de vaca?. Y el carnicero respondía: "—No, sólo tenemos lengua de muchacha, ¿quiere?".

Con más o menos espíritu, los comentarios no cesaban y la ausencia de relaciones de Quaresma en el medio en que salían, hacía que tuvieran una constancia poco habitual. Duraron dos meses usando el nombre y la figura del subsecretario.

Todo esto irritaba profundamente a Quaresma. Como desde hacía treinta años vivía casi solo, sin chocar con el mundo, había adquirido una sensibilidad muy viva y capaz de sufrir profundamente con la menor cosa. Nunca había sufrido críticas, nunca se había arrojado a la publicidad, vivía sumergido en su sueño, incubado y mantenido vivo por el calor de sus libros. Fuera de ellos, no conocía a nadie; y con las personas con las que hablaba, cambiaba pequeñas banalidades, cosas de todos los días, con las que su alma y su corazón no tenían nada que ver.

Ni siquiera la ahijada lo sacaba de esa reserva, aunque la estimase más que a todos.

Ese encierro en sí mismo le dio no sé qué aire extraño a todo, a las competencias, a las ambiciones, pues nada de esas cosas que hacen los odios y las luchas había entrado en su temperamento.

Desinteresado en el dinero, la gloria y la posición, viviendo en una reserva de sueño, había adquirido el candor y la pureza de alma que habitan a los hombres que tienen una idea fija, los grandes estudiosos, los sabios y los inventores, gente que permanece más tierna, más ingenua, más inocente que las doncellas de las poesías de otras épocas.

Es raro encontrar hombres así, pero los hay, y cuando se los encuentra, aun tocados por un grano de locura, se siente más simpatía por nuestra especie, más orgullo de ser hombre y más esperanza en la felicidad de la raza.

La continuidad de las bromas hechas en los diarios, la manera con que lo miraban en la calle, lo exasperaban, y con mayor fuerza se apegaba a su idea. A medida que engullía una broma, una picardía, meditaba sobre su recuerdo, pesaba todos sus aspectos, la examinaba detenidamente, comparándola a cosas semejantes, recordando a los autores y a las autoridades; y a medida que hacía eso, su propia convicción mostraba la insuficiencia de la crítica, la ligereza de la burla, y la idea lo tomaba por entero, lo avasallaba, lo absorbía cada vez más.

Si los diarios habían recibido la solicitud con bromas de fondo inofensivo y sin odio, la repartición a la que pertenecía se enfureció. En los medios burocráticos, una superioridad que nace fuera de ellos, que se hace y organiza con otros materiales distintos de los oficios, el conocimiento de textos de reglamentos y la buena caligrafía, es recibida con la hostilidad de una pequeña envidia.

Y es como si se viera en el portador de tal superioridad una traición a

la mediocridad, al anonimato papelero. No existe solamente una cuestión de publicidad ni de interés pecuniario; existe una cuestión de amor propio, de sentimientos heridos, viendo a aquel colega, a ese remero de galera como ellos, sujeto a los reglamentos, a los caprichos de los jefes, a las miradas superiores de los ministros, con más títulos para ser considerado, con algún derecho a infringir las reglas y los preceptos.

Se lo mira con odio mal disimulado, el mismo con el que el asesino plebeyo mira al asesino marqués que mató a la mujer y al amante. Ambos son asesinos pero, aun en la prisión, todavía el noble y el burgués traen el aire de su mundo, un resto de su delicadeza y una inadaptación que hieren a su humilde colega de desgracia.

Así, cuando en alguna secretaría surge alguien cuyo nombre no siempre recuerda el título de su nombramiento, aparecen las pequeñas perfidias, las maledicencias dichas al oído, las indirectas, todo el arsenal de celos envidiosos de una mujer que se convenció de que la vecina se viste mejor que ella.

Se aman, más bien, se soportan mejor los que se hacen célebres en las informaciones, en las redacciones, en la asiduidad al trabajo, aun los doctores, los bachilleres, que los que tienen nombramiento y fama. En general, la incomprensión de la obra o del mérito del colega es total, y ninguno de ellos puede aceptar que aquel hombre, aquel amanuense como ellos mismos, haga algo que interese a los extraños y dé que hablar a la ciudad entera.

La brusca popularidad de Quaresma, el suceso y su efímera nombradía, irritaron a sus colegas y a los superiores. ¡Se habrá visto cosa igual!, decía el secretario. ¡Este tonto atreverse a dirigirse al Congreso a proponer algo! ¡Pretencioso! El director, al pasar por la secretaría, lo miraba de soslayo y sentía que el reglamento no contemplara el caso para poder infligirle una censura. El colega de archivo era el menos terrible, pero en seguida lo llamó loco.

El mayor sentía aquel ambiente falso, aquellas alusiones, y eso aumentaba más su desesperación y la obstinación en su idea. No comprendía por qué su solicitud había suscitado tantas tempestades, esa mala voluntad general; era una cosa inocente, un recuerdo patriótico que merecía, y debía tener, el asentimiento de todo el mundo; meditaba, volvía a su idea, y la examinaba con mayor atención.

La extensa publicidad que el hecho adquirió, alcanzó el palacete de Real Grandeza, donde vivía su compadre Coleoni. Enriquecido con las ganancias derivadas de los contratos de construcción de edificios, viudo, el antiguo tendero se había retirado de los negocios y vivía sosegado en la amplia casa que él mismo edificara y que tenía todos los detalles arquitectónicos de su gusto predilecto: Fruteras de yeso en las cornisas, un inmenso monograma sobre la puerta de entrada, y otros detalles equivalentes.

La casa quedaba en el centro del terreno, erigiéndose sobre una elevación, tenía un razonable jardín al frente que avanzaba por los costados, puntilleado por bolas multicolores; veranda, un vivero en el que los pájaros morían tristemente por el calor. Era una instalación burguesa, al gusto nacional, vistosa, cara, poco de acuerdo con el clima y la comodidad.

En el interior dominaba el capricho, obedeciendo todo a una fantasía barroca, a un eclecticismo desesperante. Los muebles se amontonaban, las alfombras, las cenefas, los *bibelots* y la fantasía de la hija, irregular e indisciplinada, aún traían más desorden a aquella colección de cosas caras.

Viudo desde ya hacía algunos años, una vieja cuñada dirigía la casa, y la hija era quien lo encaminaba en las distracciones y en las fiestas. Coleoni aceptaba de buen corazón esta dulce tiranía. Quería casar bien a su hija, y al gusto de ella, por lo tanto no ponía ningún obstáculo al programa de Olga.

Al comienzo, pensó en dársela a su ayudante o contramaestre, una especie de arquitecto que no dibujaba pero que proyectaba casas y grandes edificios. Primero sondeó a la hija. No encontró resistencia, pero tampoco asentimiento. Se convenció de que la vaporosidad de la niña, su aire distante de heroína, su inteligencia y su fantasía, no irían bien con la rudeza y la simplicidad campesina de su ayudante.

Ella quiere un doctor —pensaba él—, ¡que lo consiga! Seguramente no tendrá mucho dinero, pero yo sí lo tengo, y así las cosas se acomodarán.

El se había habituado a ver en el doctor nacional, al marqués o al barón de su tierra natal. Cada tierra tiene su nobleza; allá es el vizconde; aquí, el doctor, el bachiller, o el dentista; y juzgó muy aceptable comprar la satisfacción de ennoblecer a la hija con una media docena de *contos* de *réis*.

Había momentos en que lo aburrían un tanto los propósitos de la niña. Gustándole dormir temprano tenía que perder noches enteras en el Lírico, en los bailes; amando estar sentado en silencio, en pantuflas y fumando su pipa, era obligado a caminar horas y horas por las calles, saltando de casa en casa de modas, detrás de la hija, para al final del día haber comprado apenas medio metro de cinta, unos broches y un frasco de perfume.

Era gracioso verlo en las tiendas de fantasías, con la complacencia de un padre que quiere ennoblecer al hijo, dando opinión sobre la tela, encontrar que ésta era más bonita, comparar una y otra, con una falta de sentimiento en ello que se adivinaba hasta en la manera de pagarlas. Pero él iba, se demoraba, esforzábase por entrar en el secreto, en el misterio, lleno de tenacidades y candor perfectamente paternales.

Hasta ahí iba bien y disimulaba la contrariedad. Lo que continuaba contrariándole mucho eran las visitas, las compañeras de su hija, con sus madres y sus hermanas, con sus modales de falsa nobleza, y su disimulado desdén, haciéndole notar al viejo comerciante qué distante estaba él de la sociedad de las amigas y las compañeras de Olga.

Sin embargo, no se aburría demasiado profundamente; él así lo había querido y así lo había hecho, entonces tenía que conformarse. Casi siempre, cuando llegaban tales visitas, Coleoni se alejaba, se iba al interior de la casa. Aunque no siempre esto le era posible; en las grandes fiestas y recepciones tenía que estar presente, y era cuando más sentía la velada indiferencia de la alta nobleza de la tierra que lo frecuentaba. El había quedado para siempre como el comerciante cuyas ideas no iban más allá de su oficio, sin saber fingir, y por lo tanto sin demostrar interesarse por aquellas charlatanerías sobre casamientos, bailes y fiestas y paseos caros.

Una que otra vez alguien, más delicado, le proponía jugar al *poker,* aceptaba y casi siempre perdía. Hasta llegó a formar una rueda en su casa, de la que formaba parte el conocido abogado Pacheco. Perdió, y mucho; pero no fue eso lo que le hizo suspender el juego. ¿Qué perdía? Unos *contos,* ¡una niñería! La cuestión es que Pacheco jugaba con seis cartas. La primera vez que Coleoni se dio cuenta de eso, le pareció una distracción del distinguido periodista y famoso abogado. ¡Un hombre honesto no iba a hacer eso! Y la segunda vez, ¿también sería distracción? ¿Y la tercera?

No era posible tanta distracción. Adquirió la certeza de la trampa, se calló, contúvose con una dignidad inesperada en un antiguo tendero, y esperó. Cuando vinieron a jugar la vez siguiente, el pase fue puesto en práctica, Vicente encendió su cigarro y observó con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Saben ustedes, señores, que en Europa hay ahora una nueva forma de jugar al *poker*?

—¿Cuál? —preguntó alguien.

—La diferencia es pequeña: se juega con seis cartas, esto es, solamente uno de los jugadores.

Pacheco no se dio por advertido, continuó jugando y ganando, se despidió a medianoche lleno de delicadeza, hizo algunos comentarios sobre la partida, y no volvió nunca más.

Conforme a su viejo hábito, Coleoni leía por la mañana los diarios, con la tranquilidad y lentitud del hombre poco acostumbrado a la lectura, cuando de pronto reparó en la solicitud de su compadre del arsenal.

No la comprendió bien, pero los diarios hacían tantos chistes sobre ella y caían tan a fondo sobre la cosa, que imaginó a su antiguo benefactor enredado en un tejido criminal, habiendo cometido alguna falta grave quizá por inadvertencia.

Siempre lo había considerado el hombre más honesto de este mundo, aún lo consideraba así, pero ¿quién sabe? La última vez que lo visitó, acaso, ¿él no había salido con esas maneras extrañas? Podía ser algo malo...

A pesar de haberse enriquecido, Coleoni tenía en gran opinión a su oscuro compadre. Existía no solamente la gratitud del campesino en él, que había recibido un gran beneficio, sino el doble respeto por el mayor, originado en su calidad de funcionario y de sabio.

Europeo, de origen humilde y aldeano, guardaba en el fondo de sí aquel sagrado respeto de los campesinos por los hombres que reciben la investidura del Estado; y, como a pesar de los muchos años en el Brasil, aún no sabía juntar el saber a los títulos, tenía en gran consideración la erudición del compadre.

No hay que extrañarse entonces de que leyera con amargura el nombre de Quaresma envuelto en hechos que los diarios reprobaban. Leyó de nuevo la solicitud, pero no entendió lo que quería decir. Llamó a la hija.

—¡Olga!

Pronunciaba el nombre de su hija casi sin acento; pero cuando hablaba portugués, ponía en las palabras una ronquera singular, y salpicaba las frases con exclamaciones y pequeñas expresiones italianas.

—Olga, ¿qué quiere decir esto? *Non capisco...*

La joven sentóse en una silla próxima y leyó en el diario la solicitud, y sus comentarios.

—*¡Che!* ¿Entonces?

—Padrino quiere sustituir el portugués por el idioma *tupi*, ¿entiende?

—¿Cómo?

—Hoy, nosotros, ¿no hablamos portugués? Pues bien: él quiere que de aquí en adelante hablemos *tupi*.

—*¿Tutti?*

—Todos los brasileños; todos.

—¡*Ma che* cosa! ¿No es posible?

—Puede ser. Los checos tienen una lengua propia pero fueron obligados a hablar alemán, después de ser conquistados por los austríacos; los loreneses, franceses...

—*¡Per la madonna!* El alemán es un idioma, pero esa jerga, *acujelê, ecco!*

—*Acujelê* es del Africa, papá; *tupi* es de aquí.

—*¡Per Bacco!* Es lo mismo... ¡Está loco!

—Pero si no hay ninguna locura, papá.

—¿Cómo? Entonces, ¿esa es cosa de un hombre de *bene*?

—Quizá no sea de buen juicio; pero de loco tampoco es.

—*Non capisco.*

—Es una idea, padre, es un plan que quizá a primera vista resulte absurdo, fuera de los moldes, pero, no es del todo loco. Es osado, tal vez, pero...

Por más que quisiera, ella no podía juzgar el acto del padrino con el mismo criterio que su padre. En él, hablaba el buen sentido, y en ella el amor a las grandes cosas, a los arrojos y empresas osadas. Recordó que Quaresma le había hablado de emancipación; y si tuvo en el fondo de sí misma un sentimiento que no fuera de admiración por el atrevimiento del mayor, ciertamente no fue de reprobación o de lástima; fue de piedad simpática por ver mal comprendido el acto de aquel hombre que ella conocía de hacía tantos años, siguiendo su sueño, aislado, oscuro y tenaz.

—Esto le va a causar trastornos —observó Coleoni.

Y él tenía razón. La sentencia del archivista venció en las discusiones de los corredores y la sospecha de que Quaresma estuviera loco fue tomando fueros de certeza. Al principio, el subsecretario soportó bien la tempestad; pero habiendo adivinado que lo suponían ignorante del *tupi*, se irritó, llenóse de una rabia sorda que difícilmente se contenía. ¡Qué ciegos eran! El, que desde hacía treinta años estudiaba el Brasil minuciosamente; él, que en virtud de esos estudios se había visto obligado a aprender el pesado alemán, no saber *tupi*, la lengua brasileña, la única que lo era, ¡qué sospecha miserable!

Que lo juzgasen loco, ¡vaya! Pero que desconfiasen de sus afirmaciones; ¡eso sí que no! Y él pensaba, buscaba medios de rehabilitarse, caía en distracciones, aun cuando escribía o hacía la tarea cotidiana. Vivía dividido en dos: por una parte las obligaciones de todos los días; por la otra, la preocupación de probar que sabía el *tupi*.

El secretario faltó un día y el mayor pasó a sustituirlo. El trabajo había sido grande y él mismo había redactado y copiado una parte del mismo. Había comenzado a pasar en limpio un informe sobre asuntos del Mato Grosso, en el que se hablaba de Aquidauana y Ponta Porâ, cuando Carmo dijo desde el fondo de la sala, con tonito burlón:

—Homero, esto de saber es una cosa, y decirlo es otra.

Quaresma ni levantó los ojos del papel. Ya fuese por las palabras en *tupi* que se encontraban en el borrador del informe, o por la alusión del empleado Carmo, lo cierto es que él insensiblemente fue traduciendo la pieza oficial al idioma indígena.

Al terminar, se dio cuenta de la distracción pero en seguida vinieron otros empleados con el trabajo que habían hecho, para que él los examinara. Nuevas preocupaciones lo alejaron de la primera, olvidó el informe en *tupi* y continuó con los compañeros. El director no reparó y firmó, ¡y el *tupinambá* fue a parar al ministerio!

No se imaginan el escándalo que fue a causar allí. ¿Qué idioma era ése? Se consultó al doctor Rocha, el hombre más hábil de la secretaría, respecto al asunto. El funcionario se limpió los lentes, tomó el papel, lo volvió para atrás y para adelante, lo puso patas para arriba y concluyó que era griego, por causa del "yy".

El doctor Rocha tenía fama de sabio en la secretaría, porque era bachiller en derecho y porque nunca decía nada.

—Pero —indagó el jefe— oficialmente ¿las autoridades se pueden comunicar en idiomas extranjeros? Creo que hay una disposición del 84... Vea, doctor Rocha...

Se consultaron todos los reglamentos y edictos de legislación, anduvo de mesa en mesa pidiendo auxilio a la memoria de cada uno y no encontraron nada al respecto. Finalmente el doctor Rocha, después de tres días de meditación, se dirigió al jefe y le dijo, con seguridad y enfáticamente:

—La disposición del 84 trata de la ortografía.

El director miró a su subalterno con admiración, y se quedó considerando una vez más sus cualidades de empleado celoso, inteligente... y asiduo. Fue informado de que la legislación omitía todo lo tocante a la lengua en que debían ser escritos los documentos oficiales; sin embargo, no parecía regular el uso de una que no era la del país.

El ministro, teniendo en vista esta información y varias otras consultas, devolvió el informe y censuró al arsenal.

¡Qué mañana fue esa en el arsenal! Los tímpanos sonaban furiosamente, los ordenanzas andaban en terribles ajetreos y a cada momento preguntaban por el secretario, que tardaba en llegar.

¡Censurado!, monologaba el director. Su generalato se iba aguas abajo. ¡Vivir tantos años, soñando siempre con esas estrellas, y he ahí que las mismas se escapaban, quizá por la estupidez de un escribiente!

Todavía, si cambiara la situación... Pero, ¡qué!

El secretario llegó, fue al gabinete del director. Enterado del motivo, examinó el informe letra por letra, y reconoció que era Quaresma quien lo

había escrito. "Mándelo para acá" dijo el coronel. El mayor se encaminó hacia allí, pensando en unos versos *tupis* que había leído esa mañana.

—Entonces, usted continúa divirtiéndose conmigo, ¿no es así?

—¿Cómo? —preguntó Quaresma, asustado.

—¿Quién escribió esto?

El mayor ni quiso examinar el papel. Vio la letra, recordó la distracción, y confesó con firmeza:

—Fuí yo.

—Entonces, ¿confiesa?

—Así es. Pero usted no sabe...

—¿No sé? ¿Qué es lo que dice?

El director se levantó de la silla con los labios blancos y la mano levantada a la altura de la cabeza. Había sido ofendido tres veces: en su honra individual, en la honra de su casta, y en la del establecimiento de enseñanza que había frecuentado, la escuela de Praia Vermelha, el primer establecimiento científico del mundo. Además de eso, había escrito en *Pritaneu,* la revista de la escuela, el cuento "La Nostalgia", producción que fue muy elogiada por los colegas. De esa manera, habiendo aprobado todos los exámenes plenamente y con "distinguidos" una doble corona de sabio y de artista le ceñía la frente. Tantos títulos valiosos y raros de encontrarse reunidos aun en Descartes o en Shakespeare, transformaban aquel "no sabe" de un amanuense en ofensa profunda, en injuria.

—¡No sabe! ¿Cómo osa usted decir semejante cosa? ¿Tiene usted, por ventura, el curso de Benjamín Constant hecho? ¿Sabe usted Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Sociología y Moral? ¿Cómo se atreve, entonces? ¿Usted piensa que por haber leído unas novelas y saber un poco de francés puede compararse con quien sacó nueve en Cálculo, diez en Mecánica, ocho en Astronomía, diez en Hidráulica, nueve en Descriptiva? ¿Entonces?

Y el hombre sacudía furiosamente la mano y miraba ferozmente a Quaresma, que ya se juzgaba fusilado.

—Pero, señor coronel...

—¡No hay pero que valga! Considérese suspendido, hasta nueva orden.

Quaresma era dulce, bueno y modesto. Nunca había sido su propósito dudar de la sabiduría de su director. El no tenía ninguna pretensión de sabio y había pronunciado la frase sólo como comienzo de su disculpa; pero cuando vio aquella catarata de saber, de títulos, sobrenadando en aguas tan furiosas, perdió el hilo de su pensamiento, el habla, las ideas, y ya no supo más que decir.

Salió abatido, como un criminal, de la oficina del coronel, que no dejaba de mirarlo furiosamente, indignadamente, ferozmente, como quien ha sido herido en todas las fibras de su ser. Finalmente salió. Al llegar a la sala de trabajo no dijo nada: tomó su sombrero y el bastón, lanzándose puertas afuera, tambaleándose como un borracho. Dio unas vueltas, fue a ver al librero para buscar unos libros. Cuando iba a tomar el tranvía encontró a Ricardo Coração dos Outros.

—Tan temprano, ¿eh mayor?

Y se quedaron callados, uno frente al otro, en un mutismo incómodo. Ricardo intentó algunas palabras:

—Mayor, parece que usted tuviera una idea, un pensamiento muy fuerte.

—Lo tengo, hijo, y no desde hoy sino desde hace ya mucho tiempo.

—Es bueno pensar, y soñar consuela.

—Consuela, quizá; pero también nos hace diferentes de los otros, cava abismos entre los hombres...

Y los dos se separaron. El mayor tomó el tranvía y Ricardo descendió despreocupado la calle de Ouvidor, con su paso tímido y los pantalones doblados en las canillas, apretando el violón en su armadura de gamuza.

V

EL BIBELOT

No era la primera vez que ella iba allí. Más de una docena de veces había subido aquella ancha escalinata de piedra, con grupos de mármoles de Lisboa de un lado y de otro, la Caridad, y Nuestra Señora de la Piedad; había penetrado por aquel pórtico de columnas dóricas, cruzado el atrio enladrillado dejando a la izquierda y a la derecha a Pinel y Esquirol, meditando sobre el angustioso misterio de la locura; subido otra escalera cuidadosamente encerada yendo a dar con el padrino allá arriba, triste y absorto en su sueño y en su manía. Su padre la traía a veces, los domingos, cuando iba a cumplir el piadoso deber de la amistad visitando a Quaresma. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Ella no lo recordaba, por cierto; unos tres o cuatro meses, como máximo.

Solamente el nombre de la casa metía miedo. ¡El hospicio! Casi como una sepultura en vida, un semi-entierro que era el entierro del espíritu, de la razón conductora, de cuya ausencia los cuerpos raramente se resienten. La salud no depende de ella y hay muchos que hasta parecen adquirir más fuerza de vida, prolongar la existencia, cuando se evapora por no se sabe qué orificio del cuerpo, y hacia dónde.

¡Con qué terror, con qué especie de pavor de cosa sobrenatural, espanto de enemigo invisible y omnipresente, escuchaba a la gente pobre referirse al establecimiento de la Praia das Saudades! Antes, una buena muerte, decían.

A primera vista no se comprendía bien ese espanto, ese terror de la gente por aquella casa inmensa, severa y grave, a medias hospital y a medias prisión, con su alto paredón, sus ventanas enrejadas, extendiéndose por algunos cientos de metros frente al mar inmenso y verde, allá a la entrada de la bahía, en la Praia das Saudades. Se entraba, veíanse unos hombres calmos, pensativos, meditabundos, como monjes en recogimiento y oración.

Por lo demás, con aquella entrada silenciosa, clara y respetable, se perdía en seguida la idea popular de la locura; las riñas, las muecas, las furias, el entrechocar de tonterías dichas aquí y allá.

No había nada de eso; era la calma, el silencio, el orden, perfectamente naturales. Pero al final, sin embargo, cuando se examinaban bien en las salas de visitantes aquellos rostros trastornados, aquellos aires imbecilizados, algunos completamente idiotas y sin expresión, otros como alelados y sumergidos en un sueño íntimo sin fin, también se veía la excitación de unos, más viva frente a la atonía de otros, sentíase bien el horror de la locura, el angustioso misterio que ella encierra, hecho no sé de qué inexplicable fuga del espíritu de aquello que se supone lo real, para apoderarse y vivir de las apariencias de las cosas o de apariencias de las mismas.

Quien una vez estuvo frente a este enigma indescifrable de nuestra propia naturaleza, queda amedrentado, sintiendo que el germen de aquello está depositado en nosotros y que por cualquier cosa nos invade, nos coge, nos aplasta y nos sepulta en una desesperante comprensión inversa y absurda de nosotros mismos, de los otros y del mundo. Cada loco trae en sí su mundo y para él no hay nada semejante: lo que fue antes de la locura es algo muy distinto de lo que viene a ser después.

Y ese cambio no comienza, no se siente cuando comienza y casi nunca acaba. Con su padrino, ¿cómo había sido? Al principio, aquella solicitud... Pero ¿qué era eso? Un capricho, una fantasía, algo sin importancia, una idea de viejo sin consecuencias. Después, ¿aquel informe? No tenía importancia, una simple distracción, algo que sucede a cada paso... ¿Y finalmente? La locura declarada, la torva e irónica locura que nos arranca nuestra alma y pone otra que nos rebaja... Finalmente, la locura declarada, la exaltación del yo, la manía de no salir, de decirse perseguido, de imaginar como enemigos a los amigos, a los mejores. ¡Qué doloroso había sido aquello! ¡La primera fase de su delirio, aquella agitación desordenada, aquel hablar sin hilación, sin conexión con lo que sucedía fuera de él y con los actos pasados, un hablar que no se sabía de dónde venía, de dónde salía, en qué punto de su ser cobraba nacimiento! ¿Y el terror del dulce Quaresma? El terror de quien presenció un cataclismo que lo hacía temblar todo, desde los pies a la cabeza, y lo llenaba de indiferencia hacia todo lo que no fuese su propio delirio.

La casa, los libros y sus intereses de dinero andaban a los tumbos. Para él nada de eso tenía valor, nada tenía existencia e importancia. Eran sombras, apariencias; lo real eran los enemigos, los terribles enemigos cuyos nombres su delirio no alcanzaba a crear. La vieja hermana, atolondrada, entontecida, sin dirección, no sabía qué medidas tomar. Educada en su casa y siempre con un hombre a su lado, primero el padre, después el hermano, no sabía lidiar con el mundo, con los negocios, con las autoridades y las personas influyentes. Al mismo tiempo, en su inexperiencia y ternura de hermana, oscilaba entre la creencia de que aquello fuese verdad y la sospecha de que fuera pura y simple locura.

Si no hubiese sido por su padre (y Olga amaba más por eso a su rudo padre), que se preocupó tomando a su cargo los intereses de la familia y evitando la cesantía de que estaba amenazado, transformándola en cambio

en jubilación, ¿qué sería de él? ¡Qué fácil en la vida es el derrumbe! Aquel hombre organizado, ordenado, honesto, con empleo seguro, tenía una apariencia de ser indestructible; sin embargo, bastó un granito de tontería...

Su padrino hacía unos meses que estaba en el hospicio; y la hermana no podía visitarlo. Tal era su estallido de nervios, tal la emoción de verlo allí, en aquella prisión, tan separado de sí mismo, que un ataque seguía al otro, sin poder evitarse.

Venían ella y el padre, a veces el padre solo, algunas veces Ricardo; eran solamente ellos tres quienes lo visitaban.

Aquel domingo estaba particularmente bello, principalmente en Botafogo, en las proximidades del mar y de las altas montañas que se recortaban en un cielo de seda. El aire era suave y el sol dulcemente brillaba en las veredas.

El padre venía leyendo los diarios y ella, pensando, y hojeando de cuando en cuando las revistas ilustradas que traía para alegrar y distraer al padrino.

El estaba como pensionista; pero aun así, al comienzo ella tuvo cierto pudor en mezclarse con los visitantes.

Le parecía que su fortuna la ponía por encima de esa presencia de miserias y sin embargo enterró ese pensamiento egoísta, su orgullo de clase; ahora entraba allí naturalmente, destacando su elegancia natural. Amaba esos sacrificios, esas abnegaciones, cuya grandeza sentía, y quedó contenta consigo misma.

En el tranvía venían otros visitantes y no demoraron en descender todos ante el portal del manicomio. Como en todas las puertas de nuestros infiernos sociales, había toda clase de gente, de variada condición, nacimiento y fortuna. No es solamente la muerte la que nivela; la locura, el crimen y las incomodidades también pasan su rastrillo por las diferencias que inventamos.

Los bien vestidos y los mal vestidos, los elegantes y los pobres, los feos y los lindos, los inteligentes y los necios, entraban respetuosamente, concentrados, con algo de pavor en los ojos, como si penetrasen en otro mundo.

Llegaban los parientes y se deshacían los paquetes; eran golosinas, cigarrillos, medias, pantuflas, a veces libros y diarios. Algunos enfermos conversaban con los parientes; otros se mantenían callados, en un mutismo feroz e inexplicable; otros indiferentes; y era tal la variedad de aspectos de esas recepciones que llegábase a olvidar el imperio de la enfermedad sobre todos aquellos infelices, tanto variaban en éste o en aquél, como para pensar en caprichos personales, o en dictámenes de las voluntades libres de cada uno.

Y ella pensaba cómo es de variada y diversa esta vida nuestra. ¡Cómo es más rica en aspectos tristes que alegres! ¡Y cómo en la variedad de la vida la tristeza puede variar más que la alegría y casi marcar el propio movimiento de la vida!

Casi sintió satisfacción al verificar esto, pues su naturaleza inteligente y curiosa se complacía en los más simples descubrimientos que hacía su espíritu.

Quaresma estaba mejor. Había pasado la exaltación y el delirio parecía querer pasar completamente. En choque con aquel medio, en él hubo de

inmediato una reacción saludable y necesaria. Estaba loco, pues si lo ponían allí...

Cuando vino a conversar con el compadre y la ahijada traía una sonrisa de satisfacción por debajo del bigote ya grisáceo. Había adelgazado un poco, los cabellos negros estaban algo más blancos, pero el aspecto general era el mismo. No había perdido totalmente la mansedumbre y la ternura en el hablar, pero cuando la manía hincaba en él se ponía seco y desconfiado. Al verlos les dijo amablemente:

—Entonces vinieron, como siempre... Estaba esperándolos...

Se saludaron y él dio un largo abrazo a la ahijada:

—¿Cómo está Adelaide?

—Bien. Mandó muchos recuerdos, pero no vino porque... —adelantó Coleoni.

—¡Pobrecita! —dijo él, y dejó caer la cabeza como si quisiera alejar un recuerdo triste; en seguida preguntó—: ¿Y Ricardo?

La ahijada se apresuró a responderle al padrino, con alborozo y alegría. Ya lo veía libre de la semi-sepultura de la insania.

—Está bien, padrino. Buscó a papá hace algunos días y le dijo que su jubilación ya está casi terminada.

Coleoni se había sentado. Quaresma también, y la muchacha permanecía de pie para mirar mejor al padrino, con sus ojos muy luminosos y firmes al encararlo. Guardias, internos y médicos pasaban por las puertas con indiferencia profesional. Los visitantes no se miraban, parecía que no querían reconocerse en la calle. Allá afuera estaba el hermoso día, los aires suaves, el mar infinito y melancólico, las montañas recortándose en un cielo de seda, la belleza de la naturaleza imponente e indescifrable. Coleoni, aunque más asiduo en las visitas, notaba la mejoría del compadre con satisfacción que vagaba por su fisonomía, en una ligera sonrisa. En un momento dado aventuró:

—Usted ya está mucho mejor, mayor, ¿quiere salir?

Quaresma no respondió en seguida; pensó un poco y respondió firme y lentamente:

—Es mejor esperar un poco. Voy mejor... Siento molestar tanto, pero ustedes han sido tan buenos que deberán llevar todas estas incomodidades a la cuenta de su propia bondad. Quien tiene enemigos también debe tener buenos amigos...

El padre y la hija se miraron entre sí; el mayor levantó la cabeza y parecía que las lágrimas querían estallarle. La joven intervino de pronto:

—Sabe, padrino, voy a casarme.

—Es verdad —confirmó el padre—. Olga va a casarse y nosotros veníamos a decírselo.

—¿Quién es tu novio? —preguntó Quaresma.

—Es un muchacho...

—Seguramente —interrumpió el padrino, sonriendo.

Y los dos lo acompañaron con familiaridad y contento. Era una buena señal.

—Es Armando Borges, que se está por doctorar. ¿Está satisfecho, padrino? —dijo Olga gentilmente.

—Entonces es para después de fin de año.

—Esperamos que sea por esa fecha —dijo el italiano.

—¿Lo quieres mucho? —indagó el padrino.

Ella no sabía responder a aquella pregunta. Quería sentir que amaba a su novio, pero, no... ¿Y por qué se casaba? No lo sabía... Un impulso de su medio, algo que no venía de ella, no lo sabía... ¿Querría a otro? Tampoco. Todos los jóvenes que ella conocía carecían de un relieve que la golpeara, no tenían ese "qué" todavía indeterminado en su emoción y en su inteligencia, que la fascinara o subyugara. Ella no sabía bien qué era, no llegaba a internarse en la percepción de sus inclinaciones, ni en la cualidad que quería ver como dominante en el hombre. Era lo heroico, era lo fuera de lo común, era la fuerza de proyección para las grandes cosas; pero en esa confusión mental de nuestros primeros años, cuando las ideas y los deseos se entrelazan y se enredan, Olga no podía coger y registrar ese anhelo, est modo de representar y de amar al individuo masculino.

Y tenía razón en casarse sin obedecer a su concepción. Era tan difícil ver nítidamente en un hombre de veinte o treinta años lo que ella había soñado, que era bien posible que tomara a la nube por Juno... Se casaba por cumplir una costumbre de la sociedad, un poco por curiosidad, y para ampliar el campo de su vida y aguzar la sensibilidad. Recordó todo eso rápidamente y respondió al padrino, sin convicción:

—Lo quiero.

La visita no demoró mucho más. Era conveniente que fuese rápida, ya que no convenía fatigar la atención del convaleciente. Los dos salieron sin esconder que iban esperanzados y satisfechos.

En la puerta ya había algunos visitantes a la espera del tranvía. Como no estaba el vehículo en la parada, fueron caminando a lo largo de la fachada del manicomio hasta allí. En medio del camino encontraron apoyada en las rejas a una negra vieja que lloraba. Coleoni, siempre bondadoso, se le acercó:

—¿Qué pasa, mi vieja?

La pobre mujer posó en él una mirada demorada, húmeda y dulce, llena de una irremediable tristeza, y respondió:

—¡Ay, mi señor!... Es muy triste... ¡Un hijo, tan bueno, pobrecito!

Y continuó llorando. Coleoni comenzó a conmoverse; la hija la miró con interés y al cabo de un instante preguntó:

—¿Murió?

—Ojalá fuera así, mi amita.

Y entre lágrimas y sollozos contó que el hijo ya no la reconocía, no respondía a sus preguntas; era como un extraño. Enjugó las lágrimas y concluyó:

—Fue brujería.

Los dos se alejaron tristemente, llevando en el alma un poco de aquel humilde dolor.

El día estaba fresco y la brisa que comenzaba a soplar arrugaba el rostro del mar en pequeñas olas blancas. El Pan de Azúcar se erguía negro, yerto,

solemne, de entre las olas espumeantes, como poniendo una sombra en el día muy claro.

En el Instituto de los Ciegos tocaban el violín; y la voz llorosa y lenta del instrumento parecía salir de todas aquellas cosas, de su tristeza y de su solemnidad.

El tranvía demoró un poco en llegar. Por fin llegó. Lo tomaron. Descendieron por el Largo da Carioca. Era lindo ver la ciudad en los días de descanso, con sus negocios cerrados, sus estrechas calles desiertas donde los pasos resuenan como en claustros silenciosos. La ciudad es como un esqueleto, le faltan las carnes, que son la agitación, el movimiento de vehículos, los carros y la gente. En la puerta de una u otra tienda, los hijos del negociante juegan en velocípedos, tiran la pelota, y se siente aún más la diferencia con la ciudad del día anterior.

Aún no existía el hábito de buscar los arrabales pintorescos y sólo se encontraban, a veces, parejas que iban apresuradamente de visita, como ellos ahora. El Largo de San Francisco estaba silencioso y la estatua, en el centro de aquel pequeño jardín que desapareció, semejaba un simple adorno. Los tranvías llegaban perezosamente al Largo, con pocos pasajeros. Coleoni y su hija tomaron uno que los llevaba a la casa de Quaresma. Allá fueron. La tarde se aproximaba y las *toilettes* domingueras ya aparecían en las ventanas. Negros con ropas claras y grandes cigarros o cigarrillos; grupos de empleados con flores que parecían querer estallar; niñas en vestidos bien almidonados; galeras antediluvianas al lado de vestidos pesados de satén negro, cayendo sobre los cuerpos entrados en carnes de matronas sedentarias; el domingo parecía, así, decorado con la simplicidad de los humildes, con la riqueza de los pobres y la ostentación de los tontos.

Doña Adelaide no estaba sola. Ricardo había ido a visitarla, y conversaban. Cuando el compadre de su hermano golpeó el portón, él contaba a la vieja señora su último triunfo:

—No sé cómo será, doña Adelaide. Yo no memorizo mis músicas, no las escribo, ¡es un infierno!

El caso era para poner a un autor en dificultades. El señor Paysandón, de Córdoba (República Argentina), autor muy conocido en aquella ciudad, le había escrito pidiéndole ejemplares de sus músicas y canciones. Ricardo estaba confundido. Tenía escritos los versos, pero no la música. Es verdad que las sabía de memoria pero eso de escribirlas de un momento para otro, era un trabajo superior a sus fuerzas.

—¡Es el diablo! —continuó él—. No es por mí; la cuestión es que se pierde una ocasión de hacer más conocido al Brasil en el extranjero.

La vieja hermana de Quaresma no tenía gran interés por el violón. Su educación, durante la cual veía semejante instrumento entregado a esclavos y gente parecida, le impedía admitir que preocupara la atención de personas de cierta clase. Por delicadeza, sin embargo, soportaba la manía de Ricardo, inclusive porque ya había comenzado a sentir una punta de estima por el famoso trovador suburbano. Esa estima habíale nacido por la devoción con que él se dedicara a su drama familiar. Los pequeños servicios y trabajos, los

pasos para aquí y para allá, quedaron a cargo de Ricardo, que los desempeñaba con buena voluntad y diligencia.

Actualmente él era el encargado de ocuparse de la jubilación de su ex alumno. Era un trabajo arduo ese de "liquidar" una jubilación, como se dice en el lenguaje burocrático. Jubilado el sujeto solemnemente, por un decreto, el asunto corre por una decena de reparticiones y funcionarios para ser efectiva. Nada hay más grave que la gravedad con que el empleado nos dice: "todavía estoy haciendo el cálculo"; y la cosa demora un mes, hasta más aún, como si se tratara de mecánica celeste.

Coleoni era el apoderado del mayor, pero al no ser entendido en cosas oficiales, entregó a Ricardo Coração dos Outros esa parte de su mandato.

Gracias a la popularidad de Ricardo, y a su llaneza, había conseguido vencer la resistencia de la máquina burocrática, y la liquidación estaba anunciada para poco tiempo después.

Eso fue lo que le anunció a Coleoni, cuando éste entró seguido de la hija. Tanto él como doña Adelaide pidieron noticias al amigo del hermano.

La hermana nunca había entendido del todo al hermano, y con la crisis no consiguió entenderlo mejor; pero lo sentía profundamente, con sentimiento simple de hermano, y deseaba ardientemente su cura.

Ricardo Coração dos Outros quería bien al mayor, había encontrado en él cierto apoyo moral e intelectual que necesitaba. A los otros les gustaba oír su canto, lo apreciaban como simples *dilettantes*; pero el mayor era el único que iba al fondo de su intento y comprendía el alcance patriótico de su obra.

Por fin, ahora él sufría particularmente, sufría en su gloria, producto de un lento y continuado trabajo de años. Es que acababa de aparecer un criollo que cantaba *modinhas*, cuyo nombre comenzaba a tomar fuerza y ya era citado junto al suyo.

Se molestaba con el rival por dos hechos: primero, por ser negro; segundo, a causa de sus teorías.

No es que él tuviera especial ojeriza a los negros. Lo que él veía en el hecho de existir un negro famoso que tocara el violón, era que tal cosa iba a disminuir aún más el prestigio del instrumento. Si su rival hubiera tocado piano y por eso se hubiera vuelto célebre, no habría visto ningún mal en eso; por el contrario, el talento del joven elevaría su persona por intermedio del instrumento considerado; pero tocando violón, sucedía lo inverso: el prejuicio que rodeaba a su persona disminuiría al misterioso violón al que él tanto estimaba. Y por encima de esto, ¡esas teorías! ¡Caramba! ¡Querer que la *modinha* diga algo, y tenga versos ciertos! ¡Qué tontería!

Y Ricardo hacía tiempo que pensaba en ese rival inesperado que así se ponía frente a él, como un obstáculo imprevisto en el ascenso maravilloso para su gloria. Necesitaba alejarlo, destruirlo, mostrar su indiscutible superioridad; pero, ¿cómo?

La *réclame* ya no bastaba; el rival también la empleaba. Si él tuviera un hombre notable, un gran literato que escribiera un artículo sobre él y su obra, la victoria estaría asegurada. Pero era difícil encontrarlo. Esos lite-

ratos nuestros eran tan tontos, y vivían tan absortos por las cosas francesas... Pensó en un diario, *El Violón*, en el que desafiara al rival y lo destruyera en una polémica.

Eso era lo que necesitaba obtener, y la esperanza estaba en Quaresma, actualmente recluido en un hospicio, pero felizmente en vías de curación. Su alegría fue justamente grande cuando supo que el amigo estaba mejor.

—No pude ir hoy —dijo—, pero iré el domingo. ¿Está más gordo?

—Poca cosa —dijo la muchacha.

—Conversó bien —agregó Coleoni—. Hasta se puso contento cuando supo que Olga iba a casarse.

—¿Va a casarse, doña Olga? Felicitaciones.

—Gracias —dijo ella.

—¿Para cuándo es, Olga? —preguntó doña Adelaide.

—Allá para fin de año... Falta aún...

Y en seguida llovieron preguntas sobre el novio y afloraron las consideraciones sobre el casamiento.

Ella se sentía vejada; juzgaba imprudentes e irritantes tanto las preguntas cuanto las consideraciones; quería huir a la conversación, pero volvían al mismo tema, no solamente Ricardo, sino la anciana Adelaide, más locuaz y curiosa que de costumbre. Ese suplicio que se repetía en todas las visitas, casi la hacía arrepentirse de haber aceptado el pedido. Al final encontró un subterfugio preguntando:

—¿Cómo está el general?

—No lo he visto, pero la hija siempre viene aquí. El debe andar bien, Ismênia es quien anda triste, desolada, ¡pobrecita!

Doña Adelaide contó ahora el drama que agitaba la pequeña alma de la hija del general. Cavalcânti, aquel Jacob de cinco años, se había embarcado para el interior desde hacía tres o cuatro meses, y no había enviado ni siquiera una carta, ni una postal. La niña tomaba aquello como una ruptura; y ella, tan incapaz de un sentimiento profundo, de una aplicación más seria de energía mental y física, lo sentía mucho, como algo irremediable que absorbía toda su atención.

Para Ismênia era como si todos los jóvenes casaderos hubieran dejado de existir. Conseguir otro era un problema insoluble, era trabajo superior a sus fuerzas. ¡Cosa difícil! Cortejar, escribir cartitas, hacerse señas, bailar, hacer paseos, ella no podía ya con eso. Decididamente estaba condenada a no casarse, a ser tía, a soportar toda su existencia ese estado de soltería que la empavorecía. Casi no recordaba las facciones del novio, sus ojos desmayados, su nariz dura y fuertemente ósea; independientemente de la memoria de él, siempre veníale a la conciencia, cuando por la mañana el cartero no le entregaba ninguna carta: no casarse. Era un castigo. Quinota iba a casarse, Genelício ya estaba ocupándose de los papeles; y ella, que había esperado tanto, que había sido la primera en ponerse de novia, iba a quedar maldita, rebajada ante las demás. Hasta parecía que ambos estaban contentos con aquella fuga inexplicable de Cavalcânti. ¡Cómo se reían durante el Carnaval! ¡Cómo le arrojaban a los ojos aquella viudez prematura, durante

los juegos carnavalescos! Ponían tanta furia en el juego de pomos y papel picado, que parecían poner bien en claro la felicidad de ambos, aquella marcha gloriosa y envidiada hacia el casamiento, frente a su abandono.

Ella disfrazaba bien la impresión que le causaba la alegría de ellos que le parecía indecente y hostil; pero el escarnio de la hermana, que le decía constantemente: "¡Juega, Ismênia! El está lejos, aprovecha", le daba rabia, la terrible rabia de la gente débil, que corroe interiormente, porque no puede reventar de alguna manera.

Entonces, para golpear a sus malos pensamientos, ella se ponía a mirar el aspecto pueril de la calle, alfombrada de papeles multicolores, y las serpentinas irisadas que pendían de los balcones; pero lo que le hacía bien a su naturaleza pobre, comprimida, eran las comparsas, aquel ruido de tambores, de timbales, de panderetas, de platillos. Zambulléndose en ese barullo, su pensamiento reposaba y la idea que la perseguía desde hacía tanto tiempo, se encontraba impedida de entrar en su cabeza.

Aquellas vestimentas extravagantes de indios, aquellos adornos de una mitología francamente salvaje, yacarés, serpientes, tortugas, vivos, bien vivos, traían a la pobreza de su imaginación las risueñas imágenes de ríos claros, de florestas inmensas, de lugares de sosiego y pureza que la reconfortaban.

También aquellas canciones gritadas, repetidas en un ritmo duro y de gran indigencia melódica, venían a reprimir la amargura que había en ella silenciada, comprimida, contenida, que pedía una explosión a gritos, pero para la que no le sobraba la fuerza bastante y suficiente.

El novio había partido un mes antes del carnaval y después del gran festejo carioca su tortura fue mayor. Sin hábitos de lectura ni de conversación, sin ninguna actividad doméstica, pasaba los días acostada, sentada, girando en torno de un mismo pensamiento: no casarse. Le era grato llorar.

En las horas de entrega de la correspondencia, aún tenía una alegre esperanza. ¿Quizá? Pero la carta no venía, y retornaba a su pensamiento: no casarse.

Doña Adelaide, al terminar de contar el desastre de la triste Ismênia, comentó:

—Eso merecería un castigo, ¿no les parece?

Coleoni intervino con blandura y buena voluntad:

—No hay motivo para desesperar. Hay mucha gente que tiene pereza de escribir...

—Pero, ¡qué! —dijo doña Adelaide—. ¡Hace tres meses, señor Vicente!

—No vuelve —dijo Ricardo, sentenciosamente.

—¿Y ella aún lo espera, doña Adelaide? —preguntó Olga.

—No sé, hija mía. Nadie entiende a esa muchacha. Habla poco, y cuando lo hace sólo dice medias palabras... Es una naturaleza que parece no tener sangre ni nervios. Siente su tristeza, pero no habla.

—¿Será orgullo? —preguntó aún Olga.

—No, no... Si fuese orgullo no se referiría de vez en cuando al novio.

Es languidez, pereza... Parece que ella tuviera miedo de hablar, para que así las cosas no sucedan.

—Y los padres, ¿qué dicen a todo esto? —preguntó Coleoni.

—No sé bien. Pero por lo que pude percibir, la molestia del general no es grande, y doña Maricota juzga que ella debe conseguir "otro".

—Sería lo mejor —dijo Ricardo.

—Yo creo que ella no tiene ya práctica —dijo riéndose doña Adelaide—. Llevó tanto tiempo de novia...

La conversación ya había cambiado hacia otros temas, cuando Ismênia vino a hacer su visita diaria a la hermana de Quaresma.

Saludó a todos y todos sintieron que sufría. El sufrimiento le daba más actividad a su fisonomía.

Los párpados estaban violáceos y hasta sus pequeños ojos pardos tenían más brillo y expansión. Preguntó por la salud de Quaresma, y después se callaron por un instante. Por fin, doña Adelaide le preguntó:

—¿Recibiste carta, Ismênia?

—Todavía no —respondió ella, con gran economía de voz.

Ricardo se movió en la silla. Golpeando con el brazo una consola, dio por tierra con una figurita de *biscuit,* que se rompió en innumerables fragmentos, casi sin ruido.

SEGUNDA PARTE

I

EN "EL SOSIEGO"

NO ERA FEO el lugar, pero tampoco bonito. Tenía, no obstante, el aspecto tranquilo y satisfecho de quien se juzga bien con su suerte.

La casa erguíase sobre una elevación, una especie de escalón, formando la subida hacia una altura mayor de la pequeña colina que corría por el fondo. Al frente, por entre las cañas de la cerca, se veía morir una planicie en las montañas lejanas; un arroyo de aguas detenidas y sucias la cortaba paralelamente al sendero que servía de límite a la casa; más adelante, el tren pasaba cruzando la planicie con la cinta clara de su línea desbrozada; un camino estrecho, con casas a uno y otro lado, salía desde la izquierda e iba a dar a la estación, atravesando el riacho y serpenteando por la llanura. La habitación de Quaresma tenía, de esta manera, un amplio horizonte, mirando hacia el levante, hacia la *noruega*,[1] y era también risueña y graciosa en sus muros blanqueados a la cal. Edificada con la desoladora indigencia arquitectónica de nuestras casas de campo poseía, sin embargo, vastas salas, amplios cuartos, todos con ventanas, y una veranda con una columnata heterodoxa. Además de esta parte principal, la quinta "El Sosiego", como se la llamaba, tenía otras construcciones: la vieja casa de la harina con su horno todavía intacto, y la rueda desmontada, y un galpón cubierto de gramíneas.

Aún no hacía tres meses que había venido a habitar esa casa, en aquel lugar desierto, a dos horas de Río por ferrocarril, después de haber pasado seis meses en el hospicio de la Praia das Saudades. ¿Había salido curado? ¿Quién sabe? Por lo menos, lo parecía; no deliraba, y sus gestos y propósitos eran los de un hombre común, aunque bajo tal apariencia se pudiera siempre creer que no se le había despedido del todo, ya no diré la locura,

[1] *Noruega:* ladera meridional de una montaña que recibe poco sol.

pero sí el sueño cebado en él durante tantos años. Habían sido seis meses de reposo y útil secuestro, más que una terapéutica psiquiátrica.

Quaresma vivió allá, en el manicomio, resignadamente, conversando con sus compañeros, donde veía ricos que se decían pobres, pobres que se querían ricos, sabios que maldecían la sabiduría, ignorantes que se proclamaban sabios; pero de todos ellos, al que más admiró era un viejo y plácido negociante de la Rua dos Pescadores que se suponía Atila. Yo, decía el pacífico viejo, soy Atila, ¿sabe? Soy Atila. Tenía vagas nociones del personaje, sabía su nombre y nada más. Soy Atila, maté a mucha gente; eso era todo.

El mayor salió más triste aún de lo que había vivido siempre. De todas las cosas tristes de ver en el mundo, la locura es la más triste; es la más depresiva y dolorosa.

Esa continuación tal cual era de nuestra vida, con un desarreglo imperceptible, pero profundo y casi siempre insondable, que la inutiliza enteramente, hace pensar en algo más fuerte que nosotros, que nos guía, que nos impele y en cuyas manos somos simples juguetes. En varias épocas y lugares la locura fue considerada sagrada, y debe haber razón en eso por el sentimiento que se apodera de nosotros al ver a un loco disparatar, cuando de inmediato pensamos que no es él quien habla, sino alguien que ve por él, que interpreta las cosas por él, que está detrás de él, invisible...

Quaresma salió envuelto, penetrado por la tristeza del manicomio. Volvió a su casa, pero la vista de sus cosas familiares no le quitó la fuerte impresión de que venía impregnado. Aunque nunca hubiese sido alegre, su fisonomía mostraba más disgusto que antes, mucho abatimiento moral, y fue para levantar su ánimo que se recogió en aquella risueña casa campesina, donde se dedicaba a modestos cultivos.

No había sido él, sin embargo, quien lo sugirió; había sido la ahijada la que le trajo la idea de aquella dulce terminación para su vida. Viéndolo en aquel estado de abatimiento, triste y taciturno, sin coraje para salir, enclaustrado en su casa de São Cristóvão, un día Olga se dirigió al padrino, amistosa, filialmente:

—Padrino, ¿por qué no compra una quinta? Sería muy bueno ocuparse en cultivos, tener sus frutales, su huerta... ¿no le parece?

Por taciturno que estuviera no pudo dejar de modificar inmediatamente su fisonomía, ante lo evocado por la muchacha. Era un viejo deseo suyo ese de arrebatar a la tierra su alimento, la alegría y la fortuna; y fue recordando sus antiguos proyectos que le respondió:

—Es verdad, hija. ¡Qué magnífica idea has tenido! Hay por ahí tantas tierras fértiles sin empleo... Nuestra tierra tiene los terrenos más fértiles del mundo. El maíz puede dar hasta dos cosechas y cuatrocientos por uno...

La muchacha casi se arrepintió de su recuerdo. Le pareció que iba a atizar en el espíritu del padrino manías ya extintas.

—En todas partes existen tierras fértiles, ¿no cree, padrino?

—Pero —se apresuró él a replicar— hay pocos países que las tengan como el Brasil. Voy a hacer lo que tú dices: plantar, criar, cultivar el maíz, el poroto, la papa inglesa... Tú irás a ver mis cultivos, mi huerta, mis frutales ¡y entonces te convencerás de lo fecundas que son nuestras tierras!

La idea cayó en su cabeza y germinó en seguida. El terreno estaba preparado y sólo esperaba una buena simiente. No le volvió la alegría que nunca tuvo, pero la taciturnidad se le fue con el abatimiento moral, y le vino una actividad mental entusiasta que era, por así decirlo, la de otros tiempos. Preguntó los precios corrientes de las frutas, de las legumbres, de las papas, de los *aipins*:[1] calculó que cincuenta naranjos, treinta aguacateros, ochenta durazneros, otros árboles frutales además de las piñas (¡qué mina), de los zapallos y de otros productos menos importantes, podían dar el rendimiento anual de más de cuatro *contos*, restando los gastos. Sería ocioso traer aquí los detalles de sus cálculos, basados totalmente en lo que establecen los boletines de la Asociación de Agricultura Nacional. Tomó en cuenta la producción media de cada planta frutal, las pérdidas inevitables; y en cuanto a los precios, él mismo fue en persona a buscarlos en el mercado.

Planeó su vida agrícola con la exactitud y la meticulosidad que ponía en todos sus proyectos. La encaró desde todos los aspectos, pesó sus ventajas y sus inconvenientes; y quedó muy contento al verla monetariamente atrayente, no por ambición de hacer fortuna, sino por haber en eso una demostración más de las excelencias del Brasil.

Y fue obedeciendo a ese orden de ideas que compró aquella quinta, cuyo nombre, "El Sosiego", tan bien correspondía a la nueva vida adoptada, después de la tempestad que lo sacudiera durante casi un año. No quedaba lejos de Río y él la había escogido así, aún maltratada, abandonada, para demostrar mejor la fuerza y el poder de la tenacidad, del cariño en el trabajo agrícola. Esperaba grandes cosechas de frutales, de granos, de legumbres; y que de su ejemplo nacerían otros mil cultivadores, por lo que, en breve, la gran capital quedaría cercada por un verdadero granero, lozano y próspero, para dispensar sus productos a los argentinos y a los europeos.

¡Con qué alegría partió hacia allí! Casi no tuvo nostalgias de su vieja casa de São Januário, ahora propiedad de otras manos, quizá destinada al mercenario menester de hogar de alquiler... No lamentó que aquella amplia sala, abrigo tranquilo de sus libros durante tantos años, fuese a servir de salón de baile fútil, que quizá fuera testimonio de riñas entre matrimonios desavenidos, de odios de familia; ¡esa sala, que había sido tan buena, tan dócil, tan simpática, con su techo alto y sus paredes lisas, en las que se habían incrustado los deseos de su alma, toda ella penetrada de la exhalación de sus sueños!...

Se fue contento. ¡Qué simple era vivir en nuestra tierra! ¡Cuatro *contos* de *réis* por año, sacados de la tierra, fácil, dulce, alegremente! ¡Oh, tierra bendita! ¡Cómo es que todos querían ser empleados públicos, pudrirse en un banco, sufrir en su independencia y en su orgullo? ¿Cómo se prefería vivir en casas apretadas, alimentarse mal, cuando tan fácilmente se podía obtener una vida feliz, abundante, libre, alegre y saludable?

¡Y ahora llegaba a esa conclusión, después de haber sufrido la miseria de la ciudad y la castración de la administración pública durante tanto tiempo! Había llegado tarde, pero no al punto de que no pudiese antes de la

[1] *Aipins:* planta brasileña, especie de mandioca dulce.

muerte trabar conocimiento con la dulce vida campestre y la feracidad de las tierras brasileñas. Entonces pensó que habían sido vanos aquellos deseos suyos de reformas capitales en las instituciones y en las costumbres: lo que era principal a la grandeza de la patria estremecida, era una fuerte base agrícola, un culto para su suelo ubérrimo, para sostener fuertemente todos los otros destinos que tenía que cumplir.

Además, con tierras tan fértiles, con climas variados que permitían una agricultura fácil y rendidora, este camino estaba naturalmente indicado.

Entonces vio delante de sus ojos los naranjales en flor, fragantes, muy blancos, en filas subiendo las colinas, como conjeturas de novias; los aguacateros de troncos rugosos, sopesando con esfuerzo los grandes frutos verdes; las *jabuticabas* negras estallando en sus cabos rígidos; las piñas coronadas mejor que si fueran reyes, recibiendo la unción caliente del sol; los zapallos arrastrándose con sus flores carnosas llenas de polen; las sandías de un verde tan fijo que parecía pintado; los duraznos aterciopelados, las *jacas* monstruosas, los *jambos*, las mangas embriagadoras; y de entre todo eso surgía una linda mujer, con el regazo lleno de frutas y uno de sus hombros desnudo, sonriéndole agradecida, con una inmaterial sonrisa demorada de diosa; ¡era Pomona, la diosa de los vergeles y de los jardines! ...

Las primeras semanas que pasó en "El Sosiego", Quaresma las empleó en una exploración en regla de su nueva propiedad. En ella había bastante tierra, viejos árboles frutales, un *capoeirão* [1] grueso con *camarás, bacarubus, tinguacibas, tibibuias, munjolos,* y otros especímenes. Anastácio, que lo había acompañado, apelaba a sus recuerdos de antiguo esclavo de *fazenda*, y era quien enseñaba los nombres de las especies del bosque a Quaresma, muy leído y enterado de cosas brasileñas.

El mayor organizó en seguida un museo de los productos naturales de "El Sosiego". Las especies del bosque y campesinas fueron etiquetadas con sus nombres vulgares y, cuando era posible, con los científicos. Los arbustos, en herbario, y las maderas, en pequeños trozos, seccionados longitudinal y transversalmente.

Los azares de la lectura lo habían llevado a estudiar las ciencias naturales y el furor autodidacta había dado a Quaresma sólidas nociones de Botánica, Zoología, Mineralogía y Geología.

No fueron solamente los vegetales los que merecieron las honras de un inventario; también los animales, pero como no tenía espacio suficiente y la conservación de los ejemplares exigía mayor cuidado, Quaresma se limitó a hacer su museo en el papel, por donde sabía que las tierras estaban pobladas por tatús, cutias, *preás*,[2] variadas serpientes, *saracuras*,[3] *sanãs*,[4] *avinhados, coleiros*,[5] *tiês*.[6] La parte mineral era pobre, arcillosa, con arena, y aquí y allá bloques de granito.

[1] *Capoeirão:* mata virgen.
[2] *Preá:* mamífero roedor.
[3] *Saracura:* ave acuática brasileña, también conocida como *frango-de-agua* (pollo de agua).
[4] *Sañas:* ave brasileña, similar a la saracura, pero más pequeña.
[5] *Coleiro:* ave canora que parece tener una cinta negra en el cuello.
[6] *Tiés:* nombre común de varios pájaros brasileños.

Finalizado ese inventario, pasó dos semanas organizando su biblioteca agrícola y una relación de instrumentos meteorológicos para auxiliar los trabajos de la agricultura.

Encargó libros nacionales, franceses, portugueses; compró termómetros, barómetros, pluviómetros, higrómetros, anemómetros. Cuando llegaron, fueron dispuestos y colocados convenientemente.

Anastácio asistía a todos esos preparativos con asombro. ¿Por qué tanta cosa, tanto libro, tantos vidrios? ¿Estaría su antiguo patrón por dedicarse a farmacéutico? La duda del viejo negro no duró mucho. Cierta vez que Quaresma estaba leyendo el pluviómetro con Anastácio a su lado, éste lo miró tan asustado como quien asiste a un acto de hechicería. El patrón notó su miedo, y dijo:

—¿Sabes lo qué estoy haciendo, Anastácio?

—No, señor.

—Estoy averiguando si llueve mucho.

—¿Para qué eso, patrón? Uno sabe en seguida, "de ojos" nomás, cuándo llueve mucho o poco... Eso de plantar es cosa de carpir, poner la semilla en la tierra, dejar crecer y cosechar...

El hablaba con su voz suave de africano, sin "erres" fuertes, con lentitud y convicción.

Quaresma, sin abandonar el instrumento, tomó en consideración el consejo de su empleado. Los hierbajos y los matorrales cubrían sus tierras. Los naranjales, los aguacateros, los árboles de mangas, estaban sucios, llenos de gajos muertos y cubiertos de una medusina cabellera de hierba-de-pajarito; pero como no era época propicia para la poda y el corte de los gajos, Quaresma se limitó a desbrozar por entre las plantas frutales. Por la mañana en seguida de amanecer, él y Anastácio iban, azada al hombro, a trabajar el campo. El sol estaba fuerte e intenso; el verano en su apogeo, pero Quaresma era inflexible y tenía coraje. Allí iban los dos.

Era para verlo, cubierto con un sombrero de paja, apoyándose en un gran azadón de cabo nudoso, tan pequeño él, miope, dando golpe sobre golpe para arrancar un obstinado tronco de *guaximba*. Su azada más parecía una draga, un excavador, que un pequeño instrumento agrícola. Anastácio, junto al patrón, lo miraba con piedad y miedo. ¡Qué gusto ese de andar bajo aquel sol, carpiendo, sin saber! ... ¡Hay cada ser en este mundo!

Y así continuaban los dos. El viejo negro, ligero, rápido, raspando los yuyos con la mano habituada, a cuyo impulso la azada resbalaba sin obstáculo por el suelo, destruyendo la mala hierba; Quaresma, furioso, arrancando terrones de tierra aquí y allá, demorándose mucho en cada arbusto y a veces, cuando el golpe fallaba y la lámina del instrumento rozaba la tierra, su fuerza era tanta que levantaba una polvareda infernal, haciendo suponer que por aquellos parajes había pasado un pelotón de caballería. Anastácio, entonces, intervenía humildemente pero en tono profesoral:

—No es así, señor mayor. No se mete la azada tierra adentro. Hay que hacerlo suavemente, así.

Y enseñaba al Cincinato inexperto la manera de servirse del viejo instrumento de trabajo.

Quaresma lo cogía, se ponía en posición y trataba con toda buena voluntad de usarlo de la manera que se le había enseñado. Era en vano... El *Flange* [1] golpeaba la hierba y luego saltaba, mientras se escuchaba a un pájaro, allá en lo alto, lanzar una risita irónica: ¡Bien-te-veo! El mayor se enfurecía, intentaba otra vez, se fatigaba, sudaba, hinchándose de rabia y golpeaba con toda su fuerza; hubo varias veces en que la azada, golpeando en falso, escapando del suelo, le hizo perder el equilibrio, caer, besar la tierra, madre de los frutos y de los hombres. El *pince-nez* saltaba, partíase al encuentro con algún guijarro.

El mayor se enfurecía y volvía con más rigor y energía a la tarea que se había impuesto; pero, de tal forma permanece firme en nuestros músculos la memoria ancestral de ese sagrado trabajo de sacar de la tierra el sustento de nuestra vida, que no le fue imposible a Quaresma despertar en los suyos el secreto, la manera de emplear bien la vetusta azada.

Al cabo de un mes, carpía razonablemente, no en forma continuada, de sol a sol, sino con grandes reposos de hora en hora, como su edad y la falta de costumbre requerían.

A veces, el fiel Anastácio lo seguía en el descanso y ambos, uno junto al otro, a la sombra de algún frondoso árbol frutal, se quedaban mirando pasar el aire pesado de aquellos días de verano que resecaba las hojas de los árboles y ponía en las cosas un fuerte acento de mórbida resignación. Entonces, allá por el mediodía, cuando el calor parecía narcotizarlo todo y sumergir en el silencio la vida entera, el viejo mayor captaba bien el alma de los trópicos, hecha de desencuentros como aquel que ahora se veía, de un sol claro, olímpico, orillando sobre el sopor de muerte que él mismo provocaba.

Almorzaban en el lugar, comidas del día anterior rápidamente calentadas sobre un improvisado fogón de piedras, y el trabajo continuaba hasta la hora de la cena. Existía en Quaresma un entusiasmo sincero, entusiasmo de ideólogo que quiere poner en práctica su idea. No se agotó con las primeras ingratitudes de la tierra aquel mórbido amor por las hierbas dañinas y el incomprensible odio por la azada fecundadora. Carpía y carpía siempre hasta la hora de la cena.

Era una comida más lenta. Conversaba un poco con la hermana, le contaba la tarea del día, lo que consistía siempre en estimar el área ya limpia.

—Sabes, Adelaide, mañana ya estarán limpios los naranjos, no quedará ni rastro de matorrales.

La hermana, mayor que él, no compartía ese entusiasmo por las cosas de la plantación. Lo consideraba todo en silencio, y si había venido a vivir con él no había sido sino por el hábito de acompañarlo. Seguramente, ella lo estimaba, pero no lo comprendía. No llegaba a entender ni sus gestos ni su agitación interna. ¿Por qué no había seguido el camino de los otros? ¿Por qué no se había graduado, y convertido en diputado? Era tan lindo eso... Andar con libros, por años y años, para acabar siendo un nadie, ¡qué

[1] *Flange:* palabra inglesa que significa *reborde.*

tontería! Lo había seguido a "El Sosiego" y para entretenerse criaba gallinas, con gran alegría del hermano cultivador.

—Está bien —decía ella cuando el hermano le contaba las cosas de su trabajo—. Pero no vayas a enfermarte... Bajo ese sol, todos los días...

—¡Nada de enfermedad, Adelaide! No estás viendo la salud que tienen la gente de por aquí... Si enferman es porque no trabajan.

Acabada la cena, Quaresma llegaba hasta la ventana que daba al gallinero y arrojaba migas de pan a las aves.

A él le gustaba ese espectáculo, aquella lucha encarnizada entre patos, gansos, gallinas, pequeños y grandes. Le daba una imagen reducida de la vida y de los premios que otorga. Después, indagaba sobre la vida del gallinero:

—¿Ya nacieron los patos, Adelaide?

—Todavía no. Faltan ocho días aún.

Y luego agregaba la hermana:

—Tu ahijada se casa el sábado, ¿no vas a ir?

—No. No puedo... Me voy a sentir incómodo con tanto lujo... Mando un lechón y un pavo de regalo.

—Caramba, ¡vaya regalo!

—¿Qué tiene de malo? Es la tradición.

Justamente estaban conversando así ese día los dos hermanos en el comedor de la vieja casa campesina, cuando Anastácio vino a avisarles que un caballero estaba en la puerta.

Desde que se instalara allí, ninguna visita había ido a golpear la puerta de Quaresma, a no ser la gente pobre del lugar, pidiendo esto o aquello, disfrazando el pedido de limosna. El mismo no había trabado conocimiento con nadie, de modo que fue con gran sorpresa que recibió el aviso del viejo negro.

Se apresuró a ir a recibir al visitante en la sala principal, mientras éste ya subía la pequeña escalera del frente y penetraba por la veranda.

—Buenas tardes, mayor.

—Buenas tardes. Haga el favor de entrar.

El desconocido entró y se sentó. Era un tipo común, pero había en él algo extraño, quizá la gordura. No era desmedida ni grotesca, pero tenía cierto aspecto deshonesto. Parecía que la hubiera hecho de repente, comiendo a más no poder y con miedo de perder un día u otro. Era como la de un lagarto, que atesora vituallas para el invierno ingrato. A través de la gordura de sus mejillas se veía perfectamente su natural delgadez, normal, y si debiera estar gordo no sería a esa edad, con poco más de treinta años, sin darle tiempo a que todo él engordara; porque si sus mejillas eran gordas, sus manos continuaban delgadas, con largos dedos fusiformes y ágiles. El visitante habló:

—Soy el teniente Antonino Dutra, escribano de la oficina recaudadora de impuestos...

—¿Alguna formalidad? —indagó asustado Quaresma.

—Ninguna, mayor. Ya sabemos quién es usted; no hay novedades ni ninguna exigencia legal.

El escribano tosió, sacó un cigarrillo, ofreció otro a Quaresma, y continuó:

—Sabemos que usted viene a establecerse aquí, y tomé la iniciativa de venir a molestarle... No es nada de importancia... Creo que usted...

—¡Oh, por Dios, teniente!

—Vengo a pedirle una pequeña ayuda, un óbolo para la fiesta de la Concepción, nuestra patrona, de cuya hermandad soy tesorero.

—Perfectamente. Es muy justo. A pesar de no ser religioso, estoy...

—Una cosa nada tiene que ver con la otra. Es una tradición del lugar que debemos mantener.

—Es justo.

—Usted sabe —continuó el escribano—, la gente de aquí es muy pobre y la hermandad también, de manera que estamos obligados a apelar a la buena voluntad de los vecinos en mejores condiciones. Desde ya, por lo tanto, mayor...

—No. Espere un poco...

—¡Oh, mayor, no se incomode! No es para ahora.

Se enjugó la transpiración, guardó el pañuelo, miró un poco hacia afuera y agregó:

—¡Qué calor! Nunca vi un verano como éste aquí. ¿Lo está pasando bien, mayor?

—Muy bien.

—¿Pretende dedicarse a la agricultura?

—Así es, por eso mismo vine al campo.

—Hoy esto no sirve para nada, ¡pero en otros tiempos!... Esta quinta fue una belleza, mayor! ¡Cuánta fruta! ¡Cuánta harina! Las tierras hoy están cansadas y...

—¡Nada de eso, señor Antonino! No hay tierras cansadas... Europa es cultivada desde hace millares de años, sin embargo...

—Pero allá se trabaja.

—¿Por qué no se ha de trabajar aquí también?

—Eso es verdad; pero hay tantas contrariedades en esta tierra nuestra que...

—¡Nada de eso, querido teniente! No hay nada que no pueda vencerse.

—Ya lo verá usted con el tiempo, mayor. En nuestra tierra no se vive sino de política, fuera de eso, ¡tonterías! Ahora mismo todo está dando vueltas por ese asunto de la elección de diputados...

Al decir esto, el teniente bajó los ojos y por debajo de sus gordos párpados lanzó una mirada investigadora sobre la ingenua fisonomía de Quaresma.

—¿Qué asunto es ése? —indagó Quaresma.

El teniente parecía esperar la pregunta, y en seguida dijo alegremente:

—Entonces, ¿no lo sabe?

—No.

—Ya le explico: el candidato del gobierno es el doctor Castrioto, un muchacho honesto, buen orador; pero ciertos presidentes de las Cámaras

Municipales del Distrito entendieron que debían sobreponerse al gobierno, sólo porque el senador Guariba rompió con el gobernador; y, ¡zas!, presentaron a un tal Neves, que no ha prestado ningún servicio al partido, ni tiene ninguna influencia ¿Qué piensa usted?

—¿Yo?... ¡Nada!

El servidor del fisco quedó espantado. ¿Había en el mundo un hombre que, sabiendo y viviendo en el municipio de Curuzu, no se molestaba por la pelea del senador Guariba con el gobernador del Estado? ¡No era posible! Pensó y sonrió suavemente. Con seguridad, se dijo a sí mismo, este pícaro quiere quedar bien con los dos, para después arreglarse sin dificultades. Estaba sacando sardinas con mano de gato... Debía ser un pícaro malicioso; ¡era necesario cortarle las alas a ese "extranjero" que venía no se sabe de dónde!

—Usted es un filósofo, mayor —dijo con malicia.

—¡Ojalá! —exclamó con ingenuidad Quaresma.

Antonino todavía hizo rodar un poco más la conversación sobre el grave asunto pero, desanimado sobre la posibilidad de penetrar en las ocultas intenciones del mayor, apagó la fisonomía y dijo con aire de despedida:

—Entonces, mayor, no se niega a socorrer a nuestra fiesta, ¿no?

—Por cierto que no.

Los dos se despidieron. Apoyado en el balcón, Quaresma lo vio montar en su pequeño caballo castaño, brillante de sudor, gordo y vivaz. El escribano se alejó, desapareció en el camino, y el mayor se quedó pensando en el extraño interés que esa gente ponía en las luchas políticas, en esas trifulcas electorales, como si en ellas hubiera algo de vital e importante. No atinaba a comprender por qué una diferencia entre dos figurones importantes venía a poner desarmonía entre tanta gente, cuya vida estaba tan fuera de la esfera de aquéllos. ¿No estaba allí la buena tierra para cultivar y criar? ¿No exigía ella una ardua lucha diaria? ¿Por qué no se empleaba el esfuerzo que se ponía en esos ajetreos de votos, de actas, en el trabajo de fecundarla, de sacar de ella seres, vidas, un trabajo igual al de Dios y el de los artistas? Era tonto ponerse a pensar en gobernadores y senadores cuando nuestra vida pide todo a la tierra y ella quiere amor, lucha, trabajo...

El sufragio universal le pareció un flagelo...

El tren pitó, y él se demoró en verlo llegar. Es una emoción especial para quien vive lejos, la de ver llegar los medios de transporte que nos ponen en comunicación con el resto del mundo. Hay una mezcla de miedo y de alegría. Al mismo tiempo que se piensa en buenas nuevas, también se piensa en las malas. La alternativa angustia...

El tren o el vapor parecen venir de lo indeterminado, del Misterio, y traen además de noticias generales, buenas o malas, también el gesto, una sonrisa, la voz de las personas que amamos y que están lejos.

Quaresma esperó el tren, que llegó resoplando y estirándose como un reptil estación afuera, a la luz fuerte del sol poniente. No se demoró mucho. Pitó de nuevo y partió llevando noticias, amigos, riquezas, tristezas, hacia otras estaciones. El mayor pensó un poco más en lo estúpido y feo que era

aquello, y en cómo las invenciones de nuestro tiempo se alejan tanto de la línea imaginaria de la belleza que nuestros educadores de dos mil años atrás nos legaron. Miró el camino que llevaba a la estación. Venía un hombre... Se dirigía a su casa... ¿Quién podía ser? Se limpió los lentes y los dejó estar sobre el hombre que caminaba con prisa... ¿Quién era? Aquel sombrero doblado, como un morrión... Ese frac largo... El paso menudo... ¡Un violón! ¡Era él!

—Adelaide, ahí viene Ricardo.

II

ESPINAS Y FLORES

Los suburbios de Río de Janeiro son la cosa más curiosa de la ciudad en materia de edificación. La topografía del lugar, caprichosamente salpicada de colinas, seguramente influye en este aspecto, pero también influyeron los azares de la construcción.

Nada más irregular, más caprichoso, más falto de cualquier plan, puede imaginarse. Las casas surgieron como si hubiesen sido sembradas al viento, y de acuerdo a las casas fueron hechas las calles. Hay algunas de ellas que comenzaron anchas como *boulevards* y acabaron estrechas como callejones; dan vueltas y circuitos inútiles, y parecen huir al alineamiento recto con un odio tenaz y sagrado.

A veces se suceden en la misma dirección con una frecuencia irritante, otras se apartan y dejan entre medio un largo intervalo cerrado de casas. En un trecho hay casas amontonadas unas sobre otras en una angustia de espacio desoladora, y en seguida un vasto campo abre a nuestra mirada una amplia perspectiva.

Así marchan, al acaso, las construcciones, y en consecuencia el trazado de las calles. Hay casas de todos los gustos y construidas de cualquier forma.

Se va por una calle viendo una serie de chalets, de puerta y ventana, pared con frontispicio, humildes y pequeños, y de repente se nos depara una casa burguesa, de esas con fruteras de yeso en las cornisas de arabescos, irguiéndose sobre un sótano con entrepisos escalonados. Pasada la sorpresa, se mira más allá y se tropieza con una choza cubierta de zinc o de paja, en torno a la cual hormiguea una población; más adelante, es una vieja casa campesina, con veranda y columnas de estilo poco clasificable, que parece humillada y deseosa de ocultarse frente a aquella ola de edificios disparatados y nuevos.

No hay en nuestros suburbios nada que nos recuerde los famosos de las grandes ciudades europeas, con sus villas de aire reposado y satisfecho, sus carreteras y calles asfaltadas y cuidadas, ni siquiera se encuentran esos jardines, cuidaditos, bien arreglados, peinados, porque los nuestros, si los hay, en general son pobres, feos y desprolijos.

Los cuidados municipales también son variables y caprichosos. A veces, en las calles, hay paseos en ciertas partes, y en otras no; algunas vías de comunicación son calzadas, y otras de igual importancia aún están en estado natural. Aquí se encuentra un pequeño puente bien cuidado sobre un río seco, y algunos pasos más allá tenemos que atravesar un riacho sobre un rústico paso de troncos mal amarrados.

Por las calles hay damas elegantes, con sedas y brocados, evitando con mucho trabajo que el barro o la tierra les empañen el brillo del vestido; hay obreros con chanclos; hay petimetres a la última moda; hay mujeres de vestidos ordinarios; y así, por la tarde, cuando esa gente regresa del trabajo o del paseo, la mezcla se hace en la misma calle, en una manzana, y casi siempre el de mejor atuendo no es el que entra en la mejor casa.

Además, los suburbios tienen otros aspectos interesantes, sin hablar de los cortejos epidémicos ni del espiritismo endémico; las pensiones (¡quién las supondría allí!) constituyen uno de ellos, bastante inédito. Casas que apenas alcanzarían para una pequeña familia, son divididas y subdivididas, y los minúsculos aposentos así obtenidos, alquilados a la población miserable de la ciudad. Allí, en esos cajoncitos humanos, se encuentra la fauna menos observada de nuestra vida, sobre la que la miseria sobrevuela con un rigor londinense.

No se pueden imaginar profesiones más tristes y más inopinadas que las de la gente que habita tales cajoncitos. Además de los sirvientes de dependencias, ordenanzas de oficinas, podemos encontrar viejas fabricantes de encajes y puntillas, compradores de botellas vacías, castradores de gatos, perros y gallos, brujos, catadores de hierbas medicinales, en fin, una variedad de profesiones miserables que nuestras burguesías pequeña y grande no pueden adivinar. A veces, en un cubículo de esos se apiña una familia, y hay ocasiones en que sus jefes van a pie hasta el centro por falta de monedas para el tren.

Ricardo Coração dos Outros vivía en una pobre casa de pensión de uno de los suburbios. No era de las sórdidas, pero era una casa de pensión suburbana.

Hacía años que habitaba y quería la casa, que estaba trepada sobre una colina, y la ventana de su cuarto miraba hacia una amplia extensión edificada que iba desde la Piedade hasta Todos os Santos. Vistos así, desde lo alto, los suburbios tienen su gracia. Las casas pequeñitas, pintadas de azul, de blanco, de ocre, prendidas entre las ramas verdi-negras de los árboles de mango, teniendo entre medio, aquí y allá, un cocotero o una palmera, alta y soberbia, hacen un buen panorama y la falta de percepción del dibujo de las calles pone en el programa un sabor de confusión democrática, de solidaridad perfecta entre las gentes que las habitan; y el tren minúsculo, rápido, cruza todo aquello, doblando a la izquierda, inclinándose a la derecha,

muy flexible en sus grandes vértebras de vagones, como una cobra entre pedruscos.

Era desde aquella ventana que Ricardo explayaba sus alegrías, sus satisfacciones, sus triunfos y también sus sufrimientos y amarguras.

Ahí estaba ahora, reclinado en el antepecho, con la mano anidando el mentón, recogiendo con la vista una gran parte de esa ciudad grande, bella y original, capital de un gran país, cuya alma se sentía, consubstanciando sus tenues sueños y deseos en versos discutibles, pero a los cuales el llanto del violón, si bien no les daba sentido, les daba algo de balbuceo, de queja dolorida de la patria todavía niña, aún en formación...

¿En qué pensaba? No pensaba solamente, también sufría. Aquel negro continuaba con su manía de querer hacer que la *modinha* dijera algo, y tenía adeptos. Algunos ya lo citaban como rival de él, Ricardo; otros afirmaban que el tal joven había dejado lejos a Coração dos Outros, y algunos más —¡ingratos!— ya olvidaban los trabajos, el tenaz trabajo de Ricardo Coração dos Outros en pro del ascenso de la *modinha* y el violón, y ni nombraban al abnegado obrero.

Con la mirada perdida, Ricardo recordaba su infancia, aquella su aldea *sertaneja,* la casita de sus padres, con su corral y el mugido de los terneros... ¿Y el queso? Aquel queso tan sustancioso, tan fuerte, feo como aquella tierra, pero feraz como ella, tanto que bastaba comer una pequeña rodaja de él para sentirse como después de un almuerzo... ¿Y las fiestas? Nostalgias... Y el violón, ¿cómo lo había aprendido? Su maestro, Maneco Borges, ¿acaso no le había predicho el futuro, al decirle: "Irás lejos, Ricardo. El violón quiere tu corazón"?

¿Por qué, entonces, aquel encarnizamiento, aquel odio contra él, él que había traído a esta tierra de extranjeros el alma, el jugo, la sustancia del país?

Y las lágrimas saltaron calientes de sus ojos. Miró un poco las montañas, observó el mar allá afuera, lejos... Era bella la tierra, era linda, era majestuosa, pero parecía ingrata y áspera en su granito omnipresente que se hacía negro y malo cuando no era suavizado por el verdor de los árboles.

Y él estaba allí, solo, solo con su gloria y su tormento, sin amor, sin confidente, sin amigo, solo como un dios o como un apóstol en tierra ingrata que no quería escuchar su buena nueva.

Sufría por no tener un pecho amado, amigo, sobre el cual derramar aquellas lágrimas que iban a caer en el suelo indiferente. Por ahí, recordó los famosos versos:

*Se choro... bebe o pranto a areia ardente...**

Con el recuerdo, bajó un poco la mirada a la tierra y vio que en el lavadero de la casa, un tanto escondida de su vista, una muchacha negra lavaba. Encorvaba el cuerpo sobre la ropa, cargaba todo su peso, la enjabonaba ligera, la golpeaba contra la piedra, y recomenzaba. Tuvo pena de aquella

* "Si lloro... bebe el llanto la arena ardiente..."

pobre mujer, dos veces triste en su condición y en su color. Lo invadió un flujo de ternura y, después, se puso a pensar en el mundo, en las desgracias, y se quedó un instante perdido en el enigma de nuestro miserable destino humano.

La muchacha no lo vio, distraída con el trabajo; y se puso a cantar:

Da doçura dos teus olhos
*A brisa inveja já tem.**

Era una canción suya. Ricardo sonrió satisfecho y tuvo deseos de ir a besar a aquella pobre mujer, abrazarla...

¿Y cómo eran las cosas? El recibía consuelo de aquella muchacha; ¡era su humilde y dolorida voz la que venía a acariciar su tormento! Entonces le vinieron a la memoria aquellos versos del Padre Caldas, ese su antecesor feliz que tuvo un auditorio de damas:

Lereno alegrou os outros
*e nunca teve alegria...***

En fin, ¿era una misión?... La muchacha acabó de cantar y Ricardo no se pudo contener:

—¡Va bien, doña Alice, muy bien! ¿Si no fuera así por qué le pediría un bis?

La muchacha extendió la cabeza, reconoció a quien hablaba, y dijo:

—No sabía que usted estaba ahí, si no no hubiese cantado.

—¿Por qué? Puedo garantizarle que lo hizo muy bien, muy bien. ¡Cante!

—¡Dios me libre! ¿Para que usted me "acritique"?...

A pesar de insistir mucho la muchacha no quiso continuar. Las amarguras parecían haberse apartado del pensamiento de Ricardo. Se dirigió al interior de su cuarto y se sentó a la mesa con intención de escribir.

Su cuarto tenía el mobiliario más reducido posible. Había una red con franjas de bordados, una mesa de pino y sobre ella objetos para escribir; una silla, un estante con libros, y colgado en una pared, el violón en su estuche de gamuza. También había una máquina para hacer café.

Sentóse y quiso comenzar una *modinha* sobre la Gloria, esa cosa fugaz, que se tiene y se piensa que no se tiene, algo impalpable, inaccesible como un soplo, que nos aguijonea, quema, inquieta y abrasa como el Amor.

Intentó comenzar, dispuso el papel, pero no pudo. La emoción había sido fuerte, toda su naturaleza había sido conmovida con la idea del hurto que se quería hacer a su mérito. No consiguió asentar el pensamiento, ir a buscar las palabras en el aire, sentir la música zumbar en los oídos.

La mañana estaba ya alta. Las cigarras de enfrente chirriaban en el tamarindo deshojado; comenzaba a caldear y el cielo cobraba un azul ligero,

* "De la dulzura de tus ojos / La brisa envidia ya tiene."
** "Lereno alegró a los otros / y nunca tuvo alegría..."

tenue, fino. Quiso salir, buscar un amigo, distraerse con él, pero ¿con quién? Todavía, si Quaresma... ¡Ah! ¡Quaresma! Ese sí, le traía consuelo y afecto.

Es verdad que el amigo últimamente estaba poco interesado en la *modinha*; pero asimismo comprendía su propósito, los fines y el alcance de la obra que él, Ricardo, se proponía. Si el mayor estuviera cerca, ¡pero estaba tan lejos! Consultó sus bolsillos. Su fortuna no llegaba a dos *mil réis*. ¿Cómo ir? Conseguiría un pase y partiría. Golpearon a la puerta. Le traían una carta. No reconoció la letra; rompió el sobre con emoción. ¿Qué sería? Leyó:

"Mi querido Ricardo. Salud. Mi hija Quinota se casa pasado mañana, jueves. Ella y el novio tendrán mucho gusto en que usted venga. Si no está comprometido con nadie, coja el violón y venga hasta acá a tomar una taza de té con nosotros. Su amigo Albernaz."

El trovador, a medida que leía iba mudando de fisonomía. Hasta entonces estaba cerrada y dura; cuando acabó de leer la carta, una sonrisa jugaba por toda ella, subía y bajaba, iba de una mejilla a otra. El general no lo había abandonado; para el respetable militar, Ricardo Coração dos Outros todavía era el rey del violón. Iría y conseguiría pasaje con el antiguo vecino de Quaresma. Contempló un poco el violón, demoradamente, tiernamente, con el agradecimiento que merece un ídolo benefactor.

Cuando Ricardo penetró en casa del general Albernaz, ya se había hecho el último brindis y todos se dirigían al salón en pequeños grupos. Doña Maricota vestía seda malva y su busto corto parecía aún más sofocado en aquel tejido caro que parece requerir cuerpos elegantes y flexibles. Quinota estaba radiante en su vestido de novia. Era alta, de facciones más regulares que su hermana Ismênia, pero menos interesante y más común de temperamento y de alma, aunque simpática. Lalá, la tercera hija del general, que ya estaba llegando a moza, usaba mucho polvo de arroz, siempre estaba acomodándose el peinado y sonriendo al teniente Fontes. Un casamiento bien apreciado y esperado. Genelício daba el brazo a la novia, encorsetado en una casaca mal cortada, que ponía en exhibición su gibosidad, y caminaba todo incómodo dentro de sus apretados zapatos de charol.

Ricardo no los vió pasar, pues al entrar la fila estaba centrada en el general, metido en un uniforme de los grandes días, que le iba tal mal como la librea de un guardia nacional endomingado; pero quien tenía un aire importante, marcial y de gran navegante, al mismo tiempo que palaciego, era el contraalmirante Caldas. Había sido el padrino y estaba irreprochable en la casaca de su uniforme. Las anclas relucían como metales de a bordo a la hora de la revista y sus bigotes, muy peinados, ensanchaban su rostro y parecían descar con ardor los grandes vientos del vasto océano sin fin. Ismênia estaba de color rosa y andaba por las salas con su aire doliente, con su vagar sin rumbo, con sus gestos lentos, tomando cuidado de todo. Lulu, el único hijo del general, se pavoneaba en su uniforme del Colegio Militar, lleno de dorados y rizos, tanto más cuanto que había pasado de año gracias a los empeños del padre.

El general no demoró en venir a conversar con Ricardo; y los novios, cuando el trovador los felicitó, le agradecieron mucho, y hasta Quinota dijo un, "soy muy feliz...", inclinando la cabeza hacia un lado y sonriendo al

piso, con una sonrisa que llenó de inmenso transporte la cándida alma del trovador.

Comenzaron los bailes y el general, el almirante, el mayor Inocêncio Bustamante, que también estaba de uniforme, con su banda violeta de honorario, el doctor Florêncio, Ricardo y otros dos invitados fueron hacia el comedor a charlar un poco.

El general estaba satisfecho. Hacía tantos años que soñaba con una ceremonia como esa en su casa, y finalmente por primera vez veía realizado ese anhelo.

Ismênia tuvo esa desgracia... ¡El ingrato! ... Pero, ¿para qué recordar?

Las felicitaciones se repitieron.

—Es un gran muchacho su nuevo yerno —dijo uno de los invitados nuevos.

El general se quitó el *pince-nez* preso de una cadenita de oro, y mientras lo limpiaba respondió mirando como lo hacen los miopes:

—Estoy muy contento.

Se volvió a poner los lentes, enderezó la cadenita, y continuó:

—Creo que casé bien a mi hija: un joven graduado, bien encaminado e inteligente.

El almirante dijo:

—¡Y qué carrera! No es por ser pariente mío, pero con treinta y dos años ser primer tenedor de libros del Tesoro, es cosa nunca vista.

—Genelício no está en el Tribunal de Cuentas, ¿no pasó? —preguntó Florêncio.

—Pasó, pero es lo mismo —replicó el otro invitado, que era de la amistad del recién casado.

De hecho, Genelício había conseguido el traslado y no había sido sólo eso lo que lo decidió a casarse. Había escrito una *Síntesis de Contabilidad Pública Científica* y sin saber cómo se vio colmado de elogios por "la prensa de esta capital". El ministro, atendiendo al mérito excepcional de la obra, le mandó dar dos *contos* de premio, haciendo la edición a costa del Estado, en la Imprenta Nacional. Era un grueso volumen de cuatrocientas páginas, cuerpo doce, escrito en estilo oficial, con una vasta documentación de decretos y ordenanzas, ocupando dos tercios del libro.

La primera frase de la primera parte, la esencia del libro verdaderamente sintética y científica, había sido muy notada y alabada por los críticos, no sólo por la novedad de la idea, sino también por la belleza de la expresión.

Decía así: "La Contabilidad Pública es el arte o la ciencia de escriturar convenientemente los ingresos y egresos del Estado".

Además del premio y del traslado, él tenía ya la promesa de ser subdirector a la primera vacante que se produjera.

Escuchando cuanto habían dicho el almirante, el general y los nuevos invitados, el mayor no pudo dejar de observar:

—Después de la militar, la mejor carrera es la de Hacienda, ¿no les parece?

—Sí... Entendiéndolo bien —dijo el doctor Florêncio.

—Yo no quiero hablar de los graduados —se apresuró a decir el mayor—. Esos...

Ricardo sentíase en la obligación de decir algo y soltó la primera frase que le vino a los labios:

—Cuando se prospera, todas las profesiones son buenas.

—No es tanto así —atemperó el almirante, alisando sus bigotes—. No es por destruir a las otras, pero la nuestra, ¿eh Albernaz? ¿eh Inocêncio?

Albernaz levantó la cabeza como si quisiera recoger en el aire un recuerdo y después replicó:

—Sí, pero tiene lo suyo. Cuando se está en dificultades, es fuego de aquí, tiro de allá, muere uno, grita otro como en Curupaití, entonces...

—¿Usted estuvo allá, general? —preguntó el invitado, que era amigo de Genelício.

—No estuve. Enfermé y regresé al Brasil. Pero Camisão me contó... No saben lo que fue, tú sabes, ¿no Inocêncio?

—Si estuve allí...

—Polidoro tenía orden de atacar Sauce, Flores a la izquierda y "nosotros" caímos sobre los paraguayos. Pero los malandrines estaban bien atrincherados, habían aprovechado el tiempo.

—Fue don Mitre —dijo Inocêncio.

—Sí. Atacamos con furia. Era un retumbar de cañones que lanzaban balas por todos los rincones, que metía miedo, los hombres morían como moscas... ¡Un infierno!

—¿Quién venció? —preguntó uno de los invitados nuevos.

Todos se miraron, sorprendidos, excepto el general que juzgaba excepcional la sabiduría sobre el Paraguay.

—Los paraguayos, es decir, ellos, repelieron nuestro ataque. Por eso yo digo que nuestra profesión es hermosa, pero tiene sus "cosas"...

—Eso no quiere decir nada. También en el paso de Humaitá... —comenzó a decir el almirante.

—¿Usted estaba a bordo?

—No, yo fui más tarde. Algunas persecuciones hicieron que yo no fuera designado, porque el embarque equivalía a un ascenso... Pero en el paso de Humaitá...

En el salón los bailes continuaban con animación. Era raro que alguien viniese desde allí adentro hacia donde ellos estaban. Las risas, la música y lo demás que se adivinaba, no distraían a aquellos hombres de sus preocupaciones belicosas.

El general, el almirante y el mayor llenaban de pasmo a esos burgueses pacíficos, contando batallas en las que no habían estado y pugnas valerosas de las que no participaron.

No hay como un ciudadano tímido, bien comido, y con algunos buenos vinos generosos dentro, para apreciar las narraciones de guerra. El sólo ve la parte pintoresca, la parte por así decir espiritual de las batallas, de los encuentros; los tiros son los de salva y si matan es lo de menos. La muerte misma, en las narraciones así hechas, pierde su importancia trágica: ¡tres mil muertos solamente!

Además, contada por el general Albernaz que nunca había visto la guerra, la cosa quedaba endulzada, era una guerra *bibliothèque rose*, guerra de estampa popular, en la que no aparecen la carnicería, la brutalidad y la ferocidad normales.

Estaban Ricardo, el doctor Florêncio, el exacto empleado de ingeniero de aguas, aquellos dos recientes conocidos de Albernaz, embebidos, boquiabiertos y envidiosos frente a las proezas imaginarias de aquellos tres militares, uno de ellos honorario, quizá el menos pacífico de los tres, el único que siquiera había tomado parte en algo bélico, cuando llegó doña Maricota, siempre diligente, activa, dando movimiento y vida a la fiesta. Era más joven que su marido, tenía todavía enteramente negros los cabellos de su pequeña cabeza que tanto contrastaba con su cuerpo enorme. Venía jadeante, y se dirigió al marido:

—Entonces, Chico, ¿qué es esto? Se quedan ahí, dejando que yo haga sala, que anime a las muchachas... ¡Todos para la sala!

—Ya vamos, doña Maricota —dijo alguien.

—No —dijo con rapidez la dueña de casa—. ¡Ya mismo, don Caldas, don Ricardo, los señores!

Y fue empujando a uno y a otro por el hombro.

—Rápido, rápido, que la hija de Lemos va a cantar; y después, usted... ¿Está escuchando, don Ricardo?

—Cómo no, señora mía. Es una orden...

Y allá fueron. En el camino el general se detuvo un poco, se acercó a Coração dos Outros y preguntó:

—Dígame una cosa: ¿cómo está nuestro amigo Quaresma?

—Bien.

—¿Le ha escrito?

—Algunas veces. Yo quería, general...

El general levantó la cabeza, elevó el *pince-nez* que comenzaba a caerse, y preguntó:

—¿Qué?

Ricardo quedó intimidado por el aire marcial con que Albernaz le hizo la pregunta. Después de una ligera vacilación respondió de golpe, con miedo de perder las palabras:

—Quisiera que usted me consiguiera un pasaje, un pase, para ir a verlo.

El general mantuvo por unos instantes la cabeza baja, se rascó el cabello, y dijo:

—Eso es difícil, pero aparezca mañana por mi oficina.

Y continuaron caminando. Todavía andando, Coração dos Outros agregó:

—Tengo nostalgias de él; además, tengo ciertos disgustos... Usted sabe: cuando uno tiene un nombre...

—Venga por allí mañana.

Doña Maricota apareció frente a ellos y dijo enfadada:

—¿Ustedes no vienen?

—Ya vamos —dijo el general.

Y después, dirigiéndose a Ricardo, agregó.

—Ese Quaresma podía estar bien, pero fue a meterse con los libros... ¡Es eso! Yo, hace buenos cuarenta años que no tomo un libro...

Llegaron a la sala. Era amplia. Tenía dos grandes retratos en pesados marcos dorados, furiosos retratos al óleo de Albernaz y su mujer; un espejo ovalado y algunos cuadros, completaban la decoración. Del mobiliario no se podía juzgar, había sido retirado para dar mayor espacio a los bailatines. La novia y el novio estaban en el sofá sentados, presidiendo la fiesta. Había alguno que otro escote, pocas casacas, algunas levitas y muchos fracs. Por entre las cortinas de una ventana, Ricardo pudo ver la calle. La acera de enfrente estaba llena. La casa era alta y tenía jardín; sólo desde allí los curiosos, los "serenos", podían ver algo de la fiesta. Lalá, en el vano de un balcón, conversaba con el teniente Fontes. El general los contempló, bendiciéndolos con una mirada aprobadora...

Una muchacha, la famosa hija de Lemos, se dispuso a cantar. Fue al piano, colocó la partitura y comenzó. Era una romanza italiana que cantó con la perfección y el mal gusto de una joven bien educada. Terminó. Aplausos generales, pero más bien fríos, la acompañaron.

El doctor Florêncio, que había quedado detrás del general, comentó:

—Tiene una hermosa voz esta joven. ¿Quién es?

—Es la hija de Lemos, el doctor Lemos, de Higiene —respondió el general.

—Canta muy bien.

—Está en el último año del conservatorio —observó Albernaz.

Llegó la oportunidad de Ricardo. Ocupó un rincón de la sala, tomó el violón y lo afinó, recorriendo la escala; en seguida, tomó el aire trágico de quien va a representar el Edipo Rey, y dijo con voz gruesa: "Señoritas, señores y señoras". Se detuvo. Compuso la voz y continuó: "Voy a cantar *Tus brazos, modinha* de mi autoría, en música y versos. Es una composición tierna, honesta y de una exaltada poesía". Allí, los ojos casi se le salían de las órbitas. Y añadió: "Espero que ningún ruido se escuche, porque si no la inspiración se evapora. El violón es un instrumento muy... muy... de-li-ca-do. Bien".

La atención era general. Comenzó. Al principio blandamente, gimiente, suave y largo como un sollozo en olas; después, hubo una parte rápida, saltarina, en que el violón parecía estallar. Alternando un movimiento con otro, la *modinha* terminó.

Aquello había llegado al fondo de todos, había sacudido el sueño de las jóvenes y los deseos de los hombres. Los aplausos fueron ininterrumpidos. El general lo abrazó, Genelício se levantó y le dio la mano; Quinota, en su inmaculado vestido de novia, también.

Para huir de las felicitaciones, Ricardo corrió al comedor. En el corredor lo llamaron: "¡Señor Ricardo, señor Ricardo!". Se volvió. "¿Qué ordena, mi señora?" Era una muchacha que le pedía copia de la *modinha*.

—No se olvide —dijo ella con coquetería—, no se olvide. Me gustan tanto sus *modinhas*... Son tan tiernas, tan delicadas... Mire, désela a Ismênia para que me la entregue.

La novia de Cavalcânti se aproximaba y oyendo decir su nombre, preguntó:

—¿Qué pasa, Dulce?

La otra le explicó. Ella aceptó el pedido y a su vez le preguntó a Ricardo con su voz doliente:

—Don Ricardo, ¿cuándo piensa estar usted con doña Adelaide?

—Pasado mañana, según espero.

—¿Va para allí?

—Sí, voy.

—Entonces dígale que me escriba. Me gustaría tanto recibir una carta...

Y se limpió los ojos furtivamente, con su pequeño pañuelo de encaje.

III

GOLIAT

EL SÁBADO de la semana siguiente a aquella en que la hija del general recibió como marido al grave y giboso Genelício, gloria y orgullo de nuestro funcionariado público, Olga se casó. La ceremonia había corrido con la pompa y la riqueza acostumbrada en personas de su nivel. Hubo unos remedos parisienses de *corbeille* de novia y otros pequeños detalles *chics*, que no la molestaron, pero que no la llenaron de satisfacción mayor a la que tendría una novia común. Tal vez ni siquiera esa tuviera ella.

No fue a la iglesia en virtud de una determinación segura de su voluntad. Continuaba sin encontrar dentro de sí motivo para ese acto, pero aparentemente ninguna voluntad extraña influía para eso. El marido sí estaba contento. No tanto por la novia, sino por el giro que su vida iba a tomar. Enriquecido y siendo médico, lleno de talento en las notas y recompensas escolares, veía delante de sí un ancho camino de triunfos en los puestos y en la industria clínica. No tenía fortuna alguna, pero juzgaba su banal título como fuero de nobleza equivalente a aquellos con que los auténticos hidalgos de Europa bruñen el nacimiento de las hijas de los salchicheros *yanquis*. A pesar de ser su padre un importante hacendado en algún lugar de este Brasil, el suegro le había dado de todo, y él aceptó todo sin escrúpulos, con el desprecio de un duque, un duque de títulos y medallas, recibiendo el homenaje de un villano que no había rozado los bancos de una "academia".

Juzgaba que la novia lo había aceptado por su maravilloso título, el pergamino; es verdad que fue, no tanto por el título, sino por su simulación de inteligencia, de amor a la ciencia, de desmedidos sueños de sabio. Tal imagen que de él se hiciera había durado apenas unos momentos en Olga; después fue la inercia de la sociedad, su tiranía y la timidez natural de la

muchacha para romper, lo que la llevó al casamiento. Tanto más cuanto que ella, de sí para sí, pensaba que si no era éste, sería otro igual a él, y lo mejor era no postergar las cosas.

Era por eso que no iba a la iglesia, en virtud de una determinación segura de su voluntad, aunque sin percibir el apremio de una orden ajena a ella.

A pesar de la pompa, estuvo lejos de ser una novia majestuosa. No obstante sus orígenes puramente europeos, era pequeña, muy pequeña, al lado de su novio alto, erguido, con una fisonomía radiante de felicidad; y de ese modo, ella desaparecía dentro del vestido, de los velos y de aquellos atavíos obsoletos con que se adornan las muchachas que van a casarse. Por otra parte, su belleza no era la gran belleza, la que exigimos de las novias ricas, según el modelo de las estampas clásicas.

En su rostro nada había de griego, de ese griego auténtico o de pacotilla, ni tampoco esa majestad de ópera lírica. Había en sus trazos mucha irregularidad, pero su fisonomía era profunda y personal. No solamente la luz de sus grandes ojos negros, que casi cubrían toda la cavidad orbital, hacía fulgurar su rostro movedizo sino también su boca pequeña, finamente dibujada, que expresaba bondad, malicia, y su aire general era de reflexión y curiosidad.

Al contrario de lo que era la costumbre, no salieron de la ciudad y fueron a vivir en la casa del ex contratista.

Quaresma no había ido a la fiesta, pero mandó el lechón y el pavo de la tradición, y escribió una larga carta. La quinta lo tenía entusiasmado, el calor iba a pasar, venía la época de las lluvias, de los sembrados, y no quería alejarse de sus tierras. El viaje sería breve, pero asimismo, perdiendo un día o dos, era como si comenzara a desertar de la batalla.

El pomar estaba todo limpio y ya estaban preparados los canteros de la huerta. La visita de Ricardo vino a distraerle un poco, sin embargo, de sus quehaceres agrícolas.

Pasó un mes con el mayor, y fue un triunfo. La fama de su nombre lo precedía de manera que todo el municipio se lo disputaba y festejaba.

Su primer trabajo fue ir al pueblo. Quedaba cuatro kilómetros de la casa de Quaresma y el ferrocarril poseía allí una estación. Ricardo desdeñó el ferrocarril y fue a pie, por la carretera, si así puede llamarse al sendero lleno de obstáculos que subía y bajaba colinas, cortaba planicies y ríos a través de toscos puentes... ¡El pueblo! Tenía dos calles principales: la antigua, determinada por el viejo camino de tropas, y la nueva, cuyo origen venía de la unión de la vieja con el ferrocarril. Se encontraban en una T, siendo el brazo vertical el camino de la estación. Las otras partían de ellas, las casas se juntaban urbanamente en el comienzo, después se iban espaciando, espaciando, hasta acabar en bosque, en campo. La antigua se llamaba Marechal Deodoro, ex-Emperador; y la nueva, Marechal Floriano, ex-Emperatriz. De una de las extremidades de la calle Marechal Deodoro partía la de la Matriz, que iba a dar en la iglesia, en lo alto de una colina, fea y pobre en su estilo jesuítico. A la izquierda de la estación, en un campo, la Plaza

de la República, que iba a dar a una calle mal esbozada por casas espaciadas, quedaba la Cámara Municipal.

Era un gran paralelepípedo de ladrillo, aleros, ventanas con balcones enrejados, puro estilo maestro mayor de obras. Dolía esa pobreza de gusto a quien recordara los edificios de igual naturaleza de las pequeñas comunas francesas y belgas de la Edad Media.

Ricardo entró en una peluquería de la calle Marechal Deodoro, el "Salón Río de Janeiro", y se afeitó. El fígaro lo informó sobre el pueblo y él se dio a conocer. Había algunos parroquianos, y uno de ellos tomó a su cargo al trovador, que de ahí en adelante ya estaba relacionado.

Cuando volvió a la casa del mayor ya tenía invitación para el baile del doctor Campos, presidente de la Cámara, fiesta que tendría lugar el próximo miércoles.

Llegó el sábado, y el domingo se fue a pasear al pueblo.

Había habido misa y el trovador asistió a la salida. La concurrencia nunca es grande en el campo, pero Ricardo pudo ver algunas de esas muchachas del interior, linfáticas y tristes, bien vestiditas, llenas de lazos, bajando silenciosas la colina en la que se erguía la iglesia, derramándose por la calle y entrando en seguida en las casas, donde pasarían una semana de reclusión y tedio. Fue a la salida de la misa que le presentaron al doctor Campos.

Era el médico del lugar, sin embargo vivía afuera, en su *fazenda,* y había venido medio desorientado con su hija Nair, para asistir al oficio religioso.

El trovador y el médico estuvieron conversando algunos momentos mientras la hija, muy delgada, pálida, con unos largos brazos descarnados, miraba con fingida humillación el suelo polvoriento de la calle. Cuando ellos partieron, Ricardo consideró por algunos momentos a ese producto de los aires libres del Brasil.

La fiesta del doctor Campos fue seguida por otras a las que Ricardo honró con su presencia y la alegría de su voz. Quaresma no lo acompañaba, pero gozaba con su triunfo. Aunque el mayor hubiera abandonado el violón, aún continuaba apreciando ese instrumento esencialmente nacional. Las consecuencias desastrosas de su solicitud en nada habían conmovido sus convicciones patrióticas. Continuaban sus ideas profundamente arraigadas, solamente que ahora las escondía, para no sufrir con la incomprensión y maldad de los hombres.

Gozaba, por lo tanto, con el fulminante triunfo de Ricardo, que indicaba claramente en aquella población la existencia de un fuerte residuo de nuestra nacionalidad, resistiendo las invasiones de las modas y gustos extranjeros.

Ricardo recibía todos los honores, todos los favores, por parte de todos los partidos. El doctor Campos, presidente de la Cámara, era quien más lo colmaba de homenajes. Esa mañana, esperaba a uno de los caballos del edil, para dar un paseo al Carico; y mientras lo esperaba iba diciendo a Quaresma, que aún no había partido para sus trabajos:

—Mayor, fue una buena idea venirse a vivir al campo. Se vive bien, se puede progresar...

—No tengo ningún deseo de ello. Tú sabes qué extrañas me son esas cosas.

—Lo sé... Pero... no digo que se pida, pero cuando nos ofrecen, no debemos rechazar, ¿no le parece?

—De acuerdo, mi querido Ricardo. Yo yo no podría aceptar el encargo de comandar una escuadra.

—Hasta ahí no llego. Mire, mayor, yo quiero mucho al violón, dedico mi vida a su elevación moral e intelectual, sin embargo, si mañana el presidente me dijera: "Señor Ricardo, usted va a ser diputado", ¿piensa usted que yo no aceptaría, sabiendo perfectamente que no podría seguir practicando con mi instrumento? Bueno, ¡no sé! No se deben perder oportunidades, mayor.

—Cada uno tiene sus teorías.

—Seguramente. Otra cosa, mayor: ¿conoce al doctor Campos?

—De nombre.

—¿Sabe que él es presidente de la Cámara?

Quaresma lo miró un instante, con ligera desconfianza. El trovador no notó el gesto del amigo, y añadió:

—Vive a una legua de aquí. Yo toqué en su casa, y hoy voy a salir a andar a caballo con él.

—Haces bien.

—El quiere conocerlo. ¿Puedo traerlo aquí?

—Puedes, cómo no.

Un compañero del doctor Campos, en ese instante, entraba por el portón trayendo el caballo prometido. Ricardo lo montó y Quaresma siguió hacia sus tierras, al encuentro de los dos empleados. Ahora eran dos, pues además de Anastácio, que más que un empleado era un agregado, había tomado a Felizardo.

Era una mañana de verano, pero las lluvias continuadas de los días anteriores habían atenuado la temperatura.

Había una gran profusión de luz y los aires estaban suaves. Quaresma fue caminando por entre aquel rumor de vida, un rumor que venía del murmullo del bosque y del piar de las aves y los pájaros. Revoloteaban *tiês* rojos, bandadas de *coleiros*; *znuns* volaban y ponían pequeñas manchas negras en el verdor de los árboles. Hasta las flores, esas tristes flores de nuestros campos, parecía que en ese momento habían salido a la luz para la fecundación vegetal, pero también para la belleza.

Quaresma y sus empleados trabajaban ahora lejos, hacían un nuevo cultivo y para auxiliar en ese trabajo había sido contratado Felizardo. Este era un hombre flaco, alto, de largos brazos, largas piernas, como un simio. Tenía el rostro color de bronce, la barba rala y bajo una apariencia de debilidad muscular, no había nadie más valiente que él para su trabajo. Eso sí, era un conversador incansable. De mañana, cuando llegaba allí a eso de las seis, ya sabía todas las intriguillas del municipio.

Aquel cultivo tenía por finalidad ganar terreno al bosque, en el lado norte de la propiedad, que había sido ganado por la maleza. Obtenido ello, el mayor plantaría plantas de mayores posibilidades o un poco más de maíz, y en los intervalos, papa inglesa, un cultivo nuevo en el que depositaba grandes esperanzas. Ya se había limpiado el terreno y el espacio estaba libre; Quaresma, sin embargo, no quiso prender fuego al yuyaje. Evitaba así

calcinar el terreno, eliminando de él los principios volátiles por el fuego. Ahora su trabajo era separar los palos más grandes para aprovecharlos como leña; los gajos menudos y las hojas eran removidos más lejos, donde, entonces sí, serían quemados en pequeñas hogueras.

Eso llevaba tiempo, costaba golpes a su cuerpo mal habituado a los tallos sarmentosos y a los troncos; pero prometía dar mayor rendimiento a la plantación.

Durante el trabajo, Felizardo iba contando sus novedades para distraerse. Hay quien canta, él hablaba, y poco se incomodaba si le prestaban o no atención.

—Esa gente anda suelta por ahí —dijo Felizardo en seguida que llegó el mayor.

Ciertas veces Quaresma le hacía preguntas, atendía su conversación, pero raramente. Anastácio era silencioso y grave. No decía nada: trabajaba, y de cuando en cuando, se detenía, consideraba todo, en una postura hierática de pintura mural tebana. El mayor preguntó a Felizardo:

—¿Qué hay de nuevo, Felizardo?

Este descansó el grueso tronco de *camará* en el monte, se limpió el sudor con los dedos y respondió con su hablar blando y chirriante:

—Asunto de política... El teniente Antonino casi se pelea ayer con el doctor Campos.

—¿Dónde?

—En la estación.

—¿Por qué?

—Cosas de partido. Por lo que oí, el teniente Antonino está por el "gobernadó", y el doctor Campos por el "senadó"... ¡Una confusión, patrón!

—¿Y tú, a favor de quién estás?

Felizardo no respondió en seguida. Tomó la hoz y acabó de cortar un gajo que rodeaba al tronco que iba a derribar. Anastácio estaba de pie y consideró un momento la figura del compañero parlanchín. Finalmente respondió:

—¡Yo! Ni sé... Buitre pelado no se mete en medio de los coronados. Eso es bueno para usted.

—Yo soy como tú, Felizardo.

—Ojalá fuera así, mi señor. Todavía "antiér" oí decir que el patrón es amigo del "mariscá".

Se alejó con el palo y, cuando volvió Quaresma preguntó, asustado:

—¿Quién te dijo eso?

—No sé, señor. Lo oí decir en el almacén del español, tanto así que el doctor Campos está hinchado peor que un sapo con su amistad.

—Pero eso es falso, Felizardo. Yo no soy amigo ni nada... Lo conocí... Y nunca dije eso a nadie... ¡Qué voy a ser amigo!

—¡Ja! —rió Felizardo con una risa larga y dura—. Lo que el patrón está haciendo es escondiendo la jugada.

A pesar de todo el esfuerzo de Quaresma, no hubo medio de sacar de aquella cabeza infantil la idea de que él fuese amigo del Mariscal Floriano.

"Lo conocí en mi empleo", decía el mayor; Felizardo sonreía ampliamente y por una vez decía: "¡Qué va! El patrón es más fino que una cobra".

Tal obstinación no dejó de impresionar a Quaresma. Qué quería decir aquello. Además, las palabras de Ricardo, sus insinuaciones por la mañana... El tenía al trovador por hombre leal y amigo fiel, incapaz de estarle armando una celada para hacerle pasar malos momentos; los entusiasmos de él, sin embatgo, junto al deseo de ser buen amigo, podían ilusionarlo y hacerlo instrumento de algún perverso. Quaresma quedó un momento pensativo, dejando de remover los gajos cortados; en poco tiempo, sin embargo, se olvidó de su preocupación, que se disipó totalmente. Por la tarde, cuando fue a cenar, ya ni recordaba la conversación y la comida corrió natural, ni muy alegre ni muy triste, pero sin sombra alguna de dudas par parte de él.

Doña Adelaide, siempre con su *matinée* crema y su falda negra, sentábase a la cabecera; Quaresma a la derecha y a la izquierda Ricardo. Era la anciana quien siempre tiraba de la lengua al trovador.

—¿Le gustó mucho el paseo, señor Ricardo?

No había manera de que le dijera "don". Su educación de "señora" de otros tiempos, no le permitía usar esos plebeyismos generalizados. Había visto a sus padres, gente todavía fuertemente portuguesa, decir "señor" y continuaba diciéndolo, sin fingir, naturalmente.

—Mucho. ¡Qué lugar! Una cascada... ¡Qué maravilla! Aquí, en el campo, se encuentra inspiración.

Tomaba su actitud de arrobo: una fisonomía de máscara de trágico griego y una voz cavernosa que rodaba como un trueno silenciado.

—¿Has compuesto mucho, Ricardo? —preguntó Quaresma.

—Hoy acabé una *modinha.*

—¿Cómo se llama? —indagó doña Adelaide.

—*Los labios de Carola.*

—¡Muy lindo! ¿Ya hizo la música?

Aún era la hermana de Quaresma quien preguntaba. Ricardo llevaba ahora el tenedor a la boca; lo dejó suspendido entre los labios y el plato y respondió con toda convicción.

—La música, señora mía, es lo primero que hago.

—Nos la cantará luego.

—Cómo no, mayor.

Después de la cena, Quaresma y Coração salieron a pasear por la quinta. Esa era la única concesión que Policarpo hacía al amigo, en lo tocante al régimen de sus trabajos agrícolas. Llevaba siempre el pedazo de pan que esparcía en migajas en el gallinero, para ver la atroz disputa entre las aves. Acabado ello, se quedaba un instante considerando aquellas vidas, criadas, mantenidas y protegidas para sustento de la suya. Sonreía a los pollos, cogía a los pollitos más implumes, muy vivos y ávidos, y demorábase apreciando la estupidez del pavo, imponente, haciendo ronda, dando saltos presuntuosos. En seguida iba el chiquero; asistía a Anastácio dando la ración, arrojándola en los cuencos. El enorme cerdo de grandes orejas pendientes se levantaba con dificultad y solemnemente venía a sumergir la cabeza en los

cuencos; en otro compartimento los cerditos gruñían y gruñendo venían con la madre a atiborrarse de comida.

La avidez de aquellos animales era realmente repugnante, pero sus ojos tenían una ancha dulzura bastante humana que los tornaba simpáticos.

Ricardo apreciaba mucho a aquellas formas inferiores de vida, pero Quaresma quedaba minutos enteros olvidado, contemplándolos en una demorada interrogación muda. Sentábanse en un tronco de árbol, y Quaresma miraba el cielo alto, mientras Coração dos Outros contaba cualquier historia.

La tarde ya estaba avanzada. La tierra comenzaba a debilitarse después de aquel beso lerdo y ardiente del sol. Los bambúes suspiraban; las cigarras cantaban; las rôlas [1] gemían amorosamente. Escuchando pasos, el mayor se volvió: "¡Padrino!". "¡Olga!"

Apenas se vieron se abrazaron, y cuando se separaron, mirándose aún uno al otro, las manos continuaban unidas. Y vinieron aquellas estúpidas y tocantes frases de los encuentros satisfechos: "Cuándo llegaste". "No te esperaba..." "Es lejos..." Ricardo miraba conmovido la ternura de los dos; Anastácio se quitó el sombrero y miraba a la "señorita" con su tierno y vacío mirar de africano.

Pasada la emoción, la joven se inclinó sobre el chiquero, después paseó la mirada por los cuatro puntos y Quaresma preguntó:

—¿Y tu marido?

—¿El doctor?... Está allí adentro.

El marido se había resistido mucho a acompañarla hasta allí No le parecía bien aquella intimidad con un hombre sin título, sin posición brillante y sin fortuna. El no comprendía cómo su suegro, a pesar de ser todo un hombre rico, de otra esfera, había podido mantener y estrechar relaciones con un pequeño empleado de una repartición secundaria, ¡y hasta hacerlo su compadre! Que lo contrario se diese, era justo; pero tal como estaba la cosa le parecía que derribaba toda la jerarquía de la sociedad nacional. Pero, en definitiva, cuando doña Adelaide lo recibió llena de inmenso respeto, de particular consideración, quedó desarmado y todas sus pequeñas vanidades fueron tocadas y satisfechas.

Doña Adelaide, mujer vieja, del tiempo en que el Imperio armaba esa nobleza escolar, poseía en sí una particular reverencia, un culto por los doctores; así, pues, no le fue difícil demostrarlo cuando se vio frente al doctor Armando Borges, de cuyas calificaciones y premios tenía exacta noticia.

Quaresma mismo lo recibió con las mayores muestras de admiración y el doctor, gozando aquel sobrehumano prestigio, iba conversando pausadamente, sentenciosa, dogmáticamente; y a medida que conversaba, quizá para que el efecto no se disipara, hacía girar la mano derecha con el gran anillo "simbólico" el talismán, que cubría la falange del dedo índice izquierdo, a la moda de *marquise*: el anillo de graduación.

Conversaron mucho. La joven pareja contó la agitación política de Río, la revuelta de la fortaleza de Santa Cruz; doña Adelaide, la epopeya de la

[1] *Rôla:* ave semejante a la paloma.

mudanza, los muebles rotos, los objetos quebrados. Por la medianoche, todos se fueron a dormir con una particular alegría, mientras los sapos levantaban en el riachuelo de enfrente su grave himno a la trascendente belleza del cielo negro, profundo y estrellado.

Despertaron temprano. Quaresma no fue en seguida al trabajo. Tomó café y estuvo conversando con el doctor. El correo llegó y le trajo un diario. Rasgó la faja y leyó el título. Era *El Municipio,* órgano local, hebdomadario, afiliado al partido oficial. El doctor se había alejado; él aprovechó la ocasión para leer el diariucho. Se puso los lentes, se recostó en la silla-hamaca y desdobló el diario. Estaba en la veranda; el viento soplaba entre los bambúes que se inclinaban perezosamente. Comenzó la lectura. El artículo de fondo se titulaba: "Intrusos", y consistía en un tremendo ataque a los no nativos del lugar que allí vivían, "verdaderos extranjeros que venían a entrometerse en la vida particular y política de la familia curuzuense, perturbando su paz y su tranquilidad".

¿Qué diablos quería decir aquello? Iba a dejar aparte el pasquín cuando le pareció leer su nombre entre versos. Buscó el lugar y dio con estas cuartetas:

Política de Curuzu

Quaresma, meu bem, Quaresma!
Quaresma do coração!
Deixa as batatas em paz,
Deixa em paz o feijão.

Jeito não tens para eso
Quaresma, meu cocumbi!
Volta à mania antiga
*De redigir em tupi.**

Olho vivo

El mayor quedó estupefacto. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué? ¿Quién era? No atinaba, no encontraba el motivo y el fondo de semejante ataque. Su hermana se había aproximado acompañada de la ahijada. Quaresma le extendió el diario con brazo tembloroso: "Lee esto, Adelaide".

La vieja señora vio en seguida la perturbación del hermano y leyó con prisa y solicitud. Ella tenía amplia maternidad de solterona; pues parece que la falta de los hijos refuerza y ensancha el interés de la mujer por los dolores de los otros. Mientras leía. Quaresma decía: "Pero ¿qué hice yo?, ¿qué tengo que ver con la política?". Y se mesaba los cabellos ya bastante encanecidos.

Doña Adelaide entonces le dijo suavemente:

—Sosiégate, Policarpo. ¿Por esto solo?... ¡Caramba!

* "¡Quaresma, querido Quaresma! / ¡Quaresma de mi corazón! / Deja las papas en paz / deja en paz el poroto. / Habilidad no tienes para eso / ¡Quaresma, mi monigote! / Vuelve a la manía antigua / de redactar en tupi." *Ojo vivo.*

La ahijada también leyó los versos y preguntó al padrino:

—¿Usted no se metió, ninguna vez, en la política de aquí?

—¡Yo, nunca!... Hasta voy a declarar que...

—¡Está loco! —exclamaron a un mismo tiempo las dos mujeres, agregando la hermana:

—Eso sería una cobardía... Una satisfacción... ¡Nunca!

El doctor y Ricardo llegaban de afuera y encontraron a los tres en esas consideraciones. Notaron la alteración de Quaresma. Estaba pálido, tenía los ojos húmedos y se rascaba sucesivamente la cabeza.

—¿Qué hay mayor? —indagó el trovero.

Las señoras explicaron el caso y le dieron a leer los versos. Después, Ricardo contó lo que había escuchado en el pueblo. Todos creían que el mayor había ido allí con la intención de hacer política, tanto es así que daba limosnas, dejaba que el pueblo recogiera leña en sus tierras, distribuía remedios homeopáticos... Antonino había afirmado que era necesario desenmascarar a semejante tartufo.

—¿Y no lo desmentiste? —preguntó Quaresma.

Ricardo afirmó que sí, pero que el escribano no había querido creerle, reiterando sus propósitos de ataque.

El mayor quedó profundamente impresionado con todo; pero, de acuerdo con su genio, incubó en los primeros tiempos la impresión, y en tanto estuvieron con él sus amigos, no demostró preocupación.

Olga y el marido pasaron en "El Sosiego" cerca de quince días. El marido, al finalizar la semana ya parecía estar cansado. Los paseos no eran muchos. En general, en nuestros lugarejos hay una gran pobreza de pintoresquismo; hay uno o dos lugares célebres, así como en Europa cada aldea tiene su curiosidad histórica.

En Curuzu, el paseo afamado era el Carico, una catarata distante dos leguas de la casa de Quaresma, hacia el lado de las montañas que le concedían el horizonte fronterizo. El doctor Campos ya había trabado relaciones con el mayor, y gracias a él hubo caballos y silla para permitir a la muchacha ir hasta la catarata.

Fueron de mañana, el presidente de la Cámara, el doctor, su mujer y la hija de Campos. El lugar no era feo. Una pequeña cascada, de unos quince metros de altura, despeñándose en tres partes por la ladera, montaña abajo. El agua se estremecía en la caída, como enredándose para luego pulverizarse en una gran cuenca de piedra, mugiendo y roncando. Había mucho verde, y la cascada vivía bajo una bóveda de árboles. El sol se filtraba difícilmente y venía a reflejarse sobre el agua o sobre las piedras en pequeñas manchas, redondas u oblongas. Los periquillos de un verde más claro, posados en los gajos, parecían incrustaciones de aquel salón fantástico.

Olga pudo ver todo eso bien a gusto, caminando de un lado para otro, porque la hija del presidente mantenía un silencio de sepulcro, y su padre se informaba con su marido de las novedades medicinales: ¿Cómo se cura la erisipela? ¿Aún se usa mucho el tártaro emético?

Lo que más la impresionó en el paseo fue la miseria general, la falta de cultivo, la pobreza de las casas, el aire triste y abatido de la gente pobre.

Educada en la ciudad, ella tenía de los campesinos la idea de que eran felices, saludables y alegres. Habiendo tanto barro, tanta agua, ¿por qué las casas no eran de ladrillos y no tenían tejas? Era siempre ese siniestro forraje usado como techo que dejaba ver la trama de cañas, como el esqueleto de un enfermo. ¿Por qué alrededor de esas casas no había cultivos, una huerta, un poco de frutales? ¿Acaso no era fácil, apenas trabajo de algunas horas? Y no había ganado, ni siquiera pequeño. Era raro ver una cabra, un carnero. ¿Por qué? Aun en las *fazendas* el espectáculo tampoco era más alentador. Todas melancólicas, bajas, casi desprovistas de la huerta olorosa y la quinta suculenta. A no ser por el café y un maizal aquí y allá, no se podía ver otro cultivo, otra industria agrícola. No podía ser solamente pereza o indolencia. Para su gasto, para su uso propio, el hombre siempre tiene energía para trabajar relativamente. En el África, en la India, en la Cochinchina, en todas partes, los matrimonios, las familias, las tribus, plantan un poco, algunas cosas para ellos. ¿Sería la tierra? ¿Qué sería? Y todos esos asuntos desafiaban su curiosidad, su deseo de saber, y también su piedad y simpatía por aquellos parias, mal vestidos, mal alojados, ¡quizá con hambre, atribulados! ...

Pensó en ser hombre. Si lo fuese pasaría allí y en otras localidades meses y años, indagaría, observaría y con certeza habría de encontrar el motivo y el remedio. Aquella era la situación del campesino de la Edad Media comienzos de la nuestra: era el famoso animal de La Bruyère que tenía rostro humano y voz articulada...

Como al día siguiente fuera a pasear a las tierras del padrino, aprovechó la ocasión para interrogar al respecto al conversador Felizardo. La faena del cultivo estaba casi en el final; el gran espacio de tierra estaba casi enteramente limpio y subía un poco por la ladera de la colina que formaba la elevación del lugar.

Olga encontró al hombre allí abajo, cortando con el machete las maderas más gruesas; Anastácio estaba en lo alto, a orillas del bosque, juntando las hojas caídas. Ella le habló:

—Buenos días, señora "doña".

—Entonces, ¿se trabaja mucho, Felizardo?

—Lo que se puede.

—Ayer estuve en el Carico, lindo lugar... ¿Dónde vives tú, Felizardo?

—Del otro lado, en el camino del pueblo.

—¿Es grande tu sitio?

—Un poco, sí señora "doña".

—¿Por qué no plantas para ti?

—¡Qué "doña"! ¿Y qué come uno?

—Lo que se haya plantado o lo que la plantación dé en dinero.

—No señora "doña", usted está pensando una cosa, y es otra. Mientras la planta crece, ¿qué entonces? No, señora "doña", la cosa no es así.

Dio un machetazo; el tronco escapó: lo colocó mejor en el picador y antes de lanzar el machetazo, aún dijo:

—La tierra no es nuestra... ¿Y las hormigas?... Nosotros no tenemos he-

rramientas... eso es bueno para el italiano o el "alamán" a los que el gobierno les da todo... El gobierno no nos quiere...

Dejó caer el machete, firme, seguro; y el rugoso tronco se abrió en dos partes, casi iguales, de un amarillo claro, donde comenzaba a aparecer la entraña oscura.

Ella regresó, queriendo alejar de su espíritu aquel desacuerdo que el compañero indicara, pero no pudo. Era cierto. Por primera vez notaba que el *self-help* del gobierno era solamente para los nacionales; para los otros eran todos los auxilios y facilidades, sin contar con su anterior educación y el apoyo de los patricios.

¿Y la tierra no era de ellos? Pero ¿de quién era, entonces, tanta tierra abandonada que se encontraba por ahí? Ella hasta había visto *fazendas* cerradas, con las casas en ruinas... ¿Por qué ese acaparamiento, esos latifundios inútiles e improductivos?

La debilidad de su atención no le permitió pensar más en el problema. Fue yendo para la casa, porque ya era la hora de la cena y el hambre llegaba.

Encontró al marido y al padrino conversando. Aquél había perdido un poco su aspecto de morgue, y hasta había ocasiones en que era natural. Cuando ella llegó, el padrino exclamaba:

—¡Abonos! ¿Es posible que un brasileño tenga tales ideas? ¡Si tenemos las tierras más fértiles del mundo!

—Pero se agotan, mayor —observó el doctor.

Doña Adelaide, en silencio, seguía con atención el *crochet* que estaba haciendo; Ricardo escuchaba con los ojos desorbitados; y Olga se entrometió en la conversación:

—¿Qué enojo es ese, padrino?

—Es tu marido que quiere convencerme que nuestras tierras necesitan abonos... ¡Esto hasta es una injuria!

—Pues esté seguro, mayor, que si yo fuese usted —adujo el doctor—, ensayaba unos fosfatos...

—Seguro, mayor —intercedió Ricardo—. Yo, cuando comencé a tocar el violón, no quería aprender música... ¡Nada de música! ¡Nada de nada! ¡La inspiración basta!... Hoy veo que es necesario... Así pasa con todo —resumió.

Todos se miraron, excepto Quaresma, que en seguida dijo con toda la fuerza de su alma:

—Señor doctor, el Brasil es el país más fértil del mundo, es el mejor dotado, y sus tierras no precisan "préstamos" para dar sustento al hombre. ¡Esté seguro!

—Las hay más fértiles, mayor —insinuó el doctor.

—¿Dónde?

—En Europa.

—¿En Europa?

—Sí, en Europa. Las tierras negras de Rusia, por ejemplo.

El mayor consideró al joven durante algún tiempo y exclamó triunfante:

—¡Usted no es un patriota! Estos jóvenes...

La cena transcurrió más calma. Ricardo hizo aún algunas consideraciones sobre el violón. A la noche, el trovador cantó su última producción, *Los labios de Carola.* Sospechábase que Carola fuera una criada del doctor Campos; pero nadie aludió a eso. Lo escucharon con interés y fue muy aclamado. Olga tocó en el viejo piano de doña Adelaide; y antes de las once ya se habían recogido todos.

Quaresma llegó a su cuarto, se desvistió, se puso su camisón de dormir y, acostado, comenzó a leer un viejo elogio de las riquezas y opulencias del Brasil.

La casa estaba en silencio; desde afuera no se escuchaba el menor ruido. Los sapos habían suspendido un instante su orquesta nocturna. Quaresma leía, y recordaba que Darwin escuchaba con placer ese concierto de los charcos. ¡Todo en nuestra tierra es extraordinario!, pensó. De la despensa, que quedaba junto a su aposento, venía un ruido extraño. Alertó el oído y prestó atención. Los sapos recomenzaron su himno. Había voces bajas, otras más altas y estridentes; una seguía a la otra, en un momento dado todas se juntaron en un unísono bien sustentado. Por un instante suspendieron la música. El mayor aguzó el oído; el ruido continuaba. ¿Qué era? Se oían como unos suaves estallidos, parecía que quebraban ramitas secas, que dejaban caer otras al suelo. Los sapos recomenzaron; el regente dio unas señales y en seguida vinieron los bajos y los tenores. Demoraron mucho; Quaresma pudo leer unas cinco páginas. Los batracios se detuvieron; el ruido continuaba. El mayor se levantó, tomó el candelabro y fue a la dependencia de la casa de donde partía el ruido, así como estaba, en camisa de dormir.

Abrió la puerta; no vio nada. Iba a buscar por los rincones, cuando sintió un aguijonazo en el empeine del pie. Casi gritó. Bajó la vela para ver mejor y dio con una *saúva* [1] agarrada con toda su furia a su delgada piel. Descubrió el origen de la bulla. Eran hormigas que por un agujero en el suelo le habían invadido la despensa, y cargaban sus reservas de maíz y *feijão,* cuyos recipientes habían sido dejados abiertos por descuido. El suelo estaba negro, y cargadas con sus granos, en pelotones cerrados, se sumergían en el suelo en busca de su ciudad subterránea.

Quiso ahuyentarlas. Mató a una, diez, veinte, cien; pero eran millares y el ejército aumentaba cada vez más. Vino una, lo mordió; después otra, y lo fueron mordiendo en las piernas, los pies, subiendo por su cuerpo. No pudo aguantar más, gritó, zapateó y dejó caer la vela.

Estaba en la oscuridad. Se debatía para encontrar la puerta; echó a correr huyendo de aquel ínfimo enemigo al que, tal vez, ni siquiera a la luz radiante del sol pudiera ver distintamente...

[1] *Saúva:* especie de hormiga muy depredadora y feroz.

IV

"PIDO ENERGIA, VOY PARA ALLI"

Doña Adelaide, la hermana de Quaresma, tenía unos cuatro años más que él. Era una hermosa anciana, con un cuerpo proporcionado, una tez que comenzaba a adquirir esa pátina de la gran vejez, una espesa cabellera ya enteramente amarillenta y una mirada tranquila, calma y dulce. Fría, sin imaginación, de inteligencia lúcida y positiva, en todo formaba un gran contraste con su hermano; sin embargo, nunca hubo entre ellos una separación profunda ni tampoco una compenetración perfecta. Ella no entendía ni procuraba entender la sustancia del hermano, y sobre éste en nada reaccionaba aquel ser metódico, ordenado y organizado, de ideas simples, medianas y claras.

Ella ya había alcanzado los cincuenta y él marchaba hacia allí; pero ambos tenían un aire saludable, pocos achaques, y prometían aún larga vida. La existencia calma, suave y organizada que ambos habían llevado hasta allí, había ayudado bastante a la buena salud de ambos. Quaresma no incubó sus manías hasta después de los cuarenta, y ella no había tenido ninguna.

Para doña Adelaide, la vida era cosa simple, era vivir, es decir, tener una casa, almuerzo y cena, vestimenta, todo modesto, mediano. No tenía ambiciones, pasiones, deseos. Joven, nunca había soñado con príncipes, bellezas, triunfos, ni siquiera un marido. Si no se casó, fue porque no sintió necesidad de eso; el sexo no le pesaba y de alma y de cuerpo siempre se sintió completa.

Su aspecto tranquilo y el sosiego de sus ojos verdes, de un brillo lunar de esmeralda, enmarcaban y realzaban en aquel interior familiar la agitación y la inquietud, el ímpetu de su hermano.

No se vaya a suponer que Quaresma anduviese trastornado como un loco. Felizmente, no. En apariencia, hasta se podría imaginar que nada con-

movía su alma; sin embargo, si se examinaban más lentamente sus hábitos, gestos y actitudes en seguida se veía que el sosiego y la placidez no habitaban en su pensamiento.

Había ocasiones en que se quedaba mirando durante minutos seguidos, allá a lo lejos, el horizonte, ensimismado; otras, eso cuando trabajaba en el campo, en que suspendía todos los movimientos, fijaba la mirada en el suelo, se quedaba así un instante, rozándose una mano con la otra, después daba un golpe, y continuaba el trabajo; y había momentos en que no reprimía una exclamación o una frase.

Anastácio, en tales instantes, miraba por debajo de los ojos al patrón. El ex esclavo no los sabía ya fijar, y no decía nada; Felizardo continuaba contando la fuga de la hija de Custódio con Manduca, el del almacén; y el trabajo marchaba.

Inútil es decir que la hermana no reparaba en eso, inclusive porque, a no ser en la cena y en las primeras horas del día, vivían separados. Quaresma en sus plantaciones, y ella supervisando el trabajo doméstico.

Las otras personas de sus relaciones tampoco podían notar las preocupaciones absorbentes del mayor, por el simple motivo de que estaban lejos.

Ricardo hacía seis meses que no lo visitaba, y de la ahijada y del compadre las últimas cartas que había recibido, databan de una semana, sin haber visto a aquélla hacía tanto tiempo como al trovador, y a aquél desde hacía casi un año, esto es, el tiempo que estaba en "El Sosiego".

Durante ese tiempo, Quaresma no cesó de interesarse por el aprovechamiento de sus tierras. Sus hábitos no habían cambiado y su actividad continuaba siempre la misma. Es verdad que había dejado de lado los instrumentos de meteorología.

El higrómetro, el barómetro y los otros compañeros, ya no eran consultados ni las observaciones registradas en un cuaderno. Le había ido mal con ellos. Fuese por inexperiencia e ignorancia de sus bases teóricas, fuese por lo que fuera, lo cierto es que todas las previsiones que Quaresma había basado en combinaciones de sus datos, salían erradas. Si esperaba buen tiempo, allá venía la lluvia; si esperaba lluvia, allá venía la sequía.

Así perdió muchas semillas y Felizardo sonreía de sus aparatos, con aquella gruesa y cavernosa sonrisa de troglodita:

—¡Qué va, patrón! ¡Eso de la lluvia viene cuando Dios quiere!

El barómetro aneroide continuaba en su rincón, danzando siempre su puntero, sin ser percibido; el termómetro de máxima y mínima, legítimo Casella, yacía colgado en la veranda sin recibir ni una mirada amiga; el pluviómetro estaba en el gallinero y servía de bebedero a las aves; sólo el anemómetro continuaba girando, girando desde lo alto del mástil, ya sin hilo, como si protestara contra aquel desprecio por la ciencia que Quaresma representaba.

Así vivía Quaresma, sintiendo que la campaña que le habían iniciado, aunque dejara de ser pública, continuaba ocultamente. Había en su espíritu y en su carácter una voluntad de acabarla de una vez, pero ¿cómo? Si no lo acusaban, si no articulaban nada contra él, directamente. Era un combate con sombras, con apariencias, que sería ridículo aceptar.

Por lo demás, la situación general que lo cercaba, aquella miseria de la población campestre que nunca había sospechado, aquel abandono de tierras a la improductividad, encaminaban su alma de patriota meditativo a preocupaciones angustiosas.

El mayor veía con tristeza que no existían en aquella gente humilde sentimientos de solidaridad, de apoyo mutuo. No se asociaban para nada y vivían separados, aislados, en familias generalmente irregulares, sin sentir la necesidad de unión para el trabajo de la tierra. Sin embargo, bien cerca tenían el ejemplo de los portugueses que, unidos de a seis o más, conseguían en sociedad cultivar con el arado tierras de cierta importancia, obtener ganancias y vivir. Aun la vieja costumbre del *moitirão* [1] ya se había apagado.

¿Cómo remediar eso?

Quaresma se desesperaba...

La afirmación de falta de brazos le pareció una afirmación de mala fe o estúpida, y estúpido o de mala fe era el gobierno que los andaba importando por millares, sin preocuparse por los que ya existían. ¡Era como si en el campo en que mal pastaban media docena de cabezas de ganado, fuesen introducidas otras tres, para aumentar el abono! ...

Por su caso, veía bien las dificultades, los óbices de toda suerte que había para hacer la tierra productiva y remunerativa. Un hecho vino a mostrarle con elocuencia uno de los aspectos de la cuestión. Venciendo los hierbajos, los malos tratos y el abandono de tantos años, los aguacateros de sus tierras habían conseguido fructificar, débilmente es verdad, pero de manera superior a las necesidades de su casa.

Su alegría fue grande. Por primera vez iba a pasarle por las manos dinero que le daba la tierra, siempre madre y siempre virgen. Trató de vender, pero ¿cómo? ¿A quién? En el lugar había uno u otro que los quería comprar por precios ínfimos. Con decisión fue a Río en busca de compradores. Anduvo de puerta en puerta. No querían, eran muchos. Le enseñaron que buscara a un tal señor Azevedo, en el Mercado, el rey de las frutas. Allá fue.

—¡Aguacates! ¡Caramba! Tengo muchos... ¡Están muy baratos!

—Sin embargo —dijo Quaresma—, aun hoy mismo pregunté en una confitería y me pidieron cinco *mil réis* por una docena.

—Al por menor, usted sabe... Es eso... En fin, si quiere mándelos...

Después tintineó la pesada cadena de oro, puso una de las manos en el chaleco y casi de espaldas dijo al mayor:

—Es preciso verlos... El tamaño influye...

Quaresma los mandó, y cuando vino el dinero, tuvo la orgullosa satisfacción de quien acaba de ganar una gran batalla inmortal. Acarició uno por uno a esos billetes arrugados, leyó bien el número y la imagen, ordenó todos uno junto a otro sobre una mesa y mucho tiempo pasó sin ánimo de cambiarlos.

Para evaluar la ganancia descontó el flete del ferrocarril y de carro, el costo de los cajones, el salario de los auxiliares, y después de ese cálculo que no era laborioso, tuvo la evidencia de que había ganado mil quinientos

[1] *Moitirão:* antiguo sistema de explotación rural.

réis, ni más ni menos. El señor Azevedo le había pagado por el ciento la cantidad con que se compra una docena.

Asimismo su orgullo no disminuyó y vio en aquel ridículo lucro objeto de mayor contento que si hubiera recibido un grueso sueldo.

Por lo tanto, fue con redoblada actividad que se puso al trabajo. Para ese año la ganancia sería mayor. Ahora tratábase de limpiar los frutales. Anastácio y Felizardo continuaban ocupados en las grandes plantaciones; contrató otro empleado para ayudarlo en el tratamiento de los viejos árboles frutales.

Fue, pues, con Mané Candeeiro que se puso a aserrar los troncos de los árboles, los gajos muertos y aquellos en que la hierba dañina prendía sus raíces. Era arduo y difícil el trabajo. A veces tenían que treparse para la extirpación del gajo alcanzado; los espinos rasgaban la ropa y herían las carnes; y en muchas ocasiones estuvieron en riesgo de caer al suelo la sierra y Quaresma o el compañero.

Mané Candeeiro hablaba poco, a no ser que se tratara de temas de caza; pero cantaba más que un pajarito. Mientras estaba aserrando cantaba trovas campesinas, ingenuas, donde con sorpresa el mayor veía que no entraban en ellas la fauna, la flora locales, las costumbres de las profesiones campesinas. Eran vaporosamente sensuales y muy tiernas, melosas; si por casualidad en alguna aparecía un pájaro local, el mayor escuchaba con más atención:

Eu vou dar a despedida
como deu o bacurau,
uma perna no caminho
*otra no galho de pau.**

Este *bacurau* que ahí entraba satisfacía particularmente las aspiraciones de Quaresma. La observación popular ya comenzaba a interesarse por el espectáculo ambiente, ya se emocionaba con él y por lo tanto nuestra raza echaba raíces en la gran tierra que habitaba. El la copió y la mandó al viejo poeta de São Cristóvão. Felizardo decía que Mané Candeeiro era un mentiroso, pues todas aquellas cacerías de *caitetus*,[1] *jacus*,[2] onzas, eran patrañas; pero respetaban su talento poético, principalmente en el desafío: ¡el sujeto era bueno en eso!

Era de cutis claro y tenía unas facciones regulares, cesarianas, duras y fuertes, un tanto ablandadas por la sangre africana.

Quaresma trató de descubrir en él aquella odiosa catadura que Darwin encontró en los mestizos; pero, sinceramente, no la encontró.

Con auxilio de Mané Candeeiro, Quaresma consiguió terminar de limpiar los frutales de aquella quinta abandonada desde hacía casi diez años.

* "Yo voy a despedirme / como lo hizo el *bacurau*, / una pierna en el camino / otra en el gajo de palo."

[1] *Caitetu,* o *caititu:* mamífero paquidermo del Brasil.

[2] *Jacú:* ave gallinácea del Brasil, de la que existen varias especies.

Cuando el trabajo estuvo listo, vio con tristeza aquellos viejos árboles amputados, mutilados, con hojas aquí y sin hojas allá... Parecían sufrir, y recordó las manos que los habían plantado hacía veinte o treinta años, esclavos quizá, poco agitados y sin esperanzas...

Pero no tardaron en reventar los botones y todo reverdeció, y el renacimiento de los árboles trajo el contento de las aves y del pajarerío suelto. De mañana, volaban los *tiês* rojos, con su pío pobre, especie de ave tan inútil y tan bella de plumas que parece haber nacido para los sombreros de las damas; las *rôlas* pardas en bandada, picoteando el suelo carpido; con el correr del día, los *sanhaçus* cantaban en los gajos altos, lo mismo que los *papa-capins,* las nubes de *coleiros*; y por la tarde, todos ellos se reunían piando, cantando, vocingleros, por los altos mangos, por los *cajueiros*,[1] por los aguacateros, entonando loas al trabajo tenaz y fecundo del viejo mayor Quaresma.

No duró mucho esa alegría. Un enemigo apareció inopinadamente, con la rapidez osadísima de un general consumado. Hasta allí se había mostrado tímido como si solamente mandara vigías.

Desde aquel ataque a las provisiones de Quaresma, en seguida ahuyentadas, las hormigas no habían reaparecido más; pero aquella mañana, cuando contempló su maizal, fue como si le quitaran el alma, y quedó sin acción, las lágrimas inundando sus ojos.

El maíz que ya había repuntado, muy verde, pequeñito, con una timidez de niño, había crecido cerca de medio palmo encima de la tierra; el mayor hasta había mandado buscar el sulfato de cobre para la solución con la que iba a lavar la papa inglesa que plantaría en los intervalos entre las plantas.

Todas las mañanas iba para allí y veía el maizal crecido con su penacho blanco y sus espigas color de vino, oscilando al viento; esa mañana no vio nada de eso. ¡Hasta los tiernos brotes habían sido cortados y llevados lejos! "Como si lo hubiera hecho una persona", dijo Felizardo; sin embargo, habían sido las *saúvas,* los terribles himenópteros, piratas ínfimos que le caían encima de su trabajo con una rapacidad turca... Era preciso combatirlos. Quaresma se puso en seguida en campaña, descubrió las aberturas principales del hormiguero y en cada una quemó el hormiguicida fatal. Pasaron los días; los enemigos parecían derrotados; pero cierta noche, yendo a la puerta para apreciar mejor la noche estrellada, Quaresma escuchó un extraño ruido, como si alguien aplastara las hojas muertas de los árboles... Un estallido... Y era cerca... Encendió un fósforo, y ¡qué vio, Dios mío! Casi todos los naranjos estaban negros de inmensas *saúvas*. Había de ellas por centenares, por los troncos y por las ramas superiores, y se agitaban, se movían, andaban como lo hace en sus transitadas y vigiladas calles la población de una gran ciudad; unas subían, otras bajaban; nada de atropellos, de confusión, de desorden. El trabajo parecía regulado a toques de corneta. Allá arriba unas cortaban las hojas por el pecíolo; allá abajo otras las serruchaban en pedazos y finalmente eran cargadas por terceras, levantándolas sobre la des-

[1] *Cajueiro:* árbol brasileño cuyo fruto es el cajú.

comunal cabeza en largas hileras por el camino limpio, abierto entre la hierba rastrera.

Hubo un instante de desánimo en el alma del mayor. No había contado con aquel obstáculo ni lo había supuesto tan fuerte. Ahora veía bien que era una sociedad inteligente, organizada, osada y tenaz con la que tenía que enfrentarse. Entonces le vino el recuerdo de aquella frase de Saint-Hilaire: "Si nosotros no expulsamos a las hormigas, ellas nos expulsarán a nosotros".

El mayor no recordaba con exactitud si ésas eran las palabras, pero ése era el sentido, y se admiró de que recién ahora se le ocurrieran.

Al día siguiente había recuperado el ánimo. Compró ingredientes, y helo ahí, junto a Mané Candeeiro abriendo picadas, haciendo esfuerzos de sagacidad para descubrir los reductos centrales, las "ollas" de los terribles insectos. Entonces era como si bombardearan; ¡el sulfato quemaba, estallaba en tiros seguidos, mortíferos, letales!

De ahí en adelante, fue una batalla sin tregua. Si aparecía una abertura, un "ojo", en seguida se le aplicaba el hormiguicida, pues de lo contrario ninguna plantación era posible, tanto más que aunque extinguidos los de sus tierras no tardarían los hormigueros de la vecindad, o los de las tierras comunes, en tender senderos hacia su terreno.

Era un suplicio, un castigo, una especie de vigilancia de dique holandés, y Quaresma percibió bien que sólo una autoridad central, un gobierno cualquiera, o un acuerdo entre los plantadores, podía llevar a cabo la extinción de ese flagelo, peor que el granizo, que la helada, que la sequía, siempre presente en invierno o en verano, otoño o primavera.

No obstante esa lucha diaria, el mayor no se desanimó y pudo recoger algunos productos de las plantaciones que había hecho. Si por las frutas su alegría fue grande, más expresiva y más profunda fue cuando vio partir a la estación, en sucesivas carretas, los zapallos, los apios, las batatas, los cestos cubiertos con bolsas cosidas. Las frutas, en parte, eran de otras manos; los árboles no habían sido plantados por él; pero aquello no, ¡eso venía de su sudor, de su iniciativa, de su trabajo!

Fue a ver aquellos cestos a la estación, con la ternura de un padre que ve partir a su hijo para la gloria y para la victoria. Recibió el dinero días después, lo contó, y estuvo deduciendo las ganancias.

No fue al campo ese día; el trabajo contable robó el tiempo del cultivador. Su atención, ya un tanto gastada, no le favorecía la tarea de las cifras, y sólo hacia el mediodía pudo decirle a la hermana:

—¿Sabes cuál fue la ganancia, Adelaide?

—No. ¿Menor que la de los aguacates?

—Un poco más.

—Entonces... ¿Cuanto?

—Dos mil quinientos setenta *réis* —respondió Quaresma, recalcando sílaba por sílaba.

—¿Qué?

—Eso. Solamente de flete pagué ciento cuarenta y dos mil quinientos.

Doña Adelaide mantuvo algunos minutos los ojos bajos, siguiendo con la costura que estaba haciendo; después, levantó la mirada:

—Hombre, Policarpo, lo mejor sería que dejaras eso... Has gastado mucho dinero... ¡Sólo con las hormigas!

—¡Caramba, Adelaide! ¿Piensas que quiero hacer fortuna? Hago esto para dar ejemplo, levantar la agricultura, aprovechar nuestras tierras tan feraces...

—Siempre eso... Siempre quieres ser la abeja-maestra... ¿Ya viste a los grandes hacer esos sacrificios?... ¡Mira si los hacen! Historias... Se meten en el negocio del café, que tiene todas las protecciones...

—Pero lo hago yo.

La hermana prestó más atención a la costura. Policarpo se levantó, fue a la ventana que daba al gallinero. Era un día hosco e irritante. Se acomodó el *pince-nez,* estuvo mirando y desde allí habló:

—¡Adelaide! ¿Aquello no es una gallina muerta?...

La anciana señora se irguió con la costura, fue hasta la ventana y verificó con la mirada:

—Sí... Y ya es la segunda que muere hoy.

Después de esta leve conversación, Quaresma volvió a su sala de estudios. Meditaba grandes reformas agrícolas. Había mandado a buscar catálogos e iba a examinarlos. Tenía ya en mente un arado doble, una podadora mecánica, una sembradora, un aparato para arrancar tocones, rejas, todo americano, de acero, lo que daría el rendimiento efectivo de veinte hombres. Hasta entonces, no había querido saber nada de esas innovaciones; las tierras más ricas del mundo no precisaban de esos procesos, que le parecían artificiales, para producir; sin embargo, ahora estaba dispuesto a emplearlos como experiencia. Sin embargo, su espíritu aún rehuía los abonos. Tierra dada vuelta, decía Felizardo, era tierra abonada; a Quaresma le parecía una profanación emplear nitratos, fosfatos o hasta abono común, en una tierra brasileña... ¡Una injuria!

Cuando se convenciera de que eran necesarios, le parecería que todo su sistema de ideas se iría por tierra y que los móviles de su vida desaparecerían. Así estaba, escogiendo arados y otros "Planets" "Bajacs" y "Brabants" de variadas formas, cuando su pequeño mandadero le anunció la visita del doctor Campos.

El edil entró con su jovialidad, su mansedumbre y su gran cuerpo. Era alto y gordo, un poco panzón, tenía los ojos castaños casi a flor del rostro, una frente mediana y recta; la nariz, mal hecha. Un tanto trigueño, cabellos ya escasos y grisáceos, era lo que por allí se llama un *caboclo,* aunque su bigote fuera crespo. No había nacido en Curuzu, era de Bahía o de Sergipe; habitaba, sin embargo, desde hacía más de veinte años el lugar, donde se había casado y prosperado, gracias a la dote de la mujer y a su actividad clínica. Con ésta, no gastaba gran energía mental: sabiendo de memoria una media docena de recetas, desde hacía mucho había conseguido encuadrar las molestias locales en su reducido formulario.

Presidente de la Cámara, era una de las personas más consideradas de

Curuzu, y Quaresma lo estimaba particularmente por su familiaridad, su afabilidad y simplicidad.

—¡Oh, viva mayor! ¿Cómo va esto, por aquí? ¿Mucha hormiga? Allá en casa ya no hay más.

Quaresma respondió con menos entusiasmo y jovialidad, pero contento con la alegría comunicativa del doctor, que continuaba hablando con desembarazo y naturalidad:

—¿Sabe lo que me trae por aquí, mayor? No lo sabe, ¿no? Necesito un pequeño obsequio suyo.

El mayor no se sorprendió; simpatizaba con el hombre y se abrió en ofrecimientos.

—Como usted sabe, mayor...

Ahora su voz era dulce, flexible, sutil; las palabras le caían de la boca dulcificada, se doblaban, coleaban:

—Como usted sabe, mayor, las elecciones deben realizarse por estos días. La victoria es "nuestra". Todas las mesas están con nosotros, excepto una... Ahí mismo, si usted quisiera...

—Pero, ¿cómo? Si yo no soy elector, no me meto, ni me quiero meter en política —preguntó Quaresma, ingenuamente.

—Exactamente por eso —dijo el doctor en voz alta; y en seguida, blandamente—; la sección funciona en su vecindad, es allí, en la escuela, si...

—¿Y de ahí?

—Tengo aquí una carta de Neves, dirigida a usted. Si el mayor quiere responder (es mejor, ya) que no hubo elección... ¿Quiere?

Quaresma miró al doctor con firmeza, se rascó un instante la barba y respondió claramente:

—Absolutamente no.

El doctor no se enojó. Puso más unción y dulzura en la voz, adujo argumentos: que era para el partido, el único que pugnaba por la elevación de la agricultura. Quaresma fue inflexible; dijo que no, que le eran absolutamente antipáticas tales disputas, que no tenía partido y que aunque lo tuviera no iría a afirmar una cosa que él no sabía si era verdad o mentira.

Campos no dio muestras de molestia, conversó un poco más sobre cosas banales y se despidió con aire amable, con la jovialidad más suya que le fue posible.

Eso pasó el miércoles, aquel día de luz hosca e irritante. A la tarde hubo truenos, llovió mucho. El tiempo sólo se aquietó el jueves, día en que el mayor fue sorprendido por la visita de un sujeto con un uniforme viejo y lamentable, portador de un papel oficial para él, propietario de "El Sosiego", conforme dijo el hombre uniformado.

En virtud de las reglamentaciones y leyes municipales, rezaba el papel, el señor Policarpo Quaresma, propietario de la quinta "El Sosiego", era intimado, bajo las penas de las mismas reglamentaciones y leyes, a cultivar y carpir los terrenos fronterizos de la quinta que confinaban con las vías públicas.

El mayor se quedó un momento pensando. Juzgaba imposible tal intimación. ¿Sería verdad? Una broma... Leyó de nuevo el papel, vio la firma

del doctor Campos. Era cierto. Pero qué absurda intimación ésa de carpir y limpiar caminos en una extensión de mil doscientos metros, pues su quinta daba por el frente a un camino y por uno de los lados acompañaba otro en la extensión de ochocientos metros. ¿Era eso posible?

¡La antigua corvea!... Un absurdo. Antes, que le confiscaran la quinta. Consultando a la hermana, ella le aconsejó que hablara con el doctor Campos. Entonces le contó Quaresma la conversación que había tenido con él días antes.

—Pero eres tonto, Policarpo. Fue él mismo...

La luz se hizo entonces en su pensamiento... Aquella red de leyes, de reglamentaciones, de códigos y de preceptos, en las manos de esos jefecitos dominantes, de tales caciques, se transformaban en potro, en poleas, en instrumentos de suplicio para torturar a los enemigos, oprimir a las poblaciones, cortarles las iniciativas y la independencia, abatiéndolas y desmoralizándolas.

Por sus ojos pasaron, en un instante, esos rostros amarillentos y chupados que se apoyaban en los portales de los almacenes perezosamente; vio también esas criaturas mal vestidas y sucias, de ojos bajos, pidiendo limosna disimuladamente por los caminos; vio esas tierras abandonadas, improductivas, entregadas a las hierbas e insectos dañinos; vio, aún, la desesperación de Felizardo, hombre bueno, activo y trabajador, sin ánimo para plantar un grano de maíz en casa y bebiéndose todo el dinero que le pasaba por las manos. Todo ese cuadro le pasó por los ojos con la rapidez y el brillo siniestro del relámpago; y sólo se apagó del todo cuando tuvo que leer la carta que su ahijada le había enviado.

Venía viva y alegre. Contaba pequeñas historias de su vida, el viaje próximo del padre a Europa, la desesperación del marido el día en que salió sin anillo, pedía noticias del padrino, de doña Adelaide, y sin faltarle el respeto, recomendaba a la hermana de Quaresma que tuviese mucho cuidado con el manto de armiño de la "Duquesa".

La "Duquesa" era una gran pata blanca, de plumas albas y suaves a la mirada, que por la lentitud y majestad al andar, con el pescuezo alto y el paso firme, mereciera de Olga ese sobrenombre de nobleza. El animal había muerto hacía algunos días. ¡Y qué muerte! Una peste que le llevó dos docenas de patos, también se había llevado a la "Duquesa". Era una especie de parálisis que le tomaba las piernas, después el resto del cuerpo. Su agonía duró tres días. Acostaba sobre el pecho, con el pico pegado al suelo, atacada por las hormigas, el pobre animal sólo daba señales de vida por una lenta oscilación del pescuezo en torno al pico, espantando a las moscas que la importunaban en su última hora.

Era de ver cómo aquella vida tan extraña a la nuestra, en aquel instante penetraba en nosotros y sentíamos el sufrimiento, la agonía y el dolor.

El gallinero quedó como una aldea devastada; la peste atacó gallinas, pavos, patos; bajo una forma u otra, fue derribando, matando, hasta reducir a su población a menos de la mitad.

Y no había quien supiese curar. En una tierra cuyo gobierno tiene tantas

escuelas que producen tantos sabios, no había un solo hombre que pudiera reducir con sus drogas o recetas aquel considerable perjuicio.

Esos contratiempos, esas contrariedades abatieron mucho al cultivador entusiasta de los primeros meses; sin embargo, no había pasado por la mente de Quaresma abandonar sus propósitos. Adquirió compendios de veterinaria y hasta ya trataba de comprar las máquinas agrícolas descritas en los catálogos.

Una tarde, sin embargo, estaba esperando la yunta de bueyes encomendada para un trabajo de arado, cuando apareció en la puerta un soldado de policía con un papel oficial. Recordó la intimación municipal. Estaba dispuesto a resistir, y no se molestó mucho.

Recibió el papel y leyó. Ya no venía de la municipalidad sino de la dirección de rentas, cuyo escribano, Antonino Dutra, conforme estaba en el papel, intimaba al señor Policarpo Quaresma a pagar quinientos *mil réis* de multa, por haber enviado productos de su cultivo sin pagar los respectivos impuestos.

Vio claramente lo que había en eso de venganza mezquina; pero su pensamiento voló en seguida hacia las cosas generales, llevado por su profundo patriotismo.

¿A cuarenta kilómetros de Río se pagaban impuestos para mandar al mercado papas? Después de Turgot, de la Revolución, ¿aún había aduanas interiores?

¿Cómo era posible hacer prosperar la agricultura con tantas barreras e impuestos? Si al monopolio de los acaparadores de Río se juntaban los apremios del Estado, ¿cómo era posible sacar de la tierra la remuneración consoladora?

Y el cuadro que ya le había pasado por los ojos cuando recibiera la intimación de la municipalidad, volvió de nuevo, más tétrico, más sombrío, más lúgubre; y entrevió la época en que aquella gente tendría que comer sapos, cobras, animales muertos, como en Francia los campesinos, en tiempos de los grandes reyes.

Quaresma recordó su *tupi,* su folklore, las *modinhas,* sus intentos agrícolas, y todo eso le pareció insignificante, pueril, infantil.

Eran necesarios trabajos mayores; más profundos; se tornaba necesario rehacer la administración. Imaginaba un gobierno fuerte, respetado, inteligente, removiendo todos esos obstáculos, esas trampas, Sully y Enrique IV entregando sabias leyes agrarias, elevando al agricultor... ¡Entonces sí! Surgiría el granero y la patria sería feliz.

Felizardo le entregó el diario que todas las mañanas mandaba comprar en la estación, y le dijo:

—Señor patrón, mañana no vengo a trabajar.

—Por cierto; es día feriado... La Independencia.

—No es por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Hay barullo en la Corte y dicen que van a reclutar. Me voy para el bosque... ¡Nada!

—¿Qué barullo?

—Está en los diarios, sí señor.

Abrió el diario y en seguida encontró la noticia de que los barcos de la escuadra se habían insubordinado e intimado al presidente a abandonar el poder. Recordó sus reflexiones de momentos antes; un gobierno fuerte, hasta la tiranía... Medidas agrarias... Sully y Enrique IV...

Sus ojos brillaban de esperanza. Despidió al empleado. Fue al interior de la casa, nada dijo a la hermana, tomó el sombrero y se dirigió a la estación.

Llegó al telégrafo y escribió:

"Mariscal Floriano, Río. Pido energía. Voy para allí. Quaresma."

V

EL TROVADOR

—Ciertamente, Albernaz, no es posible continuar así... Entonces, se mete a un sujeto en un barco, se apuntan los cañones a tierra y se dice: "Sal de ahí, don presidente", ¿y el hombre se va?... ¡No! Es necesario dar un ejemplo...

—Yo pienso de la misma manera, Caldas. La República necesita quedar fortalecida, consolidada... Esta tierra precisa un gobierno que se haga respetar... ¡Es increíble! Un país como éste, tan rico, quizá el más rico del mundo, y sin embargo pobre, debe a todo el mundo... ¿Por qué? Por causa de los gobiernos que hemos tenido, carentes de prestigio, de fuerza... Es por eso.

Iban caminando a la sombra de los grandes y majestuosos árboles del parque abandonado; ambos uniformados y con espada. Albernaz, después de un corto intervalo, continuó.

—Usted ya vio al emperador, a Pedro II... No había diariucho, pasquín suelto por ahí, que no lo llamase "banana" y otras cosas... ¡Aparecía en el carnaval!... ¡Una falta de respeto sin nombre! ¿Qué sucedió? Se fue como un intruso.

—Y era un buen hombre —observó el almirante—. Amaba a su país... Deodoro nunca supo lo que hizo.

Continuaban caminando. El almirante se rascó uno de los favoritos y Albernaz miró un instante hacia todos lados, encendió el cigarro de paja y retornó la conversación:

—Murió arrepentido... ¡Ni quiso ir a la sepultura con el uniforme!... Aquí entre nosotros, donde nadie nos escucha: fue un ingrato; el emperador había hecho tanto por toda su familia, ¿no le parece?

—¡No hay ninguna duda!... Albernaz, ¿quiere saber una cosa? Estábamos mejor en aquella época, digan lo que dijeren...

—¿Quién dice lo contrario? Había más moralidad... ¿Dónde hay un Caxias? ¿Un Rio Branco?

—Y hasta había más justicia —dijo con firmeza el almirante—. Lo que yo sufrí no fue por causa del "viejo", sino por la canalla... Además, todo barato...

—Yo no sé —dijo Albernaz con particular acento— cómo hay quien se case todavía... ¡Anda todo para la hora de la muerte!

Miraron por un instante los viejos árboles de la Quinta Imperial, por donde venían cruzando. Nunca los habían contemplado; y ahora les parecía que nunca habían posado los ojos sobre árboles tan soberbios, tan bellos, tan tranquilos y seguros de sí, como aquellos que derramaban bajo sus grandes ramas una vasta sombra, deliciosa y suave. Parecía que medraban sintiéndose en tierra propia de la cual nunca saldrían desalojados a machetazos para la edificación de rancherías; y ese sentimiento les había dado mucha fuerza para vegetar y una amplia voluntad de expandirse. El suelo sobre el cual crecían, era de ellos y agradecían a la tierra extendiendo mucho sus ramas, cerrando y tejiendo el follaje para dar a la buena madre frescura y protección contra la inclemencia del sol.

Los mangos eran los más gratos; las largas ramas llenas de hojas, casi besaban el suelo. Las *jaqueiras* se desperezaban; los bambúes se inclinaban de un lado al otro de la tierra y la cubrían con una ojiva verde...

El viejo edificio imperial se erguía sobre una pequeña colina. Ellos veían su fondo, aquella parte de construcción más antigua, "estilo joanina", con la torre del reloj un poco alejada y separada del cuerpo del edificio.

No era bello el palacio, no tenía ningún rasgo de belleza, era hasta pobre y monótono. Las ventanas estrechas de aquella vieja fachada, los pisos de pequeña altura impresionaban mal; todo él, sin embargo, tenía una tal seguridad en sí, un aire de confianza poco común en nuestras viviendas, una cierta dignidad, algo de quien se siente vivir, no para un instante, sino para años, para siglos... Las palmeras lo cercaban, erectas, firmes, con sus grandes penachos verdes, muy altos, alargados hacia el cielo.

Eran como la guardia de la antigua morada imperial, guardia orgullosa de su menester y función.

Albernaz interrumpió el silencio:

—¿En qué irá a acabar todo esto, Caldas?

—No lo sé.

—El "hombre" debe estar entrampado... Ya tenía a Rio Grande, ahora Custódio... ¡Hum!

—El poder es el poder, Albernaz.

Venían caminando en dirección a la estación de São Cristóvão. Cruzaron el viejo parque imperial transversalmente desde el portón de la Cancela hasta la línea del ferrocarril. Era de mañana, y el día estaba límpido y fresco.

Caminaban con pequeños pasos seguros, pero sin prisa. Poco antes de salir de la quinta tropezaron con un soldado durmiendo en un matorral. Albernaz tuvo ganas de despertarlo: "¡Camarada! ¡Camarada!". El soldado se levantó inquieto, y dando con esos dos oficiales superiores se arregló

rápidamente, hizo la venia que les era debida, y se quedó con la mano en la gorra, un instante en posición de firme, pero en seguida se tambaleó.

—Baje la mano —dijo el general—. ¿Qué hace usted aquí?

Albernaz habló en tono ríspido y de orden. El soldado, hablando con miedo, explicó que había estado de ronda en el litoral toda la noche. Con esfuerzo se había recogido a los cuarteles; había obtenido permiso para ir a su casa, pero el sueño había sido mucho y estaba descansando allí un poco.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó el general.

—No sé, no señor.

—¿Los "hombres" desisten, sí o no?

El general estuvo examinando un instante al soldado. Era blanco y tenía los cabellos rubios, pero de un rubio sucio y degradado; las facciones eran feas; pómulos salientes, frente ósea, todo él anguloso y desajustado.

—¿De dónde es usted? —le preguntó aún Albernaz.

—De Piaví, sí señor.

—¿De la capital?

—Del *sertão,* de Paranaguá, sí señor.

Hasta entonces el almirante no había interrogado al soldado que continuaba amedrentado, respondiendo a los tropezones. Caldas, para calmarlo, resolvió hablarle con dulzura.

—Usted no sabe, camarada, ¿cuáles son los barcos que tienen "ellos"?

—El "Aquidabã"... La "Luci".

—La "Luci" no es un navío.

—Es verdad, sí señor. El "Aquidabã"... Uno lleno de bandas de ellos, sí señor.

El general intervino entonces. Habló blanda, casi paternalmente, cambiando el tratamiento hacia el tuteo, que parece ser más suave e íntimo cuando se habla con los inferiores.

—Bien, descansa, hijo. Es mejor que vayas para tu casa... Pueden robarte el sable y estás en "inacción".

Los dos generales continuaron su camino y al poco tiempo estaban en la plataforma de la estación. La pequeña estación tenía un razonable movimiento. Un gran número de oficiales, activos, jubilados, honorarios, vivía en las cercanías y se los llamaba a todos a presentarse a las autoridades competentes. Albernaz y Caldas cruzaron la plataforma en medio de venias. El general era más conocido, en virtud de su empleo; el almirante, no. Cuando pasaban oían preguntar: "¿Quién es ese almirante?". Caldas se ponía contento y se enorgullecía un poco de su puesto y de su incógnito.

Había una única mujer en la estación, una muchacha. Albernaz la miró y recordó por un instante a su hija Ismênia... ¡Pobrecita!... ¿Sanaría?

¿Esas manías? ¿Adónde iría a parar? Las lágrimas acudieron, pero él las retuvo con fuerza.

Ya la había llevado a una media docena de médicos y ninguno conseguía parar esa fuga del juicio que parecía huir de a poco del cerebro de la joven.

El ruido de un expreso, haciendo entrechocar los hierros con estrépito, pitando con furia y dejando un humo pesado por los aires que rompía, alejó

su pensamiento de la hija. Pasó el monstruo, repleto de soldados de uniforme y los rieles, después de haber pasado, aún se estremecían.

Apareció Bustamante; vivía en los alrededores y venía a tomar el tren para presentarse. Traía su viejo uniforme del Paraguay, cortado según los moldes de los guerreros de Crimea. El birrete era un tronco de cono que avanzaba hacia la frente; y con aquella banda violácea y la casaca corta, parecía haber salido, huido, saltado de una tela de Vítor Meireles.

—¿Entonces por aquí?... ¡Qué es esto! —preguntó el honorario.

—Vinimos por la quinta —dijo el almirante.

—Nada, mis amigos, esos tranvías andan muy cerca del mar... No me importa morir, pero quiero morir combatiendo; eso de morir por ahí, tontamente, sin saber cómo, no va conmigo.

El general hablaba en voz un poco alta y los jóvenes oficiales que estaban próximos, lo miraron con mal disimulada censura. Albernaz se dio cuenta y agregó inmediatamente:

—Conozco bien esos asuntos de balas... Ya vi mucho fuego... Usted sabe Bustamante que, en Curuzu...

—La cosa fue terrible —agregó Bustamante.

El tren atracaba en la estación. Venía llegando manso, vagaroso; la locomotora, muy negra, bufando, sudando gruesamente, con su gran linterna en la frente, un ojo de cíclope, avanzaba como una aparición sobrenatural. Fue llegando; el convoy estremeció todo y finalmente se detuvo.

Estaba repleto, muchos uniformes de oficiales; calculando por ello Río debía tener una guarnición de cien mil hombres. Los militares hablaban alegres y los civiles venían callados y abatidos, hasta diríase asustados. Si hablaban, era cuchicheando, mirando con precaución hacia los bancos de atrás.

La ciudad estaba infestada de policías secretos, "familiares" del Santo Oficio Republicano, y las delaciones eran monedas con las que se obtenían puestos y recompensas.

Bastaba la menor crítica para perder el empleo, la libertad, ¿quién sabe? Quizá la vida. Aún estábamos en el comienzo de la revuelta, pero el régimen ya había publicado su prólogo y todos estaban avisados. El jefe de policía había organizado la lista de los sospechosos. No había distinción de posición ni talento. Merecían las mismas persecuciones del gobierno un pobre ordenanza y un influyente senador; un profesor y un simple empleado de oficina. Además, surgían las venganzas mezquinas, el desquite por pequeñas diferencias... Todos mandaban; la autoridad estaba en todas las manos.

En nombre del Mariscal Floriano cualquier oficial o ciudadano sin función pública alguna prendía, y ¡hay de quien cayera en la prisión!, allí quedaba olvidado, sufriendo angustiosos suplicios de una imaginación de dominico. Los funcionarios competían en servilismo, en obsecuencia... Era un terror sin brillo ni coraje, sangriento, a escondidas, sin grandeza, sin disculpa, sin razón y sin responsabilidades... Hubo ejecuciones; pero no hubo nunca un Fouquier-Tinville.

Los militares estaban contentos, especialmente los pequeños, los alféreces, los tenientes y los capitanes. Para la mayoría la satisfacción venía de la convicción de que iban a extender su autoridad sobre el pelotón y la com-

pañía, a todo ese rebaño de civiles; pero, en otros muchos había sentimientos más puros, desinterés y sinceridad. Eran los adeptos de ese nefasto e hipócrita positivismo, una pedantería tiránica, limitada y estrecha, que justificaba todas las violencias, todos los asesinatos, todas las ferocidades en nombre de la manutención del orden, condición necesaria, eso decía, para el progreso y también para el advenimiento del régimen normal, la religión de la humanidad, la adoración del gran fetiche, con gangosas músicas de cornetines y versos detestables, ¡el paraíso, en fin, con inscripciones en escritura fonética y elegidos calzados con zapatos de suela de goma! ...

Los positivistas discutían y citaban teoremas de mecánica para justificar sus ideas de gobierno, en todo semejantes a los khanatos y emiratos orientales.

La matemática del positivismo fue siempre un puro palabrerío que, en aquellos tiempos amedrentaba a todos. Hasta había quien estaba convencido de que la matemática había sido hecha y creada para el positivismo, como si la Biblia hubiese sido creada únicamente para la Iglesia Católica y no también para la Anglicana. Su prestigio era, por lo tanto, enorme.

El tren corrió, se detuvo aún en una estación y fue a dar a la plaza de la República. El almirante, cosido a las paredes, siguió hacia el Arsenal de Marina; Albernaz y Bustamante entraron al Cuartel General. Penetraron en el gran caserón, en medio del retintinear de las espadas, de los toques de clarín; el gran patio estaba lleno de soldados, banderas, cañones, montones de armas amontonadas, bayonetas reluciendo al sol oblicuo...

En el edificio, en las proximidades del gabinete del ministro, había un vaivén de uniformes, dorados, géneros multicolores, uniformes de varias corporaciones y milicias, en medio de los cuales los trajes oscuros de los civiles importunaban como moscas. Se mezclaban oficiales de la guardia nacional, de la policía, de la armada, del ejército, de bomberos y de batallones patrióticos que comenzaban a surgir.

Se presentaron al ayudante general y al Ministro de Guerra a un mismo tiempo, y después de haberlo hecho, se quedaron conversando en los corredores, con bastante placer, pues habían encontrado al teniente Fontes y a ambos les gustaba escucharlo.

Al general, porque ya era novio de su hija Lalá, y a Bustamante porque aprendía con él algo de nomenclatura de los armamentos modernos.

Fontes estaba indignado, todo él era horror, maldición contra los insurrectos, y proponía los peores castigos.

—Ya verán el resultado... ¡Piratas! ¡Bandidos! Yo, en el caso del Mariscal, si los agarraba... ¡ay de ellos!

El teniente no era feroz ni malo, por el contrario, era bueno y generoso, pero era positivista y tenía de su República una idea religiosa y trascendente. Hacía reposar en ella toda la felicidad humana y no admitía que la quisiesen de otra forma que no fuera la que imaginaba buena. Fuera de ahí no había buena fe, sinceridad; era herético, interesado, y como un dominico bajo su gorro frigio, furioso por no poder quemarlos en autos de fe, congestionado, veía pasar ante sus ojos una enorme serie de reos confesos, relapsos, contumaces, falsos, simulados, fictos y mezclados, sin sotana, sueltos por ahí...

Albernaz no tenía tanta furia contra los adversarios. En el fondo del alma, hasta los quería, tenía amigos allí, y esas divergencias nada significaban para su edad y experiencia.

Sin embargo, depositaba una cierta esperanza en la acción del mariscal. Estaba en apuros financieros, su retiro y la gratificación como organizador del archivo del Largo do Moura no le bastaban, por lo que esperaba obtener otra comisión que le permitiera adquirir más holgadamente el ajuar de Lalá.

El almirante también tenía gran confianza en los talentos guerreros y de estadista de Floriano. Su causa no andaba muy bien. La había perdido en primera instancia, estaba gastando mucho dinero... El gobierno necesitaba oficiales de Marina, casi todos estaban en la rebelión; quizá le dieran una escuadra para comandar... Es verdad que... Pero, ¡qué diablos! Si fuese un barco, entonces sí: pero una escuadra no era cosa más difícil: bastaba coraje para combatir.

Bustamante creía fuertemente en la capacidad del general Peixoto, tanto así que para apoyarlo y defender su gobierno, imaginaba organizar un batallón patriótico, cuyo nombre ya tenía —"Cruz del Sur"— y cuyo comandante naturalmente sería con todas las ventajas del puesto de coronel.

Genelício, cuya actitud nada tenía de guerrera, esperaba mucho de la energía y de la decisión del gobierno de Floriano; esperaba ser subdirector y un gobierno serio, honesto y enérgico, no podía hacer otra cosa, siempre que quisiera poner orden en su sección.

Esas secretas esperanzas eran más generales de lo que se puede suponer. Vivimos del gobierno y la revuelta representaba una confusión en los empleos, en los honores y en las posiciones que el Estado dispensa. Los sospechosos dejarían vacantes y las devociones suplirían los títulos y habilitaciones para ocuparlas; además de eso, el gobierno, que necesitaba de simpatías y hombres, tenía que nombrar, esparcir, prodigar, inventar, crear y distribuir empleos, sueldos, ascensos y gratificaciones.

El propio doctor Armando Borges, el marido de Olga, sabio sereno y devoto cuando estudiante, ponía en la rebelión la realización de risueños anhelos.

Médico y rico por la fortuna de la mujer, no estaba satisfecho. La ambición de dinero y el deseo de nombradía lo espoleaban. Ya era médico en el Hospital Sirio, a donde iba tres veces por semana y, en media hora, veía a treinta o más enfermos. Llegaba, el enfermo lo informaba, el doctor iba de cama en cama preguntando: "¿Cómo está?". "Mejor, doctor", respondía el sirio con voz gutural. En la siguiente indagaba: "¿Ya está mejor?". Y así pasaba la visita; al llegar a su gabinete recetaba: "Enfermo núm. 1, repita la receta; enfermo 5... ¿quién es?". "Es aquel barbudo." "¡Ah!" Y recetaba.

Pero ser médico de un hospital particular no da fama a nadie; lo indispensable es ser del gobierno, si no, no se pasaba de ser un simple práctico. Quería tener un cargo oficial, médico, directo, o profesor de la facultad.

Y eso no era difícil, si conseguía buenas recomendaciones, pues ya tenía cierto nombre gracias a su actividad y fertilidad de recursos.

De cuando en cuando publicaba un folleto: *El cobreiro,*[1] *Etiología, Profilaxis y Tratamiento,* o *Contribución al Estudio de la Sarna en el Brasil*; y mandaba el folleto, cuarenta y sesenta páginas, a los diarios que se ocupaban de él dos o tres veces por año: "el activo doctor Armando Borges, el ilustre clínico, el hábil médico de nuestros hospitales", etc.

Obtenía eso gracias a la precaución que había tomado cuando estudiante, de relacionarse con la gente de prensa.

No contento con eso escribía artículos, largas compilaciones en las que no había nada propio, pero ricos en citas en francés, inglés y alemán.

El puesto de catedrático era el que más le tentaba; el concurso, sin embargo, le metía miedo. Tenía elementos, estaba bien relacionado y conceptuado en la congregación, pero eso de la reprobación lo aterrorizaba.

No había día en que no comprara libros, en francés, en inglés e italiano; hasta había tomado un profesor de alemán, para entrar en la ciencia germánica; pero le faltaba energía para el estudio prolongado y su felicidad personal había hecho evaporar la pequeña que tuvo cuando estudiante.

La sala del frente del alto sótano había sido transformada en biblioteca. Las paredes estaban forradas de estantes que gemían bajo el peso de los grandes tratados. Por la noche, abría las ventanas de persianas, encendía todos los picos de gas y se sentaba a la mesa, todo de blanco, con un libro abierto bajo los ojos.

El sueño no tardaba en llegar al final de la quinta página... ¡Era el infierno! Le dio por buscar los libros de su mujer. Eran novelas francesas, Goncourt, Anatole France, Daudet, Maupassant, que lo hacían dormir de la misma manera que los tratados. El no comprendía la grandeza de esos análisis, de esas descripciones, su interés y valor, revelando a todos, a la sociedad, a la vida, los sentimientos, los dolores de esos personajes, ¡un mundo! Su pedantería, su falta de ciencia y la pobreza de su instrucción general le hacían ver en todo aquello, juego, pasatiempos, habladurías, tanto más cuanto que se dormía con la lectura de tales libros.

Sin embargo, necesitaba ilusionarse, a sí mismo y a su mujer. Por lo demás, desde la calle lo veían, ¿y si lo descubrieran durmiendo sobre los libros?... Trató de encargar algunas novelas de Paul de Kock en encuadernaciones con títulos cambiados y alejó el sueño.

Su clínica, mientras tanto, prosperaba. En sociedad con el tutor, llegó a ganar unos seis *contos,* tratando la fiebre de una huérfana rica.

Hacía mucho que la mujer había entrado en su simulación de inteligencia, pero aquella maniobra indecorosa, la indignó. ¿Qué necesidad tenía él de eso? ¿No era ya rico? ¿No era joven? ¿No tenía el privilegio de un título universitario? Ese acto le pareció a la joven más vil, más bajo, que la usura de un judío, que el alquiler de una pena...

No fue desprecio, repugnancia, lo que ella sintió por su marido; fue un sentimiento más calmo, menos activo; se desinteresó de él, se distanció de su persona. Sintió que se habían cortado todos los lazos de afecto, de simpatía, que prendían a ambos, todo lazo moral.

[1] *Cobreiro:* dermatosis, erupción cutánea atribuida al contacto con alguna ropa por la que se hubiera deslizado una cobra.

Aún de novia, había verificado que eso del amor al estudio, del interés por la ciencia, las ambiciones de descubrimientos, era superficial en él, estaba a flor de piel; pero lo disculpó. Muchas veces nos engañamos sobre nuestras propias fuerzas y capacidades; soñamos ser Shakespeare y salimos *Mal de las Viñas*. Era perdonable, pero ¿charlatán? ¡Era demasiado!

Tuvo un mal pensamiento, pero ¿de qué valdría esa casi indignidad?... Todos los hombres debían ser iguales; era inútil cambiar de éste para aquél...

Cuando llegó a esta conclusión, sintió un gran alivio, y su fisonomía se iluminó de nuevo como si ya estuviese pasada del todo la nube que empañaba el sol de sus ojos.

En aquella carrera atropellada hacia el nombre fácil, él no reparó en las modificaciones producidas en su mujer. Ella disimulaba sus sentimientos, más por dignidad y delicadeza que por algún otro motivo; y a él le faltaban la sagacidad y la fineza necesarias para descubrirlos bajo su escondrijo.

Continuaba viviendo como si nada pasara; pero ¡qué lejos estaban uno del otro! ...

La revuelta los encontró así; y el doctor desde hacía tres días, los transcurridos desde su estallido, meditaba sobre su ascenso social y monetario.

El suegro había suspendido el viaje a Europa, y esa mañana, después del almuerzo, conforme a su hábito, leía recostado en una silla de viaje los diarios del día. El yerno se vestía, y la hija se ocupaba de su correspondencia, escribiendo a la cabecera de la mesa del comedor. Ella tenía un gabinete muy lujoso, con libros, escritorio, estantes, pero por la mañana le gustaba más escribir allí, junto a su padre. La sala le parecía más clara, la vista hacia la montaña, fea y abrumadora, le daba más seriedad al pensamiento, así como la vastedad de la sala más libertad para escribir.

Ella escribía y el padre leía; en un momento dado él dijo:

—¿Sabes quién viene, hija?

—No, ¿quién?

—Tu padrino. Telegrafió a Floriano diciéndole que venía... Está aquí la noticia, en *O País*.

La muchacha adivinó en seguida el motivo, la manera de actuar y reaccionar, el hecho sobre las ideas y sentimientos de Quaresma. Quiso desaprobar, censurar; sin embargo, sintió eso tan coherente con él mismo, tan de acuerdo con la sustancia de la vida que él había fabricado, que se limitó a sonreír, complaciente:

—Este padrino...

—Está loco —dijo Coleoni—. *Per la madonna!* Un hombre que está quieto, sosegado, venir a meterse en esta barahúnda, este infierno...

El doctor volvía, ya enteramente vestido, con la levita fúnebre y la galera reluciente en la mano. Venía radiante, y su rostro redondo relucía, excepto donde el gran bigote ponía sombras. Alcanzó a escuchar las últimas palabras del suegro, pronunciadas con su portugués duro:

—¿Qué pasa? —preguntó.

Coleoni explicó y repitió los comentarios ya hechos:

—No hay nada de eso —dijo el doctor—. Es el deber de todo patriota...

¿Qué tiene que ver la edad? Cuarenta y pocos años no es ser viejo... Aún puede batirse por la República...

—Pero no tiene interés en eso —objetó el anciano.

—¿Y solamente los que tienen intereses serán los que deban batirse por la República? —interrogó el doctor.

La joven, que acababa de leer la carta que había escrito, sin levantar la cabeza dijo:

—Seguramente.

—Y ahora vienes tú con tus teorías, hijita. El patriotismo no está en la barriga...

Y sonrió con una falsa sonrisa a la que el brillo muerto de sus dientes postizos falsificaba todavía más.

—¿Pero ustedes hablan solamente de patriotismo? ¿Y los otros? ¿Es monopolio de ustedes el patriotismo? —dijo Olga.

—Seguramente. Si ellos fuesen patriotas no estarían desparramando balas hacia la ciudad, para entorpecer y desmoralizar la acción de la autoridad constituida.

—¿Deberían continuar, entonces, presenciando los encarcelamientos, las deportaciones, los fusilamientos, toda la serie de violencias que se vienen cometiendo aquí y en el Sur?

—Tú, en el fondo, eres una revoltosa —dijo el doctor, cerrando la discusión.

Ella no dejaba de serlo. La simpatía de los desinteresados, de la población entera, estaba con los insurgentes. No sólo porque eso sucede siempre en todas partes, sino que particularmente en el Brasil se debía a diversos factores por los que así ha de ser normalmente.

Los gobiernos, con sus inevitables procesos de violencia e hipocresías, quedaban separados de la simpatía de los que creían en ellos; además, olvidados de su vital importancia e inutilidad, llegan a prometer lo que no pueden hacer, y de esta forma crean desesperados, que piden siempre cambios y más cambios.

No era de admirar, pues, que la joven tendiera hacia los rebeldes; y Coleoni, extranjero, que conocía gracias a su vida a nuestras autoridades, callaba sus simpatías en un mutismo prudente.

—No vas a comprometerme, ¿eh Olga?

Ella se había levantado para acompañar al marido. Se detuvo un poco, fijó sobre él una gran mirada luminosa, y con los finos labios un poco fruncidos dijo:

—Tú sabes bien que yo no te comprometo.

El doctor descendió la escalera de la veranda, cruzó el jardín y desde el portón dijo adiós a la mujer, que lo acompañó hasta la salida, apoyada en el balcón, conforme al ritual de los bien o mal casados.

Por esa época Coração dos Outros soñaba, desligado de las contingencias terrenas.

Ricardo aún vivía en su casa de pensión de los suburbios, cuya vista iba desde Todos os Santos hasta la Piedade, abarcando una gran área edificada, un panorama de casas y árboles.

Ya no se hablaba más de su rival y su aflicción se había calmado.

Por esos días su triunfo desfilaba sin oposición. Toda la ciudad lo tenía en consideración y él casi se juzgaba al término de su carrera. Le faltaba el asentimiento del barrio de Botafogo, pero estaba seguro de obtenerlo.

Ya había publicado otro volumen de canciones; y ahora pensaba publicar otro más.

Hacía días que vivía en la casa, saliendo poco, organizando su libro. Se lo pasaba confinado en su cuarto, almorzando café que él mismo se hacía, y pan, yendo a cenar a una tasca próxima a la estación.

Había notado que siempre que él llegaba, los carreros y trabajadores que comían en las sucias meses, bajaban la voz y lo miraban con desconfianza; pero no le había dado importancia al hecho...

A pesar de ser popular en el lugar, no había encontrado ninguna persona conocida durante los tres últimos días; él mismo evitaba hablar, y en su casa se limitaba a los "buenos días" y "buenas tardes" cambiados con los vecinos.

Le gustaba pasar así los días, metido en sí mismo y escuchando a su corazón. Vivía pensando en sus *modinhas* y en su libro, que habría de ser otro éxito para él y para su violón estremecido.

Aquella tarde estaba sentado a la mesa, corrigiendo uno de sus trabajos, uno de los últimos, aquel que compusiera en la quinta de Quaresma, *Los labios de Carola.*

Primero leyó toda la producción, canturreándola; volvió a leerla, tomó el violón para ver mejor el efecto y se detuvo en estos versos:

E mais bela que Helena e Margarida,
Quando sorri meneando a ventarola.
Só se encontra a ilusão que adoça a vida
*Nos lábios de Carola.**

En eso escuchó un tiro, después otro, otro... ¿Qué diablos pasa?, pensó. Han de ser salvas de algún barco extranjero. Volvió al violón y continuó cantando a los labios de Carola, donde encontraba la ilusión que endulza la vida...

* "Es más bella que Helena y Margarita, / Cuando sonríe moviendo el abanico. / Sólo se encuentra la ilusión que endulza la vida / En los labios de Carola."

TERCERA PARTE

I

PATRIOTAS

HACÍA MÁS de una hora que estaba allí, en un gran salón del palacio, viendo al mariscal; pero sin poder hablarle. Casi no se encontraban dificultades para llegar a su presencia, pero hablarle ya no era tan fácil.

El palacio tenía un aire de intimidad, de casi relajación, que era representativo y elocuente. No era raro ver en los divanes, en otras salas, ujieres, ordenanzas, servidores, dormitando, medio recostados y con el traje desabrochado. Todo allí era desprolijidad y pereza. Los rincones de los techos tenían telas de araña; cuando las alfombras se pisaban con fuerza subía de ellas una polvareda de calle mal barrida.

Quaresma no había podido venir en seguida, como anunciara en el telegrama. Había sido necesario poner en orden sus negocios, conseguir quien le hiciera compañía a su hermana. Doña Adelaide había hecho mil objeciones a su partida; le había mostrado los riesgos de la lucha, de la guerra, incompatibles con su edad y superiores a su fuerza; él, sin embargo, no se había dejado abatir, haciendo pie firme, pues sentía que era indispensable, necesario, que toda su voluntad, que toda su inteligencia, que todo lo que él tenía de vida y actividad fuera puesto a disposición del gobierno, para entonces... ¡Oh!

Había aprovechado esos días para redactar un memorándum que iba a entregar a Floriano. En él se exponían las medidas necesarias para fomentar la agricultura y se mostraban todos los inconvenientes originados en la gran propiedad, las exacciones fiscales, la carestía de los fletes, la estrechez de los mercados y las violencias políticas.

El mayor apretaba su informe en la mano y recordaba su casa, allá lejos, en el rincón de aquella planicie fea, mirando al poniente hacia las montañas que se alargaban, se afilaban en los días claros y transparentes; recordaba a

su hermana, sus ojos verdes y plácidos que lo habían visto partir con una impasibilidad que no era natural; pero lo que más recordaba en ese momento, era a Anastácio, su viejo negro, su larga mirada, no con la ternura pasiva de un animal doméstico, sino llena de asombro, de miedo y piedad, haciendo girar mucho en sus órbitas las escleróticas muy blancas, cuando lo vio entrar en el vagón del ferrocarril. Parecía olfatear una desgracia... Tal actitud no le era común, y parecía haberla tomado al descubrir en las cosas señales de dolorosos acontecimientos por venir... ¡Vaya!...

Quaresma había quedado en un rincón, viendo entrar a uno y a otro, a la espera de que el presidente lo llamara. Era temprano, debía faltar poco para el mediodía, y Floriano aún tenía, como señal del almuerzo, el palillo entre los labios.

En primer lugar habló a una comisión de señoras que venían a ofrecer su brazo y su sangre en defensa de las instituciones y de la patria. La oradora era una mujer baja, de tórax corto, gorda, con grandes senos altos, que hablaba agitando el abanico cerrado en la mano derecha.

No se podía decir cuál era su color, su raza al menos: había tantas en ella que una escondía a la otra, hurtándola toda a una clasificación honesta.

Mientras hablaba, la mujercita dejaba correr sus ojos grandes que despedían chispas sobre el mariscal. Floriano parecía molesto con esas llamaradas; era como si temiese derretirse al calor de esa mirada que quemaba más seducción que patriotismo. Escapaba al encararla, bajaba el rostro como un adolescente, golpeaba con los dedos en la mesa...

Cuando le llegó la oportunidad de hablar, levantó un poco el rostro, pero sin encarar a la mujer, y con una gruesa y difícil sonrisa de campesino, declinó la oferta, visto que la República aún disponía de bastante fuerza para vencer.

Dijo la última frase más lentamente, y casi con ironía. Las damas se despidieron; el mariscal giró la mirada en torno del salón y vio a Quaresma:

—¿Entonces, Quaresma? —le dijo familiarmente.

El mayor iba a aproximarse, pero se plantó en el lugar en que estaba. Una chusma de oficiales subalternos y cadetes cercó al dictador y su atención convergió hacia ellos. No se oía lo que decían. Hablaban al oído de Floriano, cuchicheaban, le golpeaban las espaldas. El mariscal casi no hablaba: movía la cabeza o pronunciaba un monosílabo, cosa que Quaresma percibía por la articulación de los labios.

Comenzaron a salir. Apretaban la mano del dictador y uno de ellos, más jovial, más familiar, al despedirse le apretó con fuerza la mano blanda, le golpeó el hombro con intimidad, y dijo en voz alta y con énfasis:

—¡Energía, mariscal!

Todo aquello parecía tan natural, tan normal, habiendo entrado en el nuevo ceremonial de la República, que nadie, ni el propio Floriano, sintió la menor sorpresa, al contrario, algunos hasta sonrieron alegres por ver al califa, al khan, al emir, transmitir un poco de lo que tenía de sagrado al subalterno confianzudo. No todos se fueron inmediatamente. Uno de ellos se retrasó secreteando cosas a la suprema autoridad del país. Era un cadete

de la Escuela Militar, con su uniforme azul turquesa, tahalí y sable de soldado raso.

Los cadetes de la Escuela Militar formaban la falange sagrada.

Tenían todos los privilegios y todos los derechos; precedían a los ministros en las entrevistas con el dictador y abusaban de esa situación de protección del Sila, para oprimir y vejar a la ciudad entera.

Unos andrajos de positivismo se habían colado en aquellas inteligencias y una religiosidad especial les había brotado en el sentimiento, transformando la autoridad, especialmente a Floriano y vagamente a la República, en artículo de fe, en hechizo, en ídolo mexicano, en cuyo altar todas las violencias y crímenes eran óbolos dignos y ofrendas útiles para su satisfacción y eternidad.

El cadete estaba allí...

Quaresma pudo ver entonces mejor la fisonomía del hombre que iba a aferrar en sus manos, durante casi un año, tan fuertes poderes, poderes de Emperador romano, dominándolo todo, limitando todo, sin encontrar obstáculo alguno a sus caprichos, a sus debilidades y deseos, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en la piedad universal y humana.

Era vulgar y desoladora. El bigote caído; el labio inferior pendiente y flojo al que se agarraba una gran "mosca"; los trazos fláccidos y groseros; no tenía ni siquiera el dibujo del mentón o la mirada que le fueran propios, que revelasen alguna dote superior. Era una mirada mortecina, redonda, pobre de expresiones, a no ser la de tristeza que no le era peculiar, sino nativa, de raza; todo él era gelatinoso, parecía no tener nervios.

No quiso el mayor ver en tales señales nada que le denotase el carácter, la inteligencia y el temperamento. Esas cosas no se propalan sueltas por ahí, se dijo para sus adentros.

Su entusiasmo por aquel ídolo político era fuerte, sincero y desinteresado. Lo tenía por enérgico, fino y supervidente, tenaz y conocedor de las necesidades del país, quizá un poco mañoso, una especie de Luis XI forrado de Bismarck. Sin embargo, no era así. Con una ausencia total de cualidades intelectuales, había en el carácter del mariscal Floriano una condición predominante: tibieza de ánimo; y mucha pereza en su temperamento. No la pereza común, esa que nos es común a todos nosotros; era una pereza mórbida, algo así como una pobreza de irrigación nerviosa, proveniente de una cantidad insuficiente de fluido en su organismo. Por los lugares por donde pasó se hizo notable por la indolencia y el desamor a las obligaciones propias de sus cargos.

Cuando fue director del arsenal de Pernambuco, no tenía energía para firmar el despacho respectivo; y durante el tiempo en que fue ministro de Guerra, pasaba meses y meses sin ir por allá, dejando todo por firmar, por lo que "legó" a su sustituto un abultadísimo trabajo.

Quien conoce la actividad papelera de un Colbert, de un Napoleón, de un Felipe II, de un Guillermo I de Alemania, y en general de todos los grandes hombres de Estado, no comprende la falta de interés de Floriano por la expedición de órdenes, explicaciones a los subalternos, de sus deseos y sus puntos de vista. Ciertamente necesarias debían ser tales transmisiones

para que su sentido superior se hiciese sentir e influyera en la marcha de los asuntos gubernativos y administrativos.

De esa pereza suya para pensar y actuar, venía su mutismo, sus misteriosos monosílabos llevados a la altura de dichos sibilinos, las famosas "encrucijadas de los tal vez", que tanto actuaron sobre la inteligencia y la imaginación nacionales, mendigas de héroes y grandes hombres.

Esa pereza enfermiza lo hacía andar en pantuflas y le dio aquel aspecto de calma superior, calma de gran hombre de Estado o de guerrero extraordinario.

Toda la gente recuerda aún cómo fueron sus primeros meses de gobierno. Luchando a brazo partido con el levantamiento de presos, soldados y personal subalterno de la fortaleza de Santa Cruz, habiendo mandado hacer una investigación, sofocó todo por temor a que las personas indicadas como instigadoras intentaran otra sedición y, no contento con eso, dio a esas personas las mejores y más altas recompensas.

Por otra parte, nadie puede admitir que un hombre fuerte, un César, un Napoleón, permita a sus subalternos aquellas intimidades deprimentes y tenga con ellos las condescendencias que él tenía, consintiendo que su nombre sirviera de bandera para una vasta serie de crímenes de toda especie.

Una evocación basta. Se sabe bien bajo qué atmósfera de mala voluntad asumió Napoleón el mando del ejército de Italia. Augereau, que lo llamaba "general de la calle", dijo a alguien después de haber hablado con él: "El hombre me dio miedo"; y el corso pasó a ser señor del ejército, sin palmadita en el hombro, sin delegar tácita o explícitamente su autoridad en subalternos irresponsables.

Por lo demás, la lentitud con que sofocó la revuelta del 6 de septiembre muestra bien la incertidumbre, la vacilación de la voluntad de un hombre que disponía de los extraordinarios recursos que estaban a sus órdenes.

Hay otra faz del mariscal Floriano que explica muy bien sus movimientos, actos y gestos. Era su amor a la familia, un amor entrañable, algo de patriarcal, de antiguo, que ya se va desvaneciendo con la marcha de la civilización.

En virtud de fracasos en la explotación agrícola de dos de sus propiedades, su situación particular era precaria y no quería morir sin dejar a la familia sus propiedades agrícolas libres del peso de las deudas.

Honesto y probo como era, la única esperanza que le restaba reposaba en los ahorros sobre sus sueldos. De ahí le vino esa dualidad, ese juego a dos puntas, juego indispensable para conservar los provechosos puestos que tuvo y que lo hicieron aferrarse tenazmente a la presidencia de la República. La hipoteca del "Brejão" y del "Duarte", fue su nariz de Cleopatra...

Su pereza, su tibieza de ánimo y su amor fervoroso por el hogar dieron como resultado ese "hombre tal vez" que, desviado de las necesidades mentales y sociales de los hombres de su tiempo, fue transformado en estadista, en Richelieu, y pudo resistir a una seria rebelión con más obstinación que vigor, obteniendo vidas, dinero y hasta despertando entusiasmo y fanatismo.

Ese entusiasmo y ese fanatismo, que lo ampararon, que lo animaron, que lo sostuvieron, sólo habrían sido posibles después de haber sido secretario general del Imperio, senador, ministro, esto es, después de haberse "fabricado" a la vista de todos y cristalizado la leyenda en la mente de todos.

Su concepción de gobierno no era el despotismo, ni la democracia, ni la aristocracia; era la de una tiranía doméstica. El bebé se portó mal, se le castiga. Llevada la cosa a lo grande, el portarse mal era hacerle oposición, tener opiniones contrarias a las suyas y el castigo no eran las palmadas, sino la prisión y la muerte. No hay dinero en el Tesoro; pónganse los billetes recogidos en circulación, así como se hace en casa cuando llegan visitas y la sopa es poca: se le agrega más agua.

Además, su educación militar y su débil cultura dieron mayor realce a esa concepción infantil, marcándola de violencia, no tanto por él en sí, por su perversidad natural, por su desprecio por la vida humana, sino por la debilidad con que cobijó y no reprimió la ferocidad de sus auxiliares y secuaces.

Quaresma estaba lejos de pensar en todo eso; él, como muchos hombres honestos y sinceros de su tiempo, fueron llevados por el entusiasmo contagioso que Floriano había conseguido despertar. Pensaba en la gran obra que el Destino reservaba a aquella figura plácida y triste; en la reforma radical que iba a traer al organismo aniquilado de la patria, que el mayor se había habituado a creer la más rica del mundo aunque, de un tiempo a esta parte, ya tuviese dudas a ciertos respectos.

Ciertamente, él no negaría tales esperanzas y su acción poderosa habría de hacerse sentir por los ocho millones de kilómetros cuadrados del Brasil llevándoles carreteras, seguridad, protección a los débiles, asegurando el trabajo y promoviendo la riqueza.

No se demoró mucho en esa clase de pensamientos. Un compañero de espera, desde que el mariscal le habló familiarmente, comenzó a tener en cuenta a ese hombre pequeñito, taciturno, de *pince-nez*, y se le fue aproximando; cuando ya estuvo cerca de Quaresma, le dijo como si se tratara de un terrible secreto:

—Ellos van a ver al *caboclo*... ¿Usted hace mucho que lo conoce, mayor?

Le respondió el mayor, y el otro le hizo aún otra pregunta; sin embargo, el presidente había quedado solo y Quaresma avanzó hacia él.

—¿Entonces, Quaresma?

—Vengo a ofrecer a Vuestra Excelencia mis débiles servicios.

El presidente consideró por unos instantes a aquella pequeñez de hombre, sonrió con dificultad, pero con cierta satisfacción. Sentía ahí la fuerza de su popularidad, si no la razón justa de su causa.

—Te agradezco mucho... ¿Dónde has andado? Sé que dejaste el arsenal.

Floriano tenía esa capacidad para recordar fisonomías, nombres, empleos, situaciones de los subalternos con quienes lidiaba. Tenía algo de asiático; era cruel y paternal al mismo tiempo.

Quaresma le explicó su vida y aprovechó la ocasión para hablar de leyes agrarias, medidas tendientes a desahogar y dar nuevas bases a nuestra vida

agrícola. El mariscal lo escuchó distraído, con una arruga de disgusto en un rincón de los labios.

—Hasta le traía a Vuestra Excelencia este memorándum...

El presidente tuvo un gesto de mal humor, casi un "no te molestes", y dijo con aspereza:

—Déjalo ahí...

Depositó el manuscrito sobre la mesa y en seguida el dictador se dirigió al interlocutor que esperaba:

—¿Qué hay, Bustamante? ¿Va bien el batallón?

El hombre se aproximó más, un tanto asustado:

—Va bien, mariscal. ¡Precisamos un cuartel!... Si Vuestra Excelencia diera esa orden...

—Exacto. Habla a Rufino en mi nombre que él puede solucionarlo... O mejor, llévale esta nota.

Rasgó un pedazo de una de las primeras páginas del manuscrito de Quaresma, y sobre aquel papel escribió con lápiz azul algunas palabras a su ministro de Guerra. Al terminar se dio cuenta de su falta de consideración:

—¡Caramba, Quaresma! Rompí tu escrito... No importa... Era la parte de arriba, que no tenía nada escrito.

El mayor lo confirmó, y el presidente, en seguida, se volvió a Bustamante:

—Aprovecha a Quaresma en tu batallón. ¿Qué puesto quieres?

—¡Yo! —dijo Quaresma estúpidamente.

—Bien. Entiéndanse entre ustedes.

Los dos se despidieron del presidente y descendieron lentamente las escaleras del Palacio Itamarati. Hasta llegar a la calle, nada se dijeron. Quaresma estaba un poco frío. El día estaba claro y caliente; el movimiento de la ciudad parecía no haber sufrido alteración apreciable. Había la misma agitación de tranvías, automóviles y carros; pero en las fisonomías se observaba el terror, el espanto, como si algo tremendo amenazara a todos y pareciera estar suspendido en el aire.

Bustamante se dio a conocer. Era el mayor Bustamante, ahora teniente coronel, viejo amigo del mariscal, su compañero en el Paraguay.

—¡Pero nosotros nos conocemos! —exclamó.

Quaresma se quedó mirando a aquel viejo mulato oscuro, con una gran barba mosaica y ojos vivaces, pero no recordó haberlo encontrado ya alguna vez.

—No recuerdo... ¿De dónde?

—De la casa del general Albernaz... ¿No recuerda?

Policarpo tuvo entonces un leve recuerdo y el otro le explicó la formación de su batallón patriótico "Cruz del Sur".

—¿Usted quiere formar parte de él?

—¡Cómo no! —dijo Quaresma.

—Estamos en dificultades... Uniformes, calzado para los soldados... En los primeros gastos debemos auxiliar al gobierno... No conviene sangrar al Tesoro, ¿no le parece?

—¡Por cierto! —dijo con entusiasmo Quaresma.

—Me alegra mucho que usted esté de acuerdo conmigo... Veo que es un patriota... Por eso resolví hacer un prorrateo entre los oficiales, de acuerdo a su puesto: un alférez acude con cien *mil réis,* un teniente, con doscientos... Usted ¿qué grado desea tener? ¡Ah! ¡Es verdad! Usted es mayor, ¿no es así?

Entonces Quaresma explicó por qué le decían mayor. Un amigo, de influencia en el Ministerio del Interior, había puesto su nombre en una lista de guardias nacionales, con ese puesto. Sin haber recibido nunca los emolumentos siempre, sin embargo, fue tratado como mayor, y así la cosa siguió corriendo. Al principio protestó, pero como todos se obstinaran, acabó cediendo.

—Bien —dijo Bustamante—. Usted queda siendo mayor.

—¿Cuál es mi cuota?

—Cuatrocientos *mil réis.* Un poco fuerte, pero... Usted sabe: es un puesto importante... ¿Acepta?

—Sí, cómo no.

Bustamante sacó la billetera, tomó nota con una puntita de lápiz, y se despidió jovialmente:

—Entonces, mayor, a las seis, en el cuartel provisorio.

La conversación había sido en la esquina de la calle Larga con el Campo de Sant'Ana. Quaresma pretendía tomar un tranvía que lo llevara al centro de la ciudad. Intentaba visitar a su compadre, en Botafogo, haciendo tiempo para su iniciación militar.

La plaza estaba poco transitada; los tranvías pasaban al trote acompasado de las mulas; de cuando en cuando se escuchaba un toque de clarín, ecos de tambor y del portón central del cuartel general salía una fuerza con armas al hombro, bayonetas caladas bailando sobre los hombros de los reclutas, relumbrando con un brillo duro y maligno.

Iba a tomar el tranvía cuando se escucharon algunos disparos de artillería y el seco repiquetear de los fusiles. Esto no se prolongó mucho; antes de que el tranvía alcanzara la calle de Constituição, todos los rumores guerreros habían cesado, y quien no estuviera avisado habría de suponerse en tiempos normales.

Quaresma se corrió hasta el centro del banco e iba a leer el diario que había comprado. Lo desdobló lentamente, pero de inmediato fue interrumpido; le golpearon el hombro. Se volvió.

—¡Oh, general!

El encuentro fue cordial. El general Albernaz gustaba de esas ceremonias y sentía placer, una deliciosa emoción en rehacer relaciones que se habían debilitado por una separación cualquiera. Estaba uniformado, con aquel su maltratado uniforme; no llevaba espada y los lentes continuaban presos a la cadenilla de oro que le pasaba por detrás de la oreja izquierda.

—Entonces, ¿vino a ver la cosa?

—Vine, sí. Ya me presenté al mariscal.

—"Ellos" van a ver con quién se metieron. ¡Piensan que tratan con Deodoro, pero se engañan!... La República, gracias a Dios, tiene ahora a su frente a un hombre... El *caboclo* es de hierro... En el Paraguay...

—Usted lo conoció allí, ¿no general?

—Bueno... No llegamos a encontrarnos; pero Camisão... Es duro el hombre. Estoy como encargado de las municiones... Es fino el *caboclo*: no me quiso en el litoral. Sabe muy bien quién soy y que munición que salga de mis manos es munición de veras... Allí, en el depósito, no me sale un cajón sin que yo lo examine... Es necesario... En el Paraguay hubo mucho desorden y errores: se mandaba mucha cal por pólvora. ¿Sabía eso?

—No.

—Pues así fue. Mi deseo era ir a las playas, para el combate; pero el "hombre" quiere que yo quede a cargo de las municiones... Capitán manda, marinero ejecuta... El sabe bien lo que hace...

Se encogió de hombros, arregló la cadenilla que ya se le caía de la oreja y se mantuvo callado un instante. Quaresma preguntó:

—¿Cómo anda la familia?

—Bien. ¿Sabe que Quinota se casó?

—Sí, lo sabía, porque Ricardo me lo dijo. Y doña Ismênia, ¿cómo está?

La fisonomía del general se nubló y respondió, casi a disgusto:

—Está igual.

El pudor del padre le había impedido decir toda la verdad. La hija había enloquecido, con una locura mansa e infantil. Pasaba días enteros callada, en un rincón, mirando todo estúpidamente, con una mirada muerta de estatua, en una atonía de inanimado, como quien ha caído imbecilizado; pero llegaba una hora en que se peinaba, se adornaba y corría hacia la madre, diciendo: "Apróntame, mamá. Mi novio no debe tardar... hoy es mi casamiento". Otras veces recortaba papel en forma de participaciones, y escribía: "Ismênia de Albernaz y Fulano (variaba el nombre) participan su casamiento".

El general ya había consultado a una docena de médicos, espiritistas, y ahora andaba con un hechicero milagroso; la hija, sin embargo, no sanaba, no perdía la manía y cada vez se enredaba más su espíritu en aquella obsesión de casamiento, lo que le hicieron ser el blanco de su vida, y en el que no llegó a dar, aniquilándose así su espíritu y su juventud en pleno verdor.

Su estado entristecía a esa casa antaño tan alegre, tan festiva. Los bailes habían disminuido y, cuando estaban obligados a ofrecer uno, en las fechas principales, la joven, con todos los cuidados, a costa de todas las promesas, era llevada a casa de la hermana casada, donde quedaba mientras las otras bailaban, olvidadas por algunos momentos de la hermana que sufría.

Albernaz no quiso revelar aquel dolor de su vejez; reprimió la emoción y continuó en un tono más natural, en aquel tono familiar e íntimo que usaba con todos:

—Esto es una infamia, señor Quaresma. ¡Qué atraso para el país! ¿Y los perjuicios? Un puerto de éstos, cerrado al comercio nacional, ¿cuántos años de retraso representa?

El mayor estuvo de acuerdo y mostró la necesidad de prestigiar al Gobierno, de manera de tornar imposible la reproducción de levantamientos e insurrecciones.

—Seguramente —adujo el general—. Así no progresamos, no adelantamos. Y en el extranjero, ¡qué mal efecto!

El tranvía había llegado al Largo de São Francisco, y los dos separáronse. Quaresma fue directamente al Largo da Carioca y Albernaz siguió hacia la Calle del Rosário.

Olga vio entrar a su padrino sin aquella alegría expansiva de siempre. No fue indiferencia lo que sintió, fue susto, asombro, casi miedo, aunque supiese perfectamente que él estaba por llegar. Sin embargo, no había cambios en la fisonomía de Quaresma, en su cuerpo, en todo él. Era el mismo hombre bajo, pálido, con aquella barbita señaladora y la mirada aguda por detrás de los lentes... Ni siquiera estaba más quemado y la manera de apretar los labios era la misma que ella conocía desde hacía tantos años. Pero en algo le parecía haber mudado, y como si hubiese entrado impelido, empujado por una fuerza extraña, por un torbellino; examinándolo bien, sin embargo, verificó que él había entrado naturalmente, con su paso menudo y firme. ¿De dónde le venía, entonces, una cosa que la turbaba, que le quitaba la alegría de ver a persona tan amada? No lo comprendió. Estaba leyendo en el comedor y Quaresma no se hacía anunciar; iba entrando conforme su viejo hábito. Respondió al padrino aún bajo la dolorosa impresión de su entrada:

—Papá salió; y Armando está allá abajo, escribiendo.

En verdad, estaba escribieno, o, más particularmente: traducía al "clásico" un gran artículo sobre "Heridas por armas de fuego". Su último truco intelectual era éste del clásico. Buscaba en esto una distinción, una separación intelectual de esos muchachitos de por ahí, que escribían cuentos y novelas en los diarios. El, un sabio, y sobre todo un doctor, no podía escribir de la misma manera que ellos. Su sabiduría superior y su título "académico" no podían usar el mismo idioma, los mismos modismos, la misma sintaxis que esos poetastros y literateros. Entonces le vino la idea del clásico. El proceso era simple: escribía de manera común, con las palabras y la forma de hoy, en seguida invertía las oraciones, interrumpía el período con comas, y sustituía *incomodar* por *molestar, alrededor* por *en redor, esto* por *este,** *cuán grande* o *tan grande* por *tamaño*, daba vuelta todo del revés complicándolo bastante, y así obtenía su estilo clásico que comenzaba a causar admiración a sus pares y al público en general.

Gustaba mucho de la expresión *as rebatinhas*; la usaba en todo momento y cuando la ponía en el blanco del papel, imaginaba que había dado a su estilo una fuerza y un brillo pascalianos, y a sus ideas una suficiencia trascendente. Por la noche, leía al padre Vieira pero de inmediato, a las primeras líneas le venía el sueño, y dormía soñándose "físico", tratado de maestro, en pleno seiscientos, prescribiendo sangrías y agua caliente, como el doctor Sangrado.

Su traducción estaba casi en el final, ya estaba bastante práctico pues con el tiempo había adquirido un vocabulario suficiente y la versión era hecha mentalmente casi en su primera mitad, y luego escrita. Recibió el recado de su mujer anunciándole la visita con cierto pequeño disgusto, pero como se obstinaba en encontrar un equivalente clásico para "orificio", juzgó útil la interrupción. Quería poner "agujero", pero le pareció plebeyo; "ori-

* Expresión intraducible, del portugués "isto" por "esto".

ficio" aunque muy usado, era, a pesar de eso, más digno. Al regreso quizá encontrara la palabra, pensó; y subió al comedor. Entró placenteramente, con su gran bigote desplegado, su rostro redondo, y encontró al padrino y a la ahijada empeñados en una discusión sobre la autoridad.

Decía ella:

—Yo no puedo comprender ese tono divino con que ustedes hablan de la autoridad. No se gobierna más en nombre de Dios, ¿por qué entonces esto, esa veneración de que quieren rodear a los gobernantes?

El doctor, que había escuchado toda la frase, no pudo dejar de objetar:

—Pero es necesario, indispensable... Nosotros sabemos bien que ellos son hombres como nosotros, pero si no fuese así todo iría aguas abajo.

Quaresma agregó:

—Y en virtud de las propias necesidades internas y externas de nuestra sociedad es que existe... En las hormigas, en las abejas...

—Lo admito. Pero hay rebeliones entre las abejas y hormigas, ¿y la autoridad se mantiene allí a costa de asesinatos, exacciones y violencias?

—No se sabe... ¿Quién puede saberlo? Quizá —dijo evasivamente Quaresma.

El doctor no dudó; y en seguida dijo:

—¿Qué tenemos nosotros que ver con las abejas? ¿Entonces nosotros, los hombres, en el pináculo de la escala zoológica, vamos a ir a buscar normas de vida entre los insectos?

—No es eso, mi querido doctor; buscamos en los ejemplos de ellos la certeza de la generalidad del fenómeno, de su inmanencia, por así decir —dijo Quaresma con suavidad.

No había acabado la explicación cuando ya Olga reflexionaba:

—Si todavía esa tal autoridad trajera felicidad, vaya y pase; pero no, ¿entonces de qué vale?

—Ha de traerla —afirmó categóricamente Quaresma—. La cuestión es consolidarla.

Aún conversaron mucho tiempo. El mayor contó su visita a Floriano, su próxima incorporación al batallón "Cruz del Sur". El doctor sintió una punzada de envidia, cuando se refirió al modo familiar con que Floriano lo trató. Tomaron un pequeño *lunch*, y Quaresma salió.

Sentía necesidad de volver a ver aquellas calles estrechas, con sus negocios profundos y oscuros, donde los empleados se movían como en un subterráneo. La tortuosa calle de los Ourives, la agujereada calle Assembléia, los cascotes de la calle de Ouvidor, le daban nostalgia.

La vida continuaba siendo la misma. Había grupos detenidos y muchachas paseando; en el Café do Rio, una multitud. Eran los avanzados, los "jacobinos" la guardia abnegada de la República, los intransigentes, a cuyos ojos la moderación, la tolerancia y el respeto por la libertad y la vida ajenas eran crímenes de lesa patria, síntomas de monarquismo criminal y abdicación deshonesta frente al extranjero. El extranjero era, sobre todo, el portugués, lo que no impedía que hubiese diarios "jacobinísimos" redactados por portugueses de la mejor cepa.

A no ser por ese grupo gesticulante y apasionado, la calle de Ouvidor era

la misma. Se hacían los romances y las muchachas iban y venían. Si una bala subía hasta la altura azul, luminosa, del cielo, daban gritos de gata, corrían hacia adentro de los negocios, esperaban un poco y en seguida volvían sonrientes, la sangre subiéndoles por las mejillas poco a poco, luego de la palidez del miedo.

Quaresma cenó en un restaurante y se dirigió al cuartel, que funcionaba provisoriamente en un viejo conventillo clausurado por la falta de higiene, allá por el lado de la Ciudad Nueva. El tal conventillo tenía primer piso y planta baja, ambos divididos en cubículos del tamaño de camarotes de barco. En los altos había una terraza con rejas de madera y una escalera de madera llevaba hasta allí, una tosca escalera oscilante, que quemía al menor paso. La parte administrativa funcionaba en el primer cuartito de los altos, y el patio, ya sin las cuerdas de secar al sol la ropa, pero con las piedras manchadas de las lejías y del agua jabonosa, servía para la instrucción de los reclutas. El instructor era un sargento retirado, un tanto cojo, admitido en el batallón con el puesto de alférez, que gritaba con una lentitud majestuosa: "hombro"... "¡armas!".

El mayor entregó su cuota al coronel y éste le mostró el modelo del uniforme.

Era muy singular esa fantasía de pasamanero; la casaca era verde botella con vivos azul turquesa, alamares dorados y cuatro estrellas plateadas, en cruz, en el cuello.

Una gritería los hizo ir hasta el balcón. Entre soldados entraba un hombre que se debatía llorando e implorando al mismo tiempo, recibiendo de vez en cuando un empujón.

—¡Es Ricardo! —exclamó Quaresma—. ¿Usted no lo conoce, coronel? —continuó con interés y piedad.

Bustamante estaba impasible en el balcón, y sólo respondió después de algún tiempo:

—Lo conozco... Es un voluntario recalcitrante, un patriota rebelde.

Los soldados subían con el "voluntario", y Ricardo, tan pronto vio al mayor, le suplicó:

—¡Sálveme, mayor!

Quaresma llamó aparte al coronel y le rogó, le suplicó, pero todo fue inútil... Había necesidad de gente... En fin, lo haría cabo.

Ricardo seguía desde lejos la conversación de los dos; adivinó el rechazo y exclamó:

—¡Yo sirvo, sí, sí, pero denme mi violón!

Bustamente se dejó ver y gritó a los soldados:

—¡Restitúyanle el violón al cabo Ricardo!

II

TU, QUARESMA, ERES UN VISIONARIO

Ocho de la mañana. La cerrazón todavía lo envuelve todo. Del lado de la tierra, apenas se ven las partes bajas de los edificios próximos; hacia el lado del mar, la vista es impotente contra aquella tiniebla blanquecina y fluctuante, contra aquella muralla de copos y opaca, que se condensa aquí y allá en apariciones, en semejanzas de cosas. El mar está silencioso: hay grandes intervalos en su débil murmullo. Desde la playa se ve un trecho sucio, cubierto de algas, y el olor marino parece ser más fuerte por efecto de la neblina. Hacia la izquierda y hacia la derecha, es lo desconocido, el Misterio. Sin embargo aquella pasta espesa, de una claridad difusa, está poblada de ruidos. El rechinar de las sierras vecinas, los pitos de las fábricas y locomotoras, los guinches de las grúas de los barcos, llenan aquella mañana indescifrable y taciturna; y hasta se escucha el ruido acompasado de los remos que hieren el mar. Podría creerse, dentro de aquel decorado, que es Caronte trayendo su barca hacia una de las márgenes del Estigia...

¡Atención! Todos escrutan la cortina de niebla pastosa. Los rostros están alterados; parece como si, desde el seno de la bruma, fueran a surgir demonios...

Ya no se escucha el ruido: la pequeña embarcación se alejó. Las fisonomías respiran aliviadas...

No es de noche, no es de día; no es el amanecer ni es el crepúsculo; es la hora de la angustia, es la luz de la incertidumbre. En el mar, no existen estrellas ni sol que guíen; en la tierra las aves mueren al chocar contra las paredes blancas de las casas. Nuestra miseria es más completa y la falta de aquellos mudos marcos de nuestra actividad da una percepción mayor de nuestro aislamiento en el seno de la grandiosa naturaleza.

Los ruidos continúan, y como no se ve nada, parece que viene del fondo

de la tierra o que son alucinaciones auditivas. La realidad sólo nos viene del pedazo de mar que se avista, murmurando con grandes intervalos, débilmente, tenuemente, con miedo, al encontrarse con la arena de la playa, sucia de medusas, algas y sargazos.

En grupos, después del rumor de los remos, los soldados se han acostado en la hierba que continúa a la playa. Algunos ya dormitan; otros buscan con los ojos el cielo a través de la neblina que les humedece el rostro.

El cabo Ricardo Coração dos Outros, con trabuco a la cintura y gorro en la cabeza, sentado en una piedra, está aparte, solo, mirando aquella mañana angustiosa.

Era la primera vez que veía la cerrazón tan cerca del mar, donde hace sentir toda su fuerza desesperante. En general, sólo tenía ojos para las alboradas claras y purpurinas, suaves y fragantes; aquel amanecer brumoso y feo, era una novedad para él.

Bajo el uniforme de cabo, el trovador no se aburre. Aquella vida suelta del cuartel le hace bien al alma; el violón está allí adentro y en las horas libres lo ensaya canturreando en voz baja. Es necesario que los dedos no se endurezcan... Su pequeño disgusto es el de no poder, de vez en cuando, dar rienda suelta al pecho.

El comandante del destacamento es Quaresma que, a lo mejor, consentiría...

El mayor está en el interior de la casa que sirve de cuartel, leyendo. Ahora su estudio predilecto es la artillería. Compró algunos compendios; pero como su instrucción es insuficiente, de la artillería va a la balística, de la balística a la mecánica, de la mecánica al cálculo y a la geometría analítica; baja más en la escala y va a la trigonometría, la geometría, el álgebra y la aritmética. Recorre esa cadena de ciencias entrelazadas con una fe de inventor. Aprende una noción elementalísima después de un rosario de consultas, de compendio en compendio; y así lleva esos días de ocio guerrero enredado en la matemática, en esa matemática irritante y hostil a los cerebros que ya no son tan jóvenes.

En el destacamento hay un cañón Krupp, pero él nada tiene que ver con el mortífero aparato; sin embargo, estudia artillería. El encargado de la pieza es el teniente Fontes, que no presta ninguna obediencia al mayor, al patriota. Quaresma no se molesta con eso; va aprendiendo lentamente a servirse de la boca de fuego y se somete a la arrogancia del subalterno.

El comandante del "Cruz del Sur", Bustamante, el de la barba mosaica, continúa en el cuartel, supervisando la vida del batallón. La unidad tiene pocos oficiales y muy pocos soldados; pero el Estado paga el sueldo de cuatrocientos. Hacen falta capitanes, el número de alféreces es justo, el de tenientes casi, pero ya hay un mayor, que es Quaresma, y el comandante Bustamante, que por modestia se hace llamar simplemente teniente coronel.

El destacamento que Quaresma comanda tiene cuarenta reclutas, tres alféreces, dos tenientes; pero los oficiales aparecen poco. Están enfermos o licenciados y solamente el antiguo agricultor de "El Sosiego" y un alférez, Polidoro, y este mismo sólo por la noche, están en sus puestos. Un soldado entró:

—Señor comandante, ¿puedo ir a almorzar?

—Sí. Llámame al cabo Ricardo.

El soldado salió trotando sobre grandes botinas; el pobre hombre usaba aquella pieza protectora como un castigo. Así que se vio en el bosque que lo llevaba hasta su casa, se las quitó y sintió correrle por el rostro el soplo de la libertad.

El comandante llegó hasta la ventana. La cerrazón se iba disipando. Ya se veía el sol que brillaba como un disco de oro empañado.

Ricardo Coração dos Outros apareció. Estaba graciosísimo dentro de su uniforme de cabo. La camisa era cortísima y despareja; sus puños sobresalían enteramente; y los pantalones eran larguísimos y le arrastraban por el suelo.

—¿Cómo te va, Ricardo?

—Bien. ¿Y a usted, mayor?

—Así.

Quaresma echó sobre el inferior y amigo esa mirada suya aguda y demorada:

—Andas aburrido, ¿no es así?

El trovador se sintió alegre con el interés del comandante:

—No... Para qué decir, mayor, que sí... Si la cosa fuera así hasta el final no sería mala... Lo malo es cuando hay tiros... Una cosa, mayor: no se podría, así, en las horas en que no hay nada que hacer, ir hasta los mangos, a cantar un poco...

El mayor se rascó la cabeza, se alisó la barbilla y dijo:

—Yo, no sé... Es...

—Usted sabe que eso de cantar bajo es remar en seco... Dicen que en el Paraguay...

—Bueno. Canta por allí; pero no grites, ¿eh?

Se callaron por un rato; Ricardo iba a partir cuando el mayor le pidió:

—Mándame traer el almuerzo.

Quaresma almorzaba y cenaba allí mismo. Tampoco era raro que ahí durmiera. Las comidas le eran ofrecidas por un fondín próximo, y él dormía en una habitación de aquella edificación imperial. Porque la casa en que se acantonara el destacamento, era el pabellón del emperador, situado en la antigua Quinta de Ponta do Caju. En ella quedaban también la estación del ferrocarril del Río Douro y un gran aserradero ruidoso. Quaresma fue hasta la puerta, miró la playa sucia y se quedó admirado de que el emperador la hubiera querido para baños. La cerrazón iba disipándose por entero.

Las formas de las cosas salían modeladas del seno de aquella masa de niebla pesada; y satisfechas, como si la pesadilla hubiese terminado. Primero surgían lentamente las partes bajas; y por fin, casi de repente, las altas.

A la derecha estaban el "Saúde" y el "Gamboa", los barcos mercantes: galeras de tres mástiles, cargueros a vapor, altaneros barcos a vela, que iban saliendo de la bruma, y por instantes todo aquello tenía un aire de paisaje holandés; a la izquierda, era la bolsa de la Rapôsa, el Retiro nostálgico, la *Sapucaia* horrenda, la isla del Gobernador, los Organos azules, altos hasta tocar el cielo; enfrente, la isla dos Ferreiros, con sus depósitos de carbón; y

alargando la vista por el mar sosegado, Niterói, cuyas montañas acababan de recortarse en el azul del cielo, a la luz de aquella mañana que venía retrasada.

La neblina se fue y un gallo cantó. Era como si la alegría volviera a la tierra; era un aleluya. Aquellos chirridos, aquellos pitos, los ginches con su acento festivo de contento.

Llegó el almuerzo y el sargento vino a decirle a Quaresma que había dos deserciones.

—¿Dos más? —preguntó admirado el mayor.

—Si, señor. El ciento veinticinco y el trescientos veinte no respondieron hoy a la revista.

—Haga el parte.

Quaresma almorzaba. El teniente Fonte, el hombre del cañón, llegó. Casi nunca dormía allí; pernoctaba en su casa, y durante el día venía a ver cómo iban las cosas.

Una madrugada, él no estaba. Las sombras aún eran profundas. El soldado de vigía vio allá a lo lejos un bulto que se movía en la sombra, resbalando sobre las aguas del mar. No traía luz alguna: sólo el movimiento de aquella mancha oscura revelaba a una embarcación, y también la ligera fosforescencia de las aguas. El soldado dio el alto; el pequeño destacamento se puso en sus puestos y Quaresma apareció.

—¡El cañón! ¡Ya! ¡Adelante! —ordenó el comandante. Y en seguida, nervioso, recomendó:

—Esperen un poco.

Corrió a la casa y fue a consultar sus compendios y tablas. Se demoró, mientras la lancha continuaba avanzando, los soldados estaban atontados, y uno de ellos tomó la iniciativa: cargó la pieza y la disparó.

Quaresma reapareció corriendo, asustado, y dijo con el aliento entrecortado:

—Vieron bien... la distancia... el alza... el ángulo... Es necesario tener siempre en vista la eficiencia del fuego.

Fontes vino al día siguiente, y al conocer el caso se rió mucho:

—Caramba, mayor, usted piensa que está en un polígono, haciendo estudios prácticos... ¡Fuego adelante!

Y así era. Casi todas las tardes había bombardeo, desde el mar hacia las fortalezas, y de las fortalezas hacia el mar; y tanto los barcos como los fuertes, salían incólumes de tan terribles pruebas.

Pero por ahí llegaba una ocasión en que, por fin, acertaban, y entonces los diarios informaban: "Ayer, el Fuerte Acadêmico hizo un maravilloso disparo, con el cañón tal, metió una bala en el *Guanabara*". Al día siguiente, el mismo diario rectificaba, a pedido de la batería del muelle Pharoux, que era él quien había hecho el certero disparo. Pasaban días y el asunto ya estaba olvidado, cuando aparecía una carta de Niterói, reclamando los honores del tiro para la fortaleza de Santa Cruz.

El teniente Fontes llegó y estuvo examinando el cañón con perspicacia de entendido. Había una trinchera de fardos de alfalfa y la boca de la pieza

salía por entre las hilachas de paja, como la garganta de un animal feroz oculto entre las hierbas.

Miraba el horizonte, después del examen atento del cañón, y consideraba la isla de las Cobras, cuando escuchó el gemir de un violón y una voz que decía:

*Prometo pelo Santíssimo Sacramento...**

Se dirigió hacia el lugar de donde partían los sonidos y encontró este lindísimo cuadro: a la sombra de un gran árbol, los soldados acostados o sentados en círculo alrededor de Ricardo Coração dos Outros, que entonaba endechas tristísimas.

Los reclutas habían acabado de almorzar y tomar su aguardiente, y estaban tan embebidos en la canción de Ricardo que ni se dieron cuenta de la llegada del joven oficial.

—¿Qué es esto? —dijo severamente.

Todos los soldados se levantaron, haciendo la venia; y Ricardo, con la mano derecha en el gorro, en posición de firme, y a la izquierda, asegurando el violón que reposaba en el suelo, se disculpó:

—Señor teniente, el mayor lo permitió. Usted sabe que si nosotros no tuviéramos orden, no íbamos a distraernos.

—Bien. No quiero que esto se repita —dijo el oficial.

—Pero —objeto Ricardo— el señor mayor Quaresma...

—Aquí no hay mayor Quaresma. ¡No quiero más esto, ya lo dije!

Los soldados se desbandaron y el teniente Fontes siguió hacia la vieja casa imperial, al encuentro del mayor del escuadrón "Cruz del Sur". Quaresma continuaba sus estudios, un esfuerzo de Sísifo, pero voluntarios, y para la grandeza de la patria. Fontes fue entrando y diciendo:

—¿Qué es esto, "don" Quaresma? ¿Entonces usted permite cantos en el destacamento?

El mayor ya no recordaba nada y se quedó sorprendido por el aire severo y duro del joven que repitió:

—¿Entonces usted permite que los subalternos canten *modinhas* y toquen violón, en pleno servicio?

—¿Pero qué mal hacen? Oí decir que en campaña...

—¿Y la disciplina? ¿Y el respeto?

—Bien, voy a prohibirlo —dijo Quaresma.

—No es preciso. Ya lo he prohibido yo.

Quaresma no se dio por molestado, no percibió motivo para sentirse incomodado y dijo con dulzura:

—Hizo bien.

En seguida le preguntó al oficial sobre el modo de extraer la raíz cuadrada de una fracción decimal; el joven se lo enseñó y estuvieron conversando sobre cosas vulgares. Fontes era el novio de Lalá, la tercer hija del

* "Prometo por el Santísimo Sacramento..."

general Albernaz, y esperaba que acabara la revuelta para casarse. Durante una hora la conversación entre los dos versó sobre este pequeño hecho familiar al que estaban ligados aquellos estruendos, aquellos tiros, aquella solemne disputa entre dos ambiciones. Súbitamente, el clarín hirió el aire con su voz metálica. Fontes aprestó el oído, y el mayor preguntó:

—¿Qué toque es ése?

—De atención.

Los dos salieron. Fontes perfectamente uniformado; y el mayor apretando el tahalí, sin encontrar la forma, tropezando en la espada venerable que se obstinaba en metérsele entre las cortas piernas. Los soldados ya estaban en las trincheras, armas en la mano; el cañón tenía al lado las municiones necesarias. Una lancha avanzaba lentamente, con la proa alta asestada hacia el puesto. De repente, salió de su borda una nube de humo espeso: "¡disparó!", gritó una voz. Todos se inclinaron, la bala pasó alto, zumbando, cantando, inofensiva. La lancha continuaba avanzando impávida. Además de los soldados había curiosos, chicos, asistiendo al tiroteo, y fue uno de éstos quien gritó: "¡disparó!".

Y así siempre. A veces ellos llegaban bastante cerca de la tropa, de las trincheras, complicando el trabajo; otras, un ciudadano cualquiera llegaba hasta el oficial y muy delicadamente pedía: "Señor, ¿me da permiso para disparar un tiro?". El oficial accedía, los servidores cargaban la pieza, el hombre hacía puntería, y salía un tiro.

Con el tiempo, la rebelión pasó a ser una fiesta, una diversión de la ciudad... Cuando se anunciaba un bombardeo, en un segundo la terraza del Paseo Público se llenaba. Era como si fuese una noche de luna, en los tiempos en que era de buen tono apreciarlas en el viejo jardín de don Luis de Vasconcelos, viendo al astro solitario platear el agua y llenar el cielo.

Se alquilaban largavistas, y tanto los viejos como las muchachas, los jóvenes como las viejas, seguían el bombardeo como una representación de teatro: "¡Disparó el 'Santa Cruz'! ¡Ahora es el 'Aquidabã'! ¡Allá va!". Y de esa manera la rebelión iba corriendo familiarmente, entrando en los hábitos y en las costumbres de la ciudad.

En el muelle Pharoux, los chiquilines, vendedores de diarios, lustradores de zapatos, vendedores ambulantes se paraban detrás de las portadas, de los mingitorios, de los árboles, para ver y esperar la caída de las balas; y cuando caía una, corrían todos apelotonados, a recogerla como si se tratara de una moneda o de una golosina.

Las balas se pusieron de moda. Había alfileres de corbata, adornos de reloj, lapiceras hechas con las pequeñas balas de fusil; también se hacían colecciones de las medianas, y con sus estuches de metal, aireados, pulidos, lijados, adornaban las consolas, los *dunkerque* de las casas medias; las grandes, los "melones" y los "zapallos", como se las llamaba, adornaban los jardines como vasos de loza o estatuas.

La lancha continuaba disparando; Fontes hizo un disparo. El cañón vomitó el proyectil, retrocedió un poco y en seguida fue puesto en posición. La embarcación respondió y el muchacho gritó: "¡disparó!".

Hubo uno en Niterói que tuvo su cuarto de hora de celebridad. Lo lla-

maban "Treinta-Réis": los diarios de la época se ocupaban de él, se hicieron suscripciones a su favor. ¡Un héroe! Pasó la rebelión y fue olvidado, tanto él como la "Luci", una bella lancha que llegó a tornarse una entidad en la imaginación de la *urbs*, a interesarla, a crear enemigos y admiradores.

La embarcación dejó de provocar la furia del puesto de Caju, y Fontes dio instrucciones a su jefe de pieza, y se marchó.

Quaresma se recogió a su cuarto y continuó sus estudios guerreros. Los demás días que pasó en aquel extremo de la ciudad no fueron diferentes de éstos. Los acontecimientos eran los mismos y la guerra caía en la banalidad de la repetición de los mismos episodios.

Por momentos, cuando le venía el aburrimiento, salía. Descendía a la ciudad y dejaba el puesto en manos de Polidoro o de Fontes, si estaba.

Raras veces lo hacía de día, porque Polidoro, el más asiduo de sus hombres, ebanista de profesión y en actividad en una fábrica de muebles, sólo llegaba de noche.

En el centro de la ciudad, la noche era alegre y jovial. Había mucho dinero, el gobierno pagaba sueldos dobles, y a veces daba gratificaciones, además de que también la muerte estaba siempre presente; y todo eso estimulaba a divertirse. Los teatros eran muy frecuentados y los *restaurantes* nocturnos también.

Quaresma, sin embargo, no se metía en aquel ruido de plaza semisitiada. A veces iba al teatro, de particular, y en seguida de finalizado el espectáculo volvía a su cuarto de la ciudad, o hacia el puesto.

Otras tardes, tan pronto llegaba Polidoro, salía a pie, por las calles de los alrededores, por las playas, y hasta el Campo de São Cristóvão.

Iba viendo aquella sucesión de cementerios, con sus sepulcros albos que suben montañas como carneros esquilados y limpios pastando; aquellos cipreses meditativos que las vigilaban; y entonces le parecía que aquella parte de la ciudad era feudo y señorío de la muerte.

Las casas tenían un aspecto fúnebre, recogidas y concentradas; el mar murmuraban lúgubremente en la ribera barrosa; las palmeras silbaban doloridas; y hasta el tintinear de la campanilla de los tranvías era triste y lúgubre.

El paisaje se había impregnado de la Muerte y el pensamiento de quien pasaba por allí, aún más, para hacer sentir en ella tan fuerte aspecto funerario.

Fue llegando hasta el campo; ahí le dieron deseos de volver a ver su antigua casa y al final entró en la residencia del general Albernaz. Le debía aquella visita y aprovechó la oportunidad.

Acababan de cenar y con el general, además del teniente Fontes y el almirante Caldas, habían cenado el comandante de Quaresma, el teniente coronel Inocêncio Bustamante.

Bustamante era un comandante activo, pero dentro del cuartel. No había quien, como él, se interesase por los libros, por la buena caligrafía con que eran escritos los libros maestros, las relaciones de muestras, los mapas de compañía y otros documentos. Con auxilio de ellos, la organización de su batallón era irreprochable; y para no dejar de vigilar la redacción aparecía de tarde en tarde en los destacamentos de su cuerpo.

Hacía diez días que Quaresma no lo veía. Después de las salutaciones, en seguida le preguntó al mayor:

—¿Cuántas deserciones?

—Hasta hoy, nueve —dijo Quaresma.

Bustamante se rascó la cabeza desesperado, y reflexionó:

—Yo no sé qué tiene esta gente... Es un desertar que no tiene nombre... ¡Les falta patriotismo!

—Hacen muy bien... ¡Vaya con eso! —dijo el almirante.

Caldas andaba disgustado y pesimista. Su proceso iba mal y hasta ahora el gobierno no le había dado nada. Su patriotismo se debilitaba con el diluirse de la esperanza de ser algún día vicealmirante. Es verdad que el gobierno aún no había organizado su escuadra; sin embargo, por el rumor que corría, él no comandaría ni siquiera una división. ¡Una iniquidad! Era un poco viejo, es verdad, pero no por no haber comandado nunca en esa materia podía despilfarrar toda una energía joven.

—No debe hablar así, almirante... La patria está inmediatamente debajo de la humanidad.

—Mi querido teniente, usted es joven... Yo sé lo que son esas cosas...

—No hay que desesperar... No trabajamos para nosotros, sino para los demás y para los que vengan después —continuó Fontes persuasivo.

—¿Qué tengo yo que ver con ellos? —rechazó enfadado Caldas.

Bustamante, el general y Quaresma asistían a la pequeña discusión callados, y los dos primeros un tanto sonrientes con la furia de Caldas, que no se cansaba de hacer bailar una pierna y alisar sus largos bigotes blancos. El teniente respondió:

—Mucho, almirante. Todos nosotros debemos trabajar para que vengan épocas mejores, de orden, de felicidad, de elevación moral.

—¡Nunca la hubo ni nunca la habrá! —dijo Caldas de un tirón.

—Yo también pienso así —agregó Albernaz.

—Esto será siempre lo mismo —adujo escépticamente Bustamante.

El mayor no dijo nada; parecía desinteresado de la conversación. Fontes, frente a esas contestaciones, al contrario de sus congéneres de secta, no se disgustó. Era un individuo delgado y chupado, moreno oscuro, y el óvalo de su rostro estaba aplastado aquí y allá.

Con su voz arrastrada y nasal, agitando la mano derecha en el gesto favorito de los sermoneadores, después de escuchar a todos, dijo con unción:

—Ya hubo un esbozo: la Edad Media.

Nadie le podía responder allí. Quaresma sólo conocía historia del Brasil, y los otros ninguna.

Su afirmación los silenció a todos, aunque íntimamente les quedara la duda. Era una curiosa Edad Media esa de elevación moral, que uno no sabe dónde queda ni en qué año. Si uno dice: "En tiempos de Clotario, él mismo, con sus propias manos, prendió fuego a la choza en que encerraba a su hijo Crame, más a la mujer de éste y sus hijos", el positivista objeta: "Aún no estaba perfectamente establecido el ascendiente de la Iglesia". "San Luis —diremos luego nosotros— quiso ejecutar a un señor feudal porque mandó ahorcar a tres niños que habían matado a un conejo en sus plantaciones."

Objeta el fiel: "¿Usted no sabe que nuestra Edad Media llega hasta la aparición de la Divina Comedia? San Luis ya era la decadencia...". Se citan las epidemias de enfermedades nerviosas, la miseria de los campesinos, los robos a mano armada de los barones, las alucinaciones del milenio, las crueles matanzas que Carlomagno infligió a los sajones; ellos responden: en un momento no estaba perfectamente establecido el ascendiente moral de la Iglesia; en otro ya había desaparecido.

Nada de eso fue objetado al positivista y la conversación resbaló hacia la rebelión. El almirante criticaba severamente al gobierno.

No tenía plan alguno, tiraba tiros a tontas y a locas; en su opinión, ya debía haber hecho todo el esfuerzo para ocupar la isla de las Cobras, aunque eso costase ríos de sangre. Bustamante no tenía opinión tomada; pero Quaresma y Fontes juzgaban que no: sería una aventura arriesgada y de una inutilidad patente. Albernaz, aún no había emitido su juicio; y lo hizo ahora así:

—¡Pero nosotros hicimos una batida en Humaitá, y por poco!

—Sin embargo, no la tomaron —dijo Fontes—. Las condiciones naturales eran otras y asimismo la batida fue perfectamente inútil... Usted lo sabe, ¡usted estuvo allí!

—Es decir... Enfermé y vine un poco antes al Brasil, pero Camisão me dijo que fue de mucho riesgo.

Quaresma había vuelto al silencio. Trataba de ver a Ismênia. Fontes lo había enterado de su estado y el mayor sentíase de alguna manera ligado a la enfermedad de la joven. Vio a todos: a doña Maricota, siempre activa y diligente; a Lalá, arrancando con la mirada al novio de la conversación interminable, y a las otras que venían de vez en cuando, del salón comedor donde él estaba. Por fin, no se contuvo y preguntó. Supo que estaba en casa de la hermana casada y que estaba peor, cada vez más abismada en su manía y su cuerpo enflaqueciendo. El general le contó todo a Quaresma, con la mayor franqueza, y cuando acabó de contar su desgracia íntima, dijo con un largo suspiro:

—No sé, Quaresma... No sé.

Eran las diez cuando el mayor se despidió. Volvió en tranvía hacia la Ponta de Caju. Descendió y de inmediato se recogió en su cuarto. Venía lleno de esa perturbación especial que pone en nosotros el claro de luna que estaba bello, tierno, lechoso, esa noche. Es una emoción de desahogo del cuerpo, de casi desmayo; parece que nos quitaran el envoltorio material y quedáramos solamente alma, envueltos en una blanda atmósfera de sueños y quimeras. El mayor no recogía bien esa sensación trascendente, pero sufría sin percibir el efecto de la luz pálida y fría de ese claro de luna. Se recostó un poco, vestido, no por tener sueño sino en virtud de aquella dulce embriaguez que el astro le había puesto en los sentidos.

A poco, Ricardo vino a llamarlo: el mariscal estaba allí. Era su costumbre salir por la noche, a veces de madrugada, e ir de puesto en puesto. El hecho se difundió entre el público que lo apreciaba extraordinariamente, y el presidente tuvo así una prueba más para afirmar su fama de estadista consumado.

Quaresma vino a su encuentro. Floriano vestía sombrero de fieltro blando, de anchas alas, y una corta levita sucia. Tenía un aire de malhechor o de jefe de familia ejemplar metido en aventuras extraconyugales.

El mayor lo saludó y lo informó del ataque que se le hiciera a su puesto, días pasados. El mariscal respondía con monosílabos perezosos, y miraba en derredor. Casi al despedirse, habló un poco más, diciendo lentamente, muy lentamente:

—Mandaré poner aquí un faro.

Quaresma lo acompañó hasta el tranvía. Atravesaron el viejo lugar de recreo de los emperadores. Un poco alejada de la estación, una locomotora, semiencendida, jadeaba. Parecía roncar, durmiendo; los vagones pequeños, bañados por el claro de luna, muy quietos, sosegados, semejaban dormidos. Los añosos mangos, con ramas ausentes aquí y allá, parecían preciosamente espolvoreados con plata. La luna estaba magnífica. Los dos caminaban, y el mariscal preguntó:

—¿Cuántos hombres tienes?

—Cuarenta.

El mariscal masticó un "no es mucho"; y volvió a su mutismo. En un momento dado, Quaresma vio su rostro inundado por la luz lunar. Le pareció más simpática la fisonomía del dictador. Si le hablase...

Preparó la pregunta, pero no tuvo coraje para hacerla. Continuaron caminando. El mayor pensó: ¿qué tiene de malo? No es una falta de respeto. Se aproximaban al portón. En un momento dado, hubo un ruido detrás. Quaresma se volvió, pero Floriano casi no lo hizo.

Los edificios del aserradero parecían cubiertos de nieve, tan intenso era el blanco del claro de luna. El mayor continuó masticando su pregunta; urgía, era indispensable; el portón estaba a dos pasos. Cobró coraje, osó hablar, y dijo:

—¿Vuestra Excelencia ya leyó mi memorial, mariscal?

Floriano respondió lentamente, casi sin mover los labios:

—Lo leí.

Quaresma se entusiasmó:

—¿Ha visto Vuestra Excelencia qué fácil es levantar este país? Una vez que se corten todos aquellos impedimentos que yo señalé en el informe que Vuestra Excelencia tuvo la bondad de leer; cuando se corrijan los errores de una legislación defectuosa e inadaptable a las condiciones del país, Vuestra Excelencia verá que todo esto cambia, que en vez de ser tributarios de otros, tendremos nuestra independencia solidificada... Si Vuestra Excelencia quisiera...

A medida que hablaba, Quaresma más se entusiasmaba. No podía ver bien la fisonomía del dictador, encubierto como tenía ahora el rostro por las alas del sombrero de fieltro; pero si la hubiera podido ver, habría sentido frío, porque en su máscara había señales del más mortal disgusto. Aquel palabrerío de Quaresma, aquella apelación a la legislación, a medidas gubernamentales, iban a mover su pensamiento, por mucho que no lo quisiera. El presidente se disgustaba. En un momento dado, dijo:

—¿Pero tú piensas, Quaresma, que yo he de poner la azada en la mano de cada uno de estos vagos? No habría ejército que alcanzara...

Quaresma se asustó, titubeó, pero retrucó:

—Pero, no es eso, mariscal. Vuestra Excelencia con su prestigio y poder, es capaz de favorecer con medidas enérgicas y adecuadas la aparición de iniciativas, de encaminar el trabajo, de favorecerlo y tornarlo remunerativo... Bastaría, por ejemplo...

Cruzaron el portón de la vieja quinta de Pedro I. El claro de luna continuaba bello, plástico y opalescente. Un gran edificio inconcluso que había en la calle, ahora sí parecía finalizado, con vidrieras y puertas hechas con la luz de la luna. Era un palacio de sueño.

Floriano ya escuchaba a Quaresma muy disgustado. El tranvía llegó y se despidió del mayor, diciendo con su plácida voz:

—Tú, Quaresma, eres un visionario...

El tranvía. La luna poblaba los espacios, le prestaba fisonomía a las cosas, hacía nacer sueños en nuestra alma, llenaba la vida, en fin, con su luz prestada...

III

...Y SE TORNARON EN SEGUIDA SILENCIOSOS...

—Yo ya lo he probado todo, Quaresma, pero no sé... ¡no hay medio!

—¿Ya la llevó al médico especialista?

—Sí. ¡He recorrido médicos, espiritistas y hasta hechiceros, Quaresma!

Y los ojos del anciano se humedecieron por debajo del *pince-nez*. Los dos se habían encontrado en la oficina de pagos del ministerio de Guerra y venían por el campo de Sant'Ana, a pie, caminando con pasos pequeños y conversando. El general era más alto que Quaresma, y mientras éste tenía la cabeza sobre un alto cuello, aquél la tenía metida entre los hombros prominentes, como dos alones. Albernaz continuó:

—¡Y remedios! Cada médico receta una cosa: los espiritistas son los mejores, indican homeopatía; los hechiceros tisanas, rezos y sahumerios... ¡Yo no sé, Quaresma!

Y levantó los ojos al cielo, que estaba un tanto ceniciento. No se mantuvo mucho en esa postura, sin embargo; el *pince-nez* no se lo permitía y ya comenzaba a caerse.

Quaresma bajó la cabeza y caminó así un poco, mirando el granulado del granito del paseo. Levantó la mirada al cabo de algún tiempo, y dijo:

—¿Por qué no la interna en una casa de salud, general?

—Mi médico ya me aconsejó eso... Mi mujer no quiere, y ahora mismo, en el estado en que la niña está, ni vale la pena...

Hablaba de su hija, de Ismênia, que en aquellos últimos meses había empeorado sensiblemente, no tanto en su enfermedad mental, sino en su salud física; vivía en la cama, siempre febril, languideciente, agonizante, marchando a grandes pasos hacia el frío abrazo de la muerte.

Albernaz decía la verdad; para curarla, tanto de su locura cuanto de su actual enfermedad interminente, había echado mano a todos los recursos, a todos los consejos señalados por quien quiera que fuese.

Era para hacer reflexionar ver a ese hombre, general, señalado para una carrera gubernamental, buscando médiums y hechiceros para sanar a su hija.

A veces hasta los llevaba a la casa. Los médiums llegaban hasta la joven, sufrían un estremecimiento, lo miraban con los ojos desorbitados, fijos, y gritaban: "¡Sal, hermano!", se sacudían las manos, frotaban el pecho de la muchacha de aquí para allá, rápida, nerviosamente, con la intención de descargar sobre ella los fluidos mágicos.

Los hechiceros tenían otros pases y las ceremonias para entrar en conocimiento de las fuerzas ocultas que nos rodean, eran lentas y prolijas. En general, eran negros africanos. Llegaban, encendían un fuego en la habitación, sacaban de un cesto un sapo envuelto en paja o alguna otra cosa rara, golpeaban con haces de hierbas, ensayaban pasos de danza y pronunciaban palabras ininteligibles. El ritual era complicado y tenía su duración.

A la salida, doña Maricota, la pobre, ya un poco disminuida en su actividad y diligencia, mirando tiernamente aquel gran rostro negro del hechicero, donde la barba blanca inspiraba mayor veneración y cierta grandeza, preguntaba:

—¿Entonces, tiíto?

El negro pensaba unos instantes como si estuviese recibiendo las últimas comunicaciones de lo que no se ve ni se percibe, y decía con su majestad de africano:

—Voy a ver, doña... Estoy *crotando* diablo...

Ella y el general habían asistido a la ceremonia con amor de padres, como así también con ese fondo de superstición que hay en casi todos nosotros, que los llevaba a mirarla con respeto, casi con fe.

—Entonces, ¿fue un hechizo lo que le hicieron a mi hija? —preguntaba la señora.

—Sí, así fue, señora.

—¿Quién?

—El santo no decir quién.

Y el negro oscuro, viejo esclavo, arrancado hacía un medio siglo de los confines del Africa, salía arrastrando su vejez y dejando en aquellos dos corazones una esperanza fugaz.

Era una situación singular la de aquel negro africano, que seguramente no había olvidado del todo aún los dolores de su largo cautiverio, echando mano a los residuos de sus ingenuas creencias tribales, residuos que a tan alto costo habían resistido su forzado trasplante hacia tierras de otros dioses, empleándolos en el consuelo de sus señores de otrora. Era como si los dioses de su infancia y de su raza, los sanguinarios ídolos del Africa indescifrable, quisieran vengarlo a la legendaria manera del Cristo de los Evangelios...

La enferma asistía a todo eso sin comprender y sin interesarse por aquellos gestos y pases de tan poderosos hombres que se comunicaban con los seres inmateriales, a los que tenían a sus órdenes, con las existencias por fuera y encima de la nuestra.

Caminando al lado de Quaresma, el general recordaba todo eso y tuvo un pensamiento amargo contra la ciencia, contra los espíritus, contra los he-

chizos, contra Dios que le iba arrancando de a poco a su hija, sin piedad ni conmiseración.

El mayor no sabía qué decir frente a aquella inmensa pena del padre y le parecía que cualquier palabra de consuelo sonaría torpe e idiota. Finalmente dijo:

—General, ¿usted me permite que yo la haga ver por un médico?

—¿Quién es?

—El marido de mi ahijada... usted lo conoce... Es joven, ¿quién sabe- No le parece que, a lo mejor... Puede ser, ¿no?

El general consintió y la esperanza de ver curada a su hija le suavizó las mejillas arrugadas. Cada médico que consultaba, cada espiritista, cada hechicero lo reanimaba, pues de todos ellos esperaba el milagro. Ese mismo día, Quaresma fue a buscar al doctor Armando.

La revuelta ya tenía más de cuatro meses de vida y la ventaja del gobierno era problemática. En el sur, la insurrección llegaba a las puertas de Sao Paulo, y sólo Lapa resistía tenazmente, una de las pocas páginas dignas y limpias de todo aquel chaparrón de pasiones. La pequeña ciudad tenía, dentro de sus trincheras, al coronel Comes Carneiro, una energía, una voluntad, verdaderamente eso, porque era sereno, confiable y justo. No se deshizo en violencias enloquecidas y supo volver a hacer verdad la gastada frase grandilocuente: resistir hasta la muerte.

La isla del Gobernador había sido ocupada y Majé tomado; los rebeldes, sin embargo, contaban con la vasta bahía y la apretada barra por donde salían y entraban, sin temer al estorbo de las fortalezas.

Las violencias, los crímenes que habían signado esos dos marcos de la actividad guerrera del gobierno, llegaban a oídos de Quaresma, y él sufría.

De la isla del Gobernador se hizo una verdadera mudanza de muebles, ropas y otros bienes. Lo que no podía ser transportado, era destruido por el fuego y por el machete.

La ocupación dejó allí la más execrable memoria y hasta hoy sus habitantes recuerdan dolorosamente a un capitán, patriótico o de la guardia nacional, llamado Ortiz, por su ferocidad y por su insoportable gusto por el saqueo y otras vejaciones. Pasaba un pescador, con una ristra de pescados, y el capitán llamaba al pobre hombre:

—¡Venga para aquí!

El hombre se aproximaba, amedrentado, y Ortiz le preguntaba:

—¿Cuánto quieres por eso?

—Tres *mil réis*, capitán.

El sonreía diabólicamente, y en forma familiar regateaba:

—¿No lo dejaría por menos?... Está caro... Es un pescado ordinario... ¡Son *carapebas*!

—Bien, capitán, va todo por dos mil quinientos.

—Llévelo para adentro.

Estaba en la puerta de la casa. El pescador volvía y se quedaba un tiempo de pie, demostrando que esperaba el dinero. Ortiz balanceaba la cabeza y decía, burlonamente:

—¿Dinero, eh? Vaya a cobrarle a Floriano.

Sin embargo, Moreira César dejó buena memoria de sí y aún hoy hay quien lo recuerda, agradecido por este o aquel favor que el famoso coronel le prestó.

Las fuerzas rebeldes parecían no haberse debilitado; sin embargo, habían perdido dos barcos, uno de ellos el *Javari*, cuya reputación era una de las más altas y consideradas entre los rebeldes. Las fuerzas de tierra lo detestaban particularmente. Era un monitor, chato, liso sobre el agua, una especie de saurio o quelonio de hierro, de construcción francesa. Su artillería era temida; pero lo que especialmente hacía que los adversarios lo odiaran era que casi ni tenía borda por encima del agua, haciéndole quedar casi al nivel del mar y así huir de los inseguros tiros desde tierra. Sus máquinas no funcionaban y la gran tortuga llegaba a colocarse en posición de combate con el auxilio de un remolcador.

Un día en que estaba en las proximidades de Villegagnon se fue a pique. No se supo, y hasta hoy no se aclaró, cuál fue el motivo. Los legalistas afirmaron que fue una bala de Gragoatá; pero los rebeldes aseguraron que fue la apertura de una válvula o algún otro accidente cualquiera.

Como el caso de su hermano *Solimões*, que desapareció en las costas del cabo Polonio, el fin del *Javari* aún permanece envuelto en el misterio.

Quaresma permanecía de guarnición en el Caju, y había venido a recibir dinero. Había dejado allí a Polidoro, pues los otros oficiales estaban enfermos o licenciados, y a Fontes que, siendo una especie de inspector general, al contrario de lo que eran sus hábitos, había dormido aquella noche en el pequeño pabellón imperial, e iba a quedarse allí hasta la tarde.

Ricardo Coração dos Outros, desde el día de la prohibición de tocar el violón, andaba melancólico. Le habían quitado la sangre, el motivo de vivir, y pasaba los días taciturno, apoyado en el tronco de un árbol, maldiciendo en el fondo de sí mismo la incomprensión de los hombres y los caprichos del destino. Fontes había notado su tristeza; y para aminorar su disgusto, había obligado a Bustamante a hacerlo sargento. No fue sin esfuerzo, pues el ex veterano del Paraguay era muy celoso de esa graduación y sólo la concedía como recompensa excepcional, o cuando le era requerida por personas importantes.

La vida del pobre trovador era así la de un pájaro enjaulado; de cuando en cuando se alejaba un poco y probaba su voz, para ver si aún la tenía y si no había huido con el humo de los disparos.

Quaresma, sabiendo que de esa manera el puesto estaba bien custodiado, resolvió demorarse un poco más, y luego de despedirse de Albernaz se encaminó a la casa de su compadre, a fin de cumplir la promesa que había hecho al general.

Coleoni aún no había decidido su viaje a Europa. Dudaba, esperando el final de la rebelión que no le parecía estar próximo. El nada tenía que ver con ella; hasta ese momento, a nadie le había dicho su opinión; y cuando era muy instado a hacerlo, apelaba a su condición de extranjero y se refugiaba en una prudente reserva. Pero aquella exigencia de pasaporte, otorgado en la jefatura de policía, lo asustaba. En aquellos tiempos, todos tenían miedo de tratar con las autoridades. Había tanta mala voluntad con los ex-

tranjeros, tanta arrogancia en los funcionarios, que no se animaba a ir para obtener el documento, por temor de que una palabra, una mirada, un gesto, fueran interpretados por cualquier funcionario celoso y delicado, llevándolo a sufrir algunos malos momentos.

La verdad es que él era italiano y que Italia ya le había hecho ver al dictador que era una gran potencia, pero en el caso que recordaba, se trataba de un marinero, por cuya vida truncada por una descarga de las fuerzas leales Floriano debió pagar la cantidad de cien *contos*. El, Coleoni, no era marinero y no sabía si, en el caso de ir preso, los representantes diplomáticos de su país se interesarían por su libertad.

Por lo demás, no habiendo protestado el mantenimiento de su nacionalidad, cuando el gobierno provisorio expidió el famoso decreto de naturalización, era bien posible que por una u otra parte se atuviesen a eso, para desinteresarse por él o mantenerlo en el famoso pabellón núm. 7 de la Correccional, transformada por un plumazo mágico en prisión del Estado.

La época era de susto y temor, y los que él mismo sentía solamente se los comunicaba a su hija, porque el yerno cada vez se hacía más florianista y jacobino, y de su boca muchas veces oía duras invectivas contra los extranjeros.

Y el doctor tenía razón; ya había obtenido una gracia gubernamental. Había sido nombrado médico del Hospital de Santa Bárbara, cubriendo la vacante de un colega, exonerado por razones de bien público, como sospechoso de haber ido a visitar a un amigo en la prisión. Sin embargo, como el hospital quedaba en la isla del mismo nombre, dentro de la bahía, frente a la Saúde, y Guanabara aún estaba en manos de los revoltosos, él no tenía nada que hacer, pues hasta ahora el gobierno no había aceptado sus ofrecimientos de auxiliar en el tratamiento de los heridos.

El mayor encontró a padre e hija en casa; el doctor había salido a dar una vuelta por la ciudad, y dar pruebas de su dedicación a la causa legal conversando con los más exaltados jacobinos del Café do Río, sin olvidar tampoco un paseo por los corredores de Itamarati, haciéndose ver por los ujieres, secretarios y otras personas influyentes en el ánimo de Floriano.

La joven vio entrar a Quaresma con ese sentimiento extraño que su padrino le causaba últimamente, y que se tornaba más agudo cuando lo veía contar los casos guerreros de su destacamento, el paso de las balas, las descargas de las lanchas, natural y simplemente, como si fuesen episodios de una fiesta, de una justa, de una diversión cualquiera en la que la muerte no estuviera presente.

Tanto más cuanto que lo veía aprensivo, dejando percibir en una frase o en otra su desánimo y desesperanza.

La verdad es que el mayor tenía una espina clavada en el alma. La recepción de Floriano a sus sugerencias de reformas no era la que esperaban ni su entusiasmo y sinceridad, ni tampoco la idea que él se hacía del dictador. Había salido al encuentro de Enrique IV y de Sully y venía a toparse con un presidente que lo tildaba de visionario, que no evaluaba el alcance de sus proyectos, que ni siquiera los examinaba, desinteresado de las altas cosas de gobierno ¡como si no lo fueran!... Entonces, ¿era para sostener a un hom-

bre así que había dejado el sosiego de su casa y se arriesgaba en las trincheras? ¿Era, pues, por ese hombre que tanta gente moría? ¿Qué derecho tenía él de vida y muerte sobre sus conciudadanos, si no se interesaba por la suerte de ellos, por su vida feliz y próspera, por el enriquecimiento del país, el progreso de su agricultura y el bienestar de su población rural?

Pensando así, había momentos en que le entraba una mortal desesperación, y mucha furia contra sí mismo; pero en seguida consideraba: el hombre está perturbado, ahora no puede hacer nada; más tarde, con seguridad lo hará...

Vivía en esa alternativa dolorosa y era ella quien le traía las aprensiones, el desánimo y la desesperanza que su ahijada notaba en su fisonomía ya un poco hosca.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, hasta que, abandonando los episodios de su vida militar, Quaresma explicara el motivo de su visita.

—Pero, ¿cuál de ellas? —preguntó su ahijada.

—La segunda, Ismênia.

—¿Aquella que estaba por casarse con el dentista?

—Esa misma.

—¡Ah!...

Ella pronunció ese "ahh" muy larga y profundamente, como si pusiera en él todo lo que quería decir sobre el caso. Veía bien qué era lo que causaba la desesperación de la joven, pero mejor aún veía la causa en esa obligación que incrustan en el espíritu de las niñas: que deben casarse a toda costa, haciendo del casamiento el polo y el fin de su vida, al punto de que quedar soltera parecía una deshonra, una injuria.

El casamiento ya no es amor, ni tampoco maternidad, nada de eso: es simplemente casamiento; algo vacío, sin fundamento en nuestra naturaleza ni en nuestras necesidades.

Gracias a la flojera, a la pobreza intelectual y la debilidad de la energía vital de Ismênia, aquella fuga del novio ciertamente se había transformado en la seguridad de que nunca más se casaría, y toda ella se abismó en esa idea desesperada.

Coleoni se enterneció mucho y se interesó en el caso. Siendo de buen natural, cuando luchaba por la fortuna se había hecho duro y áspero, pero tan pronto se vio rico, perdió la dureza de que se revistiera, pues se daba cuenta de que sólo se puede ser bueno cuando de alguna manera se es fuerte.

Ultimamente el mayor había disminuido un poco su interés por la joven; andaba atormentado por su caso de conciencia, pero sin embargo, aunque no tenía un constante y particular pensamiento acerca de la desdicha de la hija de Albernaz, la envolvía aún en su bondad general, amplia y humana.

No se demoró mucho en la casa del compadre; quería, antes de volver a Cajú, pasar por el cuartel de su batallón. Iba a ver si conseguía una pequeña licencia para visitar a la hermana, a la que dejara allí, en "El Sosiego", y de quien tenía noticias por carta unas tres veces por semana. Las noticias eran satisfactorias, sin embargo él tenía necesidad de verla a ella tanto cuanto a Anastácio, rostros con los que se encontraba diariamente desde hacía

tantos años, y cuya contemplación le hacía falta, y quizá le restituyera la calma y la paz del espíritu.

La última carta recibida de doña Adelaide tenía una frase que, en ese momento, recordaba sonriendo: "No te expongas mucho, Policarpo. Sé muy cauteloso". ¡Pobre Adelaide! ¿Pensaría que eso de las balas es como lo de las lluvias?...

El cuartel todavía quedaba en el viejo inquilinato clausurado por higiene, allá por el lado de Cidade Nova. Así que Quaresma apareció en la esquina, el centinela dio un gran grito e hizo bastante bulla con el arma; el mayor entró, sacándose el sombrero de la cabeza baja, pues estaba vestido de civil y había abandonado la galera por miedo de que ese traje hiriera las susceptibilidades republicanas de los jacobinos.

En el patio, el instructor cojo adiestraba a nuevos voluntarios y sus majestuosos y demorados gritos: "¡hombrooo... armas! ¡mediaaa vuelta... volver!" subían hasta el cielo y resonaban largamente por las paredes del inquilinato.

Bustamante estaba en su cubículo, más conocido por gabinete, irreprochable en su uniforme verde botella, con alamares dorados y vivos azul turquesa. Con auxilio de un sargento examinaba lo escrito en un libro cuartelero.

—¡Tinta roja, sargento! Así lo ordenan las instrucciones de 1864.

Se trataba de una enmienda o de cosa semejante.

Tan pronto vio a Quaresma entrar, el comandante exclamó, radiante:

—¡El mayor adivinó!

Quaresma apoyó plácidamente el sombrero, bebió un poco de agua, y el coronel Inocêncio explicó su alegría:

—¿Sabe que tenemos que marchar?

—¿Adónde?

—No sé... Recibí órdenes de Itamarati.

El nunca decía "del cuartel general", ni siquiera "del ministro de Guerra"; sino de Itamarati, del presidente, del jefe supremo. Parecía que así daba más importancia a sí mismo y a su batallón, lo tornaba una especie de batallón de la custodia, favorito y amado del dictador.

Quaresma no se asustó ni se disgustó. Percibió que era imposible obtener la licencia y que también era necesario cambiar sus estudios: de la artillería tenía que pasar a la infantería.

—Usted, mayor, es quien va a comandar el cuerpo, ¿lo sabía?

—No, coronel. ¿Y usted no va?

—No —dijo Bustamante, alisándose la barbita mosaica y abriendo la boca hacia la izquierda—. Tengo que terminar la organización de la unidad y no puedo... No se asuste, más tarde iré por allá...

Comenzaba la tarde cuando Quaresma salió del cuartel. El instructor cojo continuaba, con fuerza, majestad y lentitud, gritando: "¡hom-brooo... armas!". El centinela no pudo hacer la misma bulla que a su entrada, porque sólo vio al mayor cuando ya iba lejos. El descendió hasta la ciudad y fue al correo. Había algunos tiros espaciados; en el Café do Rio, los levitas continuaban cambiando ideas para la consolidación definitiva de la República.

Antes de llegar al correo, Quaresma recordó su partida. Corrió a una librería y compró libros sobre infantería; también los precisaba sobre reglamentos: ¿los conseguiría en el cuartel general?

¿Hacia dónde iba? ¿Hacia el Sur, para Majé, para Niterói? No lo sabía... No lo sabía... ¡Ah! ¡Si eso sirviese para la realización de sus sueños y deseos! Pero ¿quién sabe?... Podría ser... tal vez... Más tarde...

Y pasó el día atormentado por la duda acerca del buen empleo de su vida y de sus energías.

El marido de Olga no puso inconvenientes en ir a ver a la hija del general. Llevaba la íntima convicción de que toda su ciencia nueva podría hacer algo; pero no sucedió así.

La joven continuaba muriéndose, y si bien la manía aparecía un poco atenuada, su organismo caía. Estaba delgada, débil, al punto de casi no poder sentarse en la cama. Era su madre quien más tiempo estaba junto a ella; las hermanas se desinteresaban un poco, pues las exigencias de su juventud las llevaban hacia otros lados.

Doña Maricota, habiendo perdido todo aquel antiguo fervor por las fiestas y bailes, estaba siempre en el cuarto de su hija, consolándola, animándola, y a veces, cuando la miraba mucho, se sentía un poco culpable de su infelicidad.

La enfermedad había dado más firmeza a los trazos de Ismênia, le había disminuido la lasitud, quitado el brillo mortecino de los ojos, y sus lindos cabellos castaños, con reflejos dorados, se hacían más bellos cuando rodeaban la palidez de su rostro.

Era raro que conversara mucho; y así fue que aquel día se asustó mucho doña Maricota con la locuacidad de su hija.

—Mamá, ¿cuándo se casa Lalá?

—Cuando se acabe la revolución.

—¿Todavía no terminó?

La madre le respondió y ella estuvo un instante callada, mirando el techo, y después de esa contemplación le dijo a la madre:

—Mamá... Me voy a morir...

Las palabras salieron de sus labios seguras, suaves y naturales.

—No digas eso, hija mía —adelantóse doña Maricota—. ¡Qué vas a morir! Vas a curarte; tu padre va a llevarte a Minas; allí engordarás, cobrarás fuerzas...

La madre decía todo eso lentamente, acariciándole el rostro con la mano, como si hablara con una criatura. Ella escuchaba todo pacientemente y a su vez volvió, serenamente:

—¡No mamá! Yo lo sé: voy a morir, y te pido una cosa...

La madre se asustó por la seriedad y firmeza de su hija. Miró alrededor, vio la puerta semiabierta y se levantó para cerrarla. Aún quiso ver si la disuadía de ese pensamiento; Ismênia, sin embargo, continuaba repitiendo paciente, suave, serenamente:

—Lo sé, mamá.

—Bien. Supongo que es verdad: ¿qué es lo que tú quieres?

—Mamá, quiero ir vestida de novia.

Doña Maricota aún quiso bromear, juguetear; no obstante, la hija se volvió hacia el otro lado y se durmió, con una leve respiración espaciada. La madre salió del cuarto conmovida, con lágrimas en los ojos y la secreta certeza de que su hija decía la verdad.

No demoró mucho en verificarse esto. El doctor Armando la había visitado aquella mañana por cuarta vez; ella parecía mejor desde hacía algunos días, hablaba con discernimiento, sentábase en la cama y conversaba con placer.

Doña Maricota tuvo que hacer una visita y dejó a la enferma entregada a las hermanas. Fueron a su cuarto varias veces y parecía dormir. Se distrajeron.

Ismênia despertó; por entre la puerta de su guardarropas vio su vestido de novia. Tuvo deseos de verlo más de cerca. Se levantó descalza y lo extendió en la cama para contemplarlo. Tuvo el deseo de ponérselo. Se puso la falda; y ahí le vinieron recuerdos de su fallido casamiento. Recordó a su novio, su nariz tan huesuda y los ojos desorbitados de Cavalcânti; pero no lo recordó con odio, antes bien, como si se tratara de algo visto hacía ya mucho tiempo y que la hubiese impresionado.

A quien recordaba con rabia era a la cartomántica. Eludiendo a su madre, acompañada por una criada había conseguido consultar a Madame Sinhá. Con qué indiferencia le había respondido: "¡no vuelve!". Aquello le dolió... ¡Qué mujer mala! Desde ese día... ¡Ah!... Acabó de abotonarse la falda encima del corpiño, pues no había encontrado el corsé; y fue hasta el espejo. Vio sus hombros desnudos, su cuello muy blanco... Se sorprendió. ¿Todo eso era de ella? Se palpó un poco y después se colocó la corona. El velo le acarició cariñosamente la espalda, como un aleteo de mariposa. Sintió un desfallecimiento, algo, lanzó un ¡ay! y cayó de espaldas en la cama, con las piernas hacia afuera... Cuando la fueron a ver estaba muerta. Aún tenía la corona en la cabeza y un seno, muy blanco y redondo, saltaba fuera del corpiño.

El entierro fue al día siguiente y la casa de Albernaz estuvo dos días llena de gente, como en los días de sus mejores fiestas.

Quaresma fue al entierro; a él no le gustaban esas ceremonias; pero fue para ver a la pobre muchacha en el cajón, cubierta de flores, vestida de novia, con el aire inmaculado de una imagen. Sin embargo, poco había cambiado. Era ella misma; era la Ismênia doliente y pobre de nervios, con sus trazos menudos y sus lindos cabellos quien estaba dentro de aquellas cuatro tablas. La muerte había fijado su pequeña belleza y su aspecto pueril; y ella iba hacia el sepulcro con la insignificancia, la inocencia y la falta de acento propio que había tenido en vida.

Contemplando aquellos tristes restos, Quaresma vio el furgón de la carroza fúnebre parar en la puerta del cementerio, cruzar las calles de tumbas —una multitud que trepaba, se tocaba, luchaba por obtener espacio en la estrechez de la planicie y en las laderas de las colinas—. Algunas sepulturas se miraban con afecto y querían aproximarse; en otras, se transparentaba la repugnancia por estar cerca. Había allí, en aquel mudo laboratorio de descomposiciones, solicitudes incomprensibles, repulsiones, simpatías y antipatías; había tum-

bas arrogantes, vanidosas, orgullosas, humildes, alegres y tristes; y de muchas de ellas rezumaba el esfuerzo, un esfuerzo extraordinario para escapar al nivelamiento de la muerte, al apagón que trae a las condiciones y las fortunas.

Quaresma aún contemplaba el cadáver de la joven y el cementerio surgía ante sus ojos con las esculturas que se amontonaban, con vasos, cruces e inscripciones en algunos sepulcros; en otros, eran pirámides de piedras toscas, retratos, pérgolas extravagantes, complicados ornatos, cosas barrocas y delirantes, para huir al anonimato de la tumba, en el final de los finales.

Las inscripciones son excesivas: son largas, son breves; tienen nombres, fechas, apellidos, filiaciones, todas las certificaciones de la edad del muerto que, allá abajo, ya no se puede reconocer y es solamente barro podrido.

Y se siente la desesperación de no encontrar un nombre conocido, ni una celebridad, una notabilidad, uno de esos nombres que llenan décadas y, a veces, ya muertos, parecen continuar viviendo. Todo es desconocido; todos aquellos que quieren huir de la tumba hacia la memoria de los vivos, son felices anónimos y mediocres existencias que pasaron por el mundo sin ser notadas.

¡Y allá iba aquella joven hacia el agujero oscuro, hacia el fin, sin dejar en la vida una huella más honda de su persona, de sus sentimientos, de su alma!

Quaresma quiso alejar esa triste visión y se encaminó hacia el interior de la casa. El había estado en el salón, donde también estaba doña Maricota rodeada de otras señoras amigas que nada le decían. Lulu, con uniforme del colegio, luto en el brazo, dormitaba en una silla. Las hermanas iban y venían. En el comedor estaba el general, silencioso, a su lado Fontes y otros amigos.

Caldas y Bustamante conversaban en voz baja, alejados; y cuando Quaresma pasó, pudo escuchar al almirante decir:

—¡Qué va! Dentro de poco los hombres están aquí... El gobierno está exhausto.

El mayor se quedó en la ventana que daba hacia el patio. El tejido del cielo se había adelgazado: el azul estaba sedoso y fino; y todo tranquilo, sereno y calmo.

Estefânia, la doctora, la de ojos maliciosos y ardientes, pasó llevando a su lado a Lalá, que de cuando en cuando se llevaba el pañuelo a los ojos ya secos, y a quien le decía:

—Yo, si estuviera en tu lugar, no compraba allí... ¡Es caro! Ve al *Bonheur des Dames*... Dicen que tienen cosas buenas, verdaderas pichinchas.

El mayor volvió a contemplar de nuevo el cielo que cubría la pequeña quinta. Tenía una tranquilidad casi indiferente. Genelício apareció excesivamente fúnebre. Todo de negro, había pegado al rostro la más profunda máscara de tristeza. Hasta su *pince-nez* azulado parecía de luto.

No le había sido posible dejar de ir a trabajar; un trabajo urgente lo había hecho indispensable en la oficina.

—Es esto, general —dijo él—, no está el doctor Genelício y no se hace

nada... No hay manera de que la Marina mande los procesos en forma... Es un desorden...

El general no respondió; estaba realmente destruido. Bustamante y Caldas continuaban conversando en voz baja. Se escuchó el rodar de un carruaje en la calle. Quinota llegó al comedor:

—Papá, ahí está el coche.

El anciano se levantó con esfuerzo y fue hacia el salón. Habló con su mujer que se incorporó con el rostro contraído, expresando una gran contención. Sus cabellos ya tenían muchos hilos de plata. No dio un paso; estuvo un instante de pie y luego cayó en la silla, llorando. Todos miraban sin saber qué hacer; algunos lloraban; Genelício tomó partido: fue retirando los cirios de alrededor del féretro. La madre se levantó, fue hasta el cajón, y besó el cadáver: "¡hija mía!".

Quaresma se adelantó y fue saliendo con el sombrero en la mano. En el corredor aún escuchó a Estefânia decirle a alguien: "Es bonito el coche".

Salió. En la calle parecía que había fiesta. Los niños de la vecindad rodeaban el coche fúnebre y hacían inocentes comentarios sobre los dorados y los adornos. Fueron apareciendo las coronas de flores, y las colgaban en las extremidades de las columnas del coche: "A mi querida hija", "A mi hermana". Las cintas violetas y negras, con letras doradas, se movían lentamente al leve viento que soplaba.

Apareció el féretro, todo violeta, con guarniciones de galones dorados, muy brillantes. Todo aquello iba a la tierra. Las ventanas se poblaron, de uno y otro lado de la calle; un niño de la casa próxima, gritó desde la calle hacia el interior: "¡Mamá, allá va el entierro de la señorita!".

Finalmente el cajón fue amarrado fuertemente en el coche fúnebre, cuyos caballos parduscos, cubiertos con una red negra, escarbaban el suelo llenos de impaciencia.

Aquellos que iban a acompañar el entierro hasta el cementerio, buscaban sus carruajes. Subieron todos, y el cortejo se puso en marcha.

En ese momento, en la vecindad, algunos palomos inmaculadamente blancos, las aves de Venus, levantaron vuelo, aleteando estrepitosamente; dieron una vuelta por encima del coche y volvieron luego silenciosos, casi sin batir las alas, hacia el palomar que se ocultaba entre las quintas burguesas...

IV

EL BOQUEIRÃO

La quinta de Quaresma, en Curuzu, volvía de a poco al estado de abandono en que él la había encontrado. Sus plantaciones habían desaparecido por la invasión de hierbas, de ortigas y matorrales. Los alrededores de la casa ofrecían un aspecto desolador, a pesar de los esfuerzos de Anastácio, siempre vigoroso y trabajador en su fuerte vejez africana, pero falto de iniciativa, de método, de continuidad en el esfuerzo.

Un día carpía aquí, otro día otro pedazo allá, y así iba saltando de trecho en trecho, sin hacer trabajo que se notara, permitiendo que las tierras y los alrededores de la casa adquirieran un aspecto desprolijo que no estaba de acuerdo con su trabajo efectivo.

También volvieron las hormigas, más terribles y depredadoras, venciendo obstáculos, devastándolo todo, restos de sembrados, brotes de frutales, hasta desplumaban los *araçàzeiros,* con una energía y bravura que se reían de los débiles artificios de la inteligencia chamuscada del ex esclavo, incapaz de encontrar medios eficaces para derrotarlas o ahuyentarlas.

Mientras tanto, él continuaba con los cultivos. Era su manía, su vicio, la obstinación del débil. Tenía una huerta que disputaba diariamente a las *saúvas*; y como los animales de la vecindad un día la invadieron, la protegió pacientemente con un cerco de los materiales más inconcebibles: latas de kerosene abiertas, vigas buenas, hojas de cocoteros, tablas de cajones, y eso a pesar de tener a mano los bambúes que quisiera.

En su inteligencia había una necesidad de lo tortuoso, de lo aparentemente fácil; en todo ponía ese aspecto de su psiquis, tanto en el hablar, con grandes rodeos, como en los canteros que trazaba, irregulares, mayores aquí, menores allá, huyendo a la regularidad, al paralelismo, a la simetría, con un horror por lo artístico.

La rebelión había tenido un efecto pacificador sobre la política local. Todos los partidos se hicieron devotamente oficialistas, de manera que entre los dos poderosos contendores, el doctor Campos y el teniente Antonino, hubo un lazo de unión que los reconcilió y los hizo entenderse. Al hueso que ambos disputaban encarnizadamente, llegó otro más fuerte y que puso en peligro la seguridad de ambos y ellos se pusieron a la expectativa, unidos por un instante.

El candidato fue impuesto por el gobierno central y las elecciones llegaron. Es un momento bien curioso ese de las elecciones en el campo. No se sabe bien de dónde salen tantos tipos exóticos. Son tan exquisitos, que se puede esperar que aparezcan calzones y volantes de encaje, espadines o jubón. Hay casacas hasta la cintura, hay pantalones de boca anchísima, hay sombreros de seda, todo un museo de la indumentaria que esos campesinos visten y hacen vivir por un instante entre las calles agujereadas y los caminos polvorientos de los pueblos y villorrios. Tampoco faltan los valentones con sus pantalones-bombacha y grandes bastones de madera de *pequiá*, a la espera de lo que se diera y viniera.

Para la monótona vida que llevaba doña Adelaide, ese desfile de maniquíes de museo frente a su puerta, en dirección a la oficina electoral que quedaba en las proximidades, fue una diversión. Pasaba largos y tristes días en aquel aislamiento. Desde hacía mucho le hacía compañía la mujer de Felizardo, Sinhá Chica, una vieja *cafuza*,[1] especie de Medea esquelética, cuya fama de rezadora corría por todo el municipio. No había quien, como ella, supiese rezar para dolores, para cortar fiebres, para curar *cobreoros* y que conociera los efectos de las hierbas medicinales: la *lengua de vaca*, la *silvina*, el *copó-chumbo*, toda aquella droguería que crecía por los campos, por las *capoeiras*,[2] y por los troncos de los árboles.

Además de ese saber que la hacía estimada y respetable, también tenía la habilidad de asistir partos. En los alrededores, entre la gente pobre y aun entre la mejor provista, todos los nacimientos se hacían bajo los cuidados de sus luces.

Era de ver cómo cogía un cuchillo y agitaba el pequeño instrumento doméstico en cruz, repetidas veces, sobre el lugar del dolor o del trabajo, rezando en voz baja, balbuceando preces que ahuyentaran a los espíritus malignos que allí estaban. De ella se contaban milagros, triunfos extraordinarios, denotadores de su extraño poder casi mágico sobre las fuerzas ocultas que nos persiguen o nos auxilian.

Uno de los más curiosos, y que se contaba en todas partes y a toda hora, consistía en el alejamiento de las orugas. Los gusanos habían dado con una plantación de *feijão*, cubriendo las hojas y los tallos; ya desesperaba el propietario y daba todo por perdido, cuando recordó los maravillosos poderes de Sinhá Chica. Allá fue la vieja. Puso cruces de ramas secas por las orillas del sembrado, como quien hace una cerca de material invisible apoyado en

[1] *Cafuza:* hija de negro y mulata o mestizo de negra e indio.

[2] *Capoeira:* bosque virgen que se derriba para leña o simplemente para cultivar el terreno.

ellas: dejó una extremidad abierta y se colocó en la opuesta, rezando. No tardó en producirse el milagro. Los gusanos, como un rebaño lerdo y serpenteante, como si estuvieran tocados por la vara de un pastor, fueron saliendo ante ella, despacio, de a dos, de a cuatro, de a cinco, de a diez, de a veinte, hasta que ni uno solo quedó.

El doctor Campos no tenía absolutamente ninguna clase de celos por esta rival. Se armó de un pequeño desdén por el poder sobrehumano de la mujer, pero nunca apeló a su arsenal de leyes que vedaban el ejercicio de su trascendente medicina. Eso haría la impopularidad, y él era un político.

En el interior, y no es preciso alejarse mucho de Río de Janeiro, las dos medicinas coexisten sin odio, y ambas atienden a las necesidades mentales y económicas de la población.

La de Sinhá Chica, casi gratuita, iba al encuentro de la población pobre, aquella en cuyos cerebros, por contagio o herencia, aún viven los *manitus* [1] y *manipansos*,[2] sujetos que huyen a los exorcismos, bendiciones y sahumerios. Sin embargo, su clientela no se reducía solamente a la gente pobre de la tierra, allí nacida o criada; también había recién llegados de otros aires, italianos, portugueses y españoles, que se socorrían con su sobrenatural fuerza, no tanto por el precio o por el contagio de las creencias ambientales, sino también por aquella extraña superstición europea de que todo negro o gente de color penetra en las cosas malignas y es sagaz para descubrirlas y ejercer la hechicería.

En tanto la terapéutica fluídica o herbácea de Sinhá Chica atendía a los miserables, a los pobretones, la del doctor Campos era requerida por los más cultos y ricos, cuya evolución mental exigía la medicina regular y oficial.

A veces, uno de un grupo se pasaba para el otro; era en las enfermedades graves, en las complicadas, en las incurables, cuando las hierbas y los rezos de la milagrosa nada podían, o los jarabes y las píldoras del doctor eran impotentes.

Sinhá Chica no era una compañera muy agradable. Vivía siempre sumergida en su sueño divino, abismada en los misteriosos poderes de los hechizos, sentada sobre sus piernas cruzadas, con los ojos bajos, fijos, de brillo débil, que parecía esmalte de ojos de momia, tan seca y retorcida era. Tampoco olvidaba a los santos, la santa madre Iglesia, los mandamientos y las oraciones ortodoxas; aunque no supiera leer, era fuerte en catecismo y conocía la historia sagrada por fragmentos, agregándole interpretaciones suyas e interpolaciones pintorescas.

Junto a Apolinário, el famoso capellán de las letanías, ella era el fuerte poder espiritual de la tierra. El vicario quedaba relegado a un papel de funcionario, especie de oficial de registro civil, encargado de los bautismos y casamientos, pues toda la comunicación con Dios y lo Invisible se hacía por intermedio de Sinhá Chica, o de Apolinário. Es un deber hablar de casamientos, aunque bien podrían ser olvidados, porque nuestra gente pobre hace

[1] *Manitú:* nombre que los indígenas de América del Norte dan a las divinidades.
[2] *Manipanso:* ídolo africano; fetiche.

un reducido uso de tal sacramento y la simple mancebía sustituye en todas partes a la solemne institución católica.

Felizardo, su marido, aparecía poco en casa de Quaresma; y si aparecía era por la noche, pasando los días en los matorrales por miedo al reclutamiento, y en seguida que llegaba preguntaba a la mujer si el lío ya había terminado.

Vivía en constante terror; dormía vestido, saltando por la ventana y enredándose por la *capoeira* al menor ruido.

Tenían dos hijos, pero ¡qué tristeza de gente! Unían a la depresión moral de los padres una pobreza de vigor físico y una indolencia repugnante. Eran dos muchachos: el mayor, José, andaba por los veinte años; ambos inertes, blandos, sin fuerzas ni creencias, ni siquiera en la hechicería, en los rezos y bendiciones que hacían el encanto de la madre y el respeto del padre.

No hubo quien los hiciera aprender nada ni los sujetase a un trabajo continuo. De vez en cuando, algo así como cada quince días, cortaban leña y la vendían al primer tabernero por la mitad de su valor; volvían a casa alegres, satisfechos, con un pañuelo de colores vivos, un frasco de perfume, un espejo, adornos que denunciaban aún en ellos gustos bastante salvajes.

Entonces pasaban una semana en casa, durmiendo o deambulando por los caminos y bares; por la noche, casi siempre en los días de fiesta y domingos, salían con la armónica a tocar música, en lo que eran eximios, siendo su presencia muy solicitada en los bailes del vecindario.

Aunque sus padres vivían en casa de Quaresma, raramente aparecían por allí; y si lo hacían era porque no tenían nada para comer. Llevaban el descuido por la vida, la imprevisión, hasta el punto de no temer la leva. Sin embargo, eran capaces de dedicación, de lealtad y bondad, pero no del trabajo continuado, de todos los días, que repugnaba a su naturaleza tanto cuanto una pena o un castigo.

Esa atonía de nuestra población, esa especie de desánimo enfermizo, de indiferencia nirvanesca por todo y por todas las cosas, rodean de un clima de tristeza desesperada a nuestro campo y le arrancan el encanto, la poesía y la lozanía seductora de la naturaleza plena.

Parecería que ninguno de los grandes países oprimidos, Polonia, Irlanda o la India, presentara el aspecto cataléptico de nuestro interior. Todo ahí duerme, dormita, parece muerto; en aquéllos hay rebelión, hay fuga hacia el sueño; en el nuestro ¡oh! ... se duerme...

La ausencia de Quaresma trajo a su quinta esa atmósfera general del campo. "El Sosiego" parecía dormir, dormir bajo un encantamiento, a la espera de que el príncipe lo viniera a despertar.

Máquinas agrícolas que aún no habían trabajado se herrumbraban con la etiqueta de la casa. Aquellos arados de punta de acero, que habían llegado con su reja reluciente, de un brillo azulado y suave, estaban estropeados y morían de tedio en el abandono en que yacían, levantándose angustiosamente hacia el cielo mudo. Por la mañana, ya no se escuchaba el cacarear de las aves en el gallinero, el revolotear de los palomos, todo ese himno matinal de vida, de trabajo, de abundancia, ya no se encontraba con las auroras rosadas y con el parloteo del pajarerío; y nadie sabía ver las *paineiras* en flor, con sus

lindas flores rosadas y blancas que, a intervalos, caían suavemente como aves heridas.

Doña Adelaide no tenía ni gusto ni actividad para supervisar aquellos trabajos y disfrutar de la poesía campesina. Sufría con la separación del hermano y vivía como si estuviera en la ciudad. Compraba los artículos necesarios en el almacén y no se molestaba por las cosas de la quinta.

Ansiaba el regreso del hermano; le escribía cartas desesperadas, que él respondía aconsejando calma, haciendo promesas. La última que había recibido, sin embargo, súbitamente traía otro acento; ya no estaba confiado, entusiasmado, aparecía el desánimo, el desaliento, hasta la desesperación.

"Querida Adelaide. Sólo ahora puedo responderte la carta que recibí hace casi dos semanas. Justamente cuando ella llegó a mis manos acababa de ser herido, una herida ligera, es verdad, pero que me llevó a la cama y me trae una larga convalescencia. ¡Qué combate, hija mía! ¡Qué horror! Cuando me acuerdo de él, paso las manos por los ojos como para alejar una mala visión. He quedado con un horror a la guerra que nadie puede imaginar... Una confusión, un infernal zumbar de balas, claridades siniestras, imprecaciones, y todo esto en medio de las tinieblas profundas de la noche... Hubo momentos en que se abandonaron las armas de fuego; nos batíamos a bayoneta, a culatazos, a machetazos, a cuchilladas. Hija: un combate de trogloditas, una cosa prehistórica... Dudo, dudo, dudo de la justicia de todo esto, dudo de su razón de ser, dudo de que sea cierto y necesario ir a arrancar del fondo de todos nosotros la ferocidad adormecida, aquella ferocidad que se hizo y se depositó en nosotros en los milenarios combates con las fieras, cuando disputábamos la tierra con ellas... Yo no vi hombres de hoy; vi hombres de Cro-Magnon, de Neanderthal armados con machetes de sílex, sin piedad, sin amor, sin sueños generosos, dispuestos a matar, siempre a matar... Este hermano tuyo que estás viendo, también hizo de las suyas, también descubrió dentro de sí mismo mucha brutalidad, mucha ferocidad, mucha crueldad... Maté, hermana mía; ¡maté! Y no contento con matar; aun descargué un tiro cuando el enemigo jadeaba a mis pies... ¡Perdóname! Yo te pido perdón, porque necesito perdón y no sé a quién pedírselo, a qué Dios, a qué hombre, a cualquiera en fin... No imaginas cómo me hace sufrir esto... Cuando caí debajo de una carreta, lo que me dolía no era la herida, era el alma, era la conciencia; y Ricardo, que fue herido y cayó a mi lado, gimiendo y pidiendo, "¡capitán, mi gorra, mi gorra!" parecía que era mi propio pensamiento que ironizaba mi destino...

Esta vida es absurda e ilógica; yo ya tengo miedo de vivir, Adelaide. Tengo miedo porque no sabemos para dónde vamos, lo que haremos mañana, de qué manera habremos de contradecirnos de sol a sol...

Lo mejor es no actuar, Adelaide; y desde que mi deber me deje libre de estos trabajos, iré a vivir en la quietud, en la quietud más absoluta posible, para que desde el fondo de mí mismo o del misterio de las cosas, nada provoque mi acción o la aparición de energías extrañas a mi voluntad, que me hagan sufrir más y me quiten el dulce sabor de vivir...

Además, pienso que todo este sacrificio mío ha sido inútil. Todo lo que puse en él de pensamiento no se obtuvo; y la sangre que derramé, y el

sufrimiento que voy a sufrir toda la vida, fueron empleados, fueron gastados, fueron arruinados, fueron vilipendiados y desmoralizados en pro de una tontería política cualquiera...

Nadie comprende lo que quiero, nadie desea penetrar y sentir; paso por loco, tonto, maniático, y la vida se va haciendo, inexorablemente, con su brutalidad y su fealdad."

... ...

Como Quaresma decía en su carta, su herida no era grave, pero sí delicada, y exigía tiempo para una cura completa y sin peligros. También Ricardo había sido herido, pero más gravemente. Y si el sufrimiento de Quaresma era profundamente moral, el de Coração dos Outros era físico y no se cansaba de gemir e imprecar contra la suerte que lo había arrastrado a la posición de combatiente.

Los hospitales en que se trataban estaban separados por la bahía, ahora transitable, viaje que exigía de una orilla a la otra unas doce horas por ferrocarril.

Tanto a la ida como a la vuelta, herido como estaba, Quaresma había pasado por la estación en la que vivía. Sin embargo, el tren no se detenía, y él se limitó a echar por la portezuela una larga y nostálgica mirada hacia aquel su "Sosiego", de tierras pobres y árboles viejos, donde soñaba reposar calmamente para toda la vida; y que sin embargo lo había lanzado a la más terrible de las aventuras.

Se preguntaba dónde, en la tierra, estaba el verdadero sosiego, dónde se podría encontrar ese reposo de alma y cuerpo que tanto ansiaba, después de las sacudidas por las que venía pasando, ¿dónde? Y el mapa de los continentes, las cartas de los países, los planos de las ciudades, le pasaban por los ojos sin ver si un país, una provincia, una ciudad, o una calle donde lo hubiere.

Su sensación era de fatiga, no física, sino moral e intelectual. Tenía ganas de no pensar más, de no amar más; sin embargo, quería vivir por placer físico, por la sensación material pura y simple de vivir.

Así convaleció largamente, con lentitud, melancólicamente, sin una visita, sin ver un rostro amigo.

Coleoni y la familia se habían ido; el general, por pereza y desgano no había venido a verlo. Vivía solo, envuelto en la suavidad de la convalecencia, pensando en el Destino, en su vida, en sus ideas y más que todo en sus desilusiones.

No obstante, la rebelión llegaba a su fin; todos lo presentían y querían ese alivio.

El almirante y Albernaz, ambos por los mismos motivos, observaban ese final con tristeza. El primero veía huir su sueño de comandar una escuadra y la consiguiente vuelta a la actividad; y el general sentía perder su comisión, cuyos ingresos habían hecho mejorar la situación de la familia de manera tan notable.

Esa mañana, bien temprano, doña Maricota despertó a su marido:

—¡Chico, levántate! Mira que tienes que ir a la misa del senador Clarimundo...

Escuchando la recomendación de la mujer, Albernaz se levantó en seguida del lecho. Era necesario no faltar. Su presencia se imponía y significaba mucho. Clarimundo había sido un republicano histórico, agitador, tribuno, temido en tiempos del Imperio; después de la República, sin embargo, no había presentado a sus pares del Senado nada útil ni beneficioso. Aun así, su influencia había continuado siendo grande; y con varios otros era llamado patriarca de la República. Hay en los próceres republicanos una necesidad extraordinaria de ser gloriosos y no olvidados por el futuro, al que ellos se encomiendan con obstinado interés.

Clarimundo era uno de esos próceres, y durante la conmoción, no se sabía bien por qué, su prestigio creció y ya se hablaba de él para sustituir al mariscal. Albernaz lo había conocido vagamente, pero asistir a su misa era casi una afirmación política.

El dolor de la muerte de su hija ya se había diluido mucho en su memoria. Lo que lo hacía sufrir era aquella semivida de la joven, sumergida en la locura y en la enfermedad. La muerte tiene la virtud de ser brusca, de chocar, pero no corroe como esas enfermedades duraderas de las personas amadas; pasado el choque, va quedando en nosotros un suave recuerdo del ser querido, una buena imagen siempre presente a nuestros ojos.

Eso pasaba con Albernaz, y su satisfacción de vivir y su jovialidad natural fueron volviendo insensiblemente.

Obediente a su mujer, se preparó, se vistió y salió. En tanto continuaba la revolución, esos oficios fúnebres se hacían en las iglesias del centro de la ciudad. El general llegó a tiempo y a la hora. Había uniformes y galeras y todos se apretujaban para firmar las listas de asistencia. No tanto para atestiguar a la familia del muerto ese acto delicado, sino dominados, además, por la esperanza de ver sus nombres en los diarios.

Albernaz no dejó de arrojarse también sobre una de las listas que andaban por las mesas de la sacristía; y cuando iba a firmar, alguien le habló. Era el almirante. La misa estaba por comenzar, pero ambos evitaron entrar en la nave llena, y se quedaron junto a una ventana, en la sacristía, conversando.

—Entonces, todo se acaba pronto, ¿no?

—Dicen que la escuadra ya salió de Pernambuco.

Había sido Caldas quien habló primero y la respuesta del general lo hizo sonreír irónicamente, diciendo:

—En fin...

—La bahía está cercada de cañones —continuó el general, después de una pausa—, y el mariscal va a intimarlos a rendirse.

—Ya era tiempo —dijo Caldas—... Conmigo la cosa ya estaría terminada... ¡Llevar casi siete meses para ponerle fin a esos trastos viejos! ...

—Usted exagera, Caldas; la cosa no era tan fácil... ¿Y el mar?

—¿Y qué hizo la escuadra tanto tiempo en Recife, me quieres decir? ¡Ah! Si el asunto hubiese sido con este servidor, en seguida hubiera partido y atacado... Yo estoy por las decisiones rápidas. .

El padre, en el interior de la iglesia, continuaba pidiendo a Dios reposo para el alma del senador Clarimundo. El místico olor del incienso llegaba hasta ellos y el votivo perfume, votivo al Dios de la paz y de la bondad, no los arrancaba de sus pensamientos guerreros.

—Entre nosotros —adujo Caldas—, ya no hay gente que sirva... Este es un país perdido, acabará siendo una colonia inglesa...

Se alisó nerviosamente sus bigotes y estuvo mirando un instante el ladrillo del piso. Albernaz avanzó, medio sarcástico:

—Ahora no; ahora la autoridad está prestigiada, consolidada, y una era de progreso va a abrirse para el Brasil.

—¿Qué? ¿Dónde vio usted que un gobierno?...

—¡Más bajo, Caldas!

—¿...dónde se ha visto a un gobierno que no aprovecha las aptitudes, las abandona, las deja vegetar por ahí?... Lo mismo pasa con nuestras riquezas naturales: ¡yacen ahí tontamente!

La campanilla sonó y miraron un poco la nave llena. Por la puerta veíase una porción de hombres, todos de negro, arrodillados, contritos, golpeándose el pecho, confesándose para sus adentros: *mea culpa, mea maxima culpa...*

Un rayo de sol se colaba por una de las aberturas de arriba y resplandecía sobre algunas cabezas.

Insensiblemente los dos, en la sacristía, llevaron la mano al pecho y también confesaron: *mea culpa, mea maxima culpa...*

La misa acabó y ambos entraron hacia el abrazo de la pragmática. La nave olía a incienso y tenía un tranquilo aspecto de inmortalidad.

Todos tenían un gran aire compungido: amigos, parientes, conocidos y desconocidos parecían sufrir por igual. Albernaz y Caldas, en seguida que penetraron en el cuerpo de la iglesia, sacaron del aire un sentimiento profundo y lo ajustaron a su rostro.

Genelício también había venido; él tenía el vicio de las misas de las personas importantes, de las tarjetas de pésame, de los saludos en los días de aniversario. Temiendo que la memoria no le ayudase, poseía un cuadernillo donde estaban asentadas las fechas de aniversarios y también las casas. El índice estaba organizado con mucho cuidado. No había suegra, prima, tía, cuñada de hombre importante, que en el día de su cumpleaños no recibiera sus felicitaciones y que, en caso de muerte, no lo llevara a la iglesia en misa de séptimo día.

Su traje de luto era de paño grueso, pesado; y mirándolo, recordaba en seguida un castigo dantesco.

En la calle, Genelício cepillaba la galera con la manga de la levita, mientras les decía a su suegro y al almirante:

—¡La cosa está por acabar...! Pronto...

—¿Y si resistieran? —preguntó el general.

—¡Qué van a resistir! Corre la noticia de que ya propusieron la rendición... Es necesario arreglar una manifestación a favor del mariscal...

—No creo —dijo el almirante—. Conozco muy bien a Saldanha, es orgulloso y no se entregará así nomás...

Genelício se quedó un poco asustado con la entonación de la voz de su

pariente; tuvo miedo de que hablara más alto, se hiciera ver, y lo comprometiera a él. Se calló; Albernaz, sin embargo, continuó:

—No hay orgullo que resista a una escuadra más fuerte.

—¡Fuerte! ¡Unos hierros viejos, hombre!

Caldas con mucho esfuerzo contenía la furia que le iba en el alma. El cielo estaba azul y calmo. Había en él nubes blancas, leves, deshilachadas, que se movían lentamente, como velas, en aquel mar infinito. Genelício lo miró un poco y aconsejó:

—Almirante, no hable así... Mire que...

—¡Nada! No tengo miedo... ¡Porquerías!...

—Bueno —dijo Genelício—, yo tengo que ir a la calle Primeiro de Março y...

Se despidió y salió con su traje color plomo encorvado mirando al suelo con su *pince-nez* azulado, recorriendo la calle con paso menudo y cauteloso.

Albernaz y Caldas estuvieron aún conversando un tiempo y se despidieron siempre amigos, cada uno con su disgusto y su decepción.

Tenían razón: unos días después acabó la rebelión. La escuadra legal entró; los oficiales revoltosos se refugiaron en los navíos de guerra portugueses y el mariscal Floriano quedó señor de la bahía.

El día de la entrada, creyendo que habría cañoneos, una gran parte de la población abandonó la ciudad, refugiándose en los suburbios, por debajo de los árboles, en casa de amigos o en los galpones construidos adrede por el Estado.

Era cosa de ver el terror que se estampaba en aquellas fisonomías, la ansiedad y también la angustia. Llevaban atados, canastas, pequeñas valijas; criaturas de pecho llorando, el papagayo querido, el perrito preferido, el pajarito que desde hacía mucho quebraba la tristeza de una casa pobre.

Lo que metía más miedo era el famoso cañón de dinamita del *Niterói,* una estrafalaria invención americana, instrumento terrible, capaz de causar terremotos y de destruir las bases de las montañas graníticas de Río.

Los niños y las mujeres, aunque fuera del alcance de su poder, temían oír su estruendo; sin embargo, ese fantasma *yanqui,* esa pesadilla, esa casi fuerza de la naturaleza, fue a morir abandonado en un muelle, despreciado e inofensivo.

El fin de la rebelión fue un alivio; la cosa ya estaba siendo monótona y el mariscal ganó perfiles sobrehumanos con la victoria.

Quaresma fue dado de alta por ese tiempo; y un ala de su batallón fue destacada para proteger la isla Das Enxadas. Inôcencio Bustamante continuaba supervisando el cuerpo con mucho celo, desde el interior de su gabinete, en el clausurado inquilinato que le servía de cuartel. Los partes estaban al día y hechos con la mejor letra.

Policarpo aceptó con repugnancia el papel de carcelero, pues en la isla Das Enxadas estaban depositados los marineros apresados. Sus tormentos del alma crecieron más con el ejercicio de tal función. Casi no los miraba; tenía vergüenza, piedad, y le parecía que de entre todos ellos, uno, conocía el secreto de su conciencia.

Todo el sistema de ideas que lo había llevado a meterse en la guerra

civil se había desmoronado. No había encontrado a Sully, y mucho menos a Enrique IV. También sentía que su pensamiento motriz no residía en ninguna de las personas que encontraba. Todos habían venido con pueriles pensamientos políticos, o por interés; nada superior los animaba. Aun entre los jóvenes, que eran muchos, si no existían bajos intereses, existía una adoración fetichista por la forma republicana, una exageración de sus virtudes, una tendencia al despotismo que sus estudios y meditaciones no podían hallar justos. Su desilusión era grande.

Los prisioneros se amontonaban en las antiguas aulas y alojamientos de los aspirantes. Había simples marineros; había subalternos; había escribientes y obreros de a bordo. Blancos, negros, mulatos, *caboclos*, gente de todos colores y de todos los sentimientos, gente que se había metido en tal aventura por el hábito de obedecer, gente enteramente extraña a la cuestión en debate, gente arrancada a la fuerza de sus hogares o a la holgazanería de las calles, pequeñitos, tiernos, o que se habían alistado por miseria; gente ignorante, simple, a veces cruel y perversa como criaturas inconscientes; a veces, buena y dócil como un cordero, pero de todas maneras gente sin responsabilidad, sin anhelos políticos, sin voluntad propia, simples autómatas en las manos de los jefes y superiores que los habían abandonado a merced del vencedor.

De tarde, se paseaba mirando el mar. El aire leve aún soplaba y las gaviotas continuaban pescando. Los barcos pasaban. Algunos eran lanchas que arrojaban humo e iban hasta el fondo de la bahía; otros, pequeños botes y canoas rozando cariñosamente la superficie de las aguas, pendiendo para aquí y para allá, como si sus blancas velas hinchadas quisieran acariciar la pulida superficie del abismo. Los Organos venían muriendo suavemente en un violeta suave; y el resto era azul, un azul inmaterial que emborrachaba, que mareaba como un licor embriagador.

Así se quedaba un tiempo largo, mirando, y cuando se volvía, veía la ciudad que entraba en la sombra, en los besos sangrantes del ocaso.

Llegaba la noche y Quaresma continuaba paseándose por el borde del mar, meditando, pensando, sufriendo con aquellos recuerdos de odios, de sangre y ferocidad.

La sociedad y la vida le parecieron cosas horrorosas e imaginó que del ejemplo de ésta venían los crímenes que aquélla castigaba, penaba y trataba de restringir. Sus ideas eran negras y desesperadas; muchas veces juzgó que deliraba.

Y entonces se lamentaba por estar solo, por no tener un compañero con quien conversar, que le hiciera huir de esos tristes pensamientos que lo asediaban y se estaban transformando en obsesión.

Ricardo estaba en la guarnición de la isla de las Cobras; y aunque estuviera allí, los rigores de la disciplina no le permitirían una conversación más amigable. Cuando la noche llegaba por completo, el silencio y las tinieblas lo envolvían todo.

Quaresma aún se quedaba horas al aire libre pensando, mirando el fondo de la bahía, donde casi no había luces que interrumpieran la continuidad de la negrura nocturna.

Fijaba bien los ojos allí, como si los quisiera habituar a penetrar en las cosas indescifrables y adivinar dentro de la sombra negra la forma de las montañas, el recortado de las islas que la noche había hecho desaparecer.

Cierta noche, en que estaba durmiendo mejor, un subalterno vino a despertarlo en la madrugada.

—Señor mayor, ahí está el "hombre" de Itamarati.

—¿Qué hombre?

—El oficial que viene a buscar al grupo del *Boqueirão.*

Sin entender bien de qué se trataba, se levantó y fue al encuentro del visitante. El hombre ya estaba en el interior de uno de los alojamientos. Una escolta estaba a la puerta. Lo seguían algunos reclutas, de los cuales uno llevaba una linterna que derramaba en el salón una débil lucecilla amarillenta. La amplia sala estaba llena de cuerpos acostados, semidesnudos, y se encontraba todo el arco iris de los colores humanos. Unos roncaban, otros dormían solamente; y cuando Quaresma entró, alguien, en sueños, gimió, "¡ay!". Quaresma y el emisario de Itamarati se saludaron, sin decirse nada. Ambos tuvieron miedo de hablar. El oficial despertó a uno de los prisioneros y les dijo a los soldados: "Lleven a éste".

Siguió adelante y despertó a otro: "¿Dónde estuvo usted?". El marinero respondió, "Yo, en la *Guanabara...*" "Ah, canalla —dijo el hombre de Itamarati—. A éste también... ¡Llévenlo!...".

Los encargados de conducirlos iban hasta la puerta, dejando al prisionero y regresaban.

El oficial pasó por una porción de ellos y no hizo ningún reparo; más adelante, tropezó con un muchacho claro, delgadito, que no dormía. Entonces gritó: "¡Levántese!". El joven se incorporó temblando. "¿Dónde estuvo usted?", preguntó. "Yo era enfermero", contestó el muchacho. "¡Qué enfermero!", dijo el emisario. "Llévense a éste también"...

—Pero, señor teniente, déjeme escribirle a mi madre —pidió el detenido, casi llorando.

—¡Qué madre! —respondió el hombre de Itamarati—. ¡Siga! ¡Adelante!

Y así llevó a una docena escogida al acaso, cercada por la escolta, para subirlos a una barcaza que luego una lancha remolcó hacia afuera de las aguas de la isla.

Quaresma no acertó de inmediato con el sentido de la escena y fue después, luego que la lancha se alejó, que encontró una explicación.

No dejó de pensar entonces por qué fuerza misteriosa, por qué mandamiento irónico él se había mezclado en tan tenebrosos acontecimientos, asistiendo al siniestro asentamiento del régimen.

La embarcación no iba lejos. El mar gemía lentamente al encuentro con las piedras del muelle. La estela de la embarcación se llenaba de la luz de las estrellas, fosforescente. En lo alto, en un cielo negro y profundo, las estrellas brillaban serenamente.

La lancha desapareció en las tinieblas del fondo de la bahía. ¿Para dónde iba? Para el *Boqueirão*...

V

LA AHIJADA

¡QUÉ ILÓGICO le parecía a él mismo estar allí metido en aquel estrecho calabozo! Pues él, el Quaresma plácido, el Quaresma de tan profundos pensamientos patrióticos, ¿acaso merecía ese triste fin? ¡De qué manera artera el Destino lo había arrastrado hasta allí, sin que pudiese presentir su extravagante propósito, tan sin relación aparente con el resto de su vida! ¿Habría sido él, con sus actos del pasado, con sus acciones encadenadas en el tiempo, quien hiciera que aquel viejo dios dócilmente lo trajera hasta la ejecución de tal designio? ¿O habrían sido los hechos externos que lo habían vencido a él, Quaresma, y lo habían hecho esclavo de la sentencia de tan omnipotente divinidad? El no lo sabía, y cuando se obstinaba en pensar, las dos cosas se barajaban, se enmarañaban y la conclusión cierta y exacta le huía.

No estaba allí desde hacía muchas horas. Había sido apresado por la mañana, en seguida de levantarse de la cama; y por el cálculo aproximado del tiempo, pues estaba sin reloj, y aunque lo tuviera no podría consultarlo a la débil luz de la mazmorra, imaginaba que podían ser las once.

¿Por qué estaba preso? Ciertamente no lo sabía; el oficial que lo condujera nada le había querido decir; y desde que salió de la isla Das Enxadas hacia la de las Cobras, no había cambiado palabra con nadie, no vio a ningún conocido en el camino, ni al propio Ricardo que podría, con una mirada, con un gesto, traer sosiego a sus dudas. No obstante, atribuía su prisión a la carta que había escrito al presidente, protestando contra la escena que presenciara la víspera.

No había podido contenerse. Aquella leva de desgraciados saliendo así, a deshora, escogidos al azar, para una carnicería distante, había hablado hondamente a todos sus sentimientos; había puesto ante sus ojos todos sus principios morales; había retado a su coraje moral y su solidaridad hu-

mana; y escribió la carta con vehemencia, con pasión, indignado. Nada omitió de su pensamiento; habló claro, franca y nítidamente.

Debía ser por eso que estaba allí, en aquella mazmorra, enjaulado, trancado, aislado de sus semejantes como una fiera, como un criminal, sepultado en las tinieblas, sufriendo la humedad, mezclado con sus detritus, casi sin comer ¿Cómo acabaré? ¿Cómo acabaré? Y la pregunta lo asaltaba en medio del revuelo de pensamientos que esa angustia generaba. No había base para ninguna hipótesis. Era de conducta tan irregular e incierta el Gobierno, que todo podía esperarse: la libertad o la muerte, más ésta que aquélla.

Los tiempos eran de muerte; de carnicería; todos tenían sed de matar para afirmar más la victoria y sentirla bien en la conciencia como cosa suya, propia, y altamente honrosa.

¿Iría a morir esa misma noche, a lo mejor? ¿Y qué había hecho él de su vida? Nada. Toda ella había estado detrás de la mirilla para estudiar a la patria, para amarla y quererla mucho, con la intención de contribuir a su felicidad y prosperidad. Había gastado toda su juventud en eso, y también su edad viril; y ahora que estaba en la vejez, ¿cómo lo recompensaba ella, cómo lo premiaba, cómo lo condecoraba? Matándolo. ¿Y cuánto no había dejado de ver, de gozar, de disfrutar en su vida? Todo. No se divirtió, no anduvo en farras, no amó; y todo ese lado de la existencia que parecía huir un poco de su tristeza necesaria, él no había sabido verlo, no lo probó, no lo experimentó.

Desde los dieciocho años el tal patriotismo lo absorbía, y por él cometió la tontería de estudiar inutilidades. ¿Qué le importaban los ríos? ¿Eran grandes? Pues que lo fueran... ¿En qué contribuiría a su felicidad saber el nombre de los héroes del Brasil? En nada... lo importante es que él hubiese sido feliz. ¿Lo fue? No. Recordó sus cosas del *tupí*, del folklore, de sus intentos agrícolas... De todo eso, ¿quedaba alguna satisfacción en su alma? ¡Ninguna! ¡Ninguna!

El *tupí* encontró la incredulidad general, la risa, la mofa, el escarnio; y lo llevó a la locura. Una decepción. ¿Y la agricultura? Nada. Las tierras no eran feraces y no era fácil como decían los libros. Otra decepción. Y cuando su patriotismo se hizo combatiente, ¿qué había encontrado? Decepciones. ¿Dónde estaba la dulzura de nuestra gente? ¿No la había visto combatir como fieras? Otra decepción. Su vida era una decepción, una serie, mejor dicho, un encadenamiento de decepciones.

La patria que había querido tener era un mito; era un fantasma creado por él en el silencio de su gabinete. Ni la física, ni la moral, ni la intelectual, ni la política que había juzgado existentes, existían en verdad. La que en realidad existía era la del teniente Antonino, la del doctor Campos, la del hombre de Itamarati.

Y pensándolo bien, en su pureza, ¿qué venía a ser la patria? ¿No habría llevado toda su vida guiado por una ilusión, por una idea al menos, sin base, sin apoyo, por un dios o una diosa cuyo imperio se desvanecía? ¿No sabía que esa idea había nacido de la amplificación de la credulidad de los pueblos greco-romanos de que los muertos ancestrales continuarían viviendo como sombras y que era preciso alimentarlos para que no persiguieran a sus des-

cendientes? Recordó su Fustel de Coulanges... Recordó que esa noción nada significaba para tanta gente... Le pareció que esa idea había sido explotada por los conquistadores por momentos sabedores de nuestras persistencias psicológicas, con la intención de servir a sus propias ambiciones...

Revió la historia; vio las mutilaciones, los agregados en todos los países históricos y se preguntó a sí mismo: ¿cómo un hombre que había vivido cuatro siglos, siendo francés, inglés, italiano, alemán, podía sentir la Patria?

En un momento, para el francés, el Franco-Condado era tierra de sus abuelos, en otro ya no lo era; en un momento dado la Alsacia no lo era, después sí lo era, y finalmente dejaba de serlo.

¿Nosotros mismos no tuvimos la Cisplatina y la perdimos? Y, por ventura, ¿sentimos que haya allá manes de nuestros abuelos y por eso sufrimos alguna afección?

Ciertamente era una noción sin consistencia racional y necesitaba ser revisada.

¿Pero cómo él, tan sereno, tan lúcido, había empleado su vida, gastado su tiempo, envejecido detrás de tal quimera? ¿Cómo es que no vio nítidamente la realidad, no la presintió en seguida, y se dejó engañar por un ídolo falaz, absorber por él, darle en holocausto toda su existencia? Fue su aislamiento y su olvido de sí mismo; ¡y por eso iba ahora hacia la sepultura sin dejar rastros suyos, sin un hijo, sin un amor, sin un beso más cálido, sin ninguno, y sin siquiera una tontería!

No dejaba nada que afirmara su pasaje y la tierra nada le había dado de sabroso.

Empero, quién sabe si otros que le siguieran los pasos no serían más felices. Y en seguida se respondió a sí mismo: ¿pero cómo? Si no había hecho comunicar, si nada dijo sobre su sueño que no había prendido, dándole cuerpo y sustancia.

Y ese seguimiento, ¿adelantaría algo? Esa continuidad, ¿traería por fin a la tierra alguna felicidad? ¿Desde hacía cuántos años vidas más valiosas que la de él se venían ofreciendo, sacrificando, y las cosas quedaron en las mismas, la tierra en igual miseria, en la misma opresión, en idéntica tristeza?

Y recordaba que hacía ya cien años allí, en aquel mismo lugar donde estaba, quizá en aquella misma prisión, hombres generosos e ilustres estuvieron presos por querer mejorar el estado de las cosas de su tiempo. Quizá sólo hubieran pensado, pero igualmente sufrieron por ese pensamiento. ¿Había habido ventajas? ¿Las condiciones generales habían mejorado? Aparentemente, sí; pero examinándolo mejor, no.

Aquellos hombres acusados de crimen tan nefasto para la legislación de la época, habían tardado dos años en ser juzgados; y él, que no tenía crimen alguno, ni era escuchado, ni era juzgado: ¡simplemente, sería ejecutado!

Había sido bueno, generoso, honesto, virtuoso, todo eso había sido; pero iba hacia la tumba sin el acompañamiento de un pariente, de un amigo, de un camarada...

¿Dónde estarían ellos? Sobre Ricardo Coração dos Outros, tan simple y tan inocente en su manía de tocador de violón, ¿nunca más pondría los ojos? ¡Qué bueno sería si pudiera hacerlo para enviarle a su hermana el

último recado, un adiós al negro Anastácio, un abrazo a su ahijada! ¡Nunca más los vería, nunca!

Y lloró un poco.

Sin embargo, Quaresma se engañaba en parte. Ricardo había sabido de su prisión y trataba de liberarlo. Supo el exacto motivo de la misma; pero no se intimidó. Sabía perfectamente que corría un grave riesgo, pues la indignación contra Quaresma era grande en el palacio, y había sido general. La victoria había tornado a los victoriosos inclementes y feroces, y aquella protesta sonó entre ellos como un deseo de disminuir el valor de las ventajas alcanzadas. No había más piedad, no había más simpatía, ni respeto por la vida humana; lo que se hacía necesario era dar el ejemplo de una manera a la turca, aunque clandestina, para que jamás fuera atacado ni siquiera discutido el poder constituido. Era la filosofía social de la época, con fuerzas de religión, con sus fanáticos, con sus sacerdotes y predicadores, y actuaba con la maldad de una creencia fuerte, sobre la cual se hiciera reposar la felicidad de muchos.

Ricardo, empero, no se amedrentó; buscó influencias de amigos. Al entrar en el Largo de São Francisco encontró a Genelício. Venía de la misa de la hermana de la suegra del diputado Castro. Como siempre, trajeaba una pesada levita negra que parecía de acero. Ya era subdirector, y su tarea ahora era imaginar medios y modos de ser director. La cosa era difícil; pero trabajaba en un libro, *Los tribunales de cuentas en los países asiáticos,* que, demostrando una erudición superior, quizá lo llevara al alto lugar codiciado.

Viéndolo, Ricardo no se detuvo. Corrió a su encuentro y le dijo:

—Doctor, ¿me permite una palabra?

Genelício se enderezó, y como tenía pésima memoria de las fisonomías humildes, preguntó con solemnidad y arrogancia:

—¿Qué desea, camarada?

Coração dos Outros estaba con su uniforme del "Cruz del Sur", y no le sentaba bien a Genelício darse como conocido de un soldado. El trovador lo juzgó olvidadizo, y preguntó ingenuamente:

—¿No me reconoce ya, doctor?

Genelício cerró un poco los ojos por detrás del *pince-nez* azulado, y le dijo secamente:

—No.

—Yo —dijo Ricardo humildemente— soy Ricardo Coração dos Outros, el que cantó el día de su casamiento.

Genelício no sonrió ni dio muestras de alegría, se limitó a decir:

—¡Ah, es usted! Bien, ¿qué desea?

—¿Usted no sabe que el mayor Quaresma está preso?

—¿Quién es?

—El que fue vecino de su suegro.

—Aquel loco... Ah, ¿y de ahí?

—Quería que usted se interesara...

—No me meto en esas cosas, mi amigo. El gobierno siempre tiene razón. Que siga usted bien.

Y Genelício siguió con su paso cauteloso de quien ahorra las suelas de

las botas, mientras Ricardo quedaba de pie mirando el lugar, la gente que pasaba, la estatua inmóvil, las casas feas, la iglesia... Todo le pareció hostil, malo o indiferente; aquellas caras de hombres tenían catadura de fieras, y por un momento quiso llorar de desesperación por no poder salvar al amigo.

De pronto recordó al general Albernaz, y corrió a buscarlo. No era lejos, pero el general aún no había llegado. Al cabo de una hora, llegó y encontrándose con Ricardo, le preguntó:

—¿Qué pasa?

El trovador, bastante emocionado, le explicó el hecho con voz dolorida. Albernaz se acomodó los lentes, ajustó bien la cadenilla de oro en la oreja, y dijo con dulzura:

—Hijo mío, yo no puedo... Tú sabes; soy oficialista y parecería, si fuera a pedir por un preso, que ya no lo soy lo suficiente... Lo siento mucho pero... ¿qué se va a hacer? Paciencia.

Y entró a su oficina placentera, muy seguro de sí dentro de su plácido uniforme de general.

Los oficiales continuaban entrando y saliendo; las campanillas sonaban; los ordenanzas iban y venían; y Ricardo buscaba entre todas esas caras una que le pudiera servir. No la había, y se desesperaba. Pero ¿quién habría de ser? ¿Quién? Se acordó del comandante; y fue a ver al coronel Bustamante, en el viejo inquilinato que servía de cuartel al garboso "Cruz del Sur".

El batallón aún continuaba en pie de guerra. Aunque terminada la rebelión en el puerto de Río de Janeiro era necesario mandar fuerzas al sur; de manera que los batallones no habían sido disueltos y uno de los señalados para partir era ése.

El alférez cojo, en el enjabonado patio del antiguo conventillo, continuaba en su faena de instructor de los nuevos reclutas: "¡Hom-brooo... armas! ¡Mediaaa vuelta!".

Ricardo entró, subió rápidamente por la oscilante escalera del viejo edificio y en seguida llegó al cubículo del comandante, gritando: "¡Con permiso, comandante!".

Bustamante andaba de mal humor. Aquel asunto de partir para el Paraná no le agradaba. ¿Cómo habría de supervisar los escritos del batallón, en el fervor de las batallas, en los desórdenes de marchas y contramarchas? Eso de que el comandante marchara era una tontería; el jefe debía quedar a resguardo, para tomar las providencias y dirigir el papeleo.

Pensaba en eso cuando Ricardo pidió permiso para pasar.

—Entre —dijo.

El bravo coronel se rascaba la gran barba mosaica, tenía la chaqueta desabotonada y acababa de calzarse con la botina uno de los pies, para recibir con más decencia al inferior.

Ricardo expuso su pedido y esperó con paciencia la respuesta, que demoró en venir. Por fin, Inocêncio dijo sacudiendo la cabeza y mirando al subalterno lleno de severidad:

—¡Vete inmediatamente, o te mando prender! ¡Ya!

Y con el dedo señaló la puerta de salida en un gesto marcial y enérgico. El cabo no se demoró más. En el patio, el instructor cojo, veterano del Pa-

raguay, continuaba solemnemente llenando el arruinado conventillo con sus voces de comando: "¡Hom-broo... armas! ¡Mediaaa-vuelta... volver!".

Ricardo echó a caminar triste y desalentado. El mundo le parecía vacío de afecto y de amor. El, que siempre había cantado en sus *modinhas* el amor, la devoción, las simpatías, ahora veía que tales sentimientos no existían. Había marchado tras de cosas fuera de la realidad, de quimeras. Miró hacia el cielo alto. Estaba tranquilo y calmo. Miró los árboles. Las palmeras crecían con orgullo y titánicamente pretendían alcanzar el cielo. Miró las casas, las iglesias, los palacios y recordó las guerras, la sangre, los dolores que todo aquello había costado. Y así se hacía la vida, la historia y el heroísmo: con violencias sobre otros, con opresiones y sufrimientos.

En seguida recordó que era preciso salvar al amigo y que era necesario dar algunos pasos. ¿Quién podría? Consultó su memoria. Vio a uno, vio a otro y por fin se acordó de la ahijada de Quaresma, y fue a buscarla en la Real Grandeza.

Llegó, le contó el hecho y sus siniestras aprensiones. Ella estaba sola, pues el marido cada vez trabajaba más para aprovechar los despojos de la victoria; no perdía un minuto, andando detrás de uno y de otro.

Olga recordó bien al padrino, su eterno soñar, su ternura, la tenacidad que ponía en seguir sus ideas, su candor de doncella romántica...

Durante un instante una gran pena se apoderó de ella y le quitó la voluntad de actuar. Le parecía que su piedad era bastante y que ella iba, de algún modo, a dar lenitivo al sufrimiento del padrino; pero bien pronto lo vio ensangrentado, él, tan generoso, tan bueno, y pensó en salvarlo.

—Pero ¿qué hacer, querido señor Ricardo, qué hacer? Yo no conozco a nadie... No tengo relaciones... Mis amigas... Alice, la mujer del doctor Brandão, está afuera... Cassilda, la hija de Castrioto, no puede... ¡No sé, Dios mío!

Y acentuó estas últimas palabras con gran y lancinante desesperación. Los dos quedaron en silencio. La joven, sentada, se tomó la cabeza entre las manos y sus uñas largas y aperladas se enredaron en sus cabellos negros. Ricardo estaba de pie, desalentado.

—¿Qué he de hacer, Dios mío? —repitió ella.

Por primera vez ella sentía que la vida tenía cosas desesperantes. Poseía la más fuerte disposición a salvar a su padrino; haría cualquier sacrificio, pero era imposible, ¡imposible! No había un medio; no había un camino. El tenía que ir hasta el lugar del suplicio, tenía que subir su calvario, sin esperanzas de resurrección.

—Tal vez su marido —dijo Ricardo.

Pensó un poco, se demoró más en el examen del carácter del esposo; pero en seguida vio bien que su egoísmo, su ambición y su ferocidad interesada no permitirían que él diera el más mínimo paso.

—¿Qué, ése?...

Ricardo no sabía qué aconsejarle y miraba sin pensar los muebles y la montaña negra y alta que se avistaba desde la sala donde estaban. Quería encontrar un medio, un consejo: ¡nada!

La joven continuaba clavándose los dedos en sus cabellos negros y mirando la mesa en que reposaban sus codos. El silencio era augusto.

En un momento dado, Ricardo tuvo una gran alegría en la mirada y dijo:

—Si usted fuese allí...

Ella levantó la cabeza; sus ojos se dilataron de miedo y el rostro se puso rígido. Pensó un poco, muy poco, y habló con firmeza:

—Iré.

Ricardo quedó solo y se sentó. Olga fue a vestirse.

Entonces él pensó con admiración en aquella joven que por simple amistad se daba a tan arriesgado sacrificio, que tenía el alma tan al alcance de ella misma, y se sintió bien lejos de este mundo nuestro, de este nuestro egoísmo, de esa bajeza nuestra, y cubrió su imagen con una gran mirada de reconocimiento.

Ella no demoró mucho en estar lista y todavía se abotonaba los guantes en el comedor, cuando entró el marido. Venía radiante, con sus grandes bigotes y su rostro lleno de satisfacción por sí mismo. Ni hizo mención de haber visto a Ricardo y fue inmediatamente al tema con su mujer:

—¿Vas a salir?

Ella, jadeante por la ansiedad desesperada de salvar a Quaresma, dijo con cierta vivacidad:

—Sí.

Armando se admiró de escucharla hablar de aquel modo. Se volvió un instante hacia Ricardo, quiso interrogarlo, pero en seguida, dirigiéndose a su mujer, preguntó con autoridad:

—¿Adónde vas?

La mujer no le respondió en seguida y, a su vez, el doctor interrogó al trovador:

—¿Qué hace usted aquí?

Coração dos Outros no tuvo ánimo para responder; adivinaba una escena violenta que habría querido evitar; pero Olga se adelantó:

—Va a acompañarme a Itamarati, para salvar de la muerte a mi padrino. ¿Lo sabías?

El marido pareció calmarse. Creyó que con métodos persuasivos podría evitar que la mujer diera ese paso tan peligroso para sus intereses y ambiciones. Dijo suavemente:

—Haces mal.

—¿Por qué? —preguntó ella con calor.

—Vas a comprometerme. Sabes que...

Ella no le respondió en seguida y lo miró un instante con sus grandes ojos llenos de escarnio; lo miró uno, dos minutos; después, rió un poco y dijo:

—¡Es eso! "Yo", porque "yo", porque "yo" y sólo "yo" para aquí, "yo" para allá... No piensas en otra cosa... La vida está hecha para ti, todos deben vivir solamente para ti... ¡Muy divertido! ¿De manera que yo (ahora digo "yo", también), no tengo derecho a sacrificarme, a probar mi amistad, de tener en mi vida un gesto superior? ¡Es interesante! ¡No soy nada, nada!

¿Soy una cosa, algo así como un mueble, un adorno, no tengo relaciones, no tengo amistades, no tengo carácter? ¡Caramba...!

Ella hablaba, ora lenta e irónicamente, ora rápida y apasionadamente; y marido, frente a sus palabras, sentía un gran susto. El había vivido siempre tan lejos de ella que no la había juzgado nunca capaz de tales arrestos. Entonces, ¿ésa era aquella niña? ¿Aquel *bibelot*? ¿Quién le habría enseñado tales cosas? Quiso desarmarla con una ironía y dijo risueño:

—¿Estás en el teatro?

Ella le respondió de inmediato:

—Si es solamente en el teatro donde hay grandes cosas, entonces sí, estoy en el teatro.

Y agregó con fuerza:

—Esto es lo que te digo: voy, y lo hago porque debo, porque quiero, y porque es mi derecho.

Tomó la sombrilla, se arregló el velo y salió solemne, firme, alta y noble. El marido no sabía qué hacer. Quedó asombrado, y asombrado y silencioso la vio salir por la puerta.

Muy pronto estuvo en el palacio de la calle Larga. Ricardo no entró: dejó que la joven lo hiciera, y fue a esperarla en el Campo de Sant'Ana.

Ella subió. Había un inmenso bullicio, una agitación de entradas y salidas. Todos querían mostrarse a Floriano, querían saludarlo, querían dar muestras de su dedicación, probar sus servicios, mostrándose copartícipes de su victoria. Echaban mano de todos los medios, de todos los planes, de todos los procedimientos. El dictador, tan accesible antes, ahora se esquivaba. Había quien le quería besar las manos, como al papa o al emperador; y él ya sentía repugnancia ante tanta obsecuencia. El califa no se suponía sagrado, y se disgustaba.

Olga habló con los ordenanzas, pidiendo ser recibida por el mariscal. Fue inútil. A mucho costo consiguió hablar a un secretario o ujier. Cuando ella le dijo a qué venía, la cara terrosa del hombre se tornó ocre, y bajo sus párpados corrió un firme y rápido brillo de espada.

—¿Quién, Quaresma? —dijo él—. ¡Un traidor! ¡Un bandido!

Después, arrepintiéndose de su vehemencia, dijo con cierta delicadeza:

—No es posible, señora mía. El mariscal no la atenderá.

Ella ni esperó el final de la frase. Se irguió orgullosamente, le volvió la espalda y tuvo vergüenza de haber ido a pedir, de haber descendido en su orgullo y haber manchado la grandeza moral del padrino con su pedido. Con tal gente, era mejor haberlo dejado morir solo y heroicamente en un islote cualquiera, pero llevando a la sepultura enteramente intacto su orgullo, su dulzura, su personalidad moral, sin la mácula de un empeño que disminuyese la injusticia de su muerte, que de algún modo hiciese creer a sus verdugos que tenían el derecho de matarlo.

Salió y caminó. Miró el cielo, los aires, los árboles de Santa Teresa, y recordó que, por estas tierras, ya habían errado tribus salvajes, uno de cuyos jefes se enorgullecía de tener en la sangre la de diez mil enemigos. Había sido hacía cuatro siglos. Miró de nuevo el cielo, los aires, los árboles de

Santa Teresa, las casas, las iglesias; vio pasar los tranvías, una locomotora pitó; un carro, empujado por una linda yunta, cruzó frente a ella, cuando ya iba a entrar en el campo... Había habido grandes e innumerables modificaciones. ¿Qué se había hecho de aquel parque? Quizá un charco. Habían sucedido grandes modificaciones en los aspectos, en la fisonomía de la tierra, quizá en el clima... Esperemos más, pensó; y siguió serenamente al encuentro de Ricardo Coração dos Outros.

Todos os Santos (Río de Janeiro), enero-marzo de 1911.

CRONOLOGIA

La información sobre América Latina y Mundo Exterior ha sido preparada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1881

Nacimiento de Afonso Henriques de Lima Barreto, el 13 de mayo, en la ciudad de Río de Janeiro, capital del Imperio del Brasil, hijo del tipógrafo João Henriques de Lima Barreto y su mujer Amália Augusta Barreto, maestra de escuela pública. Bautizado en la iglesia matriz de Nuestra Señora de la Gloria, su padrino fue Afonso Celso de Assis Figueiredo, futuro Vizconde de Ouro Preto, político influyente, uno de los jefes del Partido Liberal.

"Nací sin dinero, mulato y libre." LB.

1882

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
B: Imperio del Brasil definido como monarquía constitucional. Gobierno de liberales. Primera elección directa, exclusión de los analfabetos; electorado de 1.114.660 votantes sobre una población estimada en 11 millones de habitantes, votan sólo 145.296 ciudadanos. Aluísio de Azevedo: *El mulato.* Machado de Assis: *Memorias póstumas de Brás Cubas.* Muere Cándido Méndez de Almeida. *AL:* Problemas fronterizos entre México y Guatemala por las regiones de Chiapas y Soconusco. En Cuba, Constitución española de "los notables". Constitución venezolana, inspirada en la suiza; arbitraje español por litigios fronterizos con Colombia; telégrafo Bogotá-Caracas. Deterioro de la educación pública en Ecuador. Batalla de Chorrillos y Miraflores y ocupación chilena de Lima, con destrucción de la Biblioteca Nacional. Presidencia de Santa María en Chile abre etapas de auge económico, colonización y fomento de la educación. Incremento de los latifundios en Argentina: venta por ley de territorios conquistados al indio; tratado de límites con Chile. A. Bello: *Filosofía del entendimiento.* López Prieto: *Parnaso cubano.* Cambaceres: *Potpourri.* Martí funda la *Revista Venezolana. Anales,* del Ateneo de Montevideo; debate Bartolomé Mitre-Vicente Fidel López; muere Cecilio Acosta.	*Esp.:* Ministerio de Sagasta con el partido fusionista; liberalización política. *Ingl.:* Muerte de Disraeli; Salisbury, líder conservador. *Rus.:* Asesinato de Alejandro II; sucesión del zar Alejandro III. *EE. UU.:* Garfield, presidente, muere ese mismo año. Renovación de la alianza de los tres emperadores. *Papado:* Encíclica *Diuturnum Illud.* Industria mundial del petróleo: 3 millones de toneladas anuales. Stanley funda Leopoldville. Meisenbach inventa la autotipia. Ribot: *Las enfermedades de la memoria.* H. James: *Washington Square.* France: *El crimen de Silvestre Bonnard.* Verlaine: *Cordura.* Verga: *Los Malavoglia.* F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios (-91). Renoir: *El almuerzo de los remeros.* Chaicovsky: *Obertura 1812.* Offenbach: *Los cuentos de Hoffmann.* Nace Picasso y muere Carlyle.
B: Proyecto y dictamen acerca de la enseñanza secundaria y superior en la Cámara de Diputados por parte de Rui Barbosa. El caucho ocupa el tercer lugar como rubro de exportación. Ley de protección a las patentes de invención. Teófilo Dias: *Fanfarrias.* Tobías Barreto:	*Fr.:* Ley Ferry sobre la enseñanza laica, gratuita y obligatoria primaria. *It.:* Intervención en Eritrea. *Ale.:* Triple alianza con Austria e Italia. Protectorado inglés en Egipto. Expulsión de los judíos de Rusia. *EE. UU.:* Primeras leyes restrin-

1883

Estudios alemanes. Araripe Jr.: *José de Alencar.* S. Romero: *Introducción a la historia de la literatura brasileña.* Primera exposición individual de Almeida Jr. en Río de Janeiro.

AL: Colaboración del partido de los "científicos" con la dictadura de P. Díaz. Heureaux presidente de Santo Domingo (-99). La "república aristocrática" en Costa Rica: P. Fernández Oreamuno. Veintemilla se proclama una vez más Jefe Supremo de Ecuador; se inicia movimiento "restaurador". Comienza unificación y reconstrucción del Perú tras la derrota ante Chile. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Gral. Santos presidente del Uruguay.

Martí: *Ismaelillo.* Villaverde: *Cecilia Valdés* (ed. definitiva). Montalvo: *Siete tratados.* Pérez Rosales: *Recuerdo del pasado* (-86). Medina: *Los aborígenes de Chile.* T. Días: *Fanfarrias.* Ayón: *Historia de Nicaragua* (1). *La Nación* nombra a Martí su corresponsal en Nueva York.

giendo la inmigración. Chinos y japoneses ocupan Seúl. Muerte de Gambetta.

Primera central eléctrica en Nueva York por T. A. Edison. Transmisión de energía eléctrica en la Exposición Internacional de Munich; 57 km. Koch: bacilo de la tuberculosis. Charcot: Experiencia en la Salpetrière. Ratzel: Antropogeografía.

Carducci: *Confesiones y batallas.* J. M. Pereda: *El sabor de la tierruca.* Manet: *El bar de las Folies-Bergére.* Gaudí empieza *La Sagrada Familia* de Barcelona. Wagner: *Parsifal.* Nacen Joyce y Stravinski. Muere Emerson.

B: Proyecto y dictamen sobre la enseñanza primaria por Rui Barbosa. Comienza la "Cuestión militar". Asesinato del redactor de Corsario, Apulcro de Castro, en Río de Janeiro. Fundación de la Confederación Abolicionista, por José do Patrocínio. Joaquín Nabuco representa la Anti-Slavery Society en el Congreso para la Reforma del Derecho de Gentes, realizado en Milán. Reglamento para la concesión e instalación de líneas telefónicas. Primera usina termoeléctrica en Campos.

Raimundo Correia: *Sinfonías.* Capistrano de Abreu: *El descubrimiento del Brasil y su desarrollo en el Siglo XVI.* B. Guimarães: *Rosaura abandonada.* S. Romero: *Cantos populares del Brasil.* Liceo de Ar-

Fr.: Segundo ministerio Ferry. Ocupación de Madagascar e Indochina. Guerra franco-china. Ley de divorcio. *Ingl.:* Fundación de la Sociedad Fabiana en Londres. *Rus.:* Plejanov y Akselrod fundan el partido marxista ruso. Muere Carlos Marx, nace Mussolini.

Motor de bencina de Daimler-Maybach. Cantor: Teoría de los conjuntos. Excursiones de Búfalo Bill.

Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra* (-91). Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu.* Bouget: *Ensayos de psicología contemporánea.* Stevenson: *La isla del tesoro.* Maupassant: *Una vida.* Amiel: *Diario íntimo.* Mackmurdo: Dibujos de

1884

tes y Oficios en Santa Catarina. Sociedad de Conciertos Clásicos en Río de Janeiro.

AL: Concesión venezolana a Cía. Hamilton para explotar "bosques y asfaltos". Triunfo del movimiento nacional ecuatoriano de la "Restauración". J. M. P. Caamaño, presidente. Tratado de Ancón y fin de la ocupación de Lima; Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años; las riquezas salitreras chilenas pasarán a inversionistas británicos. Gobierno de Iglesias en Perú. Campañas de ocupación de territorios indios en el Chaco argentino; se inicia fuerte proceso de devaluación monetaria. Expropiación de los territorios araucanos del sur de Chile, tras la última gran sublevación india. Adán Cárdenas presidente de Nicaragua.

Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles.* Varona: *Estudios literarios y filosóficos.* J. Calcaño: *Cuentos fantásticos.* Sarmiento: *Conflictos y armonías de las razas en América.* V. F. López: *Historia de la República Argentina.* I. De María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87). Zorrilla de San Martín: primera cátedra de Literatura en Uruguay.

B: Dictamen de Ruí Barbosa en la Cámara de Diputados sobre la emancipación de los esclavos a partir de los sesenta años de edad. Abolición de la esclavitud en la provincia de Ceará.

J. Nabuco: *El Abolicionista.* Alberto de Oliveira: *Meridionales.* Aluísio de Azevedo: *Casa de pensión.* Barón de Macaúba: *Nueva Ley de Enseñanza Infantil.*

AL: Reforma constitucional en México para permitir reelección de Díaz y nuevo código minero que facilita penetración extranjera. Crisis económica cubana; G. Gótapices. Franck: *El cazador furtivo.* Delibes: *Lakmé.* Nacen Franz Kafka y Ortega y Gasset. Muere R. Wagner.

Alem.: Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín; ingleses en Sudán, alemanes en el sudoeste africano. Ley de seguro social de accidentes de trabajo en Alemania. Ley Waldech-Rousseau sobre sindicatos. *EE. UU.:* Crack bursátil en Nueva York.

Parsons: Turbina de vapor a reacción. Mergenthaler: Linotipia (-86). H. de Chardonnet: Seda artificial a la nitrocelulosa. Maxim: ametralladora. Eastman: Película fotográfica en rollos. Minas de oro en Transvaal.

1885

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
mez y Maceo dirigen movimiento revolucionario desde el exilio. Tratado Keith-Soto instala empresas bananeras en Honduras. J. Crespo presidente electo de Venezuela. Segundo gobierno de Núñez en Colombia; constitución del Partido Nacional. Alzamiento y derrota de Eloy Alfaro en Ecuador. Pacto de Truce: Bolivia pierde costa de la provincia de Atacama. Ferrocarril trasandino argentino-chileno; Ley Avellaneda argentina de enseñanza primaria laica, gratuita y obligatoria. Sufragio universal en Chile para alfabetizados mayores de 25 años.	Spencer: *El hombre contra el Estado.* Engels: *El origen de la familia, la propiedad y el Estado.* G. B. Shaw: *Redacción del manifiesto de la sociedad fabiana.* Huysmans: *Al revés.* Daudet: *Safo.* De Lisle: *Poemas trágicos.* Strindberg: *Casados* (1.ª serie). Verlaine: *Poetas malditos.* Grupo "Les XX". Bruckner: *Séptima sinfonía.*
Gavidia: *Versos.* Barros Arana: *Historia general de Chile.* L. V. López: *La Gran Aldea.* Groussac: *Fruto velado.* Acevedo Díaz: *Brenda.* Rigoberto Cabezas y Anselmo II. Rivas fundan el primer diario: *Diario de Nicaragua,* después *Diario Nicaragüense.*	
B: Ascenso de los conservadores; Barón de Cotegipe, ministro. Ley Saravia-Cotagipe de liberación de esclavos sexagenarios. Comienza gran corriente inmigratoria hacia San Pablo por iniciativa de los cafetaleros.	*Esp.:* Muere el rey, minoridad de su hijo Alfonso XIII, regencia de María Cristina de Habsburgo. Crisis en los Balcanes: Enfrentamiento Bulgaria-Rusia; guerra Servio-Búlgara. *Ingl.:* Gabinete Salisbury en Inglaterra; ocupación de Nigeria. *It.:* Italia ocupa Massaua. *Papado:* Encíclica *Inmortale Dei.*
S. Romero: *Estudios de Literatura Contemporánea.* Vicente de Carvalho: *Fosforescencias.*	Pasteur: vacuna contra la rabia. Nordenfelt construye un submarino. Daimler inventa la motocicleta.
AL: Ley de colonización en México; aprestos contra Guatemala. El presidente Barrios proclama la Unión Centroamericana; oposición de Costa Rica, Nicaragua y El Salvador; invasión guatemalteca al Salvador; muerte de Barrios; la Asamblea revoca el decreto presidencial. Concesión venezolana Hamilton transferida a Nueva York y Bermúdez Co. Los marines ocupan Colón, Panamá. Fracción del liberalismo colombiano contra	Nietzsche: *Más allá del bien y del mal.* Marx: *El Capital* (tomo II), compilado por Engels. Andersen: *Cuentos.* Zola: *Germinal.* Hudson: *La tierra purpúrea.* Laforgue: *Lamentaciones.* Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción.* Twain: *Huckleberry Finn.* H. Richardson: Almacenes Marshall, Field & Co. en Chicago.

1886	

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
el gobierno federal; fuerte repercusión en la economía del país. Pena de muerte en Ecuador. Renuncia de Iglesias en Perú; Cáceres entra a Lima.	
Martí: *Amistad funesta.* G. Prieto: *El romancero nacional.* Lastarria: *Antaño y hogaño.* W. H. Hudson: *La tierra purpúrea.* R. Obligado: *Poesías* y *Santos Vega.* Varona: *Revista Cubana* (-95).	
B: Empréstito externo de 6 millones de libras esterlinas; fermenta la cuestión militar y la conspiración republicana. Asumen en la Cámara de Diputados los paulistas Campos Salles y Prudente de Morais, elegidos como representantes republicanos bajo el rótulo de Partido Conservador. Fundación de la Sociedad Promotora de Inmigración.	*Ingl.:* Avance del socialismo; el Parlamento rechaza proyecto liberal de autonomía irlandesa. *Bul.:* Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. *EE. UU.:* Manifestación obrera en Chicago. Fundación de la A.F.L. Captura de Gerónimo.
Alberto de Oliveira: *Sonetos y poemas.* Alexandre Levy: Suite brasileña para orquesta.	Kraft-Ebing: Psicopatología sexual. Fabricación electrolítica del aluminio. Finaliza la construcción del Canadian Pacific. Hertz: Hondas electromagnéticas.
AL: Definitiva abolición de la esclavitud en Cuba. Ley de educación en Costa Rica. Constitución liberal en El Salvador (-1945); fuerza pública armada para controlar la vagancia en el campo. Cuarta y última elección de Guzmán Blanco en Venezuela. Cáceres presidente de Perú, Balmaceda de Chile, Juárez Celman de Argentina, Núñez reelecto en Colombia y nueva Constitución centralista: la República de Colombia.	Rimbaud: *Las iluminaciones.* Moreás: *Manifiesto simbolista.* D'Amicis: *Corazón.* Stevenson: *El extraño caso del doctor Jekill y mister Hyde.* Tolstoi: *Sonata a Kreutzer.* Chejov: *Cuentos.* Bartholdhi: *La libertad iluminando al mundo.* Rodin: *El beso.*
García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI.* Díaz Mirón: *Poesías escogidas.* R. J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). Discurso de Manuel González Prada en el Ateneo de Lima. Escuela Nacional de Bellas Artes en Bogotá. J. Batlle y Ordóñez: *El Día* en Montevideo. Sara Bernhard, por primera	

1887

Muerte de Amália Augusta, víctima de tuberculosis pulmonar, dejando cuatro hijos pequeños.

"Sólo la recuerdo en el ataúd, cuando mi padre, llorando, me levantó para echar agua bendita sobre su cadáver. Durante toda mi vida, me hizo mucha falta." LB.

1888

Comienza a asistir a la Escuela Pública Municipal, dirigida por la profesora Teresa Pimentel do Amaral. En compañía de su padre, presencia los festejos populares conmemorativos de la Abolición.

"Había sol y el día estaba claro. Nunca en mi vida vi tanta alegría. Era general, total: y los días que siguieron, días de holganza y satisfacción, me dieron una visión de la vida completamente de fiesta y armonía." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
vez en el Río de la Plata. Nace Ricardo Güiraldes.	
B: Viaje de D. Pedro II a Europa; comienza la tercera regencia de Isabel. El Club Militar comunica a la Regente que el Ejército se niega a participar en la captura de esclavos fugitivos. Espíritu Santo inaugura su primera línea férrea. Aluísio de Azevedo: *El hombre.* *AL:* Instrucción primaria obligatoria en México; telégrafo entre México y Guatemala. Primera zafra azucarera cubana con mano de obra asalariada. Primer concordato entre Colombia y la Iglesia. Tratado de límites Ecuador-Perú. Proceso chileno de debilitamiento del poder presidencial y predominio del Parlamento. Restauración del principismo en el Uruguay, tras una década de gobierno militarista. Formación del Partido Democrático en Chile. Primer censo en Buenos Aires: 433.375 habitantes. Evaristo Carazo presidente de Nicaragua. E. Rabasa: *La bola.* J. Rizal: *Noli me tangere.* Palma: *La bohemia de mi tiempo.* B. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (-88). Ayón: *Historia de Nicaragua* (II vol.). J. Guadalupe Posada se instala en Ciudad de México.	*Fr.:* Elección de Sadi Carnot; Boulanger ministro de guerra. *It.:* Ministerio Crispi (-96). Política anticlerical. *Ingl.:* Primera conferencia imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. *EE. UU.:* Ejecución de anarquistas el 1.° de mayo en Chicago. Primeras medidas anti-trust. Tonnies: *Comunidad y sociedad.* Ostwald: *Revista de quimicofísica.* Kipling: *Cuentos simples de las colinas.* D'Annunzio: *Las elegías romanas.* Strindberg: *Hijo de sirvienta.* Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta.* Antoine funda el Teatro Libre. Van Gogh: *El padre Tanguy.* Sullivan: Auditorium de Chicago. Debussy: *La doncella elegida.* Nace Le Corbusier.
B: Nuevo ministerio del Senador Oliveira. Ley Aurea de abolición de la esclavitud, sin indemnización, en todo el Imperio (13-V). Pedro II regresa al Brasil. Reactivación de la propaganda republicana. Tobías Barreto: *Cuestiones vigentes.* S. Romero: *Historia de la literatura brasileña.* Olavo Bilac: *Poesías.* Raúl Pompéia: *El Ateneo.* L. Mendonça: *Visiones*	*Ale.:* Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia. *EE. UU.:* Harrison, presidente. Conflicto germano-norteamericano sobre las islas Samoa. *Papado:* Encíclica *Libertas.* Exposición Universal de Barcelona. Creación del Instituto Pasteur. Expedición de Nansen a Groenlandia. Doehring: Cemento armado pretensado. Forest: Primer motor de gasolina.

1889

João Henriques es promovido de jefe de turno a maestro de composición de la Imprenta Nacional, al mismo tiempo que trabaja como armador de páginas de *Tribuna Liberal,* diario del Vizconde de Ouro Preto.

"Poco antes de la venida de la República, yo jugaba con otros niños cuyo destino no conozco, al *marche aux flambeaux,* cuando mi padre era armador de páginas de la infausta *Tribuna Liberal* y yo iba a pasar la noche a su lado." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
del abismo. Inglés de Sousa: *El misionero.* *AL:* Nueva reelección de Díaz. Predominio político-económico de la burguesía cafetalera en Costa Rica. Suspendidos trabajos del Canal de Panamá. Rebelión de J. Crespo en Venezuela; presidencia de Rojas Paúl. Desarrollo industrial en Uruguay; fuerte desvalorización de la moneda en Argentina. L. Díaz: *Sonetos.* Hostos: *Moral social.* F. Gamboa: *Del natural.* Altamirano: *El zarco.* Acevedo Díaz: *Ismael.* Zorrilla de San Martín: *Tabaré.* Medina: *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* (-912). García Salas: *El Parnaso Centroamericano.* Ramón Uriarte: *Galería poética centroamericana.* Nacen J. E. Rivera y López Velarde.	Bosanquet: *Lógica.* Nietzsche: *El anticristo.* Ribot: *Psicología de la atención.* Maupassant: *Pedro y Juan.* Strindberg: *La señorita Julia.* Ibsen: *La dama del mar.* Chejov: *La estepa.* Gauguin: *El cristo amarillo.* Debussy: *Arabescos.* Rimsky-Korsakov: *Shehérézade.* Nace O'Neill; muere Louisa M. Alcott.
B: Ouro Preto, presidente del último gabinete de la Monarquía. Proclamación de la República (15-XI). Depuesto del Emperador, por tropas al mando del coronel Botelho de Magalhaes. El mariscal Deodoro da Fonseca, jefe del gobierno provisorio. Las provincias se constituyen en estados. Convocatoria a la Asamblea Constituyente para redactar proyecto de Constitución. Primera usina hidroeléctrica de gran capacidad en Juiz de Fora, Minas Gerais. Participación del Brasil en la Primera Conferencia Panamericana. Expulsión de la familia imperial. Muere en Porto, Portugal, la emperatriz Teresa Cristina. Al finalizar la monarquía, la deuda externa ascendía a 31.104 millones de libras esterlinas. José Veríssimo: *Estudios brasileños,* 1.ª serie. Capistrano de Abreu: *Caminos antiguos y poblamiento del Brasil.* Clovis Bevilacqua: *Epocas e individualidades.* Carlos Gomes: ópera *El esclavo.*	*Esp.:* Promulgación del Código Civil. *Port.:* Muere Luis I, sucesión de Carlos I. *Fr.:* Fundación de la II Internacional; 1.º de Mayo, día de los Trabajadores. *Ale.:* Huelgas mineras; Leyes de protección social. *Austr.:* Muerte del príncipe heredero Rodolfo en Mayerling. *Ingl.:* Huelga de los dockers. Cecil Rodhes recibe concesiones africanas. Fundación de Rodhesia. *Bru.:* Conferencia Colonial. Exposición Internacional de París. Construcción de la Galería de las Máquinas y la torre de Eiffel: utilización de vidrio y acero. La torre mide 300 metros. Críticas de Zola, Maupassant, De Lisle, Sully-Prudhomme, los Goncourt, etc. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* D'Annunzio: *El Placer.* Yeats: *Peregrinaciones de Oisen.* Van Gogh: *Paisaje con ciprés* y *Autoretrato.* A. Choisy: *Historia de la Arquitectura.*

1890

Clausura de *Tribuna Liberal*. Prisión y exilio de Ouro Preto. João Henriques es despedido de la Imprenta Nacional. Gracias a la protección de Cesário Alvim, pasa a ejercer las funciones de escribiente en las Colonias de Alienados de la Isla del Gobernador. Afonso recibe, como premio escolar, un ejemplar de *Los grandes inventos* de Louis Figuier.

"Me acuerdo también de la primera década de mi vida, de mi primer colegio público municipal, en la calle de Resende, de sus dos aulas de clase, de aquellos grandes y pesados pupitres de la época y, sobre todo, de mi primera maestra —doña Teresa Pimentel do Amaral— de la cual, aunque algún día la desgracia debilite mi memoria, no habría de olvidarme del todo." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
AL: Código civil español en Filipinas. Pacto provisorio de unión entre El Salvador, Honduras y Guatemala. Primera conferencia de los Estados Americanos en Washington. Convención Cubana en Cayo Hueso. Fundación del Partido Demócrata Venezolano. Campaña de represión periodística en Colombia. Contrato Grace en Perú para explotación por 66 años del guano y los ferrocarriles. Primera sección del puerto de Buenos Aires; representación argentina en el Congreso de París que funda la Segunda Internacional. Roberto Sacasa a la presidencia de Nicaragua: con él concluyen los llamados "30 años conservadores". Payno: *Los bandidos de Río Frío* (-91). Ayón: *Historia de Nicaragua* (III). Martí: *La edad de oro*. J. Sierra: *México social y político*. Matto de Turner: *Aves sin nido*. J. A. Silva: *Nocturno II*. Gómez Carrillo llega a Europa. Muere Montalvo.	
B: Asamblea Constituyente se reúne en Río de Janeiro. Separación entre el Estado y la Iglesia; libertad de cultos e institución del matrimonio civil. Reforma del Código Penal que reemplaza al de 1830. Reconocimiento de la República Federativa por parte de los EE. UU., e Inglaterra. Segundo Censo Nacional: 14.333.915 habitantes. Creación del Partido Obrero en Río de Janeiro. Eduardo Prado: *Anales de la dictadura militar en el Brasil*. Aluísio de Azevedo: *O cortiço*. Fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes en Río de Janeiro. *AL:* Enmienda constitucional mexicana permitiendo reelección. Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Golpe de Estado de C. Ezeta en El Salvador. R. Andueza	*Ale.:* Bismarck abandona el gobierno. Conferencia en Berlín de protección al trabajo. Conferencias coloniales anglo-alemanas y anglo-francesas. *EE. UU.:* Ley Sherman antitrust. Tarifas aduanales Mackinley. Nace Charles de Gaulle. Behring: Suero antidiftérico. Otto Lilienthal: Artefacto volador (-96). Ley sobre vivienda obrera en Inglaterra. Quiebra de la Banca Bering en Londres. Kautsky funda el Partido Socialdemócrata Alemán. W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. Zola: *La bestia humana*. Wilde: *El retrato de Dorian Grey*. Frazer: *La rama dorada*. Hamsun: *Hambre*. Cézanne: *Jugadores de cartas*. Borodin: *El Príncipe Igor*. Suicidio de Van Gogh.

1891

João Henriques es promovido a encargado de suministros. Con la ayuda del Vizconde de Ouro Preto, de regreso en la patria, inscribe al hijo como alumno pupilo en el Liceo Popular Niteroiense, dirigido por William Caudítt. Todos los sábados, el niño iba a su casa en la Isla del Gobernador.

"Los árboles, los pájaros, caballos, cerdos, bueyes, en fin, todo ese aspecto rústico, realzado por el mar cercano, llenaban mi niñez de sueño y curiosidad." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
Palacio presidente. Reclamaciones de EE. UU. contra Venezuela. Morales Bermúdez, adicto a Cáceres, presidente de Perú. Leyes colombianas regulando la actividad comercial. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete Balmaceda en oposición al Congreso. Quiebra la Baring Brothers; grave crisis financiera en el Río de la Plata. J. Herrera y Obes presidente del Uruguay: el civilismo; leyes inmigratorias. Unión Cívica, primer partido político argentino de corte moderno; revuelta contra Juárez Celman, renuncia y ascenso de Carlos Pellegrini. Por primera vez se celebra en el Río de la Plata el 1.° de Mayo. Creación de la Unión Panamericana, en Washington, e iniciativa de EE. UU.	
Del Casal: *Hojas al viento*. Romerogarcía: *Peonía*. L. G. Urbina: *Versos*. T. Carrasquilla: *Simón el Mago*.	
B: Deodoro da Fonseca, electo presidente del Brasil. Primer gabinete republicano. Disolución del Congreso por el presidente, revolución de la Marina liderada por el almirante Custodio José de Melo. Renuncia de Deodoro y presidencia del general Floriano Peixoto. Constitución republicana. Ola de especulación financiera, llamada "encilhamento". Pedro II muere en París. Comienza a circular en Río de Janeiro el periódico *Jornal do Brasil*.	*Port.:* Alzamiento republicano en Oporto. *Fr.:* Alianza defensiva con Rusia. Fracasa golpe de estado de Boulanger que se suicida. *Ingl.:* Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. *Papado:* Encíclica de León XIII *Rerum Novarum*. Sui.: Fundación del Bureau Internacional de la Paz.
Machado de Assis: *Quincas Borba*. Ouro Prêto: *Advenimiento de la dictadura militar en Brasil*. Oliveira Paiva: *Doña Guidinha do Poço*. J. F. Lisboa: *Vida del padre Vieira*.	Construcción del Transiberiano. Hallazgo del Pitecantropo de Java. Michelin patenta el neumático.
AL: Malestar económico y político en Cuba. Sentencia arbitral dictada por España sobre límites entre Colombia y Ve-	C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Ibsen: *Hedda Gabler*. Hardy: *Teresa de Ubervilles*. Gauguin: *Las mujeres en Tahiti*. R. Strauss: *Muerte y Transfiguración*.

1892

nezuela. Crisis financiera argentina, suspensión de pagos, creación del Banco de la Nación Argentina, regreso del general Mitre. Primer congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina. El Congreso contra Balmaceda en Chile, batalla de Concón, renuncia, asilo y suicidio de Balmaceda en la embajada argentina; Almirante Montº Presidente.

Martí: *Versos sencillos* y *Los pinos nuevos*. Martell: *La Bolsa*. Lamas: *Génesis de la revolución*. *La Habana Literaria* (-92). Joaquín Torres García en Cataluña.

B: Manifiesto de los Trece Generales contra Floriano. Acuerdo de Floriano con los paulistas. Matto Grosso declara su independencia bajo el nombre de República Transatlántica. Tropas gubernamentales en Cubaya, Matto Grosso. Insurrección en Río Grande liderada por Gumersindo Saravia. Reinician las obras de los muelles de Santos. Muere Deodoro. Creación del Instituto Adolfo Lutz y del Instituto Agronómico en Sao Paulo. Tranvía eléctrico en Río de Janeiro. Primer Congreso Socialista en Río de Janeiro.

Inglês de Sousa: *Cuentos amazónicos*.

AL: Rizal organiza en Manila la sociedad secreta "La Liga Filipina". "Katipunan", por A. Bonifacio. Revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla. Sublevación de los Taraumaras en Tomóchic. J. Crespo se proclama dictador en Caracas. Batalla Cururuyuqui contra indios en Bolivia. Núñez reelecto en Colombia con M. A. Caro de vice. Sáenz Peña presidente de Argentina; L. Alem prisionero; radicales abstencionistas. Fundación del Partido Obrero Argentino. Batlle y Ordóñez propone orga-

Fr.: "Affaire Panamá", Lesseps condenado. Bula papal sobre participación de los católicos en la política de la República. Convención militar franco-prusiana. *It.:* Constitución definitiva del Partido Socialista. *Ingl.:* Ministerio Gladstone.

Lorentz descubre los electrones. Schleich: Anestesia local. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*.

Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Maeterlinck: *Pelléas y Melisande*. Shaw: *Casas de viudos*. Toulouse-Lautrec: *Jane Avril ante el Moulin Rouge*. V. Horta: Casa Tassel de Bruselas; el modernismo en arquitectura. Leoncavallo: *Los payasos*.

1893

João Henriques es designado administrador de las Colonias. Un contingente de revoltosos invade la Isla. Los soldados se llevan telas, ropa, medicamentos. Matan un buey, el "Estrella". Y luego se retiran. Uno de ellos pregunta al padre de Lima Barreto por qué están peleando "esos dos hombres" (Custódio y Floriano). Tenía el niño apenas doce años, pero la ignorancia del pobre hombre lo impresionó.

"Ese pequeño hecho, que podría haber pasado completamente desapercibido, me hirió intensamente a la tierna edad que entonces tenía. No podía imaginar que un hombre arriesgase su vida sin saber por qué ni para qué. Esto me pareció estúpido y hasta indigno de la condición humana." LB.

1894

nización política uruguaya basada en clubes populares.

H. Frías: *Tomóchic*. Del Casal: *Nieve. El Cojo Ilustrado*, en Caracas. Lafone Quevedo: investigaciones arqueológicas en el norte argentino. Guido Spano preside *El Ateneo*, en Buenos Aires. Nace César Vallejo.

B: Revolución federalista en Río Grande (-95). El almirante Custodio de Melo bombardea Río de Janeiro; los insurgentes ocupan Fuerte Villegaignon. Muere el mariscal Deodoro da Fonseca.

Cruz e Sousa: *Broqueles*. Eduardo Prado: *La ilusión americana*. Coelho Neto: *La Capital Federal*.

AL: J. Y. Limantour ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico del porfirismo". Aumenta campaña autonomista en Cuba; división del partido Unión Constitucional y formación del Partido Reformista. Reconocimiento de la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. Año de grave agitación política en Colombia. Manifiesto a la Nación del Partido Liberal venezolano. Vía férrea Lima-La Aroya. Conflicto con los radicales en Argentina: Roca captura Rosario. Influencia "directriz" presidencial en Uruguay. Fuerzas liberales en León declaran a Zelaya presidente de Nicaragua.

Del Casal: *Bustos y Rimas*. Acevedo Díaz: *Grito de gloria*. Mueren Altamirano y Del Casal. Nace V. Huidobro.

B: Prudente de Moraes Barros, primer presidente civil (15-XI). Batalla cerca de Passo Fundo, Río Grande; el general Saravia es derrotado por las tropas gubernamentales al mando del general Lima y es ultimado. Inauguración de la confi-

---

Esp.: Guerra de Melilla. *Fr.:* Protectorado de Dahomey. Ocupación de Siam. *Ingl.:* Autonomía de Irlanda rechazada por la Cámara de los Lores. Fundación del Independant Labour Party. *EE. UU.:* Segunda presidencia de Cleveland. Crack bursátil. Abolición de la Ley Sherman. Protectorado en Hawai. *Chec.:* Insurrección de los Jóvenes Checos en Praga. *Armenia:* Masacre.

Exposición Colombina de Chicago. Concluye la Escuela de Chicago. Ford construye su primer automóvil. Elster-Seitel: célula fotoeléctrica. Diesel construye motor de gas-oil. Morey: Primer proyector cinematográfico.

Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*. Heredia: *Los trofeos*. Menéndez Pelayo: *Antología de poetas hispanoamericanos* (-95). Mallermé: *Verso y prosa*. Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio*, con la ilustración *Salomé* de Beardsley. Munch: *El grito*. Chaicovsky: *Sinfonía Patética*. Dvorak: *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Esp.: Fin de la Guerra de Melilla. Convenio Marraquech. *Fr.:* Asesinato de Sadi Carnot. Condena de Dreyfus. *It.:* Invasión de Abisinia: *Ing.:* Gladstone se retira de la vida política. *Rus.:* Nicolás II,

1895

Exámenes preparatorios de portugués y francés en el Gimnasio Nacional. Aprobado con suficiente en ambas materias.

"...No sé qué hostilidad encontré, qué estúpida mala voluntad vino a mi encuentro..." LB.

tería Colombo en Río de Janeiro, marco de la *belle époque*.

Taunay: *El ensillamiento*. Araripe Jr.: *Gregorio de Matos, Literatura brasileña, Movimiento de 1893, Estudios de literatura brasileña* (-1907). Nina Rodríguez: *Los africanos en el Brasil*. Silvio Romero: *Doctrina contra doctrina*. Nace Emilio Di Cavalcanti.

AL: Bonilla presidente de Honduras. Terremoto en Venezuela; Crespo presidente y conflicto con la Guayana Británica. Muere R. Núñez. Producción cafetalera colombiana alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Tacna y Arica pasan a poder de Chile, sin que ningún plebiscito sea convocado. J. I. Borda presidente de Uruguay.

J. A. Silva: *Nocturno*. M. González Prada: *Pájinas libres*. E. Acevedo Díaz: *Soledad*. Revista *Cosmópolis* en Caracas y *Azul* en México. Nace J. C. Mariátegui.

B: Batalla decisiva contra los rebeldes de Río Grande, cerca de la frontera uruguaya. Suicidio de da Gama. Ocupación de la isla de Trinidad, Espíritu Santo, por Inglaterra, que reconocerá los derechos brasileños al año siguiente. Cuestión de Palmas con Argentina; laudo arbitral del presidente Cleveland favorable al Brasil. Levantamiento de la Escuela Militar en Río de Janeiro. Muere Floriano Peixoto. Suicidio de Raúl Pompéia.

Farías Brito: *La finalidad del mundo* (-1905). Adolfo Caminha: *Buen criollo* y *El normalista*. J. Nabuco: *Balmaceda*. Coelho Neto: *Espejismo*.

AL: Segunda guerra de independencia cubana; José Martí muerto en Dos Ríos. Eloy Alfaro entra en Quito. Revuelta lizar. Guerra en Oriente: Japón ocupa Port Arthur.

Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años. E. Drumont ataca a Dreyfus en el periódico *La Cruz*. Lumière patenta el cinematógrafo. Yersin: bacilo de la peste. Roux: suero antidiftérico.

Marx: Edición del volumen III de *El Capital*. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica*. Buchner: *Darwinismo y socialismo*. S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo*. Kipling: *El libro de la jungla*. Renard: *Cabeza de zanahoria*. Rodin: *Los burgueses de Calais*. Guadet: *Elementos y Teoría de la arquitectura*. Otto Wagner: Estaciones de tranvía en Viena. Verdi: *Falstaff*. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno*.

Esp.: Gobierno de A. Cánova del Castillo. *Fr.:* Fundación de la C.G.T. Ministerio Salisbury de coalición en Inglaterra. *China:* Convención chino-japonesa. Paz de Shino-no-seki.

Roentgen: Rayos X. Institución del Premio Nobel de la Paz. Primeras exhibiciones cinematográficas de los Lumière. Inauguración del canal de Kiel. Exposición "Art Nouveau" en la galería Bing.

Hertzl: *El Estado judío*. Valéry: *La tarde con el Sr. Teste*. Wells: *La máquina de explorar el tiempo*. Verhaeren: *Las ciudades tentaculares*. Crane: *La roja insignia del coraje*. Yeats: *Poesías*. Bouget: *Ultra-mar*. Sienkewicz: *Quo Vadis?* Gauguin se instala en Tahití. Cézanne: *Los bañistas*. Muere Engels.

1896 | Exámenes de Aritmética y de Historia General y del Brasil. Aprobado con suficiente. Se inscribe como alumno pupilo en el Colegio Paula Freitas (curso anexo a los preparatorios para la Escuela Politécnica). El padre quería hacerlo doctor, aunque fuera con sacrificios, dado que, a esa altura, ya no cuenta con el auxilio del compadre otrora poderoso.

"Los protectores son los peores tiranos." LB.

beral en Colombia, dirigida por Santos Acosta. Reclamaciones extranjeras a Venezuela y ultimátum Richard Olney a Gran Bretaña. Piérola entra en Lima: presidente. Renuncia Sáenz Peña en Argentina; asume Uriburu. Pacto de Amapala entre Honduras, Nicaragua y El Salvador para una común política exterior. Conflicto con Inglaterra por la Mosquitia; ocupación de Corinto; pago de indemnización; retirada. Nacen el general Augusto César Sandino y Víctor R. Haya de la Torre.

L. Díaz: *Bajo-relieves*. M. Zeno Gandía: *La charca*. S. Chocano: *En la aldea*. E. Prado: *La ilusión americana*. Muere Gutiérrez Nájera.

B: El gobierno de la República se instala en el Palacio de Catete. Guerra de Canudos, movimiento político-religioso de Bahía, liderado por Antonio Conselheiro. Fundación de la ciudad planificada de Belo Horizonte, en Minas Geraís. Primeras exhibiciones de cine en Río de Janeiro con el omniógrafo.

Rui Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. Leopoldo Miguez: *Prometeo*. Coelho Neto: *Sertón*. S. Romero: *Machado de Assis* y *La intervención extranjera durante la revolución*. Nepomuceno: *Serie Brasileña*. Fundación de la Academia Brasileña de Letras.

AL: Muere Maceo en Cuba. Intentos de asesinar al presidente Crespo. Se oficializa división del partido conservador colombiano. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro Alem en Argentina; aprestos bélicos para la cuestión de fronteras con Chile. Errázuriz presidente.

Nervo: *Perlas negras*. Gutiérrez Nájera:

Esp.: Comienza la insurrección en Filipinas. *It.:* Paz con Abisinia. Italianos derrotados en Adua. *Rus.:* Acuerdo ruso-austríaco sobre los Balcanes. Continúa la expansión colonial: Ingleses en Sudán; franceses en Madagascar.

Fundación del *Daily Mail*. Primeros Juegos Olímpicos en Atenas. Marconi: Telegrafía sin hilos. Becquerel: Radiactividad. Inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York (Bartholdi).

Spencer: *Sociología*. M. Schwob: *Vidas imaginarias*. Kropotkin: *La anarquía*. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Chejov: *La Gaviota*. M. Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*. Proust: *Los Placeres y los días*. Puccini: *La bohemia*. Muere Verlaine.

1897

Concluye los restantes exámenes preparatorios —Inglés, Física y Química e Historia Natural—. Rinde los exámenes de ingreso a la Escuela Politécnica: Dibujo Geométrico Elemental, Algebra, Geometría, Trigonometría Rectilínea y Algebra Superior, matriculándose finalmente en el curso general de ingeniería civil. Tuvo éxito en todas las pruebas, aunque no obtuvo notas brillantes. Rinde los exámenes de las materias de primer año. Aprobado en Física, reprobado en las restantes. Largas sesiones de lectura en la Biblioteca Nacional.

"¡Ah! ¡Sería doctor! Redimiría el pecado original de mi nacimiento humilde, suavizaría el suplicio oprimente, mortificante y omnímodo de mi color..." LB.

1898

Se matricula nuevamente en el primer año de la Escuela Politécnica. Rinde exámenes de Cálculo y Geometría Descriptiva, materias que le faltaban para completar el primer año. Asiste al Apostolado Positivista para escuchar las disertaciones de Teixeira Mendes, que había iniciado un curso enciclopédico, dedicado especialmente a los "adolescentes de 14 a 21 años". Lecturas en la Biblioteca Nacional.

"Uno cualquiera de nosotros, sin ninguna cultura especial, pero que había oído al señor Teixeira Mendes y leído los folletos de tapa verde..." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
Poesías. T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra.* Paul Groussac funda *La Biblioteca.* Se suicida J. A. Silva.	
B: Atentado contra el presidente Moraes; muere el ministro de guerra mariscal Carlos Machado Bittencourt. Disturbios en Río de Janeiro por el fracaso de las expediciones militares contra Canudos. Asalto a los periódicos monárquicos. Asesinato de Gentil de Castro, propietario del *Liberdade.* Canudos es finalmente arrasado; muerte de Antonio Sonselheiro (3-X). Artur Azevedo: *La Capital Federal.* Nabuco: *Un estadista del Imperio* (-99). *AL:* Nueva proclamación de la República de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro incorpora indios a la ciudadanía ecuatoriana. Gran Bretaña somete a arbitraje su disputa con Venezuela. Auge de la explotación del caucho en el oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de A. Saravia en Uruguay. R. Jaimes Freyre: *Castalia bárbara* L. Lugones: *Las montañas del oro.* P. Groussac: *Del Plata al Niágara.* Rodó: *La vida nueva.* Blest Gana: *Durante la Reconquista.* S. Argüello: *Primeras ráfagas.*	*Esp.:* Asesinato de Cánovas por anarquistas. Gobierno de Sagasta. *Gre.:* Conflicto greco-turco por la unión de Creta a Grecia. *EE. UU.:* Mackinley, presidente. Fundación del sionismo en Basilea. Braun: Tubo de rayos catódicos. Lorentz: Teoría del electrón. Adler: Vuelo en aeroplano. Hallazgo de oro en Klondyke. Guillaume: *Investigaciones acerca del níquel y de sus aleaciones.* Ellis: *Estudios sobre psicología sexual.* Gide: *Los alimentos terrestres.* Wells: *El hombre invisible.* Ganivet: *Idearum español.* Rostand: *Cyrano de Bergerac.* Fundación de la *Sezession* vienesa; el modernismo austriaco.
B: Campos Salles, presidente, establece la llamada "política de los gobernadores". Acuerdo de los banqueros de la City de Londres para la consolidación de la deuda externa, que asciende a 47.500 millones de libras esterlinas. Santos Dumond asciende en su primer dirigible. Alfonso Arinos: *Por el sertón.* Raimundo Correia: *Poesías.* Cruz e Sousa: *Evocaciones.* Alfonso de Guimarães: *Septe-*	*Esp.:* Guerra con los EE. UU.; Paz de París, independencia de Cuba; Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam pasan a EE. UU.; anexión definitiva de Hawai. *Fr.:* Se reabre el caso Dreyfus. Surge el partido socialdemócrata en Rusia. Mueren Bismarck y Gladstone. Marie Curie-Sklodowska: descubre el radio. Koldewey: inicia excavaciones de Babilonia. Bordet: suero hemolítico.

1899

Rinde exámenes en el segundo turno. Aprobado en Geometría. Aplazado en Cálculo. Renueva su matriculación en primer año. Se inscribe en segundo como oyente. Da examen de Cálculo. Reprobado. Sigue pasando las tardes en la Biblioteca Nacional.

"En la Escuela Politécnica es de práctica, casi una norma, que todo hijo, sobrino o pariente de capitalistas o de *brasseurs d'affaires*, más o menos iniciado en la cábala crematística del Club de Ingeniería, resulte aprobado." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
nario y *Cámara ardiente*. S. Romero: *Nuevos estudios de literatura contemporánea.*	Le Bon: *Psicología de la muchedumbre*. Rosa Luxemburgo: *Reforma y Revolución*. Zola: *Yo acuso*. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. D'Annunzio: *El fuego*. Howard: *Mañana...*, teoría de la ciudad-jardín. Rodin: *Balzac*.
AL: Explosión del "Maine" en La Habana; guerra hispanoamericana. Desembarco en Puerto Rico; gobierno de J. Brooke en San Juan. Tratado de París: España renuncia a la soberanía sobre Cuba. Consejo de los Estados Unidos de Centro América en Amapala. J. A. Roca nuevamente presidente de Argentina, Andrade de Venezuela, Sanclemente de Colombia. En Nicaragua, Nueva Constitución. Zelaya presidente por segunda vez.	
Nace J. E. Gaitán. Primer automóvil en Lima; primer ascensor en Buenos Aires.	
G. Valencia: *Ritos*. Chocano: *La selva virgen*. Vargas Vila: *Flor de fango*. Valenzuela y Nervo: *Revista moderna*. Visconti: *Juventud* (premio Exposición de París - 1900).	
B: La "política de los gobernadores" organizada con partidos estaduales, controlados por los jefes del ejecutivo de cada Estado de la federación, bajo el comando del presidente de la República. Clovis Bevilacqua comisionado para elaborar el proyecto de Código Civil. Visita del presidente argentino Julio A. Roca. Creación del Instituto Butantá en Sao Paulo. Peste bubónica en Santos.	*Fra.:* E. Loubet, presidente. Convención franco-inglesa sobre el Sudán. Segundo caso Dreyfus. *Ingl.:* Guerra anglo-bóer; derrota inicial de los ingleses. *EE. UU.:* Revueltas en Filipinas. Principio norteamericano de "Puerta abierta" en China. Primera conferencia de Paz en La Haya, a instancias de Rusia, formación del Tribunal de Arbitraje. Acuerdo anglo-ruso para dividirse Chipre.
Machado de Assis: *Don Casmurro*. Taunay: *No declínio*. Nestor Víctor: *Cruz e Sousa*. Muere Almeida Jr. Nace Flávio de Carvalho.	Haeckel: Enigmas del universo. John Ruskin funda una escuela laboral en Cambridge. Fundación de la United Fruit Co. Primer empréstito norteamericano al extranjero por la Banca Morgan.
AL: Protectorado norteamericano sobre Cuba. Presidente dominicano Heureaux asesinado y jefe revolucionario Jiménez presidente. Gobierno de T. Regalado en El Salvador. Guerra civil en Colombia "los mil días"; Uribe Uribe y B. Herrera	Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Maurras: *Tres ideas políticas*. Bosanquet: *Teoría filosófica del Estado*. Tolstoi: *Resurrección*. Zola: *Fecundidad*. Rilke: *Canción de amor*. V. Guimard: diseños

1900

Da examen de Cálculo en el segundo turno. Nuevo aplazo. Viaje a Barbacena por trabajos prácticos de la cátedra de Topografía. Rinde examen de Cálculo por tercera vez, y aprueba. Se examina al mismo tiempo en las materias de segundo año. Aprueba todas, excepto Mecánica Racional. La Biblioteca Nacional continúa siendo su refugio.

"Mis diecinueve años eran sanos y bien cuidados, y mi cuerpo se tallaba normalmente. Tenía los hombros anchos y los miembros ágiles y elásticos. [...] Aun de rostro, si bien mis rasgos no eran extraordinariamente regulares, yo no era hediondo ni repugnante. Lo tenía perfectamente oval y la tez de color pronunciadamente aceitunado." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
contra el gobierno conservador. C. Castro entra en Caracas; presidente; fallo de la Comisión de Límites de París entre Venezuela y Gran Bretaña. Romaña presidente de Perú. Atacama, territorio favorable a Chile y no a Argentina. Gómez Carrillo: *Bohemia sentimental* y *Maravillas*. G. Valencia: *Anarkos*. Chocano: *La epopeya del morro*. C. Zumeta: *El continente enfermo*. M. Díaz Rodríguez: *Cuentos de color*. J. J. Tablada: *Florilegios*.	Art Nouveau para el metro de París. Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N.º 1*. R. Strauss: *Vida de un héroe*.
B: Visita del presidente Campos Salles a la Argentina. Conmemoración del cuatro centenario del descubrimiento del Brasil. Disputa con Guayana francesa por límites. Peste bubónica en Río de Janeiro. Santos Dumond gana el premio Deutch sobrevolando la torre Eiffel en globo. Tercer censo: 17.384.340 habitantes. J. Ribeiro: *Compendio de Historia del Brasil*. Cruz e Sousa: *Faroles*. Alberto de Oliveira: *Poesías completas*. Conde de Afonso Celso: *Por qué me ufano de mi país*. Silva Romero: *Ensayos de sociología y literatura*. J. Nabuco: *Mi formación*.	*It.:* Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. *Fr.:* Ley Millerand sobre duración de jornada de trabajo. Invasión de Tchad. V Congreso Internacional Socialista en París, fundación de su *bureau* permanente. *Ing.:* Fundación de la Labour Party; de la Federación General de Trade-Unions. Ocupación de Pretoria y Transvaal. *Ale.:* Unión General de Sindicatos Cristianos. Asociación Internacional para la protección legal de los obreros. Expedición internacional contra Pekín. M. Plank: Teoría de los *quanta*. Primer ditigible de Zeppelin. Wundt: *Psicología del pueblo*. Freud: *La interpretación de los sueños*. Husserl: *Investigaciones lógicas*.
AL: Francia exige con su flota indemnización dominicana. Castro presidente constitucional de Venezuela; Marroquín de Colombia por golpe de Estado. Tratado de límites argentino-chilenos por zona de los Andes. Censo uruguayo: 936.000 habitantes. Imposición de los Estados Unidos a Nicaragua y Costa Rica de los tratados Hay-Corea y Hay-Calvo, para adquirir la ruta del canal. Expulsión del Obispo de Nicaragua. P. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. García Monge: *El Moto* y *Las*	Chejov: *Tío Vania*. Conrad: *Lord Jim*. A. Gaudí: El Parque Güell. Mueren Ruskin, Nietzsche y Wilde.

1901

Rinde examen de Mecánica, en segundo turno. Reprobado. Se inscribe en segundo año pues continúa debiendo Mecánica. Se inscribe también en tercer año, como oyente. Negro, pobre, tenía que ser reprobado siempre. Lecturas en la Biblioteca Nacional.

"El alcohol no entraba en mis hábitos. En mi casa, lo bebía raramente. En aquella ocasión, sin embargo, me dieron ganas de beber, de embriagarme, estaba cansado de sentir humillaciones, quería un narcótico que hiciese descansar los nervios tensos por los continuos estremecimientos de estos últimos días." LB.

1902

Reprobado nuevamente en Mecánica. Inicia su colaboración en *A Lanterna,* periódico estudiantil. Participa en una manifestación contra el servicio militar obligatorio, abandonando la Federación Nacional de Estudiantes. Con Bastos Tigre edita un periódico que pronto desaparece, *A Quinzena Alegre.* El padre se vuelve loco y la familia tiene que dejar la chacra de la Isla del Gobernador, mudándose a una casita suburbana en el Engenho Novo. João Henriques toma una licencia de

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
hijas del campo. Vargas Vila: *Ibis.* Rodó: *Ariel.* Díaz Romero: *Arpas en el silencio.* Orrego Luco: *Un idilio nuevo.* Fundan en León la revista *El alba,* que difundirá el dariísmo poético. J. J. Tablada en el Japón.	
B: Tratado con Gran Bretaña sobre límites con la Guayana inglesa. Usina hidroeléctrica en Paraíba; industrialización intensiva en Sao Paulo. Código de la enseñanza. Machado de Assis: *Poesías completas.* Pereira Barreto: *El siglo XX bajo el punto de vista brasileño.* Comienza a circular el *Correio da Manhá* en Río de Janeiro. Coelho Neto: *Tormenta.* José Veríssimo: *Estudios de literatura brasileña,* 1.ª serie. *AL:* Constitución de Cuba, enmienda Platt y presidencia de T. Estrada Palma. Batalla de La Hacha y derrota de las fuerzas liberales y venezolanas en la guerra civil colombiana. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje por diez años. Servicio militar obligatorio en Argentina; Congreso Nacional Obrero. Depósito de guano en Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica revertidos a Chile. Gómez Carrillo: *Del amor, del dolor y del vicio.* González Prada: *Minúsculas.* Díaz Rodríguez: *Idolos rotos.* Díaz Mirón: *Lascas.* Vargas Vila: *Las rosas de la tarde.* P. E. Coll: *El castillo de Elsinor.*	*Ingl.:* Muere Victoria, le sucede Eduardo VII. *EE. UU.:* Asesinato del presidente MacKinley: Theodore Roosevelt, sucesor. Tratado Hay-Pauncefote sobre Canal de Panamá. Formación de la United State Steel Co. Paz en Pekín. Primer Premio Nobel: Röntgen de Física; Sully Proudhomme de Literatura. D. G. Brinton: *La raza americana.* Maeterlinck: *La vida de las abejas.* Th. Mann: *Los Buddenbrook.* Kipling: *Kim.* Lagerlöf: *Jerusalem.*
B: Elección del tercer presidente, Fco. de Paula Rodríguez Alves, que entrega al Barón de Río Branco la dirección de la política exterior. Reclutamiento de intelectuales blancos para la diplomacia. Dictamen de Rui Barbosa sobre el proyecto de Código Civil. Iniciación del mo-	*Ingl.:* Paz entre Inglaterra y los bóers. Alianza anglo-japonesa. *EE. UU.:* Fin de la resistencia filipina a EE. UU. EE. UU. adquiere las acciones francesas del canal de Panamá. *Rus.:* Se concluye construcción del Transiberiano. *Esp.:* Alfon-

tres meses para tratar su salud. Lima Barreto rinde otra vez examen de Mecánica. Nueva reprobación.

"Mi gran e infeliz padre..." LB.

1903

Se concede la jubilación a João Henriques. Lima Barreto es aplazado en Mecánica por quinta vez. Se matricula de nuevo en segundo año y como oyente en tercero. Se inscribe en el concurso para cubrir una vacante de escribiente en la Dirección de Recursos de la Secretaría de Guerra. Clasificado en segundo lugar, nombrado y puesto en posesión del cargo, pasa a residir en Todos los Santos, en la cima de una ladera, calle Boa Vista, núm. 76, "la casa del loco", como la llamarían los vecinos. Colabora en *O Tagarela* y *O Diabo,* periódicos humorísticos de vida efímera. Durante algunos meses, ejerce las funciones de secretario de la *Revista da Epoca* de Carlos Viana.

"Mi decálogo: 1) no ser más alumno de la Escuela Politécnica; 2) no beber nada en exceso; 3) Y..." LB.

vimiento de Plácido Castro para incorporación del territorio de Acre al Brasil.

Euclides da Cunha: *Los sertones.* Craça Arana: *Canaan.* R. Barbosa: *Réplica.* Olavo Bilac: *Poesías* (ed. definitiva). Alphonsus de Guimarães: *Kiriale.* Primer disco grabado en el Brasil por Fred Finger.

AL: Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala y Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE. UU. por reclamaciones económicas. Compañía francesa vende acciones del Canal de Panamá a EE. UU.; fin de la guerra de "los mil días". Ultimátum de Gran Bretaña y Alemania y bloqueo de puertos venezolanos; bombardeo de Puerto Cabello; Roosevelt árbitro. Doctrina Drago y ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales.

Chocano: *Poesías completas.* Vargas Vila: *Ante los bárbaros.* Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* Urbina: *Ingenuas.* D'Halmar: *Juana Lucero.* Fundación de la Universidad de La Plata.

so XIII jura la Constitución como rey de España.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación de la Carnegie Institution.

Loisy: *El Evangelio y la Iglesia.* Gide: *El inmoralista.* C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville.* Croce: *Estética.* H. James: *Las alas de la paloma.* Debussy: *Pelléas y Melisande.* Muere Emile Zola.

B: Suscriben el Tratado de Petrópolis por el cual Brasil adquiere a Bolivia parte del Territorio del Acre, con 147.000 kilómetros cuadrados. Reforma urbana con demolición del caserío colonial: el "derríbenlo" del prefecto Pereira Passos; campaña de erradicación de la fiebre amarilla bajo la dirección de Osvaldo Cruz.

Domingo Olímpio: *Luzia-Homem.* Portinari: *Cargadores de café.* Muere Víctor Meireles.

AL: Cuba cede bases a EE. UU. (Guan-

Papado: Muere Leon XIII y asciende Pío X al Pontificado. Condena de la obra de Loisy. *Fr.:* Tratado Bunau-Varilla para construir el canal de Panamá. *Ingl.:* Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el Congreso de los socialistas rusos en Londres.

Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos. Wright: vuelo en aeroplano.

Lévy-Bruhl: *Moral y ciencia de las costumbres.* E. Taylor: *Cultura primitiva*

1904

Comienza a escribir *Clara de los Angeles* (primera versión). Otros proyectos de novela de la misma época tienen igual motivación: la esclavitud. Pensó escribir una Historia de la Esclavitud Negra en el Brasil. Con todos esos planes, pretendía introducir una nueva escuela literaria, el negrismo. Sigue frecuentando la Biblioteca Nacional.

"Cinco capítulos de mi *Clara* están en el cajón; el libro tiene que salir." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
tánamo). P. J. Escalón presidente de El Salvador. Senado colombiano rehúsa ratificar tratado Hay-Herran con EE. UU. sobre el Canal; insurrección de Panamá y declaración de independencia reconocida por EE. UU., que impide envío de tropas colombianas; tratado cediendo Zona del Canal. Protocolos de pagos de Venezuela con EE. UU., México, Francia, Holanda y Bélgica; debates en el Tribunal de La Haya por las reclamaciones. En Nicaragua revolución del Lago comandada por E. Chamorro. Creciente desarrollo agropecuario en Argentina. Batlle y Ordóñez presidente del Uruguay; Revolución Nacionalista de A. Saravia y Pacto de Nico Pérez. Iluminación eléctrica en Managua. Matanza de obreros salitreros en Iquique, Chile. Darío Herrera: *Horas lejanas*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*. Bunge: *Nuestra América*. González Martínez: *Preludios*. F. Sánchez: *M'hijo el dotor*.	(1.ª ed. 1871). Gorki: *Los bajos fondos*. S. Butler: *El camino de toda carne*. Shaw: *Hombre y superhombre*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. D'Annunzio: *Laúdes del cielo*. Se constituye la Academia Goncourt. Muere Paul Gauguin.
B.: Disputas con el Perú por el Territorio del Acre. Comienzo de la construcción del puerto; apertura de la Avenida Central en Río de Janeiro. Levantamiento de la Escuela Militar. Rebelión popular "rompe-faroles" en Río de Janeiro contra la vacunación obligatoria. Extinción de la fiebre amarilla por Osvaldo Cruz. Primera sala de cine en Río de Janeiro: *París en Río*. Machado de Assis: *Esaú y Jacob*. Nepomuceno: poema sinfónico *O Garatuja*. *AL.:* Asamblea de Puerto Rico vota por la "estadidad". Revuelta del general Toledo en Guatemala con tropas venidas desde El Salvador. Presidencia de R. Reyes en Colombia. Bolivia: tratado de paz con Perú y tratado con Chile cediendo	*Jap.:* Japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y Vladivostock. *China:* Sun Yat-sen funda el Kuo Min-T'ang. *Fr.:* Ruptura entre Francia y el Papado. *Br.:* Congreso Socialista en Amsterdam. Sublevación de los bóers en Transvaal. Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (-12). London: *El lobo de mar*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Picasso se instala en el Bateau-Lavoir. Fundación de *L'Humanité*. Nace Salvador Dalí. Muere Chejov.

1905

Inicia en el *Correio da Manhá* una serie de reportajes sin la firma del autor, bajo el título "Los subterráneos del Morro del Castillo". Escribe en su *Diario íntimo*: "Perdí la esperanza de curar a mi padre. Pobre, no le disminuye la manía, que cada vez más, es una sola, no varía: va a ser detenido; la policía va a matarlo; si sale a la calle, lo degüellan. Pobre, su delirio cristalizó, tomó forma. ¡Pobre mi padre! ¡Una vida llena de trabajo, de trabajos afanosos, terminar así en ese misterioso sufrimiento que me aflige!". Trabaja en *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha.*

"Un libro desigual, mal hecho a propósito, a veces brutal, pero sincero siempre." LB.

provincias marítimas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. José Pardo presidente de Perú. Resolución del Tribunal de La Haya sobre reclamaciones europeas contra Venezuela. M. Quintana presidente de Argentina. Revolución de Aparicio Saravia en Uruguay; muerte de Saravia; tratado de paz y amnistía. Delegados de Nicaragua y Honduras se reúnen en Guatemala y designan al rey de España árbitro sobre el pleito limítrofe.

F. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub terra*. Blest Gana: *Los transplantados*. Vargas Vila: *Los divinos y los humanos*. A. Santamaría expone en Bogotá: polémica sobre impresionismo (Sanín Cano-Grillo). Nace P. Neruda.

B: Tratados con Argentina y Venezuela de demarcación de límites. Comienza la construcción de la usina hidroeléctrica de Ríberao das Lajes. Creación del cuarto Banco del Brasil. Designación del primer cardenal brasileño y sudamericano. Con la introducción de la iluminación pública eléctrica comienzan a desaparecer los faroles a gas. Paulo de Fontin: grandes obras de urbanización y modernización en Río de Janeiro.

Cruz e Sousa: *Ultimos sonetos*. João Ribeiro: *Páginas de estética*. Silvio Romero: *El alemanismo en el sur del Brasil*. Muere Pedro Américo.

AL: Aduana dominicana en manos de EE. UU. Reelección de Estrada Cabrera en Guatemala (candidato único). Estrada Palma reelecto en Cuba. Construcción del Canal de Panamá. Acuerdo venezolano de pagos con Gran Bretaña y Alemania; reclamaciones francesa y norteamericana; Castro reelecto presidente. R. Reyes dic-

Jap.: Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsu-shima. *Fr.:* Constitución de la Central obrera socialista. Ley de 9 horas. *Rus.:* "Domingo rojo" en San Petersburgo. *EE. UU.:* Segunda presidencia de Th. Roosevelt.

Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. Freud: *Teoría de la sexualidad*.

Unamuno: *Vida de don Quijote y Sancho*. Rilke: *Libro de horas*. Falla: *La vida breve*. Los *fauves* en Francia; *Die Brücke* en Alemania. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé. Rilke, secretario de Rodin, en París. Nace Jean Paul Sartre. Muere Julio Verne.

1906

Toma una licencia para tratar su salud. Debilidad general, dice el examen médico. Primer redacción de *Vida y Muerte de M. J. Gonzaga de Sá,* novela que recién publicará en 1919.

"Fue el único libro que comencé y terminé." LB.

tador en Colombia. Atentado anarquista contra el presidente argentino Quintana. Creación de Liceos departamentales en Uruguay. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera y prisión.

Othón: *Idilio salvaje*. Nervo: *Jardines interiores*. R. de las Carreras: *Psalmo a la Venus Cavalieri*. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. A. J. Echeverría: *Concherías*. Riva-Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente*. L. Lugones: *La guerra gaucha* y *Los crepúsculos del jardín*. S. Argüello: *El grito de las islas*.

B: Alfonso Augusto Penna, presidente; su lema es "poblar y sanear". Convenio de Taubaté: alianza de cafetaleros de Minas y Sao Paulo para sustentar el precio del café en el mercado mundial. Tercera Conferencia Panamericana en Río de Janeiro. Intervención federal en Goiás, Matto Grosso y Sergipe. En el campo de Bagatelle, París, Santos Dumond vuela en un aparato más pesado que el aire: el "14 bis". Primer campeonato de fútbol.

Coelho Neto: *Torbellinos*. Construcción del Palacio Monroe y teatro Municipal de acuerdo a modelos del eclecticismo europeo.

AL: Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Roosevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de "marines" y control americano sobre la isla con Ch. Magoon gobernador. Modus vivendi entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo. Personería jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depone a L. García; Constitución liberal ecuatoriana. Fi-

---

Papado: Encíclica *Vehementer nos* y condena por Pío X de Murri y Tyrell. *Fr.:* Rehabilitación de Dreyfus. *Rus.:* Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. *EE. UU.:* Terremoto en San Francisco, California.

Premio Nobel de la Paz a Th. Roosevelt. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Eijkman: sobre las vitaminas. Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplón. Reacción de Wasserman.

Westermarck: *Origen y evolución de las ideas morales*. Hobhouse: *Moral en evolución*. U. Sinclair: *La jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Pascoli: *Odas e himnos* (-13). Keyserling: *Sistema del mundo*. Bierce: *Diccionario del diablo*. Musil: *Las tribulaciones del estudiante Törless*. Alain: *Divagaciones*. Muere Paul Cézanne.

1907

Redactor de la revista semanal *Fon-Fon*, por sólo siete meses. Con un grupo de jóvenes que se declaran "discípulos de Tolstoi" y "seguidores de Kropotkin", lanza la revista *Floreal*, que publica los dos primeros capítulos de *Isaías Caminha*. La pequeña publicación despierta el interés de José Veríssimo. Lima Barreto hace una visita de agradecimiento al gran crítico la víspera de Navidad.

"La *Floreal* va mal." LB.

gueroa Alcorta presidente de Argentina; ley de amnistía; se agudizan problemas de vivienda. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo. Terremoto en Valparaíso; P. Montt presidente de Chile. Cuarta reelección de Zelaya. El rey de España dicta su laudo sobre Honduras y Nicaragua.

Vargas Vila: *Laureles rojos*. Chocano: *Alma América*. E. Payró: *El casamiento de Laucha*. Fray Mocho: *Cuentos*. Revista *Cosmos* en Nicaragua.

B: Política proteccionista para favorecer la industrialización. Plan de desarrollo ferroviario: en 1888 Brasil contaba con 9.320,9 km.; en el período 1908-1914 llegará a los 26.062,3 km. de vías férreas. Rui Barbosa defiende el derecho a la igualdad soberana de las naciones como delegado del Brasil en la Conferencia de Paz en La Haya. Inicia obras telegráficas la Comisión Rondón, ligando Río de Janeiro con Matto Grosso, Acre y Amazonas; publica obras de investigación geológica y etnológica. El general Cándido Rondón consigue apoyo del gobierno en su proyecto de recuperación de los sertones. Von Ihering, director del Museo Paulista, recomienda el exterminio de indios; indignación entre los intelectuales positivistas y cientistas.

Oliveira Lima: *Pan-americanismo*. Euclides da Cunha: *Contrastes y confrontaciones*. S. Romero: *El Brasil social*. Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial*.

AL: Conferencia Centroamericana en Washington; tratado de paz y amistad; Corte de Justicia; Instituto Pedagógico, Oficina Internacional. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía polí-

Papado: Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. *Hol.:* Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia. La triple Entente. Gustavo V, rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell.

Willstatter: estudios sobre la clorofila.

Lumière: fotografía en colores. Gral. Baden-Powell funda los *boys-scouts*. E. Cohl inventa el dibujo animado.

Bergson: *La evolución creadora*. W. H. R. Rivers: *The Todas*. Gorki: *La madre*. W. James: *Pragmatismo*. George: *El séptimo anillo*. Yeats: *Deirdre*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matyinski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni*. Nace Alberto Moravia. Muere Sully Prudhomme.

1908

Muere *Floreal,* después del cuarto número. Retoques finales a *Isaías Caminha.* "Tengo un libro (300 páginas manuscritas), del que me falta escribir dos o tres capítulos. No tengo ánimos para terminarlo."

"Llueve... Voy hacia la mecedora. Voy a fumar y soñar." LB.

tica y suspensión de ley marcial. Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Tratado de amistad entre Perú y Chile, el primero desde la Guerra del Pacífico. Jornada de 8 horas para menores y mujeres en Argentina; datos oficiales: 231 huelgas en el año. Abolición de la pena de muerte en Uruguay. Guerra entre Nicaragua y Honduras. El ejército nicaragüense entra hasta la capital hondureña. Batalla de Namasigüe.

F. García Calderón: *Le Pérou contémporain.* R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro.* Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo.* M. Ugarte: *Vendimias juveniles.* D. Agustini: *El libro blanco.* B. Lillo: *Sub sole.* M. Azuela: *María Luisa.* Revista *Nosotros* en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos.* Lima: revista *Contemporánea.* Revistas *Alma joven, Germinal* y *Albores* en Managua. Nace Manolo Cuadra.

B: La escuadra norteamericana realiza maniobras en la bahía de Guanabara. Exposición internacional conmemorativa del cuarto centenario de la apertura de los puertos. Fundación de la Asociación Brasileña de Prensa. Comienzo de la inmigración japonesa. El conde Lasdain realiza la primera excursión en automóvil entre Río de Janeiro y Sao Paulo, cumpliendo el recorrido de 400 km. en veintiséis días.

Vicente de Carvalho: *Poemas y canciones.* João do Rio: *El momento literario.* Hermes Fontes: *Apoteosis.* Machado de Assis: *Memorial de Aires.* Muere este mismo año.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, *Bél.:* Anexión del Congo. *Grec.:* Creta se une a Grecia. *Aus.:* Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. *Turc.:* Levantamiento de los jóvenes turcos en Salónica. *Port.:* Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. *Ingl.:* Jornada de 8 horas en minas británicas.

Blériot atraviesa la Mancha en avión. W. MacDougall: *Introducción a la psicología social.*

Wasserman: *Gaspar Hauser.* Chesterton: *El hombre que fue jueves.* Sorel: *Reflexiones sobre la violencia.* Pound: *A lume spento.* Romains: *La vida unánime.* Khlebnikov: *Poesías.* Larbaud: *Las poesías de A. O. Barnabooth* (-23). Fundación del periódico *Acción Francesa* en

1909

Su amigo Antônio Noronha Santos se va a Europa llevando los originales de *Isaías Caminha,* que son entregados al editor A. M. Teixeira en Lisboa. En diciembre, el libro se pone a la venta en Río de Janeiro. Con Santos, que regresó de Europa, publica un panfleto contra la candidatura del Mariscal Hermes da Fonseca a la Presidencia de la República. Se llama *El Tragón,* "semanario de los bastidores de la política, de las artes y... de las candidaturas".

"¿Soberanía? ¿Bachillerismo? ¡Nada! Terminemos con esa pedantocracia bachilleresca..." LB.

A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. Leguía presidente constitucional del Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Castro anula concesiones americanas; conflicto con Holanda y bloqueo holandés; Gómez se proclama presidente de Venezuela. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera; Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Escuadra de guerra norteamericana frente a Nicaragua. Emigración salvadoreña, guatemalteca y hondureña a Nicaragua.

González Prada: *Horas de lucha*. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*. A. de Estrada: *El huerto armonioso*. G. de Laferrère: *Las de Barranco*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Orrego Luco: *Casa grande*. L. Argüello: *Claros de alma*. Revistas *Esfinge* y *La Patria de Darío*. Primeros films argentinos.

París (Maurras, L. Dauder, Bainville, Bourget). El cine descubre California: nacimiento de Hollywood. Nace Simone de Beauvoir.

B: Muerte del presidente Alfonso Pena. Asume el vice Nilo Peçanha. Presenta su candidatura para la sucesión el ministro de guerra, mariscal Hermes Rodrigues da Fonseca; en la oposición, Rui Barbosa inicia la campaña civilista. Asesinato de Euclides da Cunha. Inauguración del Teatro Municipal de Río de Janeiro. Carlos Chagas identifica la enfermedad parasitaria que lleva su nombre. Fundación del Automóvil Club.

Oliveira Lima: *D. Juan VI en el Brasil*. Euclides da Cunha: *Al margen de la historia*. Alberto Torres: *Vers la paix*. Romero: *Provocaciones y debates*.

AL: Retiro de tropas americanas de Cuba. Colombia reconoce la soberanía de Panamá en tratado Root-Cortez con EE. UU. Conflictos laborales encabezados por anar-

EE. UU.: Taft presidente. *Esp.:* Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austríaco a Servia. Mohamed V, sultán de Turquía.

Peary en el Polo Norte. Ford fabrica tractores. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*.

Marinetti: *Manifiesto futurista*. Stein: *Tres vidas*. F. L. Wright: Robie House (Chicago). Braque: *Cabeza de mujer*. Ballets rusos de Diaghilev en París. Fundación de *La Nouvelle Revue Française* (Copeau, Gide, Claudel y Schlumberger). Freud y Jung en EE. UU.

1910

Repercusiones negativas de su primer libro. Carta de José Veríssimo: "Su amargura, legítima, sincera, respetable, rezuma por demás de su libro, habiéndole faltado el arte para esconderla cuando tal vez el arte lo exigía. Y sería más sublime no mostrarla tanto". Golpeaba sobre la misma tecla que otros articulistas. Novela *à clef* en la que aparecía claramente el ambiente de la redacción del *Correio da Manhã*, este diario promovió la conspiración del silencio, que contó con la solidaridad de otros órganos de prensa. Participa del primer *jury* de la "Primavera sangrienta", que condenó a los acusados. Notas para *Policarpo Quaresma* y primer esbozo de la novela. Escribe el cuento "La Nueva California".

"Formé parte del *jury* de un tal Wanderley, alférez, y lo condené. Me pusieron en el índex." LB.

quistas en Argentina y asesinato del general Falcón. Uruguay y Brasil modifican fronteras. Supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas uruguayas. Construcción del ferrocarril Arica-La Paz. Chile compra barcos de guerra a Inglaterra. En Nicaragua, fusilamiento de los mercenarios norteamericanos Cannon y Groce. El ministro norteamericano de asuntos exteriores Knox envía al gobierno de Nicaragua la nota más atentatoria contra su soberanía. Zelaya deja la presidencia.

A. Arguedas: *Pueblo enfermo.* Blest Gana: *El loco Estero.* Rodó: *Motivos de Proteo.* Lugones: *Lunario sentimental.* Arvelo Larriva: *Sones y canciones.* González Martínez: *Silenter.* Reyes, Caso, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Torri: Ateneo de la Juventud (-14) en México. Revistas *Pliegos Fernandinos* y *La Torre de Marfil,* de Nicaragua.

B: Derrota de Rui Barbosa. Elección de Hermes da Fonseca. Represiones policiales a manifestaciones estudiantiles que causan la muerte de dos estudiantes, llamada "La primavera sangrienta". Sublevación de marineros; Rui Barbosa denuncia en el Senado las atrocidades practicadas por el gobierno contra los insurrectos y fusilamiento de marineros a bordo del "Satélite".

Ribeiro: *El folklore.* J. P. Calógeras: *La política monetaria del Brasil. Amor y Paz,* film de Alberto Moreira.

AL: Nueva reelección de Estrada Cabrera en Guatemala. Colombia concede la educación superior a los jesuitas. Sáenz Peña presidente de Argentina; festejos del Centenario en Buenos Aires. Ferrocarril trasandino Valparaíso-Mendoza. Sus-

Jap.: Japón anexión de Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. *Ingl.:* George V asciende al trono, a la muerte de Eduardo VII de Inglaterra. *Gre.:* Venizelos presido el Consejo de Creta. *Port.:* Caída de la monarquía en Portugal. *Fr.:* Huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez.

Santayana: *Tres poetas filósofos.* Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge.* Russell-Whitehead: *Principia Mathematica.* Tagore: *Gitanjali.* Claudel: *Cinco grandes odas.* Rostand: *Chantecler.* Mack Sennet: *The slapstick comedy.* Stravinski: *El pájaro de fuego.* Mueren Tolstoi, Mark Twain y Robert Koch.

1911

Aparece en folletín en el *Jornal do Comércio* (edición vespertina), la novela *El triste fin de Policarpo Quaresma.* Participa del movimiento para la creación de la Academia de los Nuevos. Escribe el cuento "El hombre que sabía javanés". Es el año en que comienza la transformación de Lima Barreto, volviéndose más intensa su colaboración en los periódicos. Apretos financieros. Se acentúa el alcoholismo.

"...lleno de deudas, sin saber cómo pagarlas, J. M. me aconsejó que escribiera un libro y lo llevara a publicar en el *Jornal do Comércio.*" LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
pensión de relaciones chileno-peruanas por expulsión de sacerdotes peruanos de Tacna y Arica. Conferencia Panamericana en Buenos Aires. Madríz presidente de Nicaragua. La revolución de la Costa Atlántica triunfa: cae Madriz y Juan José Estrada asume la presidencia. Intervención de los Estados Unidos ("pactos Dawson") con el pretexto de "prevenir el bombardeo de Bluefields y de proteger la vida y bienes de los norteamericanos".	
H. Henríquez Ureña: *Horas de estudio.* C. Torres: *Idola fori.* R. Barrett: *Lo que son los yerbales.* M. Ugarte: *El porvenir de América Latina.* Gerchunoff: *Los gauchos judíos.* Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra.* Urbina: *Puestas de sol.* Antología *Parnaso chileno.* Lugones: *Odas seculares.* C. Vaz Ferreira: *Lógica viva.* Magallanes Moure: *La jornada.* Rodin: *Sarmiento.* Muere Herrera y Reissig.	
B: Batista de Lacerda: tesis antirracista sobre mestizos. Edu Chaves intenta volar, sin éxito, de Sao Paulo a Río de Janeiro. Comienza a circular el diario *A Noite.*	*EE. UU.:* Taft disuelve la Standard Oil y la Tobbaco Co. *China:* Sun Yat-sen proclama la República de Nankín. *It.:* Guerra italo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. *Ingl.:* Seguros sociales.
Alcide Maia: *Tapera.* Afranio Peixoto: *La esfinge.* Felipe de Oliveira: *Vida extinta.* João do Rio: *Vida vertiginosa.*	Amundsen en el Polo Sur. Paso del cometa Halley. Rutherford: teoría atómica nuclear.
AL: P. Díaz sale de México; Madero presidente; Zapata presenta Plan Ayala. Colombia invade Perú y ocupa Dedrera. Segunda presidencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay: amplia legislación social y laboral. Continúa carrera armamentista chilena.	J. G. Frazer: *La rama dorada* (1.ª ed., 1890). D. H. Lawrence: *El pavo real blanco.* Mansfield: *Una pensión alemana.* Jarry: *Ubu encadenado.* Saint-John Perse: *Elogios.* Kandinski y Klee fundan *El jinete azul.* Duchamp: *Desnudo bajando una escalera N.º 1.*
González Martínez: *Los senderos ocultos.* Reyes: *Cuestiones estéticas.* Eguren: *Simbólicas.* Barrett: *El dolor paraguayo.* Banchs: *La urna.* Revista *Atlántida.*	

1912

Licencia para tratar su salud. Dictamen médico: reumatismo poliarticular, hipercinesis cardíaca. Aparecen, sin firma, dos libritos de literatura maliciosa: *El Chamismo o el querido de las mujeres* y *¡Entra señorr!* Publica los dos fascículos conocidos de *Aventuras del Dr. Bogóloff*. Son expedientes a los que recurre para librarse de las dificultades económicas.

"Me visto muy mal, lamentablemente mal, casi como un mendigo..." LB.

1913

Se muda a la calle Major Mascarenhas, núm. 42, en Todos los Santos, siempre acompañado por su padre enfermo.

"...mi modesta residencia, a la cual, para irritar a Copacabana, denominé Villa Quilombo..." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
B: Muerte de Rio Branco, sustituido en Itamaraty por Lauro Muller. Comienza la rebelión del Contestado en el sertón, región limítrofe entre Paraná y Santa Catarina, con motivo de la construcción del ferrocarril Sao Paulo-Río Grande do Sul. Muere el vizconde de Ouro Preto. Augusto dos Anjos: *Yo.* Simoes Lopes: *Cuentos gauchescos.* *AL:* Insurrección negra en Cuba, desembarco de "marines", general Menocal presidente. Desembarco de "marines" en Honduras. Informe del cónsul Casement sobre explotación de indios en Putumayo; reacción papal y arresto del director de la British Rubber Co. Conflicto argentino-paraguayo. Monopolio estatal sobre Bancos y electricidad, en Uruguay. Ferrocarril Santiago-Puerto Montt. EE. UU. interviene militarmente en Nicaragua con ocupación permanente y administración de las aduanas, el ferrocarril y la banca hasta 1925. Hnos. García Calderón: *Revista de América* en París. F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique.* Lugones: *El libro fiel.* Pezoa Véliz: *Alma chilena.* A. Ortiz: *El parnaso nicaragüense.* Nace P. A. Cuadra.	Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos servios, búlgaros y griegos. *Fr.:* Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Trabajo en cadena de las fábricas Ford. Se hunde el "Titanic" en viaje inaugural. Hopkins: las vitaminas. E. Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa.* C. Jung: *Transformación y símbolo de la libido.* Claudel: *La anunciación a María.* A. France: *Los dioses tienen sed.* Shaw: *Pigmalión.* R. Luxemburgo: *La acumulación de capital.* Papini: *Un hombre acabado.* A. Machado: *Campos de Castilla.* Valle Inclán: *Voces de gesta.* Ravel: *Dafnis y Cloé.* Schoënberg: *Pierrot lunaire.* Muere Menéndez y Pelayo.
B: El senador Pinheiro Machado de Rio Grande do Sul intenta articular su candidatura para la presidencia de la república, pero encuentra la resistencia de los políticos de Sao Paulo y Minas Gerais; éstos firman el Pacto de Ouro Preto o acuerdo "café con leche", garantizando la rotación de los dos grandes estados en la jefatura del poder central. Crisis en el comercio exterior. Salvador de Mendoça: *La situación internacional del Brasil.* Alberto de Torres:	*Tur.:* Reinicia hostilidades. Nueva guerra balcánica. *Fr.:* Poincaré presidente. *EE. UU.:* Wilson presidente. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas. *Ingl.:* Zanzíbar incorporado al Africa oriental inglesa. Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis rayos X. Freud: *Totem y tabú.* Husserl: *Filosofía fenomenológica de la vida.* Proust: *En busca del tiempo perdido*

1914

Comienza a escribir diariamente una crónica en el *Correio da Noite*. Participa del movimiento para la fundación de la Sociedad de los Hombres de Letras. Primera estancia en el Hospicio Nacional de Alienados. Dictamen médico: alcoholismo. Permiso para tratar su salud. Dictamen médico: neurastenia.

"En fin, mi situación es completamente desesperante, pero no me mato." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
El problema mundial. Antonio Salves: *Aves de paso.* Ronald de Carvalho: *Luz gloriosa.* Menotti del Picchia: *Poemas del vicio y la virtud.* *AL:* "Trágicos diez días" de Huerta; asesinato de Madero y Suárez; acciones de Carranza, Villa, Obregón; Wilson pide renuncia de Huerta. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para exportación petrolera. Ley de naturalización en Venezuela. Ferrocarril Arica-La Paz. Argentina recibe en el año 364.878 inmigrantes. D. Agustini: *Los cálices vacíos.* Rodó: *El Mirador de Próspero.* J. Ingenieros: *El hombre mediocre.* Carriego: *El alma del suburbio.* Gallegos: *Los aventureros.* En México. *La Adelita, La cucaracha*; en Argentina, *El apache argentino,* de Arósteguí. J. Torres García: *La Cataluña eterna.*	(-27). Apollinaire: *Alcoholes* y *Los pintores cubistas.* Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida.* Stravinski: *La consagración de la primavera.* Malevich: *Manifiesto del Suprematismo.* Primera gran exposición de arte moderno: *Armory Show* de Nueva York. Nace Albert Camus.
B: Elección de Wenceslau Brás, de Minas Gerais, como presidente de la república. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se organiza la Liga por los Aliados. Festejan el segundo *Funding-loan,* subiendo la deuda externa a 162.000 libras esterlinas. E. de Lima e Silva Hoerhen pacifica a los indios Koklén̈g, en Santa Catarina, que estaban en guerra contra los colonos alemanes. Alberto Torres: *La organización nacional* y *El problema nacional brasileño.* Gilberto Amado: *La llave de Salomón.* Coelho Neto: *Rey negro.* Mario Pederneiras: *Otoño.* Jorge de Lima: *XIV alejandrinos.* *AL.:* Los "marines" en Veracruz; conferencia mediadora en Niágara Falls; renuncia Huerta, Carranza presidente; Zapata y Villa contra Carranza; Conferencia Aguascalientes. Explotación comercial del pe-	Primera guerra mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Austria, Hungría, Alemania y Turquía. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia; Inglaterra a Alemania. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne. *Fr.:* Asesinato de Jaurés. *Papado:* Muerte de Pío X. Benito XV Papa. *EE. UU.:* Ley anti-trusts. Kafka: *En la colonia penitenciaria.* J. Ramón Jiménez: *Platero y yo.* Joyce: *Dublineses.* Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote.* Dreiser: *El titán.* Chaplin: *Carlitos periodista.* W. C. Handy: *St. Louis Blues.*

1915

Publicación en folletín en el diario *A Noite* de la novela *Numa y la Ninfa*. Inicia la primera etapa de su larga colaboración con el semanario ilustrado *Careta*. Deudas. Borracheras.

"Tomé un préstamo en el Montepío en marzo de 1915." "Banco, depósito comenzado el 1.° de enero de 1916." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
tróleo en Venezuela (El Zumaque I.). Desembarcan "marines" en Port-au-Prince. Tratado Thompson-Urrutia: Colombia reconoce independencia de Panamá. Apertura del canal de Panamá. Censo argentino da para la capital 1.575.813 habitantes. Grave crisis financiera en Chile. Se suscribe el tratado canalero Bryan-Chamorro; Nicaragua cede a perpetuidad derechos de construcción por cualquier punto de su territorio. G. Mistral: *Los sonetos de la muerte.* Huidobro: Manifiesto *Non serviam.* Vargas Vila: *La muerte del cóndor.* Ayón: *Escritos varios.* Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo.* M. Gálvez: *La maestra normal.* M. Ponce: *Estrellita.* Nace O. Paz. Muere D. Agustini.	
B: Asesinato de Pinheiro Machado. Fortalecimiento de la alianza mineiro-paulista. Conferencia de Olavo Bilac en Sao Paulo sobre "La defensa Nacional". Sublevación de los sargentos en Río de Janeiro. Buque brasileño hundido por submarino alemán. Tratado ABC con Chile y Argentina, de arbitraje obligatorio. Cassiano Ricardo: *Dentro de la noche.* Gilka Machado: *Cristales partidos.* Amaro Juvenal: *Antonio Chimango.* *AL:* Asesinato en Haití del presidente Zamor y G. Sam; desembarco de "marines" al mando del almirante Caperton; elección de Dartiguenave y protectorado sobre Haití. Desembarco de "marines" en Santo Domingo, derrota de rebeldes y muerte de Maximito Cabral. Códigos Penal y de Procedimiento en Venezuela bajo Gómez. Jornada de 8 horas en Uruguay. E. Barrios: *El niño que enloqueció de*	Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso. Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. Kafka: *La metamorfosis.* Maiakowski: *La nube en pantalones.* Wölfflin: *Principios fundamentales de la historia del arte.* Trakl: *Sebastián en el sueño.* A. Lowell: *Seis poetas franceses.* Falla: *El amor brujo.* Griffith: *El nacimiento de una nación. Revista Orfeo* en Portugal.

1916

Recurriendo a un nuevo préstamo, "tomando dinero de aquí y de allá", paga de su bolsillo la edición de *El triste fin de Policarpo Quaresma.* Gran suceso de crítica. Obtiene un permiso para tratar su salud. Dictamen médico: neurastenia, con anemia pronunciada. Va a recuperarse a Ouro Fino, Minas Gerais, invitado por un amigo. Comienza a colaborar en el semanario político *ABC.*

"Los diarios que no informaron de la aparición de mi segundo libro fueron el *Correio da Manhã* y *A Tribuna.* En el *Correio,* estoy excomulgado y es justo. En *A. Tribuna,* no sé por qué." LB.

1917

Es internado, enfermo, en el Hospital Central del Ejército. Entrega al editor Jacinto Ribeiro dos Santos los originales de *Los Bruzundangas,* que sólo aparecerán en volumen en 1922, un mes después de la muerte

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
amor. Blanco Fombona: *El hombre de oro.* J. Gálvez: *Posibilidad de una literatura genuinamente nacional.* Matos Rodríguez: *La cumparsita.*	
B: Ley 3.017 que sanciona el Código Civil. Como delegado del Brasil a los festejos conmemorativos del centenario de la independencia argentina, Rui Barbosa pronuncia en Buenos Aires la conferencia "El deber de los neutrales", como un desafío a la posición equidistante en el conflicto que estaba llevando entonces el gobierno brasileño. Liga de Defensa Nacional. Comienza la campaña sanitaria. E. Roque Pinto: *Rondonia.* Veríssimo: *Historia de la literatura brasileña.* Adelino Magalhaes: *Casos e impresiones. Revista de Brasil* en Sao Paulo, de propaganda nacionalista y difusión de nuevos escritores (Monteiro Lobato y Gilberto Freire). *AL:* Ocupación norteamericana de Santo Domingo. Menocal reelecto en Cuba. Construcción de carreteras en Venezuela. Jornada de 8 horas en Ecuador. H. Yrigoyen presidente de Argentina. Huidobro: *Adán* y *El espejo de agua.* Gómez Carrillo: *Campos de batallas y campos de ruinas.* López Velarde: *La sangre devota.* Azuela: *Los de abajo.* M. Brull: *La casa del silencio.* Urbaneja Achelpohl: *En este país.* Lynch: *Los caranchos de la Florida.* Lugones: *El Payador.* Güiraldes: *El cencerro de cristal.* Eguren: *La canción de las figuras.* Revistas: *Carátulas* y *Castalia* en Nicaragua.	Batalla de Verdun y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda Conferencia Socialista Internacional. *Fr.:* Congreso Socialista Francés. *Ale.:* Formación del Spartakusbund. *Rus.:* Asesinato de Rasputín. *EE. UU.:* Reelección de Wilson. Dewey: *Democracia y educación.* Lenin: *El imperialismo estado superior del capitalismo.* Freud: *Introducción al psicoanálisis.* Joyce: *Retrato del artista adolescente.* Saussure: *Curso de lingüística general* (póstumo). Barbusse: *El fuego* (premio Goncourt). Movimiento Dada en Zurich.
B.: Movimientos huelguísticos en Sao Paulo, de mayo a octubre. Exonerado Lauro Muller, descendiente de alemanes y sos-	*EE. UU.:* Declaración de guerra a Alemania. *Ingl.:* Declaración Balfour sobre el sionismo. *Rus.* Abdicación de Nico-

del escritor. En carta a Rui Barbosa, presidente de la Academia Brasileña de Letras, se declara candidato a la vacante existente por la muerte de Sousa Bandeira. La postulación no fue considerada. Aparición de la segunda edición de *Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha,* edición costeada por el propio autor, a costa de onerosos préstamos. Aparece *Numa y la Ninfa,* edición de *A Noite* para la cual se aprovecha el plomo de la composición para el diario.

"La literatura o me mata o me da lo que le pido." LB.

1918

Entrega al editor *Bagatelas,* artículos periodísticos. Recién se publicará en 1923. Comienza a publicar en el vespertino *Lanterna* una serie de crónicas bajo el seudónimo de Dr. Bogóloff. Artículo "La escribiente" criticando la designación de la primera mujer en la administración pública. Lanza en el *ABC* su manifiesto maximalista, que finaliza con el grito de guerra: "¡Ave Rusia!". En un artículo publicado en el semanario *Brás Cubas,* manifiesta su simpatía por la Revolución Rusa y su deseo de ver un movimiento semejante en el Brasil. Pide su jubilación en el Ministerio de Guerra. Se somete a la primera junta médica. Dictamen: inválido para el servicio público, por sufrir de epilepsia tóxica. Licencia para tratar su salud, vuelve a ser internado en el Hospital Central del Ejército, esta vez con la clavícula fracturada. Desde la enfermería, remite a Monteiro Lobato los originales de *Vida y Muerte de M. J. Gonzaga de Sá* y escribe el artículo "Desde mi celda", de apoyo al movimiento huelguístico. Decreto del Presidente de la República jubilando al escritor.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
pechoso de "bochismo". Nilo Peçanha asume el Ministerio de Relaciones Exteriores. Hundimiento del buque "Paraná" por submarino alemán. El Brasil declara la guerra a Alemania. Fin de la lucha de Contentado. Segunda valorización del café.	lás II. Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado: la Revolución Rusa. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia. Nacen John Kennedy e Indira Gandhi.
Manuel Bandeira: *La ceniza de las horas.* Menotti del Picchia: *Juca mulato.* Mario Sobral: *Hay una gota de sangre en cada poema.* Cassiano Ricardo: *Evangelio de Ban.* Olegario Mariano: *Agua corriente.* Polémica en Sao Paulo por la exposición de A. Malfatti.	Lenin: *El estado y la revolución.*
AL: Revolución de Gómez en Cuba y desembarco de "marines". Ley Jones: Puerto Rico territorio norteamericano. Tratado de EE. UU. con Haití extendido hasta 1936. Uruguay rompe relaciones con Alemania.	A. Machado: *Poesías completas.* Valéry: *La joven Parca.* Ramuz: *La gran primavera.* Hamsun: *Los frutos de la tierra.* Satie: *Parade.* A. Berg: *Wozzeck* (-22). Mary Pickford: *Pobre niña rica.* Original Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step* (primer disco de jazz). Mondrian: *De Stijl.* Creación del premio Pulitzer.
R. Rojas: *La literatura argentina.* E. Barrios: *Un perdido.* Reyes: *Visión de Anáhuac.* J. Torri: *Ensayos y poemas.* Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte.* Triunfo del "son" en Cuba. Pascual Contursi. *Mi noche triste.*	
B: Nuevo brote huelguístico en Río de Janeiro y Sao Paulo. Helada en Sao Paulo que destruye los cafetales. Epidemia de gripe española. Son elegidos Rodrigues Alves (paulista) y Delfim Moreira (mineiro) para la presidencia y la vicepresidencia de la República. Liga Nacionalista en Sao Paulo. Aumento del costo de la vida. Nuevas obras de "mejora" en Río de Janeiro. Primera designación de una mujer en la administración pública.	Fin de la Primera Guerra Mundial. Retirada de los alemanes en la posición Hindenburg. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los aliados y los soviets. Italia y Austria se reparten Yugoeslavia. Guerra de liberación de la ocupación rusa y alemana por parte de los países bálticos. *Rus.:* Lenin establece el gobierno en Moscú. Asesinato de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. Creación de la Tcheka. *Ingl.:* Derecho de voto a las mujeres.
Monteiro Lobato: *Urupés.* Adelino Magalhaes: *Visiones, cenas y perfiles.*	Premio Nobel de Física a Plank.
AL: Colombia elige presidente a Marco	Spengler: *La decadencia de Occidente.*

"Durante los quince a dieciséis años en que mantuve las conveniencias de mi situación burocrática, reprimí a mucho costo mi indignación y hubo inclusive momentos en que explotó de una u otra manera." LB.

1919

Obtiene el alta del Hospital, con la indicación: "alcoholismo crónico". Suspende su colaboración en el *ABC* por el hecho de haberse publicado en ese periódico un artículo contra la raza negra. Se pone en venta la primera edición de *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá.* Candidato a la Academia, obtiene un solo voto (atribuido a João Ribeiro). En el semanario *Hoje* publica una serie de crónicas de folklore urbano tituladas "Las amarguras y sueños del pueblo". Propone la fundación de la Liga contra el fútbol. Inicia la segunda etapa de su colaboración con *Careta,* sólo interrumpida con su muerte. Segunda permanencia en el Hospicio. Del dictamen médico: "Es un individuo precozmente envejecido, de mirar mortecino, rostro de bebedor, normalmente nutrido".

"Nunca fui sinceramente candidato. [...] Sé perfectamente que no sirvo para la Academia y que la reputación de mi vida urbana y suburbana no se aviene con su respetabilidad." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
Fidel Suárez, frente a Guillermo Valencia, ambos conservadores. Guatemala es nuevamente destruida por un terremoto.	Kautsky: *La dictadura del proletariado.* R. Luxemburgo: *Programa de la Liga Espartaco.*
Ley de propiedad estatal sobre depósitos minerales en El Salvador. Argentina, gran exportador de carne en el mundo. Primera exportación petrolera venezolana. Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera. Nueva Constitución en Uruguay. Estalla el Movimiento de la Reforma Universitaria en Córdoba.	Gómez de la Serna: *Pombo.* Apollinaire: *Caligramas.* Ozenfat y Le Corbusier: *Después del cubismo.* Modigliani: *Retrato de mujer.*
C. Vallejo: *Los heraldos negros.* Huidobro: *Poemas árticos* y *Ecuatorial.* Hudson: *Allá lejos y hace tiempo.* R. Miró: *Segundos preludios.* S. de la Selva: *Tropical town and other poems.* Pocaterra: *Tierra del sol amada.* A. Storni: *El dulce daño.* F. García Godoy: *Americanismo literario.* Azuela: *Tribulaciones de una familia decente.* B. Lynch: *Raquela.* J. Ingenieros: *Evolución de las ideas argentinas.* Aparece el *Mercurio Peruano.* Nacen Rulfo y Arreola. Muere Manuel González Prada.	
B: Elección de Rodrigues Alves y Delfim Moreira. Con la muerte del presidente electo, se plantea la candidatura del senador Epitácio Pessoa, en misión en el extranjero como presidente de la delegación brasileña a la Conferencia de Paz. Rui Barbosa, candidato por segunda vez, es derrotado nuevamente. El nuevo presidente elige, por primera vez en la República, ministros civiles para las carteras militares. Brasil campeón sudamerimano de fútbol. Comienza a circular *O Jornal,* en Río de Janeiro.	Saldo de la Primera Guerra Mundial: 10 millones de muertos. Desintegración del imperio austro-húngaro por el tratado de Saint-Germain en Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita colonias a Alemania. Se crea la "Sociedad de Naciones". *Rus.:* Fundación de la III Internacional Comunista en Moscú. *It.:* Aparición de los "fascios". *Ale.:* Proclamación de la República de Baviera. Rosa Luxemburgo, Liebkneck y otros militantes, asesinados. *India:* Entrada de Gandhi en la lucha por la independencia. Frustrada revolución en Egipto.
Olavo Bilac: *Tarde.* Manuel Bandeira: *Carnaval.* Monteiro Lobato: *Ciudades muertas.* Raul de Leoni: *Oda a un poe-*	Ganivet: *Epistolario.* Gide: *Sinfonía pastoral.* Jakobson: *La nueva poesía rusa.*

1920

Historias y sueños en librerías. Entrega al editor Francisco Schettino los originales de *Marginalia,* que en parte se extraviaron. Retapado de *Numa y la Ninfa* con el subtítulo de "novela de escándalos políticos". Artículo "Nuestro feminismo". Promovido por el propio editor, que tanto afecto le tomara, Lima Barreto recibe el único homenaje de su vida: un almuerzo en el Hotel Novo Democrata. El autor de todo fue Chico Schettino, "esa extraordinaria criatura que es sólo generosidad y ternura".

"Los discursos fueron muchos y simultáneos. El homenajeado fue el que estuvo mudo como un pez." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
ta muerto. Guilherme de Almeida: *Messidor.* Cecília Meireles: *Espectros.* Jackson de Figueiredo: *La cuestión social en Farias Brito.* Hilário Tácito: *Madame Pommery.* Ronald de Carvalho: *Pequeña Historia de la literatura brasileña.*	Ungaretti: *La alegría.* Hesse: *Demian.* Pound: *Cantos* (-57). Gropius crea la *Bauhaus.* Primer periódico tabloide en EE. UU.
AL: En el Perú, Leguía encabeza una revolución contra Prado (4-VII); el Congreso lo aprueba como Presidente Constitucional (12-X); inicio del "Oncenio". Se disuelve la Corte internacional Centroamericana de justicia. En Haití se subleva Charlemagne Perlate. EE. UU. embarga armas para México; Asesinato de Zapata en México. Gutiérrez derrocado en Bolivia. Snowden gobernador militar en Santo Domingo. Huelga portuaria en Argentina, ley marcial y represión. A. Arguedas: *Raza de bronce.* Luis Alberto Sánchez: *Los poetas de la Revolución.* López Portillo y Rojas: *Fuertes y débiles.* M. Gálvez: *Nacha Regules.* H. Quiroga: *Cuentos de la selva.* A. Storni: *Irremediablemente.* J. de Ibarbourou: *Las lenguas de diamante.* R. López Velarde: *Zozobra.* Mueren A. Nervo y Ricardo Palma.	
B: Revocación de la expulsión de la familia imperial. Visita del rey de Bélgica, Alberto I. Creación de la Universidad de Río de Janeiro. Movimiento "patrianovista" como reacción contra el anarquismo. Intensificación del feminismo; Legión de Emancipación de la Mujer. Cuarto Censo nacional: 30.635.605 habitantes. Oliveira Viana: *Poblaciones meridionales del Brasil.* Monteiro Lobato: *Negrita.* Valdomiro Silveira: *Los caboclos.* Amadeu Amaral: *Dialecto caipira.* Antonio Torres: *Verdades indiscretas.*	Disolución del Imperio Turco. Comienza a sesionar la "Sociedad de Naciones". *Ale.:* Se funda el Partido Obrero Nacionalsocialista (nazi). *EE. UU.:* Ley Seca. Huelgas en Francia e Italia. *Rus.:* II Congreso de la III Internacional en Leningrado y Moscú: se adoptan los 21 puntos de Lenin. *Irl.:* "Domingo de sangre" en Dublín. F. Jackson Turner: *La frontera en la historia americana.* Trotski: *Terrorismo y comunismo.*
AL: Asesinato de Carranza en México.	Sh. Anderson: *Pobre blanco.* S. Lewis: *Main Street.* O'Neill: *Emperador Jones.*

1921

Se publica en la revista *Souza Cruz* un fragmento de la novela *El Cementerio de los vivos*. Viaja a Mirassol invitado por el médico y escritor Ranulfo Prata. Aparece *Gonzaga de Sá* "con ropa nueva" (expresión de Monteiro Lobato). El editor le cambió la tapa, poniendo las expresiones "mención de honor de la Academia Brasileña de Letras" y repuso el libro en circulación. Publica en la revista *Souza Cruz* la conferencia "El destino de la Literatura" que habría debido pronunciar durante su estadía en Mirassol, pero no lo hizo. Comienza a escribir *Clara de los Angeles* (segunda versión), que terminó en enero del año siguiente.

"Más que cualquier otra actividad espiritual de nuestra especie, el Arte, especialmente la Literatura, a la que me dediqué y con la que me casé, [...] tuvo y tendrá un gran destino en nuestra pobre Humanidad." LB.

Brasil y América Latina	*Mundo exterior*
Obregón presidente. El congreso del Salvador aprueba resolución en favor de la unidad política de las cinco repúblicas centroamericanas. Alessandri presidente de Chile, Tamayo de Ecuador. Servicio militar obligatorio en Venezuela. J. Edwards Bello: *El roto*. Tablada: *Li Po y otros poemas*. M. L. Guzmán: *A orillas del Hudson*. C. Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*. A. Ambrogi: *Crónicas marchitas*. Gallegos: *El último Solar*. M. Latorre: *Zurzulita*. Ibarbourou: *Raíz salvaje*. Quiroga: *El salvaje*. Reyes: *El plano oblicuo*. J. García Monge funda en Costa Rica el *Repertorio Americano* (-58). Muere en la cárcel el poeta Domingo Gómez Rojas.	Maiakovski: 150.000.000. Valle Inclán: *Divinas palabras*. Fitzgerald: *De este lado del paraíso*. Cavafis: *Poemas* (publicados en 1935). Primer film expresionista: *El gabinete del doctor Caligari*, de R. Wiene. Mueren Pérez Galdós y A. Modigliani. Knut Hamsun: Premio Nobel de Literatura.
B: Candidatura del gobernador de Minas Gerais, Artur Bernardes, a la presidencia de la república. Bernardes había vetado el proyecto de la Itabira Iron, pero acepta el contrato entre el gobierno de su estado y el grupo belga-luxemburgués del Comité dos Forges, que organizó la Compañía Siderúrgica Belgo-Mineira. Nilo Peçanha se presenta como candidato de la oposición, iniciándose la campaña de la Reacción Republicana. Ley de represión del anarquismo; persecución de líderes sindicales y prohibición de huelga. Graça Aranha: *La estética de la vida*. Ribeiro Couto: *El jardín de las confidencias*. Alphonsus de Guimaraes: *Pauvre Lyre*. Onestaldo de Pennafort: *Escombros floridos*. Jackson de Figueredo: *Humillados y luminosos*. Monteiro Lobato: *La onda verde*. *AL:* Grave crisis salitrera en Chile. Vasconcelos Ministro de Educación en México. IV Conferencia Panamericana de La Habana. Creación de los Partidos Comu-	Fundación de los Partidos Comunistas italiano y chino. Se funda el Partido Nacional Fascista en Italia. Irlanda se convierte en parte del Imperio Británico. *Ingl.:* Huelga minera. *Ale.:* Hitler preside el Partido Nacionalsocialista. *Rus.:* Lenin pone en práctica la nueva política económica. *EE. UU.:* Repercusión del caso Sacco-Vanzetti. Einstein: Premio Nobel de Física. Rorschacht: psico-diagnóstico. Giraudoux: *Susana y el Pacífico*. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*. Ivanov: *El tren blindado*. Jung: *Tipos psicológicos*. Lang: *El doctor Mabuse*. Chaplin: *El chico*. Von Stroheim: *Mujeres insensatas*. Revista *Ultra* en España.

1922

Entrega al editor Schettino los originales de *Feiras e Mafuás*, artículos periodísticos, que en parte se perdieron. En la revista *Mundo literário*, aparece el primer capítulo, "El cartero" de *Clara de los Angeles*. Ultima esquela a Francisco Schettino: "Chico, mándame a decir si recibiste $ 60.000 para rescatar la letra del Crédito Popular". Muerte del escritor, el 1.° de noviembre, víctima de la gripe torácica y un colapso cardíaco. Cuarenta y ocho horas después, muere el padre del escritor.

"Se cerró el ataúd. Hubo un pequeño ruido, seco, vulgar, exactamente igual al de cualquier caja que se cierra... Y estuvo solo." L.B.

nistas argentino y boliviano. Renuncia del presidente Suárez en Colombia. Celebraciones del Primer Centenario de la Independencia del Perú.

Quiroga: *Anaconda*. Reyes: *El cazador*. Neruda: *La canción de la fiesta*. López Velarde: *Suave patria*. A. E. Blanco: *Tierras que me oyeron*. F. S. Valdés: *Agua de tiempo*. J. E. Rivera: *Tierra de promisión*. Revista *Prisma* en Buenos Aires y *Alfar* en Montevideo. Orozco, Rivera y Siqueiros fundan el Sindicato de Pintores, en México. Exposición de José Sabogal y Felipe Cossío del Pomar.

B: Elección de Artur Bernardes, bajo fuerte presión, acusado de haber escrito cartas contra el ejército: "Cartas falsas". Fundación del Partido Comunista del Brasil. Clausura del Club Militar y prisión de su presidente, Hermes de Fonseca. Sublevación del Fuerte de Copacabana, en Río de Janeiro y comienzo del movimiento del Tenientismo. Celebración del primer Centenario de la Independencia del Brasil. Tercera valoración del café.

Oswald de Andrade: *Los condenados*. Mário de Andrade: *Paulicéia desvairada*. Raul de Leoni: *Luz mediterránea*. Jackson de Figueredo: *Pascal y la inquietud moderna*. Revista *Klaxon* en Sao Paulo. Semana de Arte Moderno en Sao Paulo: Mário de Andrade, O. de Andrade, R. de Carvalho, A. Malfatti, Tarsila, Villa-Lobos, entre otros: conferencias, exposiciones, etc.

AL: Borno, presidente de Haití. Fin de la ocupación norteamericana en S. Domingo: presidencia de J. Vicini. Primera Corte Internacional de La Haya.

Mistral: *Desolación*. Vallejo: *Trilce*. Gi-

It.: Mussolini marcha sobre Roma: la dictadura fascista en Italia. Se escinde el Partido Socialista Italiano. *Rus.:* Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S.). IV Congreso de la III Internacional: Stalin, Secretario General del Partido Comunista soviético. *Ingl.:* Fin del dominio naval británico, con el tratado de desarme de Washington. *Papado:* Pío XI, Papa. Egipto, reino independiente.

Descubrimiento de la insulina. B. Malinowski: *Argonautas del Pacífico occidental*. Lévy-Bruhl: *La mentalidad primitiva*. Weber: *Economía y sociedad*.

Joyce: *Ulises*. Valery: *El cementerio marino*. Martin du Gard: *Los Thibault*. Colette: *La casa de Claudine*. E. E. Cummings: *La sala enorme*. Milhaud: *La creación del mundo*. Muere Proust. Benavente: Premio Nobel de Literatura.

rondo: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía.* Pocaterra: *Cuentos grotescos.* J. Parra del Riego: *Polirritmos.* A. Caso: *Ensayos críticos y polémicos.* Barrios: *El hermano asno.* M. Gálvez: *Historia de arrabal.* Lugones: *Las horas doradas.* Cancela: *Tres relatos porteños.* Maples Arce: *Andamios interiores.* Arévalo Martínez: *El Señor Monitot.* Movimiento estridentista en México. P. Figari expone en París.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DE LIMA BARRETO

RECORDAÇÕES DO ESCRIVÃO ISAIAS CAMINHA. En: *Floreal,* Río de Janeiro, 1907-1908. [Parte inicial.]

RECORDAÇÕES DO ESCRIVÃO ISAIAS CAMINHA. Lisboa, Livraria Classica Editora de A. M. Teixeira & Cía., Praça dos Restauradores, 20; 1909, p. 316.

RECORDAÇÕES DO ESCRIVAO ISAIAS CAMINHA. (2.ª edición, revisada y aumentada). Río de Janeiro, Typ. *Revista dos Tribunaes,* Carmo, 55; 1917, pp. XIII, 234.

TRISTE FIM DE POLYCARPO QUARESMA. [Folletín del *Jornal do Commercio,* edición de la tarde.] Río de Janeiro, 1911.

TRISTE FIM DE POLYCARPO QUARESMA. Río de Janeiro, Typ. *Revista dos Tribunaes,* Carmo, 55; 1915, p. 352. [Esta edición publica, *in fine,* los cuentos "A Nova California" y "O homem que sabia javanês".]

AVENTURAS DO DR. BOGOLOFF. [Resumen del capítulo I... fascículo II: Cómo escapé de "salvar" el Estado de los Carapicus...] Río de Janeiro, Edición de A. Reis & C., s. f. [1912], p. 15.

AVENTURAS DO DR. BOGOLOFF. Publicação semanal. Original de Lima Barreto. Episodios da vida de um pseudo-revolucionario russo. Narrativas humorísticas. Río de Janeiro, Edição de A. Reis & C., s. f. [1912], p. 15.

NUMA E A NYMPHA. [Folletín de *A Noite*]. Río de Janeiro, 1915.

NUMA E A NYMPHA. Romance da vida contemporanea. Escripto especialmente para *A Noite.* Río de Janeiro, Officinas d'*A Noite,* Rua Julio Cesar 29 e 31, 1915, p. 73.

VIDA E MORTE DE M. J. GONZAGA DE SÁ. São Paulo, Edição da *Revista do Brasil,* 1919, p. 203.

HISTORIAS E SONHOS. CONTOS. Río de Janeiro, Livraria Editora de Gianlorenzo Schettino, Rua Sachet 18, s. f. [1920], p. 180.

OS BRUZUNDANGAS. Río de Janeiro, Jacintho Ribeiro dos Santos Editor, Rua São José, 82, 1922, p. 191.

OBRAS DE LIMA BARRETO, São Paulo, Editora Brasiliense, 1956, 17 vols. [Organizadas bajo la dirección de Francisco de Assis Barbosa, con la colaboración de Antonio Houaiss y M. Cavalcanti Proença.]

Recordações do Escrivão Isaias Caminha. [Novela.] Prólogo de Francisco de Assis Barbosa.

Triste Fim de Polycarpo Quaresma. [Novela.] Prólogo de M. Oliveira Lima.

Numa e a Nympha. [Novela.] Prólogo de João Ribeiro.

Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá. [Novela.] Prólogo de Alceu Amoroso Lima.

Clara dos Anjos. [Novela.] Prólogo de Sergio Buarque de Holanda.

Histórias e Sonhos. [Cuentos.] Prólogo de Lúcia Miguel Pereira.

Os Bruzundangas. [Sátira.] Prólogo de Osmar Pimentel.

Coisas do Reino do Jambon. [Sátira.] Prólogo de Olivio Montenegro.

Bagatelas. [Artículos.] Prólogo de Astrojildo Pereira.

Feiras e Fafuás. [Artículos y crónicas.] Prólogo de Jackson de Figueiredo.

Vida Urbana. [Artículos y crónicas.] Prólogo de Antonio Houaiss.

Marginália. [Artículos y crónicas.] Prólogo de Agripino Grieco.

Impressões de leitura. [Crítica.] Prólogo de M. Cavalcânti Proença.

Diário íntimo. [Memorias.] Prólogo de Gilberto Freyre.

O Cemitério dos Vivos. [Memorias.] Prólogo de Eugênio Gomes.

Correspondência. Ativa e passiva. 1.er tomo. Prólogo de Antônio Noronha Santos. 2.º tomo. Prólogo de B. Quadros.

ESTUDIOS SOBRE LIMA BARRETO

AMADO, JORGE: "Lima Barreto, escritor popular". *A Manhã*. Río de Janeiro, 02.07.1935.

AMORA, ANTONIO SOARES: "Afonso Henriques de Lima Barrero". En: *História da Literatura Brasileira* (Séculos XVI-XX). 6.ª ed. São Paulo, Saraiva, 1967, 136-137.

ANTONIO, JOÃO: *Calvário e Porres do Pingente Afonso Henriques de Lima Barreto*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1977, 90 p. ilus.

BARBOEA, FRANCISCO DE ASSIS: *A Vida de Lima Barreto* (1881-1922). 5.ª edición. Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1975, 412.

BOSI, ALFREDO: "O romance social: Lima Barreto". En: *História Concisa da Literatura Brasileira*. São Paulo, Cultrix, 1970, 355-365.

———: "As letras na Primeira República". En: *O Brasil Republicano,* iii e 2 "Sociedades e Instituições" (1889-1930), *História Geral da Civilização Brasileira,* sob a direção de Boris Fausto (período republicano). São Paulo, Difel, 1977, 307-310.

BRANDÃO, OCTÁVIO: "Lima Barreto". En: *Os Intelectuais progressistas*. Río de Janeiro, Simões, 1956, 127-156.

BRAYNER, SONIA: "A mitologia urbana de Lima Barreto". En: *Tempo brasileiro,* Río de Janeiro, 1973, núm. 33-34.

BROCA, BRITO: "A vagabundagem lírica de Lima Barreto". En: *A Gazeta,* São Paulo, 26.08.1939.

———: "Perspectivas de um romancista". Idem, ídem, 22.01.1949.

———: "O subúrbio e a cidade". Idem, ídem, 24.01.1949.

———: "A tragédia de Lima Barreto". Idem, ídem, 25.10.1952.

CÂNDIDO, ANTÔNIO: "Os olhos, o barco e o espelho". En: Suplemento cultural, *O Estado de São Paulo,* São Paulo, I, 1, 17.10.1976.

CARPEAUX, OTTO MARIA: *"Fin de siècle e depois"*. En: *História da Literatura Occidental,* vi. Río de Janeiro, O Cruzeiro, 1964, 3.008-3.009.

———: *Pequena bibliografia crítica da literatura brasileira.* Río de Janeiro, Letras e artes, 1964, 257-260.
CAVALCANTI, E. D.: "Triste fim de Lima Barreto". *Dom Casmurro.* Río de Janeiro, 24.07.1943.
COUTINHO, CARLOS NELSON: "O Significado de Lima Barreto na literatura brasileira". En: *Realismo e anti-realismo na literatura brasileira,* diversos autores. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1974, 1-56.
DIMMICK, RALPH E.: "Social satire in the novels of Lima Barreto". En: *Proceedings of the International Colloquim on Luso-Brazilian studies.* Washington, D.C., octubre 15-20, 1950, 155-156.
DUGGAN, VINCENT PAUL: "Social Themes and Political Satire in the Short Stories of Lima Barreto". Ann Harbor, Michigan, University Microfilms, Inc., 1977.
EFEGÊ JOTA (pseud.): "Lima Barreto: Futebol ganhou inimigo com a discriminação". *O Globo,* Río de Janeiro, 07.11.1972.
FERRAZ, ENÉAS: "A morte do mestre". *O País.* Río de Janeiro, 20.11.1922.
FREYRE, GILBERTO: "O Diário íntimo de Lima Barreto". En: *Vida, forma e cor.* Río de Janeiro, José Olympio, 1962, 330-336.
GALVÃO, JESUS BELO: *Subconsciência e afetividade em língua portuguesa.* Río de Janeiro, Simões, 1954, 60,63.
GIKOVATE, MOISÉS: *Lima Barreto, uma vida atormentada.* São Paulo, Melhoramentos, s. d., 1955, 68 p. (Col. Grandes Vultos das letras, 10).
HERRON, ROBERT D.: *The individual, society and nature in the novels of Lima Barreto.* The University of Wisconsin, PhD, 1968. Language and litterature modern. Ann Harbor, Michigan, University Microfilms, Inc., 1969, 732 p.
HOLANDA, SERGIO BUARQUE DE: "Sobre Lima Barreto". *Diário carioca,* Río de Janeiro, 05.10.1952.
HOUAISS, ANTONIO: "Sobre Lima Barreto e seu biógrafo". En: *Crítica avulsa.* Bahia, Publicações da Universidades da Bahia, 1960, 272-282 (Série ii, núm. 23).
KOPKE, CARLOS BURLAMAQUI: "Lima Barreto". En: *Diário de São Paulo,* São Paulo, 26.06.1949.
LIMA, ALCEU AMOROSO: "O Carlito brasileiro". En: *Jornal do Brasil,* Río de Janeiro, 01.07.1965.
———: "A voz da posteridade". Idem, ídem, 02.07.1965.
———: "Um discípulo de Machado". En: *Estudos literários.* Río de Janeiro, Aguilar, 1966, 63-65.
———: "A Consagração da posteridade". En: *Revolução suicida, testemunho do tempo presente.* Río de Janeiro, Editora Brasília/Rio, 1977, 201-204.
LIMA, M. OLIVEIRA: Prefácio a *Triste Fim de Policarpo Quaresma,* romance. *Obras de Lima Barreto,* II. São Paulo, Editora Brasiliense, 1956, 17-18.
LINS, OSMAN: *Lima Barreto e o espaço romanesco.* São Paulo, Ática, 1976, 154 p. (Ensaios, 20).
———: "Não silenciou sobre o seu tempo". En: *Do ideal e da glória: problemas inculturais brasileiros.* São Paulo, Summus, 1977, 171-175.

LOBATO, J. B. MONTEIRO: "Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá". En: *Revista do Brasil,* São Paulo, núm. 39, marzo 1919, 352.
LUZ, FÁBIO: "Lima Barreto". En: *Estudos de literatura.* Río de Janeiro, 1927, 143-148.
MAGALHÃES JÚNIOR, RAIMUNDO: "Um romance político da República Velha". En: *Diário de Notícias,* Río de Janeiro, 06.01.1957.
MARTINS, LUIS: "O suburbano Lima Barreto". En: *Homens e livros.* São Paulo, Conselho Estadual de Cultura, 1962, 23-26. (Col. Ensaios, 22).
———: "Lima Barreto e o feminismo". Idem, ídem, 27-30.
MARTINS, WILSON: "Lima Barreto ou o falso boêmio". En: *O Estado de São Paulo,* São Paulo, 30.11.1952.
MILLIET, SERGIO: "Lima Barreto". En: *O Estado de São Paulo,* São Paulo, 17.09.1952.
MENDONÇA, CARLOS SUSSEKIND DE: *O sport está deseducando a mocidade brasileira. Carta aberta a Lima Barreto.* Río de Janeiro, Empresa Brasil Editores, 1921, 160 p.
MONTENEGRO, OLÍVIO: "Lima Barreto". En: *O Romance brasileiro.* Río de Janeiro, José Olympio, 1953, 143-158.
MORAIS NETO, PRUDENTE: *La Novela brasileña.* Río de Janeiro, Ministério das Relações Exteriores, 1943, 35-36.
NAVA, JOSÉ: "Recordações do escritor Afonso Henriques". Belo Horizonte, *Folha de Minas,* 12.06.1949.
NETO, COELHO: "A Sereia". Río de Janeiro, *Jornal do Brasil,* 05.11.1922.
OAKLEY, ROBERT: "Ambientação nos romances de Lima Barreto". En: *Littera,* Río de Janeiro, V, 13 jan-jun. 1975, 21-30.
PEREIRA, ASTROJILDO: "Romancistas da cidade: Manoel Antonio, Macedo e Lima Barreto". En: *Interpretações.* Río de Janeiro, Casa do Estudante do Brasil, 1944, 49-113.
———: "Confissões de Lima Barreto". Idem, ídem, 114-132.
———: "A máscara do Dr. Bogoloff". Idem, ídem, 133-144.
———: "Lição de Lima Barreto". En: *Crítica impura.* Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1963, 263-265.
PEREIRA, LÚCIA MIGUEL: "Prenúncios modernistas". En: *História da literatura brasileira.* Prosa de ficção, de 1870 a 1920. 3.ª ed. Río de Janeiro, José Olympio, 1973, 285-317.
PEREZ, MÁRIO ARIAS: "Lima Barreto: necessáriamente o primeiro modernista". En: *Correio do Povo.* Porto Alegre, 27.03.1976.
PICCHIO, LUCIANA STEGAGNO: "Da Lima Barreto ad Adelino Magalhaes: romanzo sociale ed esercici nella penombra". En: *La letteratura brasiliana.* Firenze & Milano, Sansoni-Accademia, c1972, 440-444.
PRADO, ANTONIN ARNONI: *Lima Barreto: o crítico e a crise.* Río de Janeiro, Cátedra, 1976, 124.
PRADO JÚNIOR, CAIO: "Lima Barreto sentiu o Brasil". En: *Leitura,* Río de Janeiro, XIX, agosto 1943, 13.
PROENÇA, M. CAVALCANTI: "Impressões de leitura". En: *Estudos literários.* Río de Janeiro, José Olympio, 1974, 316-346.

RABASSA, GREGORY: "Lima Barreto". En: *O Negro na ficção brasileira; meio século de história literária.* Trad. de Ana Maria Martins. Río de Janeiro, Ed. Tempo Brasileiro, 1965, 263-401 (Biblioteca de estudos literários, 4; dir. Afrânio Countinho y Celso Cunha).

REGO, JOSÉ LINS DO: "Lima Barreto, em livro de bolso". En: *Poesia e vida.* Río de Janeiro, Editora Universal, 1945, 67-69.

———: "Sobre Lima Barreto". Idem, ídem, 70-72.

———: "Biografía de Lima Barreto". En: *A Casa do homem.* Río de Janeiro, Simões, 1954, 187-189.

RIBEIRO, JOÃO: *Crítica,* iii, Autores de ficção. Organização, prefácio e notas de Múcio Leão. Río de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1959, 89-103.

RÓNAI, PAULO: Prefácio a *Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá.* Río de Janeiro, Editora Mérito, 1949, 9-16.

SANTOS, ANTONIO NORONHA: *Cartas,* 1904-1920. En: *Correspondência,* v.xvi, Obras completas de Lima Barreto, São Paulo, Brasiliense, 1956, 59-120.

———: *O que a memória reteve.* I, Gente nossa; II, Gente de fora. Niterói, 1956. Separata da Academia Fluminense de Letras, v.ix.

SAYERS, RAYMOND: "The Negro as a Theme in the novels of Lima Barreto". En: *Proceedings of the International Colloquium on Luso-Brazilian Studies.* Washington, D.C., 1953.

SERPA, PHOCION: *Lima Barreto.* Río de Janeiro, Gráfica Sauer, 1943, 77 p.

SILVA, A. J. PEREIRA DA: "Lima Barreto". *A Noite,* Río de Janeiro, 07.11. 1922.

SILVA, H. PEREIRA DA: *Lima Barreto, escritor maldito.* Río de Janeiro, s.c.p., 1976, 240 p.

SILVEIRA, A. F. SOUSA DA: "Afonso Henriques de Lima Barreto (1881-1922)". Um mal para a nossa Terra. En: *Trechos seletos...* 8.ª ed. Río de Janeiro, Briguiet, 1966, 95-99.

SODRÉ, NELSON WERNECK: *História da literatura brasileira, seus fundamentos econômicos.* 3.ª ed. Río de Janeiro, José Olympio, 1960, 461-463.

TORRES, ANTONIO: "Triste Fim de Policarpo Quaresma". En: *A Notícia.* Río de Janeiro, 27.07-1916.

———: "Prêmios literários". Idem, ídem, 19.08.1917.

VERÍSSIMO, JOSÉ: "O Modernismo". En: *História da literatura brasileira.* 5.ª ed. Río de Janeiro, José Olympio, 1969, 228.236.

———: *Carta,* 1910. En: *Correspondência,* v.vxi das Obras completas de Lima Barreto. São Paulo, Brasiliense, 1956.

VIANA, VITOR: "Livros novos: Triste Fim de Policarpo Quaresma". En: *Jornal do Commercio,* Río de Janeiro, 09.04.1916.

———: "Triste Fim de Policarpo Quaresma". Idem, ídem, 09.05.1916.

———: "Numa e a Ninfa". Idem, ídem, 01.05.1917.

———: "Lima Barreto". Idem, ídem., 01.04.1919.

VICTOR, NESTOR: "Lima Barreto". En: *Cartas a gente nova.* Río de Janeiro, Anuário do Brasil, 1924, 146-158.

VIEIRA, JOSÉ: "O Lima Barreto que eu conheci". En: *Revista do Brasil,* Río de Janeiro, diciembre 1943, 43-47.

INDICE

PRÓLOGO, por *Francisco de Assis Barbosa* IX

Recuerdos del escribiente Isaías Caminha 3

El triste fin de Policarpo Quaresma 149

CRONOLOGÍA 310

BIBLIOGRAFÍA 385